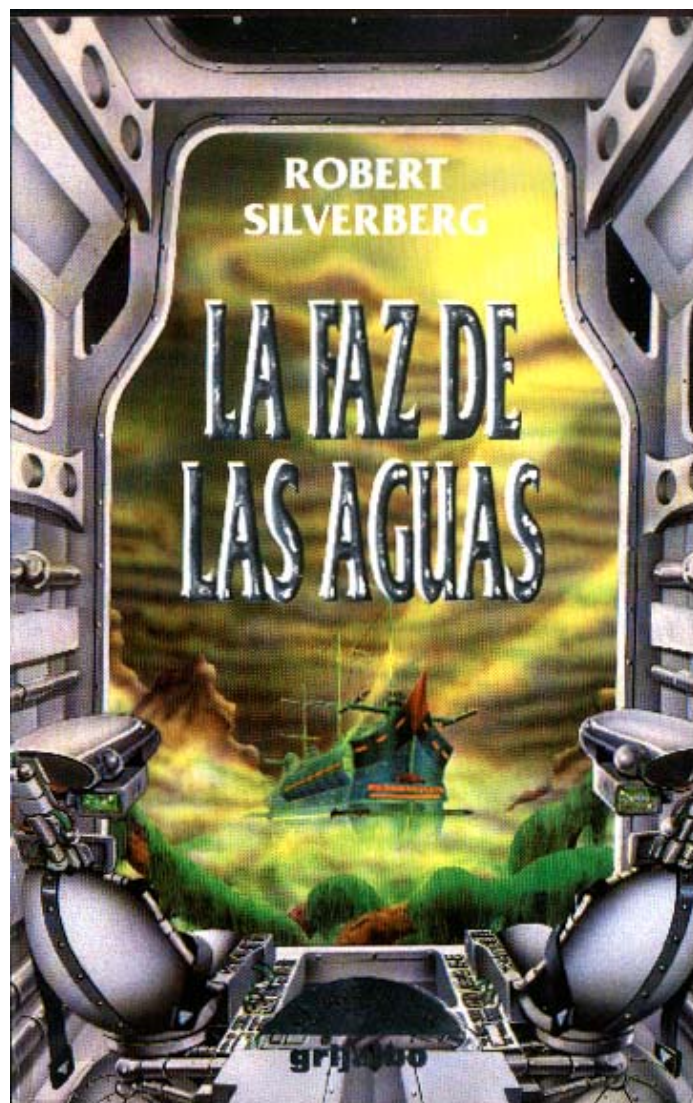


LA FAZ DE LAS AGUAS



Robert Silverberg

Título original: *The Face of the Waters*
Traducido de la edición de Bantam Books,
a division of Bantam Doubleday Dell Publishing Group, New York, 1991
© 1991, AGBERG, Ltd.
© 1993, EDICIONES GRIJALBO, S.A. Aragó, 385, Barcelona
Primera edición
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-253-2535-8 Depósito legal: B. 10.820-1993
Impreso en Libergraf, S.A., Constitució, 19, Barcelona
Revisado por abur_chocolat, jul2003

*A Charlie Brown, el foco del CENTRO...
y probablemente también con relación al tiempo.*

Y la tierra estaba desordenada y sin forma, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.

GÉNESIS 1.2

El océano no tiene compasión, ni fidelidad, ni ley, ni memoria. Su inconstancia sólo puede ser obligada a la lealtad para con los propósitos del hombre mediante la resolución intrépida y la vigilancia insomne, en armas y celosa, en la cual, tal vez, existe siempre más odio que amor.

JOSEPH CONRAD, El espejo del mar

Había azul en lo alto y un azul diferente debajo, dos inmensos vacíos inaccesibles, y las naves parecía estar casi flotando suspendidas entre un vacío azul y el otro, sin tocar a ninguno de los dos, perfectamente calmas. Pero en realidad estaban sobre el agua, el medio al que pertenecían, y no por encima de ella, y avanzaban en forma constante. Llevaban ya cuatro días y cuatro noches alejándose sin parar de Sorve, navegando siempre hacia las lejanías del mar sin caminos.

A tempranas horas de la mañana del quinto día, Valben Lawler subió a la cubierta de la nave capitana. Cientos de hocicos largos y plateados asomaban del agua por todas partes. Aquello era algo nuevo. También el clima había cambiado: el viento había amainado y el mar estaba apacible, aunque no exactamente calmo, sino de una manera particularmente eléctrica, potencialmente explosiva. Las velas estaban flojas, las cuerdas pendían laxas. Una fina y nítida línea de niebla cortaba el cielo como un invasor proveniente de otra parte del mundo.

Lawler, alto y esbelto, de mediana edad y constitución y gracia atléticas, les sonrió a las criaturas que se hallaban en el agua. Eran tan feas que casi resultaban encantadoras. Siniestros brutos, pensó equivocadamente. Siniestros, sí; brutos, no. Había un escalofriante destello de inteligencia en sus desagradables ojos color escarlata. Una especie inteligente más, en aquel mundo que albergaba a tantas. Eran siniestros precisamente porque *no eran* brutos; y tenían un aspecto muy peligroso: esas cabezas estrechas, esos cuellos tubulares estirados. Parecían enormes gusanos metálicos que asomaban fuera del agua. Esas fauces, obviamente diestras; esos dientes pequeños y agudos como los de una sierra, hileras de ellos brillando al sol. Tenían un aspecto tan total e inequívocamente malévolos que uno no podía hacer más que admirarlos.

Lawler jugó durante un momento con la idea de saltar por encima de la borda y chapotear entre ellos. Se preguntó cuánto tiempo podría durar si hacía eso: cinco segundos era lo más probable. Y luego la paz, la paz eterna.

Era una idea bella y perversa, una pequeña y breve fantasía suicida. Pero, claro está, no lo pensaba seriamente. Lawler no pertenecía al tipo suicida —o ya lo hubiera llevado a cabo mucho tiempo antes—, y de todas formas en aquel momento estaba químicamente aislado contra la depresión, la ansiedad y otras desagradables cosas por el es-

tilo. Cuánto agradecía ahora el pequeño trago de tintura de alga insensibilizadora que había tomado al levantarse. Aquella droga le proporcionaba, al menos durante algunas horas, una fina chaqueta impermeable de calma que le permitía mirar a los ojos a un grupo de monstruos dientudos como aquéllos, y sonreír. Ser un médico —ser *el* médico, el único de la comunidad— reportaba ciertas ventajas.

Lawler advirtió junto al trinquete la presencia de Sundria Thane, inclinada por encima de la barandilla de borda. Al contrario que Lawler, la mujer larguirucha de cabellos oscuros era una experimentada viajera oceánica; había realizado muchos viajes interesantes que incluso la habían obligado a atravesar grandes distancias. Ella conocía el mar; él estaba fuera de su elemento.

—¿Has visto antes cosas como éstas? —le preguntó él.

Ella levantó los ojos.

—Son drakkens. Unos bichos muy feos, ¿no crees? Inteligentes y rápidos. Te tragarían entero si les dieras oportunidad. Es una suerte para nosotros que estemos aquí arriba y no ahí abajo.

—Drakkens —repitió Lawler—. Nunca había oído hablar de ellos.

—Son septentrionales. No se los ve a menudo en aguas tropicales, ni en este mar en particular. Supongo que querían tomarse unas vacaciones.

Los hocicos dientudos, tan largos como la mitad de un brazo, se erguían como un bosque de espadas en la superficie del agua. Lawler tuvo atisbos de sus costilludos cuerpos más abajo, brillando como metal bruñido, colgando en las profundidades. Ocasionalmente, la cola horizontal o una de sus poderosas garras palmeadas asomaba al exterior. Los ojos —del rojo de las llamas— le devolvían la mirada con inquietante intensidad. Las criaturas hablaban entre ellas con tonos agudos y vocingleros, un conjunto de gritos cortos, agudos y duros, un sonido como el que produciría un machete al golpear contra un yunque.

Gabe Kinversion apareció de pronto y se acercó a la barandilla de cubierta, ocupando el sitio que quedaba entre Lawler y Thane. Kinversion, moreno e inmenso, con un rostro franco y curtido por el viento, llevaba consigo las herramientas de su oficio: sedal, un montón de anzuelos y una caña de pescar de madera de fuco.

—Drakkens —musitó—. Vaya unos bastardos. Una vez regresaba con un leopardo marino de diez metros atado a mi barca, y cinco drakkens se lo comieron justo debajo de mis narices. No hubo nada que yo pudiera hacer.

Kinversion cogió un perno de madera roto y lo arrojó al agua. Los drakkens convergieron en el mismo punto y se lanzaron hacia ella como si se tratara de un cebo, saliendo fuera del agua hasta las aletas mientras le tiraban mordiscos y lanzaban furiosos gritos. Luego la dejaron hundirse hasta desaparecer.

—No pueden saltar a bordo, ¿verdad? —preguntó Lawler.

Kinversion se echó a reír.

—No, doctor. No pueden subir a bordo; y eso es una suerte para nosotros.

Los drakkens —puede que hubiera unos trescientos de ellos— nadaron junto a los barcos durante un par de horas, manteniendo el ritmo con facilidad mientras hendían el aire con sus perversos hocicos, con su constante corriente de comentarios. Pero se mar-

charron a media mañana; abruptamente se deslizaron al interior de las aguas, todos al mismo tiempo, y no volvieron a aparecer.

Poco tiempo después se levantó el viento. La tripulación de guardia aquel día se movía diligentemente por la arboladura. A lo lejos, hacia el norte, una pequeña formación negra de tormenta y lluvia se condensó en forma de fina capa de aspecto sucio, y dejó caer una oscura cortina de precipitación que parecía no llegar del todo al agua. En las vecindades de los barcos el aire permanecía claro y seco, aunque tenía algo de crujiente.

Lawler se retiró bajo cubierta. Allí tenía trabajo aguardándolo, aunque nada demasiado importante. Neyana Golghoz tenía una ampolla en la rodilla; Leo Martello presentaba quemaduras de sol en los hombros; el padre Quillan se había magullado un codo al caerse de la litera. Cuando hubo acabado con todo eso, llevó a cabo las habituales llamadas por radio a las otras naves para ver si había surgido algún problema de tipo médico. Por fin, alrededor de mediodía se dirigió a cubierta para respirar un poco. Nid Delagard, el dueño de la flota y líder de la expedición, estaba conferenciando con Gospo Struvin, capitán de la nave, justo fuera de la cabina del timón. Las carcajadas de ambos recorrían la totalidad del barco. Ambos eran de la misma clase: hombres rechonchos y de cuello grueso, testarudos e impíos, llenos de estridente energía.

—Eh, ¿has visto esta mañana a los drakkens, doctor? —le preguntó a los gritos Struvin—. Encantadores, ¿no te parece?

—Muy bonitos, sí. ¿Qué querían de nosotros?

—Inspeccionarnos, supongo. No se puede andar por el océano sin que una u otra cosa venga a curiosar. Recibiremos la visita de muchas otras formas de vida salvaje por el camino. Mira allí, doctor, a estribor.

Lawler siguió la dirección que señalaba la mano del capitán. La forma hinchada y vagamente esférica de alguna inmensa criatura era visible justo por debajo de la superficie. Era como una luna que hubiera caído del cielo, verdosa, enorme y toda llena de agujeritos. Pasado un momento, Lawler advirtió que los agujeritos eran en realidad aberturas bucales emplazadas muy cerca unas de otras por toda la superficie de la esfera, que se abrían y cerraban incansablemente. Un centenar de bocas que engullían constantemente. Un millar, tal vez. Una mirada de largas lenguas rosáceas entraban y salían activamente como látigos que azotaran el agua. Aquella cosa no era más que bocas, una gigantesca máquina de comer flotante.

Lawler la miró con desagrado.

—¿Qué es eso?

Pero ni Struvin ni Delagard fueron capaces de darle un nombre. No era más que un anónimo habitante del mar: horrible, monstruoso, el típico espanto flotante tamaño de lujo, que se acercaba a ver si aquel pequeño convoy ofrecía algo digno de ingerir. Se alejó deslizándose por el agua, aun masticando constantemente.

Unos veinte minutos más tarde, los barcos entraron en una zona plagada de medusas rayadas de colores verde y anaranjado. Eran unos brillantes paraguas blandos y delicados, del tamaño de la cabeza de un hombre; de ellos colgaban cascadas de serpenteantes hebras de carne, gruesas como un dedo y aparentemente de varios metros de largo. Las medusas tenían un aspecto vagamente benigno, incluso bufonesco, pero la superficie del mar que las rodeaba desprendía vapores y borboteaba como si de ellas se desprendiera algún tipo de ácido. El agua estaba tan poblada de ellas que se iban directamente

contra el casco de la nave, chocaban contra él, se estrellaban contra las algas que tenía adheridas y rebotaban con suspirantes protestas.

Delagard bostezó y desapareció por la escotilla de popa. Lawler, de pie junto a la borda, miraba con asombro la cantidad de medusas que se movían debajo de él. Se estremecían como una masa de turgentes senos. Estaban tan cerca que casi podía inclinarse y sacar una del agua. Gospo Struvin, que pasó junto a él en dirección hacia el otro extremo del barco, dijo de repente:

—Eh, ¿quién ha dejado aquí esta red? ¿Has sido tú, Neyana?

—Yo no —respondió Neyana Golghoz, sin molestarse siquiera en levantar los ojos. Estaba un poco más a proa, ocupada en pasar el lampazo por la cubierta—. Habla con Kinverson; él es el de las redes.

La red era un intrincado tejido de fibras amarillas que yacía en descuidado montón húmedo junto a la baranda. Struvin le propinó un puntapié como si no se tratara más que de basura. Luego masculló una maldición y volvió a patearla. Lawler le dirigió una mirada y vio que la red se había enredado en una de las botas de Struvin, quien se apoyaba ahora sobre su pierna libre y pateaba repetidamente, como si quisiera librarse de algo pegajoso y muy persistente.

—Eh...—exclamó Struvin—. ¡Eh!

De pronto, una parte de la red estuvo a mitad del muslo del hombre, y se enroscó apretadamente en torno de él. El resto se había deslizado hasta la barandilla y comenzaba a trepar por encima en dirección al agua.

—¡Doctor! —aulló Struvin.

Lawler corrió hacia él con Neyana justo detrás, pero la red se movió a una velocidad inverosímil. Ya no era un enredado montón de hilos fibrosos, sino que se había estirado revelándose como una manta llena de agujeros de unos tres metros de largo, que estaba atrayendo con rapidez a Struvin para arrastrarlo por encima de la borda. El capitán, que pateaba, chillaba y luchaba, colgaba en equilibrio por encima de la barandilla. Una de sus piernas era presa de la red, y él intentaba aferrarse a la regala con la otra para no caer al agua; pero la criatura parecía bastante decidida a desgarrarlo por la entrepierna si él continuaba resistiéndose. Struvin tenía los ojos prácticamente fuera de las órbitas; miraban con pasmo, horror, incredulidad.

—¡Quitadme esto de encima! —chilló Struvin—. ¡Jesús! Doctor... por favor, doctor...

Lawler arremetió contra la parte de la red que tenía más cerca y se aferró a ella. Sus manos se cerraron sobre aquella cosa e instantáneamente sintió una sensación ferrozmente lacerante, como si algún tipo de ácido cáustico le hubiera carcomido la carne hasta el hueso. Intentó soltarla, pero era imposible. Tenía la piel pegada a aquello. Struvin estaba ya colgando al otro lado: sólo su cabeza y sus hombros quedaban a la vista, además de sus manos desesperadamente aferradas. Pidió socorro una vez más con un grito ronco y horripilante.

Lawler, obligándose a no hacer caso del dolor, se echó un extremo de la red por encima del hombro y tiró de ella en dirección al centro de la cubierta con la esperanza de traer de vuelta a Struvin con ella. El esfuerzo necesario era tremendo, pero él estaba alimentado por energías misteriosas que se alzaban bajo la tensión, proviniendo de alguna parte que él mismo desconocía. La cosa le estaba abrasando la piel de las manos, y

podía sentir su cauterizante toque en la espalda, el cuello y el hombro a través de la camisa. Hijo de puta, pensó. Hijo de puta. Se mordió con fuerza el labio y dio un paso, otro, otro más, tirando del peso de Struvin y contra la resistencia que oponía la criatura rediforme. Se había deslizado ya muy abajo por el casco del barco y se dirigía resueltamente hacia el agua.

Algo comenzaba a hacer ruido en el centro de la espalda de Lawler, donde los músculos excesivamente tirantes saltaban y se estremecían; pero parecía estar consiguiendo su propósito de arrastrar la red de vuelta a bordo. Struvin estaba ya casi encima de la regala.

Y entonces la red se rompió..., o más probablemente se dividió por decisión propia. Lawler oyó un terrible alarido, y al volver la cabeza vio que Struvin caía de espaldas por encima de la borda y se precipitaba al mar del que se desprendían vapor y borbotones. El agua comenzó a agitarse inmediatamente alrededor de él. Lawler vio movimiento justo por debajo de la superficie, cosas blandas y temblorosas que se acercaban como dardos desde todas las direcciones. Las medusas habían perdido su aspecto benigno y bufonesco.

La otra mitad de la red permaneció en la cubierta y comenzó a envolverse en torno a las muñecas y manos de Lawler. Se halló luchando con una feroz criatura que se retorció y culebreaba, y se adhería a él la tocara por donde la tocara. Se arrodilló y aplastó a la red contra la cubierta una vez y otra vez y otra más. Estaba formada por un material flexible y resistente como el cartílago. Con ese castigo pareció debilitarse un poco, pero Lawler no consiguió quitársela de encima y la quemazón estaba haciéndose insoportable.

Kinverson subió corriendo y pisó la cosa rediforme con el tacón de la bota, inmovilizándola; Neyana la golpeó en el centro con el mocho; y luego Pilya Braun, que apareció de pronto, se puso a horcajadas sobre Lawler y sacó un hacha de hueso que llevaba en una vaina a la altura de la cadera. Se puso a cortar con furia las tramas gomosas que se estremecían. De la red manó una sangre brillante de aspecto metálico y color azul oscuro, y los hilos de la criatura se rizaron para evitar la afilada hoja. En un momento Pilya acabó de cortar la parte que estaba adherida a las manos de Lawler y él pudo ponerse de pie. Evidentemente, el trozo era demasiado pequeño como para sustentar vida; se marchitó y encogió en sus dedos, y él pudo arrojarlo a un lado. Kinverson aún tenía el otro trozo bajo la bota, el trozo que había quedado a bordo después de que Struvin fuera arrastrado por encima de la regala.

En medio de su aturdimiento, Lawler se lanzó hacia la barandilla con alguna vaga intención de arrojarse al mar y rescatar a Struvin, pero Kinverson pareció comprender cuál era su intención. Tendió un largo brazo en dirección a él, lo aferró por un hombro y lo atrajo hacia sí.

—No seas loco —le dijo—. Sólo Dios sabe qué hay ahí abajo esperándote.

Lawler asintió con incertidumbre. Se apartó de la barandilla y se miró los dedos abrasados. En la piel le destacaba perfectamente una brillante red de líneas impresas sobre ella. El dolor era terrible. Pensó que las manos iban a estallarle. Todo el incidente había durado quizás un minuto y medio.

Delagard salió entonces por la escotilla y corrió hacia ellos con aspecto de estar enojado y molesto.

—¿Qué demonios está ocurriendo? ¿Por qué todos esos alaridos y gritos? —hizo una pausa y adquirió una expresión de pasmo—. ¿Dónde está Gospo?

Lawler, con la garganta seca y el corazón saltándole en el pecho, apenas podía hablar. Señaló en dirección a la regala con un gesto de la cabeza.

—¿Por encima de la borda? —dijo Delagard con incredulidad—. ¿Ha caído al mar?

Corrió hasta la barandilla y miró hacia el agua. Lawler se le acercó y se detuvo a su lado. Allí abajo todo estaba en calma. Las hordas de medusas que antes se apiñaban, habían desaparecido. Las aguas estaban oscuras, lisas, silenciosas. No había rastro alguno de Struvin ni de la criatura rediforme que se lo había llevado.

—No se cayó —dijo Kinversion—. Lo arrastraron. La otra mitad de esta cosa se lo llevó.

Señaló los restos rotos y aplastados de la parte de red que había pisoteado. Ahora no era más que una mancha verdosa sobre la madera amarilla de la cubierta.

—Era igual que una red vieja —dijo Lawler con voz ronca—; ése era el aspecto que tenía. Estaba aquí, sobre la cubierta, hecha un ovillo. Esas medusas deben de haberla enviado aquí arriba para que cazara para ellas. Struvin la pateó y esa cosa le agarró por una pierna y...

—¿Qué? ¿Qué clase de mentira es ésa? —Delagard volvió a mirar al agua, luego las manos de Lawler y la mancha que había sobre la cubierta—. ¿Habláis en serio? ¿Una cosa que parecía una red subió desde el mar y se apoderó de Gospo?

Lawler asintió.

—No puede ser. Alguien tiene que haberle empujado por la borda. ¿Quién lo hizo? ¿Tú, Lawler? ¿Kinversion?

Delagard parpadeó, como si la imposibilidad de lo que acababa de decir fuera obvia incluso para él. Luego miró de cerca a Lawler y Kinversion y repitió:

—¿Una red? ¿Una red viva subió hasta aquí desde el mar y se apoderó de Gospo?

Lawler asintió nuevamente con un mero movimiento de cabeza. Abrió y cerró lentamente las manos. El escozor estaba disminuyendo gradualmente, pero sabía que lo sentiría durante horas. Estaba completamente entumecido, aturdido, descompuesto. Aquella escena de pesadilla se le presentaba una y otra vez dentro de la cabeza: Struvin advertía la presencia de la red, la pateaba, se enredaba en ella, y la red comenzaba a deslizarse por encima de la barandilla mientras arrastraba a Struvin consigo...

—No —murmuró Delagard—. Jesús, no puedo creer esa jodida historia —meneó la cabeza y espió atentamente las tranquilas aguas—. ¡Gospo! —gritó— Gospo.... —no llegó respuesta alguna desde allá abajo—. ¡Mierda! Llevamos cinco días en el mar y ya ha desaparecido alguien. ¿Podéis imaginároslo?

Se apartó de la barandilla en el mismo momento en el que comenzó a llegar el resto de la tripulación del barco; Leo Martello venía por delante y lo seguían el padre Quillan y Onyos Felk, con el resto pisándoles los talones. Delagard apretó los labios. Las mejillas se le hincharon. Tenía el rostro rojo de asombro, furia y perplejidad. Lawler estaba impresionado por la poderosa aflicción de aquel hombre. Struvin había tenido una muerte fea, pero había pocas formas lindas de morir. Nunca había pensado que a Delagard le importara nadie ni nada excepto su propia persona.

El dueño de la nave se volvió hacia Kinverson y dijo:

—¿Habías oído antes hablar de una cosa así?

—Nunca. Nunca en mi vida.

—Una cosa que parecía una red ordinaria —repitió Delagard—. Una vieja red sucia que le salta a uno encima y lo apresa. ¡Dios, vaya un sitio éste! ¡Vaya un sitio!

Continuó sacudiendo la cabeza una y otra vez, como si pudiera rescatar a Struvin de las aguas con sólo sacudirla durante el tiempo suficiente y con la intensidad necesaria. Luego se volvió en redondo para encararse con el sacerdote.

—¡Padre Quillan! Pronuncie una plegaria, ¿quiere?

El sacerdote pareció desconcertado.

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Es que no lo ha oído? Hemos tenido una baja. Struvin ya no está entre nosotros. Algo se subió a bordo y lo arrastró por encima de la regala.

Quillan guardó silencio. Tendió los brazos con las palmas hacia arriba, como para indicar que las cosas que subían a bordo procedentes del océano estaban fuera de su responsabilidad.

—Dios mío, diga usted algunas palabras, ¿quiere? ¡Diga algo!

Quillan continuaba dudando. Una voz susurró vacilante desde la parte de atrás del grupo:

—Padre nuestro que estás en los cielos... santificado sea tu nombre...

—No —dijo el sacerdote. Era como si despertara lentamente de un profundo sueño—. Ésa no —se humedeció los labios y dijo, con aspecto muy tímido—. Señor, aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, no temeré ningún mal porque Tú estás conmigo —Quillan dudó, humedeciéndose de nuevo los labios, aparentemente buscando las palabras—. Tú me has preparado una mesa para mí en presencia de mis enemigos... Sin duda la bondad y la misericordia me seguirán durante todos los días de mi vida.

Pilya Braun se acercó a Lawler y lo cogió por los codos para girarle las manos y poder ver las feroces marcas que tenían.

—Ven —dijo en voz baja—. Vayamos abajo y dime qué unguento debo aplicarles.

En su pequeño camarote, entre polvos y pociones, Lawler dijo:

—Ése es. El frasco que está allí.

—¿Éste? —preguntó Pilya; parecía desconfiar—. Esto no es un unguento.

—Ya lo sé. Primero pon algunas gotas de eso en un poco de agua y dámelo. Luego vendrá el unguento.

—¿Qué es esto? ¿Un analgésico?

—Un analgésico, sí.

Pilya se ocupó de mezclarle la droga. Tenía alrededor de veinticinco años, cabellos dorados, ojos pardos, hombros y pecho anchos, rasgos grandes y una lustrosa piel oli-

vácea. Era una mujer bien parecida y de constitución fuerte; buena trabajadora según Delagard, ciertamente conocía todos los aparejos de un barco. Lawler nunca había tenido mucho contacto con ella en Sorve, pero veinte años antes había dormido un par de veces con su madre, Anya. En aquella época él tenía más o menos la edad que Pilya tenía ahora, y su madre bordeaba los treinta y cinco. Había sido una estupidez.

Lawler dudaba de que Pilya supiera algo al respecto. La madre de Pilya estaba muerta; tres inviernos antes, una fiebre producida por ostras en malas condiciones se la había llevado. En la época en la que se había complicado con ella, Lawler era un hombre de mucho éxito con las mujeres —poco después de que se rompiera su malhadado matrimonio—, pero hacía ya tiempo que no era así y deseaba que Pilya dejara de mirarlo de aquella forma ansiosa y esperanzada, como si él fuera todo lo que se pudiese desear en un hombre. Él no era así. Pero sí era demasiado cortés, o demasiado indiferente —no sabía cuál de esas dos cosas— como para decírselo.

Ella le alcanzó el vaso, lleno hasta el borde de un líquido rosáceo. Lawler tenía las manos agarrotadas y los dedos tan rígidos como trozos de madera. Tuvo que ayudarlo a beber, pero la tintura de hierba insensibilizadora se puso a trabajar instantáneamente y alivió su espíritu con su habitual manera reconfortante, borrando poco a poco el repentino y monstruoso acontecimiento que había tenido lugar en cubierta. Pilya le quitó el vaso que acababa de vaciar y lo depositó sobre el estante que estaba delante de la litera.

Lawler guardaba sobre aquel estante sus objetos procedentes de la Tierra, los seis pequeños fragmentos que pertenecían al mundo que una vez había existido: la moneda, la estatuilla de bronce, el tiesto, el mapa, el revólver, el trozo de piedra. Pilya hizo una pausa para observarlos, y tocó delicadamente la estatuilla con las puntas de los dedos, como si temiera que aquel objeto la quemase.

—¿Qué es esto?

—Una pequeña figura de un dios, de un lugar llamado Egipto. Estaba en la Tierra.

—¿La Tierra? ¿Tienes cosas de la Tierra?

—Tesoros familiares. Ese objeto tiene cuatro mil años de antigüedad.

—Cuatro mil años de antigüedad... ¿Y éste? —cogió la moneda—. ¿Qué significan las letras en este pequeño disco de metal?

—Por la cara en la que está el rostro de mujer, dice «En Dios confiamos». Y en la otra cara, donde está el animal, dice: «Estados Unidos de América», en la parte superior, y «un cuarto de dólar», en la inferior.

—¿Qué significa «un cuarto de dólar»? —preguntó Pilya.

—Era un tipo de moneda de la Tierra.

—¿Y «Estados Unidos de América»?

—Un lugar.

—¿Te refieres a una isla?

—No lo sé —respondió él—, pero creo que no. La Tierra no tenía islas del tipo que tenemos nosotros.

—¿Y ese animal, el que tiene esas alas? No existe ningún animal así.

—Existían en la Tierra —dijo Lawler—. Se llamaban águilas. Eran un tipo de aves.

—¿Qué es un ave?

Él vaciló.

—Es algo que vuela por el aire.

—Como un deslizador aéreo —dijo ella.

—Algo así. No lo sé realmente.

Pilya tocó meditativamente los otros objetos.

—La Tierra —dijo en voz muy baja—. Así que es verdad que existió tal lugar.

—¡Por supuesto que sí!

—Nunca he estado segura. Quizá se tratara sólo de una fábula —sonriendo coqueta, se volvió hacia él y le enseñó la moneda—. ¿Me darías esto, doctor? Me gusta. Quiero tener una cosa de la Tierra conmigo.

—No puedo hacer eso, Pilya.

—Por favor. ¿Lo harás, por favor? ¡Es tan hermosa!

—Pero ha estado en mi familia durante cientos de años. No puedo dársela a nadie.

—Te la dejaré ver siempre que quieras.

—No —negó él, pero se preguntó para quién la estaba guardando—. Lo siento. Ojalá pudiera dejar que te la llevaras, pero no puedo. Esas cosas, no.

Ella asintió, sin hacer intento alguno para ocultar su desilusión.

—La Tierra —volvió a decir, saboreando aquel misterioso nombre—. ¡La Tierra! —dejó la moneda sobre el estante y dijo—: Ya me contarás otro día qué son las otras cosas de la Tierra; pero ahora tenemos algo que hacer y nos estamos olvidando: el unguento para tus manos. ¿Dónde está el unguento?

Él señaló el lugar. Ella lo halló y apretó el tubo para extraer un poco. Luego, tras volverle las palmas hacia arriba de la misma forma que lo había hecho en cubierta, sacudió tristemente la cabeza.

—Míratelas. Te quedarán cicatrices.

—Quizá no.

—Esa cosa pudo haberte arrastrado también a ti por encima de la borda.

—No —la contradujo Lawler—. No pudo. No lo hizo. Gospo estaba cerca de la borda, y se apoderó de él antes de que supiera qué estaba ocurriéndole. Yo estaba en una mejor posición para resistir.

Vio el miedo en sus hermosos ojos jaspeados de oro.

—Si no lo ha conseguido esta vez, se apoderará de nosotros la próxima. Moriremos todos antes de llegar al sitio al que nos dirigimos, sea cual sea —afirmó ella.

—No, no; estaremos bien.

Pilya se echó a reír.

—Tú siempre ves el lado bueno de las cosas. Pero, a pesar de eso, éste será un viaje triste y mortal. Si pudiéramos volver atrás y regresar a Sorve, doctor, ¿no querrías hacerlo?

—Pero no podemos regresar, Pilya; ya lo sabes. Sería lo mismo que hablar de regresar a la Tierra. No existe forma de que podamos volver a Sorve jamás.

Primera Parte

LA ISLA DE SORVE

1

Durante la noche lo había invadido la pura y simple convicción de que él era el hombre del destino, quien encontraría el secreto que haría mejor y más simple la vida de los 78 seres humanos que habitaban la isla artificial de Sorve, en el acuoso planeta llamado Hydros.

Se trataba de una idea disparatada, y Lawler lo sabía; pero había hecho naufragar el sueño, y ninguno de sus métodos habituales había conseguido contrarrestarlo: ni la meditación, ni las tablas de multiplicar, ni siquiera unas pocas gotas rosáceas del tranquilizante derivado de las algas del cual se estaba haciendo demasiado dependiente. Desde poco después de la medianoche hasta algún momento cercano al alba había yacido despierto, poseído por aquella idea brillante, heroica y disparatada; y al fin, en las leves horas de la mañana —cuando el cielo aún estaba oscuro—, antes de que ningún paciente pudiera aparecer a complicarle el día y arruinar la pureza de su repentina y nueva visión, Lawler se había marchado del vaargh emplazado cerca del centro de la isla, en el que vivía solo, y había bajado hasta el dique marítimo para ver si los gillies habían conseguido acabar con la nueva planta energética durante la noche.

Los felicitaría profusamente si así era. Pondría en práctica todo su vocabulario de gestos de la lengua de signos para expresarles cuan impresionado estaba ante aquella pasmosa proeza tecnológica. Los elogiaría por haber transformado completamente la calidad de vida en Hydros —no sólo en Sorve, sino en todo el planeta— con un solo golpe maestro.

Luego les diría:

—Mi padre, el gran doctor Bernat Lawler, a quien todos recordáis tan bien, vio venir este momento. Me comentaba a menudo cuando yo era niño: «Un día nuestros amigos los Moradores llegarán a tener un suministro de energía eléctrica regular. Entonces amanecerá aquí una nueva era, cuando los Moradores y los seres humanos trabajarán en sincera cooperación...».

Y continuaría así, con todo el discurso, entretejiendo sus felicitaciones con frases que expresaran la necesidad de armonía entre ambas especies. Finalmente llegaría a la proposición explícita de que los Hydranos y los seres humanos debían dejar de lado la pasada enemistad y afanarse hombro con hombro en nombre del futuro progreso tecnológico. Evocaría el sagrado y querido nombre del fallecido doctor Bernat Lawler tan a menudo como le fuera posible, y les recordaría que, en vida, aquel hombre había puesto absolutamente todos sus formidables conocimientos médicos al servicio de los Moradores y los seres humanos por igual; que había llevado a cabo muchas curas milagrosas y se había consagrado desinteresadamente a las necesidades de ambas comunidades isleñas.

Insistiría en ello cada vez más y más hasta conseguir que el aire palpitara de emoción, hasta que los gillies, con los ojos llenos de lágrimas por aquel recién hallado afecto entre las dos especies, vitorearan con alegría la sugerencia casual de que una buena forma de comenzar la nueva era sería la de permitir que los seres humanos adaptaran la planta energética con el fin de que produjera agua potable además de electricidad.

Luego vendría la propuesta entre líneas: los seres humanos construirían ellos mismos la unidad de desalinización, el condensador, las tuberías de conducción, la totalidad del sistema, y se lo entregarían a los gillies. Aquí lo tenéis: sólo hay que conectarlo. No os costará nada y nosotros ya no tendremos que depender de la lluvia para nuestro suministro de agua potable; y los Moradores y los seres humanos seremos para siempre los mejores de los amigos.

Aquella había sido la fantasía que había arrancado a Lawler de su sueño nocturno. Habitualmente no era dado a enredarse en empresas tan disparatadas como aquella. Sus años como médico —no era el genio de la medicina que había sido su padre, pero sí un médico muy trabajador y razonablemente eficaz que había realizado una buena obra si se tenían en cuenta las dificultades— lo habían conducido a ser realista y práctico con respecto a la mayoría de las cosas; pero aquella noche había llegado a convencerse de que él era la única persona de la isla que podría persuadir a los gillies de conectar el equipo de desalinización de agua a su planta energética. Sí, él tendría éxito en aquello en lo que todos los demás habían fracasado.

La posibilidad era muy reducida y Lawler lo sabía, pero durante las horas nocturnas las posibilidades tienden a parecer mayores que a la clara luz de la mañana.

Hasta entonces, la electricidad de la isla había procedido de baterías químicas artesanales e ineficaces: pilas de cinc y discos de cobre separados por tiras de papel de hierba rastrera empapadas en salmuera. Los gillies —los Hydranos, los Moradores, los seres dominantes de la isla y del mundo en el que Lawler había pasado la totalidad de su vida— habían estado trabajando en mejorar la generación eléctrica desde que Lawler tenía memoria. A aquellas alturas, según los rumores que corrían por la ciudad, la nueva planta energética estaba casi a punto para funcionar, hoy, mañana o con toda seguridad a la semana siguiente.

Si los gillies realmente lo conseguían, sería tremendo para ambas especies. Ya habían accedido, sin demasiado entusiasmo, a permitir que los seres humanos utilizaran una parte de la nueva electricidad, cosa que todo el mundo coincidía en admitir que era un gesto magnífico por parte de ellos. Sin embargo, sería aún más magnífico, para los setenta y ocho seres humanos que arañaban unas vidas de estrecho margen de subsistencia en el territorio de Sorve, si los gillies se ablandaran y permitiesen que la planta fuera también utilizada para la desalinización de agua. De ese modo, los humanos no tendrían que depender de las azarosas e infrecuentes precipitaciones en Sorve para obtener agua dulce. Era obvio incluso para los gillies que la vida sería muchísimo más fácil para sus vecinos humanos si pudieran contar con un suministro estable de agua.

Pero los gillies hasta entonces nunca habían dado señales de que eso les importara. No habían mostrado interés en facilitarles las cosas al puñado de humanos que habitaban entre ellos. El agua dulce podía ser vital para las necesidades humanas, pero no tenía la más mínima importancia para los gillies. Lo que los humanos pudieran necesitar, o desear, o anhelar tener, no era asunto de los gillies; y fue la visión de cambiar todo

aquello mediante la persuasión —y sin ayuda de nadie— lo que le había costado a Lawler una noche de sueño.

Qué demonios: si nada se arriesga, nada se gana.

En aquella noche tropical Lawler iba descalzo y sólo llevaba unas vueltas de tela amarilla hecha con hojas de lechuga acuática en torno a la cintura. El aire estaba pesado y tibio; el mar en calma. La isla que se deslizaba sobre el seno del vasto mundo oceánico, esa estructura de tejido vivo, semivivo y que había albergado vida alguna vez, se balanceaba casi imperceptiblemente bajo sus pies. Al igual que todas las islas habitadas de Hydros, Sorve era un territorio sin raíces, un viajero que flotaba libremente y se desplazaba dondequiera que las corrientes, los vientos y los ocasionales movimientos de las mareas quisieran llevarlo. Lawler podía sentir cómo cedían y se expandían las fibras apretadamente entretejidas del suelo bajo el peso de sus pasos, y oía que el mar chapoteaba contra ellas a un par de metros más abajo. Pero se movía con facilidad y ligereza al armonizar automáticamente su cuerpo largo y esbelto con los ritmos del movimiento de la isla. Para él ya era la cosa más natural del mundo.

La suavidad de la noche era engañosa. Durante la mayor parte del año, Sorve no era un sitio fácil para vivir. Su clima alternaba períodos de calor y sequía con otros de frío y lluvia, otorgando sólo un pequeño y dulce interludio en el verano, cuando atravesaba las húmedas latitudes ecuatoriales para proporcionar una breve ilusión de comodidad y alivio. En aquel momento se hallaban en aquella buena época del año; la comida era abundante y el aire tibio. Los isleños se regocijaban en él. El resto del año, la vida se parecía demasiado a una lucha.

Sin precipitarse, Lawler recorrió el camino que rodeaba el embalse y descendió por la rampa que llevaba a la terraza inferior; desde allí la superficie formaba un suave declive hasta el borde de la isla. Pasó junto a los edificios dispersos del astillero —desde el cual Nid Delagard dirigía su imperio marítimo— y las formas abovedadas de las indistintas fábricas de la costa. Allí eran extraídos los metales —níquel, hierro, cobalto, vanadio, estaño— del tejido de las criaturas marinas primarias, mediante un proceso lento e ineficaz. Era difícil distinguir con claridad el entorno, pero después de cuarenta años de vida en aquella isla no tenía problema alguno en llegar a cualquier parte en medio de la oscuridad.

El pequeño cobertizo de dos plantas que albergaba la planta energética estaba justo a su derecha y un poco más allá, junto a la orilla del mar. Se dirigió hacia allí.

Aún no había rastros de la mañana. El cielo era de un negro profundo. Durante algunas noches, Alborada —el planeta gemelo de Hydros— brillaba en el cielo como un gran ojo verde azulado, pero aquella vez estaba ausente al otro lado, arrojando su brillante luz sobre las misteriosas aguas del hemisferio inexplorado. Sin embargo estaba presente una de las tres lunas, un diminuto punto de dura luz blanca que brillaba en el este, cerca del horizonte.

Las estrellas titilaban por todas partes como cascadas de polvo plateado desparramadas por las tinieblas, un ubicuo polvo de resplandor. Aquella infinita horda de soles lejanos formaba un deslumbrante telón de fondo para la única constelación que resaltaba enormemente en primer plano: la brillante Cruz de Hydros, dos destellantes hileras de estrellas que describían un arco en el cielo y se cruzaban en ángulo recto la una con la otra como un doble cinturón, uno que abarcaba el mundo de polo a polo y el otro que marchaba constantemente a lo largo del ecuador.

Para Lawler, aquéllas eran las estrellas de su hogar, las únicas que había visto en toda su vida; pertenecía a la quinta generación nacida en Hydros. Nunca había estado en otro mundo y nunca lo estaría. La isla de Sorve le era tan familiar como su propia piel; pero a pesar de ello, a veces sentía aterradoros momentos de confusión durante los cuales se disolvían todas las sensaciones de familiaridad y se sentía como un extraño. Le parecía que acababa de llegar a Hydros ese mismo día, caído del espacio como una estrella fugaz; un naufrago de su verdadero planeta natal, muy lejano.

A veces veía a su perdido mundo materno, la Tierra, relumbrando en su mente tan brillante como una estrella, con sus grandes mares azules divididos por las enormes masas de tierra verde-doradas que habían sido llamadas continentes, y pensaba: Ése es mi hogar, ése es mi verdadero hogar. Lawler se preguntaba si alguno de los otros humanos de Hydros pasaba por aquella experiencia de vez en cuando. Probablemente sí, aunque nadie hablaba nunca de ello. Al fin y al cabo, eran todos extraños en aquel lugar. Aquel mundo les pertenecía a los gillies. Él y todos los demás vivían allí como huéspedes no invitados.

Llegó a la orilla del mar. La familiar barandilla de tosca textura parecía madera, como todo lo demás de aquella isla artificial que no tenía ni tierra ni vegetación. Trepó hasta la parte superior del dique marítimo.

Allí en el dique, el declive de la isla que descendía gradualmente volvía a subir en forma abrupta para formar una pared, una orilla ascendente que protegía las calles interiores contra todo movimiento de las mareas, excepto los más violentos. Lawler se aferró a la barandilla, se inclinó por encima de las oscuras y chapoteantes aguas y se quedó mirando mar adentro durante un instante, como ofreciéndose al océano que todo lo rodeaba.

Incluso en la oscuridad, podía percibir completamente la isla en forma de coma y su exacto emplazamiento en la orilla de ésta. La isla tenía ocho kilómetros de largo de una punta a otra, y alrededor de un kilómetro en la parte más ancha, medida desde el dique marítimo hasta la cima de la muralla oceánica que daba la espalda al mar abierto. Él se hallaba cerca del centro, en el golfo más interior. A su derecha e izquierda se extendían los dos brazos curvos de la isla: el redondeado en el que vivían los gillies y el estrecho y ahusado en el que se amontonaban un puñado de refugios humanos.

Directamente ante él tenía, encerrado por ese par de brazos desiguales, la bahía que era el corazón de la vida isleña. Los constructores gillies de la isla habían creado un suelo artificial bajo ella, un estante submarino de tablas de madera de fuco entrelazadas y unidas a la tierra entre ambos brazos para que la isla tuviera siempre una laguna somera y fértil unida a ella, un vivero cautivo. Los amenazantes predadores salvajes que infestaban el mar no entraban nunca en la bahía: quizá los gillies habían hecho algún trato con ellos en épocas pretéritas.

Un encaje formado por habitantes esponjosos de las profundidades —que no necesitaban luz— mantenían unido el piso de la bahía por la parte inferior, protegiéndolo y renovándolo con su crecimiento constante y tenaz. En la parte superior había arena traída por las tormentas desde los desconocidos suelos profundos del océano; y en la arena crecía una espesura de útiles plantas acuáticas de cien o más especies diferentes, entre las que pululaban todo tipo de criaturas marinas. Las capas inferiores estaban habitadas por toda clase de crustáceos que filtraban el agua de mar a través de sus blandos tejidos y concentraban en ellos minerales muy valiosos para los isleños. Entre ellos se movían las lombrices y serpientes marinas.

También pastaban peces, tiernos y rechonchos. En aquel preciso momento, Lawler podía ver un cardumen de enormes criaturas fosforescentes que se movía en el agua, produciendo palpitantes ondas de luz azul violácea: quizá eran las grandes bestias conocidas como bocas, o quizá se tratase de plataformas; aún estaba demasiado oscuro como para saberlo con seguridad. Más allá de las brillantes aguas verdes de la bahía estaba el gran océano que rodaba hacia el horizonte, y más allá de éste la totalidad del mundo. El océano lo tenía en su poder, como una mano enguantada que aferra una pelota. Al mirarlo, Lawler sintió por millonésima vez el peso de su inmensidad, amenaza y poder.

Luego dirigió la vista hacia la planta energética que se alzaba en la bahía, solitaria y maciza sobre el promontorio chato. Después de todo, aún no la habían acabado. El desgarrado edificio, amortajado por festones de esteras de paja entretejida para protegerlo de la lluvia, estaba silencioso y oscuro. En la parte delantera se movían algunas siluetas sombrías: tenían la inconfundible forma cargada de hombros de los gillies.

La función de la planta era generar electricidad aprovechando las diferencias de temperatura del mar. Dann Henders, que estaba tan cerca de ser un ingeniero como cualquier habitante de Sorve, se lo había explicado a Lawler después de sonsacarle una escueta descripción del proyecto a uno de los gillies. El agua tibia de la superficie pasaba a través de unas aspas y entraba en una cámara de vacío en la que el punto de ebullición sería sensiblemente más bajo. Al hervir violentamente, produciría vapor de baja densidad que haría funcionar las turbinas del generador. El agua fría bombeada de niveles más profundos, fuera de la bahía, sería utilizada luego para volver a condensar el vapor en agua y devolverla al mar a través de salidas que estarían a media isla de distancia de aquel punto.

Los gillies habían construido prácticamente la totalidad del ingenio —tuberías, bombas, aspas, turbinas, condensadores y hasta la misma cámara de vacío— con diferentes plásticos orgánicos que fabricaban a partir de algas y otras plantas marinas. Aparentemente apenas se había utilizado metal en el diseño, lo que no era sorprendente dado lo difícil que era conseguir metales en Hydros. Era todo muy ingenioso, especialmente si se consideraba que los gillies no eran una raza tecnológica, sobre todo comparada con las demás especies galácticas inteligentes. Aquella idea debía de habersele ocurrido a un genio excepcional de entre ellos.

Genio o no, se decía que la estaban pasando mal para conseguir que funcionara el invento, y aún no había producido el primer vatio. Muchos humanos se preguntaban si lo conseguiría alguna vez. A los gillies les hubiera resultado todo mucho más simple y rápido, pensó Lawler, si hubieran permitido que Dann Henders o cualquiera de los otros humanos de orientación tecnológica interviniera en el diseño. Pero los gillies no eran dados a pedir el consejo de los indeseados extranjeros —con los que compartían la isla de mala gana—, ni siquiera cuando pudiera reportarles alguna ventaja. Habían hecho una sola excepción, cuando una epidemia de podredumbre de aletas estaba diezmando a sus hijos, y el santo padre de Lawler había acudido con una vacuna. Pero eso había ocurrido muchos años atrás, y cualquier buen sentimiento que el fallecido doctor Lawler hubiera engendrado entre los gillies, se había evaporado ya sin dejar ningún residuo aparente.

El hecho de que la planta aún no estuviera funcionando fue un notable contratiempo para el gran plan que se le había ocurrido a Lawler. ¿Y ahora qué? ¿Debía acercarse y hablar con ellos de todas formas? ¿Dar el florido discursillo, suavizar a los gillies con

un poco de noble retórica, continuar con el visionario impulso de aquella noche antes de que el alba lo despojara de lo que pudiese tener de plausible?

«En nombre de toda la comunidad humana de la isla de Sorve, yo, que como todos sabéis soy el hijo del fallecido y querido doctor Bernat Lawler que tan bien os sirvió en la epidemia de podredumbre de aletas, quiero felicitaros por la inminente consecución de vuestro ingenioso y magníficamente benéfico...»

«A pesar de que el cumplimiento de este espléndido sueño puede tardar quizá algunos días, he venido en nombre de toda la comunidad humana de la isla de Sorve a transmitir nuestra más rotunda alegría ante las profundas implicaciones que traerá para la transformación de la calidad de vida de la isla que compartimos, ya que al fin habéis conseguido con éxito...»

«En este momento de regocijo de nuestra comunidad, el histórico logro que pronto será...»

Es suficiente, pensó, y comenzó a recorrer la distancia que lo separaba del promontorio de la planta energética. Se preocupó de hacer mucho ruido al acercarse, tosiendo, golpeando las palmas de las manos entre sí, silbando una tonadilla disonante. A los gillies no les gustaba que los humanos se acercaran por sorpresa.

Estaba aún a unos quince metros de la planta energética, cuando vio que dos gillies salían a recibirlo, arrastrando los pies. En la oscuridad parecían titánicos. Se encumbaban muy por encima de él, sin forma definida en la oscuridad, con sus pequeños ojos amarillos que brillaban como linternas en sus cabecitas.

Lawler hizo una señal de saludo, un elaborado y exagerado gesto para que no quedara duda alguna de sus cordiales intenciones. Uno de los gillies le respondió con un *vruuum* prolongado y gruñente que no sonó nada cordial.

Eran criaturas erectas bípedas, de unos dos metros y medio de estatura, cubiertas con varias capas de cerdas flexibles y negras que colgaban en densas cascadas peludas. Tenían unas cabezas absurdamente pequeñas, unas estructuras curvas asentadas entre los anchos hombros desde los cuales sus torsos se combaban para formar unos cuerpos rechonchos y desgarbados que llegaban casi hasta el suelo. Los humanos daban en general por sentado que aquellos inmensos pechos cavernosos debían de contener el cerebro, además del corazón y los pulmones. De lo que no había duda era de que aquellas cabezas diminutas no tenían sitio para alojar aquel órgano.

Era muy probable que los gillies hubieran sido mamíferos acuáticos en otra apoca, cosa que se evidenciaba en la torpeza con la que se movían en tierra y la facilidad con que nadaban. Pasaban casi tanto tiempo en el agua como en tierra. Una vez Lawler había observado cómo un gillie atravesaba la bahía de un extremo a otro sin salir a respirar a la superficie; el recorrido debía de haber durado unos veinte minutos.

Sus piernas cortas y achaparradas eran obviamente aletas adaptadas, y también los brazos eran del tipo de las aletas; pequeños miembros gruesos y poderosos que mantenían muy pegados a los lados del cuerpo. Las manos, equipadas con tres dedos largos y un pulgar opuesto, eran extraordinariamente anchas y se convertían naturalmente en pequeños cuencos, apropiados para empujar grandes volúmenes de agua. Por algún inverosímil y sorprendente acto de redefinición, los ancestros de aquellos seres habían salido del mar millones de años antes y se habían construido hogares-isla tejidos con materiales marinos y protegidos con barricadas muy elaboradas para protegerlos de las

constantes oleadas de marea que recorrían el planeta. Sin embargo, continuaban siendo criaturas del océano.

Lawler avanzó para acercarse a los gillies tanto como se atrevía y, mediante gestos, dijo:

—*Soy-Lawler-el-médico.*

Par hablar, los gillies se valían del procedimiento de apretar con los brazos los costados de sus cuerpos para hacer salir el aire a presión por unas hendiduras profundas en forma de agallas que tenían en el pecho; producían tonos ascendentes de tipo orgánico. Los humanos nunca habían encontrado la manera de imitar los sonidos de los gillies de forma tal que éstos les entendieran, y los gillies no habían demostrado interés alguno en aprender la lengua humana. Sin embargo, hacía falta alguna forma de comunicación entre ambas especies, por lo que través de los años se había desarrollado un idioma de signos. Los gillies les hablaban a los humanos en gillie; los humanos respondían con signos.

El gillie que había hablado antes repitió el gruñido, y agregó un sonido sibilante y sorbente particularmente hostil. Levantó las aletas de una forma que Lawler reconoció como postura de enojo. No, no de enojo, sino de ira. Ira extremada. Caramba, pensó Lawler. ¿Qué ocurre? ¿Qué he hecho yo?

No había duda alguna acerca de la furia del gillie. Ahora estaba haciendo pequeños movimientos de barrido con las aletas que parecían decir lisa y llanamente:

—Lárgate, desaparece, quita tu culo de aquí, rápido.

Perplejo, Lawler dijo por señas:

—*No-quiero-molestar. Vengo-a-conversar.*

Nuevamente el gruñido, más fuerte, más profundo. Reverberó en el suelo del sendero y Lawler sintió la vibración en las plantas de los pies.

Se sabía que los gillies habían llegado a matar a algunos humanos que los habían irritado, e incluso a otros que no lo habían hecho: una inoportuna propensión ocasional a la violencia inexplicable. No parecía ser deliberado; se trataba más bien de un irritado revés de aleta, una veloz patada despreciativa, un pisotón desconsiderado. Ellos eran muy grandes y fuertes, y no parecían comprender o preocuparse de cuán frágiles podían ser los cuerpos de los seres humanos.

El otro gillie, el más grande de los dos, dio uno o dos pasos en su dirección. Su respiración le llegó pesada, sibilante e insociable. Le echó a Lawler una mirada que él interpretó como de reservada hostilidad distraída. Lawler expresó sorpresa y consternación; luego volvió a indicar cordialidad. Hizo señas de que continuaba ansioso por hablar.

Los feroces ojos del primer gillie relumbraban con una ira inequívoca.

—Fuera. Vete. Márchate.

No existía ambigüedad alguna. Era inútil intentar llevar a cabo cualquier parlamento pacificador. Estaba claro que no lo querían en las cercanías de su planta energética. Muy bien, pensó. Hacedlo a vuestra manera.

Nunca antes había sido expulsado de aquella manera por los gillies; pero tomarse el tiempo necesario para recordarles quién era él, o que su padre les había sido de gran

utilidad en otra época, constituiría una estupidez peligrosa. Un golpe de aquella aleta lo arrojaría a la bahía con la columna rota.

Retrocedió mirándolos atentamente y con la intención de saltar al agua de espaldas si hacían algún movimiento contra él, pero los gillies se quedaron donde estaban, mirándolo fijamente mientras él ejecutaba su prudente retirada. Cuando alcanzó nuevamente el sendero principal, ambos se volvieron y entraron en el edificio.

Le daban demasiada importancia, pensó Lawler, pero aquel extraño rechazo le escocía profundamente. Se quedó durante un rato junto a la barandilla que daba a la bahía, para permitir que la tensión de aquel encuentro disminuyera en su interior. La idea del plan de negociar un trato hydrano-humano —ahora lo veía con demasiada claridad— había sido un mero disparate romántico. Salió silbando de la mente de Lawler como el vapor que era, y una rápido azoramiento provocó olas de calor que le recorrieron la piel durante un instante.

Pues bueno, regresaría a su vaargh a esperar la mañana, supuso. Entonces una rasposa voz de bajo sonó a sus espaldas.

—¿Lawler?

Cogido por sorpresa, se volvió bruscamente, con el corazón golpeándole fuertemente dentro del pecho. Miró con los ojos entrecerrados hacia la grisácea oscuridad. Apenas pudo distinguir la silueta de un hombre bajo y rechoncho con una espesa melena de cabello grasiento, que se hallaba de pie a unos diez metros de él hacia el interior de la isla.

—¿Delagard? ¿Eres tú?

El hombre rechoncho avanzó. Delagard, sí. El autodenominado líder de la isla, el principal promotor e innovador. ¿Qué demonios hacía acechando por allí a aquella hora?

Delagard tenía siempre el aspecto de estar en algo poco claro, incluso cuando no era así. Era bajo aunque no pequeño, con un poderoso cuerpo de torso corto, cuello grueso, hombros pesados, barrigón. Llevaba una túnica malaya que le dejaba el pecho descubierto, larga hasta los tobillos. Incluso en la oscuridad, la tela brillaba en luminosos pliegues de colores escarlata, turquesa y rosa vivo. Delagard era el hombre más rico del asentamiento, más allá de lo que tal cosa significara en un mundo en el que el mismo dinero carecía de sentido, donde apenas había algo en lo que poder gastarlo. Había nacido en Hydros igual que Lawler, pero poseía negocios en varias islas y se movía mucho. Era unos cuantos años mayor que él; probablemente tenía cerca de cincuenta.

—Has salido a pasear bastante temprano, doctor —dijo Delagard.

—Lo hago muy a menudo, tú lo sabes —la voz de Lawler estaba más tensa de lo habitual—. Es una buena hora del día.

—Si a uno le gusta estar solo, sí —Delagard hizo un gesto en dirección a la planta energética—. Viniste a ver cómo iba, ¿verdad?

Lawler se encogió de hombros. Se mataría antes que permitir que Delagard tuviera la más mínima sospecha de la exagerada fatuidad heroica en cuya creación había pasado aquella larga noche.

—Me han dicho que estará funcionando para mañana —dijo Delagard.

—He estado oyendo decir eso desde hace una semana.

—No, no; mañana la tendrán funcionando realmente, después de todo el tiempo que ha pasado. Ya han conseguido generar electricidad, aunque de muy baja tensión, y hoy la harán funcionar a pleno rendimiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —dijo Delagard—. Yo no les gusto, pero de todas formas me cuentan cosas. En el curso de los negocios, ya me entiendes.

Se acercó a Lawler, se puso junto a él y agarró la barandilla del dique marítimo de una forma vigorosa y confiada, como si aquella isla fuera su reino y la barandilla su centro.

—Todavía no me has preguntado por qué estoy fuera de la cama tan temprano —en-caró Delagard.

—No, es verdad.

—Te estaba buscando, ésa es la causa. Primero fui a tu vaargh, pero no estabas. Luego miré hacia la parte baja y vi que alguien caminaba por el sendero y se dirigía hacia aquí; imaginé que podías ser tú, y vine, donde me he encontrado con que estaba en lo cierto.

Lawler sonrió amargamente. Nada en el tono de Delagard indicaba que hubiese visto lo que acababa de ocurrir en el promontorio de la planta energética.

—Es muy temprano para hacerme una visita, si se trata de algo profesional —dijo Lawler—. O de una visita social, por lo que a ello respecta. Y no es que crea que fueras a hacerlo.

Señaló el horizonte. La luna aún brillaba en él. Todavía no había rastro alguno de la luz del alba. La Cruz, más brillante que nunca sin Alborada brillando en el cielo, parecía vibrar y palpar contra la intensa oscuridad.

—Habitualmente no comienzo mis horas de consulta hasta el alba. Tú ya lo sabes, Nid.

—Se trata de un problema especial —dijo Delagard—. No podía esperar. Es mejor ocuparse de él mientras todavía esté oscuro.

—¿Se trata de un problema médico?

—Sí, de un problema médico.

—¿Tuyo?

—Sí. Pero yo no soy el paciente.

—No te entiendo.

—Ya lo harás. Ven conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Lawler.

—Al astillero.

¿Qué demonios ocurría? Delagard parecía muy extraño aquella mañana. Probablemente se trataba de algo importante.

—De acuerdo —concedió Lawler—. Pongámonos en camino, entonces.

Sin pronunciar una palabra más, Delagard se volvió y echó a andar por el sendero que corría junto al dique marítimo, en dirección al astillero. Lawler lo siguió en silencio. El sendero pasaba por otro pequeño promontorio paralelo a aquel sobre el cual se alzaba la planta energética, y mientras caminaban por él tuvieron una vista clara de la construcción. Los gillies entraban y salían de ella con los brazos llenos de equipos.

—Esos astutos cabrones —murmuró Delagard—. Espero que la planta les estalle en los morros cuando la pongan en funcionamiento. Si es que alguna vez llegan a conseguirlo.

Rodearon el extremo del promontorio y entraron en la ensenada en la que se erigía el astillero de Delagard. Aquélla era con mucho la empresa más grande de Sorve, y empleaba a más de doce personas. Los barcos de Delagard viajaban constantemente entre las islas para llevar de un sitio a otro mercancías, las modestas producciones de una industria humana casera: anzuelos, cinceles y mazos, botellas y jarras, artículos de vestir, papel y tinta, libros copiados a mano, comida envasada y cosas por el estilo. La flota de Delagard era también la principal distribuidora de metales, plásticos, químicos y otros productos esenciales que las diferentes islas producían tan laboriosamente. Cada varios años, Delagard agregaba otra isla a su cadena de comercio. Desde el principio mismo de la ocupación humana de Hydros, los Delagard habían dirigido el negocio de transportes, pero Nid había extendido la empresa familiar mucho más allá de sus fronteras tempranas.

—Por aquí —dijo Delagard.

Una banda de perlada luz rompió repentinamente en el cielo oriental. Las estrellas palidecieron y la pequeña luna del horizonte comenzó a desaparecer de la vista a medida que el día asomaba. La bahía estaba adquiriendo su matutino color de esmeralda. Mientras seguía a Delagard por el camino que entraba en los astilleros, Lawler miró al interior de las aguas y vio con claridad las gigantescas criaturas fosforescentes que habían estado transitando durante toda la noche. Se trataba de bocas: inmensas criaturas como sacos aplastados de alrededor de cien metros de largo, que viajaban por el mar con sus colosales mandíbulas abiertas y tragaban cualquier cosa que se les pusiera por delante. Alrededor de una vez al mes, un cardumen de unas diez o doce de ellas aparecía en el puerto de Sorve y regurgitaban el contenido de sus estómagos —aún vivo— en el interior de unas redes de mimbre. Los gillies las ponían para ese propósito, y luego recolectaban el contenido en sus ratos libres durante las semanas siguientes. Aquello era un buen negocio para los gillies, pensó Lawler, porque les proporcionaba toneladas y toneladas de comida gratis; pero resultaba difícil ver qué ventaja les reportaba a las bocas.

—Ésa es mi competencia —dijo Delagard, riendo entre dientes—. Si pudiera matar a todas esas jodidas bocas, podría traer yo mismo toda clase de comida para vendérsela a los gillies.

—¿Y con qué iban a pagarte ellos ?

—Con las mismas cosas con las que ahora me pagan todo lo que les vendo —dijo desdeñosamente Delagard—. Elementos útiles. Cadmio, cobalto, cobre, estaño, arsénico, yodo, todos los materiales de los que está hecho este condenado océano. Pero en cantidades mucho mayores que las migajas que ahora consigo de ellos, o de las que nosotros somos capaces de extraer. Si quitara de alguna manera a las bocas del escenario, yo les suministraría a los gillies la carne que necesitan y ellos me llenarían los bolsillos con toda clase de valiosas mercancías a modo de pago. Un negocio muy bueno, si se me

permite decirlo. En cinco años los haría completamente dependientes de mí para su suministro de alimentos. Se podría hacer una fortuna con ello.

—Pensaba que ya tenías una fortuna. ¿Cuánto más necesitas?

—Simplemente no lo entiendes, ¿verdad?

—Supongo que no —dijo Lawler—. Yo soy sólo un médico, no un empresario. ¿Dónde está ese paciente que tienes para mí?

—Tranquilo, tranquilo. Te llevo tan rápido como me es posible, doctor —Delagard señaló hacia el mar con un rápido movimiento de barrido de una mano—. ¿Ves ahí abajo, junto al Embarcadero de Jolly? Allí es adonde vamos.

El Embarcadero de Jolly era un dedo de madera de fuco medio podrida que sobresalía unos treinta metros del dique marítimo, en el extremo más alejado del astillero. A pesar de que estaba desteñido y ladeado, maltratado por las mareas y mordido por las lombrices y raspadores marinos, el embarcadero aún estaba más o menos intacto; era un venerable ingenio de una era desaparecida.

Lo había construido un marinero loco, muerto hacía ya mucho tiempo; una extraña reliquia canosa de hombre cuya pretensión había sido la de haber circunnavegado en solitario la totalidad del planeta —incluso por el Mar Vacío, adonde no iría nadie que estuviese en su sano juicio— para llegar hasta las fronteras de la Faz de las Aguas misma, aquella inmensa y lejana isla prohibida, el gran misterio planetario al que ni siquiera los gillies se atrevían a acercarse. Lawler podía recordarse a sí mismo sentado en el extremo del Embarcadero de Jolly cuando era un niño, escuchando al viejo que entretejía sus locas y extravagantes historias de aventuras milagrosas e implausibles. Eso había sido antes de que Delagard construyera allí su astillero; sin embargo, por alguna razón, Delagard había conservado aquel sucio embarcadero. En otra época debió de gustarle escuchar los cuentos inverosímiles de aquel anciano.

Junto a él había amarrada una de las barcasas de pesca de Delagard, que se balanceaba sobre las suaves ondas de la bahía. Sobre el embarcadero, cerca de la barcaza, había un cobertizo que por lo viejo podría haber sido la casa del mismo Jolly, aunque no lo era. Delagard se detuvo en el exterior del cobertizo y levantó la vista para mirar intensamente a Lawler a los ojos, mientras decía con un gruñido profundo:

—Comprenderás, doctor, que, veas lo que veas aquí dentro, es algo absolutamente confidencial.

—Ahórrame el melodrama, Nid.

—Lo digo en serio. Tienes que prometerme que no abrirás la boca. No será sólo mi culo lo que esté en juego si esto trasciende. Podría jodernos a todos nosotros.

—Si no confías en mí, búscate otro médico. Aunque puede que tengas algunos problemas para encontrar otro por aquí.

Delagard le dirigió una mirada hosca, tras lo cual le dedicó una escalofriante sonrisa.

—De acuerdo. Lo que tú digas. Entra.

Abrió de un empujón la puerta del cobertizo. El interior estaba completamente oscuro e insólitamente húmedo. Lawler sintió el acre y salobre olor del mar, fuerte y concentrado como si Delagard hubiera estado embotellándolo en el interior de aquella vivienda, y otro olor que se mezclaba con él: un olor desagradable, penetrante y agrio que no reconoció en absoluto.

Oyó sonidos gruñentes, lentos y roncós como los suspiros de los condenados. Delagard tropezó con algo que estaba justo al otro lado de la puerta, produciendo un sonido áspero y pajizo. Pasado un momento encendió una cerilla, y Lawler vio que el otro sostenía un hisopo de algas secas atado al final de un palo para formar una antorcha, que encendió. La luz mortecina y humeante invadió el cobertizo como una mancha anaranjada.

—Allí están —dijo Delagard.

El centro del cobertizo estaba ocupado por un tosco tanque de mimbre calafateado con brea, de alrededor de unos tres metros de largo por dos de ancho, lleno casi hasta el borde con agua de mar. Lawler se aproximó a él y miró al interior. Tres de los gruñidos mamíferos acuáticos conocidos como buzos yacían en el interior, uno junto a otro y tan apretados como sardinas en lata. Sus poderosas aletas estaban contorsionadas en ángulos imposibles, y sus cabezas, que se elevaban rígidamente por encima de la superficie del agua, echadas hacia atrás de una forma violenta y agonizante. Ellos producían el extraño olor ácido que Lawler había sentido al abrirse la puerta; ya no parecía tan desagradable ahora. Los terribles gruñidos provenían del buzo de la izquierda. Eran manifestación del más tremendo dolor.

—Oh, mierda —dijo Lawler lentamente y en voz baja. Pensaba que ahora comprendía la furia de los gillies. Sus ojos que echaban fuego, sus gruñidos amenazadores. Lo recorrió un rápido y ardiente estallido de ira que le contrajo brevemente las mejillas—. ¡Mierda! —miró al hombre que estaba detrás de él con asco, repulsión y algo muy cercano al odio—. ¿Qué has hecho ahora, Delagard?

—Oye, si crees que te he traído aquí para que puedas irte de la lengua...

Lawler meneó lentamente la cabeza.

—¿Qué has hecho, hombre? —repitió, mirando a Delagard directamente a los ojos, que de repente se habían puesto a parpadear—. ¿Qué cojones has hecho?

2

Se trataba de absorción de nitrógeno. Lawler no tenía muchas dudas al respecto. La espantosa forma en que los buzos estaban contorsionados era un síntoma claro. Delagard debía de haberlos tenido realizando alguna tarea en las aguas profundas a mar abierto, y estuvieron en ellas el tiempo suficiente como para que sus articulaciones, músculos y tejidos grasos absorbieran grandes cantidades de nitrógeno. Luego, a pesar de lo insólito que parecía, habrían subido a la superficie sin tomarse el tiempo necesario para la descompresión. El nitrógeno se había expandido al descender la presión y se había incorporado al torrente sanguíneo y a las articulaciones en forma de burbujas mortales.

—Los trajimos en cuanto nos dimos cuenta de que había problemas —dijo Delagard—. Imaginamos que quizá tú podrías hacer algo por ellos. Y yo pensé en mantenerlos en el agua porque tienen que estar bajo el agua, así que llenamos este tanque y...

—Cállate —ordenó Lawler.

—Quiero que sepas que hicimos todos los esfuerzos...

—Cállate. Por favor, cállate.

Lawler se despojó de la tela de hojas de lechuga acuática que llevaba puesta y entró en el tanque. El agua se desbordó cuando él se metió apretadamente junto a los buzos. Pero no había mucho que pudiera hacer por ellos.

El del centro ya estaba muerto: Lawler puso las manos sobre los musculosos hombros de la criatura y sintió que el rigor mortis comenzaba a apoderarse de ella. Los otros dos estaban más o menos vivos, lo cual era peor para ellos; debían de estar sufriendo dolores monstruosos si estaban conscientes. Los cuerpos de los buzos, que habitualmente tienen la forma de torpedos, algo más largos que la estatura de un hombre, estaban grotescamente llenos de bultos, con cada músculo presionando al de al lado, y sus pieles de color dorado reluciente que solían ser lisas y satinadas, eran ahora ásperas y estaban llenas de bultos. Sus ojos ambarinos estaban apagados. Sus prominentes fauces colgaban flojas. Una baba gris les cubría los hocicos. El de la izquierda continuaba gimiendo regularmente cada treinta segundos más o menos, arrancando aquel sonido de las profundidades de sus entrañas de una manera horrible.

—¿Puedes curarlos de alguna forma? —preguntó Delagard— ¿Puedes algo hacer por ellos? Yo sé que puedes hacerlo, doctor. Sé que puedes.

En la voz de Delagard había ahora una reverencia desesperada que Lawler no recordaba haberle oído jamás. Estaba acostumbrado a que los enfermos le confirieran poderes de dios y le rogaran milagros, pero ¿por qué Delagard se preocupaba tanto por aquellos buzos? ¿Qué estaba ocurriendo allí en realidad? Sin duda, Delagard no se sentía culpable. Delagard, no.

—Yo no soy médico de buzos —dijo Lawler con frialdad—. La medicina humana es la única que conozco. Y no soy tan bueno en realidad.

—Inténtalo. Haz algo. Por favor.

—Uno de ellos ya está muerto, Delagard. Nunca me enseñaron a resucitar a los muertos. Si lo que quieres es un milagro, ve a buscar a tu amigo Quillan, el sacerdote, y tráelo aquí.

—Cristo —murmuró Delagard.

—Exacto. Los milagros son la especialidad de él, no la mía.

—Cristo. Cristo.

Lawler buscó cuidadosamente el pulso en la garganta de los buzos. Sí, aún latían de forma lenta e irregular. ¿Significaba eso que estaban moribundos? Él no lo sabía. ¿Cómo era un pulso normal en un buzo? ¿Cómo podía suponerse que él supiera cosas así? Lo único que se podía hacer, pensó, era poner los dos que seguían con vida en el mar, bajarlos a la misma profundidad en la que habían estado, y traerlos nuevamente a la superficie, esta vez con la suficiente lentitud como para que pudieran librarse del exceso de nitrógeno. Pero no había forma de llevar eso a cabo. Y de todas formas, probablemente ya era demasiado tarde.

Presa de la angustia, trazó unos pases fútiles, casi místicos con las manos por encima de los cuerpos, como si pudiera sacar las burbujas de nitrógeno sólo con gestos.

—¿A cuánta profundidad estaban? —quiso saber Lawler sin levantar la vista.

—No estamos seguros. Cuatrocientos metros, quizá cuatro cincuenta. El fondo era irregular en esa zona y el mar se movía constantemente, por lo que no podíamos saber con precisión cuánta cuerda largábamos.

Hasta el fondo mismo del mar. Eso era una locura.

—¿Qué estábais buscando?

—Pepitas de manganeso —dijo Delagard—. Y también se suponía que ahí abajo había molibdeno, y quizá antimonio. Dragamos una increíble variedad de minerales con la pala excavadora.

—Entonces tendrías que haber utilizado la pala también para el manganeso —dijo Lawler, furioso—. No a ellos.

Sintió que el buzo de la derecha se tensaba y convulsionaba, y murió mientras él lo sostenía. El otro continuaba retorciéndose y gimiendo.

Una furia fría y amarga se apoderó de él, alimentada por el desprecio y la ira. Aquello era un asesinato estúpido e irreflexivo. Los buzos eran animales inteligentes, no tanto como los gillies pero lo suficientemente inteligentes. Sin duda más inteligentes que los perros, más que los caballos, más inteligentes que cualquiera de los animales de la antigua Tierra de los que Lawler hubiera tenido noticias en la época en la que leía libros de cuentos.

Los mares de Hydros estaban llenos de criaturas que podían ser consideradas inteligentes. Aquélla era una de las cosas desconcertantes de aquel mundo, haber desarrollado no sólo una especie inteligente sino, aparentemente, docenas de ellas. Los buzos tenían un idioma, tenían nombres y poseían algún tipo de estructura tribal. Sin embargo, a diferencia de la casi totalidad de las otras formas de vida inteligentes de Hydros, tenían un defecto fatal: eran dóciles e incluso amistosos con los seres humanos, y compañeros juguetones en el agua. Se los podía persuadir para que hicieran favores. Incluso se los podía poner a trabajar.

Por lo visto, se los podía hacer trabajar hasta la muerte.

Masajeó desesperadamente al que aún no había muerto, con la lejana esperanza de hacer salir el nitrógeno de sus tejidos. Durante un momento los ojos de la bestia se animaron, y profirió cinco o seis palabras en la lengua gutural de los buzos. Lawler no hablaba aquel idioma, pero las palabras de la criatura eran bastante fáciles de interpretar como: «dolor, pesar, tristeza, pérdida, desesperación». Luego sus ojos ambarinos se pusieron vidriosos y volvió a quedar en silencio.

—Los buzos están adaptados para vivir en el océano profundo —dijo Lawler, mientras continuaba masajeándolo—. Cuando se los deja solos son lo suficientemente inteligentes como para no pasar de una zona de presión a otra con demasiada rapidez, para poder eliminar los gases. Todas las criaturas marinas saben eso, por tontas que sean. Una esponja sabría eso, así que para qué hablar de un buzo. ¿Cómo fue que estos tres subieron a la superficie tan rápidamente?

—Fueron izados por la grúa —dijo Delagard, lastimosamente—. Estaban en la red y no lo supimos hasta que llegó a la superficie. ¿Hay algo, cualquier cosa, que puedas hacer para salvarlos, doctor?

—El del otro extremo también está muerto. A éste le quedan probablemente cinco minutos. Lo único que puedo hacer es romperle el cuello para aliviarle el sufrimiento.

—Jesús.

—Sí, Jesús. Vaya una mierda de asunto.

Sólo llevó un instante, un golpe rápido. Después Lawler se detuvo durante un momento, con los hombros caídos hacia adelante, respirando profundamente y sintiéndose aliviado ahora. Luego salió del tanque, se sacudió y volvió a envolver la tela de lechuga marina en torno a su cintura. Lo que necesitaba ahora, y lo necesitaba con urgencia, era un trago de tintura de alga y un buen baño, después de haber estado en el tanque con aquellas bestias agonizantes. Pero ya había agotado su cuota de baños de la semana. Tendría que conformarse con echarse a nadar dentro de un rato. Sin embargo, sospechaba que le haría falta algo más para sentirse nuevamente limpio después de lo visto esa mañana.

Le echó una mirada penetrante a Delagard.

—Éstos no son los primeros a los que les pasa esto, ¿verdad?

El hombre rechoncho no lo miró a los ojos.

—No.

—¿Es que no tienes sensatez alguna? Ya sé que no tienes conciencia, pero al menos podrías tener un poco de sensatez. ¿Qué les ocurrió a los otros?

—Murieron.

—Ya lo supongo. ¿Qué hiciste con los cuerpos?

—Hice comida con ellos.

—Maravilloso. ¿Cuántos fueron?

—Ocurrió hace algún tiempo. Cuatro, cinco... no estoy seguro.

—Eso probablemente significa diez. ¿Se enteraron los gillies de ello?

El «sí» de Delagard fue el sonido audible más leve que podía proferir un hombre.

—Sí —lo imitó Lawler—. Por supuesto que se enteraron. Los gillies siempre se enteran cuando jodemos a la fauna local. ¿Qué dijeron?

—Me hicieron una advertencia —respondió con voz un poco más alta, en el tono de susurro malhumorado de un escolar travieso.

Aquí lo tenemos, pensó Lawler. Por fin, aquí está el núcleo del problema.

—¿Qué es lo que te advirtieron? —preguntó.

—Que no utilizara nunca más a los buzos en mis operaciones.

—Pero lo has hecho, según parece. ¿Por qué demonios volviste a utilizarlos si ellos te advirtieron que no lo hicieras?

—Cambiamos el método. No pensamos que fuera a haber ningún problema —algo de energía volvió a la voz de Delagard—. Oye, Lawler, ¿sabes lo valiosas que pueden ser esas pepitas de mineral? ¡Podrían revolucionar completamente nuestra existencia en este jodido charco! ¿Cómo iba yo a saber que los buzos iban a meterse directamente en la condenada red de la grúa? ¿Cómo podía imaginar que se quedarían en el interior después de que diéramos la señal de izarla?

—Ellos no se quedaron en la red. Debieron de enredarse en ella. Los animales submarinos inteligentes no se quedan en una red que se eleva rápidamente desde cuatrocientos metros de profundidad.

Delagard lo miró con ferocidad desafiante.

—Bueno, pues así fue. Por qué, no lo sé —la ferocidad desapareció y volvió a dirigirse a Lawler aquella mirada dedicada al hacedor de milagros, con los ojos levantados hacia él, implorantes. ¿Aún ahora tenía esperanzas?—. ¿No había nada que tú pudieras hacer para ayudarlos, Lawler? ¿Nada en absoluto?

—Oh, por supuesto que sí. Había muchísimas cosas que hubiera podido hacer. Lo único que ocurre es que no estaba de humor, supongo.

—Perdona. He dicho una tontería —Delagard parecía casi avergonzado; continuó con voz ronca—. Ya sé que has hecho todo lo que podías. Mira, si puedo enviar a tu vaargh algo a modo de pago, una caja de brandy de algas, quizá, o algunas buenas cestas, o embutidos para una semana...

—El brandy —dijo Lawler—. Eso será lo más apropiado. Podré emborracharme y olvidar todo lo que he visto aquí —cerró los ojos durante un instante—. Los gillies están enterados de que has tenido aquí toda la noche a tres buzos agonizantes.

—¿Lo están? ¿Cómo es posible que tú sepas eso?

—Porque me encontré con algunos cuando estaba paseando por el dique marítimo, y prácticamente me arrancaron la cabeza de un mordisco. Espumajeaban de furia. ¿Es que no viste cómo me echaban?

Delagard, con el rostro repentinamente ceniciento, denegó con la cabeza.

—Bueno, pues lo hicieron; y yo no había hecho nada excepto quizá acercarme demasiado a la planta energética. Sin embargo, nunca antes habían dicho que la planta fuera territorio prohibido, por lo que tuvo que ser a causa de esto.

—¿Tú lo crees así?

—¿Qué otra cosa pudo ser?

—En ese caso, siéntate. Tenemos que hablar, doctor.

—Ahora no.

—¡Escúchame!

—No quiero escucharte, ¿de acuerdo? Y no puedo quedarme aquí más tiempo; tengo otras cosas que hacer. Probablemente tenga gente esperando en mi vaargh. Demonios, ni siquiera he desayunado.

—Doctor, espera un segundo. Por favor.

Delagard lo sujetó, pero Lawler se lo sacudió de encima. El aire húmedo del cobertizo, matizado por el olor dulzón de la descomposición de los cuerpos, lo estaba mareando. La cabeza comenzaba a darle vueltas. Incluso un médico tiene sus límites; rodeó a Delagard que lo miraba con la boca abierta, y salió al exterior. Se detuvo en la puerta y se balanceó durante unos instantes con los ojos cerrados mientras respiraba profundamente y escuchaba los gruñidos de su estómago vacío y el crujir del embarcadero debajo de los pies, hasta que la repentina náusea lo abandonó.

Escupió algo seco y verduoso; miró el esputo con el entrecejo fruncido. Jesús... Vaya una forma de comenzar la mañana.

El alba había llegado ya, y estaba en toda su plenitud. Por estar Sorve tan cerca del ecuador, el sol se elevaba rápidamente por encima del horizonte cada mañana, y se precipitaba de la misma forma abrupta al anochecer. Aquella mañana había un cielo insólitamente magnífico. La bóveda celeste estaba cruzada por listas de color rosa vivo, salpicadas por matices anaranjados y turquesas. A Lawler le parecía que la túnica de Delagard estuviera allá arriba. Se había calmado en cuanto hubo salido de la choza al aire fresco del mar, pero ahora sentía que una nueva ola de furor se agitaba dentro de él y provocaba malas resonancias en sus entrañas; desvió la vista hacia sus pies mientras volvía a respirar profundamente. Lo que necesitaba hacer, se dijo, era llegar a casa. A casa y al desayuno, y tal vez una o dos gotas de tintura; luego comenzaría la jornada diaria.

Comenzó a subir la cuesta. En el interior de la isla la gente ya estaba levantada y moviéndose por los alrededores. Allí nadie dormía mucho después del alba. La noche era para dormir y el día para trabajar. A lo largo del camino de regreso a su vaargh — para esperar a que llegara el grupo de genuinos enfermos y quejosos crónicos de aquella mañana—, Lawler encontró y saludó a un buen porcentaje de la población humana de la isla. Allí, en el estrecho rincón en el que vivían los hombres, todo el mundo estaba constantemente amontonado.

La mayoría de aquellos a los que saludó eran personas a las que conocía desde hacía décadas. Prácticamente toda la población de Sorve había nacido en Hydros, y más de la mitad de ellos habían nacido y se habían criado en la isla misma, como Lawler. Así pues, la mayoría de ellos eran personas que nunca habían escogido pasar la totalidad de sus vidas en aquella bola de agua alienígena, pero lo estaban haciendo de todas formas porque no tenían alternativa. La lotería de la suerte les había dado simplemente un billete para Hydros en el momento de nacer; y cuando uno se encontraba en Hydros no podía salir nunca más porque allí no había puertos espaciales; no había forma de marcharse del planeta excepto la muerte.

Nacer allí era como una cadena perpetua. Era algo extraño el no tener elección alguna acerca del mundo en el que uno quería vivir, en medio de una galaxia plagada de planetas habitables y mundos inhabitados. Pero también estaban los demás, los que habían caído a plomo desde el espacio exterior en una cápsula, que habían tenido elección, que habrían podido ir a cualquier otra parte del Universo y sin embargo habían escogido aquella, aun sabiendo que no había forma de salir de allí. Eso era todavía más extraño.

Dag Tharp manejaba la radio, hacía trabajos dentales al margen y a veces trabajaba como anestesista de Lawler. Fue el primero con el que se cruzó; era un hombre menudo y anguloso, de rostro rojo y aspecto frágil, una gran nariz afilada y ganchuda que nacía entre sus dos ojillos y una boca casi descarnada; todo sobre un cuello flaco. Detrás de él vino Sweyner, el fabricante de herramientas y soplador de vidrio: un anciano pequeño, nudoso y curtido; igual que su nudosa y curtida esposa, que parecía su hermana gemela. Algunos de los nuevos colonos sospechaban que así era, pero Lawler conocía bien la historia. La esposa de Sweyner era prima en segundo grado de Lawler, y Sweyner no estaba emparentado con él ni con ella en absoluto. Los Sweyner, como los Tharp, eran nacidos en Hydros y nativos de Sorve. Era algo un poco irregular eso de casarse con una mujer de la propia isla natal, como había hecho Sweyner, y eso, junto con el parecido físico que había entre ellos, había provocado los rumores.

Lawler ya estaba cerca de la alta loma de la isla, la terraza principal. Una ancha rampa de madera conducía hasta ella. No había escalera alguna en Sorve; las piernas rechonchas de los gillies no estaban diseñadas para subir escaleras. Lawler trepó por la rampa a buen paso y salió a la terraza, una extensión plana, dura y rígida de fibras amarillas de bambú marino de unos cincuenta metros de diámetro, barnizado con savia de sepeltana y apoyado sobre un entramado de gruesas vigas negras de madera de fuco. La larga y estrecha carretera central de la isla la atravesaba. Un desvío a la izquierda conducía a la parte de la isla en la que vivían los gillies, y otro a la derecha llevaba al pueblo de cabañas de los humanos. Lawler cogió el desvío de la derecha.

—Buenos días, doctor, señor —murmuró Natim Gharkin a unos veinte pasos por delante de él en el sendero, mientras se apartaba a un lado para dejar pasar a Lawler.

Gharkin había llegado a Sorve hacía unos cuatro o cinco años, procedente de otra isla. Era un hombre de mirada y rostro suaves, con una piel lisa y oscura; aún no había conseguido encajar en la vida de la comunidad de ninguna forma significativa. Era un recolector de algas; bajaba por el sendero para pasarse el día cosechando algas marinas en las aguas someras. Eso era lo único que hacía.

La mayoría de los seres humanos de Hydros se dedicaban a varias ocupaciones: con una población tan reducida como aquélla, era necesario que la gente tuviera varias destrezas. Pero Gharkin no parecía preocuparse por ello. Lawler no sólo era el médico de la isla, sino además el farmacéutico, el meteorólogo, el enterrador y —al menos eso parecía pensar Delagard— el veterinario. Gharkin, sin embargo, era recolector de algas y nada más. Lawler pensaba que era nacido en Hydros, pero no estaba seguro porque aquel hombre daba a conocer muy raramente algún dato sobre sí mismo. Gharkin era la persona más humilde que Lawler hubiera conocido jamás; calmo, paciente y diligente, amistoso pero insondable, era una vaga presencia silenciosa y no mucho más.

Intercambiaron sonrisas automáticas y pasaron el uno junto al otro.

Luego pasaron en hilera las mujeres, vestidas todas con túnicas verdes sueltas: las encabezaban las hermanas Halla, Mariam y Thecla, que un par de años antes habían formado una especie de convento en el extremo bajo de la isla. Lo habían instalado más allá de los terrenos de los artesanos que trabajaban con desechos, donde se almacenaban huesos de todas clases para ser procesados y convertidos en cal y luego en jabón, tinta, pintura o químicos destinados a cientos de usos. Habitualmente no estaban allí más que los artesanos; las hermanas, que vivían más allá del osario, estaban a salvo de ser molestadas. Pero, a pesar de todo, era un sitio extraño para escogerlo como lugar de residencia. Desde que habían instalado su convento, las hermanas habían tenido tan pocos tratos con los hombres como les era posible. A aquellas alturas la congregación estaba formada por once mujeres, alrededor de un tercio de las humanas de Sorve; aquél era un acontecimiento curioso, único en la corta historia de la isla. Delagard estaba lleno de especulaciones lascivas acerca de lo que ocurría allí abajo. Muy probablemente estaba en lo cierto.

—Hermana Halla —dijo Lawler, mientras saludaba con un gesto a cada una—. Hermana Mariam. Hermana Thecla.

Ellas lo miraron como si hubiera dicho algo sucio. Lawler se encogió de hombros y prosiguió su camino.

La principal reserva de agua estaba un poco más arriba. Se trataba de un tanque de cincuenta metros de diámetro por tres de alto, construido con cañas de bambú marino

barnizadas y atadas con aros de algas de color naranja brillante; lo habían calafateado con la brea que se extraía de los pepinos acuáticos. De él salía un laberinto de tuberías de madera hacia las chozas, que comenzaban un poco más allá.

El tanque de agua era probablemente la estructura más importante del asentamiento. La habían construido los primeros seres humanos que habían llegado a la isla cinco generaciones antes —a principios del siglo veinticuatro—, cuando Hydros era aún utilizada como colonia penal. Requería un mantenimiento constante: interminables parches, calafateados y reposición de los aros de alga. Durante los últimos diez años se había hablado de reemplazarlo por algo mejor construido, pero nunca se había hecho nada al respecto, y Lawler dudaba de que fuera a hacerse alguna vez. Servía a sus propósitos suficientemente bien.

Al acercarse al gran tanque de madera, Lawler vio que el sacerdote estaba rodeando lentamente el tanque. El padre Quillan, de la Iglesia de Todos los Mundos, había venido hacía poco a instalarse en Hydros. Ahora estaba haciendo algo extremadamente extraño: cada diez pasos más o menos, se detenía, se encaraba con la pared del tanque y tendía los brazos para hacer algo así como abrazarlo, presionando las puntas de los dedos cuidadosamente contra la pared aquí y allá como si estuviera buscando escapes.

—¿Tiene miedo de que la pared reviente? No debe preocuparse por eso —le gritó Lawler.

El sacerdote era un recién llegado que no pertenecía a aquel mundo. Había estado en Hydros menos de un año, y hacía sólo unas pocas semanas que había llegado a la isla de Sorve. Quillan miró rápidamente a su alrededor, visiblemente incómodo. Apartó las manos de la cara del tanque.

—Hola, Lawler.

Era un hombre macizo de aspecto austero, calvo y completamente afeitado; podría haber tenido cualquier edad entre cuarenta y cinco y sesenta años. Era delgado, como si toda la carne hubiera sudado a través de sus poros; tenía un rostro ovalado y una nariz fuerte y huesuda. Los ojos, hundidos, eran de un frío color azul claro; tenía una piel muy blanca que parecía desteñida, a pesar de que la dieta regular de productos derivados del mar comenzaba a conferirle el tinte oscuro marino que tenían todos los colonos antiguos. Las algas comenzaban a aflorarle a la cara, por decirlo de alguna manera.

—Esta cisterna de agua es extremadamente resistente —le dijo Lawler—. Créame, padre; he vivido aquí toda mi vida y las paredes no han estallado ni una sola vez. No podríamos dejar que eso ocurriera.

Quillan rió, cohibido.

—No era eso lo que estaba haciendo, en realidad. De hecho estaba abrazando su fuerza.

—Ya veo.

—Sintiendo todo el poder que hay allí dentro. Experimentando la sensación de una gran fuerza contenida... toneladas de agua dominadas por nada más que la voluntad y la determinación humanas.

—Y un montón de bambú marino y anillos, padre. Por no hablar de la gracia de Dios.

—Eso también —dijo Quillan.

Algo muy peculiar, eso de abrazar la reserva de agua porque uno quiere sentir su poder. Pero Quillan siempre estaba haciendo cosas peculiares como aquella. En aquel hombre parecía haber algún tipo de hambre desesperada: hambre de gracia, de misericordia, de rendirse a algo más grande que él. Quizá de la fe misma. Parecía extraño que un hombre que declaraba ser sacerdote estuviera tan necesitado de espíritu.

—Ese tanque lo diseñó mi tatarabuelo, ¿sabe? —dijo—. Harry Lawler, uno de los fundadores. Era capaz de hacer cualquier cosa que se le metiera en la cabeza, según decía mi abuelo. Sacarle a uno el apéndice, navegar de una isla a otra, diseñar esta reserva de agua —Lawler hizo una pausa—. Fue enviado aquí por asesinato, el viejo Harry. Homicidio sin premeditación, debería decir.

—No lo sabía. ¿Así que su familia ha vivido siempre en Sorve?

—Desde el principio. Yo nací aquí. A unos doscientos metros de donde se encuentra usted, en realidad —Lawler dio unas palmadas afectuosas al costado del tanque—. El bueno del viejo Harry. Aquí tendríamos verdaderos problemas sin esto. Ya ha visto lo seco que es nuestro clima.

—Comienzo a darme cuenta —dijo el sacerdote—. ¿Alguna vez llueve aquí?

—En ciertas épocas del año —respondió Lawler—. Ésta no es una de ellas. No tendremos lluvia durante otros nueve o diez meses. Es por eso por lo que el tanque fue construido de tal modo que no hubiese escape alguno.

El agua era escasa en Sorve; al menos el tipo de agua que necesitaban los seres humanos. La isla viajaba por territorios áridos durante la mayor parte del año, a causa de las inexorables corrientes. Las islas flotantes de Hydros, a pesar de que navegaban más o menos libremente por el mar, a veces quedaban atrapadas durante varias décadas dentro de unos cinturones longitudinales muy definidos por poderosas corrientes marinas tan fuertes como enormes ríos. Todos los años, cada isla llevaba a cabo una migración rígidamente definida de un polo a otro y de vuelta; cada polo estaba rodeado por un torbellino de aguas rápidas que se apoderaban de las islas entrantes, les hacían dar la vuelta y las empujaban hacia el extremo opuesto del planeta.

Sin embargo, a pesar de que las islas pasaban por todas las latitudes en su migración anual de sur a norte, las fluctuaciones de este y oeste eran mínimas debido a la fuerza de las corrientes predominantes. Sorve, en su interminable recorrido de subida y bajada por el planeta, había permanecido entre los grados cuarenta y sesenta de longitud oeste desde que Lawler podía recordar. Básicamente, ése parecía ser un cinturón árido en la mayor parte de sus latitudes. Las lluvias eran infrecuentes excepto para la época en que la isla se desplazaba por las zonas polares; entonces lo normal eran las precipitaciones torrenciales.

Las sequías casi perpetuas no constituían problema alguno para los gillies, que de todas formas estaban hechos para beber agua de mar. Pero eso complicaba la existencia de los seres humanos. El racionamiento del agua era un factor rutinario de la vida en Sorve. Había habido dos años —cuando Lawler tenía doce años y nuevamente cuando tenía veinte, el oscuro año de la muerte de su padre—, durante los cuales habían caído precipitaciones inesperadas sobre la isla durante varias semanas sin parar, por lo que los tanques de reserva se habían desbordado y se había abandonado el racionamiento. Aquello había sido una interesante novedad durante la primera semana más o menos, y luego las interminables precipitaciones torrenciales, los días grises y el olor del moho

rancio se habían convertido en algo aburrido. En términos generales, Lawler prefería las sequías; al menos estaba acostumbrado a ellas.

—Este lugar me fascina —dijo Quillan—. Es el mundo más extraño que haya conocido jamás.

—Supongo que yo podría decir lo mismo.

—¿Ha viajado mucho? Por Hydros, quiero decir.

—Una vez estuve en la isla de Thibeire —respondió Lawler—. Se nos acercó mucho, flotando justo fuera del puerto, y un grupo de nosotros cogimos una barca y pasamos el día allí. Yo tenía quince años entonces. Ésa es la única vez en la que he estado fuera de esta isla —le dirigió a Quillan una mirada cautelosa—. Pero usted es un auténtico viajero, según tengo entendido. Me han dicho que ha estado en una buena parte de la galaxia, en otros tiempos.

—Un poco —respondió Quillan—. Pero no tanto como dicen. He estado en siete mundos en total, ocho si contamos éste.

—Eso es siete mundos más de lo que yo veré jamás.

—Pero ahora he llegado al final del camino.

—Sí —aseguró Lawler—. De eso no cabe duda.

Los extranjeros que venían a vivir en Hydros estaban más allá de la comprensión de Lawler. ¿Por qué lo hacían? ¿Por qué meterse en una cápsula de caída en Alborada —el vecino del cielo, a sólo un millón de kilómetros de distancia, más o menos— y ser lanzado a una órbita de aterrizaje para caer al mar cerca de alguna de las islas flotantes, con la plena conciencia de que no podría volver a abandonar Hydros?

Puesto que los gillies se negaban a permitir la instalación de un puerto espacial en ninguna parte de Hydros, ir al planeta era un viaje estrictamente sin retorno, y todos los que estaban en el exterior lo sabían perfectamente. Y a pesar de ello venían —si bien no muchos, sí en una corriente constante— y escogían vivir para siempre como náufragos en las tierras sin tierra, en un mundo sin árboles ni flores, sin pájaros ni insectos ni campos de hierba verde, sin animales peludos o ungulados, sin facilidades ni comodidades de ningún tipo, sin ninguna de las ventajas de la tecnología moderna, flotando en las incesantes mareas, viajando de un polo a otro y de vuelta, a bordo de islas hechas de mimbre entretejido, en un mundo que sólo era adecuado para criaturas con aletas.

Lawler no tenía ni idea de por qué Quillan había querido vivir en Hydros, pero uno no hacía ese tipo de preguntas. Quizá se tratara de una especie de penitencia. Ciertamente no había sido para llevar a cabo funciones eclesiásticas: la Iglesia de Todos los Mundos era una secta católica cismática postpapal sin ningún adepto en aquel planeta, hasta donde sabía Lawler. Tampoco parecía estar allí como misionero; no había hecho intento alguno de llevar a cabo conversiones desde su llegada, lo cual daba lo mismo porque la religión no había sido nunca un asunto de gran interés entre los isleños. «Dios está muy lejos de quienes vivimos en la isla de Sorve», solía decir su padre.

Quillan pareció sombrío durante un momento, como si contemplara recién ahora la realidad de haber varado en Hydros por el resto de sus días.

—¿No le importa a usted estar siempre en el mismo lugar? —le preguntó luego—. ¿No siente nunca inquietud, curiosidad por saber cómo son las otras islas?

—Realmente no —respondió Lawler—. Tuve la impresión de que Thibeire era muy parecida a Sorve. La misma disposición general, la misma consistencia general. La única diferencia era que allí no había nadie a quien yo conociera. Si un lugar es exactamente igual que otro, ¿por qué no quedarse en el que uno conoce, entre la gente con la que ha vivido siempre? —sus ojos se entrecerraron—. Son los otros mundos los que hacen que me formule preguntas. Los que contienen tierras secas. Los planetas realmente sólidos.

»Me pregunto cómo será eso de caminar y caminar durante días sin ver ni una vez grandes extensiones de agua, o estar siempre sobre una superficie dura, no en una isla, sino en un continente enorme donde uno no puede ver desde una punta a otra del lugar en el que vive, una gigantesca masa de tierra que tiene ciudades, montañas y ríos encima. Me gustaría saber cómo son los árboles, los pájaros, las flores. Me interrogo acerca de la Tierra, ¿sabe? A veces sueño que todavía existe, que en realidad estoy en ella respirando su aire y sintiendo el suelo bajo mis pies; sueño que se me mete debajo de las uñas. No hay ni una partícula de tierra en todo Hydros; ¿se da cuenta de eso? Sólo la arena del fondo del mar.

Lawler dirigió una rápida mirada a las manos del sacerdote, a sus uñas, como si todavía pudiera tener restos de la tierra negra de Alborada. Los ojos de Quillan siguieron la dirección de los de Lawler y sonrió, pero no dijo nada.

—El otro día lo oí a usted cuando hablaba con Delagard en el centro comunitario —dijo Lawler—, acerca del planeta en el que vivió antes de llegar aquí, y todavía recuerdo cada una de las palabras que dijo. Cómo las tierras de aquel lugar parecían continuar infinitamente, primero praderas y luego montañas y un desierto al otro lado de las montañas. Y durante todo ese tiempo permanecí sentado allí, mientras intentaba imaginar qué aspecto tendrían realmente todas aquellas cosas; pero, por supuesto, yo nunca lo sabré. Desde aquí no podemos ir a otros mundos, ¿eh? Para nosotros daría lo mismo que no existieran. Y puesto que en Hydros cada lugar es igual a todos los demás lugares, no me siento tentado de viajar por aquí.

—En efecto —dijo Quillan con gravedad. Pasado un momento, agregó—. Sin embargo, eso no es típico, ¿no cree?

—¿Típico de quién?

—De la gente que vive en Hydros. Me refiero a no viajar nunca a ninguna parte.

—Algunos son viajeros. Les gusta cambiar de isla cada cinco o seis años. Otros no son así. Yo diría que la mayoría no son así. En todo caso, yo soy uno de los que prefieren quedarse.

Quillan meditó durante un momento sobre aquello.

—En efecto —repitió, como si estuviera procesando algún dato complicado.

Parecía haber agotado su lista de preguntas por el momento y estar a punto de pronunciar una conclusión importante. Lawler lo observaba sin mayor interés, mientras esperaba amablemente oír cualquier otra cosa que quisiera decirle, pero pasó un largo rato y Quillan continuó en silencio. Resultaba evidente que, después de todo, no tenía nada más para decir.

—Bueno —comentó Lawler—, creo que es hora de abrir la tienda —y comenzó a andar sendero arriba en dirección a los vaarghs.

—Espere —pidió Quillan.

Lawler se volvió para mirarlo.

—¿Sí?

—¿Se encuentra usted bien, doctor?

—¿Por qué? ¿Le parece que tengo aspecto de estar enfermo?

—Parece estar algo trastornado —respondió Quillan—. No es normal ese aspecto en usted. Cuando lo conocí tuve la impresión de que era usted un hombre que se limitaba a vivir su vida día a día, hora a hora, y que sabía tomarse las cosas de la mejor manera. Pero esta mañana tiene usted un aspecto diferente, de alguna forma. Esa exposición suya acerca de otros mundos... no sé. No parece algo propio de usted. Por supuesto, yo no puedo decir que lo conozca realmente...

Lawler le dirigió al sacerdote una mirada defensiva. No tenía ganas de hablarle de los tres buzos muertos en el cobertizo.

—He tenido unas cuantas cosas en la cabeza la pasada noche. No he dormido mucho, pero no me había dado cuenta de que fuera evidente.

—Yo soy bastante bueno para ver esas cosas; no requiere demasiado esfuerzo —dijo Quillan con una sonrisa. Sus pálidos ojos azules, habitualmente remotos e incluso velados, parecieron insólitamente penetrantes en aquel preciso momento—. Oiga, Lawler, si quiere hablar conmigo de cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, a cualquier hora, simplemente descargar su pecho...

Lawler sonrió abiertamente y se señaló el pecho, que llevaba desnudo.

—Es obvio que aquí no hay nada, ¿verdad?

—Ya sabe a qué me refiero —dijo Quillan.

Durante un momento algo pareció pasar entre ellos, una especie de tensión crepitante, un enlace que Lawler no deseaba ni disfrutó. Entonces el sacerdote volvió a sonreír afablemente —demasiado afablemente, una sonrisa deliberadamente benigna, suave y vaga— con la deliberada intención de crear distancia entre ambos. Levantó una mano con un gesto que podría haber sido de bendición, o tal vez de tristeza, asintió, se volvió y se alejó.

3

Al acercarse a su vaargh, Lawler vio que una mujer de largos cabellos lacios y negros lo estaba esperando en el exterior. Una paciente, supuso. Ella tenía la cara vuelta en la dirección opuesta, por lo que él no estaba seguro de la identidad de su visitante. Al menos cuatro de las mujeres de Sorve tenían el cabello así.

Había treinta vaarghs en el grupo en el que vivía Lawler, y otras sesenta más o menos —no todas habitadas— más abajo, cerca del extremo de la isla. Eran estructuras grises e irregulares, asimétricas pero de forma vagamente piramidal; huecas por dentro, del doble de la altura de un hombre y acabadas en un vértice romo. Cerca de la cima tenían abiertos agujeros a modo de ventanas, orientados en un ángulo tal que la lluvia

sólo pudiera penetrar durante las tormentas más torrenciales, e incluso así con dificultad. Estaban hechas con una celulosa arrugada, tosca y áspera —algo extraído del mar; ¿de qué otro sitio si no del mar?—, evidentemente mucho tiempo antes.

Aquel material era notablemente sólido y duradero. Si uno golpeaba una vaargh con un palo, sonaba como una campana metálica. Los primeros colonos las habían encontrado ya construidas al llegar, y las habían utilizado como alojamiento temporal; pero eso había ocurrido más de cien años antes, y los isleños aún vivían en ellas. Nadie sabía por qué estaban allí.

Había grupos de vaarghs en casi todas las islas. Quizá se tratara de los nidos abandonados de alguna criatura extinguida, que una vez había compartido la isla con los gillies. Éstos vivían en moradas de una naturaleza completamente distinta, unos refugios precarios de algas que desechaban y reemplazaban cada pocas semanas, mientras que estas otras casas parecían tan cerca de lo imperecedero como ninguna otra cosa en aquel mundo acuático. «¿Qué son?», habían preguntado los primeros colonos, y los gillies habían respondido simplemente: «Son vaarghs». Qué significaba «vaarghs» era algo que nadie sabía. Comunicarse con los gillies, incluso ahora, era una cuestión que dependía de la casualidad.

Cuando Lawler se acercó más, advirtió que la mujer era Sundria Thane. También ella era nueva en Sorve; una joven seria de elevada estatura que había arribado algunos meses antes procedente de la isla de Kentrup como pasajera de uno de los barcos de Delagard. Su profesión era mantenimiento y reparación —barcos, redes, maquinaria, cualquier cosa—, pero el auténtico campo de sus intereses parecía ser el estudio de los hydranos. Lawler había oído decir que ella era experta en la cultura, la biología y todos los aspectos de la vida de éstos.

—¿He llegado demasiado temprano? —preguntó.

—No, si no lo cree así. Entre.

La entrada de la vaargh de Lawler era una hendidura de forma triangular abierta en una pared, como una puerta para gnomos. Él se agachó y deslizó al interior. Ella también se agachó para seguirlo, tenía casi su misma estatura. La mujer parecía tensa, reservada, preocupada.

La pálida luz de la mañana entraba oblicuamente en la vaargh. El interior estaba dividido en tres habitaciones, todas pequeñas y de ángulos agudos, con finos tabiques hechos del mismo material que el exterior: el consultorio médico, el dormitorio y una antecámara que utilizaba como sala de espera.

Eran alrededor de las siete de la mañana. Lawler comenzaba a sentir hambre, pero se dio cuenta de que el desayuno tendría que esperar un rato más. Sin embargo, echó distraídamente unas gotas de tintura de alga en un jarro, agregó un poco de agua y bebió la mezcla como si no se tratara de otra cosa que de alguna medicina que él se había prescrito y debía tomar cada mañana. En cierta forma, así era.

Le dirigió a la joven una rápida mirada de culpabilidad, pero ella no estaba prestando la mínima atención a lo que él hacía, sino que admiraba su pequeña colección de objetos de la Tierra. Todos los que entraban allí hacían lo mismo. Ella pasó delicadamente los dedos por el áspero borde del pequeño trozo de cerámica anaranjado y negro, y luego miró a Lawler por encima del hombro con expresión interrogativa. Él sonrió.

—Proviene de un sitio llamado Grecia —le dijo—. Un lugar muy famoso en la Tierra, hace mucho tiempo.

Los poderosos alcaloides de la droga habían completado el recorrido por su torrente sanguíneo casi de inmediato, llegando al cerebro. Sintió que en su espíritu disminuían las tensiones de aquella madrugada.

—He estado tosiendo —dijo Thane—. No hay forma de que se me calme la tos.

Y casi en el acto estalló en un acceso de tos seca y rasposa. En Hydros, una tos podía ser algo tan trivial como en cualquier otra parte, pero también podía tratarse de algo grave. Todos los isleños lo sabían.

Había un hongo acuático parasitario que habitualmente se encontraba en las aguas templadas del norte; se reproducía mediante la infestación de diversas formas de vida marina a través de esporas lanzadas a la atmósfera en forma de densas nubes negras. Cuando eran inhaladas por un mamífero acuático que salía a respirar a la superficie, brotaban de inmediato y producían una densa maraña de filamentos de color rojo brillante que no hallaban dificultad alguna en penetrar en los pulmones, el estómago e incluso el tejido cerebral. El interior del portador se convertía así en una apretada masa de hilos rojos, que buscaban el pigmento respiratorio con base de cobre, la hemocianina. La mayoría de las criaturas marinas de Hydros tenían hemocianina en la sangre, lo que le daba a ésta un tono azulado. También aquellos hongos parecían necesitar la hemocianina.

La muerte por infección de hongos era lenta y horrible. El portador se hinchaba con los gases que desprendía el invasor, sin que nada pudiera hacerse para ayudarlo. Moría sin remedio, y poco después los hongos generaban una estructura de reproducción parecida a una fruta, a través de un agujero que abrían en el abdomen del portador. Se trataba de una masa globular fibrosa que poco después se abría para dejar en libertad una nueva generación de hongos adultos. Llegado el momento producirían nuevas nubes de esporas, y así volvía a comenzar el ciclo.

Aquellos hongos mortales eran capaces de arraigar en los pulmones humanos, cosa que no les servía para nada —ya que el cuerpo humano no podía proporcionarles la hemocianina que necesitaban—, pero invadían y consumían todos los órganos del cuerpo del portador durante su búsqueda, lo que constituía un gasto de energía inútil.

El primer síntoma de aquella enfermedad en los seres humanos era una tos que no había forma de calmar.

—Primero, déjeme hacerle unas cuantas preguntas —dijo Lawler—, y luego examinaremos esa tos.

Sacó de un cajón una carpeta de historia clínica nueva y garrapateó el nombre de Sundria Thane en ella.

—¿Qué edad tiene? —preguntó.

—Treinta y uno.

—¿Dónde nació?

—En la isla de Jamsilaine.

Él levantó la vista.

—¿Está eso en Hydros?

—Sí —respondió ella, hasta cierto punto irritada—. Por supuesto —la acometió otro ataque de tos—. ¿No ha oído nunca hablar de Jamsilaine? —preguntó, cuando pudo volver a hablar.

—Hay un montón de islas. Yo no viajo mucho, y nunca he oído hablar de ella, no. ¿En qué mar se mueve?

—El de Azur.

—El de Azur —repitió Lawler, maravillado. Tenía sólo una muy vaga idea de dónde podía estar el mar de Azur—. Imagínese. Ya ha recorrido bastante territorio, ¿no es así? —ella no respondió. Pasado un momento, él continuó—. Usted llegó aquí proveniente de Kentrup, ¿verdad?

—Sí —más tos.

—¿Cuánto tiempo vivió allí?

—Tres años.

—¿Y antes de eso?

—Dieciocho meses en Velmise. Dos años en Shaktan. Alrededor de un año en Simbalimak —le dirigió una mirada fría—. Simbalimak también está en el mar de Azur.

—He oído hablar de Simbalimak —dijo él.

—Y antes de eso estaba en Jamsilaine, así que ésta es mi sexta isla.

Lawler tomó nota de ello.

—¿Se ha casado alguna vez?

—No.

También anotó eso. La aversión general a casarse entre los habitantes de una propia isla, había conducido a los habitantes de Hydros a la costumbre no oficial de la exogamia. Las personas solteras que deseaban casarse solían mudarse a otra isla para encontrar pareja. Que una mujer tan atractiva como Sundria Thane hubiera viajado tanto sin casarse ni una sola vez, indicaba que o bien ella era muy especial, o bien no estaba buscando casarse en absoluto.

Lawler sospechó que ella no lo buscaba. El único hombre con quien la había visto durante los pocos meses que llevaba viviendo en la isla era Gabe Kinverson, el pescador. El temperamental y poco comunicativo Kinverson, con su rostro anguloso, era fuerte y rudo; y según sospechaba Lawler, interesante en cierto sentido animal. Sin embargo no parecía el tipo de hombre con quien querría casarse una mujer como Sundria Thane —suponiendo que fuera el matrimonio lo que ella perseguía—; y Kinverson nunca había sido el tipo de hombre que se casa.

—¿Cuándo comenzó esa tos? —preguntó.

—Hace ocho o diez días. La última Noche de Tres Lunas, diría yo.

—¿Ha tenido alguna vez antes este tipo de síntomas?

—No, nunca.

—¿Tiene fiebre, dolores en el pecho, escalofríos?

—No.

—¿Expulsa algún tipo de esputo cuando tose? ¿O escupe sangre?

—¿Esputo? ¿Se refiere a secreciones? No, no he expulsado ninguna clase de...

Volvió a acometerla un nuevo ataque de tos, aún peor que los otros. Los ojos se le humedecieron, las mejillas se le pusieron rojas y todo su cuerpo parecía sacudirse con los espasmos. Una vez pasado, se quedó sentada con la cabeza caída entre los hombros y aspecto de desdicha. Lawler esperó a que recuperara el aliento.

—No hemos pasado por las latitudes en las que crecen los hongos mortales —dijo ella al fin—. Me lo he repetido constantemente.

—Eso no tiene importancia, ya lo sabe. Las esporas viajan miles de kilómetros con el viento.

—Muchas gracias.

—No pensará seriamente que tiene hongos mortales, ¿verdad?

Ella levantó los ojos y lo miró casi con ferocidad.

—¿Cree que lo sé? Podría estar llena de hilos rojos desde el pecho a los dedos de los pies, pero ¿cómo podría saberlo? Lo único que sé es que no paro de toser. Usted es el único que puede decirme por qué.

—Quizá sí —concedió Lawler—, quizá no. Pero echemos un vistazo. Quítese la camisa.

De un cajón, sacó un estetoscopio. Era un instrumento tosco, constituido por una simple caña de bambú marino de veinte centímetros de largo que tenía unidos un par de auriculares de plástico mediante dos tubos flexibles. Lawler no disponía prácticamente de ningún aparato médico moderno; incluso casi nada de lo que un médico del siglo veinte o del veintiuno hubiera podido considerar así. Tenía que valerse de cosas primitivas y aparatos medievales.

Los rayos X le hubiera dicho en un par de segundos si ella tenía hongos, pero ¿dónde encontrar un aparato de rayos? En Hydros tenían muy poco contacto con el gran universo que se abría más allá del cielo, y ningún comercio de importación-exportación. Tenían suerte de disponer de algún aparato médico, por tosco que fuese; o de médicos, incluso de los formados sólo a medias, como él. Los asentamientos humanos de aquel planeta eran inherentemente pobres. Había muy poca gente y un fondo de conocimientos demasiado somero.

Desnuda hasta la cintura y de pie junto a la mesa de examen, ella lo observó mientras él se deslizaba el estetoscopio en torno al cuello. Era esbelta, exageradamente delgada; tenía brazos largos y musculosos pero típicos de una mujer delgada, con músculos pequeños y planos; los pechos eran pequeños, altos y estaban muy separados entre sí. Los rasgos de su rostro estaban comprimidos en el centro de una cara ancha y de huesos poderosos: boca pequeña, labios finos, nariz estrecha, serenos ojos grises. Lawler se preguntó por qué había pensado que era atractiva. Desde luego, no había nada de belleza convencional en ella.

Es la forma en que camina y se mueve, decidió: la cabeza ligeramente echada hacia adelante al final de un cuello largo, la fuerte, prominente mandíbula, los ojos vivos, alertas, de movimientos rápidos. Parecía vigorosa, incluso agresiva. Para su sorpresa, se dio cuenta de que se sentía excitado; no porque ella estuviera desnuda hasta la cintura

—no tenía nada de extraordinario, en la isla de Sorve, la desnudez parcial o total—, sino a causa de la vitalidad y la fuerza que ella proyectaba.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado relacionado con una mujer. Su vida de celibato parecía la forma más simple de hacer las cosas sin dolor ni problemas, si uno superaba la primera sensación de aislamiento y soledad, y él lo había conseguido. De todas formas, nunca había tenido mucha suerte en las relaciones de pareja. Su único matrimonio, cuando tenía veintitrés años, había durado menos de doce meses. Todo lo que había venido después había sido fragmentario, casual, fortuito. Carente de sentido, en realidad.

La ligera ráfaga de excitación endocrina pasó rápidamente. Al cabo de un momento volvía a ser un profesional, el doctor que efectuaba un reconocimiento.

—Abra la boca, muy, muy abierta —dijo.

—Lo que se puede abrir no es demasiado grande.

—Bueno, haga todo lo que pueda.

Ella abrió la boca. Él tenía un pequeño tubo con una luz en el extremo, una cosa que le había dejado su padre y cuya batería tenía que ser recargada cada pocos días. Metió el tubo por la garganta y miró a través de él.

—¿Está lleno de hilos rojos, ahí dentro? —preguntó ella cuando le retiró el tubo.

—No tiene aspecto de estarlo. Lo único que veo es un poco de irritación en las vecindades de la epiglotis, lo cual no es nada insólito.

—¿Qué es la epiglotis?

—Una membrana que cubre la glotis. No se preocupe.

Aplicó el estetoscopio contra el esternón de la mujer y escuchó.

—¿Puede oír cómo crecen los hilos?

—Sssh.

Lawler desplazó lentamente el cilindro por el área dura y plana que quedaba entre los pechos, escuchó la marcha del corazón y luego descendió por las costillas.

—Estoy intentando detectar pruebas audibles de inflamación del pericardio —le explicó—. Es un saco que rodea el corazón. También estoy escuchando los sonidos que producen los conductos y bolsas de aire de sus pulmones. Respire profundamente y contenga el aire. Trate de no toser.

Instantáneamente, como era de esperar, la mujer comenzó a toser. Lawler mantuvo el estetoscopio aplicado contra la piel de ella mientras continuaba tosiendo y tosiendo. Toda información era útil. Finalmente la tos cesó, y la dejó exhausta y con la cara enrojecida.

—Lo siento —dijo ella—. Es como si, cuando usted dijo que no tosiera, eso hubiese sido una señal de algún tipo para mi cerebro y para mí... —comenzó a toser nuevamente.

—Tranquila —la animó él—. Tranquila.

Esta vez el ataque fue más breve. Lawler escuchó, asintió con la cabeza y volvió a escuchar. Todo sonaba normal, pero nunca había tenido entre manos un caso de infec-

ción de hongos. Todo lo que él sabía acerca de aquella enfermedad era lo que había oído de su padre hacía mucho tiempo, y lo que había aprendido hablando con los médicos de otras islas. ¿Podría realmente decirle el estetoscopio qué tipo de agente había establecido su residencia en los pulmones de aquella mujer?

—Dese la vuelta —pidió él.

Escuchó los sonidos en la espalda. Le hizo levantar los brazos y presionó los flancos del torso con los dedos en busca de alguna formación extraña. Ella se contorsionó como si aquello le hiciera cosquillas. Le sacó una muestra de sangre, y a ella la envió detrás del biombo que había en la habitación para que le proporcionara una muestra de orina. Lawler tenía un microscopio no muy bueno que Sweyner, el fabricante de herramientas, había confeccionado para él. No tenía más potencia que un juguete, pero quizá, si había algo viviendo en el interior de la joven, podría verlo de todas formas.

En realidad, sabía muy poco. Cada paciente era un reproche diario a sus conocimientos. La mayoría de las veces se movía simplemente por tanteo. Sus recursos médicos eran una débil mezcla de cosas que le había enseñado su eminente padre, conjeturas desesperadas y una experiencia duramente adquirida, acumulada gradualmente a costa de sus pacientes. Lawler estaba a la mitad de su educación médica cuando su padre murió y él, que aún no había cumplido los veinte años, se encontró ocupando el cargo de médico de la isla de Sorve. No había en ninguna parte de Hydros un auténtico curso de medicina que seguir, ni nada que pudiera ser remotamente considerado como un instrumento médico moderno, ni medicina alguna aparte de las que él mismo podía fabricar con formas de vida marina, imaginación y plegarias.

En tiempos de su padre había en Alborada una organización de caridad que arrojaba al planeta paquetes de suministros médicos de vez en cuando. Pero aquellos paquetes eran pocos, llegaban muy espaciados y tenían que ser repartidos entre muchas islas; además, hacía mucho tiempo que habían dejado de llegar. La galaxia habitada era muy extensa; ya nadie pensaba mucho en la gente que vivía en Hydros. Lawler hacía lo que podía, pero a menudo no era suficiente. Cuando tenía oportunidad consultaba con los médicos de otras islas, con la esperanza de aprender algo de ellos. Los conocimientos de los otros eran tan pobres como los propios, pero había descubierto que a veces, al intercambiar ignorancias entre ellos, podían generar una pequeña chispa de sabiduría. A veces.

—Puede volver a ponerse la camisa —dijo Lawler.

—¿Cree usted que se trata de los hongos?

—Sólo se trata de una tos nerviosa —respondió él.

En aquel momento ya tenía la muestra de sangre en un portaobjetos y la miraba a través del único ocular. ¿Qué era aquello, rojo sobre rojo? ¿Podía tratarse de fibras de hongo color escarlata que avanzaban por el líquido rojo? No. No. Era sólo un efecto visual. Aquélla era sangre normal.

—Está perfectamente bien —le dijo, levantando la vista. La expresión de ella evidenciaba desconfianza—. ¿Por qué insiste en que tiene una enfermedad horrible? —preguntó Lawler—. No se trata más que de una tos.

—Lo que quiero es no pensar que tengo una enfermedad horrible. Por eso vine a verle.

—Bueno, pues no la tiene.

Pidió a Dios que estuviera en lo cierto; no había ninguna razón real para pensar que pudiera no estarlo. La observó mientras se vestía, y se encontró preguntándose a sí mismo si podría haber algo entre ella y Gabe Kinverson. Lawler, que sentía poco interés por los cotilleos de la isla, no había pensado antes en aquella posibilidad. Ahora que pensaba en ella, se sorprendió al observar cuan incómodo se sentía al respecto.

—¿Ha pasado últimamente por alguna tensión desacostumbrada? —le preguntó a la mujer.

—No que yo sepa, no.

—¿Está trabajando demasiado? ¿Durmiendo mal? ¿Algún asunto amoroso que no va bien?

Ella le dirigió una mirada peculiar.

—No. A las tres preguntas.

—Bueno, a veces pasamos por tensiones sin siquiera darnos cuenta. La tensión se convierte en algo incorporado, en parte de nuestra rutina. Lo que trato de decirle es que pienso que se trata de una tos nerviosa.

—¿Eso es todo? —parecía decepcionada.

—¿Es que usted quiere que sea una infección de hongos mortales? De acuerdo, es una infección de hongos mortales. Cuando llegue a la etapa en la que las finas hebras rojas le salgan por las orejas, cúbrase la cabeza con un saco para no espantar a los vecinos. De otra forma, ellos podrían pensar que corren el riesgo de contagiarse; sin embargo, está claro que no ha sido así, ni lo será hasta que usted comience a expulsar esporas, y eso ocurrirá mucho más tarde.

Ella se echó a reír.

—No sabía que fuera usted tan buen actor cómico.

—No lo soy.

Le cogió una mano, mientras se preguntaba si estaba intentando ser provocativo o simplemente paternal, representar su personaje del bueno y viejo doctor Lawler...

—Escuche —continuó—. Yo no veo que tenga nada a nivel físico, así que lo más probable es que la tos sea un hábito nervioso que adquirió de alguna manera. Cuando uno comienza a toser, se irritan los tejidos que recubren la garganta, la mucosa y demás, y la tos comienza a alimentarse a sí misma y a empeorar cada vez más. Finalmente se marchará por su propia cuenta, pero "finalmente" puede significar mucho tiempo. Lo que voy a darle ahora es un sedante nervioso, una droga tranquilizante, algo que le calme el reflejo de tos el tiempo suficiente como para que la irritación mecánica disminuya, y usted deje de enviarse a sí misma señales de tos.

Fue también para él una sorpresa el hecho de que estuviera a punto de compartir su droga insensibilizadora con ella. Nunca le había dicho una palabra de la droga a nadie, y menos aún se la había prescrito a un paciente. Pero dársela a ella parecía lo más correcto. Tenía la suficiente; podía prescindir de un poco.

Sacó del armario una pequeña calabaza seca, vertió en el interior un par de centilitros del fluido rosáceo y lo cubrió con una tapa de plástico de derivados marinos.

—Ésta es una droga que he extraído yo mismo del alga insensibilizadora, una de las especies que crecen en la laguna de la bahía. Tómese cinco o seis gotas cada mañana,

no más, en un vaso de agua. Es un producto fuerte —la estudió con una mirada atenta e inquisidora—. La planta está llena de potentes alcaloides que podrían dejarla fuera de combate. Muerda tan sólo una hoja pequeña, y estará inconsciente durante una semana. O quizá para siempre. Éste es un extracto muy diluido, pero de todas formas tenga cuidado con él.

—Usted tomó un poco cuando entramos aquí, ¿verdad?

Así que, después de todo, había estado prestándole atención. Ojos rápidos, observadora perspicaz. Interesante.

—También yo me pongo nervioso de vez en cuando —le respondió Lawler.

—¿Lo pongo nervioso yo?

—Todos mis pacientes me ponen nervioso. No sé realmente mucho de medicina, y odiaría que ustedes se dieran cuenta —forzó una sonrisa—. No, eso no es cierto. No sé de medicina tanto como debiera, pero sí lo suficiente como para arreglármelas bien. Sin embargo, encuentro que esa droga me calma cuando no tengo una mañana buena, y la de hoy no comenzó de forma particularmente positiva para mí. Pero no tuvo nada que ver con usted. Mire, sería mejor que tomara ahora mismo la primera dosis.

Se la sirvió, y ella la bebió con cautela e inquietud, e hizo una mueca cuando sintió el curioso sabor dulce del alcaloide.

—¿Siente los efectos? —preguntó Lawler.

—De inmediato. ¡Eh, esto es muy bueno!

—Demasiado bueno, tal vez. Un poco insidioso —tomó algunas notas en la historia clínica de ella—. Cinco gotas en un vaso de agua cada mañana, no más, y no le daré otra ración hasta principios del mes que viene.

—¡Sí, sí, señor!

La expresión de su rostro había cambiado completamente. Ahora parecía mucho más relajada, los serenos ojos grises eran más cálidos, casi destellantes, los labios no estaban tan apretados y las tensas mejillas estaban ligeramente más flojas. Parecía más joven y más bonita. Lawler no había tenido nunca la oportunidad de observar los efectos del alga insensibilizadora en ninguna otra persona. Eran del todo radicales.

—¿Cómo descubrió esta droga? —preguntó ella.

—Los gillies utilizan algas insensibilizadoras como relajante muscular, cuando cazan peces de carne en la bahía.

—Los Moradores, querrá decir.

Aquella remilgada corrección cogió a Lawler por sorpresa. «Moradores» era como se denominaban a sí mismos los miembros de la forma de vida nativa dominante en Hydros. Pero «gillies» era el nombre que les daba cualquiera que llevase en Hydros varios meses, al menos por aquellos alrededores. Quizá la costumbre era diferente en la isla natal de ella, pensó, allá en el mar de Azur. O quizá era como los llamaba ahora la gente más joven. Pero lo más probable era que ella utilizase aquel término por respeto, porque era aficionada a estudiar la cultura de los gillies. Qué demonios: se acomodaría al término que ella prefiriera.

—Sí, los Moradores —dijo—. Arrancan un par de ramas y las envuelven en torno a un trozo de cebo que les arrojan a los peces de carne; cuando los peces se lo tragan se

quedan laxos y flotan indefensos en la superficie. Entonces los Moradores se meten en el agua y los recogen sin tener que preocuparse por sus tentáculos acabados en hojas afiladas. Un viejo marinero llamado Jolly me habló de ello, cuando yo era niño. Más tarde lo recordé y me acerqué al puerto para observar cómo lo hacían; recogí luego algunas de esas algas y experimenté con ellas. Pensaba que quizá podría utilizarlas como anestésico.

—¿Y resultó?

—Para los peces de carne, sí. Sin embargo, no practico mucha cirugía en los peces. Lo que descubrí cuando la utilicé con seres humanos fue que cualquier dosis lo suficientemente fuerte como para servir de anestésico era también letal —Lawler sonrió con amargura—. Fue durante mi período de ensayo y error como cirujano. Principalmente de error. Finalmente descubrí que la tintura muy diluida era un tranquilizante extremadamente fuerte, como puede ver ahora. Es un producto fantástico. Podríamos comercializarlo por toda la galaxia si tuviéramos alguna forma de enviar cosas al exterior.

—¿Y nadie sabe nada de esta droga excepto usted?

—Y los gillies —dijo—. Perdón, los Moradores. Y ahora usted. Aquí no hay mucha demanda de tranquilizantes —Lawler rió entre dientes—. Verá, esta mañana me desperté con la loca idea de intentar convencer a los Moradores de que nos permitieran conectar un equipo de desalinización de agua a su nueva planta energética, si alguna vez consiguen que funcione. Pensaba ofrecerles un emotivo discurso acerca de la colaboración entre especies. Era una idea estúpida, el tipo de cosas que se le ocurren a uno durante la noche y que se esfuman como la niebla cuando sale el sol. Nunca hubieran estado de acuerdo con ello. Pero lo que en realidad tendría que hacer sería preparar una buena cantidad de esta mezcla de algas y atiborrarlos con ella. Apuesto a que entonces nos dejarían hacer cualquier cosa que quisiéramos.

Ella no pareció divertida.

—Está usted bromeando, ¿no es cierto?

—Bien, sí, supongo que sí.

—Si no lo está... ni siquiera piense en intentarlo, porque no llegaría a ninguna parte. Éste no es un momento ideal para pedirles favores a los Moradores. Están bastante molestos con nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Lawler.

—No lo sé. Pero hay algo que los está poniendo definitivamente irritados. La pasada noche bajé hasta su extremo de la isla, y estaban celebrando una gran conferencia. No fueron nada cordiales cuando me vieron.

—¿Es que lo son alguna vez?

—Conmigo sí. Pero anoche no quisieron siquiera dirigirme la palabra. No me permitieron acercarme, y adoptaron la postura del desagrado. ¿Sabe usted algo acerca del lenguaje corporal de los Moradores? Estaban tan tiesos como una tabla.

Los buzos, pensó él. Tienen que estar enterados de lo que pasó con los buzos. Tenía que tratarse de eso; pero no era algo que Lawler quisiera discutir en aquel momento, ni con ella ni con nadie.

—El problema que tienen los alienígenas —dijo él— es que son alienígenas. Incluso cuando creemos comprenderlos, en realidad no comprendemos una maldita cosa; y yo no veo ninguna solución para ese problema. Escuche, si la tos no se le pasa en dos o tres días, vuelva a verme y le haré más pruebas; pero deje de pensar que tiene hongos mortales en los pulmones, ¿de acuerdo? Sea lo que sea, no se trata de eso.

—Es bueno oírle decirlo —dijo ella. Volvió a acercarse al estante de los objetos—. ¿Todas estas cosas son de la Tierra?

—Sí. Las coleccionó mi tatarabuelo.

—¿De veras? ¿Son verdaderos? —acarició delicadamente la estatuilla egipcia y el trozo de piedra perteneciente a un importante muro del que Lawler había olvidado el emplazamiento—. Auténticos objetos de la Tierra... No había visto ninguno antes de ahora. La Tierra ni siquiera me parece algo real, ¿sabe? Nunca me lo ha parecido.

—A mí sí —dijo Lawler—. Pero conozco a mucha gente que siente lo mismo que usted. Hágame saber cómo va la tos, ¿de acuerdo?

Ella le dio las gracias y se marchó.

Y ahora, a desayunar, se dijo Lawler. Por fin. Un buen filete de pez látigo, unas tostadas de alga y un poco de zumo de managordo recién exprimido.

Pero había esperado demasiado tiempo. No tenía mucho apetito, y apenas mordisqueó la carne.

Poco después apareció otro paciente en el exterior de la vaargh. Brondo Katzin, que dirigía el mercado de pescado de la isla, había cogido por el lado equivocado un pez flecha que no estaba muerto del todo, y tenía una gruesa espina de cinco centímetros de largo, negra y lustrosa, clavada justo en el centro de la mano izquierda. Se la atravesaba de lado a lado.

—Mira que ser tan estúpido... —repetía el rechoncho y poco inteligente Katzin—. Imagínate.

Tenía los ojos fuera de las órbitas a causa del dolor. Su mano, hinchada y lustrosa, era del doble de su tamaño normal. Lawler abrió para quitar la espina, limpió el veneno y otras sustancias irritantes de la herida, y le dio al hombre algunas pastillas de alga analgésica para calmarle el dolor. Katzin miró fijamente su mano hinchada mientras meneaba tristemente la cabeza.

—Qué estúpido —repitió.

Lawler esperaba haber limpiado los tricomas suficientes como para evitar que la herida se infectase. Si no lo había hecho así, había muchas probabilidades de que Katzin perdiera la mano o todo el brazo. La práctica de la medicina era probablemente más fácil, pensó Lawler, en un planeta que contara con una superficie de tierra y un puerto espacial, así como un poco de tecnología contemporánea. El hacía las cosas lo mejor posible con lo que tenía. ¡Ay!, el día estaba en marcha.

Al mediodía, Lawler salió de su vaargh para tomarse un breve descanso del trabajo. Aquella había sido la mañana más atareada en varios meses. En una isla que contaba con una población humana total de sólo setenta y ocho miembros, la mayoría bastante saludables, Lawler pasaba a veces días enteros sin ver un solo paciente. Esos días los dedicaba a caminar por el agua de la bahía, recolectando algas con propiedades medicinales. A menudo lo ayudaba Natim Gharkid, señalándole una u otra planta de utilidad. En ocasiones, pasaba el tiempo sin hacer nada de provecho: se paseaba, nadaba, navegaba por la bahía en un bote de pesca o se quedaba sentado en silencio contemplando el mar. Pero aquél no era uno de esos días.

Primero había estado el niño de Dana Sawtelle, que tenía fiebre; luego Marya Hain, con indigestión por haber comido demasiadas ostras rastreras la noche anterior; Nimber Tanamind, que sufría de una recaída de sus temblores y mareos habituales; el joven Bard Thalheim, que mostró una fea torcedura de tobillo como resultado de unos juegos imprudentemente violentos en el lado resbaladizo del dique marítimo. Lawler había proferido los apropiados encantamientos, aplicado los ungüentos más prometedores, y los había enviado a casa con las frases y pronósticos tranquilizadores de costumbre. Lo más probable era que se sintieran mejor en uno o dos días. El doctor Lawler podía no ser muy buen facultativo, pero el «doctor Placebo», su ayudante invisible, generalmente conseguía solucionar los problemas de sus pacientes tarde o temprano.

Ahora mismo, sin embargo, no había nadie esperando para verlo y un poco de aire fresco parecía una prescripción apropiada para el médico. Lawler salió a la brillante luz del mediodía, se desperezó e hizo unas cuantas flexiones con los brazos extendidos. Echó una mirada cuesta abajo, en dirección a la costa. Allí estaba la bahía, cordial y familiar; sus calmas aguas encerradas ondulaban suavemente. En aquel momento parecía maravillosamente hermosa: una lustrosa sábana de dorado brillante, un espejo que destellaba. Las oscuras hojas de la variada flora marina se movían perezosamente en las someras aguas. Más lejos, fuera de la bahía, la superficie brillante y calmada era rota por ocasionales aletas. Dos de los barcos de Delagard flotaban indolentemente junto al muelle del astillero, balanceándose suavemente al ritmo de la marea. Lawler sintió como si aquel mediodía veraniego fuera a durar para siempre, y la noche y el invierno no volverían jamás. Una inesperada sensación de paz y bienestar se filtró al interior de su alma: un regalo, un poco de alegría que no había buscado.

—Lawler —dijo alguien a su izquierda.

Era una voz que parecía un graznido seco y gastado, una voz de osario, una voz que era toda ella cenizas y cascajo. Era el resto irreconocible de una voz consumida y tétrica que Lawler reconoció, de alguna manera, como perteneciente a Nid Delagard.

Había llegado desde la costa por el sendero meridional, y estaba de pie entre la vaargh de Lawler y el pequeño tanque en el que guardaba su reserva de algas medicinales recién recogidas. Se veía arbolado, ajado y sudoroso, y sus ojos estaban extrañamente húmedos, como si acabara de sufrir un ataque de apoplejía.

—¿Qué demonios ha pasado ahora? —le preguntó Lawler con exasperación.

Delagard hizo un movimiento silencioso y boqueante, como un pez fuera del agua, pero no dijo nada.

Lawler se acercó y clavó los dedos en el grueso brazo del hombre.

—¿No puedes hablar? Vamos, maldito seas. Dime qué ha pasado.

—Sí, sí —Delagard movió la cabeza de una forma lenta, pesada y desencajada—. Es demasiado terrible. Peor incluso de lo que yo jamás hubiera imaginado.

—¿De qué hablas?

—Esos jodidos buzos. Los gillies están realmente furiosos por lo que les ocurrió, y van a caer sobre nosotros muy duramente. Muy, muy, muy duramente. Es de lo que intenté hablarte esta mañana en el cobertizo, cuando me volviste la espalda.

Lawler parpadeó un par de veces.

—¿De qué estás hablando, en nombre de Dios?

—Primero dame un poco de brandy.

—Sí, sí. Entra.

Escanció una buena cantidad del líquido espeso de color de mar para Delagard y, tras pensarlo durante un momento, un trago más pequeño para sí. Delagard lo vació de un solo trago y volvió a tenderle el vaso. Lawler volvió a servirle.

Pasado un momento, Delagard habló, escogiendo cautelosamente las palabras como si luchara con algún impedimento del habla.

—Los gillies acaban de venir a visitarme, una docena de ellos. Salieron directamente del agua delante del astillero, y les pidieron a mis hombres que me llamaran para mantener una charla.

¿Gillies? ¿En la zona humana de la isla? Eso no había ocurrido durante décadas. Los gillies nunca iban más al sur del promontorio en el que habían construido la planta energética. Nunca.

Delagard le dirigió una mirada torturada.

—«¿Qué queréis?», les pregunté. Utilicé gestos amables, Lawler, todo lo hice muy, muy cortésmente. Creo que los que estaban allí eran los grandes jefes gillies, pero ¿cómo estar seguro? ¿Quién puede diferenciarlos? De todas formas, parecían importantes. Dijeron: «¿Eres tú Nid Delagard?», como si no lo supieran, y me cogieron.

—¿Te cogieron?

—Me refiero a que me cogieron físicamente. Me pusieron encima sus cómicas aletas pequeñas. Me empujaron contra la pared de mi propio edificio y me rodearon.

—Tienes suerte de estar todavía aquí para contarlo.

—No bromeo. Te aseguro, doctor, que estaba cagado de miedo. Creí que iban a des-triparme y cortarme en filetes allí mismo. Mira, mira aquí, tengo las marcas de sus garras en el brazo —le enseñó unos puntos rojizos que estaban desapareciendo—. Tengo la cara hinchada, ¿verdad? Intenté apartar la cabeza y uno de ellos me sacudió, quizá por accidente, pero mira, mira. Dos de ellos me cogieron y un tercero me puso la nariz pegada a la cara y comenzó a decirme cosas, y me refiero a decirme grandes sonidos resonantes, como «oom whang huuuuuf zeeeezt, oom whang huuuuuf zeeeezt».

»Al principio estaba tan trastornado que no comprendí nada de aquello, pero luego se aclaró. Lo repitieron una y otra vez hasta estar seguros de que yo lo había entendido. Era un ultimátum —la voz de Delagard descendió hasta tonos bajos—. Hemos sido expulsados de la isla. Tenemos treinta días para salir de aquí. Hasta el último de nosotros.

Lawler sintió que el suelo desaparecía abruptamente de debajo de sus pies.

—¿Qué?

Los ojillos marrones del otro hombre habían adquirido un destello desquiciado. Hizo un gesto para indicar que quería más brandy. Lawler lo escanció sin mirar el vaso.

—Cualquier ser humano que permanezca en Sorve al terminar el plazo será arrojado a la laguna y no se le permitirá regresar a la orilla. Todas las estructuras que alguna vez levantamos aquí, serán demolidas. El tanque del agua, el astillero, los edificios de la plaza, todo. Las cosas que dejemos en las vaargh irán a parar al mar. Cualquier navio oceánico que dejemos en el puerto será hundido. Estamos liquidados, doctor. Somos ex residentes de la isla de Sorve. Estamos acabados, perdidos, muertos.

Lawler lo miró fijamente con incredulidad. Recorrió un rápido ciclo de emociones turbulentas: desorientación, depresión, desesperación. Lo invadió la confusión. ¿Abandonar Sorve? ¿Abandonar Sorve?

Comenzó a temblar. Recuperó el control con gran esfuerzo, abriéndose trabajosamente camino hacia el equilibrio interior.

—Matar a unos buzos en un accidente industrial es una cosa muy mal hecha —dijo con voz tensa—, pro esto es una reacción demasiado exagerada. Tienes que haber entendido mal lo que te dijeron.

—Y una mierda. Es imposible. Se expresaron muy, muy claramente.

—¿Tenemos que irnos todos?

—Tenemos que irnos todos, sí. Treinta días.

¿Estoy oyéndolo bien?, se preguntó Lawler. ¿Está ocurriendo realmente esto?

—¿Y te dieron alguna razón? —preguntó—. ¿Era por los buzos?

—Por supuesto que lo era —respondió Delagard en voz baja y ronca, cargada de vergüenza—. Es exactamente como tú lo dijiste esta mañana. Los gillies siempre saben todo lo que hacemos.

—Cristo. Cristo...

La ira estaba comenzando a reemplazar a la perplejidad. Delagard se había jugado la vida de todos los habitantes de la isla con absoluta indiferencia, y había perdido. Los gillies se lo habían advertido: «No vuelvas a hacer eso nunca más, u os echaremos de aquí». Y él lo había vuelto a hacer de todas formas...

—¡Qué despreciable bastardo eres, Delagard!

—No sé cómo se enteraron. Yo tomé precauciones. Los trajimos aquí durante la noche, los mantuvimos tapados hasta que estuvieron en el interior del cobertizo, el cobertizo mismo estaba cerrado con llave...

—Pero lo supieron.

—Lo supieron —asintió Delagard—. Los gillies lo saben todo. Te follas a la mujer de otro, y los gillies se enteran. Pero no les importa; esas cosas, no. Matas a un par de buzos y se ponen como locos.

—¿Qué te dijeron la vez anterior, cuando tuviste un accidente con los buzos? Cuando te advirtieron que no volvieras a utilizar a los buzos para tus trabajos, ¿qué dijeron que harían si te pescaban?

Delagard guardó silencio.

—¿Qué te dijeron? —repitió Lawler, presionándolo más.

Delagard se lamió los labios.

—Que nos harían abandonar Sorve —murmuró, volviendo a mirarse los pies como un escolar al que están regañando.

—Y lo hiciste de todas formas. Lo hiciste.

—¿Quién iba a creerles? ¡Jesús, Lawler, hemos vivido aquí durante ciento cincuenta años! ¿Les importó acaso cuando vinimos a instalarnos? Caímos del espacio y colonizamos sus jodidas islas, ¿y acaso dijeron ellos: «Largaos, monstruosos y repelentes seres alienígenas peludos de cuatro miembros»? No. No les importó una mierda.

—Ocurrió lo de Shalikomo —dijo Lawler.

—Eso fue hace mucho tiempo. Antes de que naciera ninguno de nosotros.

—Los gillies mataron a mucha gente en Shalikomo. Gente inocente.

—Los gillies eran diferentes. La situación era diferente.

Delagard presionó los nudillos de una mano contra los de la otra y produjo unos ligeros sonidos detonantes. Su voz comenzó a subir de tono y volumen. Pareció muy urgido en desechar la culpa y la vergüenza que se habían apoderado de él. Aquella era una de sus destrezas, pensó Lawler, la de restaurar rápidamente su autoestima.

—Shalikomo fue una excepción —dijo.

Los gillies pensaron que había demasiados seres humanos en Shalikomo, que era una isla pequeña, y les dijeron que algunos de ellos tenían que marcharse; pero los humanos de Shalikomo fueron incapaces de ponerse de acuerdo acerca de quién debía marcharse y quién debía quedarse, y casi nadie se marchó de la isla. Finalmente los gillies decidieron a cuántos humanos se les permitiría vivir allí entre ellos y mataron al resto.

—Es una vieja historia —acabó Delagard.

—Ocurrió hace mucho tiempo, es cierto —concedió Lawler—, pero ¿qué te hace pensar que no pudiera volver a repetirse?

—Los gillies —dijo Delagard— nunca han sido particularmente hostiles en ningún otro sitio. No les gustamos, pero no nos impiden hacer cualquier cosa que queramos, siempre y cuando nos quedemos en nuestro extremo de la isla y no nos hagamos demasiado numerosos. Cosechamos fuco, pescamos tanto como queremos, construimos edificios, cazamos peces de carne, hacemos todo tipo de cosas que los alienígenas podrían tomar a mal, pero de ellos no sale una sola palabra.

»Así que entrené a unos cuantos buzos para que me ayudaran en la recuperación de metales del fondo del mar, cosa que sólo podría beneficiar a los gillies tanto como a nosotros. ¿Cómo supones que iba yo a pensar que se pusieran tan excitados por la muerte de unos cuantos animales durante la jornada de trabajo que a ellos... a ellos...?

—Quizá se trate de la última paja —dijo Lawler—. La que rompió la espalda del camello.

—¿Eh? ¿Qué cojones estás diciendo?

—Es un antiguo proverbio de la Tierra. No tiene importancia. Lo que quiero decir es que, por alguna razón, lo de los buzos hizo que se desbordara la copa y ahora quieren que nos marchemos de aquí.

Lawler cerró los ojos durante un instante. Se imaginó a sí mismo empaquetando sus cosas, subiendo a algún barco con dirección a alguna otra isla. No era fácil. Vamos a tener que marcharnos de Sorve. Vamos a tener que marcharnos de Sorve. Vamos a tener que...

De pronto se dio cuenta de que Delagard estaba hablando.

—Fue algo horroroso, si me permites que te lo diga. Estar allí contra la pared, con dos enormes gillies que me sujetaban por los brazos y otro pegado a la nariz que decía: «Tenéis que salir de la isla en treinta días, desaparecer de esta isla como sea». ¿Cómo crees que me sentí por eso, doctor? Especialmente cuando sabía que yo era el responsable de ello. Esta mañana dijiste que no tenía ni la más mínima pizca de conciencia, pero no sabes una condenada cosa acerca de mí.

»Crees que soy un patán, un zafio y un criminal, pero ¿qué sabes tú, de todas formas? Tú te escondes aquí en solitario y bebes hasta atontarte, y te quedas ahí sentado juzgando a otras personas que tienen más energía y ambición en un solo dedo de la mano que tú en todo tu...

—Déjalo ya, Delagard.

—Tú dijiste que yo no tenía conciencia alguna.

—¿Y la tienes, acaso?

—Déjame que te diga, Lawler, que me siento como una mierda por haber hecho caer esto sobre todos nosotros. También yo nací aquí, ¿sabes? No tienes por qué tratarme con esa condescendencia de narices alzadas de Primera Familia; a mí no. Mi familia ha estado aquí desde el principio, igual que la tuya. Los Delagard prácticamente hemos construido esta isla, y ahora me entero de que me expulsan como a un trozo de carne podrida, y que también tienen que marcharse todos los demás... —el tono de la voz de Delagard volvió a cambiar. La ira se diluyó; habló con más suavidad, más seriedad, casi humildemente—. Quiero que sepas que cargaré con toda la responsabilidad de lo que he hecho. Lo que voy a hacer es...

—Espera —dijo Lawler, levantando una mano para interrumpirlo—. ¿Has oído un ruido?

—¿Ruido? ¿Qué ruido? ¿Dónde?

Lawler inclinó la cabeza hacia la puerta. Por ella llegaban gritos repentinos, chillidos ásperos que provenían de la plaza de tres lados que separaba los dos grupos de vaarghs.

Delagard asintió.

—Sí, ahora lo escucho. Quizá se trate de un accidente.

Pero Lawler estaba ya saliendo por la puerta y se dirigió hacia la plaza a la carrera.

En la plaza había tres edificios maltratados por la intemperie: chozas, en realidad, cabañas con techos colgadizos y manchados, una a cada lado. El de mayor tamaño, emplazado en el lado que daba a las tierras altas, era la escuela de la isla. En el más cerca-

no de los dos lados orientados cuesta abajo estaba el pequeño café de Lis Niklaus, la compañera de Delagard. En el más lejano se hallaba el Centro Comunitario.

Fuera de la escuela había un pequeño grupo de niños que murmuraban, junto con sus dos profesoras. Ante el Centro, media docena de los hombres y mujeres de mayor edad daban vueltas bajo el sol, sin rumbo fijo, moviéndose en círculos irregulares. Lis Niklaus había salido de su café y estaba mirando, con la boca abierta, a nada en particular. En el lado más alejado se encontraban dos de los capitanes de Delagard: el bajo y rechoncho Gospo Struvin y el magro Bamber Cadrell, de piernas largas; estaban al principio de la rampa que llevaba desde la plaza a la costa, sujetos a la barandilla como hombres que esperan que una inmensa corriente de marea los acometa. Entre ellos estaba el corpulento mercader de pescado Brondo Katzin, que dividía la plaza en dos con su volumen, quieto como una enorme bestia estupefacta, mirándose fijamente la mano derecha desvendada como si a la misma acabara de salirle un ojo.

No se veía rastro de accidente alguno ni de ninguna víctima.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lawler al arribar.

Lis Niklaus se volvió hacia él de una forma curiosamente monolítica, girando la totalidad de su cuerpo como si fuera de una sola pieza. Era una mujer alta, entrada en carnes, robusta, con una gran melena de cabello rubio y una piel tan profundamente bronceada que parecía casi negra. Delagard había estado viviendo con ella durante cinco o seis años —desde la muerte de su esposa—, pero no se habían casado. La gente suponía que tal vez él estaba intentando proteger la herencia de sus hijos. Delagard tenía cuatro hijos mayores que vivían en otras islas, cada uno en una diferente.

Ella habló con una voz ronca que parecía nacer de una garganta estrangulada.

—Bamber y Gospo acaban de subir del astillero... dicen que los gillies estuvieron allí... que dijeron... nos dijeron... le dijeron a Nid...

La voz de la mujer se convirtió en un farfullar incoherente. La arrugada y pequeña Mendy Tanamind, la anciana madre de Nimber, intervino con voz aflautada:

—¡Tenemos que marcharnos! ¡Tenemos que marcharnos! —tras lo cual profirió una risa chillona.

—No tiene nada de divertido —dijo Sandor Thalheim. Era tan viejo como Mendy. Sacudió vehementemente la cabeza e hizo templar su papada y sus barbas.

—Y todo por unos cuantos animales —intervino Bamber Cadrell—. Por tres buzos muertos.

Así que la noticia ya se había difundido. Eso no era nada bueno, pensó Lawler. Los hombres de Delagard deberían haber mantenido la boca cerrada hasta que se encontrara una forma de manejar este asunto.

Alguien sollozó. Mendy Tanamind rió nuevamente. Brondo Katzin salió de su estatismo y comenzó a murmurar amargamente, una y otra vez:

—¡Esos jodidos y apestosos gillies! ¡Esos jodidos y apestosos gillies!

—¿Qué problema hay aquí? —preguntó Delagard, cuando finalmente llegó pisando fuerte por el camino que venía de la vaargh de Lawler.

—Tus muchachos Bamber y Gospo se encargaron de difundir la noticia —dijo Lawler—. Todo el mundo lo sabe ya.

—¿Qué? ¿Qué? ¡Bastardos! ¡Los mataré!

—Ya es demasiado tarde para eso.

En aquel momento estaban entrando otras personas en la plaza. Lawler vio a Gabe Kinversion, a Sundria Thane, al padre Quillan y a los Sweyner. Detrás de ellos venían más. Fueron agolpándose en la plaza cuarenta, cincuenta, sesenta personas, prácticamente toda la población. Incluso estaban allí seis de las hermanas, agrupadas todas, como una apretada y pequeña falange femenina.

También los miembros de la seguridad. Aparecieron Dag Tharp; Marya y Gren Hain; José Yáñez, el aprendiz de Lawler, de diecisiete años, que algún día llegaría a ser el nuevo médico de la isla; Onyos Felk, el cartógrafo. Natim Gharkid había subido desde los criaderos de algas, con los pantalones empapados hasta la cintura. La noticia debía de haber recorrido toda la comunidad, para entonces. La mayoría de los rostros mostraban psmo, asombro, incredulidad. ¿Es verdad?, preguntaban. ¿Es posible?

Delagard habló en voz alta.

—¡Escuchadme, todos vosotros! ¡No hay nada de qué preocuparse! ¡Vamos a arreglar este asunto!

Gabe Kinversion se acercó a Delagard. Parecía el doble de alto que el dueño del astillero: un enorme ejemplar de hombre que era todo mandíbula, hombros gigantescos y feroces ojos verde marino de mirada fría. Siempre había un aura de peligro en torno a Kinversion, una violencia potencial.

—¿Nos han expulsado? —preguntó Kinversion—. ¿Dijeron realmente que teníamos que marcharnos?

Delagard asintió.

—Treinta días es todo el tiempo del que disponemos, y pasado éste tendremos que estar fuera de aquí. Dejaron eso muy claro. No les importa adonde vayamos, pero no podemos quedarnos aquí. Sin embargo, yo lo arreglaré todo. Podéis contar con ello.

—A mí me parece que ya lo has arreglado todo —sentenció Kinversion. Delagard retrocedió un paso y miró ferozmente a Kinversion como si se preparara para una pelea, pero el cazador marino parecía más perplejo que enfadado—. Dentro de treinta días tenemos que abandonar la isla —dijo, casi para sí mismo—. Si eso no lo supera todo... —le volvió la espalda a Delagard y se alejó, rascándose la cabeza.

Quizá a Kinversion no le importaba realmente, pensó Lawler. Pasaba la mayor parte del tiempo mar adentro, solo, apresando a las especies que no se decidían a entrar en la bahía. Kinversion nunca había desempeñado un papel activo en la vida de la comunidad de Sorve; él seguía un curso igual al de las islas de Hydros que vagaban por el océano: distante, independiente, bien defendido, mientras seguía una ruta privada.

Pero los demás estaban más afectados. Eliyana, la pequeña esposa de Brondo Katzin, una mujer de aspecto delicado y cabellos de oro, sollozaba de forma incontenible. El padre Quillan intentó consolarla, pero obviamente él mismo estaba turbado. Los curtidos ancianos Sweyner hablaban entre sí con tonos bajos e intensos. Unas cuantas mujeres de aspecto joven intentaban explicarles las cosas a sus niños, de aspecto preocupado. Lis Niklaus había sacado de su café una jarra de brandy de algas, la cual estaba pasando rápidamente de mano en mano; los hombres bebían de ella de una forma sombría y desesperada.

—¿Cómo piensas manejar todo este asunto? —le preguntó Lawler a Delagard, en voz baja—. ¿Tienes algún tipo de plan?

—Lo tengo —respondió Delagard. Repentinamente se llenó de frenética energía—. Te dije que cargaría con toda la responsabilidad, y lo decía en serio. Hablaré con los gillies de rodillas, y si tengo que lamerles las aletas inferiores, lo haré, e imploraré su perdón. Antes o después se retractarán; no nos obligarán a sujetarnos a este absurdo ultimátum.

—Admiro tu optimismo.

—Y si no quieren retractarse —continuó Delagard—, me ofreceré voluntario para exiliarme yo solo. No castigéis a nadie más, les diré. Sólo a mí. Soy el único culpable. Me marcharé a Velmise o Salimil, o a cualquier lugar que vosotros queráis, y no volveréis a ver mi fea cara en Sorve nunca más, es una promesa. Dará resultado, Lawler; son seres racionales. Comprenderán que arrojar a una mujer anciana como Mendy de la isla que ha sido su hogar durante ochenta años no servirá a ningún propósito racional. Soy yo el bastardo, soy yo el villano asesino de buzos, y me marcharé si tengo que hacerlo, aunque pienso que ni siquiera tendremos que llegar a eso.

—Puede que tengas razón, y puede que no.

—Me arrastraré ante ellos si tengo que hacerlo.

—Y traerás a uno de tus hijos de Velmise para que dirija el astillero si tienes que marcharte, ¿verdad?

Delagard pareció sorprendido.

—Bueno, ¿qué tiene eso de malo?

—Ellos podrían pensar que no fuiste del todo sincero en eso de marcharte. Podrían pensar que un Delagard es igual a otro.

—¿Quieres decir que para ellos no podría ser suficiente con que me marchara?

—Es exactamente a eso a lo que me refiero. Puede que quieran de ti algo más que eso.

—¿Como qué?

—¿Qué pasaría si te dijeran que aceptan perdonarnos a todos los demás siempre y cuando tú te marches y prometas que ni tú *ni tu familia* volveréis jamás a poner el pie en Sorve, y que la totalidad del astillero Delagard fuera demolido?

Los ojos de Delagard se animaron.

—No —dijo—. ¡Ellos no me pedirían una cosa así!

—Pues ya lo han hecho; eso y más.

—Pero si me marchó, si de verdad me marchó... si mis hijos juran no volver a causarle daños a un buzo nunca más...

Lawler le volvió la espalda. La primera conmoción había pasado; la simple frase «Vamos a tener que marcharnos de Sorve» se había incorporado ya a su mente, su alma, sus huesos. Se lo estaba tomando con mucha calma, considerada la situación en su totalidad. Se preguntaba por qué. Entre un momento y otro le habían arrebatado la existencia en aquella isla, en la que había pasado toda su vida.

Recordó la ocasión en la que había ido a Thibeire, lo profundamente inquieto que se había sentido al ver todos aquellos rostros extraños, al no saber los nombres y las historias personales de cada uno. Tendría que vivir entre extraños; perdería toda la sensación de ser un Lawler de la isla de Sorve y se convertiría simplemente en alguien más, un recién llegado, un extranjero en la isla, alguien que se introducía en una nueva comunidad en la que no tenía un lugar ni un propósito.

Aquello debería de haber sido algo difícil de digerir; pero, después del primer momento de inestabilidad y desorientación, se había instalado en una especie de aceptación, como si él fuera tan insensible al desahucio como parecía serlo Gabe Kinverson, o Gharkid, aquel hombre que flotaba perversamente en libertad. Era extraño. Quizá lo que ocurría era que el terror aún no había penetrado en él, se dijo Lawler.

Sundria Thane se le acercó. Estaba roja y tenía la frente brillante de sudor. Todos sus gestos evidenciaban emoción y una especie de autosatisfacción feroz.

—Le dije que estaban enfadados con nosotros, ¿verdad? ¿Verdad? Parece que yo tenía razón.

—La tenía —respondió Lawler. Ella lo estudió durante un breve momento.

—Realmente vamos a tener que marcharnos; no tengo ni la más mínima duda al respecto.

Los ojos le destellaban, brillantes. Parecía vanagloriarse de aquella situación, estar casi drogada por ella. Lawler recordó que esta era la sexta isla en la que había vivido hasta entonces, a los treinta y un años de edad. No le importaba cambiar de lugar de residencia. Puede que incluso disfrutara con ello.

Él asintió lentamente.

—¿Por qué está tan segura de eso?

—Porque los Moradores no cambian nunca de opinión. Cuando dicen algo lo mantienen; y eso de matar buzos parece ser más serio que matar peces de carne o peces salchicha. A los moradores no les importa que entremos en la bahía a cazar para comer. Ellos mismos comen peces de carne; pero los buzos son... bueno, algo diferente. Los Moradores tienen una actitud muy protectora para con ellos.

—Sí —dijo Lawler—. Supongo que así es.

Ella lo miró fijamente a los ojos. Sus ojos quedaban casi al mismo nivel que los del hombre.

—Usted ha vivido aquí durante mucho tiempo, ¿verdad, Lawler?

—Toda mi vida.

—Oh, lo siento. Esto va a ser muy duro para usted.

—Lo superaré —respondió él—. Todas las islas necesitan médicos. Incluso uno mediocre como yo —se echó a reír—. Oiga, ¿cómo va esa tos?

—No he tosido ni una sola vez desde que usted me dio esa droga.

—Ya suponía yo que no volvería a toser.

De pronto, Delagard volvía a hallarse junto a Lawler. Habló sin disculparse por interrumpir la conversación entre él y Sundria:

—¿Vendrás conmigo a ver a los gillies, doctor?

—¿Para qué?

—Ellos te conocen, te respetan. Eres hijo de quien eres, y eso hace que merezcas un trato especial por parte de ellos. Si tengo que comprometerme a abandonar la isla, tú podrás avalarme; me refiero a cuando prometa que me marcharé y no volveré nunca más.

—Si les dices eso, te creerán sin mi ayuda. No esperan que ningún ser inteligente diga mentiras, ni siquiera tú. Pero, de todas formas, eso no cambiará nada.

—Ven conmigo de todas formas, Lawler.

—Es una pérdida de tiempo. Lo que necesitamos hacer es comenzar a planificar la evacuación.

—Intentémoslo, al menos. No podremos estar seguros si no lo intentamos.

Lawler reflexionó sobre la propuesta.

—¿Ahora mismo?

—Después de que oscurezca —dijo Delagard—. Ahora no quieren ver a ninguno de nosotros. Están demasiado ocupados celebrando la apertura de la nueva planta energética. La pusieron a funcionar hace un par de horas, ¿sabes? Tienen un cable que va desde la costa hasta su extremo de la isla, y lleva electricidad.

—Mejor para ellos.

—Te esperaré junto al dique marítimo al caer el sol, ¿de acuerdo? Iremos juntos a hablar con ellos. ¿Harás eso, Lawler?

Aquella tarde, Lawler permaneció sentado en silencio en el interior de su vaargh, mientras trataba de comprender qué significaría tener que abandonar la isla. Trabajaba en el concepto, le daba vueltas y más vueltas. No vino a verlo ningún paciente. Delagard, fiel a su promesa de la mañana, le había enviado algunas botellas de brandy de algas, y Lawler había bebido un poco y luego un poco más, sin que le causara ningún efecto especial. Lawler pensó en tomarse otra dosis de tranquilizante, pero por alguna razón no parecía ser una buena idea. Ya estaba lo suficientemente tranquilo en aquel momento; lo que sentía no era la inquietud habitual, sino una absoluta insensibilidad espiritual, la pesada carga de una depresión para la cual las gotas rosáceas probablemente no servirían de nada.

Voy a marcharme de Sorve, pensó. Voy a vivir en otro sitio, en una isla que no conozco, entre unas gentes cuyos nombres, ancestros y naturalezas íntimas son un absoluto misterio para mí.

Se dijo que no tenía mayor importancia; que al cabo de unos meses se sentiría tan en casa como en Sorve, fuera en Thibeire, Velmise, Kaggeram o cualquier otra isla en la que finalmente se asentara. Sabía que aquello no era cierto, pero eso es lo que se dijo de todas formas.

La resignación, la aceptación, incluso la indiferencia parecían útiles. El problema era que no podía permanecer de forma regular en aquel nivel. De vez en cuando lo acometía una llamarada de pasmo y asombro, una sensación de pérdida intolerable, incluso

de miedo absoluto; entonces tenía que comenzar el proceso nuevamente desde el principio.

Cuando comenzó a oscurecer, Lawler salió de su vaargh y se encaminó hacia el dique marítimo.

Habían salido dos lunas hoy; la esfera de plata pálida perteneciente a Alborada volvía a verse en el cielo. La bahía estaba encendida con colores crepusculares: largas listas de oro y púrpura reflejadas que se desvanecían rápidamente mientras él las observaba, en el gris de la noche. Las siluetas de misteriosas criaturas marinas se movían con determinación por las someras aguas. Era muy serena la bahía a la hora del crepúsculo; calma, hermosa. Pero los pensamientos del viaje que le aguardaba se infiltraron en su mente. Lawler dirigió la vista más allá del puerto, hacia la inmensidad del inconcebible mar hostil. ¿Cuánta distancia tendrían que navegar antes de encontrar una isla dispuesta a acogerlos? ¿Sería un viaje de una semana? ¿De dos semanas? ¿De un mes? Él no había estado en el mar ni siquiera durante un día. La ocasión en que había visitado Thibeire, fue un viaje en bote apenas más allá de las aguas de la bahía hasta la otra isla, que se había acercado mucho a Sorve.

Lawler se dio cuenta de que le tenía miedo al mar. El mar era una enorme boca del tamaño de un mundo. A veces imaginaba que se había tragado la totalidad del planeta de Hydros durante alguna antigua conmoción, y sólo habían quedado las pequeñas islas construidas por los gillies. Temía que lo tragara a él también, si se ponía en camino para cruzarlo.

Irritado, se dijo a sí mismo que aquello era una estupidez, que hombres como Gabe Kinverson salían al mar abierto todos los días y sobrevivían, que Nid Delagard había realizado un centenar de viajes entre las islas, que Sundria Thane había llegado a Sorve desde una isla que estaba en el mar de Azur, tan lejos de allí que él nunca había oído hablar de ella. Todo saldría bien. Subiría a bordo de uno de los barcos de Delagard y al cabo de una semana o dos llegaría hasta la isla que se convertiría en su nuevo hogar.

Y a pesar de todo... sentía la oscuridad, la inmensidad, el poder que se agitaba en el terrible mar del tamaño de un planeta.

—¿Lawler? —llamó una voz.

Miró a su alrededor. Por segunda vez aquel día, Nid Delagard salió de las sombras a sus espaldas.

—Vamos —dijo el dueño del astillero—. Se está haciendo tarde. Vayamos a hablar con los gillies.

En la planta energética de los gillies, apenas un poco más allá sobre la curva que describía la orilla, brillaban luces eléctricas. En las calles de la ciudad gillie —emplazada algo más lejos— podían verse más luces, docenas de ellas, quizá centenares. La inesperada catástrofe de la expulsión había ensombrecido completamente el otro gran acontecimiento del día: la inauguración de la generación eléctrica de turbina en la isla de Sorve.

La luz que venía de la planta energética era fría, verdosa, ligeramente burlona. Los gillies tenían una tecnología atrasada que había alcanzado un nivel equivalente al de los siglos dieciocho o diecinueve en la Tierra, y habían desarrollado bombillas eléctricas usando filamentos hechos a partir de las fibras del muy versátil bambú marino. Las bombillas eran costosas y difíciles de fabricar, y la gran pila voltaica que había sido la principal fuente de energía de la isla era chapucera y recalcitrante, y producía electricidad sólo de una forma perezosa e intermitente, además de romperse muy a menudo. Pero ahora —¿después de cuántos años de trabajo? ¿cinco? ¿diez?—, las bombillas de la isla eran encendidas por una fuente nueva e inagotable: la energía del mar. El agua tibia de la superficie era convertida en vapor, el vapor movía la turbina del generador, la corriente eléctrica manaba del generador y encendía las bombillas de la isla de Sorve.

Y los gillies habían convenido en permitir que los humanos del otro extremo de la isla aprovecharan una parte de la energía como pago de ciertos trabajos: Sweyner fabricaría bombillas eléctricas para ellos, Dann Henders los ayudaría con el cableado, y otros realizarían diversas tareas. Lawler había sido un mediador en las negociaciones de dichos acuerdos, junto con Delagard, Nicko Thalheim y uno o dos más. Aquél era el único pequeño triunfo de cooperación que los seres humanos habían podido conseguir en los últimos años. Había llevado seis meses de lentas y cuidadosas negociaciones.

Tan sólo esa mañana —recordó Lawler— había abrigado la esperanza de conseguir otra empresa en colaboración por su propia cuenta. Ahora aquello parecía estar a millones de años de distancia, y al anochecer estaban allí con la única intención de rogar que les permitieran permanecer en la isla.

—Iremos directamente a la cabaña del jefe, ¿de acuerdo? —dijo Delagard—. No tiene sentido otra cosa que las altas esferas en este caso.

Lawler se encogió de hombros.

—Lo que tú digas.

Rodearon la planta energética y entraron en territorio gillie, siguiendo la orilla. La isla se elevaba rápidamente en aquella zona, desde los niveles bajos de la orilla de la bahía, detrás del dique marítimo, hasta una amplia planicie circular donde se hallaban la mayoría de las viviendas gillies. En el lado más alejado de aquella planicie había una caída a pico, donde el espeso baluarte de madera de la isla descendía en línea recta hasta el oscuro océano.

La aldea de los gillies estaba dispuesta en forma de círculo irregular, con los edificios más importantes emplazados en el centro y todos los demás, precarios y alineados en hilera, en la periferia. La principal diferencia entre los edificios interiores y los exteriores parecía ser la durabilidad: los internos, que parecían estar destinados a actividades ceremoniales, estaban contruidos con la misma madera de fuco que el resto de la isla; los exteriores, en los que vivían los gillies, eran construcciones descuidadas tipo tienda de campaña, hechas con hojas de alga húmedas atadas flojamente sobre cañas de bambú marino. Despedían un desagradable olor a podrido cuando el sol las calentaba, y cuando alcanzaba un cierto grado de sequedad, el revestimiento era reemplazado por otro más fresco. Unos gillies —que parecían pertenecer a una casta especial— se dedicaban a derrumbar constantemente las casuchas viejas y a construir otras nuevas.

Caminar hasta el otro extremo de la zona gillie de la isla, hubiera llevado medio día. En el momento en el que Lawler y Delagard entraron en el círculo interior del poblado, Alborada ya se había puesto y la Cruz de Hydros brillaba con toda su fuerza en el cielo.

—Aquí vienen —dijo Delagard—. Déjame hablar a mí primero. Si ves que comienzan a irritarse conmigo, toma tú la palabra. No me importa si les dices lo mierda que soy. Diles cualquier cosa que sirva.

—¿Crees realmente que hay algo que pueda servir?

—Sssh. No quiero oírte hablar así.

Media docena de gillies —machos, pensó Lawler— venían en dirección a ellos desde la parte más interna del poblado. Cuando se hallaban a unos diez o doce metros, se detuvieron y se dispusieron en hilera delante de los humanos.

Delagard levantó las manos en un gesto que significaba: «Venimos en son de paz». Era el saludo universal de los humanos a los gillies. Ninguna conversación comenzaba siquiera sin ese prelude. Se suponía que ahora los gillies tenían que responder con un sonido funeral y sibilante que significaba: «Os aceptamos como pacíficos y esperamos vuestras palabras». Pero no dijeron absolutamente nada. Simplemente permanecieron allí y los miraron fijamente.

—Esto no me produce buena impresión, ¿y a ti? —dijo rápidamente Lawler.

—Espera. Espera.

Delagard repitió el gesto de paz. Continuó con un gesto de las manos que significaba: «Somos vuestros amigos y os miramos con el más alto de los respetos».

Uno de los gillies emitió un sonido que pareció una flatulencia. Sus destellantes ojos de color amarillo, dispuestos muy juntos en la base de su diminuta cabeza, estudiaban a los humanos con lo que parecía frialdad e indiferencia.

—Déjame intentarlo —murmuró Lawler.

Dio un paso adelante. El viento soplaba desde detrás de los gillies y le trajo su pesado olor húmedo y musgoso, mezclado con el penetrante hedor de las hojas de alga a medio podrir de sus chozas.

Hizo de nuevo el gesto de «Venimos en son de paz». No obtuvo respuesta alguna, como tampoco la obtuvo la frase «Somos vuestros amigos». Después de una pausa apropiada, procedió a hacer el gesto que significaba: «Deseamos una audiencia con los poderes que reinan».

De uno de los gillies volvió a llegarle aquel sonido de flatulencia. Lawler se preguntó si se trataría del mismo gillie que le había gruñido y tronado de forma tan amenazadora en la madrugada, junto a la planta energética.

Delagard intervino con un «Pido perdón por mi transgresión inintencionada». Silencio; sólo unos fríos ojos que lo observaban con expresión remota. Lawler lo intentó con «¿Cómo podemos expiar nuestra condena sin marcharnos?». No obtuvo respuesta tampoco.

—Asquerosos hijos de puta —murmuró Delagard—. Me gustaría atravesar sus gordas barrigas con un arpón.

—Ellos lo saben —respondió Lawler—. Por eso no quieren negociar contigo.

—Yo me marcharé, entonces. Habla tú solo con ellos.

—Si crees que vale la pena intentarlo...

—Tú tienes el historial limpio. Recuérdales quién eres, quién fue tu padre y lo que hizo por ellos.

—¿Alguna otra sugerencia? —preguntó Lawler.

—Oye, sólo estoy tratando de ser de alguna utilidad..., pero adelante, hazlo como a ti te parezca. Yo estaré en el astillero. Pasa por allí cuando regreses y cuéntame cómo han ido las cosas.

Delagard se marchó, deslizándose entre las sombras.

Lawler dio algunos pasos en dirección a los gillies y volvió a comenzar desde el principio con el gesto inicial. Luego se identificó: Valben Lawler, médico, hijo de Bernat Lawler el médico. El gran curador que seguramente recordaban, el hombre que había librado a los jóvenes de la amenaza de la podredumbre de aletas.

Lawler percibió la ironía de aquella situación: ése mismo era el discurso que él había pasado media noche ensayando en su mente insomne. Ahora tenía la oportunidad de pronunciarlo, después de todo, aunque en un contexto muy diferente.

Ellos lo miraron sin responder. Al menos esta vez no profieren flatulencias, se dijo Lawler. Continuó con los gestos:

—Señores: nos ha ordenado que abandonemos la isla, ¿es eso cierto?

Del gillie de la izquierda le llegó un susurro profundo, que significaba una afirmación.

—Eso nos trae gran tristeza. ¿Hay alguna manera de que podamos cambiar esta pena de expulsión?

—No —tronó el gillie de la derecha.

Lawler los miró con desesperanza. El viento arreció, arrojándole a la cara el espeso olor en grandes cantidades, y él luchó con las náuseas. Los gillies nunca le habían parecido otra cosa que extraños y misteriosos, además de un poco repulsivos. Él sabía que debía aceptarlos como eran, un aspecto más del mundo en el que había vivido siempre, como el océano o el cielo; sin embargo, a pesar de lo familiares que resultasen, no dejaban de ser criaturas de otra creación. Cosas estelares. Alienígenas: nosotros y ellos, humanos y alienígenas, sin parentesco alguno. «¿Por qué me ocurre esto?», se preguntaba; «Yo soy tan nativo de este mundo como lo son ellos». Se mantuvo firme y les dijo:

—Fue sólo por un desgraciado accidente que murieron esos buzos. No hubo maldad alguna en ello.

Detonación. Silbido. Suspiro. Significaban:

—No estamos interesados en saber por qué ocurrió, sino sólo en el hecho de que ocurrió.

Detrás de los seis gillies se encendían y se apagaban unas luces de color verdoso desteñido; iluminaban curiosas estructuras —¿estatuas? ¿máquinas? ¿ídolos?— que ocupaban un espacio abierto en el centro de la población. Eran extrañas protuberancias y nudos, del metal pacientemente extraído de los tejidos de pequeñas criaturas marinas y unido en forma de masas de chatarra, de aspecto fortuito y cubiertas de óxido.

—Delagard promete no utilizar buzos nunca más —les dijo con voz zalamera, buscando esperanzadamente una salida.

Silbido. Detonación. Indiferencia.

—¿No vais a decirnos cómo podemos hacer para que las cosas se arreglen? Lamentamos lo que ocurrió; lo lamentamos profundamente...

No hubo respuesta. Ojos amarillos y fríos, distantes. Esto es una idiotez, pensó Lawler. Es como discutir con el viento.

—¡Maldita sea, esta isla es nuestro hogar! —gritó, acompañando las palabras con gestos furiosos—. ¡Siempre lo ha sido!

Tres sonidos tronantes que descendieron un tercio cada uno.

—¿Encontrar otro hogar? —preguntó Lawler—. ¡Pero es que nosotros le tenemos cariño a este lugar! Yo nací aquí. Nunca antes os hemos hecho daño, ninguno de nosotros. Mi padre... Vosotros conocisteis a mi padre, os ayudó cuando...

Nuevamente se oyó el sonido de flatulencia. Significaba exactamente lo mismo a lo que sonaba, pensó Lawler.

No tenía sentido continuar. Comprendía plenamente lo infructuoso de aquello. Estaban perdiendo la paciencia; muy pronto comenzarían los sonidos tronantes, gruñentes, la ira; y entonces podría ocurrir cualquier cosa.

Con un gesto de una aleta, uno de los gillies indicó que la reunión había terminado. El rechazo era inequívoco.

Lawler hizo un gesto de decepción. Gesticuló para indicar tristeza, angustia, congoja. A lo que uno de los gillies respondió, sorprendentemente, con una frase pronunciada muy rápidamente que casi podría haber sido de compasión. ¿O se trataba sólo de su imaginación optimista?

Lawler no podía estar seguro; y entonces, para su asombro, la criatura salió de la hilera y se acercó a él arrastrando las aletas a una velocidad inesperada, con las aletas-brazo extendidas. Lawler estaba demasiado sorprendido como para moverse. Aquí llega la embestida, pensó, el descuidado estallido de irritación. Estaba allí como plantado. Algún frenético impulso de autoconservación profería alaridos dentro de él, pero Lawler no podía hallar la fuerza necesaria para intentar huir.

El gillie lo cogió por un brazo y lo acercó hacia sí, tras lo cual lo envolvió con sus aletas en un estrecho y sofocante abrazo. Lawler sintió las afiladas garras curvas que se apoyaban suavemente sobre su carne, que lo asían con una extraña y pasmosa delicadeza. Recordó las marcas rojas que le había enseñado Delagard.

«De acuerdo. Haz lo que te dé la gana. Me importa un bledo».

Lawler nunca había estado tan cerca de un gillie como en ese momento. Tenía la cabeza apretada contra el ancho pecho. Oía cómo le latía allí el corazón, no el familiar «dum-dum» humano, sino algo más parecido a «zumi-zum-zum, zum-zum-zum». Tenía el desconcertante cerebro de un gillie a unos pocos centímetros de la mejilla; su aliento le llenaba los pulmones.

Se sentía mareado y con náuseas pero, extrañamente, no tenía miedo alguno. Había algo tan subyugador en el ser arrastrado al grotesco abrazo de aquel gillie, que en aquel preciso instante no quedaba sitio en él para el miedo. La proximidad del alienígena provocó una especie de remolino en su mente. Era una sensación tan poderosa como una tormenta de invierno, tan poderosa como la misma Ola, que subió bramando desde las

raíces de su alma. Tenía el sabor de las algas marinas en la boca. La sal marina circulaba por sus venas.

El gillie lo retuvo durante bastante rato, como si le estuviera comunicando algo, algo que no podía expresarse con palabras. El abrazo no era ni cordial ni hostil: estaba completamente fuera del entendimiento de Lawler. El apretón de los poderosos brazos era estrecho y rudo, pero aparentemente no conllevaba la intención de lastimarlo. Lawler se sintió como un niño que es abrazado por una madre adoptiva fea, extraña y carente de amor. O como una muñeca abrazada contra el enorme seno de la bestia.

Luego el gillie lo soltó y lo alejó de sí con un brusco empujón, tras lo cual regresó a reunirse con los demás. Lawler permaneció congelado, temblando. Observó cómo los gillies, sin hacerle más caso, se volvían pesadamente y se alejaban de regreso a su poblado. Se quedó un buen rato mirando en la dirección por la que se habían marchado, sin comprender absolutamente nada. Todavía tenía pegado el rancio olor a mar; en aquel momento le pareció que ese aroma se quedaría con él para siempre.

Debían de estar despidiéndose de él, decidió finalmente. Eso era, sí. Una despedida de gillie, un tierno abrazo de adiós. O quizá no tan tierno, pero igualmente un beso de adiós. ¿Tiene sentido eso? No, realmente, no. Pero tampoco lo tiene nada más. Llamémoslo un gesto de despedida, pensó Lawler, y dejémoslo así.

La noche ya estaba muy entrada. Lentamente regresó bordeando la orilla, dejó atrás la planta energética, bajó al astillero y se dirigió a la caseta en la que vivía Delagard. Delagard no quería vivir en vaarghs; decía que prefería estar siempre cerca del astillero.

Lawler lo encontró solo, despierto, bebiendo brandy de algas junto a la oscilante luz de un fuego que humeaba. La habitación era pequeña y desordenada, llena de utensilios para pescar: anzuelos, redes, remos, anclas, pieles amontonadas de peces-alfombra, cajas de brandy. Parecía un almacén, no una vivienda. Aquella era la casa del hombre más rico de la isla.

Delagard olió el aire.

—Hueles como un gillie. ¿Qué has estado haciendo, dejándolos que te follaran?

—Lo has adivinado. Deberías probarlo; puede que aprendieras una o dos cosas.

—Muy gracioso. Pero, de verdad, apestas como un gillie, ¿sabes? ¿Intentaron darte una paliza?

—Uno de ellos me topó cuando me marchaba —dijo Lawler—. Creo que fue por accidente.

Delagard se encogió de hombros.

—Muy bien. ¿Has sacado algo en claro?

—No. ¿Pensabas de verdad que lo conseguiría?

—Siempre hay esperanza. Un tipo sombrío como tú puede que no lo crea así, pero siempre la hay. Aun disponemos de un mes para convencerlos. ¿Quieres un trago, doctor?

Delagard ya lo estaba sirviendo. Lawler cogió el vaso y bebió rápidamente su contenido.

—Ya es hora de acabar con esa mentira, Nid, esa fantasía tuya de hacerlos cambiar de opinión.

Delagard levantó la mirada. En la pálida luz oscilante, su rostro parecía más voluminoso de lo que era en realidad, pues las sombras destacaban los rollos de carne que le rodeaban el cuello y convertían sus mejillas en papadas flojas. Sus ojos parecían pequeños, como dos gotas fatigadas.

—¿Tú crees?

—No cabe duda. Realmente quieren librarse de nosotros. Nada que podamos decir les hará cambiar.

—Te han dicho eso, ¿verdad?

—No necesitaron hacerlo. He estado en esta isla el tiempo suficiente como para entender qué quisieron decirme. Tú también.

—Sí—dijo Delagard, pensativo—. Yo también.

—Es hora de enfrentarse con la realidad. No existe la menor posibilidad de que se retracten de su decreto. ¿Tú qué crees, Delagard? ¿La hay? Por el amor de Dios, ¿*la hay?*

—No. Supongo que no.

—Entonces, ¿cuándo vamos a dejar de hacernos la ilusión de que sí la hay? ¿Tengo que recordarte lo que hicieron en Shalikomo cuando les dijeron a los humanos que se marcharan, y ellos no lo hicieron?

—Aquello fue en Shalikomo, y hace mucho tiempo. Esto es Sorve y ahora.

—Y los gillies son los gillies. ¿Quieres otro Shalikomo aquí?

—Ya conoces la respuesta a eso, doctor.

—De acuerdo, entonces. Tú sabías desde el principio que no había esperanza de hacerlos cambiar de opinión. Simplemente estabas recurriendo a todos los mecanismos, ¿verdad? Para demostrarle a todo el mundo cuan afectado estabas por el lío en que nos habías metido a todos.

—¿Crees que he estado engañándote?

—Sí, eso creo.

—Bueno, pues no es así. ¿Comprendes cómo me siento por haber hecho caer esta desgracia sobre todos nosotros? Me siento como una basura, Lawler. ¿Qué crees que soy, de todas formas? ¿Sólo un animal chupasangres sin corazón? ¿Crees que puedo simplemente encogerme de hombros y decirle a la gente del poblado: «Eh, muchachos, tenía un buen negocio funcionando ahí fuera con los buzos y todo fue bien durante un tiempo, pero las cosas salieron mal y por tanto tenemos que mudarnos; disculpad los inconvenientes, adiós, ya nos veremos»?

»Sorve es el hogar de mi comunidad, doctor. Sentía que al menos tenía que intentar reparar el daño que he hecho.

—De acuerdo. Ya lo has intentado, y no has llegado a ninguna parte, como ambos esperábamos desde el principio. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Qué quieres que haga?

—Ya te lo he dicho antes. Basta de palabrería acerca de besarles las aletas a los gillies e implorarles su perdón. Tenemos que pensar en cómo vamos a salir de aquí y

adónde vamos a ir. Tenemos que empezar a planificar la evacuación, Delagard. Eso es asunto tuyo. Tú provocaste todo esto; ahora tú tienes que arreglarlo.

—De hecho —dijo lentamente Delagard—, ya he comenzado a trabajar en eso. Esta noche, mientras tú parlamentabas con los gillies, envié un mensaje a tres de mis barcos. Actualmente están haciendo viajes de pasaje entre las islas; les dije que den inmediatamente la vuelta y regresen aquí. Nos servirán como transporte.

—¿Para transportarnos adónde?

—Toma, bebe otra copa —volvió a llenar el vaso de Lawler sin esperar respuesta—. Déjame que te muestre algo.

Abrió un armario y cogió una carta marítima. Era un globo de plástico laminado de unos sesenta centímetros de diámetro, hecho con docenas de tiras de diversos colores y unidas por la mano maestra de algún artesano. Del interior provenía el ruido de un mecanismo de relojería. Lawler se inclinó hacia él. Las cartas eran objetos raros y preciosos; Lawler rara vez había tenido la posibilidad de mirar una tan de cerca.

—Dimas, el padre de Onyos Felk, la construyó hace cincuenta años —dijo Delagard—. Mi abuelo se la compró cuando el viejo Felk quería meterse en el negocio de la navegación y necesitó dinero para construir barcos. ¿Te acuerdas de la flota de Felk? Tres barcos. La Ola los hundió a todos. Es una cosa de locos esa de vender tu carta marítima para comprar barcos, y luego perder los barcos. Especialmente cuando se trata de la mejor carta jamás hecha. Onyos daría su testículo izquierdo por tenerla, pero ¿por qué iba a vendérsela? Le permito que la consulte de vez en cuando.

Por la carta se movían unos medallones circulares de color púrpura, tan grandes como la uña de un dedo pulgar; eran treinta o cuarenta, quizá más, movidos por el mecanismo interior. La mayoría se movían en línea recta desde un polo al otro, pero ocasionalmente uno de ellos se desplazaba en forma casi imperceptible a una de las bandas adyacentes longitudinales, de la misma forma que una isla solía desviarse ligeramente hacia el este o el oeste mientras viajaba en la corriente principal que la llevaba en dirección al polo. Lawler se maravilló de lo ingenioso del aparato.

—¿Sabes cómo leer esto? —preguntó Delagard—. Esto de aquí son las islas. Éste es el mar Natal. Esta isla de aquí es Sorve.

Era una pequeña protuberancia púrpura que se desplazaba lentamente hacia arriba en las proximidades del ecuador del globo, sobre el fondo verde de la franja por la que viajaba: una mota insignificante, una pizca de color en movimiento, nada más. Es demasiado pequeña para ser tan valiosa, pensó Lawler.

—Aquí está representada la totalidad del planeta, al menos como nosotros entendemos que es. Las islas de color púrpura son las que están habitadas por seres humanos. Este es el mar Negro, éste es el mar Rojo, y este de aquí arriba es el mar Amarillo.

—¿Dónde está el mar de Azur? —preguntó Lawler.

Delagard pareció un poco sorprendido.

—Pues aquí arriba, prácticamente en el otro hemisferio. ¿Qué sabes acerca del mar de Azur, doctor?

—No mucho. Alguien me lo mencionó hace poco, eso es todo.

—Está a una distancia endemoniadamente grande de aquí. Yo nunca he estado en él —Delagard hizo girar el globo para enseñarle a Lawler el otro lado—. Aquí está el mar

Vacío. Esta cosa oscura que hay aquí es la Faz de las Aguas. ¿Te acuerdas de las maravillosas historias que solía contarnos el viejo Jolly acerca de la Faz?

—Ese canoso viejo embustero. No te habrás creído que llegó cerca de ese lugar, ¿verdad?

Delagard pestañeó.

—Era una historia fantástica, ¿no es cierto?

Lawler asintió, y dejó que su mente viajara a unos treinta y cinco años antes, mientras pensaba en la historia de aquel anciano curtido por la intemperie: repetía una y otra vez acerca de su solitario crucero por el mar Vacío, de su misterioso encuentro de ensueño con la Faz. Una isla tan grande que cabían en ella todas las otras islas del planeta, una enorme cosa amenazadora que llenaba el horizonte elevándose como una muralla negra desde el océano, en un rincón remoto y silencioso del mundo. En la carta marítima, la Faz era un parche oscuro e inmóvil del tamaño de la palma de una mano, una mancha informe sobre la extensión vacía del lejano hemisferio, emplazada casi en la región polar sur.

Volvió a girar el globo para mirar el propio hemisferio, y observó las islas que se desplazaban lentamente.

Lawler se preguntó cómo era posible que una carta hecha hacía tanto tiempo pudiera predecir la posición actual de las islas. Lógicamente, se habrían desviado de sus rutas primarias a causa de todo tipo de fenómenos atmosféricos de corta duración. ¿O era que el constructor de la carta lo había tomado todo en cuenta, valiéndose de alguna magia científica que provenía del gran cúmulo de ciencia que había en la galaxia?

Las cosas eran tan primitivas en Hydros, que Lawler se sorprendía siempre cuando funcionaba cualquier tipo de mecanismo; pero sabía que las cosas eran diferentes en los demás planetas habitados del espacio, en los que había tierra y un buen suministro de metales, y una manera de desplazarse de un planeta a otro. Las magias tecnológicas de la Tierra, del perdido planeta madre, habían llevado a la Humanidad a aquellos mundos. Pero allí en Hydros no había nada parecido.

—¿Cuan precisa piensas que es esta carta? —preguntó, pasado un momento—. Tomando en consideración que tiene cincuenta años de antigüedad, y todo eso.

—¿Es que hemos averiguado algo más acerca de Hydros en los últimos cincuenta años? Ésta es la mejor carta que tenemos. El viejo Felk era un maestro artesano, y hablaba con todos los que salían al mar, en todas partes. Luego comparó esa información con las observaciones hechas desde el espacio y desde Alborada. Es muy precisa. Condenadamente precisa.

Lawler siguió los movimientos de las islas, como hipnotizado por ellos. Quizá la carta proporcionara información fiable, y quizá no; él no estaba en una posición que le permitiera saberlo. Nunca había comprendido cómo alguien que estuviera en el mar era capaz de hallar el camino de vuelta a su propia isla, y mucho menos llegar hasta una isla lejana, si se tenía en cuenta que tanto el barco como la isla estaban constantemente en movimiento. Tendré que preguntarle eso a Gabe Kinverson alguna vez, pensó.

—Muy bien. ¿Cuál es tu plan?

Delagard señaló la isla de Sorve en la carta. Luego señaló a otra.

—¿Ves esta isla que está al suroeste respecto a nosotros y se está deslizando a la franja de al lado? Es Velmise. Se está desplazando hacia el noreste a una velocidad mayor que la que llevamos nosotros, y dentro de un mes pasará a una distancia relativamente fácil de cubrir. En ese momento estará a diez días de navegación, quizá menos. Voy a enviarle un mensaje a mi hijo, que vive allí, para preguntarle si estarían dispuestos a acogernos a todos, a los setenta y ocho.

—¿Y si no lo están? Velmise es bastante pequeña.

—Tenemos otras alternativas. Aquí tenemos a Salimil, que sube por el otro lado. Estará a unas dos semanas y media de nosotros en el momento en que tengamos que marcharnos.

Lawler consideró la perspectiva de tener que pasar dos semanas y media a bordo de un barco en mar abierto. Bajo el ardiente ojo del sol, en el constante soplo cáustico de la brisa marina salada, comiendo pescado seco, caminando arriba y abajo por la pequeña cubierta sin nada más que océano y más océano a la vista. Cogió la botella de brandy y se llenó el vaso.

—Si Salimil no quiere acogernos —continuó Delagard—, tenemos Kaggeram aquí abajo, o Shaktan, o incluso Gray-var. Tengo familia en Grayvard. Creo que podremos llegar a algún acuerdo. Eso sería unas ocho semanas de viaje.

¿Ocho semanas? Lawler trató de imaginar cómo sería eso.

—Nadie va a tener lugar para setenta y ocho personas con sólo un mes de aviso —dijo, pasado un rato—. Ni Velmise, ni Salimil, ni ninguna de las otras.

—En ese caso tendremos que separarnos, unos cuantos por aquí y otros por allá.

—¡No! —exclamó Lawler con repentina vehemencia.

—¿Cómo?

—Yo no quiero eso. Quiero que la comunidad permanezca unida.

—Pero... ¿qué haremos si eso no puede conseguirse?

—Tendremos que hallar la forma. No podemos coger a un grupo de gente que ha estado junta toda su vida, y desparramarlos por todo el maldito océano. Somos una familia, Nid.

—¿Lo somos? Yo no lo veo de esa manera.

—Pues comienza ahora a verlo de esa manera.

—Bien, entonces —dijo Delagard. Se sentó en silencio, con el ceño fruncido—. Creo que como último recurso podríamos presentarnos en una de las islas que aún no está habitada por seres humanos, y pedirles refugio a los gillies que vivan en ella. Ya ha ocurrido antes.

—Los gillies de allí sabrán que fuimos expulsados de la isla. Y sabrán por qué.

—Quizá eso carezca de importancia. Tú conoces a los gillies tan bien como yo, doctor. Buena parte de ellos son muy tolerantes con nosotros. Para ellos no somos más que otro ejemplo de los inescrutables caminos del Universo, algo que sencillamente llegó por casualidad a sus orillas proveniente del gran mar del espacio. Comprenden que es un gasto inútil de aliento el cuestionarse los caminos del Universo. De hecho, creo

que ésa es la razón por la que, cuando llegamos, se limitaron a encogerse de hombros y nos permitieron instalarnos en sus islas.

—Quizá los más inteligentes piensen así, pero el resto nos detesta y no quiere tener nada que ver con nosotros. ¿Por qué demonios iban a querer acogernos los gillies de alguna otra isla, cuando los de Sorve nos han expulsado por *asesinos*?

—Todo irá bien —dijo Delagard serenamente, sin reaccionar ante aquella fea palabra. Acarició el vaso de brandy con ambas manos mientras miraba a su interior—. Iremos a Velmise, o a Salimil, o a Grayvard si tenemos que hacerlo, o a algún lugar completamente diferente. Permaneceremos juntos y nos construiremos una nueva vida. Yo me encargaré de que así sea. Cuenta con ello, doctor.

—¿Tienes suficientes barcos como para llevarnos a todos?

—Tengo siete. A trece por barco, entraremos todos sin siquiera sentirnos apretados. Deja ya de preocuparte, doctor. Toma otra copa.

—Ya lo he hecho.

—¿Te importa si me tomo una yo?

—Por supuesto que no.

Delagard se echó a reír; estaba comenzando a emborracharse. Acarició la carta marítima como si se tratara de un pecho materno; luego la cogió delicadamente y volvió a guardarla en el armario. La botella de brandy estaba casi vacía. Delagard sacó otra de alguna parte y se sirvió una ración generosa. Se balanceó mientras lo hacía, se dio cuenta y rió entre dientes.

—Te aseguro una cosa, doctor —dijo, comiéndose las sílabas—, y es que voy a partirme el culo para encontrar una isla para nosotros, y hacer que lleguemos a ella sanos y salvos. ¿Me crees cuando te digo eso, doctor?

—Ya lo creo que sí.

—¿Y me perdonas de corazón por lo que les hice a esos buzos? —preguntó Delagard, con voz pastosa.

—Claro. Claro.

—Eres un mentiroso. Me odias hasta las entrañas.

—Venga ya, Nid. Lo que está hecho, hecho está. Ahora no tenemos más remedio que vivir con ello.

—Has hablado como un auténtico filósofo. Venga, bébete otra.

—De acuerdo.

—Y otra también para el bueno y viejo Nid Delagard, ¿por qué no? Otra para el bueno y viejo Delagard, sí. Aquí tienes, Nid. Pues gracias, Nid. Muchas gracias. Por todos los diablos, éste es un buen material. Buen... material... —Delagard bostezó. Se le cerraron los ojos y bajó la cabeza hacia la mesa—. Buen... material... —murmuró. Volvió a bostezar, eructó suavemente y se quedó dormido.

Lawler acabó su bebida y se marchó del edificio.

En el exterior estaba todo muy silencioso. Sólo se oía el chapoteo de las pequeñas olas contra la orilla, y Lawler estaba tan habituado a ese ruido que apenas lo oyó. El amanecer aun demoraría una o dos horas. La Cruz ardía encima de su cabeza con terrible ferocidad, hendiendo el cielo negro de horizonte a horizonte, como una estructura que estuviera allí para evitar que el mundo cayera libremente por el espacio.

Una especie de claridad cristalina se había apoderado de la mente de Lawler. Prácticamente podía oír como palpitaba su cerebro. Se dio cuenta de que no le importaba marcharse de Sorve.

El pensamiento lo asombró. Estás borracho, se dijo.

Quizá fuera así; pero de alguna forma, en algún momento de la noche, el trastorno provocado por la expulsión lo había abandonado. Si se había marchado del todo o se había extraviado temporalmente, no podía saberlo; pero, al menos por el momento, podía considerar la idea sin acobardarse. Abandonar aquel sitio era algo que podía sopor-tar. De hecho, era algo más que eso. La perspectiva de marcharse de aquel lugar era... ¿vigorizante? ¿Era posible eso?

Vigorizante, sí. El modelo de su vida le había sido impuesto y congelado: el doctor Valben Lawler de Sorve, un hombre de Primera Familia, un Lawler de los Lawler que se hacía cada día más viejo, que llevaba a cabo el trabajo de la jornada, curaba a los enfermos lo mejor que podía, caminaba a lo largo del dique marítimo, nadaba un poco, pescaba otro poco, que dedicaba el tiempo necesario a enseñar a su aprendiz, comía y bebía, visitaba a viejos amigos —los mismos viejos amigos que tenía cuando era niño—, luego se iba a dormir, se despertaba y volvía a comenzar con lo mismo desde el principio; y llegaba el invierno, llegaba el verano, llegaba la lluvia, llegaba la sequía. Ahora ese modelo estaba a punto de cambiar. Iba a vivir en otro lugar; puede que llegara a ser otra persona. La idea lo fascinaba. Se sorprendió al descubrir que se sentía incluso un poco agradecido. Había pasado allí demasiado tiempo, después de todo. Había sido el mismo durante demasiado tiempo.

Estás muy, muy borracho, se dijo Lawler una vez más, y se echó a reír. Mucho, mucho, mucho, mucho.

Se le ocurrió la idea de pasearse por el poblado dormido, como un viaje sentimental de despedida. Mirarlo todo como si aquella fuera a ser la última noche que pasaría en Hydros, revivir cada una de las cosas que le habían ocurrido aquí y allá, aquí y allá, cada episodio de su vida. Los lugares en los que había estado con su padre, mirando hacia el mar; los sitios en los que había escuchado los fantásticos relatos de Jolly, donde había pescado su primer pez, donde había abrazado a su primera novia. Los escenarios asociados con sus amistades y amores como habían sido entonces. El flanco de la bahía en el que había estado a punto de arponear a Nicko Thalheim; y el lugar del osario desde el que había espionado cómo Marius Cadrell, con sus barbas blancas, follaba a la hermana de Damis Sawtelle, Miriam, la que ahora era una de las monjas del convento. Aquello le recordó la vez en la que él mismo había follado a Miriam, unos cuantos años después, allá en el país de los gillies, ambos corriendo peligro y encantados de hacerlo.

Todo regresó a su mente. La figura fantasmal de su madre. Sus hermanos, el que había muerto demasiado joven y el que se había marchado mar adentro, flotando, y había desaparecido de sus vidas para siempre. Su padre, infatigable, formidable, remoto, reverenciado por todos, disciplinadamente dedicado a interminables asuntos médicos mientras él prefería estar chapaleando en la bahía: aquellos días de la infancia que no parecían en absoluto días de infancia, con tantas severas horas de esforzado estudio que

lo apartaban de los juegos y la diversión. «Algún día serás el médico», decía su padre una y otra vez. «Tú serás el médico».

Su esposa Mireyl, que subía a bordo del barco de pasajeros con destino a Morvendir. El tiempo estaba retrocediendo. Un «tic», y Néstor Yáñez y él estaban huyendo — aturcidos por la risa y el miedo— de una hembra gillie furiosa porque le habían arrojado huevos de ginzo. Otro «tic», y allí estaba la acongojada delegación que venía a decirle que su padre había muerto y que él era el médico a partir de entonces. Otro «tic», y descubría cómo era eso de asistir al nacimiento de un bebé. Otro «tic», y estaba bailando, borracho, en el punto más alto del baluarte en medio de una noche de tres lunas con Nicko, Néstor Lyonides, Moira, Meela y Quigg.

Se vio como el joven y alegre Valben Lawler que fue, y que ahora le parecía alguien a quien había conocido hacía mucho, mucho tiempo. Era la totalidad de los cuarenta y pico de años que había pasado en Sorve, vistos marcha atrás. Tic. Tic. Tic. Sí, daré una larga y hermosa caminata por mi pasado antes de que salga el sol, pensó. De una punta a otra de la isla. Pero le pareció una buena idea la de regresar a su vaargh antes de ponerse en camino, aunque no estaba seguro de por qué.

Tropezó al pasar por la entrada y cayó cuan largo era.

Continuaba echado en el mismo lugar cuando la luz del sol de la mañana entró y lo despertó. Durante un momento, Lawler no pudo recordar qué había dicho o hecho la noche anterior. Luego lo evocó todo. El abrazo del gillie, cuyo aroma todavía permanecía en su cuerpo. Luego Delagard, brandy y más brandy, la perspectiva de un viaje hasta Velmise, Salimil, quizá Grayvard; y el momento extrañamente vigorizante cuando pensó en abandonar Sorve. ¿Había sido real? Sí. Sí. Ahora estaba sobrio y la sensación permanecía en él.

Pero... Dios santo... ¡su cabeza! ¿Cuánto brandy habría conseguido meterle dentro Delagard?

La voz fina de un niño se oyó en el exterior de la vaargh.

—¿Doctor? Me he lastimado un pie.

—Espera un segundo —dijo Lawler, con voz rasposa.

6

Aquella noche había una reunión en el centro comunitario, para discutir la situación. El aire del local era espeso y lleno de vapor, con un olor dulce y rancio. Los ánimos estaban exaltados. Lawler se sentó en el rincón más alejado, opuesto a la puerta, que era su sitio habitual; desde allí podía verlo todo. Delagard no había asistido. Había enviado un mensaje diciendo que tenía asuntos urgentes que atender en el astillero y esperaba mensajes procedentes de los barcos que tenía en el mar.

—No se trata más que de una maniobra sucia —dijo Dann Henders—. Los gillies están cansados de que estemos aquí, pero no quieren molestarse en matarnos con sus

propias manos; así que nos obligan a salir a mar abierto para que nos maten los peces cuerno y los leopardos marinos.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Nicko Thalheim.

—No lo sé. Simplemente estoy haciendo conjeturas. Estoy tratando de adivinar por qué nos hacen abandonar la isla por algo tan trivial como la muerte de tres buzos.

—¡La muerte de tres buzos no es algo tan trivial! —exclamó Sundria—. ¡Estamos hablando de criaturas inteligentes!

—¿Inteligentes? —preguntó Dag Tharp, burlón.

—Puedes apostar a que lo son; y si yo fuera un gillie y me enterara de que los malditos humanos están matando a los buzos, también querría librarme de ellos.

—Bueno, lo que sea —dijo Dann Henders—. Lo que quiero decir es que, si los gillies tienen éxito en expulsarnos de aquí, vamos a encontrarnos con que todo el maldito océano se levantará contra nosotros en cuanto salgamos al mar, y eso no será por accidente. Los gillies controlan a los animales marinos, todo el mundo sabe eso; y los utilizarán contra nosotros para barrernos del planeta.

—¿Y qué pasaría si simplemente no nos dejamos expulsar? —preguntó Damis Sawtelle—. ¿Qué pasaría si lucháramos?

—¿Luchar? —dijo Bamber Cadrell—. ¿Luchar cómo, con qué? ¿Es que has perdido el juicio, Damis?

Ambos eran amigos desde la infancia y capitanes de barco, hombres sólidos y prácticos, pero en aquel preciso momento se estaban mirando con los rostros hoscos y fríos de los eternos enemigos.

—Resistencia —exclamó Sawtelle—. Guerra de guerrillas.

—Nos deslizamos hasta su zona de la isla y nos apoderamos de algo que parezca importante de ese edificio sagrado que tienen —sugirió Nimber Tanamind—; y nos negamos a devolvérselo a menos que convengan en que nos quedemos.

—A mí eso me suena a estupidez —dijo Cadrell.

—A mí también —agregó Nicko Thalheim—. Robarles sus fetiches no nos llevará a ninguna parte. La resistencia armada es lo correcto, como ha dicho Damis. Guerra de guerrillas, absolutamente. La sangre gillie corriendo por las calles hasta que retiren la orden de expulsión. En este planeta no tienen el concepto de guerra. Ni siquiera sabrán qué estamos haciendo si comenzamos una guerra.

—Shalikomo —dijo alguien desde el fondo—. Recordad lo que ocurrió allí.

—Shalikomo, sí —exclamó otra voz—. Harán con nosotros una carnicería como la que hicieron con ellos; y no habrá nada que podamos hacer para detenerlos.

—Correcto —dijo Marya Hain—. Somos nosotros los que no poseemos el concepto de guerra, no ellos. Ellos saben cómo matar cuando quieren hacerlo. ¿Con qué vamos a atacarlos, con cuchillos para descamar? ¿Con martillos y cinceles? No somos guerreros. Nuestros ancestros quizá lo fueron, pero nosotros no conocemos siquiera el significado de esa idea.

—Tenemos que aprender —dijo Thalheim—. No podemos permitir que nos echen de nuestros hogares.

—¿Que no podemos? —preguntó Marya Hain—. ¿Qué otra alternativa tenemos? Estamos aquí sólo gracias a su tolerancia, la cual ahora nos han retirado. Ésta es su isla. Si intentamos resistirnos, nos cogerán uno por uno y nos arrojarán al mar de la misma forma que hicieron en Shalikomo.

—Nos llevaremos a muchos por delante —dijo Damis Sawtelle, con ardor en la voz.

Dann Henders estalló en carcajadas.

—¿En el mar? Bueno, bueno. Supongo que les mantendremos la cabeza debajo del agua hasta que se ahoguen...

—Ya sabes a qué me refiero —refunfuñó Sawtelle—. Ellos matan a uno de nosotros, nosotros matamos a uno de ellos. En cuanto comiencen a morir, cambiarán de opinión rápidamente acerca de obligarnos a abandonar la isla.

—Ellos nos matarán más de prisa de lo que nosotros podemos matarlos a ellos —dijo Leynila, la esposa de Poilin Stayvol; éste era el segundo capitán más antiguo de Delagard, después de Gospo Struvin. En aquel preciso momento estaba ausente, al mando del barco de pasajeros que hacía la ruta de Kentrup. La vehemente Leynila, de estatura baja, hablaría siempre en contra de cualquier cosa que Damis Sawtelle defendiese. Eso había sido así desde que ambos eran niños—. Incluso en el caso de que fuera un asunto de uno a uno, ¿adonde nos llevaría eso? —preguntó Leynila.

Dana Sawtelle asintió. Atravesó la habitación y se detuvo junto a Marya y Leynila. La mayoría de las mujeres estaban a un lado de la habitación, y el puñado de hombres que formaba la fracción partidaria de la guerra se hallaba en el otro.

—Leynila tiene razón. Si intentamos luchar acabaremos todos muertos. ¿Qué sentido tiene? Si hay una guerra y luchamos como héroes para al final acabar todos muertos, ¿cómo vamos a estar mejor que si nos limitamos a subir a un barco y marcharnos a otra parte?

Su esposo se volvió para encararse con ella.

—Cállate, Dana.

—¡Y una porra voy a hacerlo, Damis! ¡Y una porra voy a hacerlo! ¿Crees que voy a quedarme aquí sentada como una niña mientras los tuyos hablan de lanzar un ataque contra un grupo de seres alienígenas físicamente superiores a nosotros que nos superan en número de uno a diez? No podemos luchar contra ellos.

—Tenemos que hacerlo.

—No. ¡No!

—Es sólo una absoluta tontería toda esta charla de luchar. Los gillies están fanfarroneando —dijo Lis Niklaus—. No nos harán marchar realmente.

—Oh, sí que lo harán...

—No si Nid tiene algo que decir al respecto.

—¡Es tu precioso Nid quien nos ha metido en esto, en primer lugar! —chilló Marya Hain.

—Y él nos sacará de ello. Los gillies están enfadados ahora, pero no...

—¿Qué piensas tú, doctor?

Lawler había guardado silencio durante el debate, esperando que las emociones se manifestaran. Siempre era erróneo lanzarse a aquel tipo de cosas con demasiada prontitud. Ahora se puso de pie.

Repentinamente se había hecho un silencio absoluto en la sala. Todos los ojos estaban fijos en él. De él esperaban la Respuesta. Algún milagro, alguna esperanza de indulto; confiaban en que él les proporcionaría aquello. Era el pilar de la comunidad, descendiente de un famoso fundador; confiaban en el médico que conocía el cuerpo de todos mejor que ellos mismos; era una cabeza sabia y objetiva, el respetado dispensador de consejos agudos.

Los miró a todos antes de comenzar.

—Lo siento, Damis. Nicko. Nimber. Creo que toda esta conversación de resistencia no nos lleva a nada útil. Tenemos que admitir ante nosotros mismos que ésa no es una opción —se oyó un refunfuñar colectivo en la fracción guerrera—. Intentar luchar contra los gillies es como intentar beberse el mar hasta secarlo. No tenemos armas. Quizá tengamos, en el mejor de los casos, unas cuarenta personas físicamente capacitadas para la lucha, contra cientos de ellos. Ni siquiera vale la pena pensar en ello.

El silencio se hizo glacial, pero él podía ver que sus tranquilas palabras estaban penetrando; la gente intercambiaba miradas, asentía con la cabeza. Se volvió hacia Lis Niklaus:

—Lis, los gillies no están fanfarroneando, y Nid no dispone de presión alguna para hacer que se retracten. Él ya habló con ellos, y yo hice lo mismo. Tú lo sabes. Si continúas pensando que los gillies van a cambiar de opinión, no haces más que soñar.

¡Qué aspecto tan solemne y sombrío tenían ahora! Los Sweyner, Dag Tharp, un grupo de los Thalheim, los Sawtelle. Sidero Volkin y su esposa Elka, Dann Henders, Martín Yáñez, el joven José Yáñez, Lis, Leo Martello, Pilya Braun, Leynila Stayvol, Sundria Thane. Los conocía a todos muy bien, excepto a unos pocos. Eran su familia, como le había dicho a Delagard en aquella alcohólica noche. Sí. Sí, así era. Todos los de aquella isla.

—Amigos —continuó—, será mejor para todos que nos enfrentemos con la realidad. A mí esto no me gusta más que a vosotros, pero no tenemos alternativa. ¿Los gillies dicen que tenemos que marcharnos? De acuerdo. Es la isla de ellos. Ellos son numerosos y tienen músculos. Pronto vamos a vivir en otro lugar, y eso es todo lo que hay. Me gustaría poder deciros algo más alegre, pero no puedo. Nadie puede. Nadie.

Esperó alguna réplica enfurecida de Thalheim, o de Tanamind o Damis Sawtelle, pero no tenían nada que decir. No había nada que decir. Toda aquella charla acerca de resistencia armada no había sido más que silbidos en la oscuridad. La reunión, aunque con vacilaciones, se disolvió. No había más alternativa que someterse; todo el mundo lo veía claro ahora.

Una tarde de la segunda semana después del ultimátum, Lawler se hallaba de pie junto al dique marítimo, entre el astillero de Delagard y la planta energética de los gillies, mirando los cambiantes colores de la bahía, cuando Sundria Thane pasó nadando por las aguas que quedaban más abajo. En mitad de una brazada miró rápidamente hacia arriba y le hizo un gesto de saludo con la cabeza. Lawler imitó el asentimiento a modo de respuesta y la saludó con una mano. Las esbeltas piernas de la mujer se agita-

ron como tijeras y ella avanzó con el torso inclinado y se zambulló brusca y rápidamente.

Durante un momento, Lawler vio las pálidas nalgas adolescentes de Sundria que destellaban fuera del agua, para luego sumergirse cuando ella se puso a bucear velozmente justo por debajo de la superficie. Era como un delgado fantasma desnudo el que se alejaba de la orilla de forma constante, con poderosas brazadas. Lawler la siguió con los ojos hasta que la perdió de vista. Nada como un gillie, pensó él. No había subido a respirar en lo que a él le habían parecido tres o cuatro minutos. ¿Es que no necesitaba respirar?

Mireyl había sido una nadadora igualmente fuerte, pensó.

Lawler frunció el entrecejo. Lo sorprendió que su esposa, perdida hacía tanto tiempo, apareciera flotando desde el pasado sin que él la llamase. Hacía años que no pensaba en ella; pero luego se dio cuenta de que había pensado en ella también la noche anterior, durante su paseo alcohólico. Mireyl, sí. Era una antigua historia.

Parecía como si la tuviera ante los ojos. De pronto él volvía a tener veintitrés años, volvía a ser el joven y nuevo doctor, y allí estaba Mireyl con sus cabellos y su piel clara, su cuerpo compacto, ancha de hombros y de caderas; con un centro de gravedad bajo, era un poderoso proyectil pequeño de mujer, redondeada, musculosa y fuerte. Su rostro ya no estaba claro en su mente. Por alguna razón, no podía recordar su rostro.

Era una nadadora maravillosa. Se movía en el agua como una jabalina; no parecía cansarse nunca y podía permanecer sumergida eternamente. Por lo fuerte y activa que era, Lawler tenía que hacer siempre grandes esfuerzos para mantenerse a su altura cuando nadaban. Finalmente ella se volvía y se echaba a reír mientras lo esperaba, y él nadaba hasta ella, la abrazaba estrechamente y la apretaba contra sí.

En su recuerdo, ahora estaban nadando. Él se acercaba a ella y ella le abría los brazos. En el agua había cosas pequeñas y brillantes que nadaban, ágiles y cordiales.

—Deberíamos casarnos —dijo él.

—¿Ah, sí?

—Sí, deberíamos hacerlo.

—La esposa del doctor. Nunca pensé que sería la esposa del doctor —se echó a reír—. Pero alguien tiene que serlo.

—No, nadie tiene porqué serlo; pero yo quiero que lo seas tú.

Ella se zafó de entre sus brazos y comenzó a nadar.

—¡Cógeme y me casaré contigo!

—No es justo. Llevas una cabeza de ventaja.

—Las cosas nunca son justas —gritó ella.

Él sonrió y se puso a perseguirla, nadando con mayor esfuerzo del que jamás había empleado antes, y esa vez la alcanzó en medio de la bahía. No tenía forma de saber si había nadado por encima de su capacidad, o si ella le había permitido alcanzarla. Probablemente ambas cosas.

Entonces, el doctor tuvo una esposa.

—¿Eres feliz? —preguntó él.

—Oh, sí, sí.

—Yo también.

Un matrimonio sólido. Eso era lo que él había supuesto, pero ella estaba inquieta. Para empezar, Myreil había llegado a Sorve procedente de otra isla, y ahora quería continuar viajando, ver el mundo. Pero él estaba ligado a Sorve a causa de su profesión, por su temperamento formal y disciplinado, por millones de ataduras invisibles. No comprendió cuan viajero era en realidad el espíritu de ella; pensó que el anhelo que sentía por cambiar de isla no era más que una etapa y que lo dejaría atrás en cuanto se instalara en la vida de matrimonio.

Ahora había cambiado la escena. Estaban en el puerto, once meses después de la boda. Mireyl subía a bordo del barco de pasajeros interinsular que pertenecía a Delagard, con destino a Morvendir; se detuvo para mirar hacia el muelle que tenía a la espalda, y lo saludó con una mano. Luego volvió la espalda y desapareció. Nunca más había vuelto a tener noticias de ella.

Había ocurrido veinte años antes. Esperaba que fuera feliz, estuviera donde estuviese.

A lo lejos, Lawler divisó cardúmenes de jinetes aéreos, que saltaban del agua y se lanzaban a un intenso batir de aletas. Sus escamas brillaban con diferentes tonalidades de rojo y oro, como las piedras preciosas de los cuentos de su infancia. Él nunca había visto gemas de verdad, pero era difícil imaginar cómo podían ser más hermosas que los jinetes aéreos en vuelo a la hora del ocaso. Tampoco podía imaginar un paisaje más hermoso que el que presentaba la bahía de Sorve cuando lucía sus colores crepusculares. ¡Qué glorioso anochecer veraniego!

Había otras épocas del año en que el aire no era tibio y suave. Estaciones durante las cuales la isla viajaba por las regiones polares, golpeada por duros vendavales, barrida por precipitaciones de aguanieve tan cortantes como un cuchillo. Había épocas en las que el viento era demasiado tormentoso como para permitir que alguien se aventurara siquiera hasta la orilla de la bahía en busca de pescado o algas, y entonces comían pescado de carne seco, comidas preparadas con algas en polvo y hojas de algas deshidratadas. Mientras, se acurrucaban miserablemente en el interior de sus vaarghs y esperaban que volviera el tiempo cálido.

¡Pero el verano! ¡Ah, el verano, cuando la isla viajaba por las aguas tropicales! No había nada mejor que esto. Que los arrojaran de la isla en medio de un verano como aquél, hacía que la expulsión fuese mucho más dolorosa; les robaban la mejor estación del año.

Pero ésa ha sido la historia de la Humanidad desde el principio, pensó. Una expulsión tras otra, comenzando desde el Edén. Exilio tras exilio.

Mientras contemplaba la bahía en toda su belleza, Lawler sintió otra dolorosa punzada de pérdida. Su vida en Sorve estaba huyendo inevitablemente de él momento tras momento. Aquella sensación vigorizante de la primera noche, comenzar una nueva vida, continuaba estando con él; pero no durante todo el tiempo.

Se interrogó respecto a Sundria. ¿Cómo sería dormir con ella? No podía negar que se sentía atraído por aquellas largas piernas brillantes, aquella estructura ágil, esbelta y atlética; su energía, sus frágiles y confiadas maneras... Se imaginó deslizándose por la piel fresca y muy suave del interior de sus muslos, con la cabeza apoyada en

el hueco que se formaba entre el hombro y el cuello de la mujer. Aquellos pechos pequeños y duros en sus manos, los pequeños pezones erectos contra sus palmas. Si Sundria hacía el amor con la mitad del vigor que dedicaba a nadar, tenía que ser extraordinaria.

Resultaba extraño el volver a desear a una mujer. Lawler había sido autosuficiente durante demasiado tiempo. El ceder ante el deseo significaba que había perdido parte de su coraza, cuidadosamente construida; pero la perspectiva de abandonar la isla había agitado varias cosas que yacían quietas en su alma. Pasado un rato, Lawler se dio cuenta de que habían transcurrido al menos diez minutos, sin que viera a Sundria salir a respirar. Ni siquiera un excelente nadador podía conseguir eso; no si era humano. Repentinamente preocupado, Lawler recorrió las aguas con los ojos en busca de la mujer.

Entonces la vio caminando hacia él por el paseo que corría paralelo al dique marítimo, desde la izquierda. Llevaba el cabello húmedo atado tirante en la nuca, y se había puesto una tela de alga enredadera que caía descuidadamente, abierta por delante. Debía de haber rodeado la costa en dirección sur sin que él lo advirtiese, y salido a la orilla por la rampa marina que estaba junto al astillero.

—¿Le importa si le hago compañía? —preguntó.

Lawler hizo un gesto dadivoso.

—Aquí hay mucho espacio.

Ella se detuvo junto al médico y adoptó la misma postura que él, inclinada hacia adelante, mirando en dirección al agua con los codos apoyados en la barandilla.

—Parecía estar muy serio cuando pasé nadando por aquí hace un rato —dijo ella—. Muy absorto en sus pensamientos.

—¿Ah, sí?

—¿Lo estaba?

—Supongo que sí.

—¿Absorto en grandes reflexiones, doctor?

—No realmente; sólo pensando —no se sentía dispuesto a explicarle lo que le había pasado por la cabeza un momento antes. Improvisó rápidamente—. Estaba intentando hacerme a la idea de abandonar este sitio —dijo—. De marchar al exilio una vez más.

—¿Una vez más? —preguntó ella—. No lo comprendo. ¿Es que tuvo que abandonar otra isla antes de ahora? Yo pensaba que usted siempre había vivido en Sorve.

—Y así es; pero éste es el segundo exilio para todos nosotros, ¿no? Quiero decir que primero nuestros ancestros fueron exiliados de la Tierra; y ahora tenemos que exiliarnos de nuestra isla.

Ella se volvió para encararse con él, con expresión de perplejidad.

—Nosotros no somos exiliados de la Tierra. Ningún humano nacido en la Tierra se estableció jamás en Hydros. La Tierra ya estaba destruida cien años antes de que el primer ser humano llegara aquí.

—Eso carece de importancia; todos somos originarios de la Tierra, si vamos al punto inicial, y la perdimos. Ésa es una especie de exilio. Me refiero a todos los seres humanos que viven en los diferentes mundos del espacio —las palabras brotaron de su

boca como un torrente—. Mire, una vez tuvimos un mundo madre, un solo planeta ancestral, y ahora ha desaparecido, está arruinado, destruido. Acabado. No queda de él más que un recuerdo, muy borroso, nada más que un puñado de diminutos fragmentos como los que vio usted en mi vaargh.

»Mi padre solía decirnos que la Tierra era un lugar de milagros, maravilloso, el planeta más hermoso que haya existido jamás. Un mundo jardín, nos decía. Un paraíso. Quizá lo fuese. Hay quienes dicen que no era nada de eso en absoluto, que era un lugar horrendo del que la gente se marchó porque no podía soportar vivir en él. No sé. Todo se ha convertido en mito a estas alturas; pero, fuera como fuese, era nuestro hogar. Nos marchamos de él y luego la puerta se cerró tras de nosotros para siempre.

—Ni siquiera pienso en la Tierra —dijo Sundria.

—Yo sí. Todas las otras especies galácticas que conocemos tienen un planeta madre, excepto nosotros. Nosotros tenemos que vivir dispersos por cientos de mundos, quinientos aquí y un millar allá, establecidos en planetas extraños. Vivimos más o menos tolerados por las criaturas de esos planetas en los que hemos conseguido encontrar un pequeño territorio para poner los pies. A eso me refiero cuando hablo de exilio.

—Pero aun en el caso de que la Tierra existiera, nosotros no podríamos regresar a ella. No desde Hydros. Éste es nuestro planeta madre, no la Tierra; y nadie nos ha expulsado de Hydros.

—Bueno, nos han expulsado de Sorve; al menos eso no puede discutirlo.

La expresión de ella, que se había hecho un poco burlona e impaciente, se suavizó.

—A usted le parece un exilio porque nunca ha vivido en otra parte. Para mí, una isla no es más que una isla. En realidad, todas son más o menos iguales. Durante algún tiempo vivo en una de ellas, y luego siento la necesidad de continuar mi camino y me voy a otra parte —descansó su mano sobre la él durante un instante—. Sé que tiene que ser difícil para usted. Lo siento.

Lawler quería cambiar desesperadamente de tema. Aquello iba por un camino completamente errado: le estaba inspirando lástima a la mujer, ella estaba respondiendo a su autocompasión. La conversación había comenzado con mal pie y continuaba su marcha. En lugar de hablarle del exilio y de la patética situación de la pobre humanidad esparcida como granos de arena, tendría que haberle comentado lo maravillosa que le había parecido aquella zambullida —que le había hecho asomar el culo fuera del agua—, y preguntarle si le gustaría subir hasta su vaargh para pasar un rato de placentera lucha cuerpo a cuerpo antes de la cena. Pero ya era demasiado tarde como para emprender aquella senda. ¿O acaso no?

—¿Cómo va esa tos? —preguntó él, pasado un rato.

—Bien. Pero me vendría bien un poco más de esa medicina suya. Sólo me queda suficiente para un par de días.

—Venga a mi vaargh cuando se le termine y le daré un poco más.

—Así lo haré —aseguró ella—. Y también me gustaría mirar esas cosas de la Tierra que tiene.

—Claro. Si le interesan, le contaré lo que sé de ellas..., si bien la mayoría de la gente pierde rápidamente el interés cuando lo hago.

—No sabía que se sintiera usted tan fascinado por la Tierra. Nunca he conocido a nadie que le diera tanta importancia. Para la mayoría de nosotros, la Tierra no es más que el lugar en el que vivían nuestros ancestros hace mucho tiempo; pero realmente está más allá de nuestra comprensión, fuera de nuestro alcance. No pensamos en ella más de lo que pensamos en el aspecto que podrían tener los abuelos de nuestros abuelos.

—Yo sí pienso en ella—dijo Lawler—. No puedo decirle por qué. Pienso en toda clase de cosas que están fuera de mi alcance. Cómo será vivir en un mundo con tierra, por ejemplo. Un lugar en el que haya tierra negra bajo los pies de uno, y plantas que crezcan en ella directamente al aire, plantas veinte veces más altas que un hombre.

—¿Se refiere a los árboles?

—Sí, a los árboles.

—Yo sé algunas cosas de los árboles. Qué plantas tan fantásticas son. Tienen tallos tan grandes que uno no puede rodearlos con los brazos. Tienen una piel dura y marrón por toda su superficie. Es increíble.

—Habla usted como si hubiera visto alguno —dijo Lawler.

—¿Yo? Qué va, ¿cómo iba a ser eso posible? He nacido en Hydros, igual que usted. Sin embargo, he conocido gente que vivió en planetas con tierra. Cuando estuve en Simbalimak, pasé mucho tiempo con un hombre que procedía de Alborada; él me habló de bosques, pájaros, montañas y muchas otras cosas que no tenemos aquí. Árboles. Insectos. Desiertos. Todo eso resulta asombroso.

—Imagino que sí —dijo Lawler.

Aquella conversación no lo hizo sentir más cómodo que la anterior. No quería oír hablar de bosques ni pájaros ni montañas, ni del hombre de Alborada con el que ella había estado en Simbalimak.

Ella lo miraba de una forma extraña. Se hizo una pausa difícil, una pausa con mensaje implícito, aunque maldito si él sabía de qué se trataba.

—Usted nunca ha estado casado, ¿verdad, doctor? —preguntó ella después, con tono abrupto.

La pregunta era tan sorprendente como ver a un gillie dar una voltereta sobre las manos.

—Una vez. No demasiado tiempo. Eso fue hace mucho..., un craso error. ¿Y usted?

—Nunca. Supongo que no sé cómo hacerlo. Eso de atarse a una persona para siempre... me parece muy extraño.

—Dicen que es posible —observó Lawler—. Yo lo he visto ante mis propios ojos; pero he tenido muy poca experiencia al respecto, claro está.

Ella asintió vagamente. Parecía estar luchando con algo. Él también, y sabía de qué se trataba: de su reticencia a cruzar los límites con los que había rodeado su vida después que Mireyl lo dejó, su rechazo ante la posibilidad de quedar expuesto a nuevos sufrimientos. Se había acostumbrado a su vida monástica y disciplinada. Más que acostumbrado: parecía ser lo que buscaba, parecía colmar sus necesidades más profundas. Si nada se arriesgaba, nada se perdía.

¿Acaso ella estaba esperando a que él hiciera el primer movimiento? Así parecía ser, sí. Así parecía ser. Pero ¿lo haría él? Se había encerrado en una inflexible indiferencia, y parecía no existir forma alguna de salir de eso.

La brisa que llegaba desde el sur le acercó la fragancia del cabello mojado de la joven, e hizo ondear la tela que llevaba sobre el cuerpo; Lawler recordó que estaba desnuda. La luz del sol que se ponía brillaba en su piel, tiñendo de oro el tenue, finísimo vello de su escote y pechos, que destellaron en el sitio en el que asomaban por la abertura frontal. Los pequeños pezones estaban endurecidos por el suave aire fresco del anochecer. Tenía el cuerpo flexible, elegante, tentador, aún húmedo del baño.

La deseaba, de eso no cabía duda alguna.

Muy bien, entonces. Ya no tienes quince años; lo que debes hacer es decirle: «En lugar de esperar hasta la mañana, ven ahora mismo a mi vaargh y te daré la medicina; y luego cenemos juntos y bebamos unas copas. Ya sabes; me gustaría conocerte mejor». Y sigue a partir de allí.

Lawler podía oír las palabras flotando en el aire, casi como si ya las hubiera pronunciado. Pero, justo en aquel momento, Gabe Kinverson subió por el sendero; acababa de concluir su jornada de trabajo. Aún llevaba puesta su ropa de pescar, un atuendo grueso y suelto destinado a protegerlo de los golpes de tentáculo de los peces de carne. Debajo de un brazo llevaba una vela plegada.

Se detuvo y permaneció durante un momento, quieto y amenazante, a una docena de metros más o menos; era una presencia voluminosa, robusta como un arrecife. Emanaba de él aquella sensación siempre presente de enorme fuerza contenida con esfuerzo, de violencia escondida, de peligro.

—Así que estás aquí —le dijo a Sundria—. He estado buscándote. Buenas noches, doctor.

El tono de su voz era calmo, suave, enigmático. La voz de Kinverson nunca sonaba tan amenazadora como el aspecto de su dueño. Le hizo a la muchacha un gesto para que se acercara, y ella se le aproximó sin vacilación alguna.

—Ha sido muy agradable hablar con usted, doctor —dijo Sundria, mirando a Lawler por encima del hombro al alejarse.

—Bueno —dijo él.

Kinverson sólo quiere que le arregle esa vela, se dijo Lawler. Seguro. Seguro.

Uno de los sueños terrícolas volvió a visitarlo. Lo asaltaban dos distintos, uno muy doloroso y el otro no tan malo. Lawler tenía uno de ellos al menos una vez por mes; a veces ambos. En aquella ocasión se trataba del más benigno.

Se hallaba en la Tierra, caminando sobre suelo sólido. Estaba descalzo, y como había llovido apenas un rato antes, el suelo estaba blando y tibio. Cuando movía los dedos de los pies, veía brotar la tierra entre sus dedos de la misma forma en que lo hacía la arena, cuando él caminaba por las aguas someras de la bahía de Sorve; pero el material que constituía el suelo de la Tierra era más oscuro que la arena, y más pesado. Cedía ligeramente bajo los pies de un modo muy extraño.

Él caminaba a través de un bosque. Los árboles se erguían en torno a él por todas partes, cosas parecidas a las plantas de fuco leñoso con largos troncos y montones de

hojas muy en lo alto, aunque eran mucho más grandes que los fucos leñosos y las hojas estaban tan altas que era incapaz de distinguir su forma. Los pájaros revoloteaban en las copas de los árboles. Proferían extraños sonidos melódicos, una música que no había oído nunca antes y que jamás podía recordar cuando despertaba. Por el bosque correteaban todo tipo de criaturas extrañas, algunas que caminaban sobre dos patas como los seres humanos, algunas que se arrastraban sobre el vientre y otras que caminaban sobre seis u ocho pequeños zancos. Saludaba con un movimiento de la cabeza a aquellas criaturas de la Tierra, y éstas le devolvían el saludo al pasar junto a él.

Llegaba a un lugar en el que se abría un claro en el bosque, y veía una montaña que se alzaba ante él. Era como de vidrio oscuro, salpicada de irregularidades destellantes como espejos, y en la cálida luz dorada del sol tenía una extraordinaria brillantez. La montaña llenaba la mitad del cielo y sobre ella crecían árboles; parecían tan pequeños que se hubiera podido coger uno con la mano, pero él sabía que tenían esa apariencia sólo porque la montaña estaba muy lejos, que esos árboles eran al menos del mismo tamaño que los del bosque que acababa de dejar atrás, quizá incluso más grandes.

De alguna manera rodeaba el pie de la montaña. Al otro lado había un largo declive, un valle, y más allá del valle veía una cosa oscura y extensa que sabía que era una ciudad llena de gente, con más gente de la que él pudiera imaginar. Se dirigía hacia allá, pensando en reunirse con las gentes de la Tierra y explicarles quién era él y de dónde venía, preguntarles acerca del tipo de vida que llevaban y si conocían a su tatarabuelo Harry Lawler o quizá al padre o al abuelo de Harry Lawler. Pero, a pesar de que caminaba y caminaba, la ciudad nunca se veía más cerca. Permanecía siempre en el horizonte, allá abajo, en el extremo más lejano del valle. Caminaba durante horas, durante días y semanas, y la ciudad estaba siempre fuera de su alcance, incluso alejándose de él a medida que avanzaba.

Cuando al fin despertaba, se sentía siempre entumecido y cansado como si hubiera realizado un gran esfuerzo y no hubiera dormido en absoluto.

Por la mañana, José Yáñez, el joven aprendiz de Lawler, vino a la vaargh para recibir su clase habitual. La isla contaba con un estricto sistema de aprendices: no debía permitirse que se perdiera ningún oficio. Por primera vez desde el comienzo del asentamiento, el aprendiz de médico no llevaba el apellido Lawler, pero la línea de los Lawler acabaría con él; alguna otra familia debería cargar con la responsabilidad cuando él muriera.

—Cuando nos vayamos —preguntó José—, ¿podremos llevarnos todo el material médico?

—Llevaremos todo lo que quepa en el barco —le respondió Lawler—. Los aparatos, la mayoría de los medicamentos, el libro de recetas.

—¿Las historias clínicas de los pacientes?

—Si hay sitio, sí. No lo sé.

José era un muchacho de diecisiete años, alto y desgarbado. Tenía carácter dulce, sonrisa fácil, un rostro franco y facilidad para tratar con la gente. Parecía tener las aptitudes necesarias para el ejercicio de la medicina. Le encantaban las largas horas de estudio, contrariamente a lo que le había ocurrido al propio Lawler, nervioso y rebelde de joven. Aquél era el segundo año de instrucción de José, y Lawler sospechaba que el chico ya dominaba la mitad de los principios técnicos básicos; el resto, la habilidad y el diagnóstico, también serían suyos llegado el momento. Provenía de una familia de ma-

rineros; su hermano mayor, Martín, era capitán de uno de los barcos de Delagard. Era algo muy propio de José aquello de preocuparse por las historias clínicas de los pacientes. Tendrían que aprenderse de memoria las de todos antes de abandonar la isla, pero eso no sería ningún problema. Lawler ya guardaba en la cabeza la mayoría, y lo mismo ocurría, según sospechaba, con José.

—Espero que me destinen al mismo barco que a ti —Lawler, junto con su hermano Martín, era el mayor héroe de José.

—No —le contradijo Lawler—. Tenemos que viajar en barcos separados. Si la nave en la que yo viajo se pierde en el mar, quedarás tú para officiar como médico.

José pareció estupefacto. ¿Por qué? ¿Por la idea de que el barco de Lawler pudiera perderse en el mar y su héroe pereciera? ¿O por la idea de que él sería un día el médico de la comunidad, y un día quizá no muy lejano? Probablemente se tratara de eso. Lawler recordó cómo se había sentido la primera vez que se le ocurrió que su aprendizaje —aquellas duras e interminables horas de estudio y disciplina— tenía realmente un propósito serio: que un día ocupase el lugar de su padre en aquel oficio e hiciera todo lo que su padre hacía. Por aquel entonces tenía alrededor de catorce años; para cuando alcanzó los veinte su padre estaba muerto... y el médico era él.

—Oye, no te preocupes por eso —dijo Lawler—. Nada va a ocurrirme, pero tenemos que pensar en todas las posibilidades. Tú y yo tenemos todos los conocimientos médicos que posee este asentamiento, y debemos protegerlos.

—Sí. Por supuesto.

—Muy bien. Eso significa que debemos viajar en barcos separados. ¿Ves lo que quiero decir?

—Sí —dijo el muchacho—. Sí, lo comprendo. Preferiría estar contigo, pero lo comprendo —sonrió—. Hoy íbamos a hablar de las inflamaciones de la pleura, ¿verdad?

—Las inflamaciones de la pleura, sí —respondió Lawler.

Desplegó su gastada y desteñida carta anatómica. José se inclinó hacia adelante en su asiento, alerta, atento, ansioso. Aquel muchacho era inspirador. Le recordaba algo que últimamente había comenzado a olvidar: que su profesión era algo más que un trabajo: era una vocación.

—Inflamaciones y secreciones pleurales, ambas. Sintomatología, causas y medidas terapéuticas —podía oír la voz de su propio padre, profunda, mesurada, inexorable, sonando en su mente como un gigantesco gongo—. Un repentino dolor agudo en el pecho, por ejemplo...

—Me temo que las noticias no son buenas —dijo Delagard.

—¿Eh?

Estaban en la oficina del astillero. Era mediodía, la hora habitual de descanso de Lawler; Delagard le había pedido que pasara por allí. Sobre la mesa de madera de fuco había una botella de brandy de algas abierta, pero Lawler había rechazado la copa. No bebo en horas de trabajo, había dicho. Siempre había intentado mantener la mente clara durante las horas de consultorio, salvo en lo que se refería al uso del alga insensibilizadora; y se decía a sí mismo que el alga no lo afectaba en ese sentido. Si algo hacía, era mantener su mente aún más clara.

—Ya tengo algunos resultados. Hasta ahora no son resultados buenos. Velmise no va a acogernos, doctor.

Aquello era como una patada en el estómago.

—¿Te han dicho eso?

Delagard empujó una hoja de pergamino de mensaje al otro lado de la mesa.

—Dag Tharp me trajo esto hace media hora. Es de mi hijo Kendy, el que vive en Velmise. Dice que anoche tuvieron una reunión del consejo, y votaron en contra. Su cuota de inmigración anual es de seis, y están dispuestos a aumentarla a diez considerando las insólitas circunstancias. Pero ése es el número máximo que aceptan.

—No setenta y ocho.

—Setenta y ocho, no. Es por ese viejo asunto de Shalikomo. Todas las islas temen tener demasiada gente y que eso moleste a los gillies. Por supuesto, puede decirse que diez es mejor que nada. Si enviamos diez a Velmise, y diez a Salimil, y diez a Grayvard...

—No —dijo Lawler—. Quiero que permanezcamos todos juntos.

—Eso ya lo sé. Está bien.

—Si no vamos a Velmise, ¿cuál es la siguiente posibilidad mejor?

—Dag está hablando con Salimil en este preciso momento; ya sabes que también tengo un hijo allí. Tal vez él sea un poco más persuasivo que Kendy. O quizá la gente de Salimil no esté tan acojonada. Cristo, uno pensaría que les estábamos pidiendo a los de Velmise que evacuaran toda su maldita ciudad para hacernos sitio.

»Podrían habernos acomodado a todos perfectamente. Puede que hubiera resultado duro durante algún tiempo, pero podían hacerlo. Los Shalikomo no se repiten —Delagard hojeó el fajo de hojas de pergamino que tenía delante y se las pasó a Lawler—. Bueno, a la mierda con Velmise; ya encontraremos algo. Lo que quiero es que le echés un vistazo a esto.

Lawler miró las hojas. Cada página tenía una lista de nombres garrapateados con la letra de Delagard, grande y vigorosa.

—¿Qué es todo esto?

—Hace un par de semanas te dije que tenía seis barcos, y eso nos divide en trece personas por nave. En realidad, según salen las cuentas, tendremos un barco con once, dos con catorce cada uno, y otros tres con trece personas a bordo. Dentro de un minuto comprenderás el por qué. Éstas son las listas de pasajeros que he confeccionado —Delagard dio unos golpecitos sobre una de ellas—. Aquí está; ésta es la que debería interesarte más.

Lawler la repasó rápidamente. Decía:

YO Y LIS - GOSPO STRUVIN - DOCTOR LAWLER - QUILLAN KINVERSON - SSUNDRIA THANE - DAG THARP - ONYOS FELK - DANN HENDERS - NATIM GHARKID - PILYA BRAUN - LEO MARTELLO - NEYANA GOLGHOZ

—¿Te parece bien? —preguntó Delagard.

—¿Qué es esto?

—Ya te lo he dicho, la lista de pasajeros. Ésta pertenece a nuestro barco, el *Reina de Hydros*. Creo que es un grupo bastante bueno.

Lawler miró fijamente a Delagard, con asombro.

—Eres un bastardo, Nid. Sabes realmente cómo cuidar de ti mismo.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando del magnífico trabajo que has hecho para asegurarte de que estarás cómodo y a salvo durante el viaje por mar. Ni siquiera te sientes incómodo al enseñarme esto, ¿verdad? No, apuesto a que te sientes orgulloso de ello.

»En tu barco llevas al único médico de la comunidad, al más diestro hombre en comunicaciones, a la persona más parecida a un ingeniero con que contamos, y al cartógrafo; y Gospo Struvin es el capitán número uno de tu flota. No es una mala tripulación para realizar un viaje de Dios sabe cuánto tiempo y que nos llevará a Dios sabe dónde. Además, Kinversion es el cazador marino, un tipo tan fuerte que ni siquiera parece humano y que además sabe cómo orientarse en el mar de la misma forma que tú te orientas en tu astillero. Es un equipo condenadamente bueno.

»Y nada de niños fastidiosos, ni ancianos, ni gente que tenga mala salud. No está mal, amigo mío.

El enojo asomó durante un momento, pero sólo durante un momento, a los destellantes ojillos de Delagard.

—Mira, doctor, es la nave capitana. Éste podría no ser un viaje muy fácil si acabamos teniendo que desplazarnos hasta Grayvard. Necesitamos sobrevivir.

—¿Más que los otros?

—Tú eres el único médico. ¿Es que quieres estar en todos los barcos a la vez? Intentalo. Me imagino que tendrás que ir en uno u otro barco, y lo mismo da que viajes en el mío.

—Por supuesto —Lawler pasó los dedos por el borde de la hoja—. Pero, incluso aplicando la primera regla, no comprendo algunas de estas elecciones. ¿De qué te sirve a ti Gharkid? Es un completo cero a la izquierda.

—Conoce las algas. Eso es lo que conoce muy bien. Puede ayudarnos a encontrar comida.

—Parece razonable —Lawler le dirigió una mirada a la prominente barriga de Delagard—. No queríamos pasar hambre ahí fuera, ¿verdad? ¿Eh? ¿Eh? —volvió a mirar la lista y continuó—. ¿Y Braun? ¿Y Golghoz?

—Son buenas trabajadoras. Se ocupan sólo de sus asuntos.

—¿Y Martello, un poeta?

—No es sólo un poeta. Sabe qué hacer a bordo de un barco. Y de todas formas, ¿por qué no un poeta? Esto va a ser como una odisea, una jodida odisea. Emigra toda una isla. Haré que alguien escriba nuestra historia.

—Muy bonito —dijo Lawler—. Llevas a tu propio Homero para que toda la posteridad se entere del gran viaje. Me gusta eso —volvió a la lista—. Observo que sólo has anotado aquí cuatro mujeres contra diez hombres.

Delagard sonrió.

—La proporción entre hombres y mujeres no está del todo bajo mi control. En la isla tenemos treinta y seis mujeres y cuarenta y dos hombres; pero once de esas damas pertenecen a la jodida hermandad, no lo olvides. Voy a ponerlas en un barco para ellas solas. Dejemos que se las apañen para averiguar cómo gobernarlo, si lo consiguen. Así que tenemos sólo veinticinco mujeres y niñas en cinco barcos; las madres deben estar con sus hijos, etcétera, etcétera. He calculado que en nuestra nave tenemos sitio para cuatro.

—Entiendo que hayas escogido a Lis. ¿Cómo has escogido a las otras tres?

—Braun y Golghoz ya han trabajado en mis barcos, haciendo las rutas de Velmise y Salimil. Si vamos a llevar mujeres a bordo, es mejor que llevemos mujeres que sean capaces de hacer lo que hace falta.

—¿Y Sundria? Bueno, ella es una diestra reparadora de maquinaria. Tiene sentido.

—Eso es —dijo Delagard—. Por otra parte, es la compañera de Kinverson, ¿no? Si ella resulta útil y además son pareja, ¿por qué íbamos a separarlos?

—No son pareja, al menos que yo sepa.

—¿No lo son? A mí me lo parece —dijo Delagard—. Los he visto muy a menudo juntos. En fin, ésa es la tripulación, doctor. En caso de que la flota se separe en el mar, tenemos gente bastante buena a bordo como para salir adelante. Ahora bien, el barco número dos, el *Diosa de Sorve*, llevará a Brondo Katzin y su esposa, a todos los Thalheim, a los Tanamind...

—Espera un segundo —dijo Lawler—. Aún no he terminado con la primera. Todavía no hemos hablado del padre Quillan. Otra elección muy útil. Lo has escogido para estar a buenas con Dios, supongo.

Delagard era impermeable a aquella crítica. Soltó una tronante risotada.

—¡Hijo de puta! No, eso nunca me ha pasado por la cabeza. Ésa sería una buena idea, ya lo creo, llevar a un sacerdote a bordo. Si alguien tuviera influencias ahí arriba, sería él. Pero la razón por la que escogí al padre Quillan es porque disfruto mucho con su compañía. Lo encuentro un hombre tremendamente interesante.

Por supuesto, pensó Lawler. Siempre era un error esperar que Delagard fuera consecuente con respecto a algo.

Durante la noche llegó el otro sueño de la Tierra, el doloroso, aquel que siempre deseaba evitar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez en que había tenido ambos sueños en noches consecutivas, y lo cogió por sorpresa porque pensaba que el sueño de la noche anterior lo eximiría de tener el otro durante algún tiempo. Pero no; no había forma de escapar. La Tierra lo perseguiría siempre.

Allí estaba, en el cielo de Sorve, una maravillosa bola radiante verdiazul que giraba lentamente para mostrar sus brillantes mares, sus espléndidos continentes leonados. Era de una belleza que escapaba a toda medida, una enorme joya que destellaba allá arriba. Veía las montañas como dientes desiguales a lo largo de la columna vertebral de los continentes; sobre sus crestas había nieve blanca y pura. Él se encaramaba a la parte más alta del dique marítimo y subía flotando hasta el cielo, y continuaba flotando hasta que abandonaba Hydros y estaba muy adentro del espacio, suspendido sobre la bola verdiazul de la Tierra, mirándola desde lo alto como un dios.

Entonces podía ver las ciudades: un edificio tras otro, no acabados en punta como las vaarghs, sino anchos y planos, uno junto a otro y otro a lo largo de enormes distancias, con anchos senderos entre ellos. La gente caminaba por los senderos; había miles, muchos miles que se desplazaban rápidamente; algunos de ellos conducían vehículos pequeños que eran como botes que viajaban por tierra. Por encima de todo aquello estaban las criaturas con alas llamadas pájaros, parecidos a los jinetes aéreos y otros peces a los que sabía capaces de saltar fuera del agua para llevar a cabo vuelos cortos, con la diferencia de que los pájaros permanecían siempre en el aire, encumbrándose de forma espléndida, llevando a cabo recorridos enormemente largos al girar y girar incansablemente en torno al planeta.

Entre los pájaros también había máquinas que eran capaces de volar. Estaban hechas de metal, eran lisas y brillantes, y tenían alas pequeñas y largos cuerpos tubulares. Lawler las veía despegarse de la superficie de la Tierra y recorrer grandes distancias a velocidades impensables, para llevar a la gente de la Tierra de una a otra isla, de una a otra ciudad, de un continente a otro; era una red de comunicaciones tan vasta que el contemplarla le producía vértigo.

Se movía a través de la oscuridad, muy por encima de aquel brillante mundo verdiazul, mientras observaba y observaba, sabiendo lo que ocurriría a continuación, y se preguntaba si quizá aquella vez no sucedería. Pero por supuesto que sucedía. Exactamente lo mismo que antes, aquello que él había vivido tantas veces, aquello que hacía manar el sudor por todos sus poros y le retorció los músculos de pasmo y angustia.

No había nunca advertencia. Simplemente, comenzaba: el caliente sol amarillo se hinchaba de repente, se hacía más brillante, se convertía en algo deforme y monstruoso. Las dentadas lenguas de fuego atravesaban el espacio... Las llamas se elevaban de las colinas y valles, de los bosques, de los edificios. Los mares hervían. Las planicies se carbonizaban. Las nubes de ceniza negra oscurecían el aire. Los continentes ennegrecidos se partían. Las sombrías montañas desnudas se encumbraban sobre los campos arruinados. La muerte, la muerte, la muerte, la muerte.

Siempre deseaba despertar antes de que llegara ese momento, pero nunca lo conseguía. Nunca antes de haberlo visto todo, nunca antes de que los mares hubieran hervido, de que los verdes bosques se hubieran convertido en cenizas.

El primer paciente de la mañana fue Sidero Volkin, uno de los carpinteros de navío de Delagard. Había recibido un aguijonazo de gusano llama en la pantorrilla mientras se hallaba en las aguas someras, quitando el exceso de dedos marinos que crecían en la quilla de un barco. Un tercio del trabajo de Lawler implicaba la curación de heridas que la gente se hacía en la bahía. Aquellas aguas eran visitadas demasiado a menudo por criaturas a las que les gustaba picar, morder, cercenar, apuñalar, inyectar y atormentar de varias formas a los seres humanos.

—El hijo de puta nadó directamente hacia mí a lo largo del barco, se detuvo y me miró directamente a los ojos —contó Volkin—. Apunté con el hacha a su cabeza, pero su cola dio la vuelta por el otro lado y me clavó el aguijón. Hijo de puta. Lo corté por la mitad, pero una mierda me sirve eso ahora.

La herida era estrecha pero profunda, y ya estaba infectada. Los gusanos llama eran unas criaturas largas y escurridizas, malvados tubos flexibles con una horrible boquita en un extremo y un virulento aguijón en el otro. No importaba con cuál de las dos pun-

tas lo atacaran a uno: estaban llenos de microorganismos que tenían una relación simbiótica con el huésped y eran hostiles para el ser humano; causaban problemas y complicaciones inmediatas al entrar en los tejidos. La pierna de Volkin estaba hinchada y enrojecida, y de la herida irradiaban, dibujadas sobre la piel como las cicatrices de algún culto siniestro, las pálidas líneas de aspecto feroz que denotaban inflamación.

—Esto va a dolerte —dijo Lawler, mientras sumergía una larga aguja de bambú en un cuenco de poderoso antiséptico.

—Como si no lo supiera, doctor.

Lawler sondeó la herida con la aguja, pinchándola aquí y allá, metiendo tanto antiséptico en la carne inflamada como creyó que Volkin podría soportar. El carpintero permaneció inmóvil, maldiciendo en voz baja de vez en cuando mientras Lawler hurgaba en el interior de la herida; sin duda sería una sensación agónica.

—Aquí tienes un calmante —dijo Lawler, mientras le ofrecía un paquete de polvos blancos—. Te sentirás fatal durante un par de días; luego la inflamación irá desapareciendo. Esta tarde tendrás fiebre. Tómate el día libre.

—No puedo; Delagard no me dejará. Tenemos que poner a punto esos barcos para la partida. Hay que hacerles una endemoniada cantidad de cosas.

—Tómate el día —repitió Lawler—. Si Delagard te echa la bronca, dile que es a mí a quien tiene que presentarle las protestas. De todas formas, dentro de media hora te sentirás demasiado aturdido como para hacer bien cualquier trabajo. Anda, vete a casa.

Volkin vaciló durante un momento en la puerta de la vaargh de Lawler.

—De verdad te lo agradezco mucho, doctor.

—Vete. Deja de apoyarte sobre esa pierna antes de que te caigas al suelo.

En el exterior había otro paciente que aguardaba, otro miembro del personal de Delagard: Neyana Golghoz. Era una mujer plácida y rechoncha de unos cuarenta años, con el cabello de un insólito color anaranjado y el rostro cubierto de pecas rojizas. Era originaria de la isla de Kaggeram, pero había llegado a Sorve hacía cinco o seis años. Neyana desempeñaba tareas de mantenimiento a bordo de los barcos de la flota de Delagard; iba y venía constantemente entre las islas vecinas. Seis meses antes le había aparecido un cáncer de piel entre los omóplatos y Lawler se lo había extirpado químicamente, por el procedimiento de deslizar agujas cargadas de disolvente por debajo del tumor, hasta que se disolvió y pudo ser retirado. El proceso no había sido divertido para ninguno de los dos. Tenía que volver cada mes para asegurarse de que no había recurrencia del tumor.

Neyana se quitó la camisa de trabajo y se puso de espaldas a él. Lawler palpó la cicatriz con los dedos. Probablemente estaba aún sensible, pero ella no reaccionó en lo más mínimo. Como la mayoría de los isleños, aquella mujer era estoica y paciente. La vida en Hydros era dura, y nunca divertida para la población humana. No había muchas opciones acerca de qué hacer, con quién casarse y dónde vivir. A menos que uno decidiera probar suerte en otra isla, la mayoría de los factores esenciales de la vida estaban ya definidos cuando se llegaba a la edad adulta. Si uno se marchaba a otra parte, era probable que se encontrara con que las opciones estaban limitadas por muchos de aquellos mismos factores. Todo esto tendía a crear un cierto estoicismo.

—Tiene buen aspecto —le dijo Lawler—. ¿Te proteges del sol, Neyana?

—Ya lo creo que sí.

—¿Te pones el ungüento?

—En efecto, diariamente.

—En ese caso, no volverás a tener más problemas con esto.

—Eres un médico condenadamente bueno —sentenció Neyana—. Una vez conocí a alguien en la otra isla que tenía un cáncer como éste, y le comió desde la piel hacia dentro y se murió. Pero tú nos cuidas muy bien, velas por nosotros.

—Sólo hago lo que puedo.

Lawler siempre se sentía incómodo cuando los pacientes le daban las gracias. Durante la mayor parte del tiempo se sentía como un carnicero, cortándolos y pinchándolos con aquellos métodos tan prehistóricos de los que disponía, cuando en otros planetas —así lo había oído de aquellos que habían llegado desde el cielo— los médicos disponían de toda clase de tratamientos milagrosos. Empleaban ondas sonoras, electricidad, radiaciones y todo tipo de cosas que él apenas comprendía, y tenían a su alcance drogas que podían curar lo que fuera en cinco minutos. Mientras tanto, él tenía que arreglárselas con medicamentos y pociones fabricados a partir de algas marinas, y herramientas improvisadas hechas de madera y algún raro trozo de hierro o níquel. Le había dicho la verdad: hacía lo que podía.

—Si alguna vez puedo hacer algo por ti, doctor, no tienes más que pedirlo.

—Eres muy amable —respondió Lawler.

Neyana se marchó y entró Nicko Thalheim. Era nacido en Sorve, como Lawler, y también descendiente de una Primera Familia cuyo linaje se remontaba a cinco generaciones, hasta los días de la colonia penal. Era uno de los líderes de la isla, un hombre brusco y de rostro rubicundo, cuello corto y grueso y hombros poderosos. Él y Lawler habían sido compañeros de juegos durante la infancia, y continuaban siendo buenos amigos. Otros seis miembros de la isla llevaban el apellido Thalheim: el padre de Nicko, su esposa, su hermana y sus tres hijos. Raramente las familias llegaban a tener tres hijos. La hermana de Thalheim se había unido al grupo de mujeres del extremo más alejado de la isla hacía unos pocos meses; ahora todos la conocían como la Hermana Boda. Thalheim no se sintió feliz cuando ella se marchó.

—¿El absceso continúa drenando bien? —preguntó Lawler.

Thalheim tenía una infección en la axila izquierda. Probablemente lo había picado algo en las aguas de la bahía, pero Thalheim lo negaba. El absceso era problemático y destilaba pus constantemente. Lawler ya había abierto tres veces para limpiarlo, pero cada vez había vuelto a infectarse. La última vez le había pedido al tejedor Harry Travish que le hiciera un pequeño tubo colector y lo había cosido a la herida de Thalheim para que recogiera el pus y lo apartara de la zona afectada.

Lawler le levantó la ropa, cortó los puntos que sujetaban el tubo recolector y examinó la infección. La piel que la rodeaba estaba enrojecida y caliente al tacto.

—Duele como un hijo de puta —dijo Thalheim.

—También parece estar bastante mal. ¿Te estás poniendo el medicamento que te di?

—Por supuesto que sí —no sonaba muy convincente.

—Puedes hacerlo o no hacerlo, como te plazca, Nicko —dijo Lawler—. Pero si esa infección te baja por el brazo, podría tener que amputarlo. ¿Crees que podrás trabajar bien con un brazo solo?

—Es sólo el brazo izquierdo, Val.

—En realidad, no lo dices en serio.

—No. No. No lo digo en serio —Thalheim gruñó cuando Lawler volvió a tocar la herida—. Puede que haya olvidado la medicina una o dos veces. Lo siento, Val.

—Lo sentirás más dentro de poco.

Fría y despiadadamente, Lawler limpió la zona como si estuviera tallando un trozo de madera. Thalheim permaneció inmóvil y en silencio mientras Lawler trabajaba. En el momento en el que el médico estaba volviendo a colocar el tubo de drenaje, Thalheim dijo, repentinamente:

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿verdad, Val?

—Desde hace cuarenta años.

—Y ninguno de nosotros sintió jamás el deseo de irse a otra isla.

—Nunca se me ocurrió hacerlo —dijo Lawler—, y en todo caso yo era el médico.

—Sí, y a mí simplemente me gusta este sitio.

—Sí —asintió Lawler. ¿Adonde iría a parar todo aquello?

—¿Sabes, Val? —continuó Thalheim—. He estado pensando en este asunto de tener que marcharnos. Lo odio. Me está enfermando por dentro.

—A mí tampoco me gusta mucho, Nicko.

—No, pero tú pareces resignado.

—¿Qué otra alternativa nos queda?

—Quizá exista una, Val.

Lawler lo miró, expectante.

—Oí lo que dijiste en la reunión del pueblo —comenzó Thalheim—. Dijiste que no resultaría nada bueno de luchar contra los gillies. Aquella noche no estuve de acuerdo contigo, pero cuando pensé en todo me di cuenta de que estabas en lo cierto. Sin embargo, he estado preguntándome si no habrá alguna forma de que unos cuantos de nosotros podamos quedarnos aquí.

—¿Qué?

—Me refiero a diez o doce de nosotros escondidos en el extremo de la isla en el que han estado viviendo las hermanas. Tú, yo, mi familia, los Katzin, los Hain... eso hace una docena. Es además un grupo bastante bien avenido, sin fricciones, todos amigos entre nosotros. Permanecemos escondidos, fuera de la vista de los gillies, pescamos en la parte de atrás de la isla e intentamos continuar viviendo como antes.

La idea era tan descabellada que cogió a Lawler con la guardia baja. Durante una loca fracción de segundo se sintió realmente tentado. ¿Quedarse allí, después de todo? ¿No tener que renunciar a los senderos familiares, a la bahía familiar? Los gillies no iban nunca hasta aquel extremo de la isla. Era posible que no se dieran cuenta de que unas pocas personas se quedaban atrás cuando...

No.

La naturaleza disparatada del plan se estrelló contra él como el puño de la Ola. Los gillies no necesitarían ir hasta aquel extremo de la isla para enterarse de lo que estaba ocurriendo. De alguna manera, siempre sabían todo lo que sucedía en cualquier parte de la isla. Los encontrarían en cinco minutos y los arrojarían al mar desde lo alto del baluarte posterior y eso sería todo. Por otra parte, incluso en el caso de que unas pocas personas consiguieran escapar a los gillies, ¿cómo podían pensar que conseguirían vivir como antes, con la mayor parte de la comunidad en otro lugar? No. No. Imposible, absurdo.

—¿Qué te parece? —preguntó Thalheim.

Lawler respondió después de una corta pausa.

—Perdóname, Nicko, pero creo que eso es tan tonto como la moción que presentó Nimber la otra noche, de robarles uno de sus ídolos y retenerlo como rescate.

—¿Es eso lo que crees?

—Sí.

Thalheim guardó silencio mientras se estudiaba la hinchazón que tenía debajo del brazo y Lawler lo vendaba.

—Tú siempre has tenido una forma práctica de enfrentarte con las cosas —dijo después—. Algo así como sangre fría, Val, pero práctica, siempre práctica. Creo que simplemente no te gusta correr riesgos.

—No cuando las probabilidades son de una entre un millón.

—¿Crees que es tan malo como eso?

—No puede resultar, Nicko. De ninguna manera. Vamos, admítelo. Nadie puede engañar a los gillies. Esa idea es un veneno. Es un suicidio.

—Tal vez sea así —aceptó Thalheim.

—Nada de tal vez.

—Pareció bastante buena durante un momento.

—No tendríamos ni la más mínima posibilidad —dijo Lawler.

—No. No la tendríamos, ¿verdad? —Thalheim meneó la cabeza—. Realmente quiero quedarme aquí, Val. No quiero irme. Daría cualquier cosa para no tener que marcharme.

—Yo también —confesó Lawler—. Pero nos marcharemos. Tenemos que hacerlo.

Sundria Thane vino a verlo cuando se le acabó completamente el tranquilizante de alga. Su presencia enérgica y vivaz llenó la sala de espera como un toque de trompeta, pero ella volvía a tener tos. Lawler sabía por qué, y no era debido a que algún hongo alienígena le hubiera invadido los pulmones. Estaba ojerosa y tensa. El brillo que les confería una vida tan intensa a sus ojos era ahora el brillo de la ansiedad, no solamente el de la potencia interna.

Lawler volvió a llenar de líquido rosáceo el recipiente que le había dado la primera vez; vertió la cantidad suficiente como para que le durara hasta el día de la partida.

Después de eso, si la tos continuaba aquejándola cuando estuvieran en el mar abierto, podría compartir la reserva de él.

—Una de esas locas de la hermandad estaba ahora mismo en el poblado, ¿lo supo usted?, diciendo a todo el mundo que había trazado nuestra carta astral y que ninguno sobreviviría al viaje hasta una nueva isla. Ni uno solo de nosotros, dijo. Algunos vamos a perdernos en el mar y otros vamos a navegar hasta el borde del mundo para acabar cayendo al espacio.

—Supongo que debe de tratarse de la hermana Thecla. Afirma que es clarividente.

—¿Y lo es?

—Una vez me hizo a mí la carta astral. Fue en la época anterior a la hermandad, cuando todavía hablaba con los hombres. Me dijo que viviría hasta edad muy avanzada y tendría una vida feliz y plena. Ahora dice que todos nos vamos a morir en el mar. Una de las dos cartas astrales tiene que estar equivocada, ¿no lo cree así? Vamos, abra la boca; déjeme mirarle un poco la laringe.

—Quizá ella se refería a que usted es uno de los que van a navegar hasta caer al espacio.

—La hermana Thecla no es una fuente de información confiable —dijo Lawler—. De hecho, es una mujer seriamente perturbada. Abra la boca.

Se veía una pequeña y suave irritación en los tejidos, pero nada especial; más o menos lo que se espera que produzca una tos psicósomática.

—Si Delagard supiera cómo navegar hasta el espacio, lo habría hecho hace rato —afirmó Lawler—. Tendría un barco de pasajeros realizando viajes de ida y vuelta. Incluso habría enviado allí a las hermanas mucho tiempo atrás. En cuanto a su garganta, es la misma historia de antes. Tensión, tos nerviosa, irritación. Trate de relajarse. Sería una buena idea el mantenerse lejos de las hermanas que quieran predecirle el futuro.

Sundria sonrió.

—Pobres mujeres. Siento pena por ellas

A pesar de que la consulta había terminado, ella parecía no tener prisa alguna por marcharse. Se dirigió al estante en donde estaba la pequeña colección de objetos terrícolas y los estudió durante un momento.

—Me prometió que me diría qué son estas cosas.

Él se acercó y se detuvo junto a ella.

—La estatuilla de metal es la más antigua. Es un dios al que adoraban en un país llamado Egipto, hace miles de años. Egipto era un país que estaba junto a un río, uno de los lugares más antiguos de la Tierra. En él comenzó la civilización. Es el dios sol o el dios de la muerte. O ambos. No estoy seguro.

—¿Ambos? ¿Cómo puede un dios sol ser además un dios de la muerte? El sol es la fuente de la vida, es brillante y cálido. La muerte es algo oscuro. Es... —hizo una pausa—. Pero el sol de la Tierra fue el portador de la muerte, ¿verdad? ¿Quiere decir que sabían eso en aquel lugar llamado Egipto, miles de años antes de que ocurriera?

—Lo dudo mucho. Pero el sol muere cada noche y renace a la mañana siguiente. Tal vez fuera ésa la relación. O tal vez no. Sólo estaba haciendo conjeturas; conozco muy poco.

Ella cogió la pequeña figura de bronce y la sostuvo sobre la palma de la mano como si estuviera sopesándola.

—Cuatro mil años. No consigo imaginar cuatro mil años.

Lawler sonrió.

—A veces la sostengo de la misma forma que usted ahora, e intento dejar que me lleve de vuelta al lugar en el que fue hecha. Arena seca, sol caliente, un río azul con árboles a lo largo de las riberas. Ciudades con millares de personas, templos y palacios enormes. Pero es muy difícil mantener clara esa visión; lo único que en realidad puedo ver en mi mente es un océano y una isla pequeña.

Ella dejó la estatuilla y señaló el trozo de cerámica.

—¿Dijo usted que este trozo pintado era de Grecia?

—De Grecia, sí. Es cerámica. La hicieron con arcilla. Mire, puede verse un dibujo en ella: la figura de un guerrero y la lanza que debía de tener en la mano.

—Qué hermoso es el trazo. Tiene que haber sido una obra maravillosa; pero nunca lo sabremos bien, ¿verdad? ¿Cuándo existió Grecia? ¿Después de Egipto?

—Mucho más tarde. Pero aun así es muy antigua. Allí tenían poetas y filósofos, además de grandes actores. Homero era de Grecia.

—¿Homero?

—Escribió *La Ilíada* y *La Odisea*.

—Lo siento, pero yo no...

—Son poemas famosos, muy largos. Uno trataba de una guerra y el otro de un viaje por mar. Mi padre solía contarme cuentos sacados de esas obras, los trozos que recordaba de su padre, que los aprendió de su abuelo Harry, cuyo abuelo había nacido en la Tierra. Hace tan sólo siete generaciones, la Tierra aún existía. A veces olvidamos eso; a veces olvidamos que la Tierra haya existido en absoluto. ¿Ve este medallón redondo de aquí? Es un mapa de la Tierra. Los continentes y los mares.

Lawler pensaba a menudo que aquél era el más precioso de todos sus objetos. No era ni el más antiguo ni el más hermoso, pero en él estaba dibujado el retrato de la Tierra misma. No tenía ni idea de quién lo había hecho ni cuándo ni por qué. Era un disco plano y duro, más grande que la moneda de los Estados Unidos de América, pero lo suficientemente pequeño como para que cupiera en la palma de su mano. Alrededor del borde había inscripciones que nadie podía comprender, y el centro lo ocupaban dos círculos solapados en los que había sido tallado el mapa de la Tierra, dos continentes en un hemisferio y dos en el otro, con un quinto continente en la parte inferior del mundo en ambos círculos, además de algunas islas muy grandes que rompían la enorme extensión de los mares. Quizá fuesen también continentes, algunas de ellas: Lawler no comprendía del todo cómo definir una isla o un continente.

Señaló el círculo de la izquierda.

—Supuestamente, Egipto estaba aquí, en el centro de este lugar. Y Grecia en alguna parte de aquí arriba. Y esto puede que haya sido los Estados Unidos de América, al otro lado, por aquí arriba. Este pequeño trozo de metal es una moneda que usaban allí, en los Estados Unidos de América.

—¿Para qué?

—Era dinero —respondió Lawler—. Las monedas eran dinero.

—¿Y esta cosa oxidada?

—Un arma. La llamaban revólver. Disparaba dardos pequeños llamados balas.

Ella hizo un ligero gesto de estremecimiento.

—Tiene sólo estas seis cosas de la Tierra, y una de ellas tiene que ser un arma. Pero así eran, ¿verdad? ¿Se hacían constantemente la guerra los unos a los otros? ¿Se mataban los unos a los otros, se herían los unos a los otros?

—Algunos de ellos eran así, especialmente en los tiempos antiguos. Pero creo que más tarde eso cambió —Lawler señaló el tosco trozo de piedra, su último objeto—. Esto era de un muro que tenían, un muro que estaba entre dos países porque había guerra. Sería como tener un muro entre dos islas, si puede imaginarse algo semejante. Finalmente llegó la paz, derribaron el muro y todo el mundo lo celebró; y se guardaron trozos del muro para que nadie olvidara que una vez había existido —se encogió de hombros—. Eran simplemente personas, eso es todo. Algunos eran buenos y algunos no lo eran. No creo que fueran tan diferentes de nosotros.

—Pero su mundo sí lo fue.

—Muy diferente, sí. Un lugar extraño y maravilloso.

Ella lo miró.

—Sus ojos adquieren una expresión especial cuando habla de la Tierra. La vi la otra noche, allá junto a la bahía, cuando usted hablaba de que todos nosotros vivimos en el exilio. Es una especie de brillo; añoranza, supongo. Dijo usted que algunas personas piensan que la Tierra era un paraíso, y otras que era un lugar horrible del que todos querían escapar. Usted debe ser de los que piensan que era un paraíso.

—No —respondió Lawler—. Ya se lo he dicho: no sé qué tipo de lugar era realmente. Supongo que hacia el final debía de estar bastante gastada, abarrotada y sucia, o no hubiera tenido lugar una emigración tan masiva. Pero no puedo saberlo. Supongo que nunca sabremos la verdad —hizo una pausa y la miró muy atentamente—. Lo único que sé es que una vez fue nuestro hogar; nunca deberíamos olvidar eso. No importa cuánto intentemos engañarnos: aquí no somos más que visitantes.

—¿Visitantes?

Ella se hallaba muy cerca de él. Sus ojos grises brillantes, sus labios húmedos. A Lawler le pareció que su pecho subía y bajaba con mayor rapidez de la habitual debajo de la ligera tela que lo cubría. ¿Era su imaginación, o ella estaba haciendo avances?

—¿Se siente usted en Hydros como en casa? —le preguntó Lawler—. ¿Se siente realmente en casa?

—Por supuesto. ¿Usted no?

—Ojalá pudiera.

—¡Pero usted nació aquí!

—¿Y...?

—No comprenden...

—¿Soy un gillie? ¿Soy un buzo? ¿Soy un pez de carne? Ellos sí se sienten en casa aquí, porque están en casa.

—Usted también.

—Continúa sin comprenderlo —dijo él.

—Pero lo estoy intentando. Quiero comprenderlo.

Aqué! era el momento de cogerla, pensó Lawler. Acercarla a sí, acariciarla, hacer esto y aquello, manos, labios, hacer que todo ocurriese. Ella quiere entenderte, se dijo. Dale una oportunidad.

Y entonces oyó en su cabeza la voz de Delagard que decía: «Por otra parte, es la compañera de Kinverson, ¿no? Si ella resulta útil y además son una pareja, ¿por qué íbamos a separarlos?»

—Sí —dijo él, en un tono repentinamente seco—. Montones de preguntas y pocas respuestas. ¿No es siempre así? —de pronto quería estar solo. Le dio unos golpecitos al recipiente de tintura de alga—. Esta cantidad debería durarle unas dos semanas, justo hasta el momento de la partida. Si la tos continúa sin desaparecer, hágamelo saber.

Ella pareció un poco sorprendida por aquella forma brusca de despedirla, pero luego sonrió, le dio las gracias y se fue.

Mierda, pensó él. Mierda. Mierda. Mierda.

—Los barcos están casi listos —dijo Delagard—, y aún disponemos de una semana. Mi gente se ha estado dejando realmente los cojones en la tarea de ponerlos a punto.

Lawler miró hacia el agua, donde estaba anclada la flota de Delagard. Tres hombres y cuatro mujeres estaban trabajando a bordo de los dos barcos más cercanos, martilleando y cepillando madera. Un barco se hallaba en dique seco porque le estaban arreglando el casco; había dos carpinteros trabajando en ello.

—Doy por sentado que lo dices en sentido figurado, por supuesto.

—¿Qué? Ah. Ah. Muy gracioso, doctor. Oye, toda la gente que trabaja para mí tiene cojones, incluso las mujeres. Sólo se trata de mi forma vulgar de hablar. O de mi pintoresco lenguaje figurado, lo que tú prefieras. ¿Quieres ver lo que han estado haciendo?

—Nunca he subido a bordo de un barco, ¿sabes? Sólo he estado en pequeñas barcas pesqueras, canoas de cuero y cosas así.

—Siempre hay una primera vez. Vamos. Te enseñaré la nave capitana.

Una vez estuvo a bordo, descubrió que la embarcación era más pequeña de lo que parecía cuando estaba anclada en la bahía, pero, aun así, se veía bastante grande. Era casi como una isla en miniatura. Lawler podía sentir cómo se balanceaba bajo sus pies en las aguas someras. La quilla estaba hecha con la misma madera que la isla, la dura y amarilla de fuco leñoso, largas fibras fuertes atadas apretadamente entre sí y selladas con brea.

El exterior del casco tenía un calafateado diferente. El baluarte de la isla estaba cubierto por una red viva de las algas llamadas dedos marinos, que se reparaba y volvía a tejer constantemente cuando el mar golpeaba la muralla, de la misma forma que el enmaderado del piso de la bahía estaba reforzado por una capa de algas protectoras. Así

también, una densa red de dedos marinos cubría los lados del casco y llegaba casi hasta la borda. Los pequeños tubos pilosos de aquellas algas verdiazules, que a Lawler siempre le habían parecido más botellas que dedos, le proporcionaban al barco un grueso revestimiento cerdoso que irradiaba de los costados en intrincadas marañas justo por debajo de la línea de flotación. La cubierta era una estrecha extensión plana de una madera más liviana, cuidadosamente sellada para mantener seco el interior del barco cuando las olas saltaban por encima de la proa. De proa a popa se veían escotillas que conducían a misteriosas regiones interiores.

—Lo que hemos estado haciendo —dijo Delagard— es repasando el sellado de la cubierta y revistiendo el casco. Necesitamos que todo sea completamente hermético. Puede que pasemos por tormentas bastante feas y es condenadamente seguro que ahí fuera la Ola se nos echará encima en algún momento. Durante los viajes interterritoriales podemos intentar evitar el mal tiempo, y si las cosas nos salen bien podemos abrigar la esperanza de evitar lo peor de la Ola, pero puede que no tengamos las cosas tan fáciles en este viaje.

—¿Es que no es éste un viaje interterritorial? —preguntó Lawler.

—Puede que no se lleve a cabo entre las islas que preferiríamos. A veces hay que dar un rodeo.

Lawler no comprendió muy bien aquello, pero el armador no amplió la información y él dejó correr el tema. Delagard lo arrastró vivamente por todo el barco, mientras enumeraba una retahíla de términos técnicos:

—Ésta es la cabina de mando y el puente, el castillo de proa, el alcázar, el bauprés, el cabrestante, el caballete y la grúa. Éstos son arpones, ésta es la cabina del timón, y aquello es la bitácora. Aquí abajo tenemos las dependencias de la tripulación, la bodega, la sala del magnetrón, la cabina de radio, el taller de carpintería, esto y aquello.

Lawler apenas lo escuchaba. La mayoría de los términos carecían de significado para él. Lo que más lo impresionó fue la forma en que todas las dependencias de abajo estaban increíblemente amontonadas, una cosa apretada contra la otra. Estaba acostumbrado a la privacidad y soledad de su vaargh; allí todos estarían encima de las barbas de los otros. Intentó imaginarse a sí mismo viviendo en aquel bote tan atestado de gente durante dos, tres, cuatro semanas, allí fuera, en el mar abierto, sin territorio firme alguno a la vista.

No es un bote, se dijo. Es un barco. Un barco transoceánico.

—¿Qué es lo último que se sabe de Salimil? —preguntó Lawler, cuando Delagard lo condujo por fin al exterior desde las claustrofóbicas dependencias.

—Dag está hablando ahora mismo con ellos. Se suponía que esta mañana celebrarían una reunión de consejo. Yo calculo que es cosa hecha. En esa isla tienen mucho espacio. Mi hijo Rylie me llamó desde Salimil la semana pasada y me dijo que cuatro de los miembros del consejo estaban definitivamente de parte nuestra, y que dos más se estaban inclinando en nuestro favor.

—¿Cuántos son en total?

—Nueve.

—Suena bien —dijo Lawler.

Así que irían a Salimil, entonces. Muy bien. Muy bien. Que así sea. Evocó una imagen de Salimil según él la imaginaba —muy parecida a Sorve, por supuesto, pero algo más grande, más espléndida, más pródiga—, y se imaginó a sí mismo mientras ordenaba su equipo médico en una vaargh emplazada junto a la orilla; su colega, el doctor Nikitin, la habría dispuesto para él. Lawler había hablado muchas veces por radio con Nikitin. Se preguntaba qué aspecto tendría en realidad aquel hombre.

Salimil... Lawler quería creer que Rylie Delagard sabía de qué estaba hablando, que Salimil iba a acogerlos; pero recordó que el otro hijo de Delagard, Kendy, había tenido exactamente la misma confianza en que Velmise aceptaría a los refugiados de Sorve, y no fue así.

Sidero Volkin llegó cojeando por la cubierta.

—Dag Tharp está aquí —le dijo a Delagard—. Ha ido a tu oficina.

Delagard sonrió.

—Llegaron las noticias. Bajemos a tierra.

Para cuando bajaron del barco, Tharp venía ya camino de la orilla para encontrarse con ellos. Lawler vio la expresión de disgusto del rostro rubicundo y anguloso del pequeño operador de radio, y supo cuál había sido la respuesta.

—¿Y bien? —preguntó de todas formas Delagard.

—Nos han rechazado. Votaron cinco contra cuatro. Dicen que tienen escasez de agua, porque el verano ha comenzado muy seco. Sin embargo, se ofrecen a aceptar a seis personas.

—Qué hijos de puta. Bueno, que los jodan.

—¿Es eso lo que quieres que les diga? —preguntó Tharp.

—No les digas nada. Yo no malgastaría tiempo con ellos. No vamos a enviarles seis personas. Es todos o ninguno, vayamos adonde vayamos —miró a Lawler.

—¿Y cuál es la siguiente? —le preguntó Lawler—. ¿Shaktan? ¿Kaggeram? —los nombres de las islas le venían a los labios con facilidad, pero no tenía ni idea de dónde estaban ni de qué aspecto podían tener.

—Nos darán la misma respuesta de mierda —dijo Delagard.

—Puedo intentarlo con Kaggeram, de todas formas —dijo Tharp—. La gente de allí es bastante decente, según lo que recuerdo. Estuve allí hace unos diez años, cuando...

—Que jodan a Kaggeram —dijo Delagard—. Ellos también tienen uno de esos sistemas de consejo. Necesitarán una semana sólo para discutirlo, y luego vendrá la asamblea pública, la votación y todo eso. No tenemos tanto tiempo como para esperar.

Delagard pareció perderse en sus pensamientos. Podría haber estado a mundos de distancia. Tenía el aspecto de alguien que está llevando a cabo cálculos abstrusos con el más intenso de los esfuerzos mentales: los ojos entrecerrados y sus cejas negras y espesas muy juntas. Lo rodeaba una coraza de pesado silencio.

—Grayvard —dijo finalmente.

—Pero Grayvard está a ocho semanas de aquí —protestó Lawler.

—¿Grayvard? —preguntó Tharp, sorprendido—. ¿Quieres que llame a Grayvard?

—No, tú no. Llamaré yo. Haré la llamada desde este barco —Delagard volvió a guardar silencio durante un instante. Una vez más pareció estar muy lejos, calculando sumas mentalmente. Luego asintió, como si estuviera satisfecho con la respuesta—. Tengo primos en Grayvard. Yo sé cómo negociar con mi propia familia, por el amor de Dios. Sé qué debo ofrecerles. Nos aceptarán. Podéis estar condenadamente seguros de eso. No habrá ningún problema. ¡Grayvard es la respuesta!

Lawler observó cómo Delagard regresaba al barco.

¿Grayvard? No sabía prácticamente nada acerca de aquel lugar. Se hallaba en el extremo del grupo de islas entre las que se desplazaba Sorve; era una isla que pasaba tanto tiempo en el mar Rojo adyacente como en el mar Natal. Estaba tan lejos como podía estar una isla y a pesar de ello conservaba algún tipo de relación real con Sorve.

A Lawler le habían enseñado en la escuela que cuarenta de las islas de Hydros tenían asentamientos humanos. Quizá el número oficial estuviera en aquel momento alrededor de las cincuenta o sesenta, pero no lo sabía. El total real sería probablemente bastante más alto que eso, dado que todos vivían con la sombra de la matanza de Shalikomo que había tenido lugar en la época de la tercera generación, y siempre que la población de una isla comenzaba a ser demasiado numerosa, se marchaban diez o veinte personas y buscaban una nueva vida en otra parte.

Los colonos que se mudaban a esas islas nuevas no tenían necesariamente los medios para establecer contacto radial con el resto de Hydros; por eso era fácil perder la cuenta. Quizá podía haber unas ochenta islas habitadas por seres humanos —o incluso un centenar de ellas— desparramadas por todo el planeta, del que se decía que era más grande de lo que había sido la Tierra. Las comunicaciones entre las islas lejanas eran raras y difíciles. Las esporádicas alianzas entre islas se establecían y disolvían a medida que las islas viajaban alrededor del planeta.

En una ocasión, hacía mucho tiempo, algunos seres humanos habían intentado construirse su propia isla para no tener que vivir constantemente bajo la mirada de sus vecinos gillies. Habían averiguado cómo se hacía y habían comenzado a entretejer las fibras, pero antes de que llegaran demasiado lejos, la isla fue atacada y destruida por enormes criaturas marinas. Se habían perdido docenas de vidas. Todo el mundo daba por supuesto que los monstruos habían sido enviados por los gillies, a los que obviamente no les había gustado la idea de que los seres humanos establecieran su propio territorio independiente. Nadie había vuelto a intentarlo.

Grayvard. Bien... Una isla es tan buena como cualquier otra, se dijo. Se las arreglaría para adaptarse allá donde desembarcaran. Pero ¿serían realmente bienvenidos en Grayvard? ¿Serían siquiera capaces de encontrarla allá fuera, en alguna parte entre el mar Natal y el mar Rojo? Qué demonios; que Delagard se preocupe de eso. ¿Por qué tenía que inquietarse él? Era algo que estaba completamente fuera de sus manos.

Cuando subía lentamente la pendiente de vuelta a su vaargh, la voz de Gharkid, fina, susurrante y aguda, llegó hasta los oídos de Lawler.

—¿Doctor? Doctor, señor...

Iba muy cargado; se tambaleaba bajo el peso de dos inmensas cestas que goteaban agua, llenas de algas, que llevaba colgadas de un palo que le cruzaba los hombros. Lawler se detuvo para esperarlo. Gharkid se acercó dando tumbos y dejó que las cestas resbalaran hasta el suelo prácticamente a los pies de Lawler.

Gharkid era un hombre pequeño y nervudo; su estatura era tan inferior a la de Lawler, que cuando quería hablarle tenía que echar la cabeza muy atrás con el fin de mirarlo a la cara. Sonrió, mostrando unos dientes muy blancos contra el telón de fondo de su rostro oscuro. Poseía una calidad seria y pasmosa; pero la simplicidad infantil de las maneras de aquel hombre, su alegre inocencia campesina, podían resultar un poco empalagosas a veces.

—¿Qué es esto? —preguntó Lawler, mientras miraba el enredo de algas marinas que se salían de las cestas que tenía a los pies; las había verdes, rojas y amarillas veteadas con llamativas venas de color púrpura.

—Es para usted, doctor, señor. Medicinas. Para cuando nos marchemos, para que nos las llevemos —sonrió Gharkid; parecía muy satisfecho de sí mismo.

Lawler se arrodilló y hurgó en aquel enredado regalo. Podía reconocer algunas de las algas: aquella de color azulado era la analgésica, y esta otra con las hojas laterales en forma de tira producía el mejor de los dos antisépticos existentes, y esa otra... sí, esa otra era el alga insensibilizadora. Incuestionablemente. El bueno y viejo Gharkid. Lawler levantó los ojos y, al encontrarse con los del hombre, vio un destello que no tenía nada de inocente ni infantil.

—Para que las llevemos en el barco —dijo Gharkid, como si Lawler no le hubiera comprendido antes—. Éstas son de las buenas, para las medicinas. Pensé que usted las querría; unas cuantas de más.

—Lo has hecho muy bien —dijo Lawler—. Vamos, llevemos todo esto hasta mi vaargh.

Era un botín muy rico. El hombre había recogido un poco de todo aquello que tuviera propiedades medicinales. Lawler lo había estado aplazando y aplazando, y al final Gharkid se había limitado a salir a la bahía y cargar con toda la farmacopea. Realmente muy bien hecho, pensó Lawler. Especialmente en el caso del alga insensibilizadora. Antes de que se hicieran a la mar, habría el tiempo suficiente como para procesar todo aquello y convertirlo en polvos, jarabes, ungüentos y tinturas. La flota quedaría bien provista de medicamentos para la larga travesía hasta Grayvard.

Gharkid conocía muy bien las algas. Una vez más, Lawler se preguntó si sería realmente tan simplón como aparentaba, o si no era más que una actitud defensiva. A menudo parecía un alma cándida, una pizarra limpia en la que cualquiera era libre de escribir lo que quisiera, pero Lawler le suponía algo más, en alguna región interior.

Los días previos a la partida fueron malos. Todos admitían la necesidad de marcharse, pero no todos habían creído que ocurriría realmente; y ahora la realidad se estaba poniendo de manifiesto con una fuerza terrible. Lawler veía a las mujeres viejas amontonar sus pertenencias en el exterior de sus vaarghs, las miraban, las redistribuían, llevaban algunas cosas dentro y sacaban otras. Varias mujeres y hombres lloraban constantemente, algunos silenciosamente y otros no tanto. A lo largo de toda la noche podía oírse el sonido de los sollozos histéricos. Lawler trató los peores casos con tintura de alga.

—Tranquilo, vamos —se decía continuamente—. Tranquilo, tranquilo.

Thom Lyonides estuvo borracho durante tres días consecutivos, rugiendo y cantando, y luego comenzó a pelear con Bamber Cadrell, y a decir que nadie iba a hacerlo su-

bir a bordo de uno de aquellos barcos. Delagard se presentó con Gospo Struvin y le dijo:

—¿Qué cojones es esto?

Entonces Lyonides le saltó encima gruñendo y chillando como un lunático. Delagard le propinó un puñetazo en la cara y Struvin lo cogió por el cuello y lo estranguló hasta que se hubo calmado.

—Llévalo a su barco —dijo Delagard, refiriéndose a Cadrell—. Asegúrate de que permanezca allí hasta que nos hagamos a la mar.

Durante los dos últimos días del plazo, algunos grupos de gillies descendieron hasta la frontera que separaba su territorio del asentamiento humano, y se quedaron allí observando a su manera inescrutable, como si quisieran asegurarse de que se preparaban para partir. Ya todos sabían en Sorve que no habría indulto, que no se revocaría la orden de expulsión. Los últimos ilusos habían tenido que ceder ante la presión de aquellos ojos de pez, de mirada fija e implacable. Sorve estaba perdida para ellos por siempre jamás. Grayvard sería su nuevo hogar; eso ya estaba arreglado.

A pocas horas de la partida, Lawler subió hasta el punto más alejado del lado opuesto a la bahía, donde el alto baluarte miraba al océano. Era mediodía, y el agua destellaba con la luz que se reflejaba en ella. Desde aquel punto panorámico, encima del baluarte, Lawler miró hacia el mar abierto y se imaginó navegando por él, a mucha distancia de la orilla: quería averiguar si aún le tenía miedo a ese interminable mundo de agua. Pero no, todo el miedo parecía haberlo abandonado durante aquella noche alcohólica que comenzó en la casa de Delagard, y no había vuelto.

Miró a lo lejos y no vio nada más que océano, y eso era bueno. No había nada que temer. Sólo cambiaría su isla por un barco que realmente no era otra cosa que una isla en miniatura. ¿Cuál era entonces el peor caso posible? Que el barco en el que viajara se hundiera en una tormenta, suponía, o fuera aplastado por la Ola y muriese. Pues bien: tenía que morir antes o después. Eso no era nada nuevo. Incluso no era muy corriente que los barcos se perdieran en el mar; lo más probable era que llegaran sanos y salvos a Grayvard. Él bajaría a tierra y comenzaría una nueva vida.

Pero lo que aún sentía, era una ocasional punzada aguda de dolor por todo lo que iba a dejar detrás de sí. Aquel anhelo creció rápidamente y desapareció de forma igualmente rápida, insatisfecho.

Ahora, y eso era extraño, las cosas que dejaba atrás comenzaban a dejarlo a él. Mientras se hallaba de pie, con la espalda vuelta hacia el poblado y los ojos fijos en la inmensa extensión de agua, todas aquellas cosas parecieron marcharse en la brisa que soplaba desde el mar: su reverenciado padre, su dulce y fugaz madre, sus casi olvidados hermanos. La totalidad de su infancia, su llegada a la edad adulta, su breve matrimonio, sus años como médico de la isla, como el doctor Lawler de su generación.

Todo se marchaba repentinamente. Todo. Se sintió extrañamente ligero, como si pudiera montar sobre la brisa y flotar por el aire hasta Grayvard. Todas las cadenas parecían haberse roto. Todo aquello que lo retenía en ese lugar lo había abandonado en un momento. Absolutamente todo.

Segunda Parte

HACIA EL MAR VACIO

1

Los primeros cuatro días del viaje fueron plácidos, casi sospechosamente plácidos.

—Realmente extraño, eso es lo que es —dijo Gabe Kinverson, y meneó solemnemente la cabeza—. Uno esperaría tener algún problema a estas alturas —dijo, mientras miraba las lentas y tranquilas olas azul-grisáceas.

El viento era regular; las velas estaban hinchadas. Los barcos se mantenían juntos mientras se desplazaban serenamente por un mar despejado en dirección noroeste hacia Grayvard. Un hogar nuevo; una nueva vida para los setenta y ocho viajeros, los expulsados, los exiliados; aquello era como un segundo nacimiento. Pero ¿debía ser un nacimiento tan fácil? ¿Y durante cuánto tiempo más continuaría siendo fácil?

En el primer día, cuando todavía estaban cruzando la bahía, Lawler se había sorprendido yendo hacia la popa una y otra vez para mirar a la isla de Sorve a medida que ésta se alejaba hasta desaparecer. Durante aquellas primeras horas de viaje, Sorve se había alzado detrás de ellos como un largo monte leonado. Entonces aún parecía real y tangible. Se podía distinguir la columna vertebral que les era tan familiar y los dos brazos curvos que se abrían, las grises motas de las vaarghs, la planta energética, los laberínticos edificios del astillero de Delagard. Incluso creyó poder distinguir la sombría fila de gillies que habían bajado a la orilla para observar cómo partían los barcos.

Luego el agua comenzó a cambiar de color. El profundo y rico verde de las aguas someras de la bahía dio paso al color del océano, azul oscuro matizado de gris. Aquélla era la auténtica señal de que uno se había separado de la orilla. Para Lawler fue como si se hubiera abierto una trampilla y lo hubieran arrojado en caída libre. Ahora que el suelo artificial había desaparecido de debajo de ellos, Sorve comenzó a encogerse rápidamente, convirtiéndose primero en una línea oscura en el horizonte y luego en absolutamente nada.

Más allá, el océano adquiriría otros colores que dependerían de los microorganismos que contuviera, del clima que lo rodease y de las partículas de materia que subieran de las profundidades. Los diferentes mares recibían un nombre afín a su matiz: el mar Rojo, el mar Amarillo, el mar de Azur, el mar Negro. Al que había que temer era el mar Vacío, el mar desierto, que era de un pálido azul de hielo. Había grandes extensiones del océano que eran así y prácticamente nada vivía allí; pero la ruta de la expedición no pasaría por ningún lugar cercano a ellas.

Las seis naves viajaban en una apretada formación piramidal, que intentarían mantener durante día y noche. Cada una de ellas estaba bajo el mando de uno de los capitanes de Delagard, excepto aquel en el que las once mujeres de la hermandad navegaban en solitario. Delagard se había ofrecido a proporcionarles a uno de sus hombres para

que capitaneara la embarcación, pero ellas habían rechazado la oferta tal y como él había esperado que hicieran.

—Pilotar un barco no es nada problemático —le había dicho la hermana Halla—. Nosotras observaremos lo que hagáis vosotros, y haremos lo mismo.

La nave capitana de Delagard, la *Reina de Hydros*, comandaba la formación en la cúspide de la pirámide, con Gospo Struvin al mando. La seguían dos barcos, uno junto al otro, el *Estrella del Mar Negro*, comandado por Poilin Stayvol, y el *Diosa de Sorve*, bajo el mando de Bamber Cadrell; detrás venían los otros tres barcos que formaban una hilera más ancha, las hermanas en el centro, a bordo del *Cruz de Hydros*, flanqueadas por el *Tres Lunas*, bajo el mando de Martin Yáñez, y el *Sol Dorado*, que capitaneaba Damis Sawtelle.

Ahora que Sorve había desaparecido por completo, no había nada a la vista en ninguna dirección excepto el cielo, el mar, el horizonte liso o las suaves ondulaciones del océano. Sobre Lawler descendió una extraña paz. Le resultó sorprendentemente fácil sumergirse en la inmensidad de todo aquello, relajarse completamente. El mar estaba en calma y parecía que continuaría estando así para siempre. Sorve ya no podía ser divisada, eso era cierto. Sorve había desaparecido. ¿Y qué? Ya no importaba.

Paseó por la cubierta, saboreando la sensación del viento que le daba en la espalda al hacer avanzar el barco de forma regular, alejándolo más y más a cada minuto de cualquier cosa que hubiera conocido jamás. El padre Quillan se hallaba de pie junto al trinquete; llevaba puesta una tela gris oscura tejida con un insólito material ligero, leve y suave, algo que debía de haber traído de otro mundo. En Hydros no existían telas como aquella.

Lawler se detuvo al lado del hombre. Quillan hizo un amplio gesto en dirección al agua. El mar era como una enorme piedra preciosa azul que destellaba con brillos intensos y cuya enorme curva lustrosa se extendía por todas partes como si la totalidad del planeta fuese una sola esfera lustrosa y brillante.

—Al mirar esto, uno llegaría a creer que en todo el mundo no existe nada más que agua, ¿verdad?

—Así es, al menos aquí.

—Qué océano tan grande. Qué vacío por todas partes.

—Le hace a uno creer que tiene que existir un dios, ¿no cree? La inmensidad de todo esto.

Quillan lo miró con sorpresa.

—¿A usted le parece?

—No lo sé. Se lo estoy preguntando.

—¿Cree usted en Dios, Lawler?

—Mi padre creía en Dios.

—¿Y usted no?

Lawler se encogió de hombros.

—Mi padre tenía una Biblia. Solía leérsela. Se perdió en alguna parte, hace mucho tiempo. O la robaron. Recuerdo un pasaje de ella: «Luego dijo Dios: Haya expansión en

medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. Y llamó Dios a la expansión cielos». Ésos son los cielos, ahí arriba, ¿verdad, padre Quillan? ¿Toda esa masa azul? Y las aguas deberían estar por encima de él, y ése sería el océano del espacio, ¿no es así? —Quillan lo miraba como pasmado—. «Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó mares».

—¿Se sabe usted toda la Biblia de memoria? —dijo Quillan.

—No, sólo ese pasaje. Está en la primera página. No conseguí hallarle sentido alguno al resto, a todos esos profetas y reyes y batallas y demás.

—¿Y Jesús?

—Esa parte estaba al final. Nunca llegué a leerla del todo —Lawler miró el interminable horizonte que se alejaba, un azul que se curvaba debajo de otro azul en dirección al infinito—. Dado que aquí no hay tierra seca, es obvio que Dios quiso crear en Hydros algo diferente de lo que creó en la Tierra, ¿no le parece? «Y Dios llamó a lo seco Tierra»... Y supongo que a lo mojado lo llamó Hydros.

»Vaya un trabajo que le habrá dado crear todos esos mundos diferentes. No sólo la Tierra, sino cada uno de los planetas de la galaxia. Iriarte, Fénix, Megalo Kastro, Darma Barma, Mentirosa, Copperfield, Nabomba Zom, la totalidad de ellos, el millón de planetas; con una idea diferente para cada mundo, ya que, si no, ¿por qué iba a molestar en crear tantos? Es el mismo Dios el que los creó a todos, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Quillan.

—¡Pero usted es un sacerdote!

—Eso no significa que yo lo sepa todo. Ni siquiera significa que sepa algo.

—¿Cree usted en Dios? —preguntó Lawler.

—No lo sé.

—¿Cree en algo, al menos?

Quillan guardó silencio durante un rato. Su rostro quedó completamente muerto, como si su espíritu hubiera abandonado momentáneamente el cuerpo.

—Creo que no —respondió.

Por alguna razón, el mar parecía más calmo en aquel lugar que en la isla. Los drakkens aparecieron en forma repentina, casi estrellándose contra el barco. El sol se precipitó hacia el horizonte occidental, permaneció durante un momento suspendido justo encima del mar y luego se hundió en él. Casi inmediatamente el mundo se volvió negro detrás de las naves y la Cruz comenzó a brillar en lo alto.

—Llamada a cenar, primer turno de vigilancia —chilló Natim Gharkid, golpeando una cacerola.

La tripulación que trabajaba en el *Reina de Hydros* estaba dividida en dos grupos de vigilancia; realizaban turnos de cuatro horas activas y cuatro de descanso. Los miembros de cada grupo comían juntos. El primer turno lo hacían Leo Martello, Gabe Kinverson, Pilya Braun, Gharkid, Dag Tharp y Gospo Struvin; el segundo era llevado a cabo por Neyana Golghoz, Sundria Thane, Dann Henders, Delagard, Onyos Felk, Lis Niklaus y el padre Quillan. No había un comedor especial para oficiales; Delagard y Struvin, el dueño y el capitán de la nave, comían en la cocina junto con los demás. La-

wler, que no tenía unos horarios fijos de trabajo pero estaba de guardia durante todo el día y toda la noche, era el único que quedaba completamente fuera del sistema de vigilancia.

Aquello se acomodaba bien a los ritmos biológicos de Lawler —tomaba el desayuno al amanecer con el segundo turno, y la cena al caer el sol con el primer turno—, pero le proporcionaba una extraña sensación flotante de no ser realmente parte de nada. Durante aquellos primeros días del viaje, los dos grupos de vigilancia comenzaron a desarrollar un cierto espíritu de equipo, pero él no pertenecía a ninguno de los dos.

—Tenemos guiso de algas verdes para esta noche —dijo Lis Niklaus, cuando el primer grupo entró en la cocina—. Aletas de pez centinela al horno. Pastel de harina de pescado, ensalada de bayas de alga flexible.

Aquella era la tercera noche del viaje. El menú había sido el mismo cada noche; cada noche, Lis había hecho el mismo anuncio jovial como esperando que todos estuvieran encantados. Ella se encargaba de la mayor parte de las tareas de guisado, con la ayuda de Gharkid y ocasionalmente de Delagard. Las comidas eran racionadas y no era probable que mejoraran más adelante: pescado seco, pastel de harina de pescado, algas secas, pan de harina de algas, complementado con la última provisión de algas frescas de Gharkid y las piezas vivas cobradas durante el día. Hasta el momento no se había pescado nada más que peces centinela; grupos de estas criaturas de mirada alerta y ansiosa y hocicos aguzados habían estado siguiendo a la flota desde que ésta salió de Sorve. Kinverson, Pilya Braun y Henders eran los pescadores oficiales, y trabajaban desde la grúa hasta la estación de pesca de popa.

—Hoy ha sido un día tranquilo —dijo Struvin.

—Demasiado tranquilo —gruñó Kinverson, mientras se inclinaba sobre su plato.

—¿Es que prefieres las tormentas? ¿Quieres que venga la Ola?

Kinverson se encogió de hombros.

—Nunca confío en un mar tranquilo.

—¿Cómo estamos de provisiones de agua esta noche, Lis? —preguntó Dag Tharp, mientras cortaba para sí una porción de pastel.

—Un vaso más por cabeza y eso será todo.

—Mierda. Esta comida da sed, ¿sabes?

—Tendremos más sed después, si nos bebemos toda el agua durante la primera semana —dijo Struvin—. Tú sabes eso tan bien como yo. Lis, saca algunos filetes crudos de pez centinela para el sediento.

Antes de abandonar Sorve, los viajeros habían cargado en los barcos todos los barriles de agua que pudieron; disponían de una reserva suficiente para unas tres semanas en el momento de la partida, siempre que se la racionara. Dependerían de hallar alguna lluvia por el camino; si no se producía precipitación alguna, habría que hallar otras formas de abastecerse del agua necesaria. El comer pescado crudo era una buena forma. Todo el mundo lo sabía, pero Tharp no lo comía. Levantó la vista con el entrecejo fruncido.

—Déjalo. Que le den por el culo al pez centinela crudo.

—Te quita la sed —comentó Kinverson suavemente.

—Te quita el apetito —dijo Tharp—. Prefiero pasar sed.

Kinverson se encogió de hombros.

—Como te plazca. Dentro de un par de semanas pensarás de otra forma.

Lis depositó sobre la mesa un plato de carne color verdoso pálido. Las húmedas lonchas de pescado crudo habían sido envueltas en tiras de alga amarilla fresca. Tharp miró el plato con malhumor. Meneó la cabeza y apartó los ojos. Lawler, tras un momento, se sirvió una porción. Struvin hizo lo mismo, al igual que Kinverson. Lawler sintió el frío del pescado crudo en la lengua, calmante, que casi apagaba la sed. Casi.

—¿Qué te parece, doctor? —preguntó Tharp, pasado un rato.

—No está del todo mal —respondió el interpelado.

—Quizá tome sólo un trocito —dijo Tharp.

Kinverson se echó a reír sobre su plato.

—Gilipollas.

—¿Qué has dicho, Cabe?

—¿Realmente quieres que lo repita?

—Vosotros dos, salid a cubierta si vais a pelearos —dijo Lis Niklaus, asqueada.

—¿Una pelea? ¿Entre Dag y yo? —Kinverson parecía asombrado. Podría haber levantado a Dag del suelo con una sola mano—. No seas tonta, Lis.

—¿Quieres pelear? —gritó Tharp, con su pequeña cara roja más roja aún—. Vamos, Kinverson. Vamos. ¿Crees que te tengo miedo?

—Deberías tenérselo —dijo suavemente Lawler—; es cuatro veces más grande que tú —sonrió y miró a Struvin—. Si hemos consumido ya la cuota de agua de esta noche, Gospo, ¿qué te parecería si repartiéramos brandy? Eso nos calmaría la sed.

—Claro. ¡Brandy! ¡Brandy! —gritó Struvin.

Lis le entregó una botella. Struvin la estudió durante un momento con una amarga expresión en el rostro.

—Éste es el brandy de Sorve. Guardémoslo hasta que estemos realmente desesperados. Dame una botella del de Khuiar, ¿quieres? El brandy de Sorve no es más que meada.

Lis sacó una botella diferente de un armario; era larga y redondeada, muy lustrosa. Struvin pasó una mano por el flanco y sonrió apreciativamente.

—¡Sí, Khuiar! En esa isla entienden realmente de brandy y de vino. ¿Ha estado alguno de vosotros allí? No, ya veo que no. Allí beben durante todo el día y toda la noche. Son la gente más feliz del planeta.

—Estuve allí una vez —dijo Kinverson—. Estaban todos completamente borrachos. No hacían otra cosa que beber, vomitar y continuar bebiendo.

—¡Pero qué caldos beben! —exclamó Struvin—. ¡Ah, qué caldos beben!

—¿Cómo pueden hacer algo si nunca están sobrios? —preguntó Lawler— ¿Quién pesca? ¿Quién repara las redes?

—Nadie —respondió Struvin—. Es un lugar repugnante y miserable. Permanecen sobrios el tiempo suficiente para bajar a la bahía y recoger bayas de alga, luego las hacen fermentar para obtener vino o las destilan para hacer brandy, y luego vuelven a emborracharse. No podrías creer cómo viven. Van vestidos con harapos. Viven en chozas de algas como los gillies. Tienen el depósito lleno de agua salobre. Es un sitio asqueroso.

»Pero ¿quién ha dicho que todas las islas deban ser iguales? Cada sitio es diferente. Una isla no se parece en nada a otra. Así parece que ha sido siempre; cada isla es ella misma y no otro lugar. En Khuviar, de lo que entienden es de bebidas. Toma, Tharp; ¿dices que tienes sed? Bebe un poco de mi brandy de Khuviar. Eres mi invitado. Sírvete tú mismo.

—No me gusta el brandy —dijo Tharp con hosquedad—. Lo sabes perfectamente bien, Gospo. Y de todas formas, el brandy sólo te dará más sed. Reseca las membranas de la boca. ¿No es así, doctor? Deberíais daros cuenta de eso —dejó escapar la respiración en forma de suspiro explosivo—. ¡Qué cojones, dadme un poco de pescado crudo!

Lawler le pasó el plato. Tharp cogió una loncha con el tenedor, la estudió como si nunca antes la hubiera visto, y finalmente mordió un bocado a modo de prueba. Lo desplazó con la lengua por toda la boca, lo tragó y meditó. Luego tomó otro bocado.

—¡Eh! —comentó—. Es bastante bueno. No, no está nada mal.

—Gilipollas —repitió Kinverson. Estaba sonriendo.

Cuando acabó la cena subieron a cubierta para cumplir su turno de vigilancia. Henders, Golghoz y Delagard, que estaban encaramados en la arboladura, descendieron, y Martello, Pilya Braun y Kinverson ocuparon sus puestos.

El brillante destello de la Cruz dividía el cielo en cuartos. El mar estaba tan quieto que podía vérselo reflejado como una línea tensa de frío fuego blanco que cruzaba las aguas y se extendía hasta las misteriosas distancias, en las que se borroneaba y desaparecía. Lawler se detuvo junto a la barandilla y miró hacia popa, a las parpadeantes luces débiles que indicaban la presencia de los barcos que se desplazaban detrás de ellos. Allí estaba ahora Sorve, flotando en el agua; la totalidad de la población de la isla amontonada en aquellos barcos: los Thalheim, los Tanamind, los Katzin, los Yáñez, los Sweyner, los Sawtelle y todo el resto de nombres que le eran familiares, los viejos y conocidos.

Cuando oscurecía los barcos instalaban luces a lo largo de las barandillas, antorchas de algas secas de combustión lenta que ardían con un brillo humeante y anaranjado. Delagard estaba fanáticamente preocupado porque la flota se mantuviera unida, sin romper jamás la formación. Cada navío tenía su propio equipo de radio y se mantenía constantemente en contacto durante toda la noche para evitar que alguno se perdiera.

—¡Sopla brisa! —gritó alguien—. ¡Virad de borda!

Lawler reconocía que era un arte el girar las velas para recoger el viento. Hubiera deseado entender un poco más del tema. La navegación a vela le parecía casi mágica, un misterio hermético y desconcertante. En los barcos de Delagard, mucho más impresionantes que los pequeños esquifes de pesca de los isleños —que se utilizaban en las aguas de la bahía y las prudentes salidas que realizaban apenas más allá de la embocadura—, cada uno de los dos mástiles tenía una enorme vela triangular hecha con listas de bambú apretadamente entretejidas. Por encima de ellas había enjarcada una vela

más pequeña de forma cuadrangular, fijada a la verga. Entre los mástiles había una pequeña vela triangular. Las velas principales estaban atadas a sólidas botavaras; las sujetaban cuerdas que tenían cuentas enhebradas y abrazaderas con púas, y se las manipulaba mediante drizas que pasaban por un sistema de poleas.

En condiciones normales hacía falta un equipo de tres personas para mover las velas, con una cuarta al timón que diera las órdenes. El equipo Martello-Kinverson-Braun trabajaba bajo el mando de Gospo Struvin, y cuando estaba de servicio el otro grupo, eran Neyana Golghoz, Dann Henders y el mismo Delagard los que manejaban las velas, con Onyos Felk, el cartógrafo y navegante, en el lugar de Struvin al timón. Sundria Thane trabajaba como relevo de Struvin, y Lis Niklaus como relevo de Felk. Lawler se quedaba a un lado y los observaba mientras corrían y gritaban cosas como «¡Reforzad los tirantes!», «¡Viento en popa!» «¡A sotavento! ¡Vamos, a sotavento!».

Una y otra vez, al cambiar el viento, arriaban las velas, las hacían virar y volvían a izarlas en su nueva posición. De alguna manera, independientemente de si el viento soplabá a favor o en contra, ellos conseguían que el barco continuara avanzando en la misma dirección.

Los únicos que no tomaban nunca parte en aquellas actividades eran Dag Tharp, el padre Quillan, Natim Gharkid y Lawler. Tharp, el radiooperador, era demasiado endeble como para resultar de alguna utilidad en el manejo de las cuerdas, y de todas formas pasaba la mayor parte del tiempo bajo la cubierta, ocupado con la red de comunicaciones que mantenía en contacto a todos los barcos de la flota. Al padre Quillan se lo consideraba generalmente exento de todos los trabajos de a bordo; las responsabilidades de Gharkid se limitaban a los turnos de cocina y a pescar a la rastra las algas que pudieran estar flotando; y a Lawler, aunque hubiera echado de muy buena gana una mano con los trabajos de aparejo, le daba vergüenza pedir que le enseñaran a practicar aquel arte y se mantenía a la espera de una invitación... que nunca le hacían.

Mientras se hallaba de pie junto a la barandilla —observando cómo la tripulación trabajaba en la arboladura—, algo atravesó el aire zumbando, procedente del oscuro mar, y chocó contra su cara. Lawler sintió un lacerante golpe en la mejilla, una sensación dolorosa y abrasadora que lo raspaba como si unas duras escamas le arañaran la piel. Un intenso y desagradable olor acre, que se hacía más amargo y doloroso a medida que penetraba más profundamente en sus fosas nasales, subió desde la cubierta. A sus pies se produjo un sonido blando. Miró hacia abajo, y vio una criatura alada del largo aproximado de una mano, que se debatía sobre la cubierta.

En el primer momento del impacto, Lawler pensó que podía tratarse de un jinete aéreo, pero los jinetes aéreos eran seres elegantes y llenos de gracia, con los matices del arco iris: cuerpos tensos, perfectamente diseñados para realizar los saltos más aerodinámicos posibles, y que nunca salían del agua después de la puesta del sol. Aquella pequeña monstruosidad voladora nocturna era más parecida a un gusano con alas, pálido, blando y feo, con pequeños ojos negros saltones y una especie de sierra ondulante de rígidas púas rojas a lo largo del lomo. Habían sido aquellas púas las que arañaron a Lawler cuando la criatura se estrelló contra su rostro.

Las arrugadas alas de ángulos agudos que crecían en los flancos de aquel ser se movían de una forma desagradablemente palpitante, cada vez con más lentitud. Al moverse de un lado a otro dejaba detrás de sí un rastro de viscosidad negruzca. Sin embargo, a pesar de lo repulsivo que era, parecía ahora bastante inofensivo mientras agonizaba sobre la cubierta.

La absoluta monstruosidad del ser fascinó a Lawler. Se arrodilló para echarle un vistazo más detallado; pero, un instante más tarde, Delagard, apenas un poco más lejos, se acercó a él y metió la punta de una bota debajo del cuerpo de la criatura. Con un diestro movimiento la subió encima de la bota y con una patada rápida la arrojó por la borda haciéndole describir un arco muy alto hasta el agua.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Lawler.

—Para que no pudiera morder tu tonta nariz, doctor. ¿Es que no sabes reconocer a un pez bruja cuando lo ves?

—¿Un pez bruja?

—Sí, uno bebé. Se hacen así de grandes cuando alcanzan la edad adulta —separó las manos alrededor de medio metro— y son unos malvados hijos de puta. Si no sabes qué es una determinada cosa, doctor, no te pongas al alcance de sus dientes. Es una buena regla en el mar.

—Lo tendré en cuenta.

Delagard apoyó la espalda contra la barandilla y le enseñó los dientes con una mueca que quizá quería ser agradable.

—¿Cómo te sienta la vida en el mar, hasta ahora? —estaba sudando a causa del esfuerzo, enrojecido, tonificado de alguna manera—. ¿No es el océano un lugar maravilloso?

—Tiene su encanto, supongo. Estoy poniendo todo mi empeño para poder encontrárselo.

—No eres feliz, ¿verdad? ¿El camarote es demasiado pequeño? ¿La compañía no es estimulante? ¿El escenario aburrido?

A Lawler no le hacía gracia.

—Corta el rollo, ¿quieres, Nid?

Delagard se limpió de la bota una pequeña mancha de baba del pez bruja.

—¡Eh! —dijo—. Sólo intentaba mantener una conversación amistosa.

Lawler bajó a las profundidades del barco y se dirigió a su camarote, emplazado en la zona de popa. Un estrecho pasillo mohoso corría a lo largo de todo el barco en aquel nivel, iluminado por la luz grasienta y chisporroteante de lámparas de aceite de pescado montadas sobre candelabros de hueso. El aire espeso y lleno de humo le hacía escocer los ojos. Podía oír el golpe de las olas del mar que lamían el casco, y que resonaba distorsionado a través de las costillas de la nave. De la parte exterior le llegaba el pesado ruido de los mástiles que rechinaban al girar.

Como médico del barco, Lawler tenía derecho a uno de los tres camarotes privados de la zona de popa. Struvin tenía el camarote contiguo al suyo a babor. Delagard y Lis Niklaus compartían el camarote más grande de los tres, un poco más alejado, contra el lado de estribor. Todos los demás vivían en el castillo de proa, amontonados en dos compartimentos alargados que habitualmente se utilizaban para alojar a los pasajeros cuando el barco era usado como crucero interinsular. Al equipo del primer turno se le había adjudicado el compartimento de babor, y el segundo tenía sus pertrechos en el de estribor.

Kinverson y Sundria habían sido incluidos en turnos diferentes, y por tanto dormían en compartimentos separados. Lawler se sorprendió de eso. No es que importara mucho quién dormía con quién, realmente; había tan poca intimidad en aquellos dormitorios superpoblados, que cualquiera que estuviera interesado en follar un poco tendría que escabullirse hasta la bodega de carga y llevar a cabo el apareamiento entre las cajas. Pero ellos eran pareja, según había dicho Delagard; ¿o no era así? Aparentemente no, comenzaba a advertir Lawler; y si lo eran, se trataba de una pareja muy despegada. Desde que había comenzado el viaje, apenas parecían reparar en la presencia del otro. Quizá lo que había ocurrido entre ellos en Sorve, si es que había ocurrido algo, no había sido más que una breve aventura sin mayor alcance, un casual encuentro azaroso entre dos cuerpos, una forma de matar el tiempo.

Empujó la puerta con el hombro y entró. Su camarote no era mucho más grande que un armario. Tenía una cama, una jofaina y una pequeña cómoda de madera en la que guardaba algunas de las pertenencias que se había llevado de Sorve. Delagard no les había permitido cargar muchas cosas. Lawler había llevado a bordo unas cuantas prendas de ropa, una caña de pescar, algunas cacerolas, sartenes y platos, y un espejo. Por supuesto, también se había llevado los objetos de la Tierra; los tenía sobre un estante frente a la litera.

El resto de las cosas —sus modestos muebles, lámparas y algunos adornos que él había hecho con objetos bonitos que arrojaba la corriente— se las había legado a los gillies. Su equipo médico, la mayoría de sus medicamentos y la exigua biblioteca de textos de medicina manuscritos habían ido a parar a la zona de proa, junto a la cocina, a un camarote destinado a enfermería del barco. La mayor parte de las provisiones de medicamentos estaban abajo, en la bodega de carga.

Encendió una vela y buscó el espejo. Era un trozo de vidrio marino tosco y picado que Swayner había fabricado para él algunos años antes, y que proporcionaba un reflejo también tosco y picado, borroso e indistinto. Los cristales de buena calidad eran una rareza en Hydros, donde la única fuente de sílice era el esqueleto de las diatomeas que se apilaba en el fondo de la bahía. Pero Lawler le tenía cariño a aquel espejo, a pesar de lo poco claro que era.

Se examinó la mejilla. La colisión con el pez bruja no parecía haberle causado ningún daño grave: tenía una pequeña raspadura justo por encima del pómulo, ligeramente irritada en la zona en la que algunas de las púas rojizas le habían penetrado en la piel, pero eso era todo. Lawler limpió la zona con un poco del brandy de algas de Delagard, para protegerse de posibles infecciones. Su sexto sentido médico le decía que no había de qué preocuparse.

El frasco de alga insensibilizadora estaba junto a la botella de brandy. Lo estudió durante uno o dos minutos. Ya había tomado la dosis habitual de aquel día, antes del desayuno. En aquel momento no necesitaba tomar más. Pero, qué demonios, pensó. Qué demonios.

Algo más tarde, Lawler se encontraba caminando hacia los compartimentos de la tripulación en busca de compañía, aunque no estaba muy seguro de cuál. El turno había vuelto a cambiar; ahora estaba de vigilancia el segundo equipo, y el compartimento de estribor se hallaba vacío. Lawler miró al interior del otro compartimento, y vio a Kinverson durmiendo en su litera, a Natim Gharkid sentado —con las piernas cruzadas y los ojos cerrados como en meditación— y a Leo Martello escribiendo a la débil luz de

una lámpara, con las hojas esparcidas sobre una cómoda de madera baja. Está trabajando en su interminable poema épico, pensó Lawler.

Martello tenía alrededor de treinta años; era de constitución fuerte y llena de energía, y habitualmente caminaba como si diera saltos. Tenía grandes ojos pardos, un rostro franco y vivaz y le gustaba afeitarse la cabeza. Su padre había ido a Hydros voluntariamente; era uno de esos autoexiliados que caían en cápsulas desde el espacio. Había aparecido en Sorve cuando Lawler era niño y se había casado con Jinna Sawtelle, la hermana mayor de Damis. Ambos habían muerto ya, arrastrados por la Ola cuando salieron a navegar en un bote en la época equivocada.

Leo Martello trabajaba en el astillero de Delagard desde que tenía catorce años, y el principal rasgo que lo distinguía de los demás era el inmenso poema que afirmaba estar escribiendo, y que relataba la gran emigración de la condenada Tierra hacia los mundos de la galaxia. Llevaba trabajando en él cuatro años, pero nadie había visto nunca más que unas pocas líneas de aquella obra.

Lawler se quedó en la puerta para no molestarlo.

—Doctor —dijo Martello—, eres justo el hombre al que quería ver. Necesito algo para las quemaduras del sol. Hoy me he puesto rojo.

—Echémosle una mirada.

Martello se quitó la camisa con muchos miramientos. A pesar de estar muy bronceado, la piel se le había puesto roja por debajo de la pigmentación tostada. El sol de Hydros era más fuerte que aquel bajo el cual había evolucionado la especie humana. Lawler se pasaba todo el tiempo tratando cánceres de piel, insolaciones y todo tipo de afecciones dermatológicas.

—No tiene un aspecto demasiado malo —le comentó Lawler—. Ven a mi camarote por la mañana y me encargaré de curarte, ¿de acuerdo? Si crees que tendrás problemas para dormir, te daré algo ahora mismo.

—No habrá problema alguno; yo duermo boca abajo.

Lawler asintió.

—¿Cómo va ese famoso poema?

—Algo lento, me temo. He estado escribiendo el Canto Quinto.

Un poco para su propia sorpresa, Lawler se oyó decir:

—¿Puedo mirarlo?

Martello también pareció sorprendido, pero empujó hacia él una de las hojas de papel de alga. Lawler la mantuvo desenrollada con ambas manos para leerla. La letra de Martello era infantil y tosca, toda llena de grandes remolinos y curvas.

*Y las naves se lanzaron al exterior,
A la oscuridad de las oscuridades.
Dorados mundos destellaban, llamando
Mientras nuestros padres seguían adelante.*

—Y nuestras madres también —señaló Lawler.

—Si, ellas también —concedió Martello, que parecía un poco molesto—. Tienen un canto propio un poco más adelante.

—Bien —dijo Lawler—. Es un poema muy poderoso, aunque yo no soy un juez fiable. ¿No te gusta la poesía con rima?

—La rima era ya obsoleta hace cientos de años, doctor.

—¿ Ah, sí? No lo sabía. Mi padre solía recitar poemas a veces, poemas de la Tierra. En aquella época les gustaba utilizar la rima. «*It is an ancient Mariner / And he stoppeth one of three. / "By thy long grey beard and glittering eye, I Now wherefore stopp'st me?"*»*

—¿Qué poema era ése? —preguntó Martello.

—Se llama *La balada del viejo marinero*. Habla de un viaje marítimo... un viaje muy desdichado. «*The very deep did rove: O Christ! / That ever this should be! / Yea, slimy things did crawl with legs / Upon the slimy sea.*»**

* Es un anciano marinero / Que detiene a uno entre tres. / «Por tu larga barba y tus brillantes ojos, / ¿Por qué me detienes a mí?»

** Las profundidades mismas se corrompieron: ¡Oh, Cristo! / ¡Que eso tuviera que suceder! / Sí, seres viscosos se arrastraban con patas / Sobre el viscoso mar.

—Eso tiene mucha fuerza. ¿Sabes el resto del poema?

—Sólo sé algunos fragmentos perdidos —respondió Lawler.

—Tenemos que reunimos para hablar de poesía alguna vez, doctor. No me había enterado de que supieras poemas de memoria —la despejada expresión de Martello se ensombreció durante un momento—. A mi padre también le encantaban los poemas antiguos. Trajo consigo un libro de poesías de la Tierra, adquirido en el planeta en el que vivía antes de venir aquí. ¿Sabías eso?

—No —dijo Lawler, emocionado—. ¿Dónde está?

—Ha desaparecido. Lo llevaba consigo cuando él y mi madre se ahogaron.

—Me hubiera gustado verlo —dijo Lawler, apenado.

—Hay momentos en los que creo que echo de menos ese libro tanto como a mi madre y mi padre —dijo Martello, y agregó ingenuamente—. ¿No es eso algo horrible de decir, doctor?

—No lo creo. Comprendo lo que quieres decir.

«*Agua, agua, agua en todas partes*», pensó Lawler. «*Y todas las tablas se encogieron*».

—Oye, ven a verme en cuanto acabes tu turno de la mañana, ¿De acuerdo, Leo? Así podré curarte esa espalda quemada.

«*Agua, agua, agua en todas partes... Y ni una sola gota que beber*».

Un poco más tarde, Lawler volvía a encontrarse solo en la cubierta bajo el cielo nocturno, una oscuridad palpitante por encima de él. Una brisa fresca soplaba del norte; era más de medianoche. Delagard, Henders y Sundria estaban en lo alto de la arboladura, gritándose unos a otros cosas crípticas y herméticas. La Cruz estaba perfectamente centrada en el cielo.

Lawler levantó los ojos hacia ella, hacia su trazado perfecto allá arriba, una hilera de estrellas en este sentido y la otra en dirección perpendicular. Los torpes versos de Martello estaban aún en su mente. *Y las naves se lanzaron al exterior / A la oscuridad de las oscuridades.* ¿Sería el sol de la Tierra uno de los soles de aquella formidable constelación? No. No. Decían que desde Hydros no podía verse esa estrella. Éstas eran otras estrellas, las que conformaban la Cruz. Sin embargo, en algún lugar más alejado de aquella oscuridad, oculta a la vista por el tremendo brillo de ángulos rectos de la Cruz, había un pequeño sol amarillo bajo cuyos rayos había comenzado toda la saga de la Humanidad. *Dorados mundos destellaban, llamando / Mientras nuestros padres seguían adelante.* Y nuestras madres, sí.

Era aquel mismo sol cuya repentina e inesperada ferocidad, en unos pocos minutos de crueldad cósmica, había cancelado aquel antiguo don de la vida; se había vuelto finalmente contra su propia creación, transformando instantáneamente al mundo madre de la Humanidad en algo achicharrado y ennegrecido.

Había soñado con la Tierra durante toda su vida, desde el momento mismo en que su abuelo le había contado por primera vez cuentos del mundo ancestral; pero a pesar de ello, continuaba siendo un misterio para él..., y sabía que siempre lo sería. Hydros estaba demasiado aislado, demasiado apartado, demasiado lejos de los centros de estudio que pudieran existir. En aquel planeta no había nadie que pudiera enseñarle cómo había sido la Tierra.

No conocía prácticamente nada de ella, ni su música, ni sus libros, ni su arte, ni su historia. Sólo le llegaban datos sueltos, habitualmente sólo la parte exterior, nunca el auténtico contenido. Lawler sabía que allí había existido una cosa llamada ópera, pero le resultaba imposible hacerse una idea de cómo había sido. ¿Gente que cantaba una historia? ¿Con un centenar de músicos que tocaban a la vez? Nunca había visto un centenar de personas reunidas a la vez en el mismo sitio, jamás. ¿Catedrales? ¿Sinfonías? ¿Puentes colgantes? ¿Autopistas? Había oído los nombres de aquellas cosas, pero las cosas en sí le eran desconocidas. Eran misterios. Los perdidos misterios de la Tierra.

Aquella pequeña bola —significativamente más pequeña que Hydros, decían— había engendrado imperios y dinastías, reyes y generales, héroes y villanos, fábulas y mitos, poetas, cantantes, grandes maestros del arte y la ciencia, templos y torres, estatuas y ciudades amuralladas. Todos ellos misterios gloriosos cuya naturaleza él apenas podía imaginar, dado que había pasado toda su vida en el planeta lastimosamente pobre de Hydros. La Tierra nos había engendrado a nosotros, y después de siglos de afán nos había enviado a la oscuridad de oscuridades, a los remotos mundos de la indiferente galaxia. Y luego la puerta se había cerrado detrás de nosotros con un estallido de furiosa radiación, dejándonos varados aquí, en medio de las estrellas.

Dorados mundos destellaban, llamando...

Y aquí estamos ahora, a bordo de una pequeña mota que viaja sobre el mar inmenso, en un planeta que no es más que una mota él mismo en el inmenso mar vacío que nos rodea a todos nosotros.

¡Solos, solos, todos, todos solos, / Solos en un ancho, ancho mar!

Lawler no recordaba el siguiente verso. Daba igual, supuso; se fue bajo cubierta para ver si podía dormir un poco.

Tuvo un sueño nuevo, un sueño terrícola pero distinto a los anteriores. Esta vez no soñó con la muerte de la Tierra sino con su vida, su gran diáspora, el vuelo hacia las estrellas. Una vez más flotó por encima del globo verdiazul de sus sueños, y al mirar hacia abajo vio que de él se alzaban un millar de delgadas agujas brillantes, o quizá fueran un millón; eran demasiadas como para contarlas. Todas subían hacia él, se encumbraban más y más y salían al espacio en una corriente continua, una miríada de pequeños puntos de luz penetrando en la oscuridad que rodeaba al planeta verdiazul.

Sabía que eran las naves de los viajeros espaciales, los que habían elegido abandonar la Tierra, los exploradores, los errabundos, los colonos que avanzaban hacia el gran desconocido, los que comenzaban la marcha que los alejaba del mundo madre para llevarlos hacia las innumerables estrellas de la galaxia. Siguió sus cursos a través del espacio hasta sus destinos finales, a los mundos cuyos nombres había oído —mundos tan misteriosos, mágicos e inasequibles para él como la Tierra misma—: Nabomba Zom, donde el mar es escarlata y el sol azul; Alta Hannalanna, donde las enormes babosas con pepitas de precioso jade amarillo en la frente construyen túneles en el terreno esponjoso; Calgala, el planeta dorado; Xamur, donde el aire es perfume y la atmósfera electrificada brilla y crepita hermosamente; Manjo, el del sol chisporroteante; Iriarte; Mentiroso, Mulano, el de los dos soles; Ragnarok; Olimpo; Malebogle; Ensenada Verde y Alborada...

E incluso hasta el mismo Hydros, el planeta sin salida del que no regresaba nadie.

Las naves estelares que salían de la Tierra iban hacia todos los sitios en los que hubiera un lugar al que ir; y, en algún momento del viaje, la luz que había sido la Tierra parpadeó a sus espaldas. Lawler, que se agitaba en su turbulento sueño, vio una vez más aquel terrible estallido de fuego, y luego la oscuridad final que se cerraba sobre él, y suspiró por el mundo que había sido. Pero nadie más pareció advertir su final: el resto estaba demasiado ocupado en alejarse, alejarse, alejarse.

El día siguiente fue el día en que Gospo Struvin, al caminar a lo largo de la cubierta, pateó una desordenada pila que parecía una red mojada y dijo:

—Eh, ¿quién ha dejado aquí esta red?

—Ya te lo dije —decía Kinversion más tarde, por duodécima vez aquel día—. Nunca confío en un mar tranquilo.

Y el padre Quillan dijo:

—Sí, aunque camine por el valle de las sombras de la muerte, no temeré ningún mal.

2

La muerte de Struvin había sido demasiado repentina, demasiado temprana en el viaje como para que pudiera resultar aceptable o comprensible de alguna manera. En Sorve, la muerte siempre había sido una posibilidad: uno cogía un bote y se internaba demasiado en la bahía, y una tormenta aparecía de la nada; o uno estaba caminando por la rampa del dique marino de la isla y se levantaba la Ola sin previo aviso y lo arrastraba; o uno encontraba algún crustáceo de buen aspecto en las aguas someras, y luego re-

sultaba no ser tan bueno a pesar de todo. Sin embargo, el barco había parecido ofrecer una pequeña zona de invulnerabilidad.

Tal vez a causa de que era tan vulnerable, quizá porque no era más que una cascara de madera hueca, una simple mota que flotaba en medio de una inmensidad inconcebible, todos ellos habían llegado a creer de forma contumaz que estaban seguros a bordo de él. Lawler había esperado que se presentaran dificultades, agotamiento nervioso y privaciones, y una o dos heridas serias a lo largo del viaje hasta Grayvard, un reto para sus habilidades médicas a veces muy limitadas. Pero ¿una muerte allí, en aquellas aguas tan calmas? ¿La muerte del capitán? Y sólo a cinco días de Sorve. De la misma forma que la misteriosa tranquilidad de los primeros días había sido inquietante y sospechosa, la muerte de Struin parecía algo ominoso, un anuncio terrible de más calamidades que llegarían.

Los viajeros se apretaron unos a otros de la misma forma en que la rosácea piel nueva se cierra en torno a una herida. Todos se volvieron resueltamente positivistas, estudiadamente esperanzados, ostentosamente considerados con los demás. Delagard declaró que tomaría el mando del barco personalmente. Para equilibrar los turnos, Onyos Felk fue trasladado al primer equipo, donde estaría al mando del grupo Martello-Kinverson-Braun, y Delagard dirigiría el nuevo equipo de Golghoz-Henders-Thane.

Tras la pérdida del control al enterarse de la muerte de Struin, Delagard presentó una imagen de fría competencia, de máxima impavidez. Se mantenía firme y erguido sobre el puente, observando al equipo de día que se movía por la arboladura. El viento soplabá de forma constante desde el este. Los navíos continuaron su avance.

Tres días más tarde, las manos de Lawler continuaban escociendo a causa de la quemadura que le había causado la criatura rediforme, y aun tenía los dedos muy rígidos. El elaborado dibujo de líneas rojas se había desteñido hasta un marrón apagado, pero quizá Pilya tuviera razón al decir que le quedarían cicatrices. Eso no le molestaba demasiado; ya tenía muchas cicatrices provocadas por descuidos a lo largo de los años. Pero le preocupaba la rigidez de sus dedos. Necesitaba tener un tacto delicado no sólo por alguna ocasional cirugía, sino para las revisiones de tacto y palpado que llevaba a cabo en la piel y estructura muscular de sus pacientes y que formaban parte del proceso de diagnóstico. No podía leer los mensajes de sus cuerpos con unos dedos que parecían trozos de madera.

También Pilya parecía preocupada por las manos de Lawler. Cuando subió a la cubierta para realizar su turno y lo vio, vino hacia él y le cogió las manos delicadamente entre las suyas, de la misma forma que lo había hecho un momento después de la muerte de Gospo Struin.

—No tienen buen aspecto —dijo la joven—. ¿Te estás poniendo el ungüento?

—Con absoluta fidelidad. Sin embargo, el ungüento ya no puede hacer mucho más.

—¿Y la otra medicina, las gotas rosadas? ¿El analgésico?

—Oh, sí, sí. No pensaría siquiera en dejar de tomarlo.

Ella frotó suavemente sus dedos sobre los de él.

—Eres un hombre tan bueno, tan serio... Si te ocurriera algo se me rompería el corazón. Sentí miedo cuando te vi luchando con esa cosa que mató al capitán; y cuando vi que tenías las manos lastimadas...

Una expresión de la más pura devoción se apoderó de su rostro como un amanecer, de planos angulosos y nariz chata. Las facciones de Pilya eran toscas y carentes de belleza, pero sus ojos eran cálidos y brillantes. El contraste que había entre su cabello dorado y su piel olivácea y lustrosa era muy atractivo. Era una muchacha sólida y sin complicaciones, y la emoción que manifestaba en aquel momento era la de un amor incondicional, fuerte y sin problemas. Cautelosamente, ya que no quería rechazarla con demasiada crueldad, Lawler retiró las manos de entre las de ella, al tiempo que le dedicaba una sonrisa benevolente y evasiva. Hubiera sido fácil aceptar lo que ella le ofrecía, buscar un rincón apartado en la bodega de carga y disfrutar de los placeres que se había negado a sí mismo durante tanto tiempo... —no era un sacerdote, se recordó; no había hecho voto alguno de celibato—, pero de alguna manera había perdido la fe en sus propias emociones. Estaba poco dispuesto a confiar en sí mismo, aun en el caso de una aventura tan poco amenazadora como aquélla.

—¿Crees que viviremos? —le preguntó ella de pronto.

—¿Vivir? Por supuesto que vamos a vivir.

—No —dijo ella—. Aún tengo miedo de que vayamos a morir en el mar, todos nosotros. Gospo no fue más que el primero.

—Todo irá bien —dijo Lawler—. Te lo dije el otro día, y te lo repito. Gospo tuvo mala suerte, eso es todo. Siempre hay alguien que tiene mala suerte.

—Yo quiero vivir. Quiero llegar a Grayvard. Allí habrá un esposo esperándome; la hermana Thecla me lo predijo cuando me leyó la buena ventura antes de partir. Me dijo que cuando llegara al final de este viaje encontraría un esposo.

—La hermana Thecla dijo un montón de cosas descabelladas acerca de lo que iba a ocurrirnos al final de este viaje. No deberías prestarles atención alguna a los adivinos. Pero, si lo que deseas es un esposo, Pilya, espero que la hermana Thecla te haya dicho la verdad a ti.

—Un hombre mayor es lo que yo quiero. Alguien inteligente y fuerte, que me enseñe cosas además de amarme. Nadie me ha enseñado nunca nada, ¿sabes?, excepto la forma de trabajar en un barco, así que he trabajado en barcos, y navegado de aquí para allá, de aquí para allá para Delagard, y nunca he tenido un esposo; pero ahora quiero tenerlo. Ya es mi hora. Soy bien parecida, ¿no crees?

—Eres muy bonita —dijo Lawler.

Pobre Pilya, pensó. Se sintió culpable por no amarla. Ella se apartó de él, como si reconociera que aquella charla no iba en la dirección correcta.

—Estoy pensando en esos pequeños objetos de la Tierra que me mostraste —dijo, pasado un momento—. Las cosas que tienes en el camarote. Esas cosas tan bellas. ¡Qué bonitas son! Te dije que quería una, y me dijiste que no, que no podías dármela, pero de todas formas ya he cambiado de idea. No quiero ninguna. Pertenecen al pasado, y yo sólo quiero el futuro. Tú vives demasiado en el pasado, doctor.

—Es un lugar más grande que el futuro, para mí. Hay más espacio para mirar alrededor.

—No. El futuro es muy grande. El futuro continúa para siempre jamás. Espera y verás si no tengo razón. Deberías tirar esas cosas. Sé que nunca lo harás, pero deberías.

Le dedicó una sonrisa tierna y tímida.

—Tengo que subir a la arboladura, ahora —dijo—. Eres un hombre muy agradable. Creí que debía decírtelo. Sólo quiero que sepas que tienes una amiga, si la necesitas.

Luego se volvió y se alejó a toda velocidad. Lawler la observó mientras subía por el mástil. Pobre Pilya, volvió a pensar. Qué muchacha tan dulce eres. Nunca podría amarte, no de la forma en que yo necesitaría amarte. Pero eres muy hermosa.

Ella subió ágil y rápidamente, y al cabo de un momento estaba en lo alto. Subió como uno de los monos que él recordaba de los libros de cuentos de su infancia, aquellos libros llenos de cuentos del incomprensible mundo de grandes territorios que había sido la Tierra, ese lugar de junglas, desiertos, glaciares, monos y tigres, camellos y veloces caballos, osos polares, morsas y cabras que saltaban de peñasco en peñasco. ¿Qué eran los peñascos? ¿Qué eran las cabras? Él había tenido que inventarlos por sí mismo a partir de las vagas descripciones de los cuentos. Las cabras eran peludas y larguiruchas, con patas enormemente largas que tenían la elasticidad del acero. Los riscos eran toscas planchas de roca puestas de canto —similares a las tablas de madera de fuco, aunque mucho más duras—. Los monos eran como hombrecillos feos, marrones, peludos y astutos, que se movían por las copas de los árboles, chillando y parlotando. Bueno, pues Pilya no se parecía en absoluto a eso, pero se movía allá arriba como si se tratara de su propio elemento.

A Lawler le impresionó el darse cuenta de que no era capaz de recordar cómo había sido hacer el amor con la madre de Pilya, Anya, hacía veinte años. Recordaba que lo había hecho. Pero el resto, los sonidos, la forma en que se movía, la forma de sus pechos... había desaparecido de su memoria. El sonido de su voz estaba tan perdido como la Tierra misma, como si nunca hubiera ocurrido. Recordaba que Anya había tenido el mismo cabello dorado y la misma piel oscura y suave que tenía Pilya, pero le parecía que sus ojos habían sido azules.

Lawler se había sentido muy desdichado después de la marcha de Mireyl. En aquella época sangraba por un millar de heridas, y entonces apareció Anya y le ofreció un poco de consuelo. De tal madre, tal hija. ¿Harían el amor de la misma forma las madres y las hijas, inconscientemente impulsadas por alguna fuerza genética? ¿Cambiaría y se desdibujaría Pilya en sus brazos para transformarse a los ojos de él en su madre? Si abrazaba a Pilya, ¿recobraría acaso los perdidos recuerdos de Anya? Lawler meditó acerca de aquello mientras se preguntaba si valdría la pena averiguarlo. No, decidió. No.

—¿Estudiando las flores acuáticas, doctor? —preguntó el padre Quillan, que estaba justo a su lado.

Lawler volvió la cabeza. Quillan tenía una forma extrañamente furtiva de acercarse: se materializaba en el aire como si fuera un ser de ectoplasma y avanzaba hacia uno sin que pareciera moverse en absoluto; y luego estaba junto a uno, resplandeciente de inquietudes metafísicas.

—¿Flores acuáticas? —preguntó Lawler, distraídamente, medio divertido por haber sido pillado en medio de especulaciones tan lascivas como las que lo ocupaban—. Oh. Allí. Sí, ya las veo.

¿Cómo podría no haberlas visto? En aquella brillante mañana soleada había flores acuáticas esparcidas por todas partes sobre el océano. Sus tallos erectos y frescos de alrededor de un metro de altura tenían una estructura brillante llena de esporas en el extremo superior, con pétalos de colores muy llamativos —escarlata brillante con amarillo

y vetas verdes— y unas curiosas vejigas negras hinchadas de aire en la parte inferior. Las vejigas de aire estaban justo debajo de la superficie para mantener a flote las flores acuáticas. Incluso cuando las golpeaba una ola alta, las plantas volvían a salir inmediatamente a flote y recobraban su posición perpendicular, como tentempiés a los que se golpea una y otra vez y nunca dejan de rebotar.

—Son un milagro de resistencia —dijo Quillan.

—Una lección para nosotros, sí —sentenció Lawler, repentinamente inspirado—. Debemos intentar emularlas en todo momento. En esta vida recibimos golpes y más golpes, y cada vez debemos volver a ponernos de pie. Las flores acuáticas deberían ser nuestro modelo: invulnerables a todo, absolutamente resistentes, capaces de hacer frente a cualquier adversidad. Pero, en realidad, no rebotamos tan bien como las flores acuáticas, ¿verdad, padre?

—Yo diría que usted sí, doctor.

—¿Yo?

—Se lo tiene en muy alta consideración, ¿lo sabía usted? Todos aquellos con los que he hablado aprecian muchísimo su paciencia, su inteligencia, su fuerza de carácter. Especialmente su fuerza de carácter. Me han dicho que es usted una de las personas más firmes, fuertes y resistentes de la comunidad.

Aquello sonaba como la descripción de alguien completamente diferente, alguien muchísimo menos frágil e inflexible que Valben Lawler. Rió entre dientes.

—Puede que tenga ese aspecto visto desde fuera, pero... ¡qué equivocados están todos!

—Siempre he creído que una persona es lo que los demás opinan que es —dijo el sacerdote—. Lo que usted pueda pensar de usted mismo es completamente irrelevante y nada fiable. El valor de cada uno sólo puede determinarse de forma válida a través de las valoraciones de los demás.

Lawler le lanzó una rápida mirada de asombro. Su rostro alargado y austero parecía absolutamente serio.

—¿Es eso lo que usted cree? —preguntó Lawler, y advirtió que una nota de irritación se había infiltrado en su voz—. Hacía mucho tiempo que no oía nada tan descabellado. Pero no, claro, usted está simplemente jugando conmigo, ¿verdad? A usted le gustan los juegos de toda especie.

El sacerdote no le dio respuesta alguna. Ambos guardaron silencio, uno junto al otro, en el tibio sol de la mañana. Lawler miró el vacío que había a lo lejos. La imagen se desenfocó y se convirtió en un borrón de colores oscilantes, una nube de flores acuáticas.

Pasados unos minutos, miró más atentamente lo que ocurría en el mar.

—Creo que ni siquiera las flores acuáticas son invulnerables, ¿eh? —dijo, señalando un punto en el agua.

La boca sumergida de alguna criatura enorme, que permanecía invisible en el lado más lejano del campo de flores, se movió lentamente justo por debajo de la superficie y se abrió como una enorme caverna, en la que las flores brillantemente pintadas cayeron por docenas.

—Uno puede ser muy resistente, pero finalmente siempre viene algo que lo engulle. ¿No lo cree así, padre Quillan?

La respuesta de Quillan se perdió en una repentina ráfaga de brisa. Se hizo otro largo silencio frío. Lawler aún podía oír a Quillan que decía: «Lo que usted pueda pensar de usted mismo es completamente irrelevante y nada fiable». Era un completo disparate, ¿o no? Por supuesto que lo era.

Y entonces Lawler oyó que su propia voz decía:

—Padre Quillan, ¿por qué decidió usted venir a Hydros?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué? Éste es un sitio condenadamente inhóspito para los humanos. No fue diseñado para nosotros, y sólo conseguimos vivir en él en condiciones muy incómodas. Además, no es posible marcharse una vez se llega aquí. ¿Por qué quiso usted condenarse para siempre a un mundo como éste?

Los ojos de Quillan adquirieron una curiosa animación.

—Vine aquí porque encontraba a Hydros irresistiblemente atractivo —dijo con un cierto fervor.

—Eso no es realmente una respuesta.

—Bueno... —en la voz del sacerdote había un tono cortante nuevo, como si Lawler lo impulsara a decir cosas que él prefería callar—. Digamos que vine aquí porque es el sitio en el que acaban finalmente todos los marginados de la galaxia. Es un mundo enteramente poblado por inadaptados, rechazados, los sobrantes del cosmos. Eso es lo que es, ¿no?

—Por supuesto que no.

—Verá, todos ustedes son descendientes de criminales. En el resto de la galaxia ya no existen criminales. En los otros mundos, todos están en sus cabales ahora.

—Lo dudo mucho —Lawler no podía creer que Quillan hablara en serio—. Algunos de nosotros somos descendientes de criminales, sí; eso no es ningún secreto. O más bien, la gente de la que se dijo que eran criminales, en todo caso. Mi tatarabuelo, por ejemplo, fue enviado aquí porque tuvo mala suerte, nada más. Mató accidentalmente a un hombre. Pero digamos que tiene usted razón, que somos meramente desechos y descendientes de desechos. ¿Por qué iba usted a querer vivir entre nosotros, pues?

Los fríos ojos azules del sacerdote se iluminaron intensamente.

—¿Es que no resulta obvio? Mi sitio está aquí.

—¿Para practicar su santa obra entre nosotros y conducirnos a la gracia de Dios?

—Ni en lo más mínimo. Vine aquí por mis propias necesidades, no por las de ustedes.

—Ah. Así que vino aquí por puro masoquismo, por una especie de necesidad de castigarse a sí mismo. ¿Fue por eso, padre Quillan? —Quillan guardó silencio, pero Lawler supo que debía de estar en lo cierto—. ¿Castigo, por qué? ¿Por un crimen? Acaba usted de decirme que ya no existen los criminales.

—Mis crímenes han estado dirigidos contra Dios, lo que fundamentalmente me convierte en uno de ustedes. Un marginado, un exilado a causa de mi naturaleza inherente.

—Crímenes contra Dios —dijo Lawler, pensativamente. Dios era para él un concepto tan remoto y misterioso como los monos y las junglas, las cabras y los peñascos—. ¿Qué tipo de crímenes pudo usted cometer contra Dios? Si es omnipotente, presumiblemente es también invulnerable, y si no es omnipotente, ¿cómo puede ser Dios? De todas formas, hace una o dos semanas me dijo usted que no sabía si creía o no en Dios.

—Eso por sí mismo es un crimen contra Él.

—Sólo si cree usted en Él. Si Dios no existe, ciertamente usted no puede causarle daño alguno.

—Tiene usted un argumento sinuoso, con la forma de hablar de un sacerdote —dijo aprobadoramente Quillan.

—¿Hablaba en serio el otro día, cuando me dijo que no estaba seguro de su fe?

—Sí.

—¿No está haciendo juegos verbales conmigo? ¿No me está haciendo objeto de un poco de cinismo barato para pasar un breve momento de diversión?

—No. En absoluto. Se lo juro.

Quillan tendió una mano y asió una muñeca de Lawler con un gesto extrañamente íntimo, confidente, que en otro momento Lawler podría haber considerado como una intrusión inaceptable, pero que en aquel momento parecía casi simpático. Cuando el sacerdote habló, lo hizo con una voz baja y clara.

—Me consagré al servicio de Dios cuando era aún muy joven. Ya sé que eso suena bastante pomposo, pero en la práctica es un trabajo duro y desagradable. No sólo por las largas sesiones de oración en habitaciones desnudas y frías a intempestivas horas de la mañana y de la noche, sino por tener que llevar a cabo tareas tan horribles que sólo las de un médico, supongo yo, se podrían comparar. El lavarles los pies a los pobres, por decirlo de alguna manera. Muy bien, si así debía ser. Yo sabía que era para eso para lo que me había presentado voluntariamente y no pretendo medalla alguna por ello; pero lo que yo no sabía, Lawler, lo que nunca imaginé ni remotamente al comienzo, era que cuanto más profundizara en el servicio de Dios a través del servicio a la Humanidad sufriente, más vulnerable sería a los períodos de absoluta muerte espiritual.

»Tuve largos períodos en los que sentía que se había cortado la conexión con el Universo que me rodeaba, en los que los seres humanos me parecieron tan alienígenas como los alienígenas mismos, en los que no quedaba en mí ni el más débil rastro de fe en el alto Poder al que había jurado dedicar mi vida. Momentos en los que me sentía tan completamente solo que no tengo palabras para describírselo. Cuanto más duramente trabajaba, menos sentido parecía tener todo. Es una broma muy cruel: yo deseaba alcanzar la gracia de Dios, y a cambio Él me daba duras dosis de su ausencia. ¿Me sigue, Lawler?

—¿Y qué cree usted que le provocó esa muerte de espíritu?

—Para averiguarlo es para lo que he venido aquí.

—Pero ¿por qué aquí?

—Porque aquí no hay iglesia. Porque aquí sólo hay comunidades humanas muy fragmentarias. Porque el planeta mismo es hostil; y porque es un lugar sin retorno, como la vida misma.

En los ojos de Quillan danzaba algo que escapaba a la comprensión de Lawler, algo tan desconcertante como una vela que quemara hacia abajo en lugar de hacia arriba. Parecía estar mirando a Lawler desde alguna aniquiladora eternidad de la que sabía que había venido y a la que anhelaba regresar.

—Quería liberarme aquí, ¿comprende? Y de esa forma encontrar a Dios. O al menos, encontrarme a mí mismo.

—¿A Dios? ¿Dónde? ¿En algún lugar de ahí abajo, en el fondo de este océano enorme?

—¿Por qué no? No parece estar en ninguna otra parte, ¿no cree?

—Pues no tengo forma de saberlo —comenzó a decir Lawler, pero en ese momento les llegó un grito.

—¡Tierra! —canturreó Pilya Braun en voz alta. Estaba en lo alto del trinquete, de pie sobre la verga—. ¡Isla al norte!

En aquellas aguas no había ninguna isla, ni hacia el norte ni hacia el sur, y tampoco al este o al oeste. De haberlas habido, todos los de a bordo la habrían estado buscando en el horizonte desde hacía días. Pero nadie había hablado de isla alguna en aquel lugar.

Onyos Felk, que estaba al timón, profirió un bramido de incredulidad. Mientras meneaba la cabeza, el cartógrafo caminó en dirección a Pilya sobre sus piernas cortas y estevadas.

—¿Qué estás diciendo, muchacha? ¿Qué iba a estar haciendo una isla en esta zona del mar?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —gritó Pilya. Se sujetó a las cuerdas con una mano y se balanceó muy por fuera de la borda—. ¿Es que acaso la puse yo allí?

—No puede haber una isla.

—¡Ven aquí arriba y compruébalo, viejo pescado!

—¿Qué? ¿Qué?

Lawler se protegió los ojos y miró a lo lejos. Lo único que se veía eran oscilantes flores acuáticas, pero Quillan le tiró ansiosamente de un brazo.

—¡Allí! ¿La ve?

¿Acaso la vería él? Sí, sí. Lawler no veía nada. Una fina línea marrón amarillenta, quizá, en el horizonte septentrional. ¿Sería eso una isla? ¿Cómo podía saberlo?

Ahora todos estaban en cubierta, dando vueltas de un lado para otro. En medio de todos apareció Delagard, con la preciosa carta marina amorosamente cogida con un brazo y un catalejo de metal amarillento en el otro. Onyos Felk corrió precipitadamente hacia él y tendió las manos para asir el globo. Delagard le echó una mirada venenosa y se lo quitó de encima con un siseo.

—Pero es que necesito mirar...

—Manten tus manos apartadas, ¿quieres?

—La muchacha dice que hay una isla. Quiero demostrarle que eso es imposible.

—Ha visto algo, ¿no es así? Quizá sea una isla. Tú no lo sabes todo, Onyos. Tú no sabes nada.

Con una energía furiosa y demoníaca, Delagard apartó de un empujón al torpe cartógrafo y comenzó a subir por el mástil valiéndose de los codos y los dientes, con el globo en el brazo derecho y el catalejo en el izquierdo. De alguna manera consiguió llegar a la verga, se acomodó sobre ella y miró por el catalejo. Debajo de él, en cubierta, había un tremendo silencio. Después de un rato infinitamente largo, Delagard miró hacia abajo.

—¡Que me jodan si ahí no hay una isla! —exclamó.

El dueño del barco le pasó el catalejo a Pilya y quedó fervientemente absorto en el globo, siguiendo los movimientos de las islas vecinas con exagerados recorridos de los dedos y los codos hacia afuera.

—No es Velmise, no. Tampoco es Salimil. ¿Kaggeram? No. No. ¿Kentrup?

Meneó la cabeza. Todos tenían los ojos fijos en él. Era una buena representación, pensó Lawler. Delagard le pasó a Pilya la carta de navegación, volvió a coger el catalejo y le dio a la muchacha una palmadita en el trasero. Volvió a mirar.

—¡Que Dios nos joda a todos! ¡Una isla nueva, eso es lo que es! ¡La están construyendo en este preciso momento! ¡Mira eso! ¡El enmaderado! ¡El andamiaje! ¡Que Dios nos joda a todos!

Arrojó el catalejo a cubierta. Dann Henders lo cogió hábilmente antes de que se estrellara y se lo llevó a un ojo, mientras los demás se reunían en torno a él. Delagard estaba bajando del mástil mientras murmuraba para sí mismo:

—¡Que Dios nos joda a todos! ¡Que Dios nos joda a todos!

El catalejo pasó de una mano a otra. Sin embargo, al cabo de pocos minutos el barco estaba lo suficientemente cerca de la nueva isla como para poder verla a ojo limpio. Lawler la miraba con fascinación y asombro. Era una estructura estrecha, de quizá unos veinte o treinta metros de ancho y cien metros de largo. El punto más alto se elevaba a sólo un par de metros del agua, una cresta que parecía el espinazo jorobado de alguna colosal criatura marina que tomaba el sol justo por debajo de la superficie. Alrededor de una docena de gillies se movían pesadamente por ella, poniendo las maderas en su sitio, atándolas, haciendo muescas con sus extrañas herramientas, rodeándolas de una apretada estructura fibrosa.

El mar de los alrededores hervía de vida y actividad. Algunas de las criaturas que estaban allí eran gillies, según pudo ver Lawler, gillies a montones. Las pequeñas cúpulas de sus cabezas asomaban y se sumergían en las suaves olas como la corola de las flores acuáticas. Pero también reconoció la larga, brillante y pulida silueta de los buzos que se movían entre ellos. Se dedicaban a subir madera de fuco leñoso desde las profundidades, según parecía, y se la pasaban a los gillies en el agua, los cuales la cortaban, la ajustaban y la pasaban por una cadena submarina hasta la playa de la nueva isla, donde otros gillies la levantaban en el aire y se ponían a prepararla para su instalación.

El *Estrella del Mar Negro* se había adelantado por estribor. En la cubierta se movían figuras que señalaban y hacían gestos con las manos. Por el otro lado, el *Diosa de Sorve* estaba adelantando rápidamente con el *Tres Lunas* muy cerca, detrás.

—Eso de allí es una plataforma —gritó Gabe Kinverson—. En el lado norte de la isla, a la izquierda.

—¡Jesús, sí! —exclamó Delagard—. ¡Mira qué tamaño tiene!

Inmóvil, apenas un poco más allá de la isla, flotando junto a ella como si estuviera varada, había lo que parecía una segunda isla pero era de hecho la enorme criatura marina que la isla misma había parecido ser un momento antes. Las plataformas eran los animales más grandes que conocían los humanos, más grandes incluso que las bestias conocidas como bocas —parecidas a ballenas y que todo lo devoraban—; eran unas cosas enormes y compactas, vagamente rectangulares y tan inertes que muy bien podían haber sido islas. Navegaban a la deriva por todos los mares, filtrando pasivamente microorganismos a través de aberturas como pantallas que tenían por todo su perímetro.

Cómo conseguían tragar comida suficiente como para mantenerse, incluso alimentándose durante el día y la noche como lo hacían, era algo que escapaba a la comprensión de todos. Lawler imaginaba que debían de ser metabólicamente tan inactivas como la madera de deriva, meras masas gigantes de carne apenas sensible; y sin embargo, sus gigantescos ojos de color púrpura, dispuestos en tres hileras de seis a lo largo del lomo, cada uno de ellos más ancho que los hombros de un hombre, parecían poseer algún tipo de sombría inteligencia.

Mientras ellos vivieron en Sorve, de vez en cuando una plataforma había aparecido flotando, con la barriga a muy escasa distancia del tablaje del suelo de la bahía. Lawler recordó la ocasión en que se hallaba pescando en la bahía con un bote pequeño, y sin darse cuenta había remado hasta chocar directamente con una. Dio vuelta la cabeza y se halló mirando, con gran asombro, a aquellos grandes ojos tristes que le devolvían la mirada a través del agua transparente, con el desapego y la serenidad de un dios, y una extraña clase de compasión.

Parecía que aquella plataforma era utilizada como una mesa de trabajo. Sobre su lomo había grupos de gillies que trabajaban industriosamente con sus herramientas. Se desplazaban sobre ella con el agua hasta las rodillas, enroscando y torciendo largas hebras de fibra de algas que eran subidas a la plataforma desde el agua por unos tentáculos de color verde brillante. Los tentáculos eran tan gruesos como un brazo, muy flexibles, con dedos que irradiaban de los extremos. Nadie, ni siquiera Kinverson, tenía la más mínima idea de a qué criatura podían pertenecer.

—¡Qué maravillosa es la forma en que todas esas especies diferentes trabajan juntas! —dijo el padre Quillan.

Lawler miró al sacerdote.

—Nadie nunca había visto cómo se construía una isla. Al menos, que yo sepa. Hasta donde sabemos, todas las islas tienen cientos o incluso miles de años de antigüedad. ¿Es así, pues, cómo lo hacen? ¡Qué espectáculo!

—Algún día —sentenció Quillan—, la totalidad del planeta tendrá auténticos terrenos como los otros mundos. El fondo del mar se elevará dentro de algunos millones de años. Al construir estas islas artificiales y salir del mar para vivir en el exterior, los gillies se están preparando para su siguiente fase evolutiva.

Lawler parpadeó.

—¿Cómo sabe eso?

—En el seminario de Alborada estudié geología y evolución, ¿sabe? Aquí en Hydros no ha habido movimientos de corteza que empujaron a las cadenas montañosas y los continentes fuera del mar primordial, como ha ocurrido en los mundos con tierras, y por tanto todo ha permanecido al mismo nivel, la mayor parte sumergido. Pasado el tiempo, el mar consiguió erosionar las pocas formaciones de terreno que asomaban fuera del agua. Pero todo eso está destinado a cambiar. La presión está aumentando en el núcleo del planeta. Las presiones internas están creando lentamente turbulencias, y dentro de treinta millones de años, cuarenta millones, cincuenta a lo más...

—Espere —dijo Lawler—. ¿Qué está pasando allí?

Delagard y Dag Tharp se estaban gritando el uno al otro. También Dann Henders estaba mezclado en la discusión, con el rostro enrojecido y las venas de la frente hinchadas. Tharp era un hombre nervioso y excitable que siempre estaba discutiendo violentamente con alguien acerca de algo; pero ver cómo Henders —que habitualmente era suave y tranquilo— había perdido los estribos, atrajo inmediatamente la atención de Lawler. Se acercó a ellos.

—¿Qué sucede?

—Una pequeña insubordinación, eso es todo —respondió Delagard—. Puedo hacerme cargo de la situación, doctor.

La nariz ganchuda de Tharp se había puesto roja. Las bolsas de la piel de su garganta se estremecían.

—Henders y yo hemos sugerido navegar hasta la isla y pedirles a los gillies que nos concedan refugio —le explicó a Lawler—. Podríamos anclar en las proximidades y ayudarlos a construir la isla. Sería un compañerismo establecido desde el mismo principio. Pero Delagard dice que no, que vamos a continuar nuestro camino hasta Grayvard.

»¿Y tú sabes cuánto tiempo nos llevará llegar hasta Grayvard? ¿Cuántas astutas redes como ésa pueden subir a bordo antes de que lleguemos allí? Y sabe Dios qué más hay por aquí fuera... Kinverson dice que hasta ahora hemos sido tremendamente afortunados de no hallar nada hostil que merezca ser mencionado, pero ¿durante cuánto tiempo más podremos...?

—Grayvard es el sitio al que vamos —dijo Delagard con tono gélido.

—¿Lo ves? ¿Lo ves?

—Al menos deberíamos someterlo a votación, ¿no crees, doctor? —sugirió Henders—. Cuanto más tiempo permanezcamos en el mar, mayores serán los riesgos de que nos encontremos con la Ola, o con alguna de las horribles criaturas de las que nos ha hablado Kinverson, o con alguna tormenta asesina, con casi cualquier otra cosa. Aquí tenemos una isla que está siendo construida ahora mismo. Si los gillies están utilizando buzos y todas esas otras cosas para que los ayuden a construir, incluso una plataforma, ¿por qué no iban a aceptar además la ayuda de seres humanos, y agradecerla? ¡Pero ni siquiera vamos a tomar en consideración esa posibilidad!

Delagard le dirigió al ingeniero una mirada truculenta.

—¿Desde cuándo han querido los gillies nuestra ayuda? Usted ya sabe cómo eran las cosas en Sorve, Henders.

—¡Esto no es Sorve!

—Es exactamente igual en todas partes.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? —le espetó Henders—. Oye, Nid, tenemos que hablar con los otros barcos, y eso es lo único que hay que hacer. Dag, ve a llamar a Yáñez, Sawtelle y todo el resto, y...

—Quédate donde estás, Dag —ordenó Delagard.

Tharp paseó la mirada de Delagard a Henders y de vuelta, y no se movió. El mentón se le estremeció de ira.

—¡Escuchadme! —dijo Delagard—. ¿Queréis vivir en una miserable isla pequeña y plana a la que le faltan meses o años para estar acabada? ¿En qué viviremos? ¿En chozas de algas? ¿Veis allí alguna vaargh? ¿Hay alguna bahía que pueda traernos materiales útiles? Y, de todas formas, no nos aceptarán. Ellos saben que fuimos expulsados de Sorve de una patada en el culo. Todos los gillies de este planeta lo saben, creedme.

—Pero, si estos gillies no nos aceptan —dijo Tharp—, ¿cómo puedes estar seguro de que lo harán los gillies de Grayvard?

El rostro de Delagard enrojeció. Aquello pareció escocerle. Lawler se dio cuenta de que Delagard no había dicho absolutamente nada acerca de que hubiese arreglado la llegada a Grayvard con los auténticos dueños de la isla. Sólo habían sido los colonos humanos de Grayvard los que acordaron concederles refugio.

Pero Delagard se recobró rápidamente.

—Dag, no sabes de qué cojones estás hablando. ¿Desde cuándo tenemos que pedir el permiso de los gillies para emigrar de una isla a otra? Una vez que han aceptado a los seres humanos en una isla, les importa una mierda qué humanos sean. En realidad, apenas pueden distinguir un grupo de humanos de otro. Mientras no invadamos la zona gillie de la isla, no habrá problema alguno.

—Estás muy seguro de ti mismo —dijo Henders—. Pero ¿por qué recorrer todo el camino hasta Grayvard si no tenemos necesidad de hacerlo? Todavía no sabemos que sea imposible llamar a la puerta de una isla más cercana que aún no tenga población humana. Estos gillies de aquí podrían querer acogernos. Y quizá estarían también encantados de recibir un poco de ayuda en la construcción de la isla.

—Claro —aseguró Delagard—. Les gustaría especialmente tener un operador de radio y un ingeniero. Eso sería exactamente lo que necesitan. Muy bien. ¿Vosotros dos queréis ir a esa isla? Nadad hasta ella, entonces. ¡Vamos! ¡Los dos, saltad por la borda, ahora mismo! —agarró a Tharp por un brazo y comenzó a arrastrarlo hacia la barandilla. Tharp lo miró con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas—. ¡Vamos! ¡Poneos en camino!

—Detente —dijo Lawler con suavidad.

Delagard soltó a Tharp y se inclinó hacia adelante mientras se balanceaba sobre las puntas de los pies.

—¿Tienes alguna opinión, doctor?

—Si ellos saltan por la borda, yo también lo haré.

Delagard se echó a reír.

—¡Joder, doctor! ¡Nadie va a saltar por la borda! ¿Qué demonios crees que soy?

—¿Quieres realmente que te responda a eso, Nid?

—Mira —dijo Delagard—, a lo que esto nos lleva es a algo muy simple. Éstos son mis barcos. Yo soy el capitán de este barco y el jefe de toda la expedición, y nadie va a disputarme eso. A causa de mi generosidad de espíritu y grandeza de corazón he invitado a todos los que vivían en Sorve a que navegaran conmigo hacia nuestro nuevo hogar en la isla de Grayvard. Allí es adonde vamos a ir. Una votación acerca de si deberíamos intentar establecernos en ese trozo de isla nueva está completamente fuera de lugar. Si Dag y Dann quieren vivir allí, muy bien, los escoltaré yo mismo en el deslizador. Pero no habrá ninguna votación ni cambio alguno en el plan básico del viaje. ¿Ha quedado eso claro? ¿Dann? ¿Dag? ¿Ha quedado eso claro, doctor?

Los puños de Delagard estaban apretados. Era un luchador, sin lugar a dudas.

—Según recuerdo yo —dijo Henders—, fuiste tú quien nos metió en este aprieto, Nid. ¿Fue eso también a causa de la generosidad de tu espíritu y la grandeza de tu corazón?

—Cállate, Dann —dijo Lawler—. Déjame pensar.

Miró en dirección a la nueva isla. Estaban entonces tan cerca de ella que podía distinguir el destello amarillo de los ojos de los gillies. Éstos parecían dedicarse a sus asuntos, sin hacer el menor caso de la flotilla de barcos que se acercaba.

De pronto, Lawler se dio cuenta de que Delagard tenía razón y que Henders y Tharp estaban equivocados. A pesar de lo mucho que se hubiera alegrado de acabar el viaje allí mismo y en aquel preciso momento, Lawler sabía que ni siquiera valía la pena intentar establecerse en aquel lugar. La isla era diminuta, sólo un listón de madera que apenas sobresalía del agua. Incluso en el caso de que los gillies estuvieran dispuestos a acogerlos, no habría allí sitio para ellos.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Por una vez, estoy contigo, Nid. Esa pequeña isla no es lugar para nosotros.

—Bien. Bien. Eres muy sensato. Siempre puedo contar con que tú adoptarás una postura razonable, ¿no, doctor? —hizo bocina con las manos y le gritó a Pilya, que estaba sobre la verga—. ¡A barlovento! ¡Salgamos de aquí!

—Deberíamos haber votado —protestó Dag Tharp de malhumor, frotándose el brazo.

—Olvidalo —le contestó Lawler—. Ésta es la flota de Delagard. Nosotros somos sólo invitados.

3

El tiempo atmosférico comenzó a cambiar de una manera radical a principios de la semana siguiente. Al avanzar los barcos por su ruta noroeste hacia la isla de Grayvard, comenzaron a dejar atrás las aguas tropicales, el sol fuerte y los cielos azules que reinaban perpetuamente en las latitudes centrales. Los mares eran templados. Las aguas eran frescas y de ellas se levantaban húmedas nieblas heladas cuando desde el ecuador soplaban brisas cálidas. La niebla desaparecía hacia mediodía, pero la gran bóveda celeste estaba salpicada por algodonosos bancos de nubes durante la mayor parte del tiempo, o incluso era amenazadora, cubierta de nubes bajas. Sin embargo, una sola cosa continuaba sin cambiar: no había llovido aún. Las precipitaciones no se habían presentado

desde que la pequeña flota había abandonado Sorve, y eso comenzaba a ser objeto de preocupaciones.

La apariencia del mar era diferente en aquella zona. Las aguas del mar Natal estaban ya muy lejos. Aquél era el mar Amarillo, separado de las aguas azules, al este, por una clara línea de demarcación. Una gruesa y desagradable capa de espuma de algas microscópicas del color del vómito, con largas vetas rojas que lo atravesaban como oscuros regueros de sangre, cubría la superficie en todas las direcciones hasta el mismo horizonte.

Era algo asqueroso, pero fértil. El agua hervía de vida, alguna de ella nueva y extraña. Unos peces rechonchos y grotescos, de cabeza ancha y tan grandes como un hombre, con escamas de color azul apagado y ojos negros que parecían ciegos, curiosaban en torno a los barcos como troncos flotantes. Ocasionalmente, un hermoso leopardo acuático aterciopelado se acercaba a una velocidad extraordinaria justo por debajo de ellos y se tragaba uno de un solo bocado.

Una tarde apareció de la nada, entre la nave capitana y la proa del barco de Bamber Cadrell, una cosa rechoncha y tubular de unos veinte metros de largo. Atravesó golpeando atronadoramente la estela de la nave capitana, levantándose en el aire y batiendo frenéticamente el agua con su afilado mentón; cuando acabó de pasar había trozos de peces azules de cabeza ancha flotando por todas partes sobre las amarillas olas. Entonces emergieron unas versiones más pequeñas de aquel pez-hacha y comenzaron a alimentarse.

En aquel mar también abundaban los peces de carne; nadaban en círculos concéntricos con sus tentáculos afilados en las puntas brillando como hojas de cuchillo, aunque se mantenían enloquecedoramente fuera del alcance de los anzuelos y arpones de Kinerson.

Ejércitos constituidos por millones de cosas pequeñas de muchas patas y cuerpos transparentes y brillantes, cortaban la espuma amarilla como si fueran guadañas, y abrían en ella anchos bulevares que se iban cerrando detrás de ellos. Gharkid subió a bordo una redada de aquellos bichos; luchaban y se golpeaban contra la red, llenos de pánico al hallarse en la luz del sol, e intentaban regresar al agua. Cuando Dag Tharp sugirió, con absolutamente ninguna seriedad, que podrían ser buenos para comer, Gharkid cocinó inmediatamente un puñado de ellos en su propia agua de mar de color amarillo y se los comió con cara de absoluta despreocupación.

—No están del todo mal —dijo Gharkid—. Pruébalos.

Dos horas más tarde parecía estar todavía bien. Otros corrieron el riesgo, entre ellos Lawler. Se los comieron con patas y todo. Los pequeños crustáceos eran crujientes, vagamente dulzones, aparentemente nutritivos. Nadie manifestó reacciones negativas. Gharkid pasó el día junto a la grúa, subiéndolos a bordo por millares, y por la noche hubo un gran banquete.

Otras formas de vida del mar Amarillo eran menos gratificantes. Los peces gelatina, verdes y ambulantes, inofensivos pero asquerosos, encontraron la forma de trepar por los flancos del casco hasta la cubierta en numerosos grupos, donde se pudrieron en cuestión de minutos. Tuvieron que ser arrojados por la borda, tarea que ocupó casi la totalidad del día.

En una determinada región se encontraron con las rígidas torres frutales negras de unas algas gigantes, que sobresalían del agua a alturas de siete u ocho metros du-

rante la mañana y estallaban en el calor del mediodía bombardeando a los barcos con miles de duras bolitas que hacían que todo el mundo se dispersara para ponerse a cubierto.

Y en aquellas aguas también había peces bruja. Alrededor de diez o veinte grupos de aquellas cosas parecidas a gusanos silbaban y zumbaban por encima de las olas en vuelos de alrededor de cien metros, batiendo desesperadamente sus correosas alas de ángulos agudos con una resolución fantástica y terrible, hasta que finalmente volvían a caer al agua. A veces pasaban lo suficientemente cerca del barco como para que Lawler pudiera distinguir la hilera de púas rojas y duras de sus lomos, momento en el que se llevaba la mano a la mejilla izquierda recordando el anterior incidente con uno de ellos.

—¿Por qué vuelan de esa manera? —le preguntó a Kinverson—. ¿Están intentando cazar algo que vive en el aire?

—No hay nada que viva en el aire —respondió Kinverson—. Lo más probable es que haya algo que esté intentando cazarlos a ellos. Ven una boca grande que se abre detrás de ellos, y despegan. Es una forma bastante buena de escapar. La otra ocasión en la que vuelan es cuando se están apareando. Las hembras salen a volar y los machos las persiguen. Los que vuelan más rápido y durante más tiempo son los que consiguen las chicas.

—Pues no es un mal sistema de selección, si uno está criado con finalidades de velocidad y resistencia.

—Esperemos que no tengamos que verlos en acción. Los hijos de puta salen por millares. Pueden llenar materialmente el aire, y están completamente enloquecidos por el apareamiento.

Lawler se señaló la zona irritada de la mejilla.

—Puedo imaginármelo. Uno de ellos chocó contra mí justo en este sitio, la semana pasada.

—¿Cómo era de tamaño? —preguntó Kinverson sin curiosidad.

—Quizá de unos quince centímetros.

—Ha sido una suerte para ti que fuera tan pequeño —aseguró Kinverson—. Hay muchos auténticos hijos de puta ahí fuera.

Tú vives demasiado en el pasado, doctor, había dicho Pilya. Pero ¿cómo podía no hacerlo? El pasado vivía en él. No sólo la Tierra, ese remoto planeta mítico; Sorve también, especialmente Sorve, donde se habían reunido su sangre y su cuerpo, su mente y su alma. El pasado se erguía constantemente en su interior. Se erguía en aquel preciso momento, mientras se hallaba junto a la barandilla mirando a la insólita inmensidad del mar Amarillo.

Tenía diez años de edad, y su abuelo le había pedido que fuera a su vaargh. El abuelo se había retirado de la práctica de la medicina tres años antes, y se pasaba el tiempo caminando a lo largo del dique marítimo. En aquel entonces estaba encogido y amarillento, y estaba claro que no le quedaba mucho tiempo más de vida. Era muy viejo, lo suficientemente viejo como para recordar a algunos de los colonos de la primera generación, incluso a su propio abuelo, Harry Lawler, Harry el Fundador.

—Tengo algo para ti, muchacho —dijo su abuelo—. Ven aquí, acércate más. ¿Ves ese estante de allí, Valben? ¿Sobre el que están las cosas de la Tierra? Tráemelas aquí.

En el estante había cuatro cosas de la Tierra: dos planas, redondas y metálicas, una grande de metal oxidado y un trozo de cerámica pintada. En otra época había habido seis, pero la estatuilla y el trozo de piedra estaban ahora en la vaargh del padre de Valben. El abuelo ya había comenzado a repartir sus pertenencias.

—Toma, muchacho —le dijo el abuelo—. Quiero que tú tengas esto. Perteneció todo a mi abuelo Harry, que lo heredó de su abuelo, que se lo llevó de la Tierra cuando salió al espacio. Ahora es tuyo —dijo, y le entregó el trozo de cerámica pintada de negro y anaranjado.

—¿No es para mi padre? ¿Ni para mi hermano?

—Esto es para ti —dijo el abuelo—; para que te recuerde la Tierra, y para que me recuerdes a mí. Tendrás cuidado de no perderlo, ¿verdad? Porque éstas son las únicas seis cosas que tenemos de la Tierra, y si las perdemos, no conseguiremos ninguna más. Toma, toma —lo depositó en las manos de Valben—. Esto es de Grecia. Quizá una vez perteneció a Sócrates, o a Platón, y ahora es tuyo.

Aquella fue la última vez que habló con su abuelo.

Durante varios meses llevó el trozo de cerámica consigo a todas partes, y cuando acariciaba los bordes dentados y ásperos le parecía que la Tierra volvía a vivir en sus manos, que el mismo Sócrates o el propio Platón le hablaban desde aquel trocito de cerámica. No importa quiénes hubieran sido.

Recordó cuando tenía quince años. Su hermano Coirey, que había huido al mar, estaba de visita en casa. Tenía nueve años más que él, y era el mayor de los tres hermanos. El del medio —Bernat— había muerto hacía tanto tiempo que Valben apenas lo recordaba. Coirey tendría que haberse convertido un día en el médico de la isla, pero no sentía interés alguno por la medicina. Esa profesión lo ataría a una sola isla. El mar, el mar, el mar, eso era lo que quería Coirey; así que se había marchado al mar, y habían llegado cartas suyas procedentes de lugares que para Valben no eran más que nombres: Velmise, Sembilor, Thetopal y Meisa Meisanda. Para esa época, Coirey había vuelto —sólo por unos días— haciendo escala en el viaje que lo llevaría hasta Simbalimak, en el mar de Azur, que estaba tan lejos que parecía de otro mundo.

Valben no lo había visto en cuatro años. No sabía qué esperar. El hombre que entró tenía el mismo rostro que su padre —el rostro que él mismo comenzaba a tener—, de rasgos fuertes, mandíbula poderosa y una larga nariz recta; pero estaba tan bronceado por el sol y el viento que su piel parecía un trozo de cuero de pez alfombra, y una rojiza marca le cruzaba una mejilla, una cicatriz hinchada que iba desde el rabillo del ojo hasta la comisura de la boca.

—Un pez de carne me atizó —dijo—. Pero yo también le di lo suyo —propinó a Valben un puñetazo suave en un brazo—. ¡Eh, cómo has crecido! Eres tan grande como yo, pero más escuálido. Necesitas echar un poco de carne sobre esos huesos —le guiñó un ojo—. Ven a verme a Meisa Meisanda alguna vez; allí saben lo que es comer. Cada día es día de banquete. ¡Y qué mujeres! ¡Qué mujeres, muchacho! —frunció el entrecejo—. Te gustan las mujeres, ¿no es cierto? Claro, por supuesto que sí. ¿Qué te parece, Val? ¿Vendrás conmigo a Meisa Meisanda cuando regrese del viaje a Simbalimak?

—Ya sabes que no puedo marcharme de aquí, Coirey. Tengo que estudiar.

—Estudiar.

—Papá me está enseñando medicina.

—Oh. Ya, ya. Lo había olvidado; vas a ser el próximo doctor Lawler. Pero primero podrías salir al mar conmigo durante una corta temporada, ¿no?

—No —respondió Valben—. No puedo.

Y entonces comprendió por qué su abuelo le había dado a él el fragmento de cerámica, y no a su hermano Coirey. Su hermano nunca más volvió a Sorve.

Recordó cuando tenía diecisiete años y estaba absorto en sus estudios de medicina:

—Ya es hora de que hagamos una autopsia, Valben —le dijo su padre—. Hasta ahora sólo sabes la teoría, pero ya tendrías que ver cómo es el cuerpo por dentro.

—Quizá deberíamos esperar hasta que acabe con mis lecciones de anatomía —apuntó él—. Así sabría mejor qué estoy viendo.

—Ésta es la mejor clase de anatomía que existe —insistió su padre.

Y lo llevó a la sala de cirugía, en cuya mesa yacía alguien cubierto con una ligera sábana de tela de lechuga acuática. La apartó, y se trataba de una mujer anciana con cabello gris y pechos flojos que le caían hacia las axilas; y un momento más tarde se dio cuenta de que la conocía, que estaba mirando a la madre de Bamber Cadrell, Samara, la esposa de Marius. Por supuesto que tenía que conocerla; sólo había sesenta personas en la isla, ¿y cómo podía resultarles desconocida ninguna de ellas? Sin embargo, la madre de Bamber... así, desnuda, muerta, tendida sobre la mesa de operaciones...

—Murió esta mañana, de manera fulminante. Se desplomó en su vaargh. Marius la ha traído. Muy probablemente se trata de su corazón, pero quiero verlo con seguridad y tú también deberías verlo —cogió la caja de instrumentos quirúrgicos y luego dijo—. Yo tampoco disfruté de mi primera autopsia, pero es algo necesario, Valben. Tienes que saber cómo son un hígado, un bazo, unos pulmones, un corazón, y no puedes aprenderlo con sólo leer acerca de ellos. Tienes que conocer la diferencia entre los órganos sanos y los enfermos; y aquí no disponemos de la cantidad suficiente de cuerpos en los que trabajar. Ésta es una oportunidad que no puedo permitir que pases por alto.

Escogió un escalpelo, le mostró a Valben cuál era la forma correcta de cogerlo, practicó la primera incisión, y comenzó a desnudar los secretos del cuerpo de Samara Gadrell.

Al principio fue desagradable, muy desagradable. Luego se dio cuenta de que podía tolerarlo, que se estaba acostumbrando al horror de aquello, a lo impresionante de tomar parte en la sangrienta violación del santuario del cuerpo.

Pasado un rato, cuando consiguió olvidar que aquello era una mujer a la que él había conocido durante toda su vida, y comenzó a pensar en ella sólo como un conjunto de órganos internos de diversos colores, texturas y formas, se sintió realmente fascinado.

Pero aquella noche, cuando estaba con Boda Thalheim detrás del tanque de la reserva de agua y le deslizaba las manos por el vientre plano, no pudo evitar pensar que debajo de aquel estrecho tambor de piel adorable y tirante había otro conjunto de órganos internos de colores, texturas y formas muy parecidos a aquellos que había visto durante la tarde, los brillantes rizos de los intestinos y todo lo demás, y que dentro de aquellos pechos redondos y firmes había intrincadas glándulas que apenas se diferenciaban de

las que llenaban los pechos flácidos de Samara Cadrell y que su padre le había mostrado pocas horas antes mediante diestros cortes de escalpelo. Y apartó las manos del brillante cuerpo de Boda, como si bajo sus caricias se hubiera convertido en el de Samara.

—¿Te ocurre algo malo, Val?

—No. No.

—¿No quieres hacerlo?

—Por supuesto que sí, pero... no lo sé...

—Vamos. Déjame que te ayude.

—¡Sí! Oh, Boda ¡Oh, sí!

Al cabo de un momento todo volvió a su curso normal, pero se preguntó si podría volver a tocar a una chica sin que las vividas imágenes de páncreas, riñones y trompas de falopio invadieran su mente sin ser deseadas. Entonces se le ocurrió que la de médico era una profesión realmente complicada.

Imágenes de tiempos pasados. Fantasmas que jamás lo abandonarían.

Tres días más tarde, Lawler bajó a la bodega de carga en busca de algunos medicamentos; llevaba una pequeña vela para alumbrar el recorrido. En la penumbra, casi chocó con Kinverson y Sundria que salían en ese momento de entre las cajas; estaban sudorosos y despeinados. Parecieron un poco sorprendidos al verlo, y no había muchas dudas respecto a qué habían estado haciendo.

Kinverson, desvergonzadamente, lo miró directamente a los ojos.

—Buenos días, doctor —dijo.

Sundria no pronunció palabra. Se cerró la parte delantera de la ropa que llevaba puesta y pasó de largo sin expresión en el rostro, apartando rápidamente los ojos de la mirada de Lawler. No parecía estar incómoda, sino retirarse a su propio mundo interior. Lawler, aunque herido, saludó con un movimiento de cabeza como si aquél fuera un encuentro completamente neutral, y continuó andando hacia el área de las reservas de medicamentos.

Era la primera prueba real que tenía de que eran amantes, y le resultó más doloroso de lo que esperaba. Las palabras de Kinverson acerca de los hábitos de apareamiento de los peces bruja volvieron a su mente. Se preguntó si no habrían estado dirigidas hacia él de una forma astuta y burlona: «Los tipos que vuelan más rápido y durante más tiempo son los que consiguen las chicas».

No. Lawler sabía que había tenido muchas oportunidades de iniciar una relación con Sundria cuando estaban en la isla. Él había decidido no hacerlo por razones que en aquel momento habían parecido tener sentido. Pero entonces, ¿por qué ahora se sentía tan herido?

La deseas más de lo que jamás admitirás ante ti mismo, ¿no es cierto?, se dijo. Sí, así era. Especialmente en aquel preciso momento. Pero ¿por qué? ¿Porque ella está liada con otro? ¿Y qué importancia tenía? La deseaba. Lawler ya lo había sabido antes, pero no había hecho nada al respecto. Quizá ya era hora de que comenzara a pensar más seriamente en por qué no lo había hecho.

Volvió a verlos juntos más tarde ese mismo día, a popa, junto a la grúa. Según todas las apariencias, Kinversion había pescado algo insólito y se lo estaba enseñando a ella, un cazador orgulloso que le ofrecía sus piezas a su mujer.

—Doctor —lo llamó Kinversion, asomando la cabeza por encima del borde del puente. Sonrió de una forma que era o blandamente amistosa o bien condescendiente—. Venga un momento arriba, ¿quiere? Aquí hay algo que podría interesarle.

El primer impulso de Lawler fue el de menear la cabeza y continuar su camino, pero no quería darles la satisfacción de que se dieran cuenta de que los evitaba. ¿De qué tenía miedo? ¿De ver las señales de las zarpas de Kinversion por toda la piel de ella? Se dijo a sí mismo que no debía ser tan estúpido.

Trepó por la escalerilla que conducía hasta la grúa. Kinversion tenía varios administrados de pesca sujetos a la cubierta: arpones, ganchos, sedales y demás. Allí estaban también las redes que Gharkid usaba para recoger algas. En un charco amarillo sobre el suelo del puente de la grúa yacía laxa una criatura elegante y verdosa, parecida a un buzo pero más pequeña, como si Kinversion acabara de subirla a bordo. Lawler no la reconoció. Era probablemente algún mamífero de los que respiraban fuera del agua, como ocurría con muchos de los habitantes de Hydros.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —preguntó.

—Bueno... Verás, no estamos seguros, doctor.

Tenía un hocico alargado en cuya punta había unos bigotes cerdosos y grises; una frente baja e inclinada, esbelto cuerpo aerodinámico y una prominente columna vertebral que acababa en una cola de tres aspas. Sus extremidades anteriores eran aplanadas, estrechas aletas parecidas en cierto modo a las de los gillies; acababan en unas garras grises, cortas y afiladas. Sus ojos negros, redondos y brillantes estaban abiertos. No parecía respirar, pero tampoco parecía muerto; los ojos tenían expresión. ¿Miedo? ¿Asombro? ¿Quién podía saberlo? Eran unos ojos extraños. Parecían preocupados.

—Quedó atrapado en una de las redes de Gharkid —dijo Kinversion— y lo he sacado para desenredarlo. ¿Sabes? Podrías pasarte toda la vida en este océano y nunca dejarías de ver criaturas nuevas —pateó un flanco del animal y éste respondió con un débil movimiento de la cola—. Este debe de haberse separado de los suyos, ¿no crees? Parece bastante pequeño.

—Déjame mirarlo más detalladamente —dijo Lawler.

Se arrodilló junto a la criatura y apoyó cautelosamente una mano sobre su flanco. Ahora detectaba los sonidos de una respiración suave. Tenía la piel tibia y húmeda, quizá afiebrada. El animal giró los ojos hacia atrás y siguió los movimientos de Lawler, pero sin manifestar mucho interés. Luego abrió su boca y Lawler se sobresaltó al ver un peculiar tejido leñoso en su interior, una estructura esférica de hilos fibrosos de color blanco y flojamente entretejidos que bloqueaba por completo la boca y la garganta del animal. Las hebras se unieron en forma de grueso tallo que desapareció por la garganta de la criatura.

Presionó el abdomen del animal con las manos y sintió rigidez en su interior, bultos y nudos en una zona en la que todo debería haber sido blando y liso. Agradeció que sus manos habían recuperado su sensibilidad, y eran capaces de leer la anatomía de la criatura como si la hubiera abierto con un escalpelo. Tocara por donde lo tocara, podía sentir los signos de algo invasor que crecía dentro de él. Giró a la criatura sobre la cu-

bierta y pudo ver que las mismas hebras leñosas le asomaban por el ano, debajo de la cola.

De pronto el animal profirió un sonido seco, cortante y estridente. La boca se le abrió mucho más de lo que Lawler hubiera creído posible. El enredo leñoso del interior asomó a la vista, alzándose por fuera de la boca del animal como si estuviera en la punta de una columna, y comenzó a balancearse de un lado a otro. Lawler se puso rápidamente de pie y se apartó.

Una cosa que tenía la apariencia de una pequeña lengua rosada se desprendió de la esfera leñosa y comenzó a moverse rápidamente, como enloquecida, sobre la cubierta; iba y venía a toda velocidad con una energía maníaca. Lawler le plantó la bota encima justo en el momento en que pasaba por su lado en dirección a Sundria. Una segunda lengua autónoma brotó de la esfera. También la aplastó. Y la esfera se movió perezosamente como si estuviera reuniendo la energía suficiente para producir unas cuantas más.

—Arroja esta cosa al mar, rápido —le dijo a Kinverson.

—¿Eh?

—Cógela y lánzala. Vamos.

Kinverson había estado observando el reconocimiento de una manera perpleja y remota, pero la urgencia del tono de Lawler consiguió hacerlo reaccionar. Deslizó una de sus manazas por debajo de la zona media del cuerpo del animal, lo levantó y lo arrojó al mar, todo con un solo movimiento. La criatura cayó a plomo al agua, inerte como un saco, pero en el último momento consiguió enderezarse y penetró suavemente de cabeza, gobernada por unos reflejos inherentes que aún funcionaban. Consiguió dar un poderoso coletazo y en un instante desapareció de la vista bajo el agua.

—¿De qué demonios iba todo eso? —preguntó Kinverson.

—Infección parasitaria. Ese animal estaba cargado del hocico a la cola con algún tipo de vegetación. Tenía la boca llena de ella, ¿es que no lo viste? Y también el resto del cuerpo. Estaba completamente invadido por ella, y en cuanto a esas lenguas pequeñas, calculo que se trataba de vástagos en busca de nuevos huéspedes.

Sundria se estremeció.

—¿Algo así como los hongos asesinos?

—Algo por el estilo, sí.

—¿Cree que podría habernos infectado a nosotros?

—Sin duda iba a intentarlo —dijo Lawler—. En un océano del tamaño de éste, los parásitos no pueden permitirse ser específicos; arraigan en lo primero que encuentran.

Miró por encima de la borda, casi esperando ver decenas de animales parasitados flotando impotentemente alrededor del barco. Pero allá abajo no había nada más que espuma amarilla veteada de rojo. Volviéndose hacia Kinverson, dijo:

—Quiero que suspendáis todas las tareas de pesca hasta que hayamos salido de esta zona del mar. Iré a buscar a Dag Tharp y le pediré que envíe la misma orden a los demás barcos.

—Necesitamos carne fresca, doctor.

—¿Quieres encargarte tú de examinar todo lo que se pesque para asegurarte de que no tenga parásitos?

—¡Demonios, no!

—En ese caso no pescaremos nada en esta zona. Es así de simple. Prefiero vivir de pescado seco durante un tiempo que tener una de esas cosas creciéndome en las entrañas. ¿Tú no?

Kinverson asintió solemnemente.

—Era una cosilla muy mona.

Un día después, cuando aún navegaban por el mar Amarillo, se encontraron con la primera ola de marea. Lo único sorprendente era que hubiese tardado tanto en llegar, si se tomaba en consideración que llevaban ya varias semanas en el mar.

Era imposible escapar a todas las olas de marea. Las tres lunas del planeta, pequeñas y de movimiento rápido, daban vueltas y vueltas sobre un recorrido orbital que se cruzaba formando intrincados dibujos. A intervalos regulares se alineaban, ejerciendo un efecto gravitacional combinado sobre la gran bola de agua en torno a la cual giraban. Aquello levantaba una enorme ola de marea que viajaba continuamente alrededor de la sección central de Hydros, a medida que el planeta giraba. Unas olas de marea más pequeñas, productos de los campos gravitacionales de cada luna por separado, se movían en sentido transversal respecto a la anterior.

Los gillies habían diseñado sus islas para que resistieran esos momentos en que las olas de la marea se cruzaban en sus caminos. En ciertas ocasiones excepcionales, las olas más pequeñas se cruzaban en el camino de la más grande y formaban lo que se conocía como la Ola. Las islas gillies estaban construidas para resistir incluso la Ola, pero los barcos y botes eran completamente impotentes frente a ella. La Ola era aquello a lo que todos los marineros temían más que a nada.

La primera ola de la marea fue una de las suaves. El día era bochornoso y húmedo y el sol estaba pálido, indistinto, sin vigor. Estaba de turno el primer equipo, compuesto por Martello, Kinverson, Gharkid y Pilya Braun.

—Mar picado a la vista —gritó Kinverson desde lo alto.

Onyos Felk, que estaba en la cabina del timón, echó mano al catalejo. Lawler, que acababa de salir a cubierta después de haber hecho su llamada médica matutina a los demás barcos, sintió que la cubierta descendía y corcoveaba bajo sus pies como si la nave hubiera puesto los pies sobre algo sólido. Una rociada de agua amarillenta le azotó el rostro.

Levantó los ojos hacia la cabina del timón. Felk le estaba haciendo gestos bruscos.

—Viene una ola —le gritó el cartógrafo—. ¡Métete adentro!

Lawler vio que Pilya y Leo Martello estaban asegurando las cuerdas que sujetaban las velas. Un momento después bajaron de un salto de las vergas. Gharkid ya se había ido bajo cubierta; Kinverson pasó al trote junto a él y le hizo señas.

—Vamos, doctor. No debe quedarse aquí afuera.

—No —reconoció Lawler, pero se quedó haraganeando un momento más junto a la barandilla.

Ahora la veía. Se dirigía hacia ellos desde el noroeste, como un pequeño mensaje de bienvenida procedente de Grayvard: una gruesa pared de agua gris en el horizonte, rodando hacia ellos a una velocidad impresionante. Lawler imaginó una especie de caña gigantesca que barría el mar justo por debajo de la superficie y empujaba aquella inexorable cresta hinchada. La precedía un viento frío y salado como melancólico heraldo.

—Doctor —repitió Kinverson desde la escotilla—. A veces barren la cubierta cuando caen sobre los barcos.

—Ya lo sé —dijo Lawler, pero la fuerza de la ola que se aproximaba lo fascinaba y atraía.

Kinverson desapareció en el interior del barco con un encogimiento de hombros. Lawler quedó solo en la cubierta. Se dio cuenta que muy bien podían cerrar la escotilla y dejarlo ahí fuera. Le echó una última mirada a la ola, y luego corrió hacia la puerta. Todos —excepto Henders y Delagard— estaban en la escalerilla, preparándose para el impacto inminente.

Kinverson cerró la puerta detrás de Lawler y la bloqueó con unos listones. De las profundidades del barco se levantó un extraño sonido rechinante, en la zona de popa.

—Se está encendiendo el magnetrón —dijo Sundria Thane.

Lawler se volvió hacia ella.

—¿Usted ha pasado antes por esto?

—Con demasiada frecuencia. Esta no será muy fuerte.

El sonido rechinante se hizo más alto. El magnetrón envió una flecha de energía que golpeó contra el núcleo fundido del planeta y proporcionó una fuerza contraria capaz de levantar el barco a un metro o dos de la superficie del agua, o un poco más si era necesario, lo suficiente como para que quedara por encima del empuje más poderoso de la ola.

El campo de desplazamiento magnético era un aparato de supertecnología que los seres humanos habían conseguido traer consigo de otros mundos de la galaxia. Dann Henders había dicho una vez que un aparato tan poderoso como el magnetrón podría tener aplicaciones mucho más útiles para los colonos que la de mantener a flote los barcos de Delagard, y muy probablemente tenía razón en eso; pero Delagard mantenía los magnetrones encerrados en sus barcos. Eran de su propiedad, las joyas de la corona del imperio marítimo Delagard, los cimientos de la fortuna familiar.

—¿Ya estamos arriba? —preguntó Lis Niklaus, intranquila.

—No, cuando cese de rechinar —respondió Neyana Golghoz—. Eso es. Ahora.

Todo quedó en silencio. El barco estaba flotando justo en la cresta de la ola, pero sólo por un momento: el magnetrón, a pesar de lo potente que era, tenía sus límites. Pero un momento fue suficiente. La ola pasó, el barco se deslizó suavemente por encima y descendió luego para aterrizar en el interior de la concavidad que se formaba detrás. Al recobrar su primitiva posición sobre el agua, la nave osciló, se estremeció y sacudió. El impacto del descenso fue mayor de lo que Lawler había esperado, y tuvo que esforzarse para no caer.

Un momento después, todo había pasado. Volvían a flotar sobre la quilla equilibrada. Delagard apareció por la escotilla que conducía a la bodega de carga, con una cálida sonrisa de autofelicitación. Dann Henders estaba justo detrás de él.

—Ya está, muchachos —les anunció el dueño del barco—. Volved a vuestros puestos. Adelante.

El mar estaba suavemente agitado a causa del paso de la ola y se mecía como una cuna. Cuando Lawler volvió a cubierta pudo verla alejarse en dirección sureste, una ondulación menguante que atravesaba la espumosa superficie del mar. Vio la bandera amarilla del *Sol Dorado*, la roja del *Tres Lunas*, la verde y negra del *Diosa de Sorve*. Más lejos pudo distinguir los otros dos barcos, aparentemente sanos y salvos.

—No fue muy fuerte —le dijo a Dag Tharp, que había salido justo detrás de él.

—Espera —respondió Tharp—. Tan sólo espera.

4

El mar volvió a cambiar. La zona por la que pasaban era barrida por una corriente fría y rápida que provenía del norte y abría una brecha entre las algas amarillas. Primero no era más que una estrecha lista de agua clara que atravesaba la espuma; luego se convirtió en una banda más ancha y cuando la flotilla entró en el cuerpo principal de la corriente, toda el agua que los rodeaba era de un azul límpido y puro.

Kinverson le preguntó a Lawler si creía que la vida marina de aquella zona estaría libre de la planta parasitaria. Hacía días que los viajeros no comían pescado fresco.

—Pesca algo y echemos un vistazo —le dijo Lawler—. Pero ten cuidado cuando lo subas a cubierta.

Pero no hubo pesca alguna. Las redes subieron vacías y los anzuelos intactos. En aquellas aguas vivían peces, montones de ellos, pero se mantenían a distancia del barco. A veces podían divisarse cardúmenes, que se alejaban nadando vigorosamente. Los otros barcos informaron de la misma situación. Era igual que si estuvieran navegando por aguas desiertas.

A la hora de comer se oían refunfuños en la cocina.

—Yo no puedo cocinarlos si nadie los pesca —protestaba Lis Niklaus—. Hablad con Gabe.

Kinverson permanecía impasible. Inmutable.

—No puedo pescarlos si no se acercan a nosotros. Si no os gusta, echaos al agua y nadad detrás de ellos para cogerlos con vuestras propias manos, ¿de acuerdo?

Los peces continuaban alejados del barco, pero ahora estaban entrando en una zona que era rica en algas de varias clases nuevas: flotantes masas rojas apretadamente entretrejidas se mezclaban con otras de largas hojas anchas y succulentas, de color verdiazul. Gharkid pasó momentos gloriosos con ellas.

—Serán buenas para comer —anunció—. Eso sí que lo sé. Obtendremos una buena nutrición de ellas.

—Pero si nunca has visto este tipo de algas antes... —objetó Leo Martello.

—Puedo diferenciarlas. Éstas son buenas para comer.

Gharkid las probó por sí mismo, de aquella manera inocente y temeraria que tenía y que Lawler encontraba extraordinaria. El alga roja, informó, sería apropiada para las ensaladas. La verdiazul sería mejor cocinarla con un poco de aceite de pescado. Pasó todo el día en la grúa, izando una carga tras otra hasta que la mitad de la cubierta estuvo llena de montones de algas empapadas.

Lawler se le acercó cuando estaba sentado separando un resbaladizo montón confuso del que aún se desprendía vapor de agua. Pequeñas criaturas se paseaban por entre las algas enredadas: caracoles, cangrejos y crustáceos diminutos con conchas muy brillantes, parecidas a castillos de hadas. Gharkid no parecía preocuparse por la posibilidad de que alguno de aquellos diminutos pasajeros pudiera tener un aguijón venenoso, mandíbulas que pudieran morder, excreciones tóxicas o peligros de naturaleza desconocida. Los quitaba al peinar sus algas con un peine de caña, o utilizando las manos cuando resultaba más rápido. Al acercarse Lawler, Gharkid le dedicó una ancha sonrisa en la que los dientes destellaron vivamente contra el fondo oscuro de su rostro.

—El mar ha sido bueno con nosotros hoy —dijo—. Nos ha enviado una buena cosecha.

—¿Dónde aprendió lo que sabe de plantas, Natim?

Gharkid pareció desconcertado.

—En el mar, ¿dónde si no? Del mar proviene nuestra vida. Uno entra en él y busca lo que es bueno. Prueba esto, prueba lo otro. Y uno recuerda... —desenredó algo de un montón de algas rojas anudadas y lo sostuvo en el aire con deleite, para que Lawler lo examinara—. Esta es muy dulce. Muy delicada.

Era una especie de babosa marina, amarilla con pequeñas motas rojas; parecía un trozo de la espuma amarilla que habían dejado atrás. Una docena de ojos negros del tamaño de yemas de dedos, curiosamente intensos, oscilaban en la punta de unos tallos gruesos. Lawler no consiguió ver ni dulzura ni delicadeza en aquella criatura rechoncha, pero Gharkid parecía encantado con ella. Se la acercó a la cara y le sonrió. La arrojó al mar por encima de la borda.

—Es la criatura bendita del mar —dijo Gharkid, en un tono de benevolencia tan lleno de cariño que hizo que Lawler se sintiera molesto e irritado.

—Se preguntará usted con qué propósito fue creada —dijo.

—Oh, no, doctor, señor. Nunca me pregunto esas cosas. ¿Quién soy yo para preguntarle al mar por qué hace lo que hace?

Por su tono reverente, casi parecía que consideraba al mar como a un dios. Quizá fuera así. De una forma u otra, era una pregunta que no requería respuesta alguna, una pregunta que le resultaba imposible de manejar a cualquiera con la estructura mental de Lawler. No sentía ningún deseo de tratar con aire paternal a Gharkid y mucho menos de ofenderlo; se sentía casi impuro ante la inocencia y el deleite que manifestaba.

Lawler sonrió rápidamente y se alejó. En la cubierta vio al padre Quillan, que los había estado estudiando desde lejos.

—He estado observando cómo trabaja —comentó el sacerdote—. Cómo escoge entre todas esas algas, las separa, las amontona por separado. No se detiene nunca. Parece muy tranquilo, pero en alguna parte del interior de ese hombre hay una furia. Dígame, ¿qué sabe usted de él?

—¿De Gharkid? No mucho. Es reservado, poco hablador. No sé de dónde vino; apareció por Sorve hace algunos años. No parece interesarse por nada excepto las algas.

—Es un misterio.

—Sí, un misterio. Yo solía creer que era un pensador que estaba resolviendo Dios sabe qué problema filosófico en la privacidad de su propia cabeza. Pero ahora ya no estoy tan seguro de que ahí dentro ocurra nada, salvo la contemplación de las algas. Es fácil confundir el silencio con la profundidad, ya sabe. En los últimos tiempos estoy llegando a la conclusión de que es tan simple como aparenta ser.

—Bueno, eso es posible —reflexionó el sacerdote—. Pero me sorprendería mucho. De hecho, yo nunca he conocido a un hombre verdaderamente simple.

—¿Lo dice en serio?

—Uno puede pensar eso de alguien, pero siempre se equivoca. En mi trabajo, uno tiene la oportunidad de mirar al interior del alma de la gente, cuando llegan a confiar en uno, o cuando llegan a creer que un sacerdote no es más que la fina cortina que está entre ellos y Dios. Entonces, se descubre que ni siquiera los simples son tan simples. Así que perdóneme, doctor, si le sugiero que vuelva a su primer hipótesis acerca de Gharkid. Yo creo que él piensa de veras. Creo que es un buscador de Dios, como todos los demás.

Lawler sonrió. Creer en Dios era una cosa; buscar a Dios, algo completamente diferente. Gharkid podía muy bien ser un creyente a un nivel básico, por lo que Lawler sabía. Pero era Quillan el buscador. A Lawler siempre le resultaba divertida la forma en que las personas proyectaban sus propias necesidades y miedos sobre el mundo que las rodeaba y los elevaban a la condición de leyes fundamentales del Universo.

¿Era realmente buscar a Dios lo que todos ellos intentaban? Quillan, sí. Tenía una carencia profesional, por decirlo de alguna manera. Pero ¿Gharkid? ¿Kinverson? ¿Delagard? ¿El mismo?

Lawler le dirigió una larga y atenta mirada a Quillan; para entonces ya había aprendido a leer el rostro del sacerdote. Quillan tenía dos modos de expresión: uno de ellos era pío y sincero; el otro era frío, muerto, cínico, vacío de Dios. Cambiaba de uno a otro según la tormenta espiritual que estuviera arremolinando en el interior de su mente intranquila. Lawler sospechaba que ahora estaba hablando con el hombre pío, con el Quillan sincero.

—¿Cree usted que yo también estoy buscando a Dios? —le preguntó Lawler.

—Por supuesto que sí.

—¿Porqué? ¿Porque puedo citar unas cuantas frases de la Biblia?

—Porque cree que puede vivir a la sombra de Dios, aun sin aceptar el hecho de su existencia. Esa es una situación que da automáticamente vida a la opuesta: niegue usted a Dios y estará condenado a pasar toda su vida buscándolo, aunque sólo sea para averiguar si está en lo cierto.

—Que es exactamente su situación, padre.

—Por supuesto.

Lawler miró cubierta abajo en dirección a Gharkid, que estaba desenredando pacientemente la última remesa de algas, cortando los tallos muertos y echándolos por la borda. Estaba cantando para sí mismo una tonadilla disonante.

—Y si uno no niega ni acepta a Dios, entonces ¿qué? —preguntó Lawler—. ¿Podría uno en ese caso ser una persona verdaderamente simple?

—Supongo que sí. Pero todavía estoy por encontrar a una persona así.

—En ese caso, le sugiero que tenga una conversación con nuestro amigo Gharkid.

—Oh, ya lo he hecho —respondió el sacerdote.

Continuaba sin aparecer la lluvia. Los peces decidieron al fin ponerse al alcance de las líneas de pesca de Kinverson, pero los cielos continuaban inflexibles. El viaje ya estaba a mitad de la tercera semana, y el agua que habían cargado en Sorve estaba ya seriamente reducida. La que quedaba había comenzado a adquirir un sabor a humedad y a salitre. El racionamiento era una costumbre para todos, pero la perspectiva de pasar el resto de las ocho semanas de viaje con el agua que les quedaba en los barriles era sombría.

Aún era demasiado pronto como para comenzar a beber de los globos oculares, la sangre y el fluido espinal de las criaturas marinas —técnicas que Kinverson había citado como practicadas por él durante largos viajes solitarios sin agua—, y la situación no era todavía lo suficientemente crítica como para sacar el equipo con el que podía destilarse agua dulce a partir de la de mar. Aquél sería el último recurso: la acumulación regular de gotas daba sólo una cantidad suficiente para momentos de desesperación.

Pero en tanto, había otras cosas que podían hacer. El pescado crudo, henchido de agua y relativamente bajo de sal, era ahora parte de la dieta diaria de todos. Lis Niklaus hacía todo lo posible para limpiarlo y cortarlo en filetes perfectos y apetitosos; pero pronto se convirtió en un régimen aburrido y que a veces provocaba náuseas. El mojarse la piel y la ropa con agua de mar era también algo útil; reducía la temperatura del cuerpo y disminuía por tanto la necesidad interna de agua. Era también la única forma de mantenerse limpio, ya que el agua dulce de a bordo era demasiado preciosa como para utilizarla en la higiene.

Varios días después, durante la tarde, el cielo se oscureció de repente y un chubasco cayó justo sobre ellos.

—¡Cubos! —gritó Delagard—. ¡Botellas, barriles, frascos, cualquier cosa! ¡Sacados a cubierta!

Corrieron como demonios, subiendo y bajando por las escalerillas, sacando todo aquello que pudiera contener agua, hasta que la cubierta estuvo llena de recipientes de toda clase. Luego se quitaron la ropa —hasta el último de ellos— y bailaron desnudos en la lluvia como lunáticos, mientras se lavaban las costras de sal de la piel y de las ropas.

Delagard cabriolaba sobre el puente, un fornido sátiro de pecho peludo y tan carnoso como una mujer. Con él estaba Lis, que reía, gritaba y daba saltos a su lado, con los largos cabellos rubios pegados a los hombros y los grandes pechos redondos rebotando como planetas que amenazaban con salirse de las órbitas.

El pequeño y demacrado Dag bailaba con la robusta Neyana Golghoz, que parecía bastante fuerte como para echárselo sobre los hombros. Lawler estaba saboreando el chaparrón en solitario cuando Pilya Braun se le acercó bailando, los ojos brillantes y los labios abiertos en una sonrisa fija e invitadora. Su piel olivácea estaba lustrosa y espléndida bajo la lluvia. Lawler bailó con ella durante un minuto más o menos —mientras admiraba sus muslos fuertes y la profundidad de su seno—, pero cuando los movimientos de Pilya parecieron indicar que deseaba alejarse bailando con él a algún sitio resguardado bajo la cubierta, él hizo como que no comprendía lo que ella intentaba comunicarle. Pasado un rato, ella se alejó.

Gharkid se alzaba en el puente de la grúa junto a su montón de algas. Dann Henders y Onyos Felk se habían cogido de las manos y cabriolaban cerca de la bitácora. El padre Quillan, huesudo y pálido y despojado de su hábito, parecía estar en trance con la cabeza vuelta hacia el cielo, los ojos vidriosos, los brazos abiertos, los hombros moviéndose rítmicamente. Leo Martello bailaba con Sundria y hacían una buena pareja, ambos esbeltos, ágiles, vigorosos. Lawler miró a su alrededor buscando a Kinverson, y lo localizó a proa: no bailaba en absoluto; permanecía flemáticamente de pie y desnudo, mientras dejaba que el agua corriera por su poderosa estructura.

La tormenta no duró más de quince minutos. Lis calculó más tarde que les había suministrado un aprovisionamiento de medio día de agua.

Constantemente había labores médicas para Lawler: los accidentes de a bordo, ampollas, torceduras, alguna disentería leve; ahora era una clavícula rota en el barco de Bamber Cadrell. Lawler sufría por la tensión de intentar repartirse por toda la flota. La mayoría de las cosas podía llevarlas a cabo poniéndose en cuclillas ante la incomprensible mezcla de aparatos de Dag Tharp en el *Reina de Hydros*, pero los huesos rotos no podían ser arreglados por radio. Para curar aquello hubo de desplazarse en un deslizador hasta el *Diosa de Hydros*.

Navegar en un deslizador era tarea fácil. Se trataba de un hidroplano ligero movido por la fuerza humana, tan delgado como uno de los cangrejos gigantes de patas largas que Lawler había visto alguna vez caminando delicadamente por el suelo de la bahía de Sorve: una cáscara construida con delgadísimos listones de la madera más ligera, pedales, flotadores y palas submarinas le proporcionaban ligereza y buena propulsión. Sobre la parte exterior de la cáscara crecía un revestimiento vivo de microorganismos viscosos que minimizaba el efecto de fricción.

Dann Henders acompañó a Lawler hasta el *Diosa de Sorve*. El deslizador fue bajado al agua por un pescante, y descendieron hasta él mediante cuerdas, a mano limpia. El frágil y pequeño vehículo se balanceaba ligeramente sobre las suaves ondas del mar; los pies de Lawler descansaban a una distancia de algunos centímetros de la superficie, en el asiento delantero de los dos que tenía el deslizador. Le pareció que sólo una fina película lo protegía del bostezante abismo; Lawler imaginó tentáculos que subían desde las profundidades, ojos grandes como fuentes que lo miraban fijamente desde las olas, plateadas fauces que se abrían para morder.

Hender se acomodó detrás.

—¿Listo, doctor? Vámonos.

Pedaleando a máxima intensidad, era suficiente como para que el deslizador iniciara el despegue. Los primeros momentos fueron duros, pero una vez alcanzada la velocidad

en que las alas superiores del hidroplano salían del agua y reducían así la fricción, el par de aletas inferiores de alta velocidad —de tamaño más pequeño— conseguía desplazarlos velozmente.

Sin embargo, una vez que habían comenzado no había descanso. Igual que todas las embarcaciones ligeras, el deslizador tenía que remontar constantemente su propia ola de popa: si aflojaban el ritmo apenas un momento, la fuerza de arrastre de la ola los arrastraría hacia abajo. Afortunadamente, ningún tentáculo se deslizó hacia ellos durante la travesía, y ninguna fauce llena de dientes les mordisqueó los dedos de los pies. Cordiales cuerdas aguardaban para subirlos a bordo del *Diosa de Sorve*.

Nimber Tanamind era un hipocondríaco profundo cuyo problema de salud era, por una vez, genuino. Había caído una botavara y le había fracturado la clavícula izquierda, y toda la parte superior de su cuerpo rechoncho estaba hinchada y azul. También por primera vez, Nimber no protestaba en lo más mínimo. Quizá fuera a causa de la impresión, quizá del miedo, o quizá estaba demasiado aturdido por el dolor.

Estaba sentado silenciosamente, recostado contra un montón de redes y con aspecto de estar aturdido: los ojos desenfocados, los brazos temblando y los dedos realizando movimientos extraños y bruscos. Brondo Katzin y su esposa Eliyana estaban a su lado, y la esposa de Nimber —Salai— se paseaba impaciente por los alrededores.

—Nimber —dijo Lawler con cierto afecto; ambos tenían casi la misma edad—. Eres un condenado idiota, Nimber. ¿Qué te has hecho ahora?

Tanamind levantó un poco la cabeza; parecía asustado. No dijo nada, sólo se humedeció los labios. A pesar de que el día era fresco, una lustrosa línea de sudor le atravesaba la frente.

—¿Cuánto hace que ocurrió? —le preguntó a Bamber Cadrell.

—Quizá media hora —respondió el capitán.

—¿Ha estado consciente durante todo el tiempo?

—Sí.

—¿Le habéis dado algo? ¿Un calmante?

—Sólo un poco de brandy —respondió Cadrell.

—Muy bien —dijo Lawler—. Pongámonos a trabajar. Tendedlo sobre la espalda... eso es, que quede plano. ¿Hay una almohada o algo que podamos meterle debajo? Allí, sí, justo entre los hombros.

Sacó un paquetito de papel con calmante de su maletín.

—Traedme un poco de agua para diluir esto. También necesitaré unas compresas de tela, Eliyana. Más o menos así de largas, y empapadas en agua tibia...

Nimber gimió sólo una vez, cuando Lawler le echó los hombros hacia atrás para que la clavícula se flexionara y la fractura pudiera volver a encajar en su sitio. Después de eso, cerró los ojos y pareció desaparecer en meditaciones. Mientras, Lawler hacía lo que podía para reducir la inflamación e inmovilizar el brazo para evitar que la fractura volviera a abrirse.

—Dadle un poco más de brandy —dijo Lawler cuando terminó. Se volvió hacia la esposa—. Salai, a partir de ahora tú tendrás que ser el médico. Si comienza a tener fiebre, dale uno de éstos cada mañana y cada noche. Si comenzara a hincharse ese lado

de la cara, llámame. Si se queja de insensibilidad en los dedos, házmelo saber también. Cualquier otra molestia que pueda tener probablemente no será importante —miró a Cadrell—. Bamber, tomaré un poco de ese brandy.

—¿Va todo bien por vuestro barco, muchachos? —le preguntó Cadrell.

—Aparte de la pérdida de Gospo, sí. ¿Y por aquí?

—Nos las estamos arreglando bien.

—Eso es una buena noticia.

No era una conversación muy interesante, pero la reunión había sido extrañamente afectada desde el momento en que había subido a bordo. “Cómo estás doctor, me alegro de verte, bienvenido al barco” sí, pero nada parecido a un auténtico contacto profundo, ningún intercambio de las sensaciones internas ofrecidas o solicitadas. Nicko Thalheim, que salió a cubierta con un poco de retraso, sólo había sonreído y lo había saludado con un gesto de la cabeza.

Era como estar entre extraños. Aquellas gentes habían dejado de resultarle familiares en sólo unas pocas semanas. Lawler se dio cuenta de cuánto se había embebido en la vida insular de la nave capitana, y ellos en su propio microcosmos del *Diosa de Sorve*. Se preguntó cómo iba a ser la comunidad cuando finalmente se reconstituyera en la nueva isla.

El regreso a la nave capitana careció de incidentes. Se fue directamente a su camarote.

Siete gotas de tintura de alga insensibilizadora. No... que sean diez.

Cuando estaba junto a la barandilla por la noche, mientras escuchaba el misterioso sonido del oleaje del mar y miraba hacia la oscuridad vacía e impenetrable que se cerraba sobre ellos, los pensamientos acerca de la perdida Tierra a menudo asaltaban a Lawler. Su obsesión respecto al mundo madre parecía crecer a medida que las seis naves realizaban su travesía diaria por la vasta faz del planeta de agua. Por milésima vez intentó imaginar cómo sería cuando aun estaba viva. Las enormes islas llamadas países, gobernadas por reyes y reinas, ricos y poderosos más allá de toda comprensión. Las feroces guerras. Las armas capaces de arrasarse mundos enteros. Y luego la gran migración hacia el espacio, la miríada de naves que llevaban a bordo a los ancestros de todos los seres humanos que vivían hoy desperdigados en la galaxia. De todos ellos. Todos descendían de una sola fuente, de ese pequeño mundo que había muerto.

Sundria, que aquella noche paseaba por la cubierta, apareció junto a él.

—¿Meditando otra vez sobre el destino del cosmos, doctor?

—Como siempre. Sí.

—¿Cuál es el tema de esta noche?

—La ironía. La gente de la Tierra estuvo preocupada muchos años por la posibilidad de destruir su propio planeta en una de sus horribles y febriles guerras. Pero nunca lo hicieron. Y luego su propio sol hizo el trabajo por ellos en una sola tarde.

—Gracias a Dios ya estábamos aquí fuera, colonizando las estrellas.

—Sí —dijo Lawler, dirigiendo una mirada indiferente al mar oscuro infestado de monstruos—. Qué bueno fue eso para nosotros.

Ella regresó más tarde, esa misma noche. Él no se había movido de su sitio junto a la barandilla.

—¿Todavía sigue ahí, Valben?

—Sí, aquí sigo.

Ella nunca lo había llamado antes por su nombre de pila. Le pareció raro que lo hiciera ahora, incluso inapropiado. No podía recordar cuándo había sido la última vez que alguien se había dirigido a él así.

—¿Se siente capaz de tolerar un poco de compañía?

—Claro —respondió él—. ¿No puede dormir?

—No lo he intentado —dijo ella—. Ahí abajo hay una reunión para orar, ¿lo sabía?

—No. ¿Y quiénes son los santos que toman parte en ella?

—El padre, naturalmente, Lis, Neyana, Dann y también Gharkid.

—¿Gharkid? ¿Ha salido finalmente de su concha?

—Bueno, en realidad sólo está sentado allí. El padre Quillan se encarga de todas las palabras. Les habla de lo evasivo que es Dios, de lo difícil que es para nosotros conservar la fe en un Ser Supremo que nunca nos habla, que nunca nos da ninguna prueba de que realmente existe. Qué esfuerzo tan grande es para todos tener fe, y que eso no está bien, que no debería ser un esfuerzo en absoluto, que tendríamos que ser capaces de dar un simple salto a ciegas y aceptar la existencia de Dios, pero que eso es muy difícil para la mayoría de nosotros, etcétera, etcétera. Y los otros se lo están tragando todo. Gharkid escucha y de vez en cuando asiente con la cabeza. Es un hombre extraño, ¿verdad? ¿Quiere bajar y oír lo que está diciendo el padre?

—No —dijo Lawler—. Ya he tenido el privilegio de oírlo salir en defensa del asunto, gracias.

Permanecieron uno junto al otro en silencio durante un rato. Pasado éste, Sundria dijo, a propósito de nada en absoluto:

—Valben. ¿Qué clase de nombre es Valben?

—Un nombre de la Tierra.

—No, no lo es. John, Richard, Elizabeth son nombres de la Tierra. Leo, él tiene un nombre de la Tierra. Yo nunca había oído un nombre parecido a Valben.

—¿Significa eso que no es un nombre de la Tierra, entonces?

—Yo sólo sé que sé cómo son los nombres de la Tierra, y que nunca oí el de Valben.

—Bueno, quizá entonces no sea un nombre de la Tierra. Mi padre decía que lo era. Puede que haya estado equivocado.

—Valben —dijo ella, jugando con el sonido del nombre—. Un apellido tal vez, un apellido especial. Es nuevo para mí. ¿Prefiere que lo llame Valben?

—¿Preferirlo? No. Llámeme Valben si quiere hacerlo. Unos pocos me llaman Val. Sólo unos pocos.

—Val. Me gusta más eso que “doctor”. ¿Le parece bien si lo llamo Val?

Sólo sus viejos amigos lo llamaban Val, hombres como Nicko Thalheim, Nimber Tanamind, Néstor Yáñez. No sonaba bien en los labios de ella. Pero ¿importaba eso? Podía acostumbrarse. Y al menos Val era mejor que Valben.

—Como quiera —dijo.

Otra ola de marea llegó tres días más tarde, esta vez proveniente del oeste. Fue más fuerte que la primera, pero los magnetrones no tuvieron problemas para contrarrestarla. Subida y cabalgata, descenso por el otro lado, un pequeño encontronazo al aterrizar y eso fue todo.

El tiempo atmosférico continuaba fresco y seco. Los viajeros continuaron adelante.

En las profundidades de la noche se oyó un golpe sonoro y sordo contra el casco, como si el barco hubiera chocado contra un escollo. Lawler se sentó en su cama bostezando, frotándose los ojos y preguntándose si lo había soñado. Todo permaneció en silencio durante un momento. Luego se oyó otro golpe, esta vez más fuerte. Entonces no era un sueño. Estaba todavía medio dormido, sí, pero también medio despierto. Contó un minuto, un minuto y medio. Otro golpe. Oyó cómo las tablas del casco crujían y se estremecían.

Se envolvió la zona inferior del cuerpo con algo y salió al pasillo para dirigirse a la escalerilla; todos estaban ya completamente despiertos. Habían encendido luces; la gente afluía del compartimento de babor con cara de sueño, un par de ellos aún desnudos, sin duda exactamente como habían estado durmiendo.

Lawler subió a cubierta. Los del turno de noche —Henders, Golghoz, Delagard, Niklaus y Thane—, corrían por todos lados con agitación, yendo rápidamente de uno a otro lado del barco como si siguieran los movimientos de un enemigo que los atacara por debajo.

—¡Aquí vuelven! —gritó alguien.

«Tump». Allí el impacto resultaba más fuerte —el barco parecía temblar y saltar hacia un lado—, y el sonido del casco golpeado era más seco, el claro y sobrecogedor sonido de un filo duro.

Lawler encontró a Dag Tharp cerca de la barandilla.

—¿Qué está ocurriendo?

—Mira ahí afuera y lo verás.

El mar estaba en calma. En lo alto había dos lunas, en lados opuestos del cielo, y la Cruz había comenzado su viaje nocturno hacia el alba, colgando en una posición ligeramente descentrada hacia el este. Los seis barcos de la flotilla se habían desviado de su formación habitual de tres filas y estaban ahora dispuestos en un amplio círculo.

En las aguas abiertas al centro del grupo, cerca de una docena de bandas de fosforescencia azul brillante resultaban visibles como feroces flechas luminosas; cortaban el océano apenas por debajo de la superficie. Mientras Lawler miraba perplejo, una de aquellas listas fosforescentes avanzó a una velocidad sobrecogedora, disparándose rápidamente en línea recta contra el barco que estaba a la izquierda de ellos, viajando en una perfecta ruta de colisión como una brillante aguja en la oscuridad. De alguna parte llegó un ominoso sonido metálico, cuya intensidad aumentaba de forma regular al acercarse la lista luminosa al barco.

Llegó la colisión. Lawler oyó el crujido del impacto y vio que el otro barco se escorbaba ligeramente; a través del agua le llegó el sonido de gritos. La lista fosforescente se retrajo y se alejó rápidamente hasta el círculo de agua abierto en el centro.

—Son peces espolón —le dijo Tharp—. Están intentando hundirnos.

Lawler se sujetó a la barandilla y miró hacia abajo. Ahora tenía los ojos más acostumbrados a la oscuridad y podía ver claramente a los atacantes a la luz de su propia fosforescencia. Tenían el aspecto de misiles vivos, con estrechos cuerpos de diez o quince metros de longitud, impulsados por poderosas colas de doble aspa. De sus frentes sobresalía un cuerno grueso y amarillo, de unos cinco metros de largo y tan duro como un tronco de fuco, que acababa en una punta roma pero de aspecto peligroso. Nadaban a una velocidad feroz a través del espacio abierto, mediante furiosos golpes de cola. Golpeaban los flancos de los barcos con la obvia esperanza de romperlos. Luego, con una especie de insana persistencia, daban la vuelta, se alejaban y volvían a cargar con mayor ferocidad aún. Cuanto más rápido nadaban, más intensa era la luminiscencia que irradiaba de sus flancos y más fuerte era el sonido metálico y agudo que emitían.

Kinverson, que apareció procedente de un sitio indeterminado, llevaba a cuestas algo que parecía una pesada olla de hierro envuelta en fibra de algas.

—Dame una mano con esto, ¿quieres, doctor?

—¿Adonde lo llevas?

—Al puente. Es un aparato sónico.

La olla, o lo que fuera, era demasiado pesada como para que Kinverson pudiera manejarla solo. Lawler cogió una cuerda anudada que colgaba del lado que tenía más cerca. Juntos consiguieron llevarla trabajosamente más abajo de la cubierta, hasta el puente. Delagard se reunió allí con ellos y entre los tres la izaron hasta el nivel más alto.

—Jodidos peces —murmuró Kinverson—. Ya sabía yo que aparecerían antes o después.

Hubo otro golpe allá abajo. Lawler vio cómo la brillante lista de luz azul rebotaba contra el casco y huía precipitadamente en la dirección opuesta.

De todas las criaturas que el mar había enviado en su contra, aquellas cosas que se lanzaban ciegamente contra ellos le parecían a Lawler las más aterradoras. Uno podía aplastar a algunas especies, esquivar otras, mantenerse alerta con respecto a cualquier red de aspecto extraño. Pero ¿cómo podía habérselas con aquellos arietes que se lanzaban contra uno desde las profundidades en medio de la noche, aquellas enormes criaturas decididas a hundirlo y capaces de hacerlo?

—¿Son lo suficientemente fuertes como para penetrar en el casco? —le preguntó a Delagard.

—Ha ocurrido antes. Jesús, ¡Jesús!

La gigantesca silueta de Kinverson, delineada por la luz de luna, se erguía muy por encima de la enorme olla que ya había instalado en el extremo delantero del puente. Había soltado el palo forrado que se hallaba atado a un lado de la olla y ahora lo cogió con ambas manos y golpeó la parte superior de la olla, parecida a un tambor. Un tronante sonido retumbó a través de las aguas.

Golpeó una y otra y otra vez.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Lawler.

—Enviando una contraseña sónica. Los peces espolón son ciegos; todo lo hacen mediante las ondas sonoras que emiten y rebotan en sus objetivos. Gabe les está jodiendo el sentido de la orientación.

Kinverson golpeaba aquel timbal con energía y entusiasmo fenomenales. El aire estaba cargado de los tronantes sonidos que producía. ¿Podrían penetrar hasta el agua? Aparentemente, sí. Allá abajo, los peces espolón corrían de atrás para adelante más rápidamente que antes, de manera que las fugaces estelas que marcaban su recorrido estaban intrincadamente entretejidas. Pero los dibujos comenzaban a hacerse erráticos. Un espasmo caótico pareció apoderarse de los movimientos de los peces espolón a medida que Kinverson golpeaba el timbal de hierro. Realizaban embestidas disparatadas, que a veces los llevaban a hender la superficie y encumbrarse por el aire durante un momento para luego caer nuevamente haciendo saltar grandes cantidades de agua. Uno de ellos golpeó el barco, pero sólo con un débil rebote en la parte baja del casco. Los sonidos metálicos que emitían se hicieron arrítmicos y discordantes.

Kinverson hizo una pausa momentánea —como si estuviera comenzando a cansarse— y pareció que los peces espolón podrían reagruparse. Pero luego el hombre reinició los golpes con más fervor que antes, martilleando con el palo más, más y más. De pronto hubo gran agitación en el agua, y dos de los gigantes atacantes saltaron fuera del agua en el mismo momento. A la luz de los otros, que nadaban en círculos irregulares, Lawler vio que el cuerno de uno había penetrado a través de una agalla del otro y estaba profundamente clavado en el cráneo de la víctima; y ambas criaturas, unidas de aquella forma terrible, volvieron a caer al agua y comenzaron a hundirse. Su recorrido hacia las profundidades fue señalado durante un momento por el sendero de fosforescencia que dejaban detrás de sí. Luego ya no pudo vérselos.

Kinverson le asestó al timbal los últimos tres golpes lentos, muy espaciados... buum... buum... buum... y bajó el brazo. Sonó la voz de Delagard, proveniente de la oscuridad:

—¿Dag? Dag, ¿dónde diablos estás? Comienza a llamar a toda la flota. Asegúrate de que nadie tiene vías de agua.

En el agua todo estaba oscuro y silencioso; pero cuando Lawler cerró los ojos le pareció que unas cauterizantes listas de luz azul rebotaban contra sus párpados.

La siguiente ola de marea fue la más fuerte. Mientras los barcos se balanceaban indolentemente en un mar adormilado en el que unas algas grises flotaban a la deriva y llenaban el aire con un perfume extraño y seductor, llegó hasta ellos dos días antes de lo que habían previsto —evidentemente porque Onyos Felk había hecho mal los cálculos— y golpeó con gran entusiasmo y jubilosa malevolencia los flancos de los hinchidos barcos.

Lawler estaba en su camarote, reorganizando su inventario de medicamentos. Al principio pensó que habían regresado los peces espolón, por lo fuerte que fue el impacto. Pero aquello no se parecía en nada al golpe de un pez espolón, concentrado en un solo punto: se parecía más a la bofetada de una mano gigante, golpeando el casco y haciendo retroceder a la nave en su ruta.

Sintió un tirón provocado por el arranque del magnetrón y esperó la llegada de la sensación de ser levantado por el aire, el repentino silencio que significaba que se hallaban sobre el campo de desplazamiento por encima de las iracundas aguas. Pero el silencio no llegó, y Lawler tuvo que sujetarse rápidamente del costado de la cama cuando el barco escoró en un ángulo sobrecogedoramente pronunciado que lo arrojó contra el tabique del camarote. De los estantes volaron cosas con un breve zumbido y dieron en el suelo yendo a amontonarse en una revuelta pila al otro lado del camarote.

¿Qué es esto? ¿La Ola, finalmente? ¿Serían capaces de resistirla?

Se agarró fuertemente y esperó. El barco descendió, cayó produciendo un choque colosal en la concavidad que la ola formaba en su parte trasera y se escoró hacia el otro lado, enviando a través de la cabina, a ras del suelo, los objetos que habían caído de los estantes. Luego se enderezó. Todo quedó inmóvil. Recogió el dios egipcio y el trozo de cerámica griego y los volvió a poner en el sitio que antes ocupaban.

¿Más? ¿Otro golpe? No. Quietud y estabilidad. ¿Nos estamos hundiendo, entonces?

Aparentemente, no. Lawler salió con cautela del camarote y escuchó atentamente. Delagard estaba chillando algo. Todo iba bien, se dijo. Había sido un golpe duro, pero todo estaba bien.

Sin embargo, la fuerza de aquella poderosa ola los había arrastrado consigo y los había desviado de la ruta, apartándolos medio día de camino hacia el este. Pero los seis barcos habían sido milagrosamente arrastrados como una sola unidad. Allí estaban, fuera de formación pero aún a la vista los unos de los otros, navegando sobre el mar ahora calmo. Llevó una hora reasumir la formación, y seis horas más volver a alcanzar la posición que tenían cuando la ola los golpeó. No estaba demasiado mal, realmente.

Continuaron adelante.

5

La clavícula de Nimber Tanamind parecía estar soldándose bien. Lawler no volvió al *Diosa de Sorve* para examinarlo porque nada de lo que le decía Salai indicaba que se presentara complicación alguna por el momento. Lawler le explicó cómo debía cambiar las vendas y qué buscar en las inmediaciones de la fractura.

Martín Yáñez llamó desde el *Tres Lunas* para decir que el viejo Sweyner —el soplador de vidrio— había recibido en la cara el golpe de un pez bruja volador y ahora tenía el cuello tan dolorido que no podía sostener la cabeza. Lawler le dijo a Yáñez que debía hacer al respecto.

Del barco de las hermanas, el *Cruz de Hydros*, llegó una rara consulta: la hermana Boda sentía agudos dolores en el pecho izquierdo. No tenía sentido ir a visitarla; sabía que no era probable que le permitieran examinarla. Lawler les sugirió analgésicos y les pidió que volvieran a llamarlo después de pasado el siguiente período menstrual de la hermana Boda. Eso fue lo último que supo del asunto.

Una de las tripulantes del *Estrella del Mar Negro* se cayó de la arboladura, dislocándose un brazo; Lawler guió a Poilin Stayvol paso a paso a través del proceso necesario para volver a colocárselo en su sitio. Alguien del *So/ Dorado* estaba vomitando bilis negra; luego se supo que había estado haciendo experimentos gastronómicos con

caviar de pez flecha. Lawler aconsejó una dieta más cautelosa. Alguien del *Diosa de Sorve* se quejó de pesadillas recurrentes; le sugirió una copita de brandy antes de irse a dormir. Para Lawler, el trabajo seguía como siempre.

El padre Quillan observó —quizá con algo de envidia— que tenía que resultarle gratificante el hecho de que lo necesitaran de aquella manera, el ser tan esencial para la vida de la comunidad, el ser capaz de curar a los que sufrían, a menudo con éxito.

—¿Gratificante? Supongo que sí. De hecho, nunca me he molestado en pensar demasiado en eso. Simplemente es mi trabajo.

Y así era. Pero Lawler se dio cuenta de que había algo de verdad en ello. Su poder sobre la isla de Sorve había sido casi divino, o al menos sacerdotal. ¿Qué significaba, después de todo, el haber sido doctor allí durante veinticinco años? Pues que había tenido los cojones de todos los hombres en sus manos en uno u otro momento, que había metido el brazo por el coño de todas las mujeres, que todos los habitantes de Sorve de menos de veinticinco años eran personas que él había traído al mundo y levantado en el aire, ensangrentados y pataleando, y a las que les había dado la primera palmada en el culo. Todo aquello tendía a crear ciertos vínculos. Le confería al médico un cierto derecho sobre ellos, y a ellos sobre él. No era extraño que la gente de todas partes reverenciara a su médico, pensó Lawler. Para ellos, él es el Sanador. El Doctor. El Mago. El que los protege, el que les da consuelo y calma sus dolores.

Había sido así desde la época de los habitantes de las cavernas, allá en la pobre y perdida Tierra. Él era sólo el más reciente eslabón de una larga, larga cadena, y, a diferencia del impotente padre Quillan y otros de su profesión —cuya ingrata tarea era la de ofrecer las bendiciones de un dios invisible—, estaba en una posición que a veces le permitía entregar beneficios tangibles. Por lo tanto, él era una figura poderosa de la comunidad en virtud de su vocación: el hombre con el poder de la vida y la muerte, respetado y necesario —y probablemente temido—, y se suponía que aquello debía resultar gratificante. Muy bien, se sentía gratificado, pero no conseguía ver qué gran diferencia representaba eso.

Ahora estaban en el mar Verde, en el que densas colonias de hermosas plantas acuáticas hacían casi imposible el avance de los barcos. Las plantas eran suculentas, con gruesas y lustrosas hojas en forma de cuchara que salían de un fino tronco central de color marrón; portaban un tallo floral coronado por órganos reproductores de brillantes colores amarillo y púrpura. Unas vejigas llenas de aire mantenían las plantas a flote. Raíces ligeras como plumas se enroscaban como tentáculos por debajo de la superficie, enredadas entre sí en oscuras matas. Las plantas estaban tan estrechamente entretrejidas unas con otras debajo del agua, que formaban lo que virtualmente era una alfombra ininterrumpida cubriendo el mar.

Los barcos irrumpieron con la quilla entre ellas y se detuvieron totalmente. Kinverson y Neyana Golghoz salieron en el deslizador armados con machetes para abrir una senda.

—Es inútil —sentenció Gharkid, que no le hablaba a nadie en particular—. Yo conozco estas plantas. Cuando uno las corta, cada una se convierte en cinco nuevas.

Gharkid tenía razón. Kinverson cortaba las plantas con fuerza y energía mientras Neyana hacía avanzar el deslizador pedaleando con un esfuerzo tremendo, pero no conseguía abrir claro alguno. Era imposible que un solo hombre, no importaba lo fuerte que

fuese, pudiera abrir una senda lo suficientemente grande como para hacer un auténtico canal por el que pasaran los barcos. Los trozos rotos de cada planta adquirirían inmediatamente vida independiente; uno casi podía verlos cómo volvían a crecer, sellando la zona cercenada, echando raíces nuevas, generando cucharas lustrosas y lentamente sus flores.

—Echaré una mirada a mis reservas de medicamentos —dijo Lawler—. Puede que tengamos algo con lo que rociarlas y que no les guste.

Bajó a la bodega de carga. Lo que tenía en mente era un frasco alto de aceite negro y viscoso; se lo había enviado hacía mucho tiempo su colega el doctor Nikitin desde la isla de Salimil, a cambio de un favor que él le había hecho. Supuestamente, el aceite del doctor Nikitin era útil para matar flores de fuego, una desagradable planta urticante que ocasionalmente causaba problemas a los nadadores humanos, aunque a los gillies no parecía molestarles. Lawler nunca había tenido necesidad de utilizar aquel aceite, porque la última vez que la bahía de Sorve había estado infestada de flores de fuego había sido cuando él era aún un muchacho. Era lo único de su colección de drogas, medicinas, ungüentos y pociones que estaba destinado a causar daños a algunas formas de vida vegetal. Quizá resultara eficaz contra aquellas que acababan de salirles al paso; no veía nada malo en intentarlo.

Las instrucciones de la etiqueta, escritas apretadamente con la letra meticulosa del doctor Nikitin, decían que una concentración de una parte de aceite por mil de agua era suficiente para limpiar una hectárea de flores de fuego. Lawler lo mezcló en una concentración de una por cien y se hizo suspender encima del agua mediante el cabrestante para rociarlo sobre las plantas que rodeaban la proa del *Reina de Hydros*.

Las plantas parecieron indiferentes al producto. Pero cuando el aceite diluido se escurrió a través de la apretada vegetación y se diseminó por el agua que las rodeaba, comenzó una conmoción bajo el agua que pronto se convirtió en un auténtico alboroto. De las profundidades surgieron peces, miles de ellos, millones, pequeñas criaturas de pesadilla con enormes mandíbulas abiertas, viscosos cuerpos serpentinos, colas que se movían con furia. Una colonia de ellos debía de haber estado anidando debajo de las plantas y ahora todos subían a la superficie como si se hubieran puesto de acuerdo. Se abrieron paso a través de las madejas de raíces y entraron en un frenesí de apareamiento en la superficie. El aceite del doctor Nikitin, a pesar de ser inofensivo para aquellas plantas, parecía tener un potente efecto afrodisíaco en las criaturas que vivían debajo de ellas.

La enloquecida lucha de aquel enorme número de pequeñas criaturas serpentina provocó una turbulencia tal en el mar que la apretada capa de plantas entrelazadas se rompió y los barcos pudieron navegar a través de los canales que iban abriéndose. Al cabo de un rato ya habían superado la zona de congestión y avanzaban libremente por el mar abierto.

—Qué hijo de puta tan listo eres, doctor —dijo Delagard.

—Sí. Lo único que ocurre es que yo no sabía qué pasaría.

—¿Ah, no?

—Ni por asomo. Sólo estaba tratando de envenenar a esas plantas. No tenía ni idea de que los peces estaban debajo de ellas. Ahora puedes ver cómo se hacen muchos de los maravillosos descubrimientos científicos.

—¿Y cómo se hacen? —preguntó Delagard frunciendo el entrecejo.

—Por accidente.

—Ah, sí —dijo el padre Quillan.

Lawler advirtió que el sacerdote estaba en su modalidad cínico-descreída. Con una burlona entonación muy solemne, Quillan exclamó:

—Los caminos del Señor son inescrutables.

—Es cierto —repuso Lawler—. Así son.

Un par de días después de haber pasado la zona de las plantas acuáticas, el mar se hizo somero durante algún tiempo —apenas más profundo que la bahía de Sorve— y con aguas totalmente transparentes. En el fondo de arena blanca, que parecía estar tan cerca que uno creía poder tocarlo, crecían bancos de corales gigantes y retorcidos: algunos verdes, otros de color ocre, muchos de apagadas tonalidades de azul oscuro, prácticamente negro. Los verdes crecían en forma de fantásticas agujas barrocas, los azules en forma de paraguas y largos brazos gruesos, y los de color ocre eran grandes cuernos aplastados y resplandecientes que se ramificaban interminablemente. También había un enorme coral escarlata que crecía en masas globulares aisladas; se destacaban vívidamente contra la arena blanca y tenían la forma intrincada y arrugada de los cerebros humanos.

En algunos lugares, el coral había crecido de forma tan exuberante que salía fuera del agua. Pequeñas ondas coronadas de espuma lamían sus contornos. Las partes que llevaban mucho tiempo expuestas al aire estaban muertas, desteñidas en tonalidades blancuzcas por la fuerza del sol, y debajo de ellas había otra capa de coral moribundo que estaba adoptando un color marrón apagado.

—Es el principio de la tierra firme en Hydros —observó el padre Quillan—. Si el nivel del fondo del mar cambia sólo ligeramente, todo este coral saldrá fuera del agua. Luego se descompondrá en suelo fértil, y las plantas aéreas productoras de semillas evolucionarán y crecerán rápidamente, y todo habrá comenzado. Primero las islas naturales; luego el fondo marino se elevará un poco más y tendremos los continentes.

—¿Y cuánto tiempo cree que pasará antes de que eso ocurra? —preguntó Delagard.

Quillan se encogió de hombros.

—¿Treinta millones de años? Cuarenta, tal vez. O quizá mucho más que eso.

—¡Gracias a Dios! —bramó Delagard—. ¡En ese caso no tendremos que preocuparnos de ello durante algún tiempo!

De lo que sí tenían que preocuparse, sin embargo, era de aquel mar de corales. Las puntas de coral ocre, las que tenían forma de cuernos, parecían tan afiladas como navajas. Había sitios en que los bordes superiores estaban apenas unos metros más abajo que la quilla; podía haber otras zonas en las que se elevaran más. Un barco que pasara rozando una de aquellas puntas podría abrirse de proa a popa.

Así pues, era necesario avanzar con cautela, buscando canales seguros entre los arrecifes. Y por primera vez desde que habían salido de Sorve, no podían realizar navegación nocturna. Durante el día, cuando el sol era un faro dibujando líneas destellantes en las trémulas arenas blancas del fondo del mar, los viajeros trazaban una cuidadosa y

ondulante senda entre los afloramientos, mientras miraban asombrados los increíblemente numerosos cardúmenes de peces dorados que se apiñaban alrededor de los corales, dedicándose a sus asuntos silenciosa y velozmente, Grandes hordas de ellos recorrían los pasillos mientras se alimentaban de la rica vida microscópica de los arrecifes.

Durante la noche, los seis barcos anclaban muy cerca unos de otros en algún sector seguro y esperaban el alba; todos salían a cubierta entonces y se inclinaban sobre la borda para llamar a los amigos que tenían en otros barcos, e incluso sostener conversaciones a gritos. Era el primer contacto real que la mayoría de ellos tenía desde que había comenzado aquella aventura.

El espectáculo nocturno era aún más deslumbrador que el diurno. Bajo la fría luz de la Cruz y las tres lunas, con Alborada que añadía su propia iluminación, las criaturas del coral despertaban a la vida y emergían a través de un billón de cavernas diminutas abiertas en los arrecifes: eran largos flagelos, de color escarlata unos, rosa sutil otros, amarillo sulfuroso los de aquella clase de coral, de color verde amarillento pálido en aquel otro de tonalidad aguamarina, todos desenroscándose y extendiéndose hacia el exterior, todos azotando frenéticamente el agua para cosechar cualquier ser diminuto que estuviera suspendido en ella.

De la parte inferior de los arrecifes salían maravillosas criaturas serpentinas, todas ojos, dientes y brillantes escamas, que emanaban una luminiscencia verde palpitante y se deslizaban diligentemente por el fondo, dejando a su paso las elegantes huellas de sus vientres contra la arena; y de una miríada de cavernas oscuras salieron los que parecían ser los reyes del arrecife: unas criaturas octopoides hinchadas, con cuerpos rechonchos y abolsados de aspecto fértil y largos tentáculos que se retorcían y enroscaban e irradiaban una maravillosa luz palpitante blanca azulada. Durante la noche, cada banco de coral se convertía en el trono de uno de aquellos grandes octópodos: se sentaban, brillando vanidosamente, supervisando silenciosamente sus imperios con destellantes ojos de color verde amarillento cuyo diámetro era mayor que la mano de un hombre abierta. No se podía escapar a la mirada de aquellos ojos cuando uno se inclinaba por encima de la borda para observar el maravilloso mundo que se desarrollaba abajo. Lo miraban a uno fijamente y llenos de confianza, con complacencia, sin revelar curiosidad ni miedo. Lo que aquellos ojos parecían estar diciendo era: «Nosotros somos los amos de este lugar, y tú no eres en absoluto importante. Ven, nada hasta nosotros y deja que hagamos buen uso de ti». Y los afilados picos amarillos se abrían de forma sugerente. «Ven a nosotros». Eran una tentación.

Con el amanecer, los octópodos del coral comenzaban a marcharse; se hacían más y más escasos y finalmente desaparecían por completo. El fondo del mar continuaba a poca profundidad y arenoso durante algún tiempo más; luego, abruptamente, la brillante arena blanca ya no podía ser vista y el agua color turquesa, que había sido tan transparente y serena, se convertía una vez más en el azul opaco de las aguas profundas, salpicado de olas ligeramente violentas.

Lawler comenzaba a sentirse como si aquel viaje no fuera a acabar nunca. El barco se había convertido no sólo en su isla, sino en la totalidad de su mundo; simplemente continuaría a bordo de él para siempre. Los otros barcos navegaban junto al suyo como planetas vecinos en el vacío del espacio.

Lo más extraño era que no le encontraba nada malo a aquello. Ahora estaba plenamente integrado al ritmo del viaje. Había aprendido a disfrutar del constante balanceo

del barco, a aceptar las pequeñas privaciones, e incluso a saborear las ocasionales visitas de los monstruos. Se había instalado. Se había adaptado. ¿Estaría madurando? ¿O era quizá que se había convertido en un asceta que no necesitaba realmente nada, al que no le preocupaban las comodidades transitorias? Podía ser. Tomó nota mental de interrogar al respecto al padre Quillan cuando tuviera oportunidad.

Dann Henders se había herido un brazo con el arpón, cuando ayudaba a Kinversion a subir a bordo un pez del tamaño de un hombre que se debatía; Lawler, que había agotado su provisión de vendas, bajó a la bodega de carga para sacar algunas de la reserva. Desde aquel día en que había encontrado a Kinversion y Sundria, se sentía incómodo al bajar allí. Daba por descontado que continuaban durmiendo juntos, y la última cosa que deseaba era tropezarse con ellos otra vez; pero en aquel preciso momento Kinversion estaba en cubierta, ocupado en destripar el pez.

Lawler estuvo revolviendo durante un rato en la oscura y húmeda bodega, emplazada en el centro del barco. Luego se volvió para regresar y prácticamente chocó con Sundria Thane, que venía en su dirección por el mismo pasillo estrecho y mal iluminado. Ella pareció tan sorprendida de encontrarlo allí como él de verla, y su sorpresa era aparentemente genuina.

—¿Val? —dijo ella.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y dio un paso rápido y torpe hacia atrás, justo a tiempo para evitar el choque; pero el barco se sacudió violentamente y la arrojó hacia adelante, hacia los brazos de él.

Tenía que tratarse de un accidente; ella nunca hubiera hecho algo tan descarado. Lawler se recostó contra un montón de cajas de embalaje, dejó caer el paquete de vendas y la cogió en el momento en que llegaba, girando como una muñeca rechazada que alguna niña petulante hubiera arrojado lejos de sí. Él la sujetó y volvió a equilibrarla. Luego el barco comenzó a inclinarse hacia el lado contrario y la abrazó más estrechamente para evitar que fuera arrojada contra la pared opuesta. Permanecieron nariz con nariz, ojos con ojos, riendo a carcajadas.

Luego el barco se enderezó y Lawler advirtió que aún la tenía abrazada, y que eso le gustaba. Pues peor para su declarado ascetismo, qué demonios. Qué demonios, realmente.

Sus labios se acercaron a los de ella, o quizá fueron los de ella hacia los suyos; posteriormente nunca se sintió seguro de cuál de las dos cosas había ocurrido en realidad. El beso fue largo, activo e interesante. Después de eso, a pesar de que los movimientos del barco se habían hecho mucho menos bruscos, no había realmente ninguna razón para soltarla. Las manos de él se movían, una acariciando su cintura y la otra descendiendo hasta sus musculosas y firmes nalgas, y la estrechó aún más contra su cuerpo o ella se pegó más a él; tampoco eso estuvo muy claro.

Lawler vestía sólo una tela amarilla enrollada a la altura de la cintura. Sundria tenía envuelto el cuerpo con una tela gris y ligera, hasta las caderas. Resultó muy fácil desenrollar y desenvolver. Todo estaba ocurriendo de una manera simple, metódica y predecible, aunque no era en absoluto aburrido por ser predecible. Tenía la clara, crepitante y lúcida inevitabilidad, y los misterios infinitamente prometedores de un sueño.

Lawler exploró su piel en medio de ensoñaciones; era suave y cálida. En medio de ensoñaciones, Sundria pasó los dedos por su nuca. En sueños, él desplazó la mano derecha a la parte delantera de Sundria, la bajó por entre los cuerpos estrechamente apre-

tados uno contra otro, pasó por el valle entre los pechos pequeños y firmes —donde había apoyado su estetoscopio varios cientos de años antes— y descendió por su vientre plano hacia la zona en la que se unían sus muslos. La tocó. Estaba húmeda. Ella comenzó entonces a apoderarse del mando empujándolo hacia atrás, no de una manera hostil, sino sólo aparentemente intentando conducirlo hasta un lugar entre las cajas en el que pudieran tenderse. Pasado un momento, él lo comprendió.

Era un lugar estrecho y abarrotado y ambos tenían las piernas largas, pero de alguna manera consiguieron manejar la situación sin haberla ensayado. Ninguno de los dos dijo palabra. Sundria era vivaz, activa y rápida. Lawler era vigoroso y vehemente. Sólo les llevó un instante sincronizar sus ritmos; luego la navegación fue suave hasta el final. En algún momento, en medio de todo aquello, Lawler se sorprendió a sí mismo pensando en cuándo lo había hecho por última vez, y se dictó a sí mismo un furibundo memorando para ordenarse devolverle la atención a quien le pertenecía.

Después permanecieron tendidos y riendo en un sudoroso montón, con las piernas aún entrelazadas de una forma tan complicada que podría haber constituido un desafío para los octópodos de los arrecifes de coral si hubieran intentado emularla. Lawler sintió que no era el momento adecuado para decir algo sentimental o romántico, pero finalmente tendría que decir algo.

—No me seguiste hasta aquí, ¿verdad? —comentó Lawler, rompiendo un largo silencio.

Ella lo miró con sorpresa y diversión mezcladas en los ojos.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Y yo qué sé?

—Bajé a buscar unas herramientas para arreglar cuerdas. No sabía que estuvieras aquí. Luego el barco se puso a dar botes y me encontré entre tus brazos.

—Sí. No lo lamentas, ¿verdad?

—No —respondió ella—. ¿Por qué iba a lamentarlo? ¿Y tú?

—En absoluto.

—Bien —dijo ella—. Podríamos haber hecho esto hace mucho tiempo, ¿sabes?

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué has esperado tanto?

Él la estudió a la débil luz de la vela. Sus frescos ojos grises tenían un destello divertido, decididamente divertido, pero no vio burla en ellos. Aun así, le pareció que se tomaba aquello con más ligereza que él.

—Yo podría preguntarte lo mismo a ti —declaró él.

—Tienes razón.

Luego, pasado un momento, dijo:

—Yo te di algunas oportunidades. Tuviste buen cuidado de no aprovecharlas.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Es una larga historia —respondió él—. Y también muy aburrida. ¿Importa, acaso?

—No realmente.

—Bien.

Cayeron en otro hechizo de silencio.

Pasado un corto lapso de tiempo, a él se le ocurrió que podría ser una buena idea la de volver a hacer el amor, y comenzó a acariciarle despreocupadamente un brazo y un muslo mientras yacían entrelazados sobre el suelo de la bodega. Detectó ligeros estremecimientos de respuesta, pero con un notable despliegue de control y tacto, ella consiguió interrumpir el proceso antes de que llegara demasiado lejos y se soltó suavemente de sus brazos.

—Más tarde —dijo Sundria de manera cordial—. Realmente tenía una razón para bajar aquí, ¿sabes?

Se puso de pie, volvió a envolverse con la tela, le dedicó una mirada fresca y un guiño y desapareció en la sala de almacenaje de popa.

Lawler estaba asombrado de la imperturbabilidad de aquella mujer. Ciertamente, no tenía derecho a esperar que fuera para ella tan intenso como lo había sido para él después de su largo período de autoimpuesto celibato. Había parecido acoger la situación de buena gana; definitivamente parecía haberle gustado. Pero, de todas formas, ¿sería para ella tan sólo una aventura casual, un mero encuentro fortuito producido por las sacudidas del barco? Así parecía.

Una bochornosa tarde, el padre Quillan decidió convertir a Natim Gharkid en católico. Al menos, eso era lo que parecían estar haciendo, con gran intensidad, cuando Lawler pasó junto a ellos y los miró desde lo alto del puente. El sacerdote, sudoroso e inflamado, le estaba ofreciendo al hombrecillo de piel marrón una voluble verborrea conceptual; y Gharkid lo escuchaba atentamente con su habitual modo impasible.

—El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo —decía Quillan— son un solo Dios, pero una triple entidad.

Gharkid asentía solemnemente. Lawler, inadvertido, parpadeó ante aquel extraño término de «Espíritu Santo». ¿Qué podía ser aquello? Pero Quillan había continuado su discurso. Ahora estaba hablando de algo llamado «Inmaculada Concepción». La atención de Lawler se apartó de ellos al alejarse, pero cuando volvió por el mismo camino quince minutos después, Quillan continuaba en lo suyo, y hablaba ahora de la redención, la renovación, la esencia y la existencia, del significado del pecado y de cómo podía existir en una criatura que era imagen de Dios, y por qué había sido necesario enviar un Salvador al mundo que expiara con su muerte los pecados de la Humanidad.

Algunas de aquellas cosas tenían sentido para Lawler, otras le parecían la palabrería más descabellada; y pasado un rato la proporción de palabrería le pareció tan alta, que se sintió molesto por la intensa dedicación de Quillan a un credo tan absurdo. El sacerdote le parecía demasiado inteligente como para concederles credibilidad alguna a esas nociones: un dios que primero creó un mundo poblado por versiones imperfectas de sí mismo y luego tuvo que enviar un aspecto de sí mismo para redimirlo de sus imperfecciones inherentes mediante el acto de dejarse matar. Y lo airaba el pensar que

Quillan, después de guardarse para sí durante tanto tiempo su religión, estuviera ahora ensañándose sobre el impotente Gharkid para hacer de él su primer converso.

Más tarde, Lawler se acercó a Gharkid y le dijo:

—No debe prestar atención alguna a las cosas que le estaba diciendo el padre Quillan. Odiaría verlo caer a usted en esa hacina de tonterías.

En los inescrutables ojos de Gharkid apareció momentáneamente un destello de sorpresa.

—¿Cree usted que yo estoy cayendo?

—Así lo parece.

Gharkid rió suavemente.

—Ah, ese hombre no entiende nada —aseguró, para luego marcharse.

Más tarde, aquel mismo día, Quillan buscó a Lawler.

—Le agradecería —dijo con enfado— que evitara dar sus opiniones acerca de las cosas que oye en las conversaciones que escucha a hurtadillas. ¿De acuerdo, doctor?

Lawler enrojeció.

—¿A qué se refiere?

—Sabe muy bien a qué me refiero.

—Ah. Ya lo supongo.

—Si tiene algo que agregar a la conversación, venga a sentarse con Gharkid y conmigo y lo escucharemos, pero no me ataque a mis espaldas.

—Lo siento.

Quillan le dirigió una larga mirada glacial.

—¿Lo siente?

—¿Cree usted que es juego limpio imponerle sus creencias a un simple como Gharkid? —preguntó Lawler.

—Ya hemos hablado de eso antes. Él es menos simple de lo que usted cree.

—Quizá sea así —dijo Lawler—. Me dijo que no se sentía muy impresionado por sus dogmas.

—Y así es. Pero al menos los escucha con una mente abierta, mientras que usted...

—De acuerdo —lo interrumpió Lawler—. Yo soy por naturaleza agnóstico; no puedo evitarlo. Continúe adelante y convierta a Gharkid en un católico. A mí no me importa realmente. Conviértalo en un católico incluso mejor que usted; eso no será demasiado difícil. ¿Por qué iba a importarme, después de todo? Ya he dicho que lamentaba haberme entrometido, y es verdad. ¿Aceptará usted mis disculpas?

—Por supuesto —respondió Quillan, pasado un momento.

Pero la atmósfera continuó tirante entre ellos durante algún tiempo. Lawler tuvo buen cuidado de mantenerse alejado cuando veía juntos al sacerdote y a Gharkid; sin embargo, resultaba evidente que Gharkid no conseguía encontrarles más sentido que

Lawler a las enseñanzas de Quillan. Los diálogos con el sacerdote cesaron finalmente, cosa que a Lawler le agradó más de lo que hubiera esperado.

Apareció a la vista una isla. Era la primera que veían en todo el viaje, a menos que se tome en cuenta la que estaban construyendo los gillies. Dag Tharp llamó por radio a los posibles pobladores humanos, pero no recibió ninguna respuesta.

—¿Serán insociables, o es una isla exclusivamente de gillies? —le preguntó Lawler a Delagard.

—Gillies —respondió Delagard—. Allí no hay nada más que jodidos gillies. Créeme, no es una de las nuestras.

Tres días más tarde avistaron otra; con forma de luna creciente, yacía como un animal durmiente en el horizonte septentrional. Lawler cogió el catalejo del timonel y creyó ver señales de asentamiento humano en el extremo oriental de la isla. Tharp comenzó a caminar hacia la cabina de radio, pero Delagard le dijo que no se molestara.

—¿También ésa es una isla gillie? —preguntó Lawler.

—No, pero no tiene sentido llamar. No vamos a hacerles una visita.

—Quizá nos dejarían cargar un poco de agua. Está comenzando a escasear seriamente.

—No —dijo Delagard—. Esa isla es Thetopal. Mis barcos no tienen derecho de desembarco en Thetopal. No me llevo nada bien con los thetopalies: no nos darían ni un cubo de meados rancios.

—¿Thetopal? —preguntó Onyos Felk con aspecto de perplejidad—. ¿Estás seguro?

—Seguro que estoy seguro. ¿Qué otra isla podría ser? Ésa es Thetopal.

—Thetopal —dijo Felk—. De acuerdo entonces. Es Thetopal, si tú lo dices, Nid...

Una vez que dejaron atrás Thetopal, el mar volvió a aparecer vacío de islas.

No se veía más que agua en todas direcciones. Era como viajar por un universo vacío. Lawler calculó que a aquellas alturas estaban ya a medio camino de Grayvard, aunque era sólo conjetura. Seguramente llevaban ya un mínimo de cuatro semanas en el mar, pero el aislamiento del barco y las rutinas diarias hacían que le resultara difícil desarrollar un sentido claro del transcurrir del tiempo.

Durante tres días la flota fue azotada por un viento fuerte y frío; provenía del norte y agitó la ira y furia del mar alrededor de ellos. El primer signo fue una abrupta transformación de la atmósfera, que en la zona del coral había sido suave y de una temperatura casi tropical. De pronto, el aire se hizo claro y seco y el cielo se curvó muy en lo alto, vibrante y pálido como una inmensa cúpula metálica. Lawler, que era algo así como un meteorólogo aficionado, se sintió inquieto por aquel fenómeno. Le transmitió sus temores a Delagard, quien se los tomó en serio y dio la orden de listonar. Un poco más tarde se oyó un retumbar prolongado: el tronar que anunciaba la llegada de los primeros vientos fuertes. Luego llegaron los vientos, cortas ráfagas rápidas y nerviosas de aire helado que lamían y agitaban el mar revolviendo las aguas como con una mano de almirez. Con ellos llegaron ruidosas precipitaciones de granizo seco, escasas y dispersas, pero nada de lluvia.

—Aún están por venir los peores —dijo Delagard.

Estaba constantemente en cubierta mientras el tiempo empeoraba, y apenas se tomaba algún rato libre para dormir. El padre Quillan se hallaba a menudo a su lado, ambos como compinches, hombro con hombro mirando al viento. Lawler los veía hablar, señalar, menear la cabeza. ¿Qué podían tener para decirse el uno al otro aquellos dos tipos, el hombre basto y estridente de apetitos primitivos, y el sacerdote austero y melancólico, cazador de Dios? Sin embargo allí estaban, en la cabina del timonel, al lado de la bitácora, en el alcázar. ¿Es que Quillan estaba ahora intentando convertir a Delagard? ¿O buscarían alejar la tormenta con rezos?

A pesar de los rezos, la tormenta llegó. El mar se convirtió en una devastada planicie de aguas rotas. Unas gotas tan finas como humo blanco llenaban el aire. El viento en su plenitud golpeaba con la fuerza de una maza gigantesca, pasando a una velocidad asombrosa por sus oídos y dejando un clamor resonante detrás. Redujeron el velamen, pero las cuerdas igualmente se soltaron y quedaron ondeando de un lado a otro.

Todos los tripulantes útiles estaban en cubierta. Martello, Kinverson y Henders se desplazaban precariamente por la arboladura, atados con cuerdas para evitar ser arrojados al mar. Los demás tiraban de las vergas, mientras Delagard gritaba órdenes furiosamente. Lawler trabajaba junto al resto; ya no había franquicias de médico para él, no en una tormenta como aquella.

El cielo estaba negro, y el mar más negro aún, excepto en los sitios en los que estaba cubierto de espuma blanca o cuando se levantaba junto a ellos una ola gigantesca, como una enorme muralla de cristal verde. La nave se metía directamente en ella, hendiéndola por la base en lugar de remontarla como debería hacer, metiéndose de cabeza en su liso y oscuro seno, rodando cuando alguna ola grande retrocedía por sotavento con un terrible sonido de absorción y volvía a chocar con ellos enviando cataratas de agua a la cubierta.

Los magnetrones eran inútiles ante aquello. Los vientos venían de direcciones contrarias, colisionaban y los rodeaban con aguas ingobernables que azotaban por todas partes; no había forma de elevarse por encima de aquel caos. Lo habían sujetado todo y llevado bajo cubierta las cosas que habían podido, pero si las tremendas olas encontraban algo que se habían dejado olvidado —un cubo, una herramienta, un arpón, un barril de agua— lo arrastraban a saltos y encontronazos de un lado a otro de la cubierta hasta que desaparecía en el mar.

La proa del barco se sumergía, salía a flote y volvía a sumergirse. Alguien vomitaba, alguien gritaba. Lawler atisbo la silueta de otro de los barcos —no sabía de cuál se trataba porque no tenía izada la bandera— muy cerca de ellos, atrapado en un oscilante torbellino, ahora elevándose por encima de ellos como si planeara venir a estrellarse encima de la cubierta, cayendo a plomo después y desapareciendo de la vista como tragado hasta las profundidades mismas.

—¡Los mástiles! —chilló alguien—. ¡Van a ser arrancados! ¡Bajad de ahí! ¡Bajad de ahí!

Pero los mástiles se mantuvieron firmes, aunque pareció realmente que serían descajados y arrojados al mar. La vibración que producían hacía estremecer a todo el barco. Lawler se encontró a sí mismo abrazado a alguien —era Pilya—, y cuando Lis Niklaus bajó por la cubierta deslizándose a favor del viento, ambos la agarraron y la izaron como un pez en el anzuelo. Lawler imaginaba que comenzaría una lluvia torren-

cial, y le molestaba el hecho de que en aquel delirio de viento no tendrían posibilidad de sacar recipientes para recoger agua dulce. Pero los vientos continuaban siendo secos y cargados de electricidad.

En un momento dado miró por encima de la barandilla, y junto a la ligera espuma del mar vio que el océano estaba lleno de destellantes ojillos que los miraban fijamente. ¿Fantasía? ¿Alucinaciones? No lo creía así. Eran cabezas de drakkens, un ejército de aquellas cosas, una legión de ellos con sus largos hocicos de aspecto maligno asomando por todas partes. Una miríada de afilados dientes que aguardaban el momento en que el *Reina de Hydros* volcase y sus trece ocupantes cayeran de cabeza al agua.

El viento sopló, pero el barco aguantaba. Perdieron la noción del tiempo. No había noche, no había día; sólo estaba el viento. Más tarde, Onyos Felk calculó que había estado soplando durante tres días. Quizá tuviera razón. Todo acabó tan rápidamente como había comenzado: los vientos negros se transformaron en un soplo claro y brillante que destellaba y cortaba como un cuchillo, y luego la tormenta cesó en un momento —como si le hubieran dado una orden— y la calma volvió con un impacto muy parecido a un choque.

Aturdido por aquella extraña y nueva tranquilidad, Lawler avanzó lentamente por la empapada cubierta. Estaba llena de algas machacadas, trozos de peces gelatina, cosas que se debatían furiosamente y toda clase de detritos marinos que las olas habían arrojado sobre el barco. Las manos le dolían; las quemaduras provocadas por el roce de las cuerdas habían despertado el dolor infligido por aquel ser rediforme. Lawler hizo inventario silenciosamente: allí estaba Pilya, allá Gharkid, en aquel otro sitio el padre Quillan, allí Delagard, Tharp, Golghoz, Felk y Niklaus. ¿Martello? Sí, allá arriba. ¿Dann Henders? Sí.

¿Sundria?

No la veía. Luego la descubrió, y deseó no haberlo hecho: estaba cerca del castillo de proa, empapada de pies a cabeza, con la ropa tan pegada a la piel que parecía desnuda, y Kinverson la acompañaba. Examinaban alguna criatura que él había encontrado y tenía tendida hacia ella: una serpiente marina de algún tipo, una cosa lánguida, larga y cómica; tenía una boca grande pero que parecía bastante inofensiva y una línea de manchas circulares le recorría el cuerpo blando de color amarillo y le confería un aspecto bufonesco. Ambos estaban riendo; Kinverson sacudía aquella cosa ante ella, arrojándosela prácticamente a la cara, y ella aullaba de risa y la apartaba con las manos. Kinverson la cogió por la cola y observó cómo la bestia se retorció patéticamente; Sundria pasó la mano por el lustroso cuerpo largo como si la acariciara y quisiera consolarla de las indignidades a las que se veía sometida. Luego él la arrojó de vuelta al mar, le pasó a Sundria un brazo por los hombros y ambos desaparecieron de la vista.

Qué cómodos estaban el uno con el otro. Qué intimidad tan despreocupada, juguetona e inquietante.

Lawler se volvió; Delagard venía por la cubierta en dirección a él.

—¿Has visto a Dag? —preguntó a gritos.

Lawler señaló con una mano. El radiooperador se hallaba sentado contra la barandilla de estribor, desplomado como un montón de harapos, temblando y meneando la cabeza como si fuera incapaz de creer que había sobrevivido.

Delagard se apartó mechones de pelo empapado de los ojos y miró en la dirección indicada.

—¡Dag! ¡Dag! ¡Coge esa jodida bocina tuya, rápido! ¡Hemos perdido a toda la condenada flota!

Lawler, espantado, giró en redondo para mirar. El agua estaba completamente calma. Delagard tenía razón; ninguno de los otros barcos estaba a la vista. El *Reina de Hydros* estaba completamente solo en el mar.

—¿Crees que se han ido a pique?

—Recemos para que no sea así —respondió Delagard.

Pero los barcos no estaban perdidos, sino simplemente fuera de la vista. Uno a uno establecieron contacto por radio con la nave capitana cuando Tharp los llamó. La tormenta los había desparramado como pajillas, llevándolos aquí y allá en una gran extensión de mar; pero estaban todos. El *Reina de Hydros* mantuvo su posición y los demás se dirigieron hacia él.

Al caer la noche ya se había reunido la flota. Todos habían sobrevivido. Delagard ordenó que corriera el brandy de Khuvier para celebrar, la última reserva que tenía Gospo Struvin. El padre Quillan, de pie en el puente, dirigió una breve plegaria de acción de gracias. Incluso Lawler se encontró pronunciando unas pocas y breves palabras de agradecimiento, con un poco de sorpresa por su parte.

6

Fuera lo que fuese que había entre Kinverson y Sundria, no parecía obstaculizar lo que comenzaba a haber entre ella y Lawler. Él era incapaz de comprender ninguna de las dos relaciones, ni la de ellos dos ni la suya propia con Sundria; pero sabía lo suficiente como para comprender que la mejor forma de matar la relación era intentar comprenderla. Simplemente tendría que aceptar lo que viniera.

Una cosa quedó clara muy pronto: a Kinverson no le importaba que Sundria se hubiera liado con Lawler. Parecía indiferente a los asuntos de la posesividad sexual. La sexualidad era para él como el respirar, o, al menos, eso parecía. La practicaba sin pensarlo —cuando su cuerpo lo requería, y con cualquiera que se prestara a ello— como una función puramente natural, automática, mecánica, y esperaba que los demás consideraran el tema de la misma forma.

Kinverson se hizo un tajo en un brazo y fue a ver a Lawler para que se lo limpiara y vendara. Mientras estaba curándolo, le dijo:

—Estás follándote también a Sundria, ¿no, doctor?

Lawler apretó la venda.

—No veo por qué tengo que responder a eso. No es asunto tuyo.

—De acuerdo. Bueno, por supuesto que te la estás follando. Es una mujer hermosa. Demasiado inteligente para mí, pero eso no me importa. Y no me importa qué haces tú con ella.

—Eres muy amable —dijo Lawler.

—Por supuesto, espero que sea lo mismo en tu caso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que podría haber algo entre Sundria y yo —respondió Kinverson—. Espero que te des cuenta de eso.

Lawler le dirigió una mirada larga y penetrante.

—Es una mujer adulta. Puede hacer lo que quiera, con quien quiera y cuando quiera.

—Bien. Un barco es un sitio muy pequeño; no podemos permitirnos peleas por una mujer.

Con irritación creciente, Lawler dijo:

—Tú haz lo que tengas que hacer y yo haré lo mío, y no discutamos más el asunto. Hablas de ella como si se tratara de un aparato que ambos queremos utilizar.

—Sí —dijo Kinverson—. Un aparato condenadamente bueno.

Pocos días después, Lawler entró en la cocina y se encontró a Kinverson y Lis Niklaus, ambos riendo, tentándose y agarrándose como gillies en celo. Lis le dedicó un guiño y una estridente risita por encima del hombro de Kinverson.

—¡Hola, doctor! —lo saludó; parecía algo borracha.

Lawler se sobresaltó, le devolvió la mirada y salió rápidamente.

La cocina estaba muy lejos de ser un sitio reservado. Resultaba obvio que Kinverson no tomaba precauciones para que Sundria no descubriera —o Delagard, por caso— que él tenía un lío al margen con Lis. Al menos Kinverson era consecuente, pensó Lawler. No le importaba nada ni nadie.

Durante la semana siguiente a la tormenta, Lawler y Sundria encontraron en varias ocasiones la oportunidad para escaparse a la bodega de carga. El cuerpo de él, cuyo fuego había dormido durante tanto tiempo, estaba comenzando a aprender rápidamente el significado de la pasión. Pero de ella no recibía nada parecido a la pasión —al menos hasta donde podía ver Lawler—, a menos que se calificara de pasión al placer físico, entusiástico pero casi impersonal, rápido y eficaz. Lawler no le ponía ese nombre. Puede que lo hubiera puesto cuando era más joven, pero no ahora.

Nunca se decían nada el uno al otro mientras hacían el amor, y cuando yacían juntos después, mientras regresaban a la realidad, parecían limitar de común acuerdo sus conversaciones a la charla más superficial. Las nuevas reglas quedaron rápidamente establecidas. Lawler seguía su ejemplo como había hecho desde el principio; obviamente, ella disfrutaba de lo que ocurría entre ambos, y también obviamente no deseaba un intercambio más profundo. Siempre que Lawler se encontraba con ella en cubierta, ambos hablaban de la misma forma insubstancial. «Hace buen tiempo», decían, o «Qué color tan extraño tiene el mar aquí».

Él podía decir: «Me pregunto cuánto tardaremos en llegar a Grayvard».

Y ella podía decir: «Ya no tengo más tos, ¿te has dado cuenta?».

Él podía comentar: «¿No era delicioso ese pescado rojo que comimos ayer para cenar?».

O ella podía señalar: «Mira, ¿no es un buzo eso que pasa nadando junto a nosotros, ahí abajo?».

Todo era suave, agradable, controlado.

Él nunca dijo: «No me había sentido así con alguien desde hace un millón de años, Sundria».

Ella jamás dijo: «No veo la hora de que volvamos a escabullirnos, Val».

Él tampoco dijo: «No nos parecemos mucho, realmente; somos gente que no acaba de encajar».

Y ella nunca comentó: «La razón por la que no dejaba de ir de una isla a otra era porque siempre estaba buscando algo más, fuera lo que fuese».

En lugar de comenzar a conocerla mejor ahora que eran amantes, la sintió cada vez más remota e indistinta. Lawler no había esperado eso. Deseaba que hubiera más cosas entre ellos, pero no veía cómo podía hacer que las hubiera... a menos que ella lo quisiese.

Ella parecía querer mantenerlo a distancia, y obtener de él sólo aquello que ya obtenía de Kinverson. A menos que la hubiese malinterpretado, no deseaba ningún otro tipo de intimidad. Lawler nunca había conocido a una mujer como ella, tan indiferente a la permanencia, a la continuidad, a la unión de las almas; parecía tomar cada acontecimiento tal y como venía, sin molestarse en relacionarlo con lo que había ocurrido antes y lo que pudiera pasar después.

Luego se dio cuenta de que había conocido a alguien así, sólo que no era una mujer: era él mismo. El Lawler de hacía mucho tiempo en la isla de Sorve, pasando de una amante a otra sin pensar más que en el momento. Pero ahora había cambiado. O, al menos, eso creía.

Durante esa noche, oyó gritos sordos y golpes que provenían del camarote contiguo al suyo. Delagard y Lis se estaban peleando. No era la primera vez; pero aquella pelea sonaba más fuerte e iracunda que las anteriores.

Por la mañana, cuando bajó para desayunar, Lis se hallaba junto a la cocina con la cara vuelta en la dirección opuesta. Vista de lado, su cara parecía hinchada; y cuando se dio la vuelta, mostró una contusión amarillenta en un pómulo y otra por encima del ojo. Tenía los labios partidos e hinchados.

—¿Quieres que te dé algo para eso? —preguntó Lawler.

—Sobreviviré.

—Oí el ruido anoche. Qué cosa tan desagradable.

—Me caí de la litera, eso fue lo que ocurrió.

—Seguro. Y estuviste dándote golpes por todo el camarote durante cinco o diez minutos, gritando y maldiciendo. Y Nid, cuando te levantó, ¿sintió también ganas de gritar y maldecir? Venga ya, Lis.

Ella le echó una mirada fría y hosca; parecía que rompería a llorar. Él nunca había visto antes a la salada Lis a punto de quebrarse.

—El desayuno puede esperar cinco minutos —dijo él rápidamente—. Te desinfectaré ese corte y te daré algo que te calme el dolor de esas contusiones.

—Estoy acostumbrada a ello, doctor.

—¿Te golpea a menudo?

—Demasiado a menudo.

—La gente ya no se golpea entre sí, Lis. Ese tipo de cosas desaparecieron con los hombres de las cavernas.

—Dile eso a Nid.

—¿Quieres que lo haga? Lo haré.

El pánico destelló en los ojos de la mujer.

—¡No! ¡Por el amor de Dios, no digas una palabra, doctor! Me mataría.

—Realmente le tienes miedo, ¿verdad?

—¿Tu no?

—No —dijo Lawler con sorpresa—. ¿Por qué iba a tenerlo?

—Bueno, quizá tú no se lo tengas. Pero tú eres tú. Supongo que tuve mala suerte. Estaba haciendo algo que a él no le gustó, se enteró de ello y se lo tomó mucho peor de lo que yo jamás hubiera imaginado. Eso me ha enseñado una o dos cosas. Nid es un hombre salvaje. Anoche pensé que iba a asesinarme.

—Llámame la próxima vez; golpea la pared del camarote.

—No habrá una próxima vez. A partir de ahora seré buena. Estoy decidida.

—¿Tanto miedo le tienes?

—Lo amo, doctor. ¿Puedes creerlo? Amo a ese bruto hijo de puta. Si él no quiere que folle a nadie más, no lo haré. Él es importante para mí.

—A pesar de que te golpea.

—Eso me indica cuan importante soy yo para él.

—No puedes decir eso en serio, Lis.

—Lo digo en serio. Sí.

Lawler meneó la cabeza.

—Jesús, te golpea hasta ponerte negra y azul y tú me dices que es porque te quiere muchísimo.

—Tú no entiendes estas cosas, doctor —dijo Lis—. Nunca las has entendido. Nunca podrías entenderlas.

Lawler la estudió con desconcierto, intentando comprender lo que le decía. En aquel preciso momento, ella le resultaba tan extraña como los gillies.

—Supongo que tienes razón —dijo.

Pasada la tormenta, el mar estuvo en calma durante algún tiempo. Nunca del todo tranquilo, pero tampoco especialmente desafiante. Llegaron a otra zona llena de aquellas plantas marinas entrelazadas, pero no abundaban tanto y pudieron abrirse camino sin necesidad del letal afrodisíaco del doctor Nikitin.

Un poco más adelante flotaban grupos de misteriosas algas alargadas, verde-amarillentas y estrechamente entrelazadas. Al pasar el barco, se asomaban fuera de la superficie y emitían tristes exhalaciones zumbantes por unas vejigas que colgaban en el extremo de tallos espinosos: «Volved atrás», parecían decir, «volved atrás, volved atrás». Era un sonido inquietante y molesto, y claramente un lugar nefasto. Aunque al cabo de poco ya no se veían aquellas extrañas algas, durante medio día más fue posible oír su murmullo distante y melancólico, ocasionalmente arrastrado hasta ellos por las ráfagas del viento de popa.

Al día siguiente apareció otra forma extraña de vida: una gigantesca criatura colonial, cientos o quizá miles de organismos específicos suspendidos de otro enorme que flotaba y cuyo tamaño era aproximadamente el de una plataforma o una boca. Su carnoso y transparente cuerpo central destellaba fuera del agua como una isla apenas sumergida. Al acercarse más pudieron ver los innumerables componentes de aquella cosa que se estremecían, zumbaban y se agitaban mientras llevaban a cabo sus tareas individuales: este grupo de organismos remaba, aquel otro cazaba peces, esos otros pequeños que se agitaban por el borde servían de estabilizadores para la totalidad del vasto organismo que se desplazaba a velocidad regular por el océano.

Cuando el barco se acercó más, la criatura estiró varias docenas de estructuras transparentes parecidas a tuberías, de un par de metros de altura, que se elevaron por encima de la superficie como chimeneas esmaltadas.

—¿Qué cree usted que son esas cosas? —preguntó el padre Quillan.

—¿Serán órganos visuales? —sugirió Lawler—. ¿Periscopios de algún tipo?

—No, mire: está saliendo algo del interior...

—¡Cuidado! —gritó Kinverson desde lo alto—. ¡Va a dispararnos!

Lawler arrastró al sacerdote hacia el suelo justo en el momento en que una burbuja de alguna sustancia pegajosa y rojiza pasó silbando por encima de ellos. La burbuja cayó en medio de la cubierta, a tres metros detrás de ellos. Parecía un trozo de excremento anaranjado, sin forma y que se estremecía como la gelatina; de él comenzó a salir un vapor. Una media docena de proyectiles como aquel aterrizaron en otros puntos de la cubierta, y a cada momento llegaban más.

—¡Joder! ¡Joderí! ¡Joder! —rugía Delagard mientras los pisoteaba salvajemente—. Esta cosa está quemando la cubierta. ¡Traed palas y cubos! ¡Palas y cubos! ¡Vira! ¡Vira, Felk! ¡Sácanos de aquí, maldito seas!

La cubierta crepitaba y humeaba allí donde las burbujas la estaban carcomiendo. Felk, al timón, luchaba para apartarse del bombardeo, alejándose, esquivando y maniobrando el barco con un entusiasmo frenético. A sus roncadas órdenes, el equipo de turno tiró de las cuerdas, hizo girar las vergas y reorientó las velas. Lawler, Quillan y Lis Niklaus corrían por la cubierta recogiendo con cuidado los blandos proyectiles corrosivos y arrojándolos por la borda. En las planchas de madera de la cubierta, de color amarillo pálido, quedaban marcas oscuras de chamuscado. La criatura colonial, lejos ya de ellos, continuaba arrojando proyectiles con irreflexiva y metódica hostilidad, aunque

ahora caían inofensivamente al agua, lanzando bocanadas de vapor al hervir mientras bajaban hasta desaparecer.

Las marcas de quemadura de la cubierta eran profundas. Lawler sospechaba que de no haber sido quitados de inmediato, aquellos proyectiles pegajosos hubieran atravesado todos los pisos hasta salir por el casco.

A la mañana siguiente, Gharkid divisó a estribor una nube gris de sibilantes formas que volaban por el aire a lo lejos.

—Peces bruja en el delirio del apareamiento.

Delagard maldijo y ordenó un cambio de rumbo.

—No —dijo Kinverson—, eso no servirá de nada. No hay tiempo para maniobrar. Arriad las velas.

—¿Qué?

—Arriad las velas, o cuando nos alcance el cardumen actuarán como redes. Se nos llenará la cubierta hasta el culo de peces bruja.

Mientras maldecía abundantemente, Delagard ordenó que arriaran velas. Muy pronto el *Reina de Hydros* estuvo navegando con los mástiles desnudos, que se elevaban hacia el duro cielo blanco. Luego llegaron los peces bruja.

Los feos gusanos alados, con la espalda llena de púas, podían ser contados por millones. Era un mar de peces bruja; apenas podía verse el agua a barlovento de la flota, a causa de los cuerpos que se agitaban en ella. Despegaban desde la cresta de las olas: las hembras por delante, incontables cantidades que oscurecían el sol, y los machos las seguían. Batían furiosamente sus alas brillantes y de ángulos agudos, manteniendo altas sus narinas; continuaban avanzando en enloquecidos cardúmenes.

No les importaba que hubiera barcos en medio del camino. Allí, los barcos no eran más que una distracción incidental. Las montañas también lo hubieran sido. Tenían que seguir su programación genética, y la seguían ciegamente y sin resistencia. Si eso significaba chocar de cabeza con los flancos del *Reina de Sorve*, que así fuera. Si eso significaba salvar la cubierta por unos cuantos metros e ir a estrellarse contra la base de un mástil o la puerta del castillo de proa, que así fuera.

No había nadie en la cubierta del barco cuando lo alcanzó el ejército de peces bruja. Lawler ya sabía lo que era ser golpeado por un ejemplar joven; un adulto que estuviera en el frenesí del apareamiento volaría con una fuerza diez veces mayor. Lo más probable era que la colisión resultara fatal para un humano; un golpe de soslayo con la punta de una de aquellas alas podía cortar la piel hasta el hueso. El roce de aquellas feroces púas abriría una ruta de sangre.

Lo único que podían hacer era esconderse y esperar bajo cubierta. Durante cuatro horas, el zumbante retronar del paso de aquellos peces llenó el aire, mezclado con chillidos gimientes y el sonido de impactos abruptos y brutales.

Al fin todo quedó en silencio. Y entonces, cautelosamente, Lawler y otros dos salieron a cubierta.

El aire estaba limpio. El cardumen había continuado su viaje, pero por todas partes había peces bruja muertos o agonizantes, apilados como sabandijas en todos los puntos en los que alguna estructura de la cubierta había puesto un obstáculo en su ruta de vuelo. Destrozados como estaban, algunos de ellos tenían aún vida suficiente como para si-

sear, morder e intentar levantar el vuelo para arrojarse contra el rostro de los miembros del equipo de limpieza. Necesitaron el resto del día para arrojarlos a todos por la borda.

Después de los peces bruja llegó una nube oscura que parecía prometer la ansiada lluvia, pero que en lugar de eso dejó caer una capa de viscosidad; se trataba de una masa migratoria de algún tipo de microorganismos de olor repulsivo. Envolvió a la flota en su multitud casi infinita y dejó una capa de sustancia resbaladiza y pegajosa de color marrón en cada milímetro cuadrado de velas, vergas, mástiles y cubierta. Limpiar eso les llevó otros tres días.

A continuación vinieron más peces espolón, y Kinversion volvió al puente a aporrear su timbal para confundirlos. Y después de los peces espolón...

Lawler comenzó a pensar en el mar del planeta como en una fuerza hostil, tenaz e implacable. Les estaba arrojando incansablemente una calamidad tras otra, como irritada respuesta a su presencia a bordo de su seno. De alguna manera, los viajeros estaban provocándole comezón al océano, y éste se rascaba donde ellos estaban. Algunas de las rascadas eran bastante intensas; Lawler se preguntaba si conseguirían sobrevivir para llegar hasta Grayvard.

Al fin llegó un día bendito por una fuerte lluvia. Limpió la viscosidad de los microorganismos y el hedor que habían dejado sobre la cubierta los peces bruja muertos, y les permitió volver a llenar los barriles de agua cuando la situación parecía nuevamente crítica.

Al comenzar la lluvia, apareció un grupo de buzos que empezaron a retozar de forma cordial y juguetona junto al barco, saltando en la espuma como elegantes bailarines que dieran la bienvenida a su tierra natal a unos turistas. Pero apenas se marcharon los buzos, se les acercó otro de aquellos entes coloniales lanzadores de borujos —o quizá se trataba de la misma colonia de antes— y volvió a bombardear el barco con sus misiles corrosivos. Era como si el océano se hubiera dado cuenta de que, al enviarles la lluvia y luego los buzos, les estaba mostrando a los viajeros una faz demasiado amistosa, y quisiera ahora recordarles cuál era su verdadera naturaleza.

En la calma de un alba perfecta —el mar casi sin olas, la brisa regular, el cielo refulgente, el precioso globo verdiazul de Alborada aún visible justo encima del horizonte y dos lunas aún en el cielo—, Lawler salió a cubierta y se encontró con que estaba teniendo lugar una conferencia en el puente. Allí estaban Delagard, Kinversion, Onyos Felk y Leo Martello. Vio también al padre Quillan, medio escondido tras el corpa-chón de Kinversion.

Delagard tenía el catalejo. Miraba a lo lejos con él y les informaba de algo a los otros, que señalaban, miraban fijamente y hacían comentarios.

Lawler subió por la escalerilla.

—¿Ocurre algo?

—Sin duda ocurre algo, sí —dijo Delagard—. Uno de nuestros barcos se ha perdido.

—¿Lo dices en serio?

—Echa una mirada. —le entregó el catalejo—. Una noche tranquila. Según los vi-
gías, no ocurrió nada insólito entre la medianoche y el alba. Cuenta los barcos que ves.
Uno, dos, tres, cuatro.

Lawler se llevó el catalejo a un ojo. Uno, dos, tres, cuatro.

—¿Cuál es el que falta?

Delagard se tiró de los cabellos grasientos y rizados.

—Todavía no estoy muy seguro. No tienen izadas las banderas. Gabe cree que es el
de las hermanas el que ha desaparecido. Quizá se separaron durante la noche y tomaron
por su cuenta una ruta independiente.

—Eso sería una locura —dijo Lawler—. Ellas no tienen ni idea de cómo gobernar
un barco.

—Hasta ahora lo han estado haciendo bastante bien —observó Leo Martello.

—Sólo porque han seguido al grupo, pero si han intentado navegar en solitario...

—Bueno, sí —reconoció Delagard—, sería una locura; pero es que ellas están locas.
Son unas jodidas tortilleras, y no dudo de que podrían hacer algo así... —se interrumpió.
En la escalerilla que conducía al puente se oyó el sonido de unos pasos—. Dag,
¿eres tú? —preguntó Delagard. Le explicó a Lawler—. Lo envié a la sala de radio para
hacer algunas llamadas.

La arrugada cabeza de Tharp apareció primero, y luego el resto de él.

—El *Sol Dorado* es el que se ha perdido —anunció.

—Las hermanas están en el *Cruz de Hydros* —dijo Kinverson.

—Correcto —respondió Tharp con acritud—. Pero el *Cruz de Hydros* respondió
cuando lo llamé. También lo hicieron el *Estrella*, el *Tres Lunas* y el *Diosa*. Silencio por
parte del *Sol Dorado*.

—¿Estás absolutamente seguro? ¿No conseguiste contactarlos? —preguntó Dela-
gard—. ¿No hubo forma alguna de que pudieras comunicarte con ellos?

—Si quieres, ve e inténtalo tú. He llamado a toda la flota. Cuatro barcos respondi-
eron.

—¿Incluidas las hermanas? —insistió Kinverson.

—Hablé con la misma hermana Halla, ¿de acuerdo?

—¿Quién estaba al mando del *Sol Dorado*? —preguntó Lawler—. No lo recuerdo.

—Damis Sawtelle —le respondió Leo Martello.

—Damis nunca se hubiera marchado por su cuenta. El no es así.

—No —afirmó Delagard, aunque con una mirada de sospecha y desconfianza—. Él
no es así, ¿verdad, doctor?

Tharp estuvo durante todo el día intentando contactar en la frecuencia del *Sol Dora-
do*. También los operadores de radio de los otros cuatro barcos lo intentaron. Silencio
en el canal. Silencio. Silencio.

—Un barco no se desvanece así en medio de la noche —decía Delagard, paseándose
ferozmente.

—Bueno, éste parece que lo ha hecho —respondió Lis Niklaus.

—¡Cierra tu jodida boca!

—Oh, qué bonito, Nid, muy bonito.

—¡Ciérrala o te la cerraré yo!

—Basta, eso no ayuda en nada —dijo Lawler. Se volvió hacia Delagard—. ¿Has perdido alguna vez a uno de tus barcos de esta manera? ¿En silencio, sin enviar un mensaje de socorro?

—Nunca he perdido un barco. Punto.

— Si hubieran tenido problemas, hubieran llamado por radio, ¿correcto?

—Si tenían la posibilidad de hacerlo, sí —respondió Kinverson.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Delagard.

—Supongamos que todo un grupo de esas cosas rediformes subieran a bordo durante la noche. El turno cambia a las tres de la mañana; los que estaban en la arboladura bajan y la guardia siguiente sale a cubierta. Todos ellos tropiezan con esas redes, y son arrastrados por encima de la borda. Así tendríamos la mitad de la tripulación del barco perdida. Damis, o quien sea, baja de la cabina del timón mientras tiene lugar la matanza para ver qué ocurre y una red se apodera también de él. Y el resto, uno a uno...

—Gospo chilló como un loco cuando la red se apoderó de él —señaló Pilya Braun—. ¿Crees que toda la tripulación de un barco puede ser arrastrada por la borda sin que ni uno solo de ellos haga ruido suficiente como para alertar a los demás?

—Así pues, no se trató de las redes —aceptó Kinverson—. Fue alguna otra cosa lo que subió a bordo. O fueron redes y algo más. Y todos murieron.

—¿Y luego vino una boca y se tragó el barco? —preguntó Delagard—. ¿Dónde cojones está el barco? Puede que hayan desaparecido todos los de a bordo, pero ¿dónde está el barco?

—Un barco con velas puede alejarse mucho a la deriva en pocas horas, incluso en un mar tranquilo —observó Onyos Felk—. Diez, quince, veinte kilómetros... ¿quién sabe?, y continuar avanzando. No lo encontraríamos nunca aunque lo buscáramos durante un millón de años.

—Quizá se haya hundido —dijo Neyana Golghoz—. Algo se le acercó por debajo y le hizo un agujero en el fondo del casco, y el barco se hundió así de rápido.

—¿Sin enviar siquiera una señal? —preguntó Delagard—. Los barcos no se hunden en dos minutos. Alguien hubiera tenido tiempo de llamarnos por radio.

—Y yo qué sé —insistió Neyana—. Digamos que cincuenta cosas vinieron por debajo y abrieron agujeros. Que se llenó de agujeros en un segundo; y que se hundió en menos tiempo del que tú necesitas para tirarte un pedo. Simplemente se hundió, y no hubo tiempo para hacer nada. No lo sé. No son más que conjeturas.

—¿Quiénes iban a bordo del *Sol Dorado*? —preguntó Lawler.

Delagard fue contando con los dedos mientras los enumeraba.

—Damis y Dana con su niño; Sidero Volkin; los Swayner. Eso hace seis.

Cada uno de aquellos nombres caía como un hachazo. Lawler pensó en el anciano fabricante de herramientas y en su curtida esposa. Qué hábil había sido Sweyner con las manos, cuan diestro había sido para emplear los limitados materiales que Hydros ponía a su disposición. Volkin, el carpintero de navío, hombre duro y trabajador. Damis. Dana.

—¿Quién más?

—Déjame pensar. Tengo la lista en alguna parte, pero déjame pensarlo. ¿Los Hain? No, ellos están con Yáñez en el *Tres Lunas*. Freddo Wong estaba a bordo junto con su esposa... ¿cómo demonios se llama?

—Lucía —respondió Lis.

—Lucía, eso es. Freddo y Lucía Wong, y esa jovencita, Berylda, la que tiene tetas. Y el hermano pequeño de Martín Yáñez, según creo. Sí. Sí.

—José —dijo alguien.

—Sí, José.

Lawler sintió un dolor feroz. El vehemente muchacho de los ojos brillantes. El futuro médico, el que iba a cargar algún día con la responsabilidad de ser el sanador.

Oyó una voz que decía.

—Muy bien, eso hace diez. ¿Cuántos había a bordo, catorce? Faltan cuatro más.

Todos comenzaron a sugerir nombres. Era difícil recordar quién estaba en cada barco después de pasadas tantas semanas desde la partida de Sorve; pero había catorce personas a bordo; en ese punto todos estaban de acuerdo.

Catorce muertes, pensó Lawler, aturdido por la enormidad de aquella pérdida. La sentía en los huesos. Se sentía personalmente disminuido. Aquella gente había compartido su vida y su pasado, y ahora se habían marchado. Se habían marchado para siempre sin aviso. Casi una quinta parte de la comunidad había desaparecido de golpe. En la isla de Sorve, durante un mal año, puede que hubieran llegado a tener dos o tres muertes. Durante la mayoría de los años, no se producía ninguna. Y ahora, catorce de una sola vez. La desaparición del *Sol Dorado* había abierto un enorme agujero en el tejido de la comunidad; pero ¿no estaba la comunidad ya rota? ¿Serían capaces de restablecer en Grayvard algo parecido a lo de Sorve?

—José. Los Sawtelle. Los Sweyner. Los Wong. Volkin. Berylda Cray. Y otros cuatro.

Lawler los dejó discutiendo el asunto en el puente y se marchó bajo cubierta. El frasco de alga insensibilizadora estuvo en sus manos un momento después de que entrara en el camarote. Ocho gotas, nueve, diez, once. Digamos que una docena en este caso, ¿de acuerdo? Sí. Una docena. Qué demonios. Una dosis doble; eso quitaría cualquier dolor.

—¿Val? —sonó la voz de Sundria fuera del camarote—. ¿Te encuentras bien?

Él la dejó entrar. Sus ojos se fijaron en el vaso que tenía en la mano y luego en el rostro de él.

—Dios, te duele de verdad, ¿no es cierto?

—Igual que perder algunos de mis dedos.

—¿Significaban mucho para ti?

—Algunos de ellos, sí —el calmante comenzaba a hacerle efecto. Sintió que el agudo filo del dolor se embotaba. Su propia voz sonaba amortiguada en sus oídos—. Otros no eran más que gente a la que conocía, parte del escenario de la isla, viejos rostros familiares. Uno de ellos era mi aprendiz.

—José Yáñez.

—¿Lo conoces?

Ella sonrió con tristeza.

—Era un muchacho muy dulce. Se me acercó una vez cuando yo estaba nadando, y charlamos un rato, principalmente acerca de ti. Él te reverenciaba, Val. Incluso más que a su hermano, el capitán de barco —frunció el entrecejo—. Creo que estoy empeorando las cosas...

—No... realmente... —sentía espesa la lengua. Sabía que había tomado demasiada tintura de alga. Ella le quitó el vaso de la mano y lo dejó sobre la cómoda.

—Lo siento —dijo Sundria—. Ojalá pudiera ayudarte.

Acércate más, quería decir Lawler, pero no lo conseguía, y no lo dijo. Sin embargo, ella pareció entenderle.

La flota permaneció anclada durante dos días en medio de ninguna parte, mientras Delagard y Dag Tharp pasaban por todo el espectro de frecuencias de radio para intentar contactar con el *Sol Dorado*. Localizaron operadores de radio de una media docena de islas, contactaron con un barco llamado *Emperatriz de Alborada* que hacía la ruta de pasajeros del mar de Azur, localizaron una estación minera flotante que trabajaba en alguna parte al noreste y cuya existencia resultó una completa sorpresa —y nada agradable para Delagard—, pero del *Sol Dorado* no se oyó ni siquiera un susurro.

—Muy bien —dijo finalmente Delagard—. Si todavía están a flote, quizá encontrarán alguna manera de ponerse en contacto con nosotros. Si no lo están, no hay nada que hacer; pero no podemos quedarnos aquí para siempre.

—¿Conseguiremos averiguar alguna vez qué les ha ocurrido? —preguntó Pilya Braun.

—Probablemente no —le respondió Lawler—. Es un océano grande, lleno de cosas peligrosas de las que no sabemos apenas nada.

—Si supiéramos qué fue lo que acabó con ellos —dijo Dann Henders—, tendríamos más posibilidades de protegernos.

—Cuando eso aparezca por aquí —apuntó Lawler—, será cuando podremos averiguar de qué se trata. Pero no antes.

—En ese caso, esperemos no averiguarlo —dijo Pilya.

Durante un día de niebla espesa y mar agitado se acercaron al barco unas criaturas desconocidas, en forma de diamante: unas pesadas conchas verdes con aristas les cubrían el lomo, y los acompañaron durante un rato. Parecían tanques de almacenaje flotantes equipados con aletas para nadar. Sus cabezas acorazadas eran planas y rechonchas, con hocicos puntiagudos; sus ojos eran unas hostiles rendijas blancas y sus bocas —emplazadas en la parte inferior— parecían extremadamente despiadadas. Lawler estaba observándolas desde la barandilla cuando apareció Onyos Felk.

—¿Puedo hablar contigo un momento, doctor? —le preguntó.

Felk era de Primera Familia, como Lawler; una distinción que no significaba nada en absoluto ahora que la isla de Sorve se había marchado al mar. El cartógrafo tenía alrededor de cincuenta y cinco años, y era un hombrecillo austero, paticorto y de huesos pesados. No se había casado nunca. Supuestamente, sabía mucho acerca de la geografía de Hydros y las rutas marinas, y si las cosas hubieran ido de forma diferente a lo largo de los años, hubiese sido Felk —y no Nid Delagard— quien controlara el astillero de Sorve; pero los Felk estaban reputados como gente con mala suerte y que a veces juzgaban erróneamente.

—¿No te encuentras bien, Onyos? —le preguntó el doctor Lawler.

—Tú tampoco te sentirás bien cuando oigas lo que tengo que decirte. Vayamos abajo.

De su compartimento del castillo de proa, Felk sacó un globo verdoso: una carta de navegación, aunque no igual de elaborada que el trabajo de relojería que pertenecía a Delagard. A aquél había que darle cuerda con una pequeña llave de madera, y la posición de las islas tenía que ser reajustada a mano cada vez que se lo ponía en funcionamiento. Era algo que hacía reír, si se la comparaba con el espectacular aparato de Delagard. Después de pasar unos minutos ajustándola, Felk se la tendió a Lawler y dijo:

—Muy bien, mira con atención. Ésta es Sorve, aquí. Ésta es Grayvard, al otro lado en dirección noroeste. Y ésta es la ruta que hemos estado siguiendo.

La escritura de la carta era apretada, estaba desteñida y resultaba difícil de leer. Las islas estaban tan juntas una a otra que a Lawler no le resultaba fácil sacar conclusiones claras de lo que veía, ni siquiera cuando conseguía leer los nombres; pero siguió la línea que marcaba el dedo de Felk en dirección oeste alrededor del globo, y cuando el cartógrafo volvió a trazarla, Lawler comenzó a traducir los símbolos de la carta y comprendió la ruta del viaje.

—Aquí es donde estábamos cuando la red se apoderó de Struvin. Aquí es donde vimos a los gillies que construían la isla. Ahora bien, éste es el punto por el que entramos al mar Amarillo, y aquí es donde estábamos cuando nos atacaron por primera vez los peces espolón. Nos encontramos con la ola de marea más grande en esta zona, y nos desvió ligeramente de la ruta, de esta manera. ¿Me sigues, doctor?

—Continúa.

—Aquí tenemos el mar Verde. Justo después de él es donde crecían los corales. Aquí es donde pasamos de largo por aquellas dos islas, la de los gillies y la que Delagard dijo que era Thetopal. Aquí es donde nos encontramos con la tormenta que dispersó la flota. Los peces bruja se estaban apareando en esta zona. Aquí es donde perdimos

el *Sol Dorado*. —el dedo corto y grueso de Felk estaba ya muy al otro lado del pequeño globo—. ¿Estás comenzando a notar algo un poco extraño?

—Vuelve a mostrarme dónde está Grayvard.

—Aquí arriba. Al noroeste de Sorve.

—¿Estoy interpretando mal las cosas, o, por alguna razón que tenga que ver con las corrientes, estamos navegando directamente hacia el oeste a lo largo del ecuador en lugar de en una línea diagonal hacia el noroeste en dirección a Grayvard?

—No estamos navegando directamente hacia el oeste —dijo Felk.

Lawler frunció el entrecejo.

—¿No?

—Esta carta es muy pequeña, y es difícil ver las líneas de las latitudes a menos que uno esté habituado a ello. De hecho, no estamos navegando directamente hacia el oeste; en realidad, estamos virando hacia el suroeste.

—¿Alejándonos de Grayvard?

—Alejándonos, sí.

—¿Estás absolutamente seguro de eso?

Una expresión de furia apenas reprimida apareció durante un instante, pero sólo un instante, en los oscuros ojillos de Felk. Con una voz tensamente controlada, dijo:

—Demos por sentado, por el bien de la conversación, que yo sé cómo leer una carta, ¿de acuerdo, doctor? Y cuando me levanto por la mañana y miro el sitio por el que está saliendo el sol, puedo recordar por dónde salió el día antes, y el día anterior a ése, y por dónde asomó hace una semana, y a partir de eso puedo formarme al menos una idea aproximada de si estamos navegando en dirección noroeste o suroeste, ¿de acuerdo?

—¿Y hemos estado navegando hacia el suroeste durante todo este tiempo?

—No. Comenzamos con un rumbo noroeste, el correcto. En alguna parte de los alrededores del mar de coral volvimos a entrar en aguas tropicales y comenzamos a dirigirnos hacia el oeste, exactamente a lo largo del ecuador, desviándonos cada vez más de la ruta día tras día. Yo sabía que algo iba mal, pero no me di cuenta de qué tan mal iba hasta que pasamos cerca de aquellas islas. Porque aquello no era en absoluto Thetopal. No sólo da la casualidad de que Thetopal está ahora mismo en aguas de alta temperatura, más al norte en la ruta hacia Grayvard, sino que además es una isla redonda. Aquélla era curva, ¿lo recuerdas? De hecho, la isla por la que pasamos era en realidad Hygala. Aquí abajo la tienes.

—Prácticamente en el ecuador.

—Exacto. Hubiéramos estado a mucha distancia al norte de Hygala si navegáramos por la ruta que lleva a Grayvard. Pero en realidad estaba al norte de nosotros, y cuando Delagard recalculó nuestra posición después de que la tormenta dispersara la flota, nos hizo virar en una ruta que se dirigía directamente hacia el sur. Ahora nos hallamos un poco por debajo del ecuador. Puedes verlo por la posición de la Cruz, si es que sabes algo acerca del cielo nocturno. Supongo que quizá no te has fijado; pero al menos durante la última semana hemos estado viajando con una desviación de noventa grados de nuestro curso correcto. ¿Quieres ver adonde nos dirigimos ahora? ¿O lo has calculado ya por ti mismo?

—Dímelo.

Felk hizo girar la carta.

—Éste es el sitio hacia el que navegamos actualmente. No ves ninguna isla aquí, ¿verdad?

—¿Nos dirigimos hacia el mar Vacío?

—Ya estamos en él. Las islas se han dispersado desde que comenzamos el viaje. Sólo hemos pasado por dos, dos y media en todo el viaje, y desde Hygala no hemos visto más. Ahora ya no habrá ninguna otra. El mar Vacío está vacío porque las corrientes no traen ninguna isla en esta dirección.

»Si estuviéramos en la ruta hacia Grayvard, estaríamos al otro lado, al norte del ecuador, y habríamos pasado cerca de cuatro islas a estas alturas. Barinan, Sivalak, Muri y Thetopal. Una, dos, tres y cuatro. Mientras que aquí abajo no hay nada en absoluto una vez que se deja atrás Hygala.

Lawler contempló el cuadrante de la carta que Felk había vuelto hacia él. Vio la luna creciente que representaba Hygala; al oeste y al sur de ésta no había nada, y luego, muy lejos al otro extremo del pequeño globo, la mancha oscura que era la Faz de las Aguas.

—¿Crees que Delagard cometió un error al calcular el rumbo?

—Eso es lo último que pensaría. Los Delagard han estado dirigiendo barcos en este planeta desde los tiempos de la colonia penal. Tú lo sabes. Es tan probable que él nos dirija hacia el suroeste cuando quiere hacerlo hacia el noroeste, como lo sería que tú comenzaras a escribir mal «Lawler» cuando firmas.

Lawler se llevó los pulgares a las sienes, los mantuvo allí y apretó con fuerza.

—Pero ¿por qué iba Nid a querer llevarnos al mar Vacío, por el amor de Dios?

—Pensé que podrías querer preguntarle eso.

—¿Yo?

—Parece que a ti te tuviera un cierto respeto —dijo Felk—. Puede que consigas que te dé una respuesta sincera. Aunque también puede que no lo haga. Pero es seguro que no va a decirme nada a mí, ¿verdad? ¿Tú qué crees, doctor?

Kinverson estaba ocupado en ordenar sus anzuelos y aparejos de pesca, preparándose para la pesca diaria, cuando lo encontró, un poco más tarde aquella misma mañana. Levantó la mirada perezosamente y lo miró con la absoluta indiferencia que Lawler hubiera podido esperar de una isla, de un hacha, de un gillie. Luego volvió a dedicar su atención a lo que tenía entre manos.

—Pues sí, estamos fuera de curso. Ya lo sabía. ¿Y a mí qué me importa, doctor?

—¿Lo sabías?

—Estas aguas no me parecen septentrionales a mí.

—¿Sabías durante todo el tiempo que nos estábamos dirigiendo hacia el mar Vacío? ¿Y no le dijiste nada a nadie?

—Sabía que nos hemos desviado del curso, pero no que nos dirijamos necesariamente hacia el mar Vacío.

—Folk dice que ya estamos en él. Me lo demostró sobre su carta.

—Folk no tiene siempre razón, doctor.

—Supongamos que esta vez la tiene.

—Bueno, nos dirigimos hacia el mar Vacío —dijo Kinverson con calma—. ¿Y qué?

—En lugar de dirigirnos hacia Grayvard.

—¿Y qué? —repitió Kinverson. Cogió un anzuelo, lo estudió, lo sujetó con los dientes y lo torció para cambiarle la forma.

—¿Es que no te importa en lo más mínimo que estemos yendo en la dirección equivocada?

—No. ¿Por qué demonios iba a importarme? Una isla apestosa es igual que cualquier otra. No me importa en qué sitio acabemos viviendo.

—No hay ninguna isla en el mar Vacío, Gabe.

—Entonces viviremos en el barco. ¿Qué tiene de malo? Yo puedo vivir perfectamente en el mar Vacío. No está vacío de peces, doctor, ¿verdad? Se supone que no tiene muchos, pero tiene que tener algunos si hay agua en él. Si un lugar tiene peces, yo puedo vivir allí. Podría haber vivido en mi pequeño bote si hubiera tenido que hacerlo.

—¿Y por qué no vivías en él constantemente? —preguntó Lawler, que comenzaba a sentirse irritado.

—Porque dio la casualidad de que vivía en Sorve, pero podría vivir en mi bote con la misma facilidad. ¿Crees que esas islas son tan maravillosas, doctor? Caminas continuamente sobre tablas de madera dura y vives de algas y pescado; hace demasiado calor cuando brilla el sol y demasiado frío cuando llueve, y ésa es la vida. Al menos es nuestro tipo de vida. No es mucho.

»A mí me da exactamente lo mismo si se trata de Sorve, de Salimil, de un camarote en el *Reina de Hydros* o de un jodido bote de remos. Yo sólo quiero poder comer cuando tengo hambre, follar cuando estoy caliente y mantenerme con vida hasta que me muera, ¿vale?

Aquél era probablemente el discurso más largo que Kinverson había pronunciado en su vida. Él mismo parecía sorprendido de haber dicho tanto. Cuando acabó, miró fijamente a Lawler durante un momento con evidente enfado e irritación. Luego regresó a sus anzuelos.

—¿No te importa —preguntó Lawler— que nuestro gran líder nos esté llevando directamente hacia un territorio desconocido por completo... y no se tome siquiera la molestia de decirnos lo que está planeando?

—No. No me importa. No me importa nada más que la gente que me molesta demasiado. Yo vivo al día. Déjame en paz, doctor. Tengo trabajo, ¿vale?

—¿Quieres hacer ahora las llamadas, doctor? —preguntó Dag Tharp—. Llegas con una hora de adelanto, ¿verdad?

—Puede ser. ¿Importa eso?

—No, como tú quieras —las manos de Tharp se movieron por los botones e interruptores—. Si quieres llamarlos más temprano, sea. Pero no me culpes a mí si no hay nadie para responderte.

—Primero dame con Bamber Cadrell.

—Habitualmente, llamas primero al *Estrella*.

—Ya lo sé. Hoy llama primero a Cadrell.

Tharp levantó la vista, perplejo.

—¿Se te ha metido una anguila en el culo, doctor?

—Cuando oigas lo que tengo que decirle a Cadrell, sabrás qué es lo que tengo en el culo. Llámalo, ¿quieres?

—De acuerdo, de acuerdo —de los altavoces del equipo de radio salieron ruidos de chisporroteos y crujidos—. Esta jodida niebla... —murmuró Tharp—. Me extraña que el equipo no se haya estropeado. Adelante, *Diosa*. Adelante, *Diosa*. Aquí *Reina*. ¿*Diosa*? *Diosa*, adelante.

—*Reina*, aquí *Diosa* —era la voz de un jovencito, chillona y aguda. El hijo de Thalheim, Brad, era el operador de radio del *Diosa de Sorve*.

—Dile que quiero hablar con Cadrell —dijo Lawler.

Tharp habló por el micrófono. Lawler no pudo oír con claridad la tenue respuesta.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que está al timón. Que le quedan aún dos horas de turno.

—Dile que traiga inmediatamente a Bamber y lo ponga al micrófono. Se trata de algo urgente.

Más chisporroteos y crujidos. El chico parecía poner objeciones. Tharp repitió el mensaje de Lawler, y en el otro lado se produjeron uno o dos minutos de silencio.

Luego llegó la voz de Bamber.

—¿Qué es eso tan condenadamente urgente, doctor?

—Envía al chico fuera y te lo diré.

—Él es mi operador de radio.

—De acuerdo, pero yo no quiero que oiga lo que estoy a punto de decirte.

—Hay problemas, ¿eh?

—¿Sigue el muchacho contigo?

—Lo he enviado fuera. ¿Qué ocurre, doctor?

—Estamos desviados noventa grados, en aguas ecuatoriales, y nos dirigimos hacia el suroeste. Delagard nos lleva hacia el mar Vacío —Dag Tharp, que estaba escuchando junto a Lawler, jadeó bruscamente de asombro—. ¿Estás enterado de eso, Bamber?

Se produjo otro largo silencio por parte del *Diosa de Sorve*.

—Por supuesto que sí, doctor. ¿Qué clase de marino te piensas que soy?

—Dije el mar Vacío, Bamber.

—Sí, ya te he oído.

—Se suponía que debíamos dirigirnos hacia Grayvard.

—Ya lo sé, doctor.

—¿Es para ti correcto que estemos navegando en la dirección equivocada?

—Doy por supuesto que Delagard sabe lo que hace.

—¿Lo das por supuesto?

—Éstos son sus barcos. Yo sólo trabajo para él. Cuando comenzamos a virar hacia el sur, imaginé que debía de haber algún problema en el norte, una tormenta, quizá, algo malo que él quería rodear. Él es quien tiene todas las cartas de navegación buenas, doctor. Nosotros simplemente seguimos la dirección que él nos marca.

—¿Directamente hacia el mar Vacío?

—Delagard no está loco —dijo Cadrell—. Antes de mucho volveremos a virar hacia el norte, ya lo verá. De eso no tengo duda alguna.

—¿No se te ha ocurrido preguntarle el porqué de este cambio de rumbo?

—Ya te lo he dicho: tendrá una buena razón para hacerlo. Doy por supuesto que sabe lo que está haciendo.

—Das por supuestas demasiadas cosas —dijo Lawler.

Tharp levantó la vista de la mesa de radio. Sus ojos, habitualmente encapotados por pliegues de piel arrugada, estaban ahora brillantes y muy abiertos de perplejidad.

—¿El mar Vacío?

—Así parece.

—¡Pero eso es una locura!

—Ya lo creo. Pero por el momento haz como que no has oído nada, ¿de acuerdo, Tharp? Conecta ahora con Martín Yáñez.

—¿No con Stayvol? Siempre le haces a Stayvol la primera llamada.

—Yáñez —dijo Lawler, y luchó contra el recuerdo de José, que le sonreía ansiosamente.

Tras unos cuantos ajustes en los mandos de la radio, la voz de la operadora del *Tres Lunas* sonó chillona entre los ruidos de la electricidad estática —era una de las hijas de Hein, aunque Lawler no estaba seguro de cuál de ellas—, y un momento más tarde se oyó la voz profunda y firme de Martín Yáñez.

—No hay nada que informar, doctor —dijo—. Hoy tenemos salud excelente por aquí.

—Ésta no es la llamada médica habitual —corrigió Lawler.

—¿De qué se trata entonces? No habréis oído algo del *Sol Dorado*, ¿verdad?

La voz de Yáñez evidenció una cierta excitación, ansiedad, esperanza.

—Nada de eso, no —dijo Lawler con voz apagada.

—Ah.

—Quería averiguar qué pensabas tú del cambio de rumbo.

—¿A qué cambio de rumbo te refieres?

—No me vengas con esas mierdas, Yáñez. Por favor.

—¿Desde cuándo les conciernen a los médicos los asuntos de navegación?

—Te he dicho que no me vengas con esas mierdas.

—¿Eres ahora un navegante, doctor?

—Soy parte interesada. Todos lo somos. También se trata de mi vida. ¿Qué está ocurriendo, Martín? ¿O Delagard te tiene tan metido en el bolsillo que no vas a decírmelo?

—Pareces terriblemente exaltado —replicó Yáñez—. Nos hemos desviado hacia el sur. ¿Qué tiene de malo?

—¿Por qué lo hemos hecho?

—Eso deberás preguntárselo a Delagard.

—¿Lo has hecho tú?

—Yo no necesito hacerlo. Me limito a seguir el rumbo que él marca. Si él gira hacia el sur, yo también giro hacia el sur.

—Bamber ha dicho más o menos lo mismo. ¿Es que sois tan marionetas tuyas que permitís que tire de vuestros hilos cuando y como quiera? Jesús, Martín, ¿por qué ya no nos dirigimos hacia Grayvard?

—Ya te he dicho que se lo preguntes a Delagard.

—Es lo que pienso hacer. Pero primero quería saber qué pensaban el resto de los capitanes acerca de navegar hacia el mar Vacío.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? —preguntó la voz de Yáñez con más calma que nunca—. Yo pensaba que simplemente estábamos efectuando un rodeo por el sur a causa de alguna razón que Delagard no había mencionado. Hasta donde yo sé, Grayvard continúa siendo nuestro punto de destino.

—¿Lo dices realmente en serio?

—Si dijera que sí, ¿me creerías?

—Me gustaría poder hacerlo.

—Es la verdad, doctor. Por mi hermano, te juro ante Dios que es la verdad. Delagard no ha dicho ni una palabra acerca de este cambio de rumbo, y yo no le he hecho pregunta alguna, y tampoco lo han hecho Bamber ni Poilin. Doy por supuesto que las hermanas ni se han dado cuenta de que nos hemos desviado de rumbo.

—¿Entonces has hablado de ello con Cadrell y con Stayvol?

—Claro.

—Stayvol es muy amigo de Delagard. No confío en él. ¿Qué ha dicho al respecto?

—Está tan perplejo como el resto de nosotros.

—¿Crees que realmente lo está?

—Sí. ¿Pero hay alguna diferencia en ello? Nosotros seguimos a Delagard. Y si quieres saber qué está pasando, pregúntaselo a él; y, si te lo dice, cuéntamelo, doctor.

—Te lo prometo.

—¿Quieres llamar ahora a Stayvol? —preguntó Dag Tharp, luego de cortar.

—No, creo que por el momento lo dejaré fuera de esto.

Tharp se tiró de la papada.

—Bendita mierda —dijo—. Bendita mierda, bendita mierda. ¿Crees que se trata de una conspiración? ¿Que todos los capitanes están en el secreto y no nos lo dicen?

—Le creo a Martín Yáñez. Sea lo que sea lo que está ocurriendo, puede que Delagard se lo haya contado a Stayvol, pero muy probablemente no a los otros dos.

—¿Y Damis Sawtelle?

—¿Qué pasa con él?

—Supon que, cuando advirtió la desviación de ruta, llamó por radio a Delagard para preguntarle qué ocurría, y Delagard le dijo que no era un jodido asunto suyo. Damis se enfurecería tanto que quizá habría hecho girar su barco en redondo en medio de la noche y se largó a toda vela en dirección a Grayvard por su cuenta. Damis tiene un temperamento bastante exaltado, ¿sabes? Así que quizá ahora está allí, a mil kilómetros al norte de nosotros, y cuando enviamos llamadas de búsqueda, él se limitó a no hacer caso de ellas porque ha desertado de la flota.

—Es una bonita teoría, pero... ¿sabe Delagard manejar este equipo de radio?

—No —respondió Tharp—. Al menos que yo sepa.

—Entonces, ¿cómo pudo haber hablado Damis con él a menos que tú hubieras cogido la llamada?

—En eso tienes razón.

—Sawtelle no se largó por su cuenta. Eso puedo apostararlo, Dag. El *Sol Dorado* está en el fondo del mar, con Damis Sawtelle y todos los demás que viajaban a bordo. Algo que vive en este océano vino por la noche y los hundió rápida y silenciosamente... algo muy astuto y lleno de recursos; y si tenemos buena suerte, no averiguaremos jamás qué fue. En este momento no tiene sentido pensar en el *Sol Dorado*. Lo que necesitamos saber es por qué nos estamos dirigiendo hacia el sur en lugar de hacia el norte.

—¿Vas a hablar con Delagard, doctor?

—Creo que debería hacerlo —respondió Lawler.

Delagard acababa de terminar su turno. Parecía cansado. Tenía los hombros caídos hacia adelante y la cabeza inclinada por la fatiga sobre su grueso cuello. Cuando comenzaba a descender por la escotilla que conducía a los camarotes, Lawler lo llamó para que esperara.

—¿Qué ocurre, doctor?

—¿Podemos hablar?

Los párpados de Delagard cayeron durante un momento.

—¿En este preciso momento?

—Sí.

—De acuerdo. Vamos, baja conmigo.

El camarote de Delagard, más del doble de tamaño que el de Lawler, estaba cubierto de ropa sucia, botellas de brandy vacías, piezas de aparejos de barco e incluso algunos libros. Los libros eran tan raros en Hydros, que a Lawler le asombró que estuvieran desparramados tan descuidadamente.

—¿Quieres una copa? —preguntó Delagard.

—Todavía no. Adelante, sírvete tú —Lawler dudó durante un instante—. Ha surgido un pequeño problema, Nid. Parece que nos hemos desviado de rumbo.

—¿Ah, sí? —Delagard no parecía sorprendido.

—Parece que estamos en el lado equivocado del ecuador. Nos dirigimos hacia el suroeste en lugar de hacia el noreste. Es una variación bastante considerable de lo planeado.

—¿Tanto nos hemos desviado del rumbo? —preguntó Delagard. Era un asombro burlón y grosero—. ¿Vamos en la dirección completamente opuesta? —jugó con el vaso de brandy, se frotó la clavícula derecha como si le doliera y reorganizó el intrincado desorden que había sobre la mesa que tenía delante—. Si eso es verdad, se trata de un terrible error de navegación. Alguien debió de deslizarse en la bitácora y haber puesto la brújula completamente del revés con la intención de engañarnos. ¿Estás seguro de todo lo que dices, doctor?

—No hagas el gilipollas conmigo. Ya es demasiado tarde para ello. ¿Qué te traes entre manos, Nid?

—Tú no sabes una mierda de navegación en mar abierto. ¿Cómo puedes saber en qué dirección vamos?

—He consultado a algunos expertos.

—¿A Onyos Felk? ¿A ese viejo tonto?

—Sí, hablé con él, entre otros. Estoy de acuerdo en que Onyos no siempre es del todo fiable. Pero los demás sí que lo son.

Delagard le dirigió a Lawler una mirada asesina, con los ojos entrecerrados y las mandíbulas apretadas. Luego se calmó; bebió nuevamente hasta vaciar el vaso y se sumió en un silencio contemplativo.

—De acuerdo —dijo finalmente Delagard—. Ahora es cuando tengo que decírtelo todo. Da la casualidad de que Felk tiene razón, por una vez. No nos dirigimos hacia Grayvard.

La despreocupada seguridad en sí mismo impresionó a Lawler como una brusca sacudida.

—Jesucristo, Nid. ¿Por qué?

—Grayvard no nos quiere. Nunca nos ha querido. Nos respondieron con la misma historia de mierda que las otras islas, que tenían quizá sitio para una docena de refugiados como máximo, y de ninguna manera para la totalidad de nosotros. Tiré de todas las cuerdas que pude, pero mantuvieron esa postura. Estábamos con el culo al aire y sin ningún sitio al que ir.

—¿Así que estuviste mintiéndonos desde el principio mismo del viaje? ¿Estuviste planeando durante todo el tiempo llevarnos al mar Vacío? ¿Nos has traído aquí, de entre todos los sitios a los que podíamos ir? —Lawler meneó la cabeza con asombro—. ¡Realmente tienes unos cojones increíbles, Nid!

—No le menté a todos. A Gospo Struvin le dije la verdad, y también al padre Quillan.

—Supongo que puedo comprender que se lo dijeras a Gospo. El era tu mejor capitán. Pero ¿a qué viene lo del padre Quillan?

—A él le cuento muchas cosas.

—¿Eres católico, ahora? ¿Es tu confesor?

—Es mi amigo. Es un hombre lleno de ideas interesantes.

—De eso estoy seguro. ¿Y qué interesante idea tenía el padre Quillan acerca del rumbo que debíamos tomar? —preguntó Lawler, mientras se sentía como si todo aquello lo estuviera soñando—. ¿Te dijo que a través de los milagros de la oración y la fortaleza de espíritu podía él obrar un milagro para nosotros? ¿Se ofreció quizá a conjurar alguna bonita isla desocupada en el mar Vacío, donde podríamos establecernos?

—Me dijo que debíamos dirigirnos hacia la Faz de las Aguas —añadió fríamente Delagard.

Otra sacudida, más fuerte que la anterior. Los ojos de Lawler se abrieron más. Bebió un profundo trago del brandy de Delagard, y esperó un momento hasta que le hizo efecto. Delagard, ante él, lo miraba pacientemente al otro lado de la mesa. Tenía aspecto de estar alerta, tranquilo, quizá incluso divertido.

—La Faz de las Aguas —repitió Lawler cuando se sintió lo suficientemente sereno como para hablar—. Eso es lo que has dicho. La Faz de las Aguas.

—Exacto, doctor.

—¿Y por qué pensó el padre Quillan que era una idea tan maravillosa la de dirigirnos hacia la Faz? ¿Puedes explicármelo?

—Porque él sabía que siempre había querido ir allí.

Lawler asintió. Sintió que la serenidad de la desesperación absoluta se apoderaba de él. Otro trago parecía algo apropiado.

—Claro. El padre Quillan cree en la gratificación de los impulsos irracionales, y dado que de todas formas no teníamos ningún sitio al que ir, daba igual que arrastraras a la totalidad de nosotros hasta el otro lado del mundo, al lugar más extraño y remoto de Hydros, acerca del que no sabemos absolutamente nada excepto que los gillies no tienen las agallas suficientes como para acercarse siquiera a él.

—Eso es —Delagard abandonó el sarcasmo y sonrió suavemente.

—El padre Quillan da unos consejos maravillosos. Por eso tuvo tanto éxito durante su sacerdocio.

Inquietantemente tranquilo, Delagard continuó.

—Una vez te pregunté si recordabas las historias que Jolly solía contar acerca de la Faz.

—Un montón de cuentos de hadas, sí.

—Eso es más o menos lo que dijiste aquella vez, pero ¿las recuerdas?

Lawler se detuvo a meditar.

—Veamos. Jolly afirmaba que había atravesado en solitario todo el mar Vacío y había encontrado la Faz, que él aseguraba que era una isla enorme, mucho más grande que cualquiera de las islas gillie. Un lugar cálido y lozano, lleno de extrañas plantas altas que tenían frutas, de pozos de agua dulce, aguas fértiles en las que se podía cosechar...

—Lawler hizo una pausa mientras rastreaba entre sus recuerdos—. Decía que se hubiera quedado allí para siempre, porque era un sitio maravilloso para vivir; pero que un día, cuando había salido a pescar, una tormenta lo arrastró más adentro, él perdió la brújula, y creo que encima de todo eso fue cogido por la Ola, y cuando volvió a recuperar el control de su bote estaba a medio camino de su isla natal sin ningún medio para regresar a la Faz. Así que continuó hasta Sorve e intentó conseguir que algunas personas regresaran con él, pero nadie quiso. Todos se reían de él. Nadie creyó una sola palabra de lo que les contó, y finalmente perdió la razón. ¿Correcto?

—Sí —respondió Delagard—. Esencialmente, ésa es la historia.

—Eso es fantástico. Si todavía tuviera diez años, estaría loco de emoción por el hecho de que vayamos a hacerle una visita a la Faz de las Aguas.

—Deberías estarlo, doctor. Va a ser la gran aventura de nuestras vidas.

—¿Lo será?

—Yo tenía catorce años cuando Jolly regresó a Sorve —dijo Delagard—. Y yo escuché lo que él decía. Lo escuché muy atentamente. Quizá estuviera loco, pero a mí no me lo parecía, al menos no al principio, y yo le creí. ¡Una isla enorme, fértil y deshabitada esperándonos a nosotros... y ni un soloapestoso gillie que se interpusiera en nuestro camino!

»A mí me parece un paraíso. Una tierra de leche y miel. Un lugar de milagros. Tú quieres mantener a la comunidad junta, ¿verdad? Entonces, ¿por qué demonios deberíamos apretarnos en algún rincón pequeño y no deseado de la isla de otros y vivir de su caridad como mendigos? ¿Qué otra forma mejor tengo de compensarlos a todos por lo que les hice que llevándolos al otro lado del mundo a vivir en el paraíso?

—Has perdido la razón, Nid. —afirmó Lawler, mirándole fijamente.

—Yo no lo creo así. La Faz está ahí para que alguien se apodere de ella, y nosotros podemos hacerlo. Los gillies son tan supersticiosos con respecto a ella, que no se acercarán; pero nosotros podemos hacerlo, y establecernos en ella, y construir en ella, y cultivar en ella. Podemos hacer que nos dé lo que más deseamos.

—¿Y cuál es la cosa que más deseamos? —preguntó Lawler, que se sentía como si hubiera despegado del planeta y se estuviera alejando hacia la oscuridad del espacio.

—Poder —respondió Delagard—. Control. Nosotros queremos gobernar este sitio. Ya hemos vivido en Hydros durante demasiado tiempo como lastimosos y patéticos refugiados. Ya es hora de que hagamos que los gillies nos besen el culo. Quiero construir en la Faz un asentamiento veinte veces más grande que cualquiera de las islas gillies existentes, cincuenta veces mayor, y conseguir que allí se desarrolle una verdadera comunidad; cinco mil personas, diez mil, e instalar allí un puerto espacial y abrir el comercio con los otros planetas habitados por seres humanos de esta jodida galaxia, y comenzar a vivir como verdaderos seres humanos en lugar de tener que llevar una vida de aprietos, comiendo algas mojadas y navegando a la deriva por el océano como hemos estado haciendo durante ciento cincuenta años.

—Y lo dices tan tranquilo, con un tono de voz muy racional.

—¿Crees que estoy loco?

—Quizá lo crea y quizá no. Lo que sí creo es que eres un monstruoso egoísta hijo de puta, que de esta manera nos conviertes a todos en rehenes de esta loca fantasía tuya. Pudiste habernos dejado en pequeños grupos en cinco o seis islas diferentes, si Grayvard no nos quería a todos.

—Tú mismo dijiste que no querías eso. ¿Recuerdas?

—¿Y esto es mejor? ¿Arrastrarnos contigo hasta aquí? ¿Poner todas nuestras vidas en peligro mientras tú vas a la caza de cuentos de hadas?

—Sí, lo es.

—Eres un bastardo. Eres un absoluto y consumado bastardo. ¡Entonces sí que estás loco!

—No, no lo estoy —aseguró Delagard—. Ya hace años que planeo esto. He pasado la mitad de mi vida pensando en ello. Le hice a Jolly toda clase de preguntas y estoy completamente seguro de que realizó el viaje que afirmaba haber hecho, y de que la Faz es lo que él decía que era.

»Durante años he estado planeando enviar una expedición aquí. Gospo lo sabía. Él y yo íbamos a ir juntos, quizá dentro de unos cinco años. Bueno, los gillies me dieron una buena excusa al expulsarnos de Sorve como lo hicieron, y luego las demás islas no quisieron aceptarnos y yo me dije: «Vamos, éste es el momento, ésta es la oportunidad. Cógela, Nid». Y así lo hice.

—Así que lo tenías en mente desde el momento mismo en que salimos de Sorve.

—Sí.

—Pero ni siquiera se lo dijiste a tus capitanes.

—Sólo a Gospo.

—Que pensaba que era una idea absolutamente estupenda.

—Correcto —dijo Delagard—. Él estaba conmigo en todo. Igual que Quillan cuando se lo comenté. El padre está completamente de acuerdo conmigo.

—Por supuesto que sí. Cuanto más extrañas son las cosas, mejor para él. Cuanto más lejos pueda esconderse de la civilización, más le gusta. La Faz es su Tierra Prometida. Cuando lleguemos allí, podrá establecer la iglesia en esa tierra de leche y miel tuya y nombrarse sumo sacerdote, cardenal, papa, o como le dé la gana llamarse a sí mismo... mientras tú construyes tu imperio, ¿eh, Nid? Y todo el mundo contento.

—Sí. Lo has comprendido perfectamente.

—Así que todo está ya decidido. Aquí estamos, en el borde del mar Vacío, y nos internamos más en él a cada minuto.

—¿No te gusta, doctor? ¿Quieres bajarte del barco? Hazlo. Vamos a continuar adelante tanto si te gusta como si no.

—¿Y tus capitanes? ¿Crees que van a continuar contigo cuando se enteren de cuál es el verdadero destino?

—Puedes apostar a que lo harán. Ellos van adonde yo les digo. Siempre lo han hecho y siempre lo harán. Las hermanas puede que no nos sigan si se dan realmente cuenta de hacia dónde vamos, pero eso no estaría mal del todo. ¿De qué sirven de todas formas esas putas locas? Sólo nos crearán problemas cuando llegemos a la Faz.

»Eso está fuera de discusión. Llegaremos allí y construiremos el más grande y rico asentamiento que Hydros haya visto jamás, y todos viviremos felices para siempre. Confía en mí; así será. ¿Quieres un poco más de brandy, doctor? Sí, creo que sí quieres. Toma, aquí tienes uno bien servido. Me parece que lo necesitas.

El padre Quillan, de pie junto a la borda y mirando extáticamente al vacío que parecía incluso más vacío que el interminable trozo de mar que ya habían atravesado, parecía estar en su modalidad pura y espiritual en aquel momento. Tenía el rostro enrojecido y los ojos brillantes.

—Sí —dijo—. Yo le dije a Delagard que debía realizar el viaje hasta la Faz.

—¿Cuándo fue eso? ¿Cuando aún estábamos en Sorve?

—Oh, no. Cuando estábamos en el mar. Fue poco después de que muriera Gospo Struvin. Delagard se tomó muy mal la muerte de Gospo, ya sabe. Vino a mí y me dijo: «Padre, yo no soy un hombre religioso, pero tengo que hablar con alguien y usted es el único de los presentes en quien confío. Tal vez usted pueda ayudarme». Y me habló de la Faz. Me contó cómo era, por qué quería ir allí; y del plan que él y Gospo habían trazado. Él no sabía qué hacer en aquel momento, cuando Gospo había desaparecido. Todavía quería dirigirse hacia la Faz, pero no estaba seguro de poder sacar adelante el viaje.

»Discutimos en profundidad acerca de la Faz de las Aguas. Él me explicó muy detalladamente la naturaleza de aquel lugar, según lo había oído describir mucho tiempo atrás por un anciano marinero. Cuando acabó de contarme la historia lo animé a que continuara con lo planeado, incluso sin Gospo. Comprendí la importancia del asunto y le dije que él era el único hombre de este planeta que podía alcanzar aquella meta. No debe permitir que nada se interponga en su camino, le dije. Continúe adelante, llévenos a ese paraíso, a esa isla virgen donde podremos comenzar desde cero; y él hizo virar el barco y comenzó a dirigirse hacia el sur.

—¿Y por qué —preguntó Lawler cautelosamente— cree usted que vamos a poder hacer algún comienzo viable en esa isla virgen? Sólo somos un puñado de gente hacia una tierra salvaje de la que no sabemos nada de nada.

—Porque —dijo Quillan con una voz calma, plana y sin entonaciones, pero lo suficientemente dura como para grabar sus palabras en una placa de metal— creo que la Faz es literalmente un paraíso. Creo que es el Edén. Literalmente.

Lawler parpadeó.

—¿Lo dice en serio? ¿El auténtico Edén en el que vivían Adán y Eva?

—El auténtico Edén, sí. Edén es cualquier parte que no haya sido tocada por el pecado original.

—De modo que Delagard sacó de usted esa idea de que la Faz es un paraíso. Tendría que haberlo imaginado. Y supongo que cree también que Dios vive allí. ¿O es sólo su residencia de vacaciones?

—No lo sé. Pero me gustaría pensar que está allí. Él siempre está donde está el paraíso.

—Claro —dijo Lawler—. El Creador del Universo vive justo aquí, en Hydros, en una isla pantanosa cubierta por una maraña de algas marinas... No me haga reír, padre. Ni siquiera estoy seguro de que usted crea en Dios. La verdad es que durante la mitad del tiempo tampoco usted está seguro de ello.

—No siempre estoy seguro, es cierto —respondió el sacerdote.

—Cuando pasa por sus momentos «muertos».

—Sí. Los momentos en los que me siento absolutamente convencido de que evolucionamos de los animales inferiores sin absolutamente ningún propósito. Cuando pienso que todo el largo proceso de evolución desde la ameba al hombre de la Tierra, desde los microorganismos a cualquier clase de animal sensitivo de cualquier planeta, es tan automático como los movimientos de un planeta alrededor de su sol, e igualmente carente de sentido. Cuando pienso que nada lo puso en movimiento. Que nada lo mantiene en funcionamiento excepto su naturaleza innata.

—Eso es lo que cree durante la mitad del tiempo.

—La mitad, no; pero sí algunas veces. La mayor parte del tiempo no es así.

—Y cuando no descrea, entonces, ¿qué?

—Entonces creo que hubo una Causa Primera que lo puso todo en movimiento (por razones que puede que nunca conozcamos) y que lo mantiene en funcionamiento debido a su gran amor por sus criaturas. Porque Dios es amor, como dijo Jesús, en la parte de la Biblia que usted no llegó a leer: «Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor». Dios es comunicación. Dios es el final de la soledad, la máxima comunión. El que un día nos reunirá a todos en su seno, independientemente de nuestra valía, donde viviremos para siempre en la gloria, libres de toda clase de dolor.

—Y eso es lo que usted cree durante la mayor parte del tiempo...

—Sí. ¿Cree usted que podría hacerlo?

—No —dijo Lawler—. Ojalá pudiera, pero no puedo.

—Así que entonces...usted cree que todo carece de propósito.

—No exactamente. Pero nunca sabremos cuál es ese propósito, ni a quién pertenece. Las cosas ocurren, de la forma en que desapareció el *Sol Dorado* durante la noche, y no necesariamente averiguamos el por qué. Y cuando muramos, no habrá seno alguno que nos recoja, ninguna vida posterior en la gloria. No habrá nada.

—Ah —exclamó Quillan, mientras asentía con la cabeza—. Mi pobre amigo... Usted pasa cada día de su vida en el estado que yo alcanzo en los momentos de más árida desesperación.

—Quizá sea así. Pero de alguna manera lo soporto.

Lawler entrecerró los ojos y recorrió con la vista la brillante superficie del mar en dirección suroeste, como si esperara que una gran isla oscura apareciera a la vista en cualquier momento. La cabeza le latía. Deseaba ahogar el dolor en tintura de alga insensibilizadora.

—Cuando rezo por usted, lo que pido es que algún día no muy lejano pueda curar por fin su dolor —dijo Quillan.

—Ya veo —comentó Lawler con tono apagado.

—¿Lo ve realmente? ¿Cree que es así?

—Lo que veo es que en su hambre de paraíso, usted no se lo pensó dos veces para vendernos a todos a Delagard.

—Esto lo dice usted con mucha crueldad —protestó Quillan.

—Sí, supongo que sí. Lo siento —dijo con ironía—. No creo que tenga ninguna razón para sentirme irritado, ¿verdad?

—Hijo mío...

—¡Yo no soy hijo suyo!

—Es usted hijo de Dios, al menos.

Lawler suspiró. Dos lunáticos, pensó: Delagard y Quillan. Uno dispuesto a cualquier cosa en nombre de la redención, y el otro por conquistar mundo. Quillan apoyó suavemente su mano sobre una mano de Lawler y sonrió.

—Dios lo ama —dijo suavemente—. Él lo llevará a su gracia, no tema.

—Dime lo que sepas acerca de la Faz de las Aguas —le pidió Lawler a Sundria—. Absolutamente todo lo que sepas.

Estaban en el camarote de él.

—No es mucho —respondió ella—. Sé que es algún tipo de isla gigantesca u objeto parecido a una isla, inmensamente más grande que cualquiera de las islas conocidas y habitadas. Cubre cientos de hectáreas, una enorme masa de terreno permanentemente anclada.

—Eso ya lo sé yo, pero ¿averiguaste algo de ella durante las conversaciones que solías mantener con los gi-llies? Perdón, los Moradores.

—No les gustaba hablar de eso. Excepto a una hembra que conocí en Simbalimak. Se animó a responder a algunas de mis preguntas.

—¿Y?

—Dijo que era un sitio prohibido, un sitio al que nadie podía ir.

—¿Eso es todo? Cuéntame algo más.

—Son cosas bastante oscuras.

—Ya lo imagino. Cuéntame, Sundria, por favor.

—Habló de una forma bastante críptica. A mí me pareció que lo hacía deliberadamente, pero tuve la impresión de que la Faz de las Aguas no es simplemente un tabú, o que le tengan miedo y por tanto la eviten sin más, o que está literalmente deshabitada... y es físicamente peligrosa. «Son los cimientos de la Creación», me dijo. Se cree que los Moradores muertos regresan a la fuente de origen. Cuando muere un Morador, me dijo ella, la frase que emplean para decirlo es que «se ha ido a la Faz». Tuve la impresión de que era algo hirviente de energía... algo ardiente, feroz y muy, muy poderoso. Como si allí hubiera una reacción nuclear constante.

—Cristo —dijo Lawler, sin entonación en la voz.

A pesar de lo cálido del aire del pequeño camarote húmedo, sintió que un escalofrío le subía por las piernas. También tenía fríos los dedos de las manos, además de crispados. Se volvió, cogió el frasco de tintura de alga y se sirvió una dosis. Miró interrogativamente a Sundria, pero ella negó con la cabeza.

—Ardiente, feroz y poderoso —repitió las palabras de ella—. Una reacción nuclear.

—Comprenderás que no era ése el concepto que ella utilizó. Es la conclusión que yo saqué, basándome en las frases metafóricas que ella empleaba. Ya sabes lo difícil que resulta comprender lo que nos dicen los Moradores.

—Sí.

—Pero mientras ella me hablaba de esas cosas, yo me encontré pensando si no habría tenido lugar allí algún experimento de los Moradores hace mucho tiempo, algún tipo de proyecto atómico que les hubiera salido mal, algo de esa naturaleza. Sólo es una conjetura, como comprenderás. Pero, por la forma en que ella hablaba, por lo incómoda que parecía, por su manera de levantar barreras cuando yo formulaba demasiadas preguntas, pude darme cuenta de que creía que en la Faz había algo que debía ser evitado a toda costa. Algo en lo que los gillies ni siquiera querían pensar y menos aún hablar de ello.

—Mierda —Lawler se bebió la tintura de un solo trago y sintió sus efectos estabilizantes casi de inmediato—. Un territorio consumido por la fuerza atómica. Una reacción en cadena perpetua. Eso no encaja muy bien con las cosas que me estuvieron diciendo Delagard y el padre Quillan.

—¿Has estado hablando con ellos sobre la Faz de las Aguas? ¿Por qué? ¿Qué es lo que de pronto resulta tan interesante acerca de la Faz?

—Es el tema del momento.

—Val, ¿serías tan amable de decirme qué está ocurriendo?

Él dudó durante un instante. Luego habló con voz apagada.

—Hace días que no navegamos en la dirección de Grayvard. Estamos al sur del ecuador y avanzamos cada vez más hacia el interior del mar Vacío —ella le dirigió una mirada de sobresalto. Él continuó—: El lugar hacia el que nos dirigimos —le dijo— es la Faz de las Aguas.

—Lo dices como si hablaras realmente en serio.

—Y así es.

Ella se apartó bruscamente, como si él hubiera levantado una mano de forma amenazadora.

—¿Es esto obra de Delagard?

—Exacto. Así me lo dijo él mismo hace media hora, cuando lo acorralé con algunas preguntas acerca del rumbo que estábamos siguiendo.

Lawler le resumió todo el asunto rápidamente: las historias de Jolly acerca de su viaje hasta la Faz; el sueño de Delagard de establecer allí una ciudad y utilizarla para ganar poder sobre todo el planeta, Moradores incluidos; sus planes para construir finalmente un puerto espacial y abrir Hydros al comercio interestelar.

—¿Y el padre Quillan? ¿Dónde encaja él en todo esto?

—Él es quien anima a Delagard para que continúe. Ha decidido, y no me preguntes por qué, que la Faz es una especie de paraíso, y que Dios, su Dios, ese al que ha estado intentando encontrar durante toda su vida, tiene allí su cuartel general cuando anda por las inmediaciones. Así que está ansioso por conseguir que Delagard lo lleve hasta allí y poder decirle finalmente «hola».

Sundria lo miraba con la expresión de desconcierto de una mujer que acaba de descubrir que una pequeña serpiente le está subiendo por la parte interior del muslo.

—¿Crees que están locos?

—Cualquiera que hable de cosas como «hacerse con el control» y «ganar poder» está loco en mi opinión —dijo Lawler—. De la misma forma que lo está cualquiera preocupado por un concepto como el de encontrar a Dios. Para mí, son ideas disparatadas. Y cualquiera que abrace ideas disparatadas está loco, al menos según mi definición de esa palabra. Y da la casualidad de que uno de ellos está al mando de esta flota.

El cielo comenzaba a oscurecerse cuando Lawler regresó a la cubierta. El turno de mediodía estaba desparramado por la arboladura, arriando velas rápidamente bajo la dirección de Onyos Felk. Soplaban un viento poderoso en dirección norte, que ya había alcanzado mucha fuerza y velocidad y amenazaba convertirse en una aullante ventisca en cualquier momento. Una fuerte tormenta se les estaba echando encima, una enorme masa de turbulencias que avanzaba desde el sur. Lawler pudo ver cómo marchaba a lo lejos: arrojaba torrentes de agua y transformaba el mar en enormes olas de espuma blanca. Los rayos cruzaban el cielo y producían una luz rara; eran terribles destellos amarillos acabados en varias bifurcaciones, seguidos casi inmediatamente por fuertes estallidos de truenos.

—¡Cubos! ¡Barriles! ¡Aquí llega el agua! —chillaba Delagard.

—Agua suficiente como para inundarnos hasta el cuello —dijo Dag Tharp en voz baja, mientras pasaba corriendo junto a Lawler, por la cubierta.

—¡Dag! ¡Espera!

El operador de radio se volvió.

—¿Qué pasa, doctor?

—Cuando cese esta tormenta, tú y yo tendremos que hacer algunas llamadas al resto de la flota. He estado hablando con Delagard: nos está llevando a la Faz de las Aguas, Dag.

—Tienes que estar bromeando.

—Ojalá.

Lawler miró hacia el cielo, que cambiaba rápidamente. Había adquirido una extraña tonalidad metálica, un siniestro brillo apagado y grisáceo, y en los bordes de la gran nube negra suspendida justo al sur se veían las pequeñas lenguas siseantes de los rayos. El océano estaba comenzando a tener un aspecto tan feroz como el que había tenido durante la tormenta de tres días.

—Oye, ahora no tenemos tiempo para discutir el tema, pero se ha montado una enorme cantidad de razones descabelladas para hacer lo que está haciendo. Tenemos que detenerlo.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Tharp.

Se levantó una ola por el lado de estribor, con la ferocidad de un látigo.

—Hablaremos con los otros capitanes. Convoca a todos los barcos. Explícales a todos lo que está ocurriendo, somete el tema a votación si fuera necesario, pero hay que deponer a Delagard de alguna manera.

Lawler veía el esquema claramente en su cabeza: una reunión de todos los habitantes de Sorve, la revelación de la grotesca verdad de aquel viaje, una apasionada denuncia de la loca ambición del dueño de los barcos, una apelación directa al sentido común de la comunidad. Su propia reputación como persona lógica y cuerda opuesta a la grandiosa visión de Delagard y a su naturaleza tempestuosa.

—No podemos permitir que nos arrastre estúpidamente hacia el primer sitio descabellado que se le ocurra. Tenemos que impedirle que lo haga.

—Los capitanes le son leales.

—¿Continuarán siéndole leales cuando se enteren de la real situación?

Otra ola golpeó el barco; una tremenda bofetada de agua que lo hizo escorar a babor. Por encima de la barandilla saltó una cascada repentina. Un momento después el aire se vio invadido por el terrible destello de un rayo y el crujir casi simultáneo del trueno, y luego cayó una espesa cortina de lluvia.

—Hablaremos de ello más tarde —le gritó Lawler a Tharp—. ¡Cuando la tormenta se haya calmado!

El radio se alejó en dirección a proa; Lawler se agarró fuertemente a la barandilla. Rodeado de agua, se asfixiaba cuando venía por varios lados al mismo tiempo, entre el mar enloquecido y espumoso que lo lamía y la enorme masa de lluvia casi sólida que bajaba del cielo. Tenía la nariz y la boca llenas de agua, dulce y salada a tiempos. Jadeó y volvió la cabeza, sintiéndose medio ahogado, y se atragantó, resolló y tosió hasta que pudo volver a respirar.

Sobre el barco había descendido una oscuridad de medianoche. El mar resultaba invisible excepto cuando el destello de los rayos lo iluminaba; entonces las enormes cavernas bostezantes que se elevaban por todas partes como cámaras secretas parecían abrirse para tragarlos. Por el puente aún podían verse algunas siluetas oscuras, corriendo frenéticamente de un lado a otro mientras Delagard y Felk gritaban órdenes. Las velas estaban arriadas. El *Reina de Hydros*, inclinándose y escorándose ante el pleno embate de la tormenta, volvió sus mástiles hacia barlovento. Ahora se elevaba sobre la cresta de una ola enorme, ahora caía en la bostezante depresión y golpeaba el espumoso

fondo de ésta con un sonido restallante. Lawler oía chillidos distantes. Tenía la sobrecogedora sensación de que enormes volúmenes de agua implacable descendían desde todas partes.

En medio del inmenso rugido de la tormenta, la furia aterradoramente que estallaba y los golpeaba, el penetrante aullido del viento, el retumbar de los truenos y el tamborileo de la lluvia, se produjo un sonido repentino que era más atemorizador que cualquiera de los que lo habían precedido: el sonido del silencio, la absoluta falta de ruido que cayó mágicamente como una cortina sobre aquel tumulto. Todos los que estaban a bordo del barco lo percibieron en el mismo momento y se detuvieron para levantar los ojos, sobresaltados, perplejos, atemorizados. Aquel silencio duró quizá unos diez segundos: una eternidad.

Y después se oyó un sonido que era aún más extraño, incomprendible incluso, y tan sobrecogedoramente aterrador que Lawler tuvo que luchar contra el impulso de caer de rodillas. Se trataba de un sonido rugiente y bajo que crecía en intensidad segundo a segundo hasta que al cabo de un momento llenó el aire como el grito de una garganta más grande que la galaxia entera. Lawler fue ensordecido por él. Alguien pasó corriendo por su lado —Pilya Braun, advirtió después— y le tiró furiosamente del brazo. Señaló hacia barlovento y le gritó. Lawler la miró fijamente sin comprender una sola palabra; repitió, y esta vez su voz, infinitesimal con respecto al monstruoso rugido que llenaba el cielo, llegó hasta él con la suficiente claridad.

—¿Qué estás haciendo en cubierta? —preguntó—. ¡Vete abajo! ¡Vete abajo! ¿Es que no lo ves? ¡Es la Ola!

Lawler aguzó la vista y pudo distinguir algo largo y alto que brillaba con un fuego dorado interior en el pecho del mar, muy a lo lejos; una línea brillante que se extendía por el horizonte, algo más alto que cualquier muralla, de la que brotaba una luz propia. La miró lleno de asombro.

Dos figuras pasaron corriendo por su lado, gritándole advertencias, y Lawler asintió: Sí, sí. Ya veo. Ya comprendo. Pero continuaba siendo incapaz de apartar los ojos de aquella distante cosa que se acercaba a toda velocidad. ¿Por qué brillaba de aquella manera? ¿Qué altura tendría? ¿De dónde habría salido? Poseía una especie de belleza; las lenguas de espuma blancas como la nieve a lo largo de su cresta, el cristalino destello de su corazón, la pureza de su ininterrumpido movimiento de avance. Devoraba la tormenta al acercarse, imponiendo sobre el caos de la tempestad un titánico orden propio.

Lawler la observó hasta que ya casi no le quedó tiempo para escapar. Luego corrió hacia la escotilla delantera. Se detuvo durante un instante para mirar atrás, y vio que la Ola se encumbraba por encima del barco como un dios que cabalgara sobre el mar. Se lanzó a través de la puerta y la cerró detrás de sí. Kinverson se puso de pie junto a él para correr los listones que la aseguraban. Sin decir una palabra, Lawler descendió la escalerilla hacia el corazón de la nave y se reunió con sus compañeros de tripulación para esperar el momento del impacto.

Tercera Parte

LA FAZ DE LAS AGUAS

El barco estaba como sobre una pista engrasada, deslizándose libremente a través del mundo. Lawler podía sentir debajo de sí el eterno movimiento del mundo oceánico, el enorme oleaje planetario, mientras la enorme muralla de agua sobre la que cabalgaban los arrastraba irresistiblemente. Ellos eran meros pecios; eran un átomo aislado que se sacudía en el vacío. No eran absolutamente nada, y la inmensidad del mar enfurecido lo era todo.

Encontró un sitio en medio del barco en el que ponerse en cuclillas y prepararse para lo que venía. Se apretó contra uno de los mamparos, con un grueso montón de mantas encajadas contra su cuerpo para que lo mantuviera inmóvil; pero no tenía esperanzas reales de sobrevivir. La muralla de agua era demasiado gigantesca, el mar demasiado tormentoso, el barco demasiado endeble. Intentó imaginar a través del sonido y el movimiento qué estaría ocurriendo en cubierta en aquellos precisos momentos.

El *Reina de Hydros* se deslizaba rápidamente por encima de la superficie del mar, atrapado en el movimiento de avance de la Ola y arrastrado irremisiblemente por ella, encima de su ondulación más baja. Incluso en el caso de que Delagard hubiera conseguido hacer funcionar el magnetrón a tiempo, éste debía de haber tenido poco o ningún efecto contra el impacto de la ola que se aproximaba o para elevar el barco e impedir que lo arrastrara con ella. Fuera cual fuese la velocidad de la Ola, ésta era la rapidez con que ahora viajaba el barco al empujarlo la gran masa de agua. Lawler nunca había visto una Ola tan enorme. Probablemente nadie la había visto durante los apenas ciento cincuenta años de asentamientos humanos en Hydros. Lo más probable era que se debiese a alguna concatenación de las tres lunas y el mundo hermano: alguna confluencia diabólica de fuerzas gravitacionales era la que había levantado aquella impensable hinchazón de agua y la había echado a correr en torno al vientre del planeta.

De alguna manera, el barco aún se mantenía a flote, como un corcho sacudido sobre el pecho del agua. Lawler no tenía ni idea de cómo, pero estaba seguro de que todavía flotaba porque podía sentir la fuerza constante de aceleración al ser arrastrado por la Ola. Esa fuerza inflexible lo apretaba contra el mamparo y lo mantenía tan pegado a él que le resultaba imposible moverse. Si ya hubieran volcado, razonó, a aquellas alturas la Ola habría pasado y ellos estarían hundiéndose silenciosamente en su depresión posterior. Pero no: continuaban viajando. Estaban dentro de la Ola, girando una y otra vez, quilla arriba, quilla abajo, quilla arriba, quilla abajo, mientras todo lo que no estaba sujeto al interior del barco caía dando tumbos. Podía oír las cosas que golpeaban por todas partes, como si el barco estuviera siendo sacudido por la mano de un gigante. Rodaban, rodaban y rodaban.

Se dio cuenta de que le costaba respirar, que jadeaba como si fuera él mismo y no la cubierta exterior lo que estuviera siendo constantemente sumergido para luego salir nuevamente al aire. Abajo, arriba, abajo, arriba. Sentía un golpeteo en el pecho. Se apoderó de él una especie de mareo alcohólico que lo despojó de toda posibilidad de pánico. Estaba girando demasiado violentamente como para sentir miedo: en su mente no había lugar para eso.

Pero ¿cuándo se hundirían, finalmente? ¿Ahora? ¿Ahora? ¿O la Ola nunca los dejaría en libertad, sino que los arrastraría interminablemente alrededor del mundo, haciéndolos girar como una rueda eterna con la fuerza de su terrible poder?

Llegó un momento en el que todo volvió a la estabilidad. Estamos libres de ella, pensó; navegamos por nuestra cuenta. Pero no se trataba más que de una ilusión. Pasados unos instantes volvieron a comenzar los giros, más intensamente que antes. Lawler sintió que la sangre le corría de la cabeza a los pies, de los pies a la cabeza, de la cabeza a los pies, de los pies a la cabeza. Le dolían los pulmones. Le ardían las fosas nasales a cada inspiración.

Se oyeron golpes y detonaciones que parecían venir del interior del barco —probablemente muebles que volaban de un lado a otro— y ruidos más fuertes que parecían venir del exterior. Oía voces distantes que gritaban, que chillaban a veces. Se oía el rugir del viento, o al menos la ilusión del rugir del viento. También estaba presente el retumbar —más profundo— de la misma Ola. Luego se produjo un fragoroso siseo que se transformó gradualmente en un gruñido; Lawler fue incapaz de identificarlo: alguna iracunda confrontación entre el agua y el cielo en su punto de reunión, tal vez. O quizá la Ola era algo formado por densidades variables, y las mismas aguas que la componían, mantenidas atropelladamente juntas por el ímpetu predominante de su fuerza gigantesca, estaban riñendo entre sí.

Entonces llegó finalmente otro período de quietud, y éste pareció durar, durar y durar. «Ahora nos estamos hundiendo», pensó Lawler. Estamos a cincuenta metros de la superficie, y descendiendo. Estamos a punto de ahogarnos. En cualquier momento, la presión del agua reventará la pequeña burbuja que es este barco y el agua entrará como un torrente y todo se habrá acabado.

Esperó la inundación inmediata. Sería una muerte rápida. El puñetazo del agua contra su pecho interrumpiría el flujo de sangre a su cerebro; quedaría instantáneamente inconsciente. Nunca conocería el resto de la historia: el lento deslizamiento hasta el fondo, las tablas aplastadas que se abrirían, las curiosas criaturas de las profundidades que entrarían a mirarlos, estudiarlos y finalmente comérselos.

Pero no ocurrió nada. Todo estaba en calma. Navegaban en un tiempo fuera del tiempo, silencioso y tranquilo. Entonces a Lawler se le ocurrió que ya debían de estar muertos, que ésta era la vida más allá de la muerte en la que nunca había sido capaz de creer, y se echó a reír y miró en torno de sí con la esperanza de encontrar al padre Quillan para decirle: «¿Es así como usted creyó que sería? ¿Una deriva interminablemente suspendida? ¿El yacer aquí, en el mismo sitio en el que murió, aún consciente, con un profundo silencio a su alrededor?».

Sonrió ante su propia necedad. La vida del más allá no sería una mera continuación de la presente. Ésta continuaba siendo la antigua y conocida. Allí estaban sus pies, que le eran tan familiares; ésas eran sus manos con las cicatrices desteñidas en las palmas; ése era el sonido de su propia respiración. Todavía estaba vivo. El barco debía de continuar a flote. La Ola había pasado de largo, por fin.

—¿Val? —dijo una voz—. Val, ¿estás bien?

—¿Sundria?

La mujer gateó hacia él por el estrecho pasillo, entre la confusión de objetos que habían estado dando tumbos. Tenía la cara muy pálida. Parecía aturdida; sus ojos tenían un destello helado. Lawler se removió, se quitó de encima una tabla que le había caído sobre el pecho sin que lo notara, y comenzó a salir de su ajustado escondite. Se encontraron a medio camino.

—Jesús —dijo ella, suavemente—. ¡Oh, Jesús Dios!

Se puso a llorar. Lawler la abrazó; se dio cuenta de que también él estaba llorando. Se estrecharon y lloraron juntos en la extraña quietud de sus sueños.

Una de las escotillas estaba abierta y por ella penetraba un grueso rayo de luz. Los dos salieron a la cubierta exterior cogidos de la mano. El barco estaba erguido y apoyado con toda normalidad sobre el agua como si nada hubiese ocurrido. La cubierta estaba mojada, y brillaba como nunca antes. Parecía como si un ejército de equipos de cubierta la hubiese estado limpiando durante un millón de años. La cabina del timón continuaba en su sitio, al igual que la bitácora, el alcázar y el puente. Los mástiles continuaban asombrosamente en su lugar, aunque el trinquete había perdido una de las vergas.

Kinverson ya estaba en cubierta, junto a la grúa, y Lawler vio a Delagard a popa, con las piernas separadas e inmóvil, estupefacto por la conmoción. Parecía haber echado raíces en la cubierta; era como si hubiese permanecido en aquel sitio durante todo el tiempo en que el barco fue sacudido por la zarpa de la Ola. Más allá de él, a estribor, estaba Onyos Felk, que se erguía de la misma forma pasmada e inmóvil.

Uno a uno, los demás comenzaban a abandonar sus escondites: Neyana Golghoz, Dann Henders, Leo Martello, Pilya Braun. Luego aparecieron Gharkid, que cojeaba ligeramente a causa de algún accidente sufrido durante el suceso, Lis Niklaus y el padre Quillan. Se movían con precaución, arrastrando los pies como sonámbulos, asegurándose de modo vacilante de que el barco continuaba intacto, tocando las barandillas, la fijación de los mástiles, el techo del castillo de proa. El único que faltaba era Dag Tharp. Lawler dio por supuesto que había permanecido bajo cubierta para intentar establecer contacto por radio con los otros barcos.

¿Los otros barcos? No se los veía por ninguna parte.

—Mira qué calmo está —dijo suavemente Sundria.

—Calmo, sí. Y vacío.

Tenía el aspecto que debió tener el mundo durante el primer día de la Creación. En todas direcciones se extendía un mar monótono, azul grisáceo y tranquilo, sin una sola onda, sin siquiera una ola, sin espuma, sin la más ligera ondulación: una nada plácida y horizontal. El paso de la Ola lo había despojado de toda su energía.

También el cielo estaba liso, gris y casi vacío. En el oeste distante flotaba una sola nube baja, con el sol poniéndose detrás de ella. Desde el este surgía una luz pálida. No quedaba ni rastro de la tempestad que había precedido a la Ola. Se había desvanecido tan completamente como la Ola misma.

¿Y los otros barcos?

Lawler caminó lentamente de un lado a otro y luego recorrió el camino inverso. Sus ojos recorrieron las aguas en busca de algún presagio: tablas que flotaran a la deriva, fragmentos de vela, ropas dispersas por la superficie, incluso nadadores que lucharán por su vida. No vio nada.

En ocasión de la primera tormenta, el vendaval de tres días, tampoco el mar mostraba ningún otro barco. Aquella vez, la flota había sido meramente esparcida por los vientos, y al cabo de algunas horas volvió a reunirse. Lawler temía que ahora las cosas serían diferentes.

—Allí está Dag —murmuró Sundria—. ¡Dios mío, mírale la cara!

Tharp salía en aquel momento por la escotilla trasera; estaba pálido, tenía la mirada inexpresiva, la mandíbula floja, los hombros caídos y los brazos colgándole laxamente a los lados. Delagard interrumpió su éxtasis, se volvió y preguntó con voz cortante:

—¿Y bien? ¿Qué noticias hay?

—Nada. No hay noticias —la voz de Tharp era un susurro hueco—. Ni un sonido. Lo he intentado e intentado. Adelante, *Diosa*, adelante, *Estrella*, adelante, *Lunas*, adelante, *Cruz*. Aquí el *Reina*. Adelante. Adelante. Adelante —parecía medio enloquecido—. Ni un sonido. Nada.

El rostro de anchas mandíbulas de Delagard estaba apesadumbrado. Se le aflojaron los músculos.

—¿Ninguno de ellos?

—Nada, Nid. No van a responder. No están allí.

—Tu radio no funciona.

—He captado islas. Hablé con Kentrup. Hablé con Kaggeram. Era una Ola muy mala, Nid, realmente mala.

—Pero mis barcos...

—Nada.

—¡Mis barcos, Dag!

Los ojos de Delagard adquirieron una expresión enloquecida. Cargó como si tuviera la intención de coger a Tharp por los hombros y sacudirlo para obtener noticias mejores. Kinverson apareció de la nada, se interpuso entre ellos, cogió a Delagard y lo sujetó mientras éste temblaba y se estremecía.

—Vuelve abajo —le ordenó Delagard al operador de radio—. Inténtalo otra vez.

—Es inútil —respondió Tharp.

—¡Mis barcos! ¡Mis barcos! —Delagard se volvió en redondo y corrió hasta la barandilla. Durante un momento sobrecogedor, Lawler pensó que iba a arrojarle por la borda. Pero lo que quería era simplemente golpear algo. Convirtió sus puños en cachiporras y aporreó la barandilla una y otra vez, asestando los golpes con una fuerza tan pasmosa que medio metro de la barandilla se abolló, dobló y desplomó bajo los impactos—. ¡Mis barcos! —aulló de nuevo Delagard.

Lawler sintió que él mismo comenzaba a estremecerse. Los barcos, sí, y todos los que estaban a bordo de ellos. Se volvió hacia Sundria y vio compasión en sus ojos. Ella sabía qué clase de dolor sentía él, pero ¿cómo era realmente posible que lo entendiera?

Para aquella mujer, habían sido todos extraños. Para él, en cambio, representaban todo su pasado: la substancia de su vida, para mejor o peor. Nicko Thalheim; Sandor, el anciano padre de Nicko; Bamber Cadrell, los Sweyner, los Tanamind, Brondo, las pobres y locas hermanas, Volkin, Yáñez, Stayvol, todos ellos, todos aquellos a los que había conocido en su vida; todo, su infancia, su juventud, su historia de hombre adulto, los custodios de los recuerdos compartidos durante una vida, todos ellos barridos con un solo gesto. ¿Cómo podía ella comprenderlo? ¿Había formado alguna vez parte de una comunidad establecida desde hacía mucho tiempo? ¿Alguna vez? Se había marchado de su isla natal sin pensárselo dos veces, y había vagado de un sitio a otro sin mirar nunca atrás. Uno no podía saber cómo era perder lo que uno nunca había tenido.

—Val... —dijo ella, suavemente.

—Estoy bien, ¿de acuerdo?

—Si al menos pudiera ayudarte de alguna manera...

—Pero no puedes —respondió Lawler.

Descendía la oscuridad. La Cruz comenzaba a remontarse en el cielo y colgaba en un ángulo curioso, extrañamente ladeado, inclinada de suroeste a noreste. No había viento. El *Reina de Hydros* se deslizaba lánguidamente por el mar calmo. Todos continuaban en el puente. Nadie se había molestado en volver a aparejar las velas, aunque ya hacía horas que había pasado la Ola; pero apenas importaba en aquella quietud, en aquellas aguas completamente quietas.

Delagard se volvió hacia Onyos Felk.

—¿Dónde crees que estamos? —le preguntó con voz exánime.

—¿Quieres que te lo diga sólo por medio de la barquilla y la corredera o quieres que lo calcule con mis instrumentos de observación celeste?

—Haz sólo una jodida conjetura, Onyos.

—En el mar Vacío.

—Eso puedo calcularlo por mí mismo. Dame la longitud.

—¿Crees que soy un mago, Nid?

—Creo que eres un idiota picajoso. Pero al menos puedes darme la longitud. Mira la jodida Cruz.

—Ya la veo, la jodida Cruz —dijo Felk, cáusticamente—. Me dice que estamos al sur del ecuador y mucho más al oeste de lo que estábamos cuando nos cogió la Ola. Si quieres algo más preciso, déjame bajar a ver si encuentro mis instrumentos.

—¿Mucho más al oeste? —preguntó Delagard.

—Mucho. Muchísimo más. Realmente hemos recorrido una larga distancia.

Lawler observó el cielo —aunque comprendía muy poco— mientras Felk, después de rebuscar durante largo rato entre el caos que había bajo cubierta, salió con los instrumentos de su oficio; los toscos, los rústicos instrumentos que probablemente hubieran hecho reír entre dientes con condescendencia a un marinero de la Tierra del siglo XVI. Trabajaba silenciosamente, murmurando para sí de vez en cuando mientras fijaba la posición de la Cruz, meditaba y volvía a fijarla. Pasado un rato, Felk miró a Delagard.

—Estamos mucho más al norte de lo que quiero creer —dijo.

—¿Cuál es nuestra posición?

Felk se lo dijo. Delagard pareció sorprendido. Bajó por la escalerilla y permaneció ausente un largo rato, tras el cual regresó con la carta de navegación. Lawler se aproximó más mientras Delagard descendía con un dedo por la línea de longitud.

—Ah. Aquí. Aquí.

—¿Puedes ver lo que está señalando? —preguntó Sundria, detrás de Lawler.

—Estamos en el corazón del mar Vacío. Estamos tan cerca de la Faz de las Aguas como lo estamos de cualquiera de las islas que hemos dejado atrás. Es el centro de la nada, sin duda, y estamos solos en él.

2

Muerta estaba ahora toda esperanza de convocar a los barcos, de oponer la voluntad de toda la comunidad de Sorve contra Delagard. La totalidad de ella había sido reducida a sólo trece personas. En aquel momento, todos los que estaban a bordo de la nave sobreviviente sabían cuál era el auténtico destino del viaje. A algunos, como Kinversion, como Gharkid, parecía no importarles: un destino era tan bueno como cualquier otro para hombres como ellos. Otros —Neyana, Pilya, Lis— era muy improbable que fueran a oponerse a Delagard respecto a cualquier cosa que quisiera hacer, sin importar cuán extraña fuese; y al menos uno, el padre Quillan, era el aliado confeso de Delagard en su búsqueda de la Faz.

Eso dejaba a Dag Tharp, Dann Henders, Leo Martello, Sundria y Onyos Felk.

Felk aborrecía a Delagard. Bien; uno para mi bando, se dijo Lawler. En cuando a Tharp y Henders, ya habían tenido una desavenencia con Delagard acerca de la dirección del viaje: no se encogerían ante la posibilidad de otra. Martello, sin embargo, era hombre de Delagard, y Lawler no estaba seguro de hacia dónde se decantarían sus simpatías en caso de un enfrentamiento decisivo. Incluso Sundria era una incógnita. Lawler no tenía ningún derecho de dar por supuesto que se pondría de su lado, independientemente de la intimidad que estuviera tejiéndose entre ellos. Podía perfectamente sentir curiosidad hacia la Faz, anhelar descubrir su verdadera naturaleza. Después de todo, su vocación era el estudio de la vida de los gillies.

Así que eran cuatro contra todos los demás, o seis en el mejor de los casos. Ni siquiera la mitad de la tripulación. No eran suficientes, pensó Lawler.

Comenzaba a pensar que la idea de controlar a Delagard era fútil. Delagard era una fuerza demasiado poderosa como para poder controlarla. Era como la Ola: a uno podía no gustarle el sitio al que lo llevaba, pero no había mucho que se pudiera hacer al respecto. Realmente no.

Al día siguiente de la catástrofe Delagard bullía con energía inagotable, mientras preparaba el barco para continuar el viaje. Los mástiles fueron reparados y las velas izadas. Si Delagard había sido antes un hombre impulsivo y decidido, ahora parecía completamente demoníaco, una implacable fuerza de la naturaleza. La analogía con la Ola parecía la más adecuada, pensaba Lawler. La pérdida de sus preciosos barcos parecía haber empujado a Delagard a cruzar algún umbral de la voluntad al interior de un nuevo territorio de la determinación. Furioso, rápido, sobrecargado de energía, Delagard era el centro de un torbellino de fuerza cinética que hacía que resultara imposible acercársele. «¡Haz esto! ¡Haz aquello! ¡Asegura eso! ¡Mueve aquello!» No dejaba espacio en torno de sí como para que alguien como Lawler se le acercara y dijese: «No vamos a permitir que lleves este barco al lugar que te dé la gana, Nid».

Lis Niklaus tenía nuevos cortes y moretones en la cara.

—Yo no le dije absolutamente nada —le aseguró a Lawler, mientras él la curaba—. Simplemente se volvió loco y comenzó a golpearme en cuanto entramos en el camarote.

—¿Ha ocurrido esto antes?

—No de esa manera, no. Se ha vuelto loco. Quizá pensó que yo iba a decir algo que no le gustaría. La Faz, la Faz, la Faz, es lo único en lo que puede pensar. Habla de ella en sueños. Negocia tratos, amenaza a competidores, promete maravillas... Yo qué sé.

A pesar de que era una mujer grande y sólida, parecía de pronto encogida y frágil como si Delagard estuviera absorbiéndole la vida para su propio provecho.

—Cuanto más vivo con él —comentó—, más me asusta. Uno piensa que no es más que un rico dueño de astilleros interesado sólo en beber, comer, follar y hacerse aún más rico, sabe Dios para qué; y luego te encuentras con que de vez en cuando te deja echar un vistazo a su interior y ves demonios.

—¿Demonios?

—Demonios, visiones, fantasías. No lo sé. Piensa que esa gran isla lo convertirá en un emperador de este planeta, o quizá en una especie de dios, y que todo el mundo le obedecerá, no sólo la gente como nosotros, sino también los otros isleños, incluso también los gillies; y los habitantes de otros mundos. ¿Sabes que quiere construir un puerto espacial?

—Sí —respondió Lawler—. Ya me lo ha dicho.

—Y lo hará. Ese hombre consigue lo que se propone. Nunca descansa. Nunca disminuye el ritmo. Piensa en sueños. Lo digo en serio —Lis se tocó delicadamente una zona purpúrea que tenía entre el pómulo y el ojo izquierdo—. ¿Vas a intentar detenerlo? ¿Tienes la intención?

—No estoy seguro.

—Ten cuidado. Te matará si intentas ponerte en su camino. Incluso a ti, doctor; te mataría de la misma forma que a un pez.

El mar Vacío parecía merecer su nombre. Era limpio y monótono, sin islas, sin arrecifes de coral, sin tormentas, y en su cielo apenas se veía una nube. El ardiente sol arrojaba largos rayos anaranjados sobre las límpidas ondas vidriosas del agua color azul grisáceo. El horizonte parecía estar a mil millones de kilómetros de distancia. El viento era flojo y caprichoso. Las olas de marea eran raras ahora, y pequeñas cuando las había; apenas más grandes que una ondulación sobre el seno plano del mar. El barco navegaba fácilmente por encima de ellas.

Tampoco había mucha vida marina. Kinerson arrojaba sus líneas en vano; las redes de Gharkid apenas recogían alguna alga que pudiera ser de utilidad. Ocasionalmente pasaba algún brillante cardumen de peces o podían verse criaturas de gran tamaño retozando en la distancia, pero era raro que algo se acercara lo suficiente como para aprehenderlo.

Las reservas existentes a bordo —los surtidos de pescado seco y algas deshidratadas— estaban disminuyendo de forma alarmante; Delagard ordenó que se redujera la ración diaria. Aparentemente sería un viaje de hambre a partir de entonces... y también

de sed. No había habido tiempo de sacar los recipientes durante el fantástico aguacero que los había azotado justo antes de la llegada de la Ola. Ahora, bajo aquel sereno y despejado cielo, el nivel de los barriles disminuía cada día más.

Lawler le pidió a Onyos Felk que le enseñara en la carta el punto en el que se hallaban. El cartógrafo fue vago, como siempre, respecto a la geografía; pero señaló muy adentro del mar Vacío, casi a medio camino entre el ecuador y el supuesto emplazamiento de la Faz de las Aguas.

—¿Puede ser eso cierto? —preguntó Lawler—. ¿Es posible que hayamos llegado tan lejos?

—La Ola se movía a una velocidad increíble. Nos arrastró consigo durante todo el día; el verdadero milagro es que el barco no se haya partido en dos.

Lawler estudió la carta.

—Hemos llegado ya demasiado lejos como para volver atrás, ¿no es cierto?

—¿Quién está hablando de volver? ¿Tú? ¿Yo? Delagard no, ciertamente.

—¿Y si quisiéramos hacerlo? —preguntó Lawler—. ¿Podríamos?

—Será mejor para todos que continuemos avanzando —dijo sombríamente Felk—. No tenemos alternativa, realmente. Tenemos todo este vacío detrás. Si nos volviéramos hacia aguas conocidas, probablemente moriríamos de hambre antes de llegar a cualquier parte útil. Casi la única probabilidad que tenemos ahora es la de intentar encontrar la Faz. Puede que allí encontremos comida y agua.

—¿Tú lo crees así?

—¿Y yo qué sé? —fue la respuesta de Felk.

—¿Tienes un minuto, doctor? —preguntó Leo Martello—. Quiero enseñarte algo.

Lawler estaba en su camarote, mirando entre sus papeles. Tenía allí tres cajas de historiales médicos: los de los sesenta y cuatro antiguos ciudadanos de Sorve que presumiblemente habían desaparecido en el mar. Lawler había luchado amargamente con Delagard por el derecho de llevarlas consigo cuando la flota abandonó Sorve, y por una vez había conseguido ganar. ¿Y ahora qué? ¿Las guardaría? ¿Para qué? ¿Por la posibilidad de que los cinco barcos perdidos reaparecieran con toda su tripulación a bordo? ¿Guardarlas para el uso de algún futuro historiador de la isla?

Martello estaba tan próximo a ser el historiador de la isla como alguien podía estarlo. Quizá le gustaran aquellos documentos inútiles para trabajar en los últimos cantos de su obra épica.

—¿De qué se trata, Martello?

—He estado escribiendo acerca de la Ola —respondió Martello—. Lo que nos ocurrió, dónde nos encontramos ahora, hacia dónde podríamos estar dirigiéndonos y todo eso. Pensé que te gustaría leer lo que he hecho hasta ahora.

Sonrió ansiosamente. En sus lustrosos ojos pardos había un brillante destello de entusiasmo. Lawler se dio cuenta de que Martello debía estar tremendamente orgulloso de sí mismo, de que estaba buscando aplausos. Le envidió por una vez su exuberancia, su

naturaleza extrovertida, su ilimitado entusiasmo. Allí, en medio de aquel condenado viaje desesperado, Martello era capaz de encontrar poesía. Asombroso.

—¿No te estás adelantando un poco? —preguntó Lawler—. Lo último que yo supe fue que estabas comenzando con la emigración de la Tierra hacia los primeros mundos colonizados.

—Cierto. Pero me imagino que finalmente llegaré a la parte del poema que hable de nuestra vida en Hydros, y este viaje será un capítulo importante de ella. Así que pensé: ¿por qué no escribirlo ahora, mientras aún lo tengo fresco en la memoria, en lugar de esperar a ser un anciano de cincuenta o sesenta años?

«Realmente, por qué no», pensó Lawler.

Martello se había estado dejando crecer el pelo durante las últimas semanas: ahora tenía un cabello denso y exuberante que lo hacía parecer diez años más joven. Probablemente viviría cincuenta años más, si alguien del barco llegaba a hacerlo. Incluso sesenta. Disponía de mucho tiempo para escribir poesía. Pero, sí, era mejor llevar inmediatamente al papel las impresiones poéticas.

—De acuerdo, echémosle un vistazo —dijo Lawler, tendiéndole la mano.

Lawler leyó unos pocos versos e hizo como que recorría el resto. Era una larga efusión de garrapatos de la misma sensiblería torpe del otro fragmento de la gran obra épica que Martello le había permitido leer, aunque aquel trozo tenía el vigor del recuerdo personal.

*De lo alto del cielo llegó el diluvio de oscuridad
Calándonos profundamente, empapando nuestros huesos.
Mientras luego luchábamos y nos esforzábamos por mantenernos en pie,
Vino un nuevo enemigo más grande que el anterior.
¡De la Ola se trataba! Que nos causó miedo profundo.
Nos apretó las gargantas y nos congeló los corazones.
¡La Ola! Temible enemigo, la más grande de las adversidades,
Que se elevaba como una muralla de muerte sobre el pecho del mar.
Entonces temblamos, entonces desfallecimos,
Entonces nos hundimos hasta las rodillas en desesperación...*

Lawler levantó los ojos.

—Tiene mucha fuerza, Leo.

—Creo que es un nivel completamente nuevo para mí. Cuando se trataba de acontecimientos históricos, tenía que andar tentando para encontrar el camino, pero esto... estuvo precisamente aquí... —puso las palmas hacia arriba con los dedos separados—. Simplemente tenía que escribirlo tan rápido como pudiera poner las palabras sobre el papel.

—Estabas inspirado.

—Ésa es la palabra, sí —tímidamente, Martello tendió la mano para coger el montón de papeles manuscritos—. Puedo dejártelo, si quieres leerlo más detenidamente, doctor.

—No, no, prefiero esperar hasta que acabes todo el canto. No has escrito la parte en que salimos a cubierta después y nos encontramos internados muy adentro del mar Vacío.

—Creo que esperaré —dijo Martello— hasta que lleguemos a la Faz de las Aguas. Esta parte del viaje no es muy interesante, ¿no crees? No ocurre absolutamente nada. Pero cuando lleguemos a la Faz...

Hizo una pausa significativa.

—¿Sí? —preguntó Lawler—. ¿Qué crees que va a ocurrir allí?

—Milagros, doctor. Cosas maravillosas, fantásticas y fabulosas —los ojos de Martello brillaban—. Apenas puedo esperar. Escribiré un canto sobre eso que al mismo Homero le hubiera gustado componer. ¡Al mismo Homero!

—Estoy seguro de que lo harás —dijo Lawler.

De aquel vacío volvieron a surgir los peces bruja, repentinamente, por cientos y sin previo aviso. Sin embargo, no había razón alguna para no esperar que eso ocurriera: si alguna diferencia había, era que las aguas parecían más vacías en aquel sitio de lo que habían estado desde que habían entrado en él. Pero el mar se abrió en un tórrido mediodía y asedió al barco con peces bruja; se lanzaron desde el agua todos a un tiempo y volaron por encima del barco como una densa nube.

Lawler estaba en cubierta. Oyó el primer sonido sibilante y se agachó automáticamente a la sombra del trinquete. Los peces bruja, de medio metro de largo y tan gruesos como uno de sus brazos, atravesaban el aire como veloces proyectiles mortales, sus correosas alas de ángulos agudos extendidas y las hilera de púas afiladas como agujas erectas sobre los lomos.

Algunos saltaban limpiamente la cubierta en un pronunciado arco y caían en el mar más allá. Otros chocaban contra los mástiles o el tejado del castillo de proa, o se apilaban en las velas que hacían bolsa, o simplemente acababan su trayectoria en medio del barco y aterrizaban sobre la cubierta con iracundas convulsiones de látigo. Lawler vio a dos que pasaron juntos por su lado, con sus ojos chispeando malévolamente. Luego pasaron tres que volaban aún más juntos, como si estuvieran uncidos; luego vinieron más de los que podía contar. No había forma de llegar hasta la seguridad de la escotilla. Sólo podía esconderse, acurrucarse y esperar.

Oyó un grito que venía de más allá de la cubierta, y de otra dirección le llegó un gruñido de irritación. Miró hacia arriba y vio a Pilya Braun en la arboladura, luchando para sujetarse mientras se defendía de un enjambre de peces. Tenía una mejilla desgarrada y sangrante.

Un rechoncho pez bruja rozó un brazo de Lawler, pero no le hizo daño alguno: la parte de las púas estaba dirigida hacia el lado opuesto. Otro atravesó la cubierta en el preciso momento en que Delagard aparecía por la escotilla. Lo golpeó en el pecho de través y le abrió una línea dentada en la tela de la camisa que comenzó a enrojecerse rápidamente, y cayó retorciéndose a sus pies. Delagard lo pisó salvajemente con el tacón de la bota.

Durante tres o cuatro minutos fue como una lluvia de jabalinas; luego desaparecieron. El aire volvió a quedar en calma, el mar quieto y liso como una sábana de vidrio deslustrado que se extendía hasta el infinito.

—Bastardos —dijo Delagard, estúpidamente—. ¡Los barreré del planeta! ¡Exterminaré a esos jodidos bichos!

«¿Cuándo sería eso?», se preguntó Lawler con ironía, mientras se le acercaba. «Cuando la Faz de las Aguas lo hubiese convertido en gobernante supremo del planeta, supongo».

—Déjame ver ese corte, Nid —le pidió.

Delagard se lo quitó de encima.

—No es más que un arañazo. Ya ni siquiera lo siento.

Neyana Golghoz y Natim Gharkid salieron de las profundidades del barco y se pusieron a amontonar a los peces bruja muertos y agonizantes en una pila. Martello, que había recibido un feo corte en un brazo y se le había clavado en la espalda una hilera de púas de pez bruja, se acercó para mostrarle las heridas a Lawler. El médico le dijo que fuera abajo y lo esperara en la enfermería. Pilya descendió de la verga y también le enseñó a Lawler sus heridas: un tajo sangrante que le atravesaba la mejilla y tenía otro abierto justo debajo de los pechos.

—Creo que vas a necesitar algunos puntos —le dijo él—. ¿Te duele mucho?

—Escuece un poco. Arde. Arde mucho, en realidad. Pero no creo que sea nada serio.

La muchacha sonrió. Lawler aún podía ver el afecto hacia él, el deseo o lo que fuese, resplandeciendo en sus ojos. La joven sabía que él dormía con Sundria Thane, pero aparentemente nada había cambiado para ella. Quizá incluso se alegraba de haber sido cortada por aquellos peces bruja de esa manera: eso conseguiría atraer su atención, le tocaría la piel. Lawler sintió pena por ella. La devoción de Pilya lo entristecía.

Delagard, sangrando todavía, volvió a aparecer en la cubierta cuando Neyana y Gharkid se disponían a arrojar por la borda la pila de peces bruja.

—Esperad un momento —dijo con brusquedad—. Hace días que no comemos pescado fresco.

Gharkid le dirigió una mirada de completo asombro.

—¿Comería pez bruja, capitán, señor?

—Podemos intentarlo, ¿no? —respondió Delagard.

Los peces bruja al horno resultaron saber igual que trapos sumergidos en orines durante un par de semanas. Lawler consiguió comerse tres bocados antes de renunciar con náuseas. Kinverson y Gharkid se negaron a probarlo siquiera; Dag Tharp, Henders y Pilya también declinaron comerse su parte. Leo Martello se comió valientemente medio pescado. El padre Quillan ingirió el suyo escogiendo los trozos cuidadosamente, con obvio desagrado pero férrea determinación, como si le hubiera hecho a la Virgen voto de comerse cualquier cosa que le pusieran delante sin importar lo asquerosa que fuese.

Delagard acabó con la totalidad de su ración y pidió más.

—¿Te gusta? —preguntó Lawler.

—Un hombre tiene que comer, ¿no? Un hombre tiene que conservar sus fuerzas, doctor. ¿No estás de acuerdo? Las proteínas son proteínas, ¿eh, doctor? ¿Qué dices a eso? Toma, come tú también un poco más.

—Gracias —dijo Lawler—. Creo que intentaré conservar mis fuerzas sin eso.

Advirtió que se había operado un cambio en Sundria. El verdadero propósito del viaje pareció haberla liberado de todas las restricciones de intimidad con las que se había limitado a sí misma, y los momentos de amor entre ellos ya no estaban marcados por un frágil silencio o la charla intrascendente. Ahora, cuando yacían juntos en el rincón mohoso de la bodega que se había convertido en el sitio favorito de ambos, ella fue descubriéndose ante él en largas e inesperadas ráfagas de monólogo autobiográfico.

—Yo siempre fui una niña curiosa. Supongo que demasiado curiosa como para que eso redundara en mi beneficio. Vagaba por la bahía, recogía cosas en las aguas someras, me ganaba mordiscos y picotazos. Cuando tenía alrededor de cuatro años me metí un cangrejo en la vagina —Lawler hizo muecas de susto y dolor; ella se echó a reír—. No sé si estaba intentando averiguar qué le pasaría al cangrejo, o a mi vagina. Apparentemente, al cangrejo no le importó demasiado. Pero a mis padres sí.

El padre había sido el alcalde de la isla de Jamsilaine. «Alcalde» era, aparentemente, un término que significaba jefe de gobierno entre los isleños del mar de Azur. El asentamiento humano de Jamsilaine era grande, con cerca de quinientos miembros. Para las costumbres de Lawler, aquello era una multitud enorme, una suma inimaginablemente compleja. La información de Sundria con respecto a su madre fue vaga: una erudita de algún tipo, quizá una historiadora que estudiaba la migración galáctica humana, pero había muerto muy joven y Sundria apenas la recordaba. Era evidente que Sundria había heredado una parte del intelecto investigador de su madre.

La fascinaban los gillies en particular, *los Moradores*; siempre tenía buen cuidado de llamarlos por su nombre más formal, que a Lawler le resultaba tonto y pesado. Cuando tenía catorce años, Sundria y un chico algo mayor que ella habían comenzado a espiar las ceremonias secretas de los Moradores de la isla de Jamsilaine. Ella y el chico también se habían dedicado a la experimentación sexual, la primera para ella; la muchacha se lo mencionó a Lawler en un tono flemático, y él se sorprendió al darse cuenta de que envidiaba a aquel muchacho. ¿Haber tenido por amante a una muchacha tan deslumbrante cuando era tan joven? ¡Qué privilegio tuvo que haber sido aquél! En la adolescencia de Lawler había habido suficientes chicas; y luego sólo algunas, cuando conseguía escapar a las interminables horas de estudios de medicina que lo mantenían encerrado en la vaargh de su padre durante la mayor parte del tiempo. Pero no habían sido las mentes inquisidoras de aquellas chicas lo que lo había atraído hacia ellas.

Se preguntó por un momento cómo hubiera sido la vida si en la isla de Sorve hubiese habido una Sundria en la época en la que él estaba creciendo. ¿Qué hubiese ocurrido si se hubiera casado con ella en lugar de con Mireyl? Era una suposición que lo dejaba pasmado: décadas de estrecha relación de pareja con aquella mujer extraordinaria, en lugar de la vida solitaria y marginal que había escogido llevar. Una familia. Una continuidad profunda.

Apartó aquellos pensamientos que lo distraían. Fantasías inútiles, eso eran; él y Sundria habían crecido a miles de kilómetros y muchos años de distancia. E incluso en el caso de que las cosas hubieran sido diferentes, cualquier continuidad que hubiesen conseguido crear en Sorve se habría hecho añicos de todas formas con la expulsión. Todos los caminos conducían a aquel punto de exilio flotante que se balanceaba en un diminuto barco en medio del mar Vacío.

La mente inquisitiva de Sundria la había llevado finalmente a un gran escándalo. Tenía poco más de veinte años; su padre era aún el alcalde y ella vivía sola en los su-

burbios de la comunidad humana de Jamsilaine, pasando entre los Moradores todo el tiempo que éstos le permitían.

—Se trataba de un reto intelectual. Yo quería aprender del mundo todo lo que pudiera; comprender este mundo implicaba comprender a los Moradores. Aquí estaba ocurriendo algo; yo estaba segura de eso. Algo que ninguno de nosotros veía.

Adquirió fluidez en su idioma, lo que aparentemente no era una habilidad común en Jamsilaine. Su padre la nombró embajadora de la isla ante los Moradores: todos los contactos con ellos eran hechos a través de la muchacha. Pasaba tanto tiempo en el poblado de los gillies, en el extremo sur de la isla, como en su propia comunidad. La mayoría de la gente sólo toleraba su presencia, como solían hacer los Moradores; otros eran hostiles de manera franca, como a menudo eran los Moradores; pero había unos pocos que parecían casi cordiales. Sundria sentía que estaba comenzando a conocer a algunos Moradores como individuos reales, no meramente como las criaturas alienígenas indiferenciadas, ominosas, grandes y pesadas que a la mayoría de los humanos les parecía que eran.

—Ése fue mi error, y el de ellos: el hacernos demasiado íntimos. Yo presumía de esa intimidad. Recordé algunas cosas que había visto cuando era niña, cuando Thomas y yo nos deslizábamos hasta sitios a los que no deberíamos haber ido. Hice preguntas y obtuve respuestas evasivas. Respuestas atormentadoras. Decidí que tenía que volver a acercarme a hurtadillas.

Fuera lo que fuese lo que Sundria había visto en las cámaras secretas de los gillies, parecía ser incapaz de comunicarle su naturaleza a Lawler. Quizá era reservada para con él, o quizá simplemente no había visto lo bastante como para comprender nada. Se refirió vagamente a ceremonias, comuniones, rituales, misterios; pero la vaguedad de sus descripciones parecía estar centrada en sus propias percepciones, no en su falta de voluntad de compartir con él lo que sabía.

—Regresé al mismo lugar por el que me había deslizado años antes con Thomas, pero esta vez me descubrieron. Pensé que iban a matarme; en cambio me llevaron ante mi padre y le pidieron a él que me matara. Él les prometió que me ahogaría, y ellos parecieron aceptar su palabra. Salimos en el bote de pesca y yo salté por la borda; pero él había arreglado las cosas para que un bote de Simbalimak me recogiera en la parte trasera de la isla. Tuve que nadar durante tres horas para llegar hasta allí. No regresé nunca a Jamsilaine, y nunca volví a ver a mi padre ni a hablar con él.

—Así que tú también sabes algo del exilio —comentó Lawler, acariciándole una mejilla.

—Algo, sí.

—Nunca me habías dicho una palabra de esto.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué importancia tenía? Tú estabas sufriendo demasiado. ¿Te hubiera hecho sentir mejor si te hubiera contado que yo también había tenido que abandonar mi isla natal?

—Puede que sí.

—Me sorprende —dijo ella.

Dos días más tarde volvieron a la bodega, y una vez más ella habló de la vida que había dejado atrás. Vivió un año en Simbalimak; allí había tenido una relación amorosa seria, a la que había aludido una vez con anterioridad, y sus intentos de sondear los secretos de los gillies casi habían acabado de una forma tan desastrosa como en Jamsilaine. Luego había continuado su camino, saliendo del mar de Azur y dirigiéndose a Shaktan. Si había sido la presión de los gillies o el final de su compromiso amoroso lo que la había hecho abandonar la isla, era algo de lo que Lawler no estaba muy seguro, y tampoco se preocupó por preguntárselo.

De Shaktan a Velmise, de Velmise a Kentrup, y finalmente de Kentrup a Sorve; una vida inquieta y no particularmente feliz, al parecer. Siempre había una nueva pregunta después de la última respuesta. Más intentos de penetrar en los secretos de los gillies; más problemas como resultado de ello. Otras historias amorosas que habían quedado en nada. Una existencia errante, fragmentaria, de aislamiento. ¿Por qué había ido a Sorve?

—¿Y por qué no? Quería marcharme de Kentrup. Sorve era un lugar como cualquiera al que ir. Estaba cerca y tenía sitio para mí. Me hubiera quedado allí durante un tiempo y hubiera continuado viaje.

—¿Es así como esperas que sean las cosas durante el resto de tu vida? ¿Quedarte en un sitio durante un corto período de tiempo y luego marcharte a otra parte, y luego abandonar también el nuevo lugar?

—Supongo que sí —dijo ella.

—¿Qué es lo que estás buscando?

—La verdad.

Lawler esperó, sin ofrecer comentario alguno.

—Sigo creyendo que aquí ocurre algo que nosotros apenas sospechamos —continuó ella—. Los Moradores tienen una sociedad unitaria: no varía de una a otra isla. Existe un lazo entre una comunidad y otra, entre los Moradores y los buzos, los Moradores y las plataformas, los Moradores y las bocas. Incluso entre los Moradores y los peces bruja, hasta donde yo sé. Quiero saber cuál es ese lazo.

—¿Por qué te importa tanto?

—Hydros es el planeta en el que tendré que pasar toda mi vida. ¿No crees que tiene sentido que averigüe sobre él todo lo que pueda?

—¿Así que no te molesta, entonces, que Delagard nos haya secuestrado y nos esté arrastrando hacia lo desconocido de esta manera?

—No. Cuanto más vea de este planeta, más podré entenderlo.

—¿No tienes miedo de navegar hasta la Faz, entrar en aguas desconocidas?

—No —respondió ella. Luego, pasado un momento, dijo—. Bueno, sí, quizá un poco. Por supuesto que tengo miedo, pero sólo un poco.

—Si algunos de nosotros intentásemos impedir que Delagard llevase a cabo su plan, ¿te unirías a nosotros?

—No —respondió Sundria, sin vacilar.

Algunos días pasaban sin que hubiera nada de viento, y el barco yacía como un cuerpo muerto sobre el agua completamente en calma, bajo un sol hinchado que se hacía cada vez más grande. El aire de aquella zona del trópico profundo era seco y caliente, y a veces el simple respirar se convertía en una lucha.

Delagard obraba maravillas con el timón. Ordenaba que las velas fuesen giradas en este y aquel sentido, aquél y éste, con el fin de aprovechar el más ligero soplo de brisa, y de alguna manera conseguía que la nave avanzara durante la mayor parte del tiempo manteniendo el rumbo regular hacia el suroeste, adentrándose cada vez más en aquel estéril desierto de aguas. Pero había otros días, día terribles, en los que parecía que no habría nunca más un soplo de aire con el que hinchar las velas, y que permanecerían inmovilizados en el sitio hasta convertirse en esqueletos.

—Está tan inmóvil como un barco pintado —dijo Lawler— en un pintado mar.

—¿Qué es eso? —preguntó el padre Quillan.

—Un poema. Es de la Tierra, muy antiguo. Uno de mis favoritos.

—Ya has hecho una cita de ese poema con anterioridad, ¿no es cierto? Recuerdo la métrica. Era algo así como «agua, agua por todas partes...»

—«...y ni una sola gota que beber» —recitó Lawler.

El agua ya se había agotado. En el fondo de los barriles no quedaba más que sombras adheridas a la madera. Lis medía las raciones en gotas. Lawler tenía derecho a una ración extra si la necesitaba con fines médicos. Se preguntaba cómo se las arreglaría para poder administrarse su dosis diaria de tintura de alga insensibilizadora. Aquel medicamento debía tomarse altamente diluido porque, de lo contrario, resultaba peligroso; y difícilmente podía permitirse el lujo de aquella cantidad de agua para su gratificación personal. ¿Qué hacer, entonces? ¿Mezclarla con agua de mar? Podría solucionarlo, al menos durante un breve período; produciría un efecto acumulativo en sus riñones si lo hacía durante mucho tiempo, pero se podía esperar que en pocos días llegara la lluvia y tuviera oportunidad de limpiarse con agua dulce.

También existía la posibilidad de no tomar la droga. Lo intentó una mañana, sólo a título de experimento. Al mediodía sentía en la cabeza un prurito extraño. Al final de la tarde tenía en toda la piel la sensación de que lo recorría un hormiguero por dentro. Temblaba y sudaba de necesidad a la hora del crepúsculo..., pero siete gotas de extracto de alga y su agitación se disolvió en la familiar y bienvenida insensibilidad.

Pero su reserva de droga comenzaba a ser escasa. Eso le parecía un problema más grave que la escasez de agua. Después de todo, siempre había la esperanza de que lloviera al día siguiente, pero el alga insensibilizadora no parecía crecer en aquellos mares. Lawler había contado con que encontraría en Grayvard, pero el barco ni siquiera iba allí. Estimó que le quedaba suficiente para pocas semanas más. Quizá menos que eso. Antes de mucho tiempo habría desaparecido completamente. Y entonces, ¿qué? ¿Entonces, qué?

Entretanto, intentaría mezclarla con agua de mar.

Sundria le contó más cosas sobre su infancia en Jamsilaine, su turbulenta adolescencia, su posterior vagabundeo de isla en isla, sus ambiciones, sus esperanzas, sus afanes y fracasos. Permanecían durante horas sentados en la mohosa oscuridad, con sus piernas extendidas ante sí sobre las cajas, entrelazando sus manos como jóvenes amantes mientras el barco navegaba en el plácido mar tropical. Ella le formuló preguntas acerca de su vida, y le relató las pequeñas historias de su adolescencia y juventud, y su vida tranquila, regular y cuidadosamente aislada de adulto en la única isla que había conocido.

Luego, una tarde bajó a revolver entre sus cajas de reserva en busca de nuevos suministros, y oyó gemidos y jadeos de pasión que provenían de un rincón oscuro de la bodega. Era el rincón particular de ellos; era la voz de una mujer. Neyana estaba en la arboladura, Lis estaba en la cocina, Pilya estaba fuera de servicio y haraganeaba por la cubierta. La única otra mujer de a bordo era Sundria. ¿Dónde estaba Kinverson? Él era del equipo de pesca, como Pilya; también estaría fuera de servicio. Tenía que ser Kinverson quien estaba detrás de las cajas, arrancando aquellos incitantes suspiros del cuerpo anhelante de Sundria.

Así pues, fuera lo que fuese lo que había habido entre esos dos —y Lawler sabía lo que era—, no había acabado en absoluto, ni siquiera durante aquellos días de confidencias autobiográficas compartidas y de manos dulcemente entrelazadas.

Ocho gotas de alga insensibilizadora lo ayudaron a superar aquello, más o menos. Midió lo que le quedaba. No era mucho. De ninguna manera.

La comida también estaba convirtiéndose en un problema. Hacía tanto tiempo que no cobraban una pieza, que otra embestida de peces bruja comenzaba a parecer una perspectiva atrayente. Vivían de sus menguadas reservas de pescado seco y algas en polvo, como si se hallaran en lo más avanzado del invierno ártico. A veces conseguían recoger un poco de plancton, arrastrando una banda de tela detrás del barco, pero comer plancton era como comer arena, y el sabor era amargo y desagradable. Las enfermedades carenciales comenzaron a hacerse sentir. Mirara a quien mirase, veía labios partidos, cabellos opacos, erupciones en la piel, rostros flacos y macilentos.

—Esto es una locura —musitó Dag Tharp—. Tenemos que volver atrás antes de que nos muramos todos.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó Onyos Felk—. ¿Dónde está el viento? Cuando sopla en esta zona, lo hace desde el este.

—No importa —respondió Tharp—. Encontraremos la forma. Arrojemos a ese bastardo de Delagard por la borda y hagamos virar el barco en redondo. ¿Qué dices a eso, doctor?

—Digo que necesitaremos lluvia antes que nada, y que pase por aquí un buen cardumen de peces.

—¿Es que ya no estás con nosotros? Pensaba que tenías deseos de volver atrás.

—Onyos tiene mucha razón —dijo cautelosamente Lawler—. Aquí tenemos el viento en contra. Con o sin Delagard, puede que no consigamos superar todo el camino de vuelta al este.

—¿Qué estás diciendo, doctor? ¿Que tendremos que navegar alrededor de todo el mundo hasta salir al mar Natal por el otro lado?

—No te olvides de la Faz —intervino Dann Henders—. Llegaremos a la Faz antes de entrar en el otro lado del mundo.

—La Faz —repitió Tharp con voz apagada—. ¡La Faz, la Faz, la Faz! ¡Que la jodan a la Faz!

—La Faz nos joderá primero a nosotros —respondió Henders.

La brisa regresó finalmente, cambiando del noreste al este-sureste. Sopló con un sorprendente vigor helado, mientras que el mar se volvió picado y confuso, rompiendo frecuentemente contra la popa. De pronto volvieron a aparecer los peces en bullentes cardúmenes plateados, y Kinverson recogió una buena redada de ellos.

—Comed con tranquilidad —les advirtió Delagard cuando se sentaron a la mesa—. No os atiborréis o vais a reventar.

Lis se había superado a sí misma para preparar la comida, haciendo como por arte de magia una docena de salsas diferentes de lo que parecía no ser absolutamente nada. Pero continuaba sin haber agua, lo que convertía el comer en una tarea difícil. Kinverson los animó a comer pescado crudo una vez más, para aprovechar la humedad que contenía. El mojar los trozos sangrantes en agua de mar ayudaba a hacerlos más agradables al paladar, pero aumentaba el problema de la sed.

—¿Qué ocurriría si bebiéramos agua de mar, doctor? —preguntó Neyana Golghoz—. ¿Nos moriríamos? ¿Nos volveríamos locos?

—Ya estamos locos —dijo suavemente Dag Tharp.

—Podemos tolerar una cierta cantidad de agua salada —respondió Lawler, pensando en la cantidad que él mismo había consumido últimamente, aunque no pensaba decir nada de ello—. Si tuviéramos agua dulce, podríamos de hecho aumentar la reserva diluyéndola en un diez o quince por ciento de agua de mar y no nos haría mal ninguno. En realidad, nos ayudaría a reponer la sal que perdemos constantemente con el sudor en este clima cálido.

»Pero no podremos vivir durante mucho tiempo sólo con agua de mar. Nuestros cuerpos conseguirían filtrarla y convertirla en agua pura, pero nuestros riñones no conseguirían librarse de la sal amontonada en ellos sin extraer agua de otros tejidos. Nos secaríamos muy rápidamente. Fiebre, vómitos, delirio, muerte.

Dan Henders instaló una hilera de pequeños alambiques solares, extendiendo plástico transparente sobre la boca de recipientes parcialmente llenos con agua de mar. Cada recipiente tenía un corte en el interior, cuidadosamente emplazado para recoger las gotas de agua dulce que se condensaban en la cara inferior del plástico; pero era un sistema tortuoso. Parecía imposible producir agua potable suficiente como para cubrir las necesidades de todos.

—Y si no llueve pronto, ¿qué va a pasar? —preguntó Pilya Braun—. ¿Qué vamos a hacer?

Lawler hizo un gesto en dirección al padre Quillan.

—Podemos intentarlo con los rezos —respondió.

A la noche siguiente, cuando el calor se les pegaba al cuerpo como un guante ajustado y el barco estaba perfectamente inmóvil sobre las aguas, al dirigirse a su camarote para meterse en la cama, Lawler oyó a Henders y Tharp susurrando en la cabina de radio. En el rasposo sonido de sus voces había algo irritantemente abrasivo. Cuando Lawler se detuvo por un instante en el pasillo, Onyos Felk descendió por la escalerilla y lo saludó con un breve movimiento de cabeza; luego Felk entró en la cabina de radio. Lawler, al detenerse ante la puerta de su camarote, oyó que Felk decía:

—El doctor está aquí fuera. ¿Le digo que entre?

Lawler no pudo oír la respuesta, pero tuvo que ser afirmativa, porque Felk volvió a salir y lo llamó con un gesto.

—¿Podrías entrar aquí un momento, doctor? —le preguntó.

—Es tarde, Onyos. ¿De qué se trata?

—Será sólo un minuto.

Tharp y Henders estaban sentados casi rodilla con rodilla en la diminuta cabina de radio; una vela goteante arrojaba una sombría luz entre ellos. Sobre la mesa había una botella de brandy de bayas marinas y dos vasos. Según recordaba Lawler, Tharp no era un bebedor habitual.

—¿Un poco de brandy, doctor? —preguntó Henders.

—Creo que no, gracias.

—¿Todo va bien?

—Estoy cansado —dijo Lawler, con poca paciencia—. ¿Qué ocurre, Dann?

—Hemos estado hablando de Delagard, discutiendo sobre el jodido lío de este viaje al que él nos ha arrastrado. ¿Qué piensas de él, doctor?

—¿De Delagard? —Lawler se encogió de hombros—. Ya sabes lo que pienso de él.

—Todos nosotros sabemos lo que pensamos todos; nos conocemos desde hace mucho tiempo. Pero dínos lo que piensas, de todas formas.

—Es un hombre de mucha determinación. Testarudo, fuerte, sin ningún escrúpulo. Totalmente seguro de sí mismo.

—¿Es un loco?

—Eso no puedo decirlo.

—Apuesto a que sí podrías —intervino Dag Tharp—. Tú piensas que está fuera de sus jodidos cabales.

—Es muy posible, pero también puede que no lo esté. No estoy en posición de saber lo que le va por la cabeza. Podría muy bien estar loco, pero yo me atrevería a apostar a que puede exponerte razones de perfecta apariencia racional para lo que está haciendo. Este asunto de la Faz de las Aguas puede que sea algo perfectamente sensato para él, claro.

—No trates de parecer tan inocente, doctor —dijo Felk—. Todos los lunáticos creen que sus locuras son perfectamente sensatas. No existe ni un solo hombre en toda la galaxia que haya creído jamás que estaba loco.

—¿Admiras a Delagard? —le preguntó Henders a Lawler.

—No particularmente —se encogió de hombros—. Posee algunos rasgos fuertes, que uno no puede menos que admirar. Es un hombre con visión, aunque no necesariamente creo que sus visiones sean muy admirables.

—¿Te gusta?

—No. En lo más mínimo.

—Al menos en eso eres honrado.

—Oye, ¿hay algún motivo para todo esto? —preguntó Lawler—. Porque, si simplemente estáis divirtiándoos ante una botella de brandy mientras os decís el uno al otro qué miserable bastardo es Delagard, preferiría irme a la cama, ¿de acuerdo?

—Sólo estamos intentando averiguar de qué lado estás, doctor —dijo Dann Henders—. Dinos, ¿quieres que el viaje continúe como hasta ahora?

—No.

—Bien, ¿y qué estás dispuesto a hacer para cambiar las cosas?

—¿Es que hay algo que podamos hacer?

—Te he hecho una pregunta; no esperaba que me respondieras con otra.

—Estáis planeando un motín, ¿verdad?

—¿He dicho yo eso? No recuerdo haberlo dicho, doctor.

—Un sordo podría haberte oído decirlo.

—Un motín —dijo Henders—. Bien, entonces, ¿qué ocurriría si algunos de nosotros intentaran jugar un papel activo en la decisión de qué camino debe seguir el barco? ¿Qué dirías tú si eso ocurriera? ¿Qué harías?

—Es una idea malísima, Dann.

—¿Lo crees así, doctor?

—Hubo un momento en el que yo estaba tan ansioso como vosotros por conseguir que Delagard hiciera volver el barco. Dag lo sabe; hablé con él al respecto. «Tenemos que detener a Delagard», le dije. ¿Lo recuerdas, Dag? Pero eso fue antes de que la Ola nos trajera en volandas hasta aquí. Desde entonces he tenido mucho tiempo para pensar en el asunto, y he cambiado de opinión.

—¿Porqué?

—Por tres razones. Una es que éste es el barco de Delagard, para bien o mal, y no me gusta mucho la idea de quitárselo. Es una cuestión moral, podría decirse. Podrías justificarlo sobre la base de que está arriesgando nuestras vidas sin nuestro consentimiento, supongo; pero incluso así, no creo que sea una idea inteligente. Delagard es muy taimado. Demasiado peligroso. Demasiado fuerte. Está constantemente en guardia. Y muchos de los otros que están a bordo le son leales o le tienen miedo, lo cual viene a ser lo mismo a nivel práctico. Ellos no nos ayudarían; lo más probable es que lo ayudarían a él. Intenta hacerle alguna jugada rara y lo más probable es que acabes lamentándolo.

La expresión de Henders era glacial.

—Dijiste que tenías tres razones. Nos has dado dos.

—La tercera es el asunto del que Onyos hablaba el otro día —dijo Lawler—. Incluso en el caso de que nos apoderáramos del barco, ¿cómo harías que nos llevara de vuelta al mar Natal? Seamos realistas: no hay viento, y nos estamos quedando sin comida y sin agua a una velocidad mayor de la que quiero pensar. A menos que podamos captar un viento oeste, lo mejor que podemos hacer en este momento es continuar hacia la Faz con la esperanza de poder aprovisionarnos cuando llegemos allí.

Henders le dirigió al cartógrafo una mirada interrogativa.

—¿Sigues pensando de la misma forma, Onyos ?

—Estamos bastante adentrados ya, es cierto; y actualmente parece que estamos en calma la mayor parte del tiempo. Así que supongo que no tenemos realmente más alternativa que la de continuar nuestro rumbo actual.

—¿Es ésa tu opinión? —preguntó Henders.

—Supongo que sí —respondió Felk.

—¿Continuar siguiendo a un lunático que nos lleva hacia un sitio del que no sabemos absolutamente nada? ¿Un sitio que muy probablemente está lleno de toda clase de peligros que no podemos imaginar?

—A mí no me gusta eso más que a ti; pero, como dice el doctor, es necesario ser realista. Por supuesto, si cambiara el viento...

—Exacto, Onyos. O si bajaran ángeles de los cielos y nos trajeran un poco de agua fresca...

En la pequeña cabina atestada se hizo un largo y espinoso silencio. Al final, Henders levantó la vista.

—Muy bien, doctor. No estamos logrando nada, y no quiero ocuparte más tiempo. Queríamos invitarte a tomar una copa entre amigos, pero me doy cuenta de que estás muy cansado. Buenas noches, doctor. Que duermas bien.

—¿Vas a intentarlo, Dann?

—No veo que eso te importe ni en un sentido ni en otro, doctor.

—Muy bien —dijo Lawler—. Buenas noches.

—Onyos, ¿te importaría quedarte conmigo un rato más? —preguntó Henders.

—Como tú quieras, Dann —respondió Felk; parecía dispuesto a dejarse convencer.

Son un hato de estúpidos, pensó Lawler mientras se dirigía a su camarote. Estaban jugando a los motines, pero dudaba mucho que de todo aquello saliera algo concreto. Felk y Tharp eran cobardes, y Henders no podía enfrentarse solo con Delagard. Al final no harían nada y el barco continuaría su rumbo hacia la Faz. Ése parecía el resultado más probable de todos aquellos planes y esquemas.

En algún momento de la noche, Lawler oyó ruidos que provenían de arriba, gritos, golpes muy fuertes, el sonido de pies que corrían por la cubierta. Le llegó un alarido iracundo amortiguado por las tablas de la cubierta que estaban encima de él, pero que, sin embargo, era un claro grito de furia, y supo que se había equivocado. Lo estaban haciendo, a pesar de todo. Se sentó, parpadeando. Sin tomarse la molestia de vestirse, se levantó, recorrió el pasillo y subió la escalerilla.

Ya casi estaba amaneciendo. El cielo era de un color negro grisáceo; la Cruz estaba baja sobre el horizonte, suspendida de aquella forma extrañamente torcida característica de las latitudes en las que se hallaban. En la cubierta se estaba desarrollando un extraño drama, cerca de la escotilla delantera. ¿O se trataba de una farsa?

Dos figuras frenéticas se perseguían en torno a la escotilla abierta, chillando y gesticulando mientras corrían. Pasado un momento, Lawler consiguió enfocar los ojos borrosos por el sueño y vio que se trataba de Henders y Delagard. Henders era el perseguidor y Delagard el que huía.

Henders usaba uno de los arpones de Kinverson a modo de lanza. Mientras perseguía a Delagard en torno al perímetro de la escotilla, pinchaba el aire con el arma una y otra vez, con la clara intención de clavarla en la espalda del dueño del barco. Ya le había asestado al menos una estocada: Delagard tenía la camisa rasgada, y Lawler vio que una línea de sangre atravesaba la tela cerca del hombro derecho, como una hebra roja cosida en la trama. Se ensanchaba a cada minuto que pasaba.

Pero Henders lo estaba haciendo todo él solo. Dag Tharp estaba cerca de la barandilla, con los ojos fuera de las órbitas y tan inmóvil como una estatua. Onyos Felk estaba cerca de él. En la arboladura se hallaban Leo Martello y Pilya Braun, también congelados y con expresión de asombro y horror en sus rostros.

—¡Dag! —gritó Henders—. Por el amor de Dios, Dag, ¿dónde estás? Échame una mano con él, ¿quieres?

—Estoy aquí... aquí... —susurró el operador de radio con un tono bajo y ronco, que apenas podía ser oído a cinco metros de distancia. Permaneció donde estaba.

—Por el amor de Dios —repitió Henders, asqueado.

Blandió un puño en dirección a Tharp y saltó salvajemente hacia Delagard en un frenético intento de asestarle una estocada. Pero Delagard consiguió, aunque por muy poco, esquivar la afilada punta del arpón. Miró por encima de su hombro, maldiciendo. La cara le brillaba de sudor; tenía los ojos llameantes y brillantes de furia.

Al pasar cerca del trinquete en aquella frenética lucha circular, Delagard levantó la vista y le gritó con tono de urgencia a Pilya, que estaba en la verga por encima de él:

—¡Ayúdame! ¡Rápido! ¡Tu cuchillo!

Rápidamente, Pilya se quitó el afilado cuchillo de hueso que llevaba siempre en torno a la cintura y se lo arrojó a Delagard, con funda y todo, cuando éste pasó por debajo. El lo cogió al vuelo con un violento golpe de mano, sacó el cuchillo y lo empuñó con todas sus fuerzas. Entonces se volvió en redondo y caminó a zancadas directamente hacia el asombrado Henders, que corría tras él a paso demasiado vivo como para detenerse. Henders chocó de lleno con él. Delagard apartó el largo arpón con un movimiento fuerte y brusco del antebrazo y se metió por debajo de él, mientras subía el otro brazo y hundía la hoja hasta la empuñadura en la garganta de Henders.

Henders gruñó y levantó los brazos. Parecía asombrado. El arpón salió despedido hacia un lado. Delagard, abrazando ahora a Henders como si fueran amantes, apoyó firmemente su otra mano sobre la nuca del ingeniero y con horrible ternura lo mantuvo erguido contra sí con la hoja del cuchillo firmemente clavada.

Los ojos de Henders, desmesuradamente abiertos y fuera de las órbitas, brillaban como lunas llenas en el cielo gris del alba. Dejó escapar un sonido gorgoteante y escu-

pió un oscuro chorro de sangre. La lengua le asomó por la boca, hinchada y cubierta de venas. Delagard lo mantenía erguido y apretaba fuertemente.

Lawler encontró finalmente su voz.

—Nid... Dios mío, Nid, qué has hecho...

—¿Quieres ser el siguiente, doctor? —preguntó tranquilamente Delagard.

Retiró la hoja, imprimiéndole un giro salvaje al sacarla, y retrocedió un paso. El rostro de Henders se había vuelto negro. De la herida manó un torrente de sangre. Dio un paso tembloroso, y otro más, como un sonámbulo; en sus ojos aún brillaba la expresión de asombro. Luego se tambaleó y se desplomó. Lawler sabía que estaba muerto antes de tocar la cubierta.

Pilya bajó de la arboladura. Delagard le arrojó el cuchillo, que cayó a los pies de la muchacha.

—Gracias —dijo despreocupadamente—. Te debo una.

Delagard recogió el cuerpo muerto de Henders, pasando un brazo por debajo de sus hombros y el otro por debajo de las piernas, caminó rápidamente hasta la barandilla, levantó el cuerpo por encima de su cabeza como si no pesara nada y lo arrojó por la borda. Tharp no se había movido durante todo aquel tiempo. Delagard se acercó a él y lo abofeteó con la fuerza suficiente como para arrancarle el rostro.

—Eres un cobarde hijo de puta, Dag —le dijo Delagard—. No has tenido ni siquiera las agallas suficientes como para continuar con tu propio complot. Debería arrojarte también a ti por la borda, pero no vale la pena que me tome ese trabajo.

—Nid... por el amor de Dios, Nid...

—Cierra la boca. Quítate de mi vista —Delagard se volvió en redondo y miró a Felk con ferocidad—. ¿Y tú qué, Onyos? ¿Eres también parte de esto?

—¡Yo no, Nid! ¡Yo sería incapaz! ¡Tú lo sabes!

—¡Yo no, Nid! —lo imitó salvajemente Delagard—. ¡Chupapollas! Hubieras tomado parte si hubieras tenido las agallas. Cobarde desde el principio. ¿Y tú qué, Lawler? ¿Vas a coserme, o también eres parte de esta jodida conspiración? Ni siquiera estabas aquí. ¿Qué hiciste, quedarte dormido en el día de tu motín?

—Yo no formaba parte de esto —dijo Lawler con calma—. Era una idea estúpida y eso fue lo que les dije.

—¿Tú lo sabías y no me avisaste?

—Así es, Nid.

—Si no eres parte del motín, tu obligación es notificarle al capitán lo que está ocurriendo. Es la ley del mar. Tú no lo hiciste.

—Así es, Nid —repitió Lawler—. No lo hice.

Delagard lo meditó durante un momento. Luego se encogió de hombros y asintió.

—Muy bien, doctor. Creo que te comprendo —miró a su alrededor—. Que alguien limpie la cubierta; odio los barcos sucios —le hizo un gesto a Felk, que parecía aturrido—. Onyos, coge el timón, ya que parece estar despierto. Yo tengo que hacerme curar este corte. Vamos, doctor; creo que puedo confiar en ti para que me cosas la herida.

A mediodía se levantó viento de un momento para otro, como si la muerte de Henders hubiese sido un sacrificio a los dioses que regían Hydros. En la vasta quietud de la larga calma aparecieron abruptamente los profundos rugidos de las ráfagas. Habían viajado a través de una larga distancia —desde el polo, en realidad—; un fuerte soplo del sur, frío y seco.

El mar se picó. El barco, inmóvil durante tanto tiempo, cayó en el seno de una ola, se inclinó hacia atrás y volvió a caer en el de otra. Luego el cielo se oscureció de una forma tan repentina que era casi alarmante. El viento traía lluvia.

—¡Cubos! —aulló Delagard—. ¡Barriles!

Nadie necesitaba que se lo pidieran. La guardia que estaba descansando se despertó al instante y el barco se llenó de manos activas. Todo aquello que podía recoger agua fue sacado a cubierta, no simplemente los habituales barriles, jarras y potes, sino además telas y mantas, cualquier cosa que fuese absorbente y pudiera ser exprimida después de la tormenta. Habían pasado semanas desde la última precipitación; podían pasar semanas hasta la siguiente.

La lluvia fue una distracción que suavizó el horror producido por el abortado motín de Henders y su violenta muerte. Lawler agradeció aquello. Desnudo en la lluvia fresca, corría de un lado a otro como todos los demás, para vaciar los recipientes más pequeños en los contenedores de almacenamiento. La escena de pesadilla de la cubierta lo había afectado de una forma completamente inesperada, despojándolo de algunas de las capas de sus duramente adquiridas defensas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez en la que se había sentido tan inocente e inexperto como ahora. Los vómitos de sangre, la carne desgarrada, incluso la muerte repentina eran para él cosas de cada día, parte de la rutina profesional. Estaba acostumbrado a todo eso; lo miraba con cierta indiferencia. Pero ¿matar a alguien?

Nunca antes había visto un asesinato. Nunca había imaginado siquiera la posibilidad de que ocurriera. A pesar de todo el envalentonado parloteo de Dag Tharp durante las últimas dos semanas, acerca de tirar a Delagard por la borda, Lawler no podía creer que un hombre sería realmente capaz de quitarle la vida a otro. No cabía duda de que Delagard había matado a Henders en defensa propia; pero lo había hecho fría, flemática y despiadadamente. Lawler se sentía humillantemente ingenuo al enfrentarse con aquella desagradable realidad. El inteligente y viejo doctor Lawler, el hombre que lo había visto todo, ¿temblando hasta las suelas de los zapatos por un poco de violencia arcaica? Era absurdo, y sin embargo real. Le había causado un intenso impacto. Había sido un espectáculo demoledor.

Arcaico era la palabra adecuada para aquello. La eficacia e indiferencia con que Delagard se había librado de su perseguidor era medieval, si no propiamente prehistórica: una mano se había levantado desde el pasado en sombras, un oscuro acto del primitivo amanecer de la Humanidad había vuelto a representarse en la cubierta del *Reina de Hydros* aquella mañana. Difícilmente Lawler se hubiera sorprendido más si la Tierra misma hubiese aparecido suspendida en el cielo, colgando justo encima de los mástiles y chorreando sangre de todos sus continentes hormigueantes de vida. Más aún cuando habían pasado todos aquellos siglos de civilización. Más aún cuando todos tenían el firme convencimiento de que todas esas pasiones antiguas se habían extinguido por completo, que la especie había evolucionado y se había alejado de ese tipo de violencia cruda y sanguinaria.

La tormenta de lluvia fue una distracción bien recibida, sí, además de una fuente de agua muy necesaria. Lavó la cubierta de las manchas del pecado. Lo que había ocurrido aquel día era algo que Lawler prefería olvidar tan rápidamente como pudiera.

4

Por la noche lo visitaron sueños turbadores, sueños que no estaban llenos de asesinatos sino de poderosas pasiones eróticas.

Las siluetas en sombras de unas mujeres bailaban en su torno mientras dormía: mujeres sin rostro, meros cuerpos que hacían cabriolas, receptáculos genéricos del deseo. Podrían haber sido cualquiera: anónimas, misteriosas, pura esencia femenina sin identidad específica, sólo tabletas en blanco, nada más; una procesión de pechos que se balanceaban, caderas anchas, culos rellenos, triángulos púbicos densos. A veces le parecía que la danza estaba compuesta por pechos solos, sin cuerpo, o por una sucesión interminable de muslos que se separaban, o por labios húmedos y brillantes. O por dedos que se contoneaban, o lenguas que salían y entraban rítmicamente.

Se agitaba inquieto; se elevaba a veces hacia la vigilia pero siempre volvía a caer en el sueño, que le traía nuevas agitaciones de sensualidad fervorosa. Su cama estaba rodeada por nubes de mujeres de ojos entrecerrados y mirada lasciva, fosas nasales dilatadas y cuerpos desnudos. Ahora los cuerpos tenían rostros, los rostros de las mujeres de Sorve a quienes había conocido y amado y casi olvidado. Una legión de ellas. Todas las aventuras de su atareada juventud volvían a la vida y lo rodeaban: rostros aún no formados de las adolescentes, rostros impúdicos de mujeres mayores que coqueteaban con un cuerpo que tenía la mitad de su propia edad, rostros tensos de mirada aguda, propios de mujeres poseídas por un amor que sabían fútil. Una por una pasearon al alcance de su mano, le dejaron que las tocara, le permitieron estrecharlas y luego se desvanecieron en humo para ser reemplazadas casi inmediatamente por otra. Sundria... Anya Braun... Boda Thalheim, cuando aún no era la hermana Boda... Mariam Sawtelle... Mireyl... Sundria nuevamente... Meela... Moira... Sundria... Sundria... Anya... Mireyl... Sundria...

Lawler experimentó todo el tormento que puede provocar el deseo sin esperanza de alivio. Tenía el pene enhiesto, dolorido, duro como un palo. Los testículos le pesaban como si fueran de hierro. Un cálido olor femenino a almizcle, enloquecedor e irritante, le cubría la nariz y la boca como una sofocante manta, lo ahogaba, se le deslizaba profundamente por la garganta y le llenaba los pulmones hasta producirle una sensación de quemazón.

Y bajo aquellas imágenes, bajo aquellas fantasías, bajo la dolorosa sensación de angustia y frustración, había algo más: una extraña vibración, quizá un sonido o quizá no, pero en todo caso un rayo de estímulo sensorial que se ensanchaba constantemente y penetraba por los órganos genitales hasta su cráneo. Podía sentir que le entraba como una lanza de hielo justo por debajo de los testículos y le subía por los cálidos meandros de las entrañas, le atravesaba el diafragma, el corazón, le hendía la garganta y se le clavaba en el cerebro. Estaba empalado en él y giraba lentamente como un pescado en un espetón; y, a medida que él giraba, la intensidad de la sensación erótica crecía y crecía,

hasta que le pareció que no existía nada más en el Universo que la necesidad de encontrar una compañera y copular con ella de inmediato.

Se levantó de su estrecha litera sin estar seguro de si había despertado o continuaba soñando, y salió al pasillo. Subió la escalerilla, atravesó la escotilla y pisó la cubierta. La noche era suave y sin luna. La Cruz se arrastraba por la parte baja del cielo como una sarta de piedras preciosas que alguien hubiese arrojado descuidadamente. El mar estaba en calma; unas rizadas olas pequeñas y redondas brillaban a la luz de las estrellas. Había una brisa suave; las velas estaban izadas y llenas.

Por la cubierta se movían algunas figuras: sonámbulos, soñadores. Para Lawler eran tan fantasmagóricas y vagas como las siluetas de sus sueños. Sabía que los conocía, pero eso era todo. En aquel momento no tenían nombres. No tenían identidad. Vio a un hombre bajo y grueso, otro huesudo y anguloso, y a otro demacrado, con pliegues en la garganta. Sin embargo, no eran hombres lo que él buscaba. Más abajo, a popa, había una mujer alta, esbelta y de cabello oscuro. Se dirigió hacia ella. Pero antes de que pudiera llegar hasta donde estaba, apareció otro hombre, un hombre alto y fornido de grandes ojos relumbrantes que se deslizó de entre las sombras y la cogió por una muñeca. Ambos se hundieron juntos en la cubierta.

Lawler se volvió. En el barco había otras mujeres. Encontraría una. Tenía que hacerlo.

El palpitante dolor que sentía entre las piernas era insoportable. Aquella extraña vibración lo tenía aún empalado, le atravesaba todo el torso, le pasaba por la garganta y se le clavaba en el cráneo. Tenía, como aun podía sentir, la fuerza abrasadora y fría y el filo de cuchillo de un carámbano.

Lawler pasó junto a una pareja que se revolcaba por la cubierta: un hombre canoso y mayor con un cuerpo compacto y sólido, y una mujer fornida y alta, de piel oscura y cabellos dorados. Lawler pensó vagamente que quizá en alguna época los había conocido; pero al igual que antes, no recordó nombre alguno. Más allá de ellos pasó rápidamente un hombre pequeño de ojos brillantes, solo; y luego había otra pareja entrelazada en un estrecho abrazo, un hombre grande y musculoso y una mujer esbelta, joven y vigorosa.

—¡Oye! —le llegó una voz desde las sombras—. ¡Aquí!

Ella estaba tumbada bajo el puente y lo llamaba. Era una mujer robusta y de cuerpo ancho, con un rostro de facciones chatas y cabello anaranjado, y tenía la piel de los pechos y la cara salpicada de pecas rojizas. Estaba brillante de sudor y jadeaba. Lawler se arrodilló a su lado y ella lo atrajo hacia sí y lo aprisionó entre los muslos.

—¡Dámelo a mí! ¡Dámelo a mí!

Se deslizó fácilmente dentro de ella. Estaba tibia, lubricada y suave. Sus brazos lo envolvieron y lo aplastaron contra los voluminosos pechos. Las caderas de él se movían con embestidas desesperadas. Fue algo rápido, violento, feroz, un irresistible momento de celo. Casi al mismo tiempo en que comenzó a moverse, Lawler sintió que las paredes de aquel húmedo pasadizo caliente se estremecían y lo apretaban con fuertes espasmos regulares. Podía sentir los impulsos de placer que corrían por los canales nerviosos de ella. Aquello lo confundió, el hecho de estar sintiendo lo que ella sentía. Un instante después llegó la respuesta líquida de él, y también la sintió de forma doble; no sólo su sensación, sino la que ella experimentaba al recibir su flujo de semen. También

aquello era muy extraño. Le resultaba difícil saber dónde acababa su conciencia y comenzaba la de ella.

El rodó a un lado. Ella tendió las manos e intentó hacerlo volver, pero no, no, él ya se había ido. Ahora quería otra compañera. Aquel único momento palpitante no había sido suficiente para aliviarlo de la necesidad que lo impulsaba. Era posible que nada lo consiguiese. Pero quizá ahora podría encontrar a aquella alta y esbelta, o incluso a aquella joven robusta y flexible de piel lustrosa que parecía rebosar de energía. O quizá a la alta de piel morena y cabellos dorados. No importaba cuál fuese. Su deseo era insaciable, inextinguible.

Allí estaba la mujer esbelta, nuevamente sola. Lawler se dirigió hacia ella. ¡Demasiado tarde! El hombre velludo, de cuerpo grueso y pechos carnosos del tamaño de los de una mujer, la cogió y reclamó primero. Se alejaron hacia la oscuridad.

Bueno, entonces la alta... O la joven...

—¡Lawler! —dijo una voz de hombre.

—¿Quién es?

—¡Quillan! ¡Aquí! ¡Aquí!

Se trataba de un hombre anguloso, un hombre que parecía no tener carne. Salió de detrás del sitio en que se hallaba el hidroplano y lo sujetó por un brazo. Lawler se lo quitó de encima.

—No, usted no... No es un hombre lo que busco...

—Tampoco yo. Ni siquiera busco una mujer. ¡Por Dios, Lawler! ¿Es que se han vuelto todos locos?

—¿Qué?

—Quédese aquí conmigo y observe lo que está ocurriendo. Mire esa orgía de lunáticos.

Lawler sacudió confusamente la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué orgía?

—¿No ve a Sundria Thane y Delagard en aquel rincón? ¿Kinerson y Pilya, allá? Y mire, mire, allí está Neyana, gimiendo como una loca. Usted acaba de terminar con ella ahora mismo, ¿no es cierto? Y ya quiere usted más... Nunca he visto algo semejante.

Lawler se agarró los genitales.

—Siento... dolor... aquí...

—Lo que nos está haciendo esto es algo que proviene del mar. Nos afecta al cerebro. También yo lo siento, pero soy capaz de controlarme. Mientras que usted... todo el grupo de enloquecidos...

Lawler encontraba difícil el comprender lo que le estaba diciendo el hombre huesudo. Comenzó a alejarse. Acababa de ver a la mujer alta y de cabellos dorados vagando por el puente en busca de otro compañero.

—¡Lawler, vuelva!

—Espere... después... podemos hablar después...

Mientras se dirigía hacia la mujer, pasó por su lado una figura masculina, esbelta, que gritaba:

—¡Padre, señor! ¡Doctor, señor! ¡Lo veo! ¡Por aquí, por este lado!

—¿Qué es lo que ve, Gharkid? —preguntó el hombre anguloso llamado Quillan.

—Una lapa enorme, padre, señor. Está pegada al casco. Tiene que estar desprendiendo algún químico... alguna droga...

—¡Lawler! ¡Venga usted a ver lo que ha encontrado Gharkid!

—Más tarde... más tarde...

Pero eran despiadados. Caminaron hasta él y lo cogieron por los brazos, arrastrándolo hasta la barandilla. Lawler miró por encima de la borda. Allí las sensaciones eran mucho más intensas que en ninguna otra parte del barco: sintió un golpeteo rítmico y profundo a todo lo largo de la columna vertebral, un latir aturdidor en los órganos genitales. Los cojones le tañían como campanas. Su pene, rígido, se estremeció y dio un tirón hacia arriba, apuntando a las estrellas.

Luchó para aclararse los sesos. Apenas podía comprender lo que estaba ocurriendo: una cosa invadía el barco y enloquecía de lujuria a todos los tripulantes. Los nombres regresaron poco a poco a su mente y los reunió con rostros y cuerpos. Quillan, Gharkid, los que resistían aquella fuerza. Y aquellos que no lo habían hecho: él y Neyana, Sundria y Martello, Sundria y Delagard, Kinverson y Pilya, Felk y Lis. Los que estaban trabados en un interminable cambio de parejas, una danza febril de pollas y coños.

¿Dónde estaba Lis? Deseaba a Lis. Nunca la había deseado antes. Tampoco había deseado nunca antes a Neyana, pero ahora sí. Ahora Lis, sí. Y luego Pilya, finalmente. Darle lo que había estado persiguiendo durante todo aquel viaje. Y Sundria después. Apartarla del repulsivo Delagard. Sundria, sí, y luego otra vez Neyana, y Lis, y Pilya... Sundria, Neyana, Pilya, Lis... follar hasta el amanecer... follar hasta el mediodía... follar hasta el final de los tiempos...

—Voy a matarla —dijo Quillan—. Páseme ese arpón, Natim.

—¿No siente usted esto? —preguntó Lawler—. ¿Es inmune?

—Por supuesto que no soy inmune —le respondió el sacerdote.

—Así que sus votos...

—No son los votos los que me contienen; es simplemente el miedo, Lawler —se dirigió a Gharkid—. El arpón debería ser suficiente para alcanzarla. Cuélgume de mis piernas para que no caiga por la borda.

—Déjeme hacerlo a mí —dijo Lawler—. Mis brazos son más largos que los suyos.

—Quédese donde está.

El sacerdote se echó sobre la barandilla y culebreó hacia abajo por el lado exterior del casco. Gharkid lo tenía sujeto por las piernas. Lawler sostenía a Gharkid. Al mirar hacia abajo, vio algo que tenía el aspecto de una placa de color amarillo brillante, de un metro de diámetro, pegada al casco justo por encima de la línea de flotación. Era plana y circular, con una pequeña cúpula arrugada en el centro. Quillan bajó todo lo que pudo y le asestó varias estocadas. Un diminuto chorro de fluido azul manó como una débil fuente del lomo de la criatura. Otra estocada. La criatura se estremeció convulsivamente.

Lawler sintió que el dolor que sentía en los genitales comenzaba a ceder.

—¡Sujéteme con más fuerza! —gritó Quillan—. ¡Comienzo a resbalar!

—¡No, padre, señor! ¡No!

Lawler aferró con las manos los tobillos invertidos de Quillan. Sintió que el cuerpo del sacerdote se tensaba al inclinarse hacia fuera del barco, tender el brazo hacia abajo y clavar el arpón con una estocada fuerte y seca. La cosa que estaba pegada al casco se encrespó enloquecida por todo el carnosos perímetro. Su color se oscureció hasta un verde profundo, luego a un negro mórbido; en su carne suave aparecieron de pronto aristas contorsionadas; se soltó y cayó al mar, y fue tragada por la estela del barco.

Casi de inmediato, Lawler sintió que su mente se sacudía los últimos jirones de niebla.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué era eso?

—Gharkid lo llamó lapa —dijo Quillan, de nuevo en cubierta—. Se pegó al barco y nos estaba drogando a todos con sus feromonas —el sacerdote temblaba como si acabara de abandonarlo una tensión insoportable—. Algunos fuimos capaces de luchar contra ello; otros no.

Lawler miró hacia el puente. Por todas partes se veía gente desnuda que vagaba lentamente, aturdida, como si acabara de despertarse. Leo Martello estaba de pie junto a Neyana, y la miraba como si no la hubiera visto nunca en su vida. Kinerson estaba con Lis Niklaus. Los ojos de Lawler se encontraron con los de Sundria. Ella parecía pasmada. Se pasaba la mano de través sobre el plano vientre desnudo con un angustiado movimiento de frotación, como si estuviera intentando borrar las improntas de la carne de Delagard sobre la propia.

La lapa fue un heraldo. En aquellas latitudes del sur, el mar Vacío comenzaba a estar menos vacío. Apareció una nueva variedad de drakkens, una especie meridional. Eran muy parecidos a los del norte, pero de mayor tamaño y mirada más sagaz, con un aire jovialmente calculador. En lugar de nadar en manadas de muchos cientos, estos drakkens viajaban en grupos de sólo unas pocas docenas, y cuando sus cabezas asomaban fuera del agua, lo hacían con una amplia separación entre sí, como si cada miembro del grupo exigiera y recibiese un generoso espacio territorial por parte de sus compañeros. Acompañaron al barco durante horas, marchando incansablemente a su lado con las narices levantadas al aire. Sus brillantes ojos encarnados no se cerraban nunca. Era muy fácil creer que estaban esperando a que oscureciera para tener la oportunidad de subir a bordo. Delagard ordenó que el turno siguiente comenzara temprano y patrullara la cubierta armado con arpones.

A la hora del crepúsculo los drakkens se sumergieron; desaparecieron todos a un tiempo de esa forma simultánea y repentina característica de los de su especie, como si hubieran sido engullidos de un solo bocado por algún enorme vacío que estaba debajo. Pero Delagard no quedó convencido de que se hubiesen marchado y mantuvo patrullada la cubierta durante toda la noche. Sin embargo no hubo ataque, y por la mañana no se veía ni rastro de los drakkens.

Luego, cuando comenzó a caer la noche de aquel mismo día, una enorme masa amorfa y blanda de alguna sustancia viscosa y amarillenta pasó a la deriva por el lado de sotavento. Continuaba y continuaba, extendiéndose en cientos de metros, quizá más.

Casi podría haber sido una isla de extraña naturaleza, por lo grande que era; una colosal isla blanda, una isla totalmente hecha de mucosidades, una gigantesca aglomeración de moco. Cuando se acercaron más advirtieron que aquella cosa enorme, fruncida y arrugada, estaba viva, al menos parcialmente. Su superficie de color amarillento pálido se estremecía ligeramente con movimientos espasmódicos, y de ella se elevaban pequeñas proyecciones redondeadas que casi inmediatamente volvían a hundirse en la masa central.

Dag Tharp adoptó una pose cómica.

—¡Aquí está, damas y caballeros! ¡La Faz de la Aguas, al fin!

Kinverson se echó a reír.

—A mí me parece más bien el otro extremo.

—Mirad allí —dijo Leo Martello—. De la masa se levantan pequeños puntos de luz que revolotean por el aire. ¡Qué hermosos son!

—Como las luciérnagas —comentó Quillan.

—¿Luciérnagas?

—Existen en Alborada. Son insectos que poseen órganos luminosos. ¿Sabe lo que son los insectos? Artrópodos terrestres de seis patas, muy comunes en la mayor parte de los mundos. Las luciérnagas son unos insectos que salen a la hora del crepúsculo y hacen parpadear sus luces. Son muy bonitas, muy románticas. El efecto es muy parecido a éste.

Lawler observó. Era un hermoso espectáculo, sí: de aquella enorme masa hinchada que flotaba a la deriva se desprendían diminutos fragmentos, que se elevaban sostenidos por la suave brisa, brillaban mientras subían por el aire y producían rápidos destellos de luz amarilla como pequeños solcillos voladores. El aire estaba lleno de ellos, docenas, cientos. Se deslizaban en el viento, subían, caían, volvían a elevarse. Se encendían y apagaban, se encendían y apagaban: parpadeaban, parpadeaban, parpadeaban.

En Hydros, la belleza era casi siempre motivo de sospechas. Lawler sentía una creciente inquietud al ver danzar a aquella especie de luciérnagas.

Entonces, Lis Niklaus gritó:

—¡La vela está en llamas!

Lawler levantó la vista. Algunas de las luciérnagas habían llegado flotando hasta el barco, y dondequiera que entraban en contacto con una de las velas, se adherían a ella y destellaban de forma regular, con lo que encendían la tela de bambú marino apretadamente entretejida. En una docena de sitios se elevaban pequeñas columnas de humo; podían verse los destellos rojizos de las hebras que se quemaban. El barco estaba siendo atacado.

Delagard gritó órdenes para cambiar de rumbo; el *Reina* se apartó tan rápidamente como pudo del enemigo que tenía a su lado. Todos los que no eran necesarios para hacer girar las velas fueron enviados arriba para defenderlas. Lawler andaba por la arboladura junto con los demás, golpeando a las pequeñas chispas a medida que se acercaban hacia las velas, arrancando a las que ya habían conseguido adherirse a ellas. El calor era poco, pero persistente: la constante calidez que desprendían mientras estaban pegadas a la tela era lo que provocaba la ignición. Lawler vio zonas chamuscadas de las que habían sido arrancadas a tiempo, otras en las que la luz de las estrellas brillaba a

través de pequeños agujeros que había en la vela, y en lo más alto de la gavia del trinquete... una lengua de llamas escarlata coronada por una negra columna de humo, donde la tela estaba ardiendo.

Kinverson subía rápidamente hacia la zona en llamas; llegó al sitio y comenzó a apretar las manos contra la zona encendida para sofocar el fuego. Las brillantes llamas desaparecieron una a una en sus manos como por arte de magia. En cuestión de minutos no se vieron más que brasas; y luego también ellas fueron apagadas. La luciérnaga que había comenzado el incendio ya se había marchado: cuando se había quemado toda la tela que la rodeaba había caído sobre la cubierta, pero dejando detrás de sí un agujero del tamaño de una cabeza.

El barco embolsó el viento en las velas y se desplazó rápidamente hacia el suroeste. Su desgarrado enemigo —incapaz de viajar a la misma velocidad— fue dejado atrás muy pronto, pero sus bonitos retoños, sus delicadas luciérnagas voladoras, continuaron cabalgando en el viento. Aunque su cantidad mermaba progresivamente, amaneció antes de que Delagard supusiera que estaban lo suficientemente a salvo como para que los defensores descendieran de la arboladura.

Sundria pasó los tres días siguientes remendando las velas, con la ayuda ocasional de Kinverson, Pilya y Neyana. El barco no avanzó en absoluto mientras los mástiles estuvieron desnudos. El aire estaba quieto; el sol era desagradablemente fuerte; el mar calmó. A veces una aleta asomaba destellante en la distancia, fuera del agua.

Lawler tenía ahora la sensación de que estaban bajo constante vigilancia. Calculó que le quedaba suficiente alga insensibilizadora para una semana, en el mejor de los casos. Otra criatura a la deriva, no tan gigantesca, ni tan repelente, ni tan hostil como la anterior, pasó junto a ellos: se trataba de una cosa ovoide y sin rasgos, perfectamente lisa, de un precioso color esmeralda y que brillaba con una radiante luminosidad. Sólo la mitad de su cuerpo sobresalía de la superficie, pero el mar estaba tan transparente que podía verse fácilmente la brillante mitad sumergida. Aquella cosa tenía quizá unos veinte metros de diámetro, y unos quince metros de largo desde el extremo sumergido hasta la redondeada cima.

Delagard, nervioso y preparado para cualquier cosa, alineó a toda la tripulación en el flanco del barco y los armó con arpones, pero el ovoide pasó flotando de largo, tan inofensivo como una fruta. Quizá no fuese más que eso. Otros dos pasaron junto al barco en diferentes momentos del mismo día. La primera era más esférica y la segunda más alargada, pero por lo demás parecían pertenecer a la misma especie. No parecieron fijarse en el *Reina*. Lo que aquellos ovoides necesitaban, supuso Lawler, eran grandes ojos brillantes para mirar mejor al barco al pasar; pero sus rostros eran ciegos, lisos, misteriosos, enloquecedoramente suaves. Tenían un curioso aire de solemnidad, una gravedad calma y sólida. El padre Quillan dijo que le recordaban a un obispo que había conocido una vez; y luego tuvo que explicar lo que era un obispo.

Después de los ovoides vinieron unos peces voladores. No se trataba de los elegantes e iridiscentes jinetes aéreos del mar Natal, ni de los monstruosos peces bruja del océano profundo. Eran criaturas lustrosas de aspecto delicado que medían unos quince centímetros de largo; unas finísimas alas llenas de gracia los elevaban hasta alturas sorprendentes. Podía vérselos a lo lejos, saltando casi verticalmente fuera del agua, y volando a través de distancias increíbles antes de calar y sumergirse en el océano sin salpicar siquiera. Momentos después volvían a estar en el aire; subían y bajaban, acercán-

dose más al barco con cada ciclo hasta que estuvieron junto a la popa del lado de estribor.

Aquellos peces voladores no parecían más peligrosos que los enormes ovoides del día anterior. Volaban a una altura tal que no habría riesgo de colisionar con ellos en cubierta, por lo que no había necesidad de agacharse y esconderse como con los peces bruja. Eran tan hermosos, destellando luminosamente contra la brillante cúpula dura del cielo, que casi la totalidad de la tripulación salió a contemplar su paso.

Sus cuerpos eran prácticamente transparentes. Se distinguía la forma de sus finísimos huesos, sus redondos y palpitantes estómagos de color violeta rojizo y sus venas como hebras azules cuando pasaban rápidamente por el aire. Sus ojos color rojo sangre estaban delicadamente facetados, y destellaban cuando se reflejaba en ellos la luz.

Hermosos, sí. Pero al pasar por encima del barco, dejaron caer una extraña lluvia, una lluvia resplandeciente de gotas oscuras, lustrosas y corrosivas que quemaban todo aquello que tocaban. Durante los primeros momentos nadie se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Los primeros escozores de las secreciones de los peces fueron una molestia apenas perceptible, pero el dolor era acumulativo: el ácido se abría camino hacia dentro, y lo que había sido un pinchazo suave se convertía rápidamente en agonía.

Lawler, de pie a la sombra del trinquete, se protegía contra lo peor del bombardeo. Una de las secreciones lo alcanzó en el antebrazo, aunque no lo suficiente como para provocar más que un entrecejo fruncido. Pero luego vio que sobre la pulida madera amarillenta de la cubierta comenzaban a aparecer unas manchas oscuras a poca distancia de él, levantó la vista y vio a sus compañeros de tripulación aullando y cabriolando, sacudiéndose los brazos, frotándose las mejillas.

—¡Id abajo! —gritó—. ¡Poneos a cubierto! ¡Proceden de esos peces voladores!

Los seres voladores ya habían acabado de pasar por encima del barco y se habían alejado, pero una segunda oleada comenzaba a salir del mar por estribor. La totalidad del asedio duró casi una hora; fueron media docena de escuadrillas en total. Posteriormente las víctimas se alinearon unas junto a otras en la enfermería de Lawler, para que les tratara las quemaduras.

Sundria, que estaba en la arboladura cuando llegaron los peces voladores, fue la última en llegar. No llevaba nada puesto excepto una tira de tela en torno a la cintura, y ahora se le estaban levantando ampollas por todo el cuerpo. En silencio, Lawler la untó con unguento. Ella se erguía desnuda ante él, mientras sus manos se desplazaban por la piel quemada, frotando el pastiche alrededor de los pezones, a lo largo de los muslos, por la entrepierna hasta apenas un suspiro de distancia de sus genitales. No habían hecho el amor desde un tiempo antes de la noche de la lapa, pero Lawler no sintió que se agitara dentro de él deseo alguno, por más que ahora la tocaba incluso en las zonas más íntimas.

Sundria también lo advirtió. Lawler podía sentir cómo se tensaban los músculos de ella bajo sus dedos. Se estaba irguiendo, tensa, llena de enojo.

—Me estás tratando como a un trozo de carne, Val —dijo finalmente.

—Soy un médico que trata de curar a un paciente con un montón de feas quemaduras por toda la piel.

—¿Es eso lo único que soy para ti?

—En este preciso momento, sí. ¿Crees que es una buena idea que un doctor comience a jadear cada vez que toca un cuerpo hermoso?

—Yo no soy cualquier paciente, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Pero hace días que te mantienes apartado de mí, y ahora me tratas como a una extraña. ¿Qué problema tienes?

—¿Problema? —le dirigió una mirada incómoda; luego le dio una ligera palmada en la cadera—. Date la vuelta —dijo—. Me faltan las que tienes en la cintura. ¿Dónde hay un problema, Sundria?

—¿Estoy en lo cierto si pienso que ya no me deseas?

Él hundió los dedos en unguento y los pasó justo por encima de sus nalgas.

—Yo no sabía que teníamos un plan específico. ¿Lo tenemos?

—Por supuesto que no. Pero fíjate en cómo me estás tocando ahora.

—Acabo de explicártelo —dijo Lawler—. Déjame intentarlo otra vez. Creía que habías venido en busca de cuidados médicos, no para hacer el amor. Los médicos aprendemos pronto que nunca es una buena idea mezclar ambas cosas. Pero es que además podría haberseme ocurrido, no por una cuestión de ética sino de sentido común, que no querrías que me echara encima de ti en un momento en el que da la casualidad de que tienes llagas dolorosas por toda la piel. ¿Comprendido? —aquello era lo más parecido a una disputa que habían tenido jamás—. ¿Te suena razonable, Sundria?

Ella se volvió para encararse con él.

—Es por lo que hice con Delagard, ¿no es cierto?

—¿Qué?

—Odias la idea de que me haya puesto las manos encima, y algo más que sus manos, y ahora no quieres volver a tener nada más que ver conmigo.

—¿Hablas en serio?

—Sí; y también estoy en lo cierto. Si pudieras ver la expresión de tu rostro en este preciso momento...

—Estuvimos todos fuera de nuestros cabales mientras aquella cosa permaneció pegada al casco del barco —dijo Lawler—. Nadie es responsable de nada de lo que ocurrió aquella noche. ¿Crees que yo quería follar con Neyana? Si quieres que te diga la verdad, Sundria, era a ti a quien buscaba cuando salí a cubierta. Y no es que pudiera tan siquiera recordar tu nombre, o el mío, en las condiciones en que me encontraba. Te vi, te deseé y me dirigí hacia ti; pero ocurrió que Leo Martello llegó antes que yo. Y luego Neyana me llamó y por eso me fui con ella. Yo estaba bajo aquella influencia, igual que tú, igual que todos los demás. Todos los demás excepto el padre Quillan y Gharkid, quiero decir; nuestros dos hombres santos —le ardían las mejillas. Sentía que los latidos de su corazón aumentaban—. Jesús, Sundria, yo he sabido durante todo el tiempo lo que había entre Kinverson y tú, y eso no me ha detenido, ¿verdad? Y en la noche de la lapa estuviste con Leo Martello antes que con Delagard. ¿Por qué iba a importarme lo que hiciste con Delagard más que lo que hayas hecho con todos los otros?

—Delagard es diferente. A ti te repugna.

—¿Ah, sí?

—Es un asesino y un matón. Nos hizo expulsar de la isla de Sorve, y desde el momento mismo de la partida ha estado dirigiendo esta expedición como un tirano. Golpea a Lis. Mató a Henders. Miente, engaña, hace absolutamente lo que le da la gana para salirse con la suya. Todo lo que le rodea te resulta nauseabundo, y no puedes soportar la idea de que también él haya follado conmigo. Así que te vengas en mí. No quieres poner tu boca donde ha estado la boca de Delagard, y menos aún tu polla. ¿No estoy en lo cierto, Val?

—De pronto te has convertido en lectora de pensamientos. No sabía que fueras telepata, Sundria.

—No seas gilipollas. ¿Estoy o no en lo cierto?

—Mira, Sundria...

—¿Estoy o no en lo cierto? —el tono de su voz, que había sido duro y frío, se suavizó de repente, y lo miró con una ternura y anhelo que lo sorprendieron—. Val, Val, ¿no crees que también a mí me repugna pensar que tuve a ese hombre dentro de mí? ¿No crees que he estado intentando lavarme de él desde aquella noche? Pero eso no debería ser asunto tuyo. No tengo granos en la piel donde él me ha tocado. No tienes derecho de volverte contra mí de esta manera simplemente porque una cosa alienígena se pegó al barco una noche y nos hizo cometer actos con los que nunca hubiéramos soñado en otras circunstancias —en sus ojos volvía a evidenciarse un vivo enojo—. Si no se trata de Delagard, ¿qué es lo que ocurre? Dímelo.

—De acuerdo —dijo Lawler con la voz cargada de vergüenza—. Lo admito. Se trata de Delagard.

—Oh, mierda, Val.

—Lo siento.

—¿Ah, sí?

—Creo que ni yo mismo me daba cuenta de qué era lo que me molestaba, hasta que tú me lo has arrojado a la cara. Pero sí, supongo que me ha estado carcomiendo en algún nivel inconsciente desde aquella noche. La mano de Delagard arrastrándose entre tus piernas. La boca hinchada de Delagard sobre tus pechos —Lawler cerró los ojos durante un momento—. No fue culpa tuya; estoy actuando como un estúpido adolescente.

—Tienes razón en todo: te estás comportando de una forma muy tonta, y quiero recordarte que en circunstancias normales no hubiera permitido que Delagard jodiera conmigo ni en un millón de años. Ni aunque fuera el último hombre de la galaxia.

Lawler sonrió.

—El diablo fue quien te lo hizo hacer.

—La lapa.

—Es la misma cosa.

—Si tú lo dices... Pero nunca ocurrió, no realmente; no por ningún acto consciente de parte mía. Y estoy intentando con todas mis fuerzas deshacerlo. Inténtalo tú también. Te amo, Val.

Él la miró con asombro. Aquélla era una frase que nunca había surgido entre ellos, y jamás habría imaginado que lo haría. Hacía tanto tiempo que la había oído por última vez, que no podía recordar quién se la había dicho. Y ahora, ¿qué? ¿Se esperaba de él que también la dijera?

Ella sonreía: no esperaba que dijese nada; lo conocía demasiado bien como para eso.

—Ven aquí, doctor —le pidió—. Necesito una exploración más intensa.

Lawler miró hacia atrás para ver si la puerta de la enfermería estaba cerrada con pestillo. Luego se acercó a ella.

—Ten cuidado con mis ampollas —dijo ella.

5

Del mar salieron cosas como periscopios gigantes: relucientes columnas de veinte metros de alto coronadas por polígonos de cinco caras de color azul. Observaron el barco durante horas desde una distancia de medio kilómetro, con una mirada impasible y fría. Obviamente se trataba de antenas con ojos, pero ¿ojos de qué?

Al rato desaparecieron bajo el agua, y no volvieron a salir.

Seguidamente vinieron las colosales bocas bostezantes, enormes criaturas parecidas a las del mar Natal, pero más grandes aún; lo suficientemente grandes, al parecer, como para tragarse al *Reina de Hydros* de un solo bocado. También ellas permanecieron a lo lejos, iluminando el mar día y noche con su fosforescencia verdosa. Nunca se había tenido noticia de que las bocas pudieran causar problemas a los barcos, pero aquéllas eran bocas del mar Vacío, capaces de cualquier cosa. Los abismos de sus gargantas abiertas eran una visión amenazadora, inquietante.

El agua misma se hizo fosforescente. El efecto fue suave al principio, apenas un ligero estremecimiento de color, un débil brillo lleno de encanto; pero luego se intensificó. Por la noche, la estela del barco era una línea de fuego que atravesaba el mar. Incluso durante el día las olas parecían arder. El agua salpicada de las olas que ocasionalmente rompían contra el barco tenía chispas brillantes.

Hubo una lluvia de peces de gelatina urticantes. Hubo un espectáculo de buzos locamente juguetones que rompían la superficie y saltaban tan alto por el aire que parecían querer volar. En un lugar determinado, apareció caminando por la superficie del mar un ente que parecía un manojito de palos atados con un puñado de cuerdas raídas, y un diminuto cuerpo globular con muchos ojos alojado en una cápsula abierta emplazada en el centro, como si caminara sobre zancos.

Luego, cuando Delagard miraba por encima de la barandilla, una mañana —ahora estaba constantemente de patrulla, prevenido contra cualquier ataque—, retrocedió abruptamente.

—¿Qué diablos...? —gritó—. Kinversion, Gharkid, ¿queréis venir a mirar esto?

Lawler se unió al grupo. Delagard señalaba directamente hacia abajo. Al principio Lawler no vio nada insólito; pero luego vio que al barco le había crecido una falda a

unos veinte centímetros por debajo de la superficie. Era una especie de pelo amarillento y fibroso que se extendía hacia fuera a un metro de distancia por todo el casco. Más que a una falda —consideró Lawler— se parecía más a una repisa, un estante de madera.

Delagard se volvió hacia Kinverson.

—¿Habías visto algo parecido antes?

—Yo no.

—¿Y usted, Gharkid?

—No, capitán, señor. Nunca.

—¿Será algún tipo de alga que está creciendo sobre el barco? ¿Un cruce entre alga y percebe? ¿Qué piensa usted?

Gharkid se encogió de hombros.

—Es un misterio para mí, capitán, señor.

Delagard hizo colgar una escalera de cuerda por la cara exterior del casco y bajó a inspeccionar aquello. Colgado de la escalera por un brazo, balanceándose justo por encima de la superficie e inclinado hacia abajo, utilizó un raspador de percebes de mango largo para tantear aquella extraña excrecencia. Regresó a bordo maldiciendo y con el rostro enrojecido.

El problema, explicó, residía en el tejido de dedos marinos que crecía sobre el casco como cobertura reparadora, y que protegía y reforzaba las tablas exteriores del barco.

—Algunas plantas de esta zona se han unido a ellos. Quizá se trate de una especie afín, o simbiótica. Sea lo que fuere, se está arracimando en torno a los dedos marinos y crece como loca. Ya el estante sobresale lo suficiente como para frenarnos de forma perceptible, y si continúa creciendo a esa velocidad, en un par de días vamos a encontrarnos inmovilizados para siempre.

—¿Qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Kinverson.

—¿Tienes alguna sugerencia?

—Que alguien salga ahí fuera en el deslizador, e intente cortar esa maldita cosa mientras aún puede hacerse.

Delagard asintió.

—Buena idea. Me ofrezco voluntario para salir con la primera ronda. ¿Vendrás conmigo?

—Claro —dijo Kinverson—. ¿Por qué no?

Delagard y Kinverson subieron al deslizador. Martello, maniobrando con el pescante, lo levantó y lo balanceó a bastante distancia de la barandilla —para alejarlo de aquellas algas— antes de posarlo sobre el agua.

El problema residía en pedalear lo suficientemente rápido como para mantener el patín a flote, pero no a una velocidad tal que le impidiera al hombre que manejaba el raspador de percebes cortar la vegetación intrusa. Al principio costó bastante. Kinverson, con el raspador en la mano, hizo todo lo que pudo para inclinarse por encima de la borda y cortar la repisa; pero daba un par de golpes y el deslizador pasaba de largo de la zona en la que estaba trabajando, y cuando retrocedían e intentaban mantenerlo en la

misma posición durante más tiempo, comenzaba a perder empuje y se deslizaba hacia el agua.

Pasado un rato le cogieron el truco. Delagard pedaleaba y Kinversion cortaba. Luego Kinversion pareció visiblemente cansado y cambiaron de puesto, arrastrándose precariamente por el vehículo bamboleante hasta que Delagard estuvo en la parte de delante y Kinversion en los pedales.

—Muy bien, la siguiente ronda —gritó finalmente Delagard; había estado trabajando con su habitual celo de maníaco y parecía agotado—. ¡Otros dos voluntarios! Leo, ¿te he oído decir que tú saldrías en la ronda siguiente? ¿Y qué tal tú, doctor?

Pilya Braun hizo funcionar el pescante para bajar a Martello y Lawler hasta el agua. El mar estaba suficientemente calmo, pero a pesar de ello el frágil deslizador se bamboleaba y escoraba constantemente. Lawler se imaginaba a sí mismo arrojado al agua por alguna ola insólitamente fuerte.

Al mirar hacia abajo podía ver fibras individuales de la planta marina invasora en el borde de la repisa ya formada. Cuando los movimientos del mar los llevaron contra el casco del barco, pudo ver cómo algunas de ellas se les adherían. También pudo observar en el agua unas pequeñas siluetas brillantes, como cintas que se enroscaban y retorcián: gusanos, serpientes, quizá anguilas. Parecían veloces y ágiles; ¿estarían esperando para tomar un bocado?

La repisa resistía los golpes; tuvo que coger el raspador con ambas manos para descargarlo con todas sus fuerzas. A menudo resbalaba hacia un lado, rechazado por la dureza de la extraña vegetación reciente. Casi se le escapó la herramienta de las manos en un par de ocasiones.

—¡Eh! —chilló Delagard desde lo alto—. ¡Es el único raspador que tenemos! ¡Cuidalo!

Lawler halló la manera: golpear con el filo en un ángulo ligeramente inclinado le permitía penetrar entre las hebras de la masa fibrosa. Un trozo grande tras otro, la falda se desprendía y se alejaba flotando a la deriva. Se sintió atrapado por el ritmo, cortando y cortando. El sudor le bajaba por la piel. Sus brazos y muñecas comenzaron a protestar. El dolor le subió hasta las axilas, el pecho, los hombros. El corazón le latía aceleradamente.

—Basta para mí. Es tu turno, Leo —le dijo a Martello.

Martello parecía inagotable: cortaba aquello con tal jovial vigor que Lawler lo encontró humillante. Pensó que lo había hecho bastante bien durante su turno; pero durante los primeros minutos Martello había conseguido cortar tanto como Lawler en todo el rato. Incluso supuso que Martello estaba componiendo mentalmente el Canto Corriente de su gran obra épica mientras trabajaba:

*Fieramente entonces nos afanamos y luchamos
Contra el enemigo que crecía constantemente.
Valientemente castigamos su pernicioso avance,
Ferozmente lo golpeamos y herimos y cortamos...*

Onyos Felk y Lis Niklaus fueron los siguientes en bajar. Después de ellos llegó el turno de Neyana y Sundria, y luego el de Pilya y Gharkid.

—Esa jodida cosa crece a la misma velocidad con que la cortamos —dijo Delagard con acritud.

Pero estaban haciendo progresos. Ya habían desaparecido grandes trozos de vegetación. En algunas zonas había sido cortada hasta la línea original de dedos marinos.

Llegó una vez más el turno de Kinverson y Delagard; cortaron y azotaron con furia diabólica. Al regresar al barco, ambos hombres parecían incandescentes de agotamiento: habían pasado más allá del mero cansancio, a un estado trascendental que los había dejado relumbrantes y exaltados.

—Vamos allá, doctor —dijo Martello—. Nos toca a nosotros.

Martello parecía decidido a superar incluso a Kinverson. Mientras Lawler mantenía el deslizador estabilizado con un esfuerzo regular —y entumecedor—, Martello castigó como un dios vengador al enemigo vegetal. ¡Ras! ¡Ras! ¡Ras! Levantaba el raspador con ambos brazos muy por encima de su cabeza, y lo dejaba caer con un golpe que penetraba profundamente. ¡Ras! ¡Ras! Se desprendían enormes trozos de algas que se alejaban flotando a la deriva. ¡Ras! Cada golpe era más poderoso que el anterior. El deslizador acuático se balanceaba pronunciadamente de un lado a otro. Lawler luchaba para mantenerlo en posición vertical. ¡Ras! ¡Ras!

Luego Martello lo levantó más alto que nunca y bajó el raspador de percebes con un golpe terriblemente fuerte. Arrancó un trozo enorme, hasta el mismo casco del *Reina*. Pero debió de ceder con más facilidad de la que Martello esperaba: perdió primero el equilibrio y luego se le escapó el raspador de las manos. Intentó cogerlo en el aire, erró, se fue hacia delante y cayó al mar con un fuerte chapuzón.

Lawler, aún pedaleando, se inclinó por la borda y le tendió una mano. Martello estaba ya a un par de metros del deslizador y se debatía desesperadamente. Pero o bien no vio la mano tendida, o estaba demasiado aterrorizado como para comprender qué debía hacer.

—¡Nada hacia aquí! —le gritó Lawler—. ¡Aquí, Leo! ¡Aquí!

Martello continuaba manoteando y debatiéndose. Tenía los ojos vidriosos del susto. Luego se tensó repentinamente, como herido desde las profundidades con una daga. Comenzó a sacudirse convulsivamente.

El pescante estaba ahora por encima de la superficie. Kinverson colgaba de él.

—Más abajo —ordenó—. Un poco más. Eso es. A la izquierda. Bien. Bien.

Cogió a Martello bajo un brazo y lo izó como si se tratara de un niño.

—Ahora, tú, doctor —dijo Kinverson.

—¡No puedes levantarnos a los dos!

—Vamos. Ven.

El otro brazo de Kinverson se cerró en torno al pecho de Lawler.

El pescante subió y se balanceó hacia el interior del barco por encima de la borda hasta la cubierta. Lawler se libró del brazo de Kinverson, se tambaleó, tropezó y cayó pesadamente sobre las rodillas. Sundria se acercó a él inmediatamente para ayudarlo a ponerse de pie.

Martello, chorreando agua, yacía boca arriba, laxo e inmóvil.

—Manteneos alejados. También tú, Gabe —ordenó Lawler, haciendo un gesto a Kinerson para que se apartara.

—Tenemos que darle la vuelta y sacarle el agua de dentro, doctor.

—No es el agua lo que me preocupa. Apártate, Gabe —Lawler se volvió hacia Sundria—. ¿Sabes dónde está mi maletín de instrumentos? ¿Los escalpelos y todo eso? Tráelo a cubierta, ¿quieres?

Se arrodilló junto a Martello y lo desnudó hasta la cintura. Martello respiraba pero no parecía consciente. Tenía los ojos muy abiertos, carentes de expresión, ciegos. De vez en cuando sus labios se tensaban con una espantosa mueca retorcida de dolor, y su cuerpo se ponía rígido y se sacudía como si lo atravesara una descarga eléctrica. Luego volvía a quedar laxo.

Lawler apoyó una mano sobre el vientre de Martello y presionó. Sintió movimiento en el interior: un temblor, un extraño estremecimiento debajo de la dura y firme capa de músculos abdominales. ¿Había algo allí? Sí. Aquel condenado océano lo invadía todo cuando uno le daba la más mínima posibilidad. Pero quizá no era aún demasiado tarde para salvarlo, pensó Lawler. Límpialo, sella la herida, evita que la comunidad se vea nuevamente disminuida.

Por encima de él se movieron sombras. Todos se habían agrupado y miraban fijamente. Aquello parecía fascinarlos y repelerlos al mismo tiempo.

—Apartaos todos —dijo bruscamente Lawler—. No os gustaría ver esto; y yo no quiero que me observéis.

Nadie se movió.

—Ya habéis oído al doctor —dijo con un gruñido bajo Delagard—. Apartaos. Dejadlo hacer su trabajo.

Sundria depositó el equipo médico sobre la cubierta, a su lado. Lawler volvió a palpar el abdomen de Martello. Movimiento, sí. Algo se retorció de forma inconfundible. Un estremecimiento. Martello tenía el rostro encendido, las pupilas dilatadas; sus ojos miraban hacia un mundo completamente diferente. De todos los poros le manaba un sudor caliente.

Lawler sacó del maletín el mejor de sus escalpelos y lo dejó sobre la cubierta. Apoyó ambas manos sobre el abdomen de Martello, justo debajo de su diafragma, y empujó hacia arriba. Martello emitió un suspirante sonido apagado, y por la boca le salió un poco de agua de mar y un hilo de vómito se deslizó de sus labios. Lawler volvió a intentarlo. Nada. Volvió a sentir movimiento debajo de sus dedos: más espasmos, más retorcimientos.

Un intento más. Puso a Martello boca abajo y golpeó el centro de su espalda con las manos juntas y toda la fuerza que consiguió reunir. Martello gruñó. Vomitó otro poco de agua salada, pero eso fue todo.

Lawler se sentó durante un momento, pensando.

Volvió a colocar a Martello boca arriba y cogió el escalpelo.

—Es mejor que no veáis esto —dijo Lawler sin levantar la vista, para cualquiera que pudiese estar mirándolo.

Trazó una línea roja con la punta de hierro del escalpelo, de izquierda a derecha a través del abdomen de Martello. Martello apenas pareció notarlo; sólo profirió un suave sonido confuso, algún vago comentario: tenía otras distracciones de mayor prioridad.

Piel. Músculo. El bisturí parecía saber adonde debía dirigirse. Con destreza, Lawler echaba hacia atrás las capas de tejido. Ahora estaba atravesando el peritoneo. Se había entrenado para ingresar en un estado de consciencia distinto cuando practicaba cirugía, durante el cual pensaba en sí mismo como en un escultor, y en el paciente como en algo inanimado: un trozo de madera, y no un ser humano que sufría. Era la única forma que tenía de soportar el proceso.

Más profundamente. Ahora hendía la pared abdominal. La sangre se mezclaba con el charco de agua que había sobre la cubierta alrededor de Martello.

Los meandros intestinales tenían que saltar a la vista...

Allí estaban, en efecto. Alguien profirió un estridente chillido. Alguien gruñó con asco.

Pero no era por la visión de los intestinos. Había otra cosa que se alzaba del vientre de Martello, algo fino y brillante que se desenroscaba lentamente y se erguía sobre un extremo. Quizá había a la vista unos seis centímetros de aquello; sin ojos, aparentemente también sin cabeza, sólo una tira lisa y viscosa de materia viva indiferenciada. En el extremo superior había una abertura, una especie de boca por la que podía verse una lengüecilla afilada y raspante de color rojo. La pequeña criatura comenzó a moverse con gracia celestial, balanceándose de un lado a otro de una forma hipnótica. Detrás de Lawler continuaban los gritos.

Le asestó a la criatura un rápido y firme golpe de revés con el filo del escalpelo, que la cortó por la mitad. La parte superior cayó sobre la cubierta retorciéndose, junto a Martello. Comenzó a dirigirse hacia Lawler. La enorme bota de Kinverson descendió inmediatamente y la redujo a una pasta.

—Gracias —dijo brevemente Lawler.

Pero la otra mitad continuaba en el interior. Intentó obligarla a salir con la punta del escalpelo, pero parecía indiferente a los cortes que le causaba; continuaba danzando con tanta gracia como antes. Tentando por detrás del denso monte de intestinos, Lawler luchaba para desalojarla. Pinchaba por aquí, estiraba por allá. Creyó ver el extremo interior de aquel ser y lo cortó, pero había más: unos pocos centímetros continuaban burlándose de él. Cortó nuevamente. Esta vez consiguió sacarla totalmente. La arrojó a un lado y Kinverson la aplastó.

Ahora todos guardaban silencio a sus espaldas.

Comenzó a cerrar la incisión, pero un nuevo estremecimiento hizo que se detuviera. ¿Había otra? Sí. Seguro. Por lo menos una más. Probablemente más de una.

Martello gimió. Se removió ligeramente. Luego se sacudió con fuerza repentina, levantándose un poco de la cubierta; Lawler apartó el escalpelo de su trayectoria justo a tiempo para evitar que se hiriera con él. Una segunda anguila apareció a la vista, luego una tercera, ambas balanceándose con aquel mismo danzar horripilante; luego una de ellas volvió a bajar y desapareció nuevamente en la cavidad abdominal de Martello, sacavando hacia arriba en dirección a los pulmones.

Lawler arrancó a la otra de donde estaba, la cortó por la mitad y nuevamente por la mitad, y sacó el último trozo de adentro. Esperó a que la última, que se había escondido, asomara nuevamente. Pasado un momento la atisbó, reluciendo en la parte central del cuerpo de Martello..., pero no era la única: podía ver los delicados rizos de otras debatirse mientras se daban un banquete.

¿Cuántas más de ellas había? ¿Dos? ¿Tres? ¿Treinta?

Levantó la vista con expresión ceñuda. Delagard le devolvió la mirada; sus ojos tenían una expresión de susto, consternación y extrema repulsión.

—¿Puedes sacarlas a todas?

—No hay ninguna posibilidad. Está lleno de ellas; se lo están comiendo por dentro. Podría cortar y cortar, y para cuando terminara lo habría descuartizado, y todavía no las habría encontrado a todas, de cualquier forma.

—Jesús —murmuró Delagard—. ¿Cuánto tiempo podrá vivir en estas condiciones?

—Hasta que una de ellas le llegue al corazón, supongo. No durará mucho.

—¿Crees que siente algo?

—Espero que no —respondió Lawler.

La agonía duró otros cinco minutos. Lawler nunca se había dado cuenta de que cinco minutos pudiesen durar tanto. De vez en cuando Martello saltaba y se crispaba, cuando uno de los nervios principales era alcanzado; en una ocasión pareció estar intentando levantarse de la cubierta. Luego dejó escapar un suave sonido suspirante, cayó hacia atrás y la luz abandonó sus ojos.

—Se acabó —anunció Lawler.

Se sentía entumecido, vacío, agotado, más allá de toda tristeza, más allá de toda impresión profunda. Probablemente, pensó, en ningún momento había habido oportunidad de salvar a Martello. Al menos una docena de anguilas debían de habersele metido dentro, muy probablemente más, una horda de ellas deslizándose velozmente a través de la boca o el ano, y hendiendo diligentemente la carne y los músculos hacia el centro de su abdomen. Lawler había extraído ya nueve de aquellas cosas, pero habría otras fuera de la vista trabajando en el páncreas, en el bazo, el hígado, los riñones; y cuando hubieran acabado con eso —las exquisiteces— estaba todo el resto de Martello esperando a sus dentadas lengüecillas rojas. Ninguna cirugía, no importaba cuán rápida e infalible fuera, podría haberlo librado a tiempo de todas.

Neyana trajo una manta y lo envolvieron en ella. Kinverson cogió el cuerpo en brazos y se dirigió hacia la barandilla.

—Espera —dijo Pilya—. Arroja esto con él.

Tenía el fajo de papeles, el famoso poema, que debía de haber traído del camarote de Martello. Metió las gastadas páginas dentro de la manta y ajustó la punta en torno al cuerpo. Lawler pensó durante un momento en poner objeciones, pero se contuvo. Dejemos que se lo lleve, pensó. Le pertenecía.

Quillan dijo:

—Ahora encomendamos al mar a nuestro queridísimo Leo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

¿Otra vez el Espíritu Santo? Cada vez que Lawler oía aquella extraña frase del padre Quillan, se sentía sobresaltado. Era un concepto tan extraño que, a pesar de que lo intentaba, no podía imaginar qué podía ser el Espíritu Santo. Pero apartó de sí el pensamiento; en aquel momento se sentía demasiado mal para especulaciones de esa índole.

Kinverson llevó el cuerpo hasta la barandilla y lo sostuvo en alto. Luego le imprimió un ligero empujón y lo dejó caer al agua.

Cuando el cuerpo tocó la superficie, de las profundidades surgieron como por arte de magia unas criaturas extrañas con cuerpos largos y aletas, cubiertas con un fino pelo sedoso de color negro. Había cinco de ellas, sinuosas, de ojos dulces, con unos hocicos abusados y oscuros cubiertos con cerdas tiesas y negras. Dulce, tiernamente, rodearon el cuerpo de Martello, lo sacaron a flote y comenzaron a desenvolverlo de la manta que lo cubría. Tierna, dulcemente, se la quitaron del todo; y luego —dulce, tiernamente— se reunieron en torno a su cuerpo rígido y comenzaron la tarea de consumirlo.

Lo hicieron silenciosamente, sin frenesí de grosera glotonería. Era horroroso, pero también extrañamente hermoso. Sus movimientos levantaban del mar una fosforescencia extraordinaria. Martello parecía ser absorbido por una lluvia de frías llamas rojas. Estalló lentamente en luz. Dieron una lección de anatomía con él; le quitaron la piel casi con remilgo, para dejar a la vista los tendones, ligamentos, músculos, nervios. Luego penetraron más. Era un espectáculo profundamente perturbador, incluso en el caso de Lawler, para quien los secretos del cuerpo humano no eran ningún secreto; pero, de todas formas, la obra fue llevada a cabo tan limpiamente, tan detenidamente, con tanta reverencia, que era imposible no mirar o ser incapaz de apreciar la belleza de lo que estaban haciendo aquellas criaturas. Capa a capa llegaron hasta el centro del cuerpo de Martello, hasta que al fin no quedó nada más que la blanca estructura de huesos.

En los ojos de aquellos seres había un inconfundible destello de inteligencia. Lawler los vio menear la cabeza con lo que sólo podía ser un saludo, y luego desaparecieron de la vista tan silenciosamente como habían llegado. El esqueleto de Martello ya había desaparecido camino de alguna profundidad desconocida donde, sin duda alguna, lo aguardaban otros organismos para hacer buen uso del calcio que contenían. Del joven vital que había sido Martello, no quedaba ya más que algunas páginas manuscritas flotando en el agua; y, pasado poco rato, ya no quedaba a la vista ni siquiera eso.

Más tarde, en su camarote, Lawler contempló lo que le quedaba de extracto de alga insensibilizadora. Para dos días más, calculó. Vertió la mitad en un vaso y la bebió.

Qué demonios, pensó. Se bebió también la otra mitad. Qué demonios.

Los síntomas del síndrome de abstinencia le comenzaron por la mañana del segundo día, justo antes de mediodía: sudores, temblores, náuseas. Lawler estaba preparado para todo ello, o creía que lo estaba; pero se agravaron muy rápidamente, mucho más de lo que él había esperado. Era una prueba tan dura que no estaba seguro de poder pasarla. La intensidad del dolor —que lo recorría a grandes oleadas— lo asustó. Se imaginaba

que podía sentir cómo se le expandía el cerebro y presionaba contra las paredes del cráneo.

Buscó el frasco de forma automática, pero el frasco estaba vacío, por supuesto. Se acomodó en su litera temblando de fiebre, sintiéndose desdichado.

Sundria entró a media tarde.

—¿Es por lo que ocurrió el otro día? —preguntó.

—¿Por lo de Martello? No, no se trata de eso.

—¿Estás enfermo, entonces?

Señaló el frasco vacío. Pasado un momento, ella lo comprendió.

—¿Hay algo que pueda hacer, Val?

—Abrazarme, eso es todo.

Ella cogió su cabeza en los brazos y la recostó contra el pecho. Lawler tembló violentamente durante un rato; luego se calmó un poco, aunque aún se sentía terriblemente.

—Parece que estás mejor —dijo ella.

—Un poco. No te vayas.

—Sigo aquí. ¿Quieres un poco de agua?

—Sí. No. No, quédate donde estás.

Se acurrucó contra ella. Podía sentir cómo le subía y bajaba la fiebre, con una devastadora y repentina velocidad. La droga era más fuerte de lo que había llegado a sospechar, y la dependencia de ella había sido evidentemente muy poderosa; pero sin embargo... sin embargo... el dolor fluctuaba. A medida que pasaban las horas había momentos en los que se sentía casi normal. Eso era extraño; pero le daba esperanzas. No le importaba luchar si tenía que hacerlo, pero al final quería ganar.

—¿Sabías que sería así? —preguntó ella.

—Sí. Supongo que lo sabía. Quizá no esperaba algo tan fuerte.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Varía —respondió Lawler.

Oyó una voz que provenía del exterior.

—¿Cómo está? —era Delagard.

—Está preocupado por ti —le dijo Sundria a Lawler.

—Muy considerado por su parte.

—Le dije que estabas enfermo.

—¿No entraste en detalles?

—No entré en detalles, no.

La noche fue terrorífica. Por un momento, Lawler pensó que iba a perder la razón; pero luego, a altas horas, llegó otro de aquellos inesperados e inexplicables períodos de recuperación, como si algo entrara en su cerebro proveniente de la lejanía y apagara su ansia de la droga.

Al amanecer sintió que volvía a tener apetito; y cuando se puso de pie —era la primera vez que se levantaba de la cama desde que había comenzado la fiebre— fue capaz de conservar el equilibrio.

—Pareces estar bien —le dijo Sundria—. ¿Lo estás?

—Más o menos. La parte mala volverá; esta va a ser una larga lucha.

Pero cuando volvió, fue menos severa de lo que había sido hasta entonces. Lawler no sabía cómo explicar aquel cambio. Había esperado pasar tres, cuatro, incluso cinco días de absolutos horrores, y luego quizá una escalada gradual hacia afuera de aquel tormento, a medida que su organismo fuera despojándose gradualmente de aquella necesidad. Sin embargo, no era más que el segundo día. Nuevamente tenía aquella sensación de una intervención externa, algo que lo guiaba, lo elevaba, lo arrancaba de las profundidades de la ciénaga.

Luego volvieron los temblores y los sudores, y otro período de recuperación que duró casi doce horas. Salió a cubierta, disfrutó del aire fresco, caminó lentamente. Lawler le dijo a Sundria que se estaba recuperando con demasiada facilidad.

—Agradece esa bendición —contestó ella.

Al caer la noche volvía a estar enfermo. Reaída, recuperación; arriba, abajo; pero la tendencia básica era favorable. Parecía estar recuperándose. Hacia finales de aquella semana sólo tenía momentos ocasionales de malestar. Miró el frasco vacío y sonrió.

El aire estaba limpio y el viento era fuerte. El *Reina de Hydros* avanzaba rápida y regularmente, siguiendo la ruta suroeste en torno al globo acuoso. La fosforescencia del mar aumentaba día a día en intensidad, incluso hora tras hora. La totalidad del mundo comenzaba a tener una apariencia luminosa. El agua y el cielo brillaban día y noche. En la lejanía, unas criaturas pesadillescas —media docena de especies desconocidas— hendían la superficie para encumbrarse brevemente por el aire y volver a hundirse con grandes chapuzones. Gigantescas bocas bostezaban en las profundidades.

A bordo del *Reina*, reinaba el silencio durante la mayor parte del tiempo. Todos se dedicaban a sus tareas eficiente y silenciosamente. Había mucho que hacer, ya que ahora quedaban sólo once para llevar a cabo el trabajo de catorce. Martello, alegre, jovial y optimista, había jugado un papel muy importante en el tono de humor de todos; su muerte había alterado las cosas de forma inevitable.

Sin embargo, la Faz también estaba más cerca. Aquello debía tener algo que ver con el sombrío humor reinante, pensó Lawler. Todavía era imposible verla en el horizonte, pero todos sabían que estaba allí, no muy lejos. Todos la sentían. Era una presencia real a bordo del barco. Sus efectos eran indefinibles, pero inequívocos. Lawler se sorprendió pensando que había algo más que una mera isla. Algo alerta y vigilante que los esperaba.

Sacudió la cabeza para intentar despejarla y luchó para recordar lo que le había contado Jolly hacía tanto tiempo, pero todo era vago y se confundía bajo las capas de treinta años de recuerdos. Un lugar fantástico y exuberante, había dicho Jolly. Lleno de plantas diferentes de las que crecían en el mar. Plantas, sí. Colores extraños, días y noches brillantes de luz, un paraje raro al otro lado del mundo, bello y misterioso. ¿Había dicho Jolly algo acerca de animales, de criaturas terrestres de alguna clase? No, nada que Lawler pudiera recordar. No había vida animal; sólo espesos bosques.

Pero también recordaba algo acerca de una ciudad... No sobre la Faz, sino próxima a ella. ¿Dónde? ¿En el océano?

La imagen huía de él. Luchó para evocar los momentos que había pasado con Jolly, junto al mar; aquel hombre de rostro curtido y bronceado por el sol que se balanceaba atrás y adelante, echaba al agua sus líneas de pesca y hablaba, hablaba...

Una ciudad. Una ciudad en el mar. Debajo del mar.

Lawler aferró la punta de aquel recuerdo, sintió que se le escapaba, se lanzó hacia él, no pudo asirlo y volvió a lanzarse...

Una ciudad bajo el mar. Sí. Una puerta en el océano que se abría a un pasadizo, una especie de embudo gravitacional que descendía hasta una inmensa ciudad submarina en la que vivían gillies; una ciudad escondida de gillies tan superiores con respecto a los habitantes de las islas como los reyes lo eran con respecto a los campesinos; gillies que vivían como dioses, que no salían nunca a la superficie, encerrados bajo el mar en cúpulas presurizadas; gillies que vivían en medio de solemne majestad y lujo absoluto...

Lawler sonrió. Eso era, sí. Una fábula espléndida, una fantasía gloriosa. El mejor y más extravagante de los relatos de Jolly. Podía recordar cuando intentó imaginar cómo sería la ciudad aquella, los gillies altos, majestuosos e imponentes que entraban por altas arcadas en los brillantes salones palatinos. Al pensar nuevamente en ello volvió a sentirse como un niño, en cuclillas a los pies del viejo marinero: lleno de asombro, afinando el oído para escuchar aquella voz ronca y rasposa.

El padre Quillan también había estado pensando en la Faz.

—Tengo una nueva teoría al respecto —declaró.

El sacerdote había pasado toda la mañana meditando, sentado junto a Gharkid en la zona de la grúa. Al pasar junto a ellos, Lawler los había mirado fijamente, con asombro. Ambos parecían sumidos en trance. Sus almas parecían estar en otro plano de la existencia.

—He cambiado de opinión —dijo Quillan—. ¿Recuerda que hace algún tiempo le dije que pensaba que la Faz tenía que ser el Paraíso y que sobre ella caminaba el mismo Dios, la Causa Primera, el verdadero Creador, Aquél a quien dirigimos todas nuestras plegarias? Pues bien, ya no lo siento así.

—Bueno —dijo Lawler con indiferencia—. La Faz será entonces la vaargh de Dios, si usted lo dice. Sabe más que yo de esas cosas.

—No la vaargh de Dios, no; pero sin duda alguna la vaargh de *algún* dios. Ésa es la noción exactamente opuesta a mi idea original con respecto a esa isla, ¿sabe? Y también lo es de todo aquello en lo que siempre he creído respecto a la naturaleza de lo divino. Comienzo a caer en la más grande de las herejías. Me convierto en un politeísta en esta etapa de mi vida. ¡Un pagano! Incluso a mí me parece absurdo; pero a pesar de todo abrazo la idea con todo mi corazón.

—No le entiendo. Un dios, el Dios... ¿cuál es la diferencia? Si puede usted creer en un dios, puede creer en cualquier cantidad de ellos, según lo veo yo. El truco reside en creer al menos en uno, y yo ni siquiera puedo llegar hasta eso.

Quillan le dirigió una sonrisa cariñosa.

—Realmente no lo entiende, ¿verdad? La tradición clásica cristiana, que descende del judaísmo y, hasta donde sabemos, de algo del antiguo Egipto, sostiene que Dios es una única entidad invisible. Nunca me había cuestionado eso; ni siquiera había pensado jamás en cuestionármelo. Los cristianos hablamos de Él como de una Trinidad, pero somos conscientes de que la Trinidad es Uno. Sobre eso no hay discusión: un Dios, sólo uno. Sin embargo, durante estos últimos días... o incluso las últimas horas... —hizo una pausa—. Déjeme valerme de una analogía matemática. ¿Conoce el teorema de Godel?

—No.

—Bueno, tampoco yo, no exactamente; pero puede servir para poner un ejemplo aproximado. Creo que es una idea del siglo veinte. Lo que afirma el teorema de Godel, y nadie ha podido jamás invalidarlo, es que existe un límite fundamental para el alcance racional de las matemáticas. Podemos demostrar todos los supuestos del razonamiento matemático hasta llegar a un cierto punto fundamental, y simplemente no podemos pasar más allá. Finalmente nos encontramos con que hemos descendido más allá del proceso de demostración matemática y entrado en el territorio de los axiomas indemostrables, cosas que sólo pueden tomarse como artículo de fe si queremos atribuirle algún sentido al Universo.

»Eso a lo que llegamos son los límites de la razón. Para poder trasponerlos, para poder continuar pensando, nos vemos obligados a aceptar como verdades esos determinados axiomas a pesar de que no podemos demostrar su autenticidad. ¿Me sigue hasta ahora?

—Creo que sí.

—Pues bien. Lo que yo supongo es que el teorema de Godel marca la línea divisoria entre los dioses y los mortales.

—Vaya —comentó Lawler.

—Me refiero a lo siguiente —continuó Quillan—: establece unos límites para el razonamiento humano; los dioses ocupan el otro lado de esos límites. Los dioses, por definición, son criaturas que no están limitadas por el teorema de Godel. Los seres humanos habitamos un mundo en el que la realidad acaba por derrumbarse para dar paso a suposiciones irracionales, o al menos a suposiciones no racionales... por ser indemostrables. Los dioses habitan un territorio de absolutos, en el que las realidades *no son* fijas y conocibles más allá de nuestro nivel, nuestro límite axiomático, sino que pueden ser redefinidas y remodeladas por el control divino.

Por primera vez durante aquella discusión, Lawler sintió un destello de interés.

—La galaxia está llena de seres que no son humanos, pero sus matemáticas no son mucho mejores que las nuestras, ¿verdad? ¿Dónde encajan ellos en el esquema?

—Definamos como humanos a todos los seres que están sujetos a las limitaciones del teorema de Godel, independientemente de su especie; y como dioses a todos los seres que son capaces de funcionar en el ultraterritorio de la lógica godeliana, ¿de acuerdo?

Lawler asintió.

—Continúe.

—Ahora permítame exponerle el concepto que llegó hasta mí esta mañana, cuando estaba sentado ahí arriba pensando en la Faz de las Aguas. Admito que se trata de la más negra de las herejías, pero he sido hereje antes y he sobrevivido; aunque no tan hereje como ahora —Quillan volvió a sonreír beatíficamente—. Digamos que los dioses mismos tienen que alcanzar en algún momento un límite godeliano, un lugar en el que su propio poder de razonamiento, es decir, su poder de creación y recreación, se estrella contra algún tipo de barrera. Al igual que nosotros (pero en un plano cualitativo diferente) llegan finalmente a un punto que no pueden traspasar.

—El límite último del Universo —dijo Lawler.

—No. Sólo el límite último de *ellos*. Muy bien podría ocurrir que hubiera dioses mayores más allá de esos límites. Los dioses de los que estamos hablando se hallan encapsulados, de la misma forma que lo estamos los mortales, pero en una realidad más grande, que ha sido definida por diferentes matemáticos y a la que no pueden acceder. Se vuelven hacia lo alto, a la realidad siguiente y al siguiente nivel de dioses. Y esos dioses, es decir, los habitantes de esa realidad mayor, tienen también a su alrededor una pared godeliana, con dioses aún mayores al otro lado. Y así continúa indefinidamente la cosa.

Lawler sintió vértigo.

—¿Hasta el infinito?

—Sí.

—Pero ¿no define usted a un dios como algo infinito? ¿Cómo puede una cosa infinita ser más pequeña que el infinito?

—Un conjunto infinito puede estar contenido en un conjunto infinito. Un conjunto infinito puede contener una infinidad de conjuntos infinitos.

—Si usted lo dice... —respondió Lawler, un poco inquieto—. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la Faz?

—Si la Faz es un auténtico paraíso, virgen e inexplorado, un dominio del Espíritu Santo, podría entonces muy bien estar ocupado por entidades superiores, seres de gran pureza y poder. Lo que los miembros de la Iglesia llamamos una vez ángeles..., o dioses, como podrían decir las creencias más antiguas que la nuestra.

Ten paciencia, pensó Lawler. Este hombre se toma en serio todo lo que dice.

—Y esos seres superiores —dijo Lawler en voz alta—, ángeles, dioses o cualquiera sea el término que escojamos, son las deidades locales postgodelianas. ¿Lo he comprendido bien? Dioses, para nosotros. Dioses también para los gillies, dado que la Faz parece ser un lugar sagrado para ellos. Pero no para el mismo Dios, el Dios todopoderoso, el Dios de usted, el Dios al que rinde culto su Iglesia, el creador primigenio de los gillies, de nosotros y todo lo que hay en el Universo. No va a encontrarlo por aquí, al menos no con demasiada frecuencia. Ese Dios de usted está mucho más arriba en la escala de las cosas. No vive en ningún planeta en particular. Está en alguna parte por ahí arriba, en un territorio más alto, un universo mayor, mirando hacia abajo, comprobando de vez en cuando cómo van las cosas por aquí.

—Exactamente.

—Pero ¿ni siquiera él está en lo más alto de la cima?

—No hay ninguna cima —respondió Quillan—. Sólo hay una escalera interminable de deidades que va desde los apenas superiores a los mortales hasta los absolutamente insondables. No sé en qué nivel de la escalera están colocados los habitantes de la Faz, pero muy probablemente estarán en un punto más alto que el que ocupamos nosotros. Dios todopoderoso es la totalidad de esa escalera. Porque Dios es infinito, no puede haber un solo nivel en la deidad, sino una cadena que asciende eternamente. No existe Lo Más Alto, sino simplemente Más Alto y Más Alto, y todavía Más Alto, *ad infinitum*. La Faz es algún nivel intermedio de esa cadena.

—Ya veo —dijo Lawler con incertidumbre.

—Y al meditar sobre estas cosas, uno puede comenzar a percibir las infinidades superiores, aunque por definición nunca podamos llegar a percibir la Más Alta de todas, pues para hacerlo tendríamos que ser más grandes que la más grande de las infinidades.

Quillan levantó la vista al cielo y abrió los brazos, con un gesto que era casi una burla de sí mismo. Pero luego se volvió hacia Lawler y habló en un tono de voz completamente diferente del que había empleado antes.

—Al menos, doctor, he llegado a comprender el por qué de que fracasara en mi sacerdocio. Debo de haber sido consciente durante todo el tiempo de que el Dios que estaba buscando, la Única Entidad Suprema que nos protege, es absolutamente inalcanzable. Por lo que a nosotros respecta, Él de hecho no existe. O, si lo hace, está en una región tan alejada de nuestra existencia que es igual que si no existiera en absoluto. Ahora comprendo finalmente que tengo que buscar a un dios inferior a Él, uno que esté más cerca de nuestro propio nivel de consciencia. Por primera vez, Lawler, veo la posibilidad de encontrar algún consuelo en esta vida.

—¿Qué clase de mierda estáis discutiendo vosotros dos? —preguntó Delagard, que se acercaba por detrás de ellos.

—Mierda teológica —respondió Quillan.

—Ah. Ah. ¿Una nueva revelación?

—Siéntate —dijo el sacerdote—. Te lo contaré.

Inflamado por la lógica de su nueva revelación, Quillan recorrió el barco dispuesto a compartirla con cualquiera que deseara escucharlo. Pero encontró pocas personas receptivas.

Gharkid pareció el más interesado. Lawler siempre había sospechado que aquel extraño hombrecillo tenía una vena mística; y ahora se lo podía ver, tan enigmático como siempre, sentado con los ojos relucientes y una actitud de la más profunda atención, absorbiendo absolutamente todo lo que decía el sacerdote. Pero, como siempre, Gharkid no tenía comentarios propios que ofrecer, sino tan sólo alguna tímida pregunta ocasional.

Sundria pasó una hora con Quillan y luego fue a ver a Lawler, con aspecto perplejo y meditativo.

—Pobre hombre —comentó—. Un paraíso. Espíritus santos caminando por entre la maleza y repartiendo bendiciones entre los peregrinos... Todas estas semanas pasadas en el mar tienen que haberlo sacado de sus cabales.

—Si es que estuvo en ellos alguna vez.

—Desea tremendamente el entregarse a alguien que sea más grande e inteligente que él. Ha estado persiguiendo a Dios durante toda su vida, pero creo que en realidad sólo intenta encontrar el camino de vuelta al útero materno.

—Qué cosa tan cínica has dicho.

—¿No es así, sin embargo? —Sundria recostó la cabeza sobre los muslos de Lawler—. ¿Tú qué crees? ¿Le encontraste algún sentido a toda esa rimbombante palabrería matemática? ¿O a la teología? ¿Al paraíso? ¿A los espíritus santos?

Él le acarició la espesa y oscura cabellera. Los meses de viaje la habían puesto áspera y le habían conferido un aspecto quebradizo y encrespado, pero continuaba siendo hermosa.

—Una cierta parte —dijo él—. Al menos puedo comprender la metáfora que utiliza. Pero no tiene ninguna importancia, ¿sabes? No para mí. Podría existir una infinidad de capas distintas de dioses en el Universo, cada uno con dieciséis veces más ojos que los dioses de la capa inmediatamente inferior; incluso Quillan podría tener una prueba absolutamente irrefutable de la existencia de todo ese elaborado galimatías, y aun así no significaría nada para mí. Yo vivo en este mundo y sólo en este mundo, y aquí no hay ningún dios. Lo que pueda estar sucediendo en los niveles superiores, si es que existen, no es de mi incumbencia.

—Eso no significa que no existan esos niveles superiores.

—No. Supongo que tienes razón. ¿Quién sabe? El viaje marino que nos habló de la Faz, contaba también descabelladas historias acerca de una ciudad submarina de super-Moradores que estaba junto a la orilla. Puedo creer en eso con la misma facilidad que puedo hacerlo en toda la palabrería teológica de Quillan, supongo; pero de hecho..., no puedo creer en ninguna de las dos cosas. Para mí, cualquiera de esas nociones es tan disparatada como la otra.

Ella volvió la cabeza para mirarlo.

—Pero supongamos, por el bien de esta discusión, que existe realmente una ciudad bajo el océano muy cerca de la Faz, y que la habita alguna clase superior de Moradores. Si fuese así, quedaría explicado el por qué de que los Moradores que conocemos la consideren como una isla sagrada y tengan miedo (o al menos pocos deseos) de acercarse a ella. ¿Y qué pasaría si realmente hubiera seres divinos allí?

—Esperemos a llegar allí y ver qué es lo que hay, y entonces te daré una respuesta a eso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —concedió Sundria.

En medio de la noche, Lawler se vio repentinamente despierto, con esa clase de vigilia que sin duda duraría hasta el amanecer. Se sentó y se frotó la dolorida frente. Se sentía como si le hubieran abierto el cráneo mientras estaba durmiendo y lo hubieran llenado con un millón de brillantes alambres finos y resplandecientes, los que ahora se frotaban unos contra otros a cada inspiración que hacía.

Había alguien en el camarote. A la débil luz de las estrellas que penetraba por el ojo de buey, vio una figura dibujada contra el mamparo, alta y ancha de hombros, que lo observaba en silencio. ¿Kinverson? No, no era lo suficientemente grande. De todas

formas, ¿por qué iba Kinverson a invadir su camarote en medio de la noche? Sin embargo, ninguno de los otros hombres de a bordo era tan alto.

—¿Quién está ahí?—preguntó Lawler.

—¿Es que no me conoces, Valben? —preguntó una voz profunda, resonante, maravillosamente calma y segura.

—¿Quién eres?

—Echa una buena mirada, muchacho.

El intruso se volvió de forma que la luz le iluminara un lado del rostro. Lawler vio una mandíbula fuerte, una barba rizada y negra, una nariz recta y dominante. Excepto por la nariz, aquel rostro hubiera podido ser el suyo propio. No, los ojos eran diferentes. Tenían un brillo poderoso; la mirada era a un tiempo más severa y compasiva que la de Lawler. Él conocía aquella mirada. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Pensé que estaba despierto —dijo con calma—, pero ya veo que continúo soñando. Hola, papá. Me alegro mucho de volver a verte. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Ah, sí? No para mí.

Dio un par de pasos hacia Lawler, que en aquel camarote diminuto lo llevaron prácticamente hasta el borde de la cama. Llevaba una anticuada túnica fruncida, una túnica que Lawler recordaba muy bien.

—Sin embargo, tiene que haber pasado bastante tiempo, porque ya eres completamente adulto. Eres mayor que yo, ¿verdad?

—Aproximadamente igual que tú, ahora.

—Y eres médico. Un buen médico, según he oído decir.

—No realmente. Hago todo lo que puedo, pero no es bastante.

—Todo lo que puedes es siempre bastante, si es realmente todo de lo que eres capaz. Yo solía decírtelo, pero supongo que no me creías: siempre que no desatiendas tus deberes, siempre que honradamente te preocupes. Un médico puede ser un consumado bastardo fuera de su profesión, pero, si se preocupa por su labor, será bueno. Siempre que entienda que está para proteger, curar, querer; y creo que tú entiendes eso —se sentó en la esquina de la cama; parecía sentirse muy cómodo—. No has fundado una familia, ¿verdad?

—Pues no.

—Es una verdadera lástima. Hubieras sido un buen padre.

—¿Tu crees?

—Eso te hubiera cambiado, por supuesto, pero para mejor. Al menos, así lo creo. ¿Lo lamentas?

—No lo sé. Probablemente. Lamento muchas cosas. Lamento que mi matrimonio haya fracasado, lamento no haber vuelto a casarme, lamento que tú te murieras demasiado pronto, papá.

—¿Morí demasiado pronto?

—Para mí, sí.

—Sí, supongo que así fue.

—Te quiero.

—Y yo te quiero a ti, muchacho. Todavía te quiero. Te quiero muchísimo y estoy muy orgulloso de ti.

—Hablas como si aún estuvieses vivo... Pero esto es un sueño; puedes decir lo que se te ocurra, ¿no?

La figura se puso de pie y retrocedió hacia la oscuridad. Pareció embozarse en sombras.

—Esto no es un sueño, Valben.

—¿No? Pues... Bueno, a pesar de todo, estás muerto, papá. Hace veinticinco años que estás muerto. Si esto no es un sueño, ¿por qué estás aquí? Si eres un fantasma, ¿por qué has esperado hasta ahora para empezar a perseguirme?

—Porque tú nunca habías estado tan cerca de la Faz antes.

—¿Qué tiene que ver la Faz contigo o conmigo?

—Yo moro en la Faz, Valben.

A pesar de sí mismo, Lawler se echó a reír.

—Eso es algo que diría un gillie, no tú.

La declaración lisa, serena y aterradora colgaba en el aire como una nube de miasma. Lawler retrocedió ante ella. Ahora comenzaba a comprender. La ira empezó a tomar posesión de él. Le hizo un gesto irritado al fantasma.

—Lárgate de aquí. Déjame dormir.

—¿Qué forma es ésa de hablarle a tu padre?

—Tú no eres mi padre. O bien eres un sueño muy desagradable, o una engañosa ilusión que procede de algún erizo marino o pez dragón telepáticos de los que andan por el océano. Mi padre nunca hubiera dicho una cosa así. Ni siquiera en el caso de que volviera como fantasma, cosa que tampoco hubiera hecho. Eso de perseguir no iba con su estilo. ¡Márchate y déjame en paz!

—¡Valben, Valben, Valben!

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no me dejas tranquilo?

—Valben, muchacho...

De pronto, Lawler se dio cuenta de que ya no podía ver la alta figura sombría.

—¿Dónde estás?

—En todas partes en torno de ti, y en ninguna parte.

A Lawler le palpitaba la cabeza. Algo se agitaba en su estómago. En medio de la oscuridad, tendió la mano hacia el frasco de extracto de alga; pero pasado un momento recordó que estaba vacío.

—¿Qué eres?

—Soy la resurrección y la vida. Aquel que crea en mí, aunque muera, vivirá en mí.

—¡No!

—¡Que Dios te salve, anciano marinero!, de los demonios que así te atormentan...

—¡Esto es una locura! ¡Basta! ¡Sal de aquí! ¡Fuera!

Tembloroso, Lawler buscó la lámpara: la luz disiparía aquella cosa... Pero antes de poder hallarla, experimentó una repentina y aguda sensación de soledad y se dio cuenta de que la visión, o lo que hubiera sido, lo había abandonado.

Su marcha le dejó un resonante e inesperado vacío. Sentía la ausencia como algo traumático, parecido a una amputación. Permaneció durante largo rato sentado en el borde de la cama, estremeciéndose, empapado en sudor, temblando como había temblado durante los peores momentos del síndrome de abstinencia. Luego se levantó. No era probable que pudiera dormirse.

Salió a cubierta. En lo alto había un par de lunas con extrañas manchas púrpuras y verdes, de una luminiscencia que parecía llenar constantemente el aire y ahora se elevaba del horizonte occidental. La misma Cruz de Hydros, suspendida en un rincón del cielo como una joya desechada, también titilaba con colores, cosa que Lawler no había visto nunca antes; de sus brazos manaban violentos y cegadores destellos de color ámbar, turquesa, escarlata, azul marino.

No parecía haber nadie de guardia. Las velas estaban desplegadas y el barco parecía moverse al soplo de una brisa suave, pero la cubierta estaba vacía. Lawler sintió una rápida punzada de terror. El primer equipo debería estar de guardia: Pilya, Kinverson, Gharkid, Felk, Tharp. ¿Dónde estaban? Incluso el timón estaba desatendido. ¿Era que el barco se gobernaba por sí mismo?

Aparentemente, así era; y también se desviaba de su rumbo. La noche anterior, recordó en ese momento, la Cruz había estado a proa y estribor. Ahora estaba alineada con la manga. Ya no navegaban en dirección suroeste, sino que habían girado en un ángulo agudo con respecto a su rumbo anterior.

Lawler caminó de puntillas por la cubierta, perplejo. Cuando se acercó al mástil posterior, vio a Pilya durmiendo sobre un montón de cuerdas, y a Tharp roncando cerca de ella. Delagard los desollaría vivos si se enterara. Un poco más allá estaba Kinverson, sentado contra la borda, con la espalda apoyada en la barandilla. Tenía los ojos abiertos pero tampoco parecía despierto.

—¿Gabe? —dijo Lawler en voz baja. Se arrodilló y movió los dedos ante el rostro de Kinverson. No hubo respuesta—. ¿Qué está ocurriendo, Gabe? ¿Estás hipnotizado?

—Está descansando —dijo de pronto la voz de Onyos Felk, a sus espaldas—. No lo molestes. Hemos tenido una noche muy atareada. Hemos estado haciendo girar las velas durante cuatro horas, pero mira: allí está la tierra firme, justo delante de nosotros. Nos movemos muy rápidamente hacia ella.

¿Tierra firme? ¿Cuándo había hablado nadie de tierra firme en Hydros?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lawler.

—Allí. ¿La ves?

Felk gesticuló vagamente hacia la proa. Lawler miró a lo lejos y no vio más que la inmensidad del luminoso mar en un horizonte limpio, ocupado sólo por unas cuantas estrellas bajas y una espesa nube alargada a media altura. El oscuro telón del cielo parecía extrañamente encendido, como una pavorosa aurora resplandeciente. Había colores por todas partes, colores llamativos, una fantástica pléyade de luces extrañas, pero nada de tierra firme.

—Durante la noche —explicó Felk—, el viento cambió y nos arrastró hacia ella. ¡Qué espectáculo tan increíble! ¡Esas montañas! ¡Esos tremendos valles! ¿Lo hubieras creído alguna vez, doctor? ¡La Faz de las Aguas! —Felk parecía a punto de estallar en lágrimas—. He pasado toda mi vida observando las cartas de navegación, mirando esa mancha oscura que ocupaba parte del hemisferio más alejado de nosotros, y ahora la estamos mirando directamente a los ojos... ¡La Faz, doctor, la misma Faz!

Lawler apretó los brazos contra su cuerpo; en la calidez tropical de la noche, sentía un repentino escalofrío. Continuaba sin ver otra cosa que el interminable oleaje de las aguas.

—Escúchame, Onyos, si Delagard sale temprano a cubierta y se encuentra con que todo el turno de guardia está durmiendo, sabes perfectamente qué sucederá. ¡Por Dios, si no los despiertas tú, lo haré yo!

—Déjalos que duerman. Por la mañana ya estaremos en la Faz.

—¿Qué Faz? ¿Dónde?

—¡Allí, hombre! ¡Allí!

Lawler continuaba sin ver nada. Avanzó unos pasos. Cuando llegó a la proa encontró a Gharkid, el miembro que faltaba del equipo; estaba sentado con las piernas cruzadas encima del castillo de proa, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos, muy abiertos, mirando fijamente como dos esferas de cristal. Al igual que Kinverson, se hallaba en un estado de conciencia muy diferente al de vigilia normal.

Completamente desconcertado, Lawler miró noche adentro. El deslumbrante enredo de colores continuaba danzando, pero ante sí sólo podía ver agua y cielo vacíos. Entonces algo cambió. Fue como hubiera tenido una nube ante los ojos, y ahora finalmente se hubiera despejado. Le pareció como si se hubiera desprendido un trozo del cielo, bajando hasta la superficie y moviéndose de forma complicada, doblándose una y otra vez sobre sí mismo hasta parecer un montón de papeles arrugados, y luego un atado de paños, y luego una masa de serpientes furiosas, y luego unos pistones movidos por algún motor invisible. En el horizonte había brotado una red tejida de alguna substancia que se retorció. Los ojos dolían cuando se la miraba.

Felk se acercó y se detuvo junto a él.

—¿La ves ahora? ¿La ves?

Lawler se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración durante largo rato. La dejó escapar lentamente.

Algo que parecía una brisa, pero que era otra cosa, le soplaba en el rostro. Él sabía que no podía ser una brisa, porque podía sentir el viento desde popa, y cuando levantó la mirada vio que las velas estaban hinchadas hacia la proa. No era brisa, no. Era una emanación. Una energía. Una radiación, dirigida hacia él. Sintió su ligero crepitar en el aire, sintió cómo le azotaba la mejilla semejante al viento helado de una tormenta invernal. Permaneció de pie e inmóvil, asaltado por el pasmo y el miedo.

—¿La ves? —volvió a preguntar Felk.

—Sí. Sí, ahora la veo —se volvió para encararse con el cartógrafo. A la extraña luz que los bañaba procedente del oeste, el rostro de Felk parecía pintado, como el de un duende—. Será mejor que despiertes a tu equipo, de todas formas. Voy a bajar a buscar

a Delagard. Para bien o para mal, él nos trajo hasta aquí. No merece perderse el momento de la llegada.

7

En la oscuridad decreciente Lawler imaginó que el mar que yacía ante ellos retrocedía velozmente, se retiraba como si lo estuvieran pelando y dejaba una sorprendente superficie arenosa entre el barco y la Faz; pero, cuando volvió a mirar, vio las brillantes aguas en el mismo estado de siempre.

Tras un corto rato llegó el alba, que trajo consigo extraños sonidos y paisajes nuevos: aparecieron rompientes, los crujientes chapoteos de las olitas contra la proa, una línea de luminosa espuma que se agitaba en la distancia. A las primeras luces grisáceas, Lawler no consiguió distinguir nada más que eso. Allí delante —no muy lejos— había tierra firme, pero él era incapaz de verla. Todo era incierto en aquel lugar. El aire parecía lleno de una neblina espesa que no se levantó ni siquiera cuando el sol se elevó en el cielo. Entonces, percibió abruptamente la enorme barrera oscura que yacía en el horizonte, una joroba baja que casi hubiera podido ser la línea costera de una isla gillie, si se exceptuaba el hecho de que en Hydros no había ninguna isla de ese tamaño. Se extendía ante ellos desde un extremo del mundo al otro, como una barrera ante el mar que tronaba y se estrellaba contra ella a lo lejos, pero no conseguía imponer su poderío.

Apareció Delagard. Permaneció sobre el puente, tembloroso, con la cabeza echada hacia delante y las manos aferradas a la barandilla con impresionante fervor.

—¡Allí está! —gritó—. ¿Me creíais o no? ¡Allí está la Faz, por fin! ¡Miradla! ¡Miradla!

Era imposible no sentirse profundamente impresionado. Incluso los más tontos y los más simples de entre los viajeros —Neyana, digamos, o Pilya, o Gharkid— parecían conmovidos por aquella presencia agazapada, por lo extraño del paisaje que tenían delante, por el poder de las inexplicables emanaciones que llegaban en palpitantes oleadas desde la Faz. Los once viajeros permanecieron alineados hombro con hombro sobre la cubierta, sin que nadie se molestara en gobernar el barco o acercarse al timón, y miraban fijamente en medio de un pasmado silencio mientras el barco avanzaba hacia la isla como si estuviera en poder de alguna fuerza magnética.

Sólo Kinverson parecía, si no impasible, al menos sereno. Había despertado del trance y también él miraba fijamente la orilla a la que se aproximaban. Su cara hosca parecía resquebrajada por alguna profunda emoción; pero cuando Dag Tharp se volvió hacia él y le preguntó si sentía miedo, Kinverson le respondió con la mirada vacía, como si la pregunta careciera de sentido para él, y una expresión sin relieve e indiferente, como si pensara que no había necesidad de explicaciones:

—¿Miedo? —preguntó—. No. ¿Debería tenerlo?

El movimiento constante que se observaba sobre la isla impresionó a Lawler como el rasgo más asombroso. Nada estaba inmóvil. Fuera cual fuese la vegetación que había a lo largo de la orilla, si aquello era realmente vegetación, parecía estar en proceso de crecimiento intenso, dinámico y agitado. No había quietud en ninguna parte. No se veía

ningún rasgo topográfico reconocible. Todo estaba en movimiento, todo se agitaba, caía, se entretejía en un complicado enredo de substancia brillante y volvía a destejarse, se agitaba en una danza demencial de energía que muy bien podía existir en ese estado desde el principio de los tiempos.

Sundria se detuvo junto a Lawler y descansó suavemente una mano sobre su hombro desnudo. Ambos permanecieron mirando aquel espectáculo, apenas atreviéndose a respirar.

—Los colores —dijo ella, suavemente—. La electricidad.

Era un espectáculo fantástico. La luz nacía constantemente de cada milímetro de la superficie. Ora de un blanco puro, ora de un rojo brillante, ora del más profundo de los violetas que lindaba con el negro impenetrable; y luego aparecieron colores a los que Lawler apenas podía atribuirles un nombre. Desaparecían antes de que pudiera comprenderlos, y otros igualmente potentes ocupaban el lugar de aquéllos.

Era una luz que tenía la calidad de un intenso ruido: era un estallido, un estrépito terrible, un destello deslumbrador y palpitante. Su abrumadora energía tenía un vigor perverso y demencial: semejante furia difícilmente podía pertenecer a la cordura. Fantasmales erupciones de llamas frías danzaban, brillaban, desaparecían y eran reemplazadas por otras. No se podía fijar la vista durante mucho tiempo en un mismo punto; la fuerza de aquellos violentos estallidos de color obligaba a apartar los ojos. Incluso cuando uno no mira, pensó Lawler, le golpean insistentemente el cerebro, de todas formas. Aquel lugar era como un inmenso aparato de radio que transmitía de forma inexorable en ondas biosensoriales. Podía sentir cómo lo exploraban aquellas emanaciones, le tocaban el cerebro, resbalaban por el interior de su cráneo, y como dedos invisibles le acariciaban el alma.

Permaneció inmóvil, tembloroso, los brazos en torno a la cintura de Sundria y los músculos contraídos desde la cabeza a los pies. Luego, a través del enloquecido brillo, le llegó algo igualmente violento, igualmente demencial, pero más conocido: la voz de Nid Delagard, transformada ahora en algo crudo, áspero y extrañamente rígido, pero aun así reconocible.

—¡Muy bien, volved todos a vuestros puestos! ¡Tenemos trabajo pendiente!

Delagard jadeaba con rara emoción. Su rostro tenía un aspecto oscuro y tempestuoso, como si una tormenta privada estuviera agitando su alma. Se movió entre ellos de forma frenética, los cogió bruscamente uno a uno y los volvió para apartarles los ojos de la Faz.

—¡Volvedle la espalda! ¡Volvedle la espalda! ¡Esa luz hechicera os hipnotizará si le dais la menor oportunidad!

Lawler sintió que los dedos de Delagard se le clavaban en los brazos. Se rindió a aquella fuerza y dejó que lo apartara del asombroso espectáculo que había al otro lado del agua.

—Tenéis que esforzaros para no mirar —dijo Delagard—. ¡Onyos, coge el timón! ¡Neyana, Pilya, Lawler, orientemos esas velas hacia el viento! Tenemos que encontrar un puerto.

Navegaron con los ojos entrecerrados, se esforzaron duramente por mantener la vista apartada del incomprensible espectáculo que hacía erupción ante ellos, y re-

corrieron las turbulentas orillas en busca de un sitio resguardado o una bahía en la que hallar refugio.

Al principio pareció que no la había; la Faz era un promontorio largo, impenetrable, hostil. Pero el barco atravesó inesperadamente la línea de rompiente y se encontró en aguas tranquilas, una plácida bahía rodeada por dos brazos coronados de abruptas colinas. Pero aquella placidez fue engañosa y de corta duración. Pocos momentos después de la llegada, la bahía comenzó a elevarse e hincharse. En las agitadas aguas, gruesas hebras negras de lo que podía haber sido fuco, surgieron a la vista y flagelaron la superficie como oscuros brazos de monstruos. Entre ellos aparecieron unas amenazadoras protuberancias llenas de púas como lanzas, de las que salían nubes de siniestro humo amarillo. A lo largo de la orilla parecían estar produciéndose conmociones de tierra.

Lawler, agotado, comenzó a pensar en imágenes misteriosas, abstractas, tentadoras. Formas desconocidas que danzaban en su mente. Sintió una comezón inalcanzable y enloquecedora detrás de la frente; se apretó las sienes con las manos, pero eso no lo alivió.

Delagard se paseaba por el puente, rumiando y murmurando. Pasado un rato ordenó que hicieran girar el barco en redondo y volvió a llevarlo más allá de la rompiente. En cuando dejaron la bahía, ésta volvió a quedar en calma. Tenía el mismo aspecto tentador de antes.

—¿Lo intentamos otra vez? —preguntó Felk.

—Ahora no —respondió secamente Delagard. Los ojos le brillaban con fría ira—. Quizá éste no sea un buen lugar. Nos desplazaremos hacia el oeste.

La costa que encontraron en dirección oeste no era nada prometedora: abrupta, escarpada, salvaje. El viento tenía un penetrante olor acre a combustión. De la tierra se levantaban chispas de fuego. El aire mismo parecía arder. Algunas olas de irresistible poder telepático llegaban hasta ellos desde la isla, repentinas descargas cortas que provocaban desorden y confusión mentales.

El sol de mediodía tenía un aspecto hinchado y descolorido. No parecía haber ensenadas por ninguna parte. Pasado un rato, Delagard, que se había ido bajo cubierta, reapareció y con voz tensa y amarga anunció que por el momento abandonaría todo intento de acercarse a tierra.

Retrocedieron hasta un punto bien alejado de la superficie agitada, donde las aguas del mar eran someras, calmas, y destellaban con los colores de las brillantes arenas del lecho. Allí echaron el ancla por segunda vez desde el principio del viaje.

Lawler encontró a Delagard junto a la barandilla, mirando a lo lejos.

—¿Y bien? ¿Qué piensas ahora del paraíso, Nid? ¿De tu tierra de leche y miel?

—Encontraremos la forma de entrar. Simplemente hemos llegado por el lado erróneo, eso es todo.

—¿Es que quieres desembarcar ahí?

Delagard se volvió para encararse con él. Sus ojos inyectados de sangre, extrañamente transformados por la luz fantasmal que los rodeaba, parecían muertos, completamente faltos de vida; pero, cuando habló, su voz fue tan fuerte como siempre.

—Nada de lo que he visto hasta ahora ha cambiado mi opinión en lo más mínimo, doctor. Éste es el sitio en el que quiero estar. Jolly consiguió desembarcar aquí, y nosotros también lo haremos.

Lawler no respondió. No podía pensar en nada que pudiese decir que no fuera a provocar una explosión de ira en Delagard. Pero luego éste sonrió, se inclinó hacia delante y apoyó cordialmente las manos sobre los hombros del doctor Lawler.

—¡Doctor, no tengas ese aspecto tan solemne! Por supuesto que éste es un sitio extraño. Por supuesto. ¿Por qué otra razón iban los gillies a mantenerse apartados de él durante todo este tiempo? Y por supuesto que la energía que nos llega de allí nos produce una sensación igualmente extraña. Simplemente, no estamos habituados a ella; pero no significa que debemos tenerle miedo. No se trata de otra cosa que de unos fantásticos efectos visuales. Sólo son decoración, adornos del conjunto. No significan nada. Ni una jodida cosa.

—Me alegro de que estés tan seguro.

—Sí, lo estoy. Oye, doctor, ten fe; ya casi estamos allí. Hemos llegado hasta aquí, y vamos a recorrer el resto del camino. No hay de qué preocuparse —volvió a sonreír—. Mira, doctor, relájate, ¿quieres? La noche pasada encontré un poco del brandy de Gospo, que estaba escondido. Ven a mi camarote dentro de una hora más o menos; todos estarán allí. Haremos una fiesta. Vamos a celebrar nuestra llegada.

Lawler fue el último en llegar. Estaban todos reunidos a la luz de las velas en el atestado camarote que olía a mohó, agrupados en forma de semicírculo en torno a Delagard; Sundria a su izquierda, Kinverson al otro lado, Neyana y Pilya a continuación, luego Gharkid, Quillan, Tharp, Felk y Lis. Todos tenían un vaso de brandy. Sobre la mesa había una botella vacía y dos llenas.

Delagard se erguía encarado con ellos, con la espalda apoyada contra la amurada y la cabeza hundida entre los hombros de una forma que parecía defensiva y agresiva al mismo tiempo. Parecía un poseso. Los ojos le brillaban con una expresión casi febril. Su cara, robusta y salpicada por algún tipo de erupción, estaba enrojecida y sudorosa. Lawler tuvo la repentina impresión de que aquel hombre estaba al borde de una crisis: una erupción interna, una violenta explosión, la liberación de unas emociones que habían permanecido contenidas durante demasiado tiempo.

—Bebe una copa, doctor —dijo Delagard.

—Gracias; así lo haré. Creía que se nos había agotado completamente este licor.

—También yo lo pensaba, pero estaba equivocado —respondió Delagard. Vertió hasta desbordar el vaso y lo envió de un empujón hacia Lawler, al otro lado de la mesa—. Así que has recordado la historia de Jolly acerca de la ciudad submarina, ¿eh?

Lawler bebió un largo trago de brandy y esperó hasta que hubo llegado al fondo.

—¿Cómo supiste eso?

—Sundria me lo dijo. Me comentó que habías hablado con ella del asunto.

Lawler se encogió de hombros.

—Apareció ayer de la nada, flotando en mi cerebro. No había pensado en ello durante años. Era la mejor parte de la historia de Jolly, y la había olvidado.

—Pero yo no —afirmó Delagard—. Se lo estaba contando a los demás mientras esperábamos a que bajaras. ¿Qué piensas de ello, doctor? ¿Era todo mierda lo que contaba Jolly, o no lo era?

—¿Una ciudad submarina? ¿Cómo puede ser eso posible?

—Un túnel gravitacional, es la explicación que recuerdo que daba Jolly. Supertecnología, decía, alcanzada por unos supergillies...

Delagard hizo rotar en el vaso el brandy que contenía; ya estaba muy adentrado en el camino de emborracharse, advirtió Lawler.

—Siempre creí que esa historia era la mejor de todas, igual que tú —continuó Delagard—. Cuando explicaba cómo los gillies, hace medio millón de años, decidieron irse a vivir al interior del océano. En este planeta había algunas masas de tierra; eso es lo que le contaron a Jolly, ¿recuerdas? Islas de buen tamaño, incluso continentes pequeños, y ellos desmantelaron todo eso y utilizaron el material para construir cámaras estancas en el extremo inferior del túnel gravitacional; y cuando lo tuvieron todo a punto, se mudaron allí abajo y cerraron la puerta tras de sí.

—¿Y tú te creíste todo eso? —preguntó Lawler.

—Probablemente no. Es algo bastante disparatado; pero es una historia bonita, ¿no crees, doctor? Una especie avanzada de gillies que vive ahí abajo, los amos del planeta; que dejan a sus primos terrestres en las islas flotantes, junto con algunos siervos y campesinos que se encargan de trabajar el mundo exterior para ellos como si se tratara de una granja, para proporcionarles buena comida a los de abajo. Y todas las formas de vida de Hydros, los gillies de las islas, las bocas, las plataformas, los buzos, los peces bruja y todos los demás, hasta las mismas ostras rastreras y lapas, están ligadas a una trama ecológica cuya única finalidad es la de servir a las necesidades de los que viven en la ciudad submarina.

»Los gillies de las islas creen que cuando mueren vienen aquí para habitar en la Faz. Pregúntaselo a Sundria, si no me crees. Deben querer decir que esperan bajar ahí y llevar una vida cómoda en la ciudad escondida. Quizá también los buzos creen en eso. Y las ostras rastreras.

—Esa ciudad no es más que la fábula de un anciano loco —dijo Lawler—. Un mito.

—Puede que sí... y puede que no —Delagard le dedicó una sonrisa tensa y fría. Su autocontrol resultaba aterrador por su intensidad; irreal, ominoso—. Pero supongamos que no lo es.

»Lo que vimos esta mañana, todo ese increíble jaleo de Dios sabe qué danzando y retorciéndose, podría de hecho ser una gigantesca máquina biológica que aprovisiona de energía a la ciudad secreta gillie. Las plantas que crecen allí son metálicas; apostaría a que lo son. Se trata de piezas de la máquina. Tienen las raíces en el mar para extraer de él los minerales y generar con ellos nuevos tejidos; y llevan a cabo todo tipo de función mecánica; y lo que podría haber en alguna parte de la isla es un circuito eléctrico, quizá emplazado en el centro. Apostaría a que hay un colector de energía solar, un disco acumulador que recoge la energía que todo ese cableado semivivo transmite al interior de la ciudad sumergida.

»Lo que hemos estado sintiendo es la energía sobrante de todo ello. Viene crepitando por el aire y nos jode la mente; o lo haría, si la dejáramos. Somos lo suficientemente listos como para no dejarnos apresar por ella. Lo que vamos a hacer es navegar a

una distancia segura a lo largo de la costa, hasta que lleguemos a la entrada de la ciudad escondida, y entonces...

—Vas demasiado rápido, Nid —dijo Lawler—. Dices que no crees que la ciudad submarina sea otra cosa que la fantasía de un viejo, y de pronto estás en su entrada.

Delagard pareció sentirse desenmascarado.

—Sólo estoy hablando sobre el supuesto de que es real. Sólo por el bien de la conversación. Bebe un poco más de brandy, doctor. Éste es el último que nos queda, sin duda. Da lo mismo que nos lo bebamos todo de una sola vez.

—Si damos por supuesto de que es real —dijo Lawler—, ¿cómo vas a construir la gran ciudad de la que has estado hablando continuamente, si el lugar ya está en posesión de un puñado de super gillies? ¿No crees que van a sentirse un poco molestos? En el caso de que existan.

—Imagino que sí. Dando por supuesto lo de que existan.

—Entonces ¿no crees que llamarían a un ejército de peces espolón, peces hacha, leopardos marinos y drak-kens para enseñarnos a no volver por aquí a molestarlos?

—No tendrán esa oportunidad —dijo serenamente Delagard—. Si están allí, lo que haremos será bajar ahí abajo y conquistarlos.

—¿Que haremos qué?

—Será la cosa más fácil que puedas imaginarte. Son blandos, decadentes y viejos. Si están allí, doctor, si es que lo están, se han salido siempre con la suya en este planeta desde el principio de los tiempos, y el concepto de enemigo no existe siquiera en sus mentes. Todo lo que existe en Hydros está a su servicio; y han estado metidos en su agujero durante medio millón de años, viviendo con un lujo que nosotros no podemos siquiera comenzar a imaginarnos. Cuando bajemos allí descubriremos que no tienen absolutamente ninguna forma de defenderse. ¿Por qué iban a tenerla? ¿Para defenderse de quién? Si entramos allí y les decimos que vamos a tomar el mando, ellos se apartarán y se rendirán.

—¿Once hombres y mujeres medio desnudos, armados con arpones y cabillas van a conquistar la capital de una civilización inmensamente avanzada?

—¿Has estudiado algo de historia terrícola, Lawler? Allí existió un sitio llamado Perú, que gobernaba medio continente y cuyos templos estaban contruidos de oro. Un hombre llamado Pizarro llegó allí con doscientos hombres pertrechados con armas medievales que no servían de mucho, uno o dos cañones y algunos rifles que te resultarían increíbles, se apoderó del emperador y conquistó el lugar con absoluta facilidad. Por la misma época, hubo un hombre llamado Cortés que hizo lo mismo en un imperio llamado México, que era igual de rico que el otro. Se los coge por sorpresa, no te permites siquiera la posibilidad de una derrota, te limitas a entrar y apoderarte de la máxima figura de autoridad, y caen todos a tus pies; y todo lo que tienen es tuyo.

Lawler miró fijamente a Delagard, pasmado por el asombro.

—Nid, permitimos que los simples primos campesinos de esos supergillies nos arrojaran de la isla en la que habíamos vivido durante ciento cincuenta años, sin levantar siquiera un dedo para defendernos, porque sabíamos que no teníamos la más mínima posibilidad de luchar contra ellos. Sin embargo, ahora me dices con toda la seriedad del mundo que vas a derrocar a toda una civilización de supertecnología con las manos

desnudas, y me cuentas historias folclóricas de reinos míticos conquistados por héroes de culturas antiguas para demostrarme que puede llevarse a cabo. ¡Jesús, Nid! ¡Jesús!

—Ya lo verás, doctor. Te lo prometo.

Lawler miró en torno para apelar a los demás; pero permanecían mudos, helados, como dormidos.

—Pero ¿por qué perdemos siquiera el tiempo con todo esto? —preguntó—. No existe tal ciudad. Es un concepto imposible. No crees en ello ni por un minuto, Nid, ¿verdad? ¿No es verdad?

—Ya te lo he dicho: quizá crea y quizá no. Jolly creía en esa ciudad.

—Jolly se volvió loco.

—No cuando recién llegó a Sorve. Eso no ocurrió hasta más tarde, luego de que se rieran de él durante años.

Pero Lawler ya había tenido suficiente. Delagard daba vueltas y más vueltas, y nada de lo que decía tenía sentido alguno. El aire húmedo y encerrado del camarote se convirtió de pronto en algo tan difícil de respirar como el agua. Lawler sintió como si se ahogara; lo recorrieron espasmos de náusea claustrofóbica. Deseaba con todas sus fuerzas el extracto de alga insensibilizadora.

Ahora comprendía que Delagard no era simplemente un obseso peligroso: estaba completamente loco. Y estamos todos perdidos aquí, en los confines del mundo, pensó, sin forma alguna de escapar ni lugar alguno al que huir, incluso si lográramos hacerlo...

—No puedo escuchar por más tiempo esta basura —dijo, con la voz medio estrangulada por la ira y el asco. Se levantó y salió precipitadamente del camarote.

—¡Doctor! —gritó Delagard—. ¡Vuelve aquí! ¡Maldito seas, doctor, vuelve aquí!

Lawler dio un portazo y continuó su camino. Al detenerse sobre cubierta, Lawler supo, sin volverse siquiera, que el padre Quillan había salido tras él. Era extraño que lo supiera sin mirar. Debía tratarse de algún efecto colateral de las furiosas emanaciones que se cernían sobre ellos procedentes de la Faz de las Aguas.

—Delagard me ha pedido que suba y hable con usted —dijo el sacerdote.

—¿Sobre qué?

—Sobre su estallido, ahí abajo.

—¿Mi estallido? —preguntó Lawler, atónito. Se volvió para mirar al sacerdote. En la extraña luz multicolor que crepitaba en torno a ellos, el padre Quillan parecía más flaco que nunca: su largo rostro era una roca de innumerables planos, su piel estaba bronceada y lustrosa, sus ojos tan brillantes como faros—. ¿Y qué hay del estallido de Delagard? ¡Ciudades perdidas bajo el mar! ¡Disparatadas guerras de conquista modeladas sobre fábulas míticas sacadas de la antigüedad!

—Oh, no, no fueron míticas. Cortés y Pizarro existieron, y realmente conquistaron grandes imperios con sólo un puñado de hombres, hace un millar de años. Es la verdad. Está documentado en la historia terrícola.

Lawler se encogió de hombros.

—Lo ocurrido hace mucho tiempo en otro planeta no tiene importancia aquí.

—¿Usted dice eso? ¿Usted, el hombre que visita la Tierra en sus sueños?

—Cortés y Pizarro no se enfrentaron con gillies. Delagard es un lunático, y todo lo que nos ha estado diciendo hace un momento es una locura absoluta —luego preguntó, repentinamente cauteloso—. ¿O no está usted de acuerdo?

—Es un hombre voluble y melodramático, lleno de frenesí y ardor, pero no creo que esté loco.

—¿Una ciudad submarina emplazada en el extremo de un túnel gravitacional? ¿Usted cree realmente que puede existir algo parecido? Usted creería en cualquier cosa, ¿no es cierto? Sí, seguro. Usted puede creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, así que ¿por qué no en una ciudad submarina?

—¿Por qué no? —preguntó el sacerdote—. Cosas más extrañas que ésa se han encontrado en otros mundos.

—No me interesa —dijo Lawler con hosquedad.

—Y sería una explicación plausible de por qué Hydros es como es. He pensado mucho en este planeta, Lawler. No existen mundos acuáticos reales en la galaxia, ¿sabe? Los otros que son como Hydros tienen todos por lo menos cadenas de islas naturales, archipiélagos, cumbres de montañas hundidas que sobresalen del mar. Sin embargo, Hydros no es más que una gran pelota de agua; pero, si se postula que en determinada época hubo una cierta cantidad de tierra firme, y que desapareció al ser explotada para construir una o más ciudades submarinas enormes, hasta que finalmente el territorio de superficie de Hydros desapareció bajo el mar y en el exterior no quedó más que agua...

—Puede que así haya sido, y puede que no.

—Es razonable. ¿Por qué los gillies son una especie constructora de islas? Quizá porque están evolucionando a partir de una forma de vida acuática, y necesitan, por lo tanto, tierra en la que vivir. Esa es una teoría razonable; pero ¿y si fuera completamente al revés? Tal vez al principio eran una especie terrestre, y los que fueron abandonados en la superficie en el momento de la migración general hacia las ciudades submarinas han evolucionado hacia una forma de vida semiacuática cuando se quedaron sin tierras. Eso explicaría que...

—Sus argumentos científicos son como sus argumentos teológicos —dijo Lawler, agotado—. Comienza usted con una noción ilógica y luego le amontona encima toda clase de hipótesis y especulaciones con la esperanza de conseguir que tenga sentido. Si quiere creer que los gillies se aburrirían de pronto de vivir al aire libre y entonces se construyeron un escondite dentro del océano, acabaron con todos los territorios de superficie en el proceso y dejaron atrás unos anfibios mutantes de sí mismos por simple amor a la camiseta... bien, continúe creyéndolo, si quiere. A mí me trae sin cuidado. Pero ¿cree que Delagard puede marchar sobre esa ciudad y conquistarlos como está planeando hacer?

—Bueno...

—Mire —dijo Lawler—, yo no creo ni por un momento que exista esa ciudad mágica. También yo solía charlar con ese Jolly, y siempre me pareció un chalado; pero incluso en el caso de que ese sitio estuviera a la vuelta de la próxima esquina, no tendríamos ninguna posibilidad de invadirlo. Los gillies nos barrerían en cinco minutos —se inclinó hacia el sacerdote—. Escúcheme, padre: lo que realmente tenemos que hacer es poner a Delagard bajo control y largarnos de aquí. Hace unas semanas pensaba de esa

manera, pero luego cambié de opinión; ahora me doy cuenta de que estaba en lo correcto al principio. Ese hombre ha perdido el juicio y nosotros no tenemos nada que hacer aquí.

—No —dijo Quillan.

—¿No?

—Delagard puede estar tan perturbado como usted dice, y sus esquemas ser locuras absolutas; pero yo no lo apoyaré en ningún intento de interponerse en el camino de ese hombre, sino más bien al contrario.

—¿Quiere usted continuar olfateando por los alrededores de la Faz, sin importarle los riesgos?

—Sí.

—¿Porqué?

—Ya sabe usted por qué.

Lawler guardó silencio durante unos minutos.

—Ah, sí —dijo finalmente—. Se me había escapado de la memoria. Ángeles. Paraíso. ¿Cómo pude olvidar que fue usted el que animó a Delagard a venir aquí desde el principio, por sus propias razones personales, que no tienen nada que ver con las de él?

—Lawler blandió una mano en dirección al espectáculo de vegetación que se agitaba al otro lado del estrecho, en la orilla de la Faz—. ¿Todavía piensa que eso de ahí es la tierra de los ángeles? ¿La tierra de los dioses?

—En cierta forma, sí.

—¿Y cree que podrá negociar alguna clase de redención en ese lugar?

—Sí.

—Está usted más loco que Delagard.

—Puedo comprender por qué dice usted eso —afirmó el sacerdote.

Lawler rió con aspereza.

—Ya puedo verlo marchando a su lado, camino al interior de la ciudad submarina de los supergillies. Él llevará un arpón y usted llevará una cruz, y ambos caminarán cantando himnos, él en una tonalidad y usted en otra. Los gillies se acercarán y se arrojarán, y usted los bautizará uno a uno y luego les explicará que Delagard será el rey a partir de ese momento.

—Por favor, Lawler.

—¿Por favor, qué? ¿Es que pretende que le acaricie la cabeza y le diga lo impresionado que me siento por sus ideas? ¿Y que luego baje y le diga a Delagard cuánto le agradezco su inspirado liderazgo? No, padre. Navegamos bajo el mando de un loco, que con su complicidad nos ha traído al sitio más horripilante y peligroso del planeta, y eso no me gusta nada. Quiero marcharme de aquí.

—Si al menos deseara ver qué es lo que tiene para ofrecernos la Faz...

—Yo sé qué tiene para ofrecernos. La muerte es lo que tiene para ofrecer, padre. La muerte por hambre, por deshidratación, o algo peor. ¿Ve esas luces que destellan allí? ¿Siente crepitar esa extraña electricidad? A mí no me parece algo demasiado cordial.

De hecho me produce una sensación letal. ¿Es ésa la idea que tiene usted de la rendición? ¿La muerte?

Quillan le dirigió una mirada de ojos enloquecidos, repentinamente sobresaltada.

—¿No es cierto que su Iglesia piensa que el suicidio es uno de los pecados más graves? —preguntó Lawler.

—Es usted quien está hablando de suicidio, no yo.

—Pero es *usted* quien está planeando cometerlo.

—No sabe de qué está hablando, Lawler; y en su ignorancia lo distorsiona todo.

—¿Usted cree? —preguntó Lawler—. ¿Usted lo cree, realmente?

8

A últimas horas de aquella tarde Delagard ordenó que levaran ancla, y una vez más navegaron en dirección oeste a lo largo de la costa de la Faz. Una brisa cálida y constante soplabla en dirección a tierra, como si la gigantesca isla estuviera intentando aproximarlos hacia sí.

—¿Val? —gritó Sundria.

Estaba algo más arriba que él en la arboladura, arreglando los estayes de la verga del trinquete. Levantó los ojos hacia ella.

—¿Dónde estamos, Val? ¿Qué va a ocurrirnos? —ella temblaba bajo el viento tropical; miró hacia la isla con inquietud—. Parece que mi idea de que este lugar era el escenario devastado de algún experimento nuclear, era errónea; pero de todas formas parece aterrador.

—Sí.

—Y sin embargo, continuo sintiéndome atraída hacia allí. Todavía quiero saber qué es en realidad.

—Algo malo es lo que es —respondió Lawler—. Eso puede verse desde aquí.

—Sería tan fácil poner el barco rumbo a la orilla... Tú y yo, Val, podríamos hacerlo ahora mismo, sólo nosotros dos...

—No.

—¿Por qué no? —no había mucha convicción en la pregunta. Ella parecía sentir tanta incertidumbre como él con respecto a la isla. Las manos le temblaban tan violentamente que dejó caer el mazo. Lawler lo cogió al vuelo y se lo arrojó de nuevo—. ¿Qué crees que nos ocurriría si nos acercáramos más a la orilla? —preguntó—. ¿Si nos dirigiéramos directamente hacia la Faz?

—Deja que otro lo averigüe por nosotros —le respondió Lawler—. Deja que Gabe Kinverson vaya hasta allí, si es tan valiente como pretende. O el padre Quillan, o Delagard. Ésta es la excursión campestre de Delagard: deja que sea él el primero en bajar a tierra. Yo me quedaré aquí y observaré qué ocurre.

—Supongo que eso es lo más sensato. Pero sin embargo...

—Te sientes tentada.

—Sí.

—Tiene atractivo, ¿verdad? Yo también lo sentí. Siento algo dentro de mí que me dice: «Continúa adelante, echa una mirada, ve a ver qué hay allí. No hay nada como esto en el mundo. Tienes que verlo». Pero es una idea descabellada.

—Sí —dijo Sundria con voz apagada—. Tienes razón, lo es.

Guardó silencio durante un rato, concentrada en las reparaciones. Luego descendió por la arboladura hasta su nivel. Lawler pasó muy suavemente los dedos por los hombros de ella, casi como tanteando. Ella gimió dulcemente y se apretó contra él, y juntos miraron hacia el mar manchado de colores, el hinchado sol poniente, la pasmosa confusión de luces que se elevaba desde la isla.

—Val, ¿puedo quedarme contigo en tu camarote esta noche? —preguntó ella.

—Por supuesto.

—Te amo, Val.

Lawler deslizó sus manos por los hombros de la mujer y subió hasta la nuca. Se sentía atraído hacia ella con más fuerza que nunca: casi como si fueran las dos mitades de un mismo organismo, y no sólo dos extraños que por casualidad se habían juntado en un viaje grotesco hacia un lugar peligroso. ¿Era el peligro, se preguntó, lo que los había unido? ¿Era —¡Dios no lo quisiera!— la convivencia forzada en medio del océano lo que lo había hecho tan abierto a aquella mujer, tan ansioso de estar cerca de ella?

—Te amo —susurró él.

Se fueron apresuradamente al camarote. Lawler nunca se había sentido tan íntimamente cerca de ella..., de nadie. Eran aliados: ellos dos contra el turbulento y pasmoso Universo. Con sólo el otro al que aferrarse mientras los envolvía el misterio de la Faz de las Aguas.

La corta noche fue un enredo de piernas y brazos entretejidos, cuerpos sudorosos que resbalaban y se deslizaban el uno sobre el otro, ojos que se encontraban con ojos, sonrisas que se encontraban con sonrisas, una respiración que se mezclaba con otra, tiernas palabras, el nombre de ella en sus labios, el suyo en los de ella, memorias intercambiadas, nuevos recuerdos forjados, sin una sola hora de sueño. Daba igual, pensó Lawler. El sueño podría traer nuevos fantasmas; era mejor pasar la noche en estado de vigilia y pasión. El día siguiente podía muy bien ser el último.

Lawler salió a cubierta al amanecer; en aquellos días estaba trabajando en el primer turno de guardia. Advirtió que durante la noche el barco había vuelto a atravesar la línea de la rompiente. Se hallaba ahora anclado en una bahía muy parecida a la anterior, aunque en aquella no había colinas junto a la orilla, sino solamente prados bajos cubiertos por una densa vegetación. Esta vez la bahía parecía aceptar su presencia, incluso darles la bienvenida. La superficie del mar estaba en calma, sin siquiera una ola; no se veía rasgo del flagelante fuco que los había expulsado casi de inmediato de la bahía precedente.

Allí, como en todas partes, el agua era luminiscente y despedía cascadas invertidas de color rosado, oro, escarlata y zafiro; en la orilla, la loca danza agitada de vida que no descansaba jamás continuaba con su acostumbrado frenesí. De la tierra se levantaban chispas purpúreas, el aire parecía nuevamente en llamas. Por todas partes había colores brillantes. La demencial magnificencia de aquel lugar era algo difícil de aceptar a primeras horas de la mañana, y después de una noche insomne.

Delagard estaba solo en el puente, acurrucado dentro de sí mismo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ven a hablar conmigo, doctor —dijo.

Tenía los ojos turbios y enrojecidos, y aspecto de no haber dormido en absoluto no sólo la noche pasada, sino durante varios días. Sus mejillas estaban grisáceas y flojas, y la cabeza parecía habersele caído sobre el pecho. Lawler advirtió un tic en una de las mejillas. Fuera cual fuese el demonio que lo había poseído el día anterior, durante el primer acercamiento que realizaron a la Faz, Delagard parecía haber regresado la pasada noche.

—He oído decir que tú crees que estoy loco —dijo Delagard con voz ronca.

—¿Es que te importa a ti un comino lo que pienso?

—¿Te sentirías más feliz si te dijera que estoy casi de acuerdo contigo? Casi, casi.

Lawler buscó algún rastro de ironía en Delagard, de humor, de burla; pero no había ninguno. Su voz era ronca y espesa, con un algo de chifladura.

—Mira ese jodido lugar —murmuró Delagard. Movi6 los brazos en amplios círculos—. ¡Míralo, doctor! Es un territorio devastado. Es una pesadilla. ¿Por qué habré venido aquí? —temblaba, y bajo la barba tenía la piel pálida. Estaba terriblemente macilento. Cuando continuó, lo hizo con voz ronca y baja—. Sólo un loco hubiese llegado tan lejos. Ahora lo veo con más claridad que cualquier otra cosa. Lo vi ayer, cuando intentamos entrar en la bahía, pero intenté hacer como que no era así. Me equivoqué. Al menos soy lo suficientemente grande como para admitirlo.

»Cristo, doctor, ¿en qué estaba pensando cuando os traje a todos hasta este lugar? No está hecho para nosotros... —meneó la cabeza. Cuando volvió a hablar, su voz no era más que un graznido angustiado—. Doctor, tenemos que salir de aquí ahora mismo.

¿Lo decía en serio? ¿O todo aquello era alguna grotesca prueba de lealtad?

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Lawler.

—Condenadamente en serio.

Sí. Era cierto. Estaba aterrorizado, tembloroso. Aquel hombre parecía estar desintegrándose ante sus ojos. Era una inversión pasmosa, lo último que Lawler hubiese esperado. Luchó para asimilarlo.

—¿Y qué hay de la ciudad hundida? —preguntó Lawler, pasado un rato.

—¿Crees tú que existe? —preguntó Delagard.

—Ni por un segundo. Pero tú sí.

—Y una mierda. Había bebido demasiado brandy, eso es todo. Ya hemos recorrido un tercio del contorno de la Faz, calculo, y no hemos visto ni rastro de ella. Habría una

poderosa corriente costera si hubiese un túnel gravitacional que mantuviera abierto el mar ahí delante. Un remolino. Pero ¿dónde cojones está?

—Dímelo tú, Nid. Tú parecías creer que existía.

—Era Jolly quien lo pensaba.

—Jolly estaba loco. Ahora creo que Jolly enloqueció cuando viajó alrededor de la Faz.

Delagard asintió sombríamente. Los párpados le cayeron lentamente sobre los ojos inyectados de sangre. Por un momento, Lawler pensó que se había quedado dormido de pie, pero luego habló, mientras sus párpados continuaban bajos:

—He pasado toda la noche aquí fuera, dándole vueltas a estas cosas en la cabeza. Intentaba adoptar un punto de vista práctico de la situación. Te suena gracioso porque tú piensas que estoy loco; pero no lo estoy, doctor. No realmente. Puede que haga cosas que a los demás les parezcan locuras, pero yo no estoy realmente loco. Sólo soy diferente de ti. Tú eres sobrio, cauteloso, odias los riesgos, sólo quieres continuar y continuar y continuar. Eso está bien. En el Universo hay gente como tú y hay gente como yo, y nunca llegamos a comprendernos realmente los unos a los otros, pero a veces ocurre que nos vemos empujados juntos a una situación determinada y tenemos que resolverla juntos como sea.

»Doctor, yo deseaba venir aquí más que cualquier otra cosa que haya deseado en mi vida. Para mí era la clave de todo. No me pidas que te lo explique; de todas formas, nunca lo captarías. Pero ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que cometí un error. Aquí no hay nada para nosotros. Nada.

—Pizarro —dijo Lawler—. Cortés. Ellos al menos hubieran bajado a tierra antes de volver la espalda y salir huyendo.

—No hagas el gilipollas conmigo —dijo Delagard—. Estoy intentando ponerme a tu nivel.

—Tú me hablaste de Pizarro y de Cortés cuando yo intenté ponerme a tu nivel, Nid.

Delagard abrió los ojos. Los tenía espantosos: brillantes como carbones encendidos, ardientes de dolor. Echó hacia atrás las comisuras de la boca en un gesto que podría haber sido un intento de sonreír.

—No seas tan duro, doctor. Estaba borracho.

—Ya lo sé.

—¿Sabes cuál fue mi error, doctor? Creerme mis propias mentiras. Y las mentiras de Jolly. Y las del padre Quillan. Quillan me llenó de un montón de porquería acerca de la Faz de las Aguas, me la presentó como un sitio en el que los poderes divinos serían míos cuando tomara posesión de ella, o así interpreté yo lo que decía; y aquí estamos. Aquí yacemos. Que en paz descansemos.

»Pasé aquí la noche de pie y pensando: ¿cómo voy a construir un puerto espacial? ¿Con qué? ¿Cómo puede vivir alguien en medio del caos que reina allí sin perder la cordura al cabo de medio día? ¿Qué vamos a comer? ¿Podremos siquiera respirar el aire? No es extraño que los gillies no se acerquen por aquí. Este miserable lugar es inhabitable. Y de pronto todo se me aclaró, y estaba aquí solo, cara a cara conmigo mismo, riéndome de mí mismo. Riéndome, doctor. Pero el chiste era yo, y no resultaba muy gracioso. Todo este viaje ha sido una completa locura, ¿no es cierto, doctor?

Delagard se balanceaba ahora de atrás hacia delante. Lawler se dio cuenta abruptamente de que todavía debía de estar borracho. Todavía debía de haber algún otro alijo de brandy escondido en el barco, y Delagard habría estado bebiendo durante toda la noche. Durante días, quizá. Estaba tan borracho que creía estar sobrio.

—Deberías acostarte. Puedo darte un sedante.

—Que los jodan a tus sedantes. ¡Lo que quiero es que me des la razón! Todo este viaje ha sido una completa locura, ¿no lo crees así, doctor?

—Ya sabes que eso es lo que pienso, Nid.

—Y también piensas que yo estoy loco.

—No sé si lo estás o no. Lo que sí sé es que estás al límite del colapso.

—Bueno, ¿y qué si lo estoy? —preguntó Delagard—. Todavía soy el capitán de este barco. Fui yo quien metió a todo el mundo en esto. Todas esas personas que murieron, murieron por mi causa. No puedo permitir que muera nadie más. Tengo la responsabilidad de sacar de aquí a los que quedan.

—¿Qué planes tienes, en ese caso?

—Lo que tenemos que hacer ahora —dijo Delagard, hablando lenta y cuidadosamente desde una casi insondable profundidad de fatiga—, es calcular el rumbo que nos llevará hacia las aguas pobladas del norte. Somos once personas; siempre podrán encontrar espacio para once personas, no importa lo apretados que estén.

—A mí eso me parece bien.

—Supuse que sería así.

—De acuerdo, entonces. Ahora ve a descansar un poco, Nid. El resto de nosotros vamos a salir de aquí ahora mismo. Felk sabe navegar, y los demás giraremos las velas y a media tarde estaremos a cientos de kilómetros de aquí con rumbo a algún sitio, a toda la velocidad de que seamos capaces —Lawler empujó a Delagard hacia la escalerilla que descendía del puente—. Vete, antes de que te caigas redondo.

—No —dijo Delagard—. Ya te lo he dicho, sigo siendo el capitán. Si tenemos que salir de aquí, será conmigo al timón.

—De acuerdo. Como tú quieras.

—No es lo que quiero: es lo que *debo* hacer. Lo que tengo que hacer; y hay algo que necesito de ti, doctor, antes de que nos marchemos.

—¿De qué se trata?

—Dame algo que me permita soportar la forma en que han salido las cosas. Todo ha sido un absoluto fracaso, ¿verdad? Un completo asco. Nunca había fracasado en nada hasta ahora. Pero esta catástrofe... este desastre... —las manos de Delagard se dispararon de pronto y aferraron los brazos de Lawler—. Necesito algo que me permita vivir con ellos, doctor. La vergüenza. La culpa. Tú no me crees capaz de sentir culpa, pero ¿qué cojones has sabido tú nunca de mí, de todas formas?

»Si sobrevivimos a este viaje, todos los habitantes de Hydros me mirarán allá donde vaya y dirán: «Allí está el hombre que dirigió el viaje, el que guió a seis barcos llenos de gente directamente al infierno». Y tendré constantemente cosas que me lo recuerden. A partir de ahora, cada vez que te vea a ti, o a Dag, o a Felk, o a Kinverson... —los

ojos de Delagard tenían ahora una mirada fija y ardiente—. Tú tienes una droga, ¿verdad?, una que duerme los sentimientos, ¿no es cierto? Quiero que me des un poco. Quiero drogarme en serio con ella, y permanecer drogado a partir de ahora; porque la única otra cosa que podría hacer sería matarme, y eso es algo que no puedo siquiera imaginar.

—Las drogas son una forma de matarse, Nid.

—Ahórrame esas piadosas mentiras, ¿quieres, doctor?

—Lo digo en serio. Te lo dice alguien que ha pasado años drogándose con eso. Es una muerte en vida.

—Eso es mejor que una muerte absoluta.

—Puede que sí. Pero de todas formas no puedo dártela. Acabé con la última que me quedaba antes de que llegáramos a La Faz.

La fuerza con que Delagard aferraba los brazos de Lawler aumentó ferozmente.

—¡Me estás mintiendo!

—No, de veras.

—Sé que me mientes. Tú no puedes vivir sin la droga. La tomas cada día. ¿Crees que yo no lo sé? ¿Crees que no lo sabemos todos?

—Se ha acabado, Nid. ¿Recuerdas la semana pasada, cuando estuve enfermo? Lo que ocurría era que estaba sufriendo el síndrome de abstinencia. No queda nada. Puedes revisar mis aprovisionamientos, si quieres; pero no vas a encontrar ni una gota.

—¡Me estás mintiendo!

—Pues ve a verlo. Puedes quedarte con toda la que encuentres, te lo prometo —cuidadosamente, Lawler apartó las manos de Delagard de sus brazos—. Oye, Nid, ve a echarte y descansa un poco. Para cuando te despiertes, estaremos lejos de aquí y te sentirás mejor, créeme, y podrás comenzar todo el proceso necesario para perdonarte a ti mismo. Eres un hombre con gran capacidad de recuperación. Tú sabes cómo manejar cosas como la culpa... Créeme, sabes hacerlo. En este momento estás tan condenadamente cansado y deprimido que no puedes ver más allá de los próximos cinco minutos, pero una vez que te encuentres nuevamente en mar abierto...

—Espera un minuto —dijo Delagard, mirando por encima del hombro de Lawler. Señaló hacia el área de la grúa, a popa—. ¿Qué cojones está pasando ahí abajo?

Lawler se volvió para mirar. Había dos hombres que forcejeaban entre sí, un hombre corpulento y otro más ligero: Kinverson y Quillan, una extraña pareja de antagonistas. Kinverson tenía al sacerdote aferrado por los delgados hombros, y lo mantenía inmovilizado con los brazos extendidos, mientras Quillan luchaba para zafarse.

Lawler bajó los escalones y corrió hacia la popa, con Delagard pisándole los talones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lawler—. Suéltalo ya.

—Si lo suelto, se marchará a la Faz. Eso es lo que él dice. ¿Qué quieres que haga, doctor?

Quillan parecía preso de un extraño estado de éxtasis. Tenía la mirada vidriosa de los sonámbulos, y sus pupilas estaban dilatadas; la piel blanca como si lo hubieran va-

ciado de sangre. Las comisuras de sus labios estaban echadas hacia atrás en una congelada sonrisa.

—Andaba dando vueltas por aquí, como alguien que ha perdido la cabeza —dijo Kinversion—. Me voy a la Faz, repetía constantemente. Me voy a la Faz. Comenzó a trepar por la borda y lo cogí, y él me golpeó. ¡Jesús, no sabía que fuera un luchador tan bueno! Pero creo que ahora está tranquilizándose un poco.

—Intenta soltarlo —dijo Lawler—, y veamos qué hace.

Kinversion se encogió de hombros y lo soltó. Quillan avanzó de inmediato hacia la barandilla. Los ojos del sacerdote brillaban como por obra de una luz interior.

—¿Lo ves? —dijo el pescador.

Delagard avanzó a empujones. Parecía débil pero lleno de determinación; había que mantener el orden a bordo del barco. Cogió al sacerdote por una muñeca.

—¿Qué te traes entre manos? ¿Qué crees que vas a hacer?

—Bajar a tierra... la Faz... la Faz... —la sonrisa de Quillan se ensanchó hasta que parecía que iban a rajársele las mejillas—. El dios quiere que vaya... el dios de la Faz...

—Jesús —dijo Delagard, mientras su rostro comenzaba a evidenciar exasperación—. ¿De qué estás hablando? Si vas allí, morirás. ¿Es que no lo entiendes? No hay forma de vivir en ese sitio. Mira esa luz que sale de todas partes. Ese lugar es un veneno. ¡Olvídalo, haz el favor! ¡Olvídalo!

—El dios de la Faz...

Quillan luchó para soltarse de la mano de Delagard, y al principio lo consiguió. Dio dos rápidos pasos hacia la barandilla. Delagard volvió a cogerlo, tiró de Quillan hacia sí y le dio una bofetada tan fuerte que los labios del sacerdote comenzaron a sangrar. Quillan lo miró fijamente, pasmado. Delagard levantó nuevamente la mano.

—Espera, no lo hagas —dijo Lawler—. Ya está saliendo del trance.

Efectivamente, algo estaba cambiando en los ojos de Quillan. El resplandor estaba desapareciendo de ellos, al igual que la mirada rígida de persona hipnotizada. Ahora parecía aturdido pero completamente consciente, mientras parpadeaba para intentar despejar la confusión que se apoderaba de él. Se frotó lentamente la cara en el sitio en que Delagard lo había golpeado y sacudió la cabeza. El movimiento se convirtió en un estremecimiento corporal convulsivo, y el hombre comenzó a temblar. Tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—Dios mío. Iba a ir allí de verdad. Eso era lo que estaba haciendo, ¿no es así? Me estaba arrastrando. Podía sentir que me arrastraba.

Lawler asintió con la cabeza. Le parecía que también él lo sentía, de pronto. Una palpitación, una pulsación en su mente. Algo más fuerte que el tentador impulso, el suave tirón de la curiosidad que él y Sundria habían sentido la noche anterior. Era una poderosa presión mental que lo arrastraba hacia el interior, que lo llamaba hacia la salvaje orilla que estaba al otro lado de la rompiente. Apartó la idea con enfado. Estaba volviéndose tan loco como Quillan.

El sacerdote continuaba hablando de la fuerza que había sentido que lo arrastraba.

—No había forma de que pudiera resistirla. Me ofrecía aquello que he estado buscando durante toda mi vida. Gracias a Dios que Kinverson me cogió a tiempo... —Quillan le dirigió a Lawler una mirada confusa, mezcla de terror y asombro—. Usted tenía razón, doctor, respecto a lo que dijo ayer. Eso hubiera sido un suicidio. En ese momento pensaba que iba hacia Dios, hacia alguna clase de dios; pero era el diablo, según lo que creo. Eso de allí es el infierno. Yo creí que era el paraíso, pero es el infierno... —la voz del sacerdote se apagó. Luego, más claramente, se dirigió a Delagard—. Te pido que nos saques de aquí. Nuestras almas están en peligro en este lugar, y si no crees que exista algo parecido al alma, considera entonces que al menos son nuestras vidas las que peligran. Si permanecemos aquí durante más tiempo...

—No te preocupes —dijo Delagard—. No vamos a quedarnos. Vamos a salir de aquí lo más rápidamente posible.

Quillan hizo una O de sorpresa con los labios. Delagard habló con voz cansada:

—Yo también he tenido mi pequeña revelación, padre, y coincide con la tuya. Este viaje fue un jodido error de cálculo, si me perdonas el léxico. Éste no es nuestro sitio. Yo quiero salir de aquí tanto como tú.

—No comprendo nada. Pensaba... que tú...

—No pienses mucho —respondió Delagard—. Pensar demasiado podría ser malo para ti.

—¿Dices que nos marchamos? —preguntó Kinverson.

—Eso he dicho.

Delagard levantó los ojos para dirigirle al corpulento hombre una mirada desafiante. Su rostro estaba enrojecido por la pesadumbre, pero ahora parecía casi divertido por la calma que comenzaba a apoderarse de él. Parecía nuevamente él mismo. Algo que no estaba muy lejos de la sonrisa danzó por sus rasgos.

—Nos largamos.

—A mí me parece bien —respondió Kinverson—. Cuando a ti te parezca.

Lawler desvió la mirada, porque algo muy extraño había atraído repentinamente su atención.

—¿Habéis oído ese sonido, ahora mismo? —dijo abruptamente—. ¿Alguien que nos hablaba desde la Faz?

—¿Qué? ¿De dónde?

—Quedaos muy quietos y escuchad. Proviene de la Faz. «Doctor, señor. Capitán, señor. Padre, señor» —entonó Lawler, imitando la voz fina, aguda y dulce con absoluta precisión—. ¿Oís eso? «Ahora estoy con la Faz, capitán, señor. Doctor, señor. Padre, señor». Es como si estuviera aquí mismo, junto a nosotros.

—¡Gharkid! —exclamó Quillan—. Pero ¿cómo... y donde...?

Ahora los otros estaban saliendo a cubierta: Sundria, Neyana y Pilya Braun; Dag Tharp y Onyos Felk venían a pocos pasos detrás de ellas. Todos parecían estar atónitos por lo que oían. La última en aparecer fue Lis Niklaus, que caminaba de una forma peculiar, tambaleándose y arrastrando los pies. Disparaba su dedo índice hacia el cielo una y otra vez, como si intentara pincharlo.

Lawler miró hacia arriba; y vio qué era lo que señalaba Lis. Los cambiantes colores del cielo estaban coagulándose, adquiriendo forma... la forma del rostro oscuro y enigmático de Natim Gharkid. Una gigantesca imagen del misterioso hombrecillo colgaba encima de ellos, ineludible, inexplicable.

—¿Dónde está ese hombre? —gritó Delagard con voz ronca—. ¿Cómo consigue hacer eso? ¡Traedlo aquí! ¡Gharkid! ¡Gharkid! —agitaba los brazos frenéticamente—. Id a buscarlo. ¡Todos vosotros! ¡Registrad el barco! ¡Gharkid!

—Está en el cielo —dijo dulcemente Neyana Golghoz, como si eso lo explicara todo.

—No —dijo Kinversion—. Está en la Faz. Mirad allí... El deslizador ha desaparecido. Debe de haberse marchado cuando estábamos ocupados con el padre.

En efecto, el sitio del deslizador estaba vacío. Gharkid lo había bajado por su cuenta y atravesado la pequeña bahía hasta la orilla que había más allá; y había penetrado en la Faz; y había sido absorbido; y se había transformado. Lawler miró fijamente, lleno de terror y asombro, a la gran imagen que había en el cielo. Era el rostro de Gharkid, de eso no había duda. Pero ¿cómo? ¿Cómo?

Sundria se acercó y se detuvo junto a él, deslizando un brazo en el suyo. La mujer temblaba de miedo. Lawler quería hacerla sentir mejor, pero las palabras no acudían a él. Delagard fue el primero que consiguió hablar.

—¡Todos a sus puestos! ¡Levad el ancla! ¡Quiero ver las velas izadas! ¡Nos largamos inmediatamente de aquí!

—Espera un segundo —dijo quedamente Quillan, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la orilla—. Gharkid regresa al barco...

El viaje del hombrecillo hasta el barco pareció durar un millar de años. Nadie se atrevía a moverse. Permanecieron en hilera, mirando desde la barandilla, congelados, aterrados.

La imagen de Gharkid había desaparecido del cielo en el momento en el que el Gharkid real había aparecido a la vista. Pero el inconfundible tono de voz de Gharkid era todavía, de alguna manera, parte de la extraña emanación mental que había comenzado a llegarles de forma continua desde la Faz. La encarnación física del hombre podía estar regresando, pero algo de él había permanecido allí.

Había abandonado el deslizador —Lawler podía verlo ahora varado entre la vegetación de la orilla; zarcillos de plantas nuevas comenzaban ya a enredarse en él— y estaba atravesando a nado la estrecha bahía; caminando por el agua, en realidad. Avanzaba a paso tranquilo, y era obvio que no se sentía en peligro ante las criaturas que pudieran habitar aquellas extrañas aguas. Por supuesto que no, pensó Lawler; ahora él era una de ellas.

Cuando alcanzó las aguas más profundas que rodeaban al barco, Gharkid bajó la cabeza y comenzó a nadar. Sus brazadas eran lentas y serenas, y avanzaba con facilidad y movimientos ágiles. Kinversion se dirigió a la grúa y regresó con uno de sus arpones. Sus mejillas se estremecían con una tensión apenas controlada. Sostenía la afilada herramienta en alto, como si fuera una lanza.

—Si esa cosa intenta subir a bordo...

—No —dijo el padre Quillan—. No debe usted hacerlo. Éste es su barco tanto como el de usted.

—¿Quién lo dice? ¿Qué es él? ¿Quién dice Gharkid que es? Lo mataré si se acerca a nosotros.

Pero Gharkid, al parecer, no tenía intención ninguna de subir a bordo. Se quedó junto al casco mientras flotaba plácidamente y se mantenía en un mismo sitio con pequeños movimientos de las manos. Levantó los ojos hacia ellos; sonreía con la dulce e inescrutable sonrisa de Gharkid y los llamaba por señas.

—¡Le mataré! —rugió Kinversion—. ¡Bastardo! ¡Sucio bastardo!

—No —dijo Quillan, nuevamente con voz queda, mientras el hombre corpulento retiraba la mano en la que tenía el arpón—. No tengan miedo. No va a hacernos ningún daño.

El sacerdote levantó una mano y tocó ligeramente el pecho de Kinversion; y Kinversion pareció disolverse bajo aquel contacto. Retrocedió aturdido y dejó caer el brazo a un lado. Sundria se le acercó y le quitó el arpón. Kinversion no pareció notarlo.

Lawler miró al hombre que estaba en el agua. Gharkid —¿o era la Faz quien les hablaba a través de lo que había sido Gharkid?— los estaba llamando, pidiéndoles que fueran a la isla. Ahora Lawler sentía en serio aquella fuerza que lo arrastraba, no había duda; tampoco era una ilusión, sino una firme e inconfundible orden que llegaba en oleadas fuertemente palpitantes; le recordaba las resacas que se arremolinaban en la bahía de Sorve cuando estaba nadando. Había sido capaz de vencer con bastante facilidad las resacas, pero se preguntaba hasta qué punto sería capaz de vencer aquélla. Le tiraba de las raíces del alma.

Percibió la respiración agitada de Sundria, muy cerca de su espalda. Tenía la cara pálida y sus ojos brillaban de miedo; pero la mandíbula estaba apretada. Estaba decidida a mantenerse firme ante aquella llamada misteriosa.

«Venid a mí», decía Gharkid. «Venid a mí, venid a mí». La suave voz de Gharkid. Pero era la Faz quien les hablaba. Lawler estaba seguro de ello: una isla que hablaba seductoramente, prometiéndoselos todo, todo en una palabra. Solamente «venid». Solamente «venid».

—¡Ya voy! —gritó repentinamente Lis Niklaus—. ¡Espérame! ¡Ya voy!

Estaba a media cubierta, en trance cerca de un mástil, con los ojos en blanco, y avanzaba con paso inseguro hacia la barandilla, arrastrando los pies sin despegarlos del piso. Delagard se volvió en redondo y le gritó que se detuviera, pero Lis continuó avanzando. Él lanzó una imprecación y echó a correr hacia ella. Alcanzó a la mujer justo cuando llegaba a la barandilla e intentó cogerla de un brazo.

Con una voz fría y feroz que Lawler apenas pudo reconocer, la mujer dijo:

—¡No, bastardo, no! ¡Mantente lejos de mí!

Empujó a Delagard, quien retrocedió tambaleándose por la cubierta, se estrelló contra las tablas y permaneció tendido sobre la espalda, mirándola con incredulidad. Parecía incapaz de levantarse. Un momento después Lis estaba sobre la barandilla, y se precipitaba en caída libre hacia el agua, donde aterrizó con un tremendo chapuzón luminoso.

Hombro con hombro, ella y Gharkid nadaron juntos en dirección a la Faz. Unas nubes de un color nuevo estaban suspendidas a baja altura por encima de la Faz de las Aguas, leonadas en la parte superior y oscuras en la inferior: la coloración de Lis Niklaus. Ella había llegado a su destino.

—Va a apoderarse de todos nosotros —dijo Sundria, jadeando—. ¡Tenemos que marcharnos de aquí!

—Sí —afirmó Lawler—. Rápido.

Miró brevemente en torno de sí. Delagard continuaba tendido cuan largo era sobre la cubierta, más atónito que lastimado, quizá, pero no se levantaba. Onyos Felk estaba en cuclillas junto al trinquete, y le hablaba con susurros confusos. El padre Quillan estaba de rodillas, y hacía la señal de la cruz una y otra vez mientras murmuraba plegarias. Dag Tharp, con ojos amarillos por el miedo, se aferraba el vientre y se revolcaba, víctima de náuseas secas. Lawler negó con la cabeza.

—¿Quién va a gobernar el barco?

—¿Tiene eso alguna importancia? Sólo tenemos que dejar atrás la Faz y no detenernos. Mientras tengamos tripulantes suficientes como para manejar las velas... —Sundria recorrió la cubierta— ¡Pilya! ¡Neyana! ¡Coged esas cuerdas! Val, ¿sabes cómo manejar el timón? Oh, Jesús, el ancla está todavía echada. ¡Gabe! ¡Gabe, por el amor de Dios, leva el ancla!

—Ahora vuelve Lis —dijo Lawler.

—Olvidate de eso. Échale a Gabe una mano con el ancla.

Pero ya era demasiado tarde. Lis ya estaba a medio camino del barco, nadando poderosamente, con facilidad. Gharkid venía detrás de ella. Se detuvo en el agua y levantó la vista; sus ojos eran nuevos, extraños. Alienígenas.

—Que Dios nos ayude —murmuró el padre Quillan—. ¡Ahora son ambos los que tiran de nosotros! —en sus ojos había terror. Temblaba convulsivamente—. Tengo miedo, Lawler. ¡Esto es lo que he deseado durante toda mi vida, y ahora que está aquí tengo miedo, tengo miedo! —tendió sus manos suplicantes hacia Lawler—. Ayúdeme. Lléveme bajo cubierta, porque si no me iré a la Faz. No puedo resistirlo por más tiempo.

Lawler comenzó a caminar hacia él.

—¡Déjale que se marche! —gritó Sundria—. No tenemos tiempo. De todas formas, no nos sirve para nada.

—¡Ayúdeme! —aulló Quillan. Avanzaba hacia la barandilla arrastrando los pies de la misma forma sonámbula que lo había hecho Lis—. ¡Dios me está llamando y tengo miedo de ir hacia Él!

—No es Dios quien lo llama —le espetó Sundria.

Ella corría por todas partes a un tiempo tratando de poner a los otros en movimiento, pero nada parecía ocurrir. Pilya miraba hacia la arboladura como si nunca antes hubiese visto una vela. Neyana se había alejado sola hasta el castillo de proa, y cantaba algo con voz monótona. Kinerson no había hecho nada con respecto al ancla: se erguía completamente inmóvil en medio del barco, con la mirada vacía, perdido en un estado contemplativo insólito en él.

Venid a nosotros, decían Gharkid y Lis. Venid a nosotros, venid a nosotros, venid a nosotros.

Lawler temblaba. La atracción era mucho más poderosa ahora que cuando era solamente Gharkid quien los llamaba. Otro chapuzón. Alguien había saltado por la borda. ¿Felk? ¿Tharp? No, Tharp estaba todavía a bordo, enroscado como un montoncillo. Pero faltaba Felk; y luego Lawler vio que también Neyana se subía por encima de la barandilla y caía como un meteoro hacia el agua. Uno a uno, todos los seguirían, pensó. Uno a uno, serían incorporados a aquella entidad alienígena que era la Faz.

Luchó para resistirse. Reunió toda la testarudez que tenía en el alma, todo el amor por la soledad, toda su arisca insistencia en seguir su propio camino, y utilizó eso como arma contra aquello que lo llamaba. Se envolvió con la soledad de toda la vida como si fuera un manto de invisibilidad.

Y, aparentemente, dio resultado. A pesar de lo fuerte que era aquello —y se hacía más fuerte cada vez—, no consiguió arrastrarlo por encima de la borda. Un forastero hasta el final, pensó; el eterno solitario, manteniéndose apartado de la unión con aquella hambrienta entidad que los aguardaba al otro lado de la estrecha bahía.

—Por favor —pidió el padre Quillan, casi gimoteando—. ¿Dónde está la escotilla? ¡No puedo encontrar la escotilla!

—Venga conmigo —dijo Lawler—. Lo llevaré abajo.

Vio que Sundria trabajaba desesperadamente en el cabrestante para tratar de levar el ancla, pero no tenía la fuerza suficiente; sólo Kinverson era lo suficientemente fuerte como para hacerlo él solo. Lawler dudó, dividido entre la necesidad del padre Quillan y la urgencia mucho mayor de desanclar el barco.

Delagard, finalmente de pie, andaba tambaleándose hacia ellos como un hombre que acaba de recibir un golpe. Lawler empujó al sacerdote a los brazos de Delagard.

—Toma. Cógelo fuerte o se tirará por la borda.

Lawler corrió hacia Sundria, pero Kinverson le salió al paso y lo detuvo, poniéndole una de sus enormes manos contra el pecho.

—El ancla... —comenzó Lawler—. Tenemos que levar el ancla...

—No. Déjala allí.

Los ojos de Kinverson estaban extraños. Parecían rodarle hacia arriba, al interior de la cabeza.

—¿Tú también? —preguntó Lawler.

Oyó un gruñido detrás de sí, y luego otro chapuzón. Se volvió a mirar. Delagard estaba solo junto a la barandilla, estudiándose los dedos como si se preguntara qué eran. Quillan había desaparecido. Lawler lo vio en el agua, nadando con sublime determinación. Iba camino de Dios —o lo que hubiera allí— al fin.

—¡Val! —le gritó Sundria, que continuaba haciendo esfuerzos con el cabrestante.

—No servirá de nada —respondió Lawler—. ¡Están saltando todos por la borda!

Podía ver las figuras en la playa, que caminaban con firmeza hacia la palpitante espesura de la barroca vegetación: Neyana, Felk; y Quillan, que alcanzaba en ese momento la orilla y avanzaba detrás de ellos. Gharkid y Lis ya habían desaparecido.

Lawler contó los que quedaban a bordo: Kinverson, Pilya, Tharp, Delagard, Sundria; y él era el sexto. Tharp se arrojó al agua mientras él llevaba a cabo la cuenta. Cinco, entonces. Sólo cinco quedaban de los que habían partido de la isla de Sorve.

—Qué vida tan miserable —dijo Kinverson—. Cómo he odiado cada apestoso día de ella. Cómo he deseado no haber nacido jamás. ¿No sabías eso? ¿Qué sabías tú? ¿Qué sabía nadie? Se imaginaban que yo era demasiado grande y fuerte como para herirme. Nadie supo porque yo nunca dije nada; ¡pero me dolía cada condenado minuto del día! Y nadie lo sabía. Nadie lo sabía.

—¡Gabe! —gritó Sundria.

—Apártate de mi jodido camino o te partiré en dos.

Lawler se lanzó hacia él y lo sujetó. Kinverson lo apartó como si fuera de papel, saltó por encima de la barandilla con un suave rebote y se echó al agua.

Cuatro.

¿Dónde estaba Pilya? Lawler miró en torno y la vio en la arboladura, desnuda, brillante a la luz del sol, subiendo más, más... ¿Pensaría zambullirse desde allí arriba? Sí. Sí, eso era lo que estaba haciendo.

Splash. Tres.

—Sólo quedamos nosotros —dijo Sundria. Miró a Lawler y luego a Delagard, que se hallaba lúgubrementemente sentado contra la base del palo mayor, con las manos sobre el rostro—. Somos los tres a los que no quiere, supongo.

—No —respondió Lawler—. Somos los únicos tres lo suficientemente fuertes para resistirle.

—Bien por nosotros —dijo sombríamente Delagard, sin levantar la vista.

—¿Somos suficientes, nosotros tres, para hacer navegar el barco? —preguntó Sundria—. ¿Tú qué crees, Val?

—Supongo que podemos intentarlo.

—No digáis estupideces —interrumpió Delagard—. No hay ninguna posibilidad de gobernar este barco con una tripulación de tres personas.

—Podríamos orientar las velas a favor de la brisa reinante y limitarnos a seguir la corriente —dijo Lawler— Quizá de esa forma llegaríamos a una isla habitada. Es mejor que quedarse aquí. ¿Qué dices, Nid?

Delagard se encogió de hombros. Sundria estaba mirando en dirección a la Faz.

—¿Puedes ver a alguno de ellos? —preguntó Lawler.

—Ni a uno solo; pero oigo algo. Siento algo. Creo que es el padre Quillan, que regresa.

Lawler dirigió su mirada hacia la orilla.

—¿Dónde?

El sacerdote no estaba a la vista por ninguna parte; sin embargo, sin embargo... no había duda: Lawler también sintió una presencia de Quillan. Era como si el sacerdote estuviera allí mismo, junto a ellos en la cubierta. Otro truco de la Faz, decidió.

—No —dijo Quillan—. No es un truco. Estoy aquí.

—No es así. Usted está todavía en la isla —lo contradijo Lawler, monótonamente.

—En la isla y aquí, con ustedes, todo al mismo tiempo.

Delagard profirió un hueco sonido de asco.

—Hija de puta. ¿Por qué no nos deja tranquilos esa cosa?

—Os ama —respondió Quillan—. Os quiere. Nosotros los queremos. Vengan a reunirse con nosotros.

Lawler vio que la victoria era sólo provisional. La atracción continuaba presente —sutil ahora, como si se mantuviera en suspenso pero preparada para apoderarse de ellos en el momento en que bajaran la guardia— como una seductora distracción.

—¿Es el padre Quillan o la Faz quien nos habla? —preguntó.

—Ambos. Ahora pertenezco a la Faz.

—¿Pero todavía se percibe a sí mismo como el padre Quillan, que habita en el interior de la entidad llamada Faz de las Aguas?

—Sí. Sí, exactamente.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Lawler.

—Venga a verlo —respondió Quillan—. Uno sigue siendo uno mismo, y sin embargo, se convierte en algo infinitamente más grande.

—¿Infinitamente?

—Infinitamente, sí.

—Esto es como un sueño —dijo Sundria—. Hablas con alguien a quien no puedes ver, y te responde con la voz de alguien a quien conoces... —su voz sonaba muy serena. Al igual que Delagard, parecía haber pasado más allá del miedo, más allá de la agitación. O bien la Faz se apoderaría de ellos o bien no lo haría, pero eso estaba casi fuera del control de ambos—. Padre, ¿puede oírme a mí también?

—Por supuesto, Sundria.

—¿Sabe usted qué es la Faz? ¿Es Dios? ¿Puede decírnoslo?

—La Faz es Hydros e Hydros es la Faz —dijo el sacerdote con voz queda—. Hydros es una enorme mente corporativa, un organismo colectivo, una sola entidad inteligente que se extiende por todo el planeta. La isla a la que hemos llegado, este sitio al que llamamos Faz de las Aguas, es una cosa viviente, el cerebro del planeta; y más que el cerebro: la Faz es la matriz central de todo. La madre universal de la que mana toda la vida de Hydros.

—¿Es por eso por lo que los Moradores no quieren acercarse a este lugar? —preguntó Sundria—. ¿Porque es un sacrilegio regresar al lugar del que uno proviene?

—Algo por el estilo, sí.

—Y la multitud de formas de vida inteligente de Hydros —dijo Lawler, que vio de pronto la conexión—. Todo eso existe porque todo está ligado a la Faz, ¿no es así? ¿Los gillies, los buzos, los peces espón y absolutamente todo lo demás? ¿Un gigantesco conglomerado mundo-mente?

—Sí. Sí. Una inteligencia universal.

Lawler asintió. Cerró los ojos e intentó imaginar cómo sería formar parte de una entidad así. El mundo como un enorme mecanismo de relojería que latía, latía y latía, y todos los seres vivientes que había sobre él danzaban al ritmo de aquel latido.

Quillan era ahora parte de él, al igual que Gharkid, Lis, Pilya, Neyana, Tharp, Felk, incluso el pobre y torturado Kinversion. Tragados todos por la cabeza deiforme. Perdidos todos en la inmensidad de lo divino.

De pronto, Delagard habló, aunque sin levantar la cabeza de la postura de profunda depresión en la que estaba hundido.

—¿Quillan? Dime una cosa, Quillan: ¿Qué hay de la ciudad submarina? ¿Existe o no existe?

—Es un mito —replicó la voz del invisible Quillan—. Una fábula.

—Ah —dijo Delagard con amargura.

—O una metáfora, para ser más fieles a la verdad. Tu marinero vagabundo tenía algo así como la idea fundamental, pero falseada. La gran ciudad es absolutamente todo Hydros; está bajo el agua, en el interior del planeta y en su superficie. El planeta es una sola ciudad; cada criatura viviente de él es un ciudadano de ella.

Delagard levantó la vista. Sus ojos estaban apagados por el agotamiento. Quillan continuó:

—Los seres que viven aquí han habitado siempre en el agua, guiados por la Faz, unidos con la Faz. Al principio eran completamente acuáticos, y luego la Faz les enseñó a construir islas flotantes para prepararlos para un futuro lejano en el que las tierras comenzarán a elevarse de las profundidades. Sin embargo, nunca ha existido una ciudad submarina secreta. Esto no es más que un mundo acuático, y todo está armoniosamente limitado por el poder de la Faz.

—Todo excepto nosotros —dijo Sundria.

—Todo excepto unos pocos humanos vagabundos que han hallado la forma de vivir en este mundo, sí. Que incluso insisten en ello. Alienígenas que han escogido vivir apartados de la armonía que es Hydros.

—Porque no tienen derecho a ser parte de la armonía —intervino Lawler.

—No es cierto. No es cierto. Hydros acoge a todo el mundo de buen grado.

—Pero sólo en sus propios términos.

—No es cierto —dijo Quillan.

—Sí, pero, en cuanto uno deja de ser uno mismo... —continuó Lawler—. Cuando uno se convierte en parte de una entidad de mayor tamaño...

Frunció el entrecejo. Algo acababa de cambiar en aquel preciso momento. Sintió que se hacía un silencio total. El aura, el manto de pensamiento que los había envuelto, que los había rodeado durante el coloquio mantenido con Quillan, había desaparecido.

—Creo que ya no está aquí —dijo Sundria.

—No, no lo está —confirmó Lawler—. Ha retrocedido ante nosotros.

La Faz misma, la sensación de una vasta presencia cercana, parecía haberse marchado; al menos, por el momento.

—Qué extraño resulta volver a estar solos.

—Yo diría que resulta agradable. Sólo nosotros tres, cada uno en sus cabales y sin que nadie nos hable desde el cielo. Durante el tiempo que sea al menos, antes de que vuelva a comenzar.

—Volverá a comenzar, ¿verdad? —preguntó Sundria.

—Así lo supongo —respondió Lawler—; y tendremos que volver a la lucha. No podemos permitir que nos trague. Los seres humanos no tienen por qué convertirse en parte de un mundo alienígena. No estamos hechos para eso.

Delagard habló con un tono de voz extraño, suave y reflexivo.

—Parecía feliz, ¿verdad?

—¿Lo crees así? —preguntó Lawler.

—Sí, eso creo. Siempre fue muy extraño, muy triste, muy distante. Preguntándose siempre dónde estaba Dios. Bueno, ahora ya lo sabe. Por fin está con Dios.

Lawler le dirigió una mirada de curiosidad.

—No sabía que creyeras en Dios, Nid. ¿Ahora piensas que la Faz es Dios?

—Quillan lo piensa; y Quillan es feliz. Por primera vez en su vida.

—Quillan está muerto, Nid. Fuera lo que fuese lo que nos estaba hablando, no era Quillan.

—Sonaba igual que Quillan. Había algo más, pero era Quillan, a pesar de todo.

—Si prefieres pensar eso...

—Pues sí —respondió Delagard. Se puso bruscamente de pie y se balanceó ligeramente como si el esfuerzo lo hubiera mareado—. Voy a ir hasta allí y reunirme con ellos.

Lawler lo miró fijamente.

—¿Tú también? —preguntó con asombro.

—Yo también, sí. No trates de detenerme; te mataré si lo intentas. Recuerda lo que me hizo Lis cuando intenté impedirle que se marchara. Es imposible detenernos, doctor.

Lawler continuaba mirándolo fijamente. Lo dice en serio, pensó. Lo dice realmente en serio. Se va de verdad. ¿Podía ser aquél realmente Delagard? Sí. Sí. Delagard siempre había hecho lo que parecía mejor para él, sin importarle el efecto que eso pudiera tener sobre quienes le rodeaban.

Al diablo con él, entonces. Que se largara con viento fresco.

—¿Detenerte? —dijo Lawler—. No soñaría siquiera con hacerlo. Adelante, Nid. Si crees que serás feliz allí, vete. Vete, ¿por qué iba a detenerte? ¿Qué diferencia constituye nada, ahora?

Delagard sonrió.

—Quizá ninguna diferencia para ti, pero mucha para mí. Estoy muy cansado, doctor. Estaba lleno de grandes sueños. Intenté este ardid, intenté el otro, y durante mucho tiempo todo salió bien; y luego llegué aquí y todo se vino abajo. Yo me vine abajo. Bueno, que lo jodan. Ahora sólo quiero descansar.

—¿Te refieres a matarte?

—Tú crees que eso es lo que significa, pero yo no haría jamás una cosa así. Estoy cansado de ser el capitán del barco. Cansado de decirle a la gente lo que tiene que hacer, en especial cuando ahora me doy cuenta de que yo mismo no sé realmente qué cosas estoy haciendo. Estoy acabado, doctor. Me marché hacia allí.

Los ojos de Delagard se encendieron con una nueva energía.

—Quizá es para esto para lo que vine, desde el principio mismo, aunque no me di cuenta de ello hasta este momento. Quizá la Faz envió a Jolly de vuelta a casa para que nos trajera al resto de nosotros... aunque costó cuarenta años conseguirlo, y sólo unos pocos hemos venido —ahora parecía estar casi de buen humor—. Hasta nunca, doctor, Sundria. Me alegro de haberos conocido. Venid a visitarme alguna vez.

Ambos lo observaron mientras se marchaba.

—Sólo quedamos tú y yo, mi niña —le dijo Lawler a Sundria, y los dos se echaron a reír.

¿Qué otra cosa podían hacer, sino reír?

Llegó la noche: una noche resplandeciente de cometas y maravillas, de ardientes luces de cien relumbrantes colores distintos. Lawler y Sundria permanecieron en cubierta mientras caía la noche, sentados en silencio cerca del palo mayor. Pocas cosas se dijeron el uno al otro. Se sentían aturridos, agotados por las cosas ocurridas durante el día. Ella guardaba silencio, agotada.

Por encima de sus cabezas estallaban enormes explosiones de color. Una celebración por la última conquista, pensó Lawler. Las auras de sus antiguos compañeros de tripulación parecían chisporrotear en el cielo. Aquel gran latigazo de tormentoso azul, ¿sería Delagard? ¿Y Quillan el cálido destello ámbar? ¿Podía ser Kinversion aquella columna de color escarlata, y Pilya Braun aquel salpicón de oro fundido que estaba cerca del horizonte? Y Felk... Tharp... Neyana... Lis... Gharkid...

Se los sentía como si estuvieran al alcance de la mano, a todos y cada uno de ellos. El cielo hervía de colores destellantes; pero, cuando Lawler intentó escuchar sus voces, fue incapaz de oírlas. Lo único que podía distinguir era una cálida armonía de sonidos indiferenciados.

En el horizonte que se iba oscureciendo, la delirante fertilidad de la isla que estaba al otro lado del estrecho continuaba sin disminuir: todo brotaba, se retorció, temblaba contra el color oscuro del cielo y despedía lluvias de energía luminosa. Hacia el cielo se elevaban olas de luz ondulante. Allí no había nunca descanso. Lawler y Sundria permanecieron sentados y observando aquel espectáculo hasta altas horas de la noche, hasta que finalmente él se puso de pie.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a su compañera.

—No, no tengo.

—Yo tampoco. Vayamos a dormir un poco, entonces.

—Sí. De acuerdo.

Ella le tendió los brazos y él la puso de pie. Durante un momento permanecieron abrazados junto a la barandilla, mirando fijamente la isla que se alzaba al otro lado del estrecho.

—¿No sientes ninguna fuerza que tire de ti? —preguntó ella.

—Sí. Está siempre presente... esperando una oportunidad, creo. Aguardando el momento en que pueda sorprendernos con la guardia baja.

—También yo la siento. No es tan fuerte como antes, pero sé que sólo se trata de un truco. Tengo que mantener la mente constantemente cerrada para defenderme.

—Me pregunto por qué hemos sido los únicos capaces de resistir el impulso de acudir allí —dijo Lawler—. ¿Es que somos más fuertes y cuerdos que los otros, más capaces de vivir dentro de nuestra propia identidad? ¿O es que estamos tan acostumbrados a sentirnos ajenos a la sociedad que nos rodea, que no podemos dejarnos ir y zambullirnos en una mente colectiva?

—¿Te sentías realmente tan ajeno cuando vivías en Sorve, Val?

Él meditó la respuesta.

—Quizá la palabra «ajeno» sea demasiado fuerte. Yo era parte de la comunidad de Sorve, y ésta era parte de mí; pero yo no era parte de ella de la misma forma en que lo eran la mayoría de los otros miembros. Siempre estaba un poco aparte.

—Lo mismo que me ocurría a mí en Jamsilaine. Supongo que nunca pertenezco del todo a la comunidad.

—Tampoco yo.

—Y ni siquiera lo quise. Algunos lo desean y no pueden conseguirlo. Gabe Kinverson era tan solitario como nosotros. Más, incluso; pero de pronto llegó un momento en que ya no deseaba serlo, y allí está, viviendo en la Faz. Pero a mí me da dentera el solo pensamiento de rendirme e ir hasta allí para unirme a una mente alienígena.

—Nunca comprendí a ese hombre —dijo Lawler.

—Yo tampoco. Lo intenté, pero estaba siempre encerrado en sí mismo. Incluso en la cama.

—No quiero saber nada de eso.

—Lo siento.

—No importa.

Ella se apretó más contra él.

—Sólo nosotros dos —dijo—. Varados en el culo de ninguna parte, completamente solos en un barco de naufragos. Muy romántico, al menos mientras duremos. ¿Qué vamos a hacer, Val?

—Nos iremos abajo y haremos el amor como locos. Esta noche podremos disponer de la cama grande del camarote de Delagard.

—¿Y después de eso?

—Nos preocuparemos por ello después de hacer el amor —respondió.

Se despertó justo antes del amanecer. Sundria dormía tranquilamente a su lado, con el rostro despreocupado de un niño. Lawler se deslizó fuera del camarote y subió a cubierta. El sol estaba saliendo; el deslumbrante espectáculo de colores que la Faz emitía constantemente parecía más suave aquella mañana, mucho menos extravagante. Aún podía sentir la llamada cosquilleándole los rincones de la mente, pero en aquel momento no era más que eso, una cosquilla.

Las figuras de sus antiguos compañeros se movían por la orilla.

Los observó. Incluso a esa distancia, era capaz de identificarlos con facilidad: el enorme Kinverson y el pequeño Tharp, el rechoncho Delagard y el estevado Felk. El padre Quillan, no más que huesos y nervios. Gharkid, de piel más oscura que los otros y ligero como un fantasma; y las tres mujeres, Lis, con sus pechos voluminosos, Neyana, robusta y ancha de hombros, y la flexible y bella Pilya. ¿Qué estaban haciendo? ¿Caminaban por el agua de la orilla? No, no, estaban entrando en las aguas de la bahía y venían hacia donde él estaba; regresaban al barco. Todos ellos. Tranquilos y serenos, caminaban por las aguas someras en dirección al *Reina de Hydros*.

Lawler sintió un estremecimiento de miedo. Era como una procesión de muertos que atravesaba el agua en dirección a ellos. Bajó y despertó a Sundria.

—Vuelven todos —le dijo.

—¿Qué? ¿Quién vuelve? Oh. Oh.

—Todos ellos. Están nadando hacia el barco.

Ella asintió, como si no le costara mucho trabajo asumir la idea de que las estructuras físicas de sus antiguos compañeros de tripulación regresaran de la inconcebible entidad que había devorado sus almas. Quizá no estaba aún del todo despierta, pensó Lawler; pero ella se levantó de la cama y subió a cubierta con él. En torno al barco flotaban las figuras de todos, muy cerca del casco. Lawler los miró.

Hasta acá.

—¿Qué queréis? —les gritó.

—Échanos la escalerilla de cuerda —replicó el cuerpo de Kinverson con lo que era claramente la voz de Kinver-son—. Vamos a subir a bordo.

—Dios mío —dijo Lawler en un susurro. Le dirigió a Sundria una mirada de horror.

—Hazlo —le dijo ella.

—Pero, cuando estén aquí arriba...

—¿Qué importancia tiene? Si la Faz quisiera echarnos encima todo su voltaje, probablemente seríamos impotentes ante él de todas formas. Si quieren subir a bordo, déjales que suban. No nos queda mucho que perder, ¿no crees?

Lawler se encogió de hombros y tiró la escalerilla de cuerda. Kinverson fue el primero en subir a bordo, luego Delagard, Pilya, Tharp, y tras él subieron los demás. Estaban todos desnudos. Permanecieron en un apretado grupo. No había vitalidad en ellos; parecían sonámbulos, fantasmas. «Son fantasmas», se dijo Lawler.

—¿Y bien? —preguntó finalmente.

—Hemos venido para ayudaros a conducir el barco —respondió Delagard. Lawler quedó desconcertado ante aquella afirmación.

—¿Conducirlo? ¿Adonde?

—De vuelta al sitio del que hemos venido. Te darás cuenta de que no podéis permanecer aquí. Os llevaremos a Grayvard para que podáis pedir refugio.

La voz de Delagard era plana y tranquila, y sus ojos firmes y limpios, sin rastro alguno del antiguo destello maniaco. Fuera quien o lo que fuese aquella criatura, era algo completamente distinto del Nid Delagard que Lawler había conocido durante tantos años. Sus demonios interiores se habían calmado. Había pasado por un cambio profundo, una cierta clase de redención, quizá. Todos sus proyectos habían terminado y su alma parecía tranquila. Lo mismo ocurría con los otros. Estaban en paz. Se habían rendido ante la Faz, habían entregado sus identidades individuales, cosa que Lawler encontraba incomprensible; pero no podía negar ante sí mismo que los que habían vuelto parecían haber encontrado algún tipo de felicidad.

Con una voz tan ligera como el aire, Quillan dijo:

—Antes de marcharnos, os damos una última oportunidad. ¿Le gustaría ir a la isla, doctor? ¿Sundria?

—Ya sabes que no —dijo Lawler.

—Depende de ustedes. Ahora una vez que estén de vuelta en el mar Natal, no será cosa fácil regresar aquí si cambian de opinión.

—Podré vivir con ello.

—¿Sundria? —preguntó Quillan.

—Yo también.

El sacerdote sonrió con tristeza.

—Es la decisión de ustedes; pero me gustaría poder hacerles ver qué error tan grande están cometiendo. ¿Comprenden por qué nos vimos atacados constantemente durante el tiempo que pasamos en el mar? ¿Por qué vinieron los peces espolón, y la lapa, y los peces bruja, y todo lo demás? No es debido a que sean criaturas malvadas. No existen criaturas malvadas en Hydros. Lo único que intentaban hacer era curar el mundo, eso es todo.

—¿Curar el mundo? —preguntó Lawler.

—Limpiarlo. Librarlo de impurezas. Para ellos, como para todas las formas de vida de Hydros, los terrícolas que viven aquí son cuerpos ajenos, invasores, porque viven fuera de la armonía que constituye la Faz. Nos ven como virus o bacterias que están invadiendo el cuerpo de un organismo sano. El atacarnos equivale a librar al cuerpo de una enfermedad.

—O limpiar el cascajo del interior de una maquinaria —dijo Delagard.

Lawler les volvió la espalda, mientras sentía que la ira y el asco crecían en su interior.

—Qué atemorizadores son —le dijo Sundria en voz baja—. Un grupo de fantasmas. No, peor, son zombies. Tenemos suerte de haber sido lo suficientemente fuertes para poder resistir.

—¿Realmente lo somos? —preguntó Lawler.

Los ojos de ella se abrieron enormemente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No estoy muy seguro; pero tienen un aspecto tan tranquilo, Sundria. Puede que se hayan transformado en algo alienígena, pero al menos están en paz.

Las fosas nasales de ella se dilataron con desprecio.

—¿Tú quieres paz? Adelante, entonces. Sólo hay que nadar una corta distancia.

—No. No.

—¿Estás seguro, Val?

—Ven aquí. Abrázame.

—Val... Val...

—Te amo.

—Y yo te amo a ti, Val. —Se abrazaron sin inhibición alguna, haciendo caso omiso de los que habían regresado y estaban en torno a ellos. Con los ojos cerrados, ella le dijo—: Yo no *cruzaré* si tú no lo haces.

—Yo no lo haré, no te preocupes.

—Pero, si lo haces, iremos juntos.

—¿Qué?

—¿Crees que quiero ser la única persona que siga siendo real en el barco, navegando con diez zombies? Es un trato, Val. O no vamos en absoluto, o vamos juntos.

—No vamos.

—Pero, si vamos...

—Entonces lo haremos juntos —le aseguró Lawler—. Pero no vamos a ir.

Como si absolutamente nada fuera de lo normal hubiese ocurrido en la Faz de las Aguas, la tripulación del *Reina de Hydros* se dispuso a hacer los preparativos para el viaje de vuelta. Kinverson echó las redes, y los peces nadaron complacientes hacia el interior de ellas. Gharkid se movía plácidamente de aquí para allá con el agua hasta la cadera, recogiendo algas útiles. Neyana, Pilya y Lis iban y venían entre la isla y el barco para traer barriles de agua dulce que llenaban en alguna fuente de la orilla. Onyos Felk estudió sus cartas de navegación. Dag Tharp encendió y comprobó el funcionamiento de su equipo de radio. Delagard revisó las velas y la arboladura, el timón y el casco, señaló las reparaciones que hacía falta llevar a cabo, y él, Sundria, Lawler, e incluso el padre Quillan, se encargaron de hacerlas.

Se habló muy poco. Todos realizaban sus tareas como piezas de un mecanismo bien ajustado. Los que habían regresado se comportaban con dulzura con los dos que no habían bajado a la isla; los trataban casi como si fuesen niños angustiados que necesitaran mucha ternura; pero Lawler no sentía que hubiese ningún contacto real con ellos. A menudo, Lawler miraba la Faz con asombro y perplejidad. El espectáculo de luces y

colores que manaba de ella era interminable. Su constante vigor frenético lo fascinaba tanto como lo repelía. Trataba de imaginarse cómo habría sido para los demás estar en la orilla, caminar entre aquellas arboledas de vida, entre aquellas rarezas chisporroteantes; pero sabía que aquellas especulaciones eran peligrosas. De vez en cuando sentía una fuerza renovada que tiraba de él, a veces inesperadamente fuerte, que provenía de la isla. En esos momentos la tentación era poderosa. Sería tan fácil saltar por la borda como había hecho el resto de la tripulación, nadar rápidamente a través de las tibias y acogedoras aguas de la bahía, salir a la orilla alienígena...

Pero todavía era capaz de resistir. Había mantenido a la isla apartada de sí durante todo ese tiempo, y no estaba dispuesto a rendirse ahora. Los trabajos de preparación continuaban, y él permanecía a bordo, al igual que Sundria, mientras los otros iban y venían libremente. Fue un lapso de tiempo fantástico, aunque no desagradable. La vida parecía suspendida. De una forma extraña, Lawler se sentía casi feliz: había sobrevivido, había resistido toda clase de adversidades, había sido puesto a prueba en la fragua de Hydros y había surgido más fuerte por ello. Había llegado a amar a Sundria; sentía el amor que ella le tenía. Aquéllas eran experiencias nuevas para él. En cualquier nuevo tipo de vida que lo aguardara al final del viaje, sería más capaz de enfrentarse con las incertidumbres de su espíritu de lo que lo había sido antes.

Ya casi era el momento de la partida.

La tarde estaba ya muy avanzada. Delagard había declarado que la partida tendría lugar al ponerse el sol. El hecho de abandonar las vecindades de la Faz en medio de la oscuridad, no parecía preocuparlo. La luz de la Faz misma guiaría al barco durante algún tiempo; y luego podrían navegar guiados por las estrellas. No había nada que temer del mar, ya no. El mar sería cordial con ellos a partir de ese momento. Todo Hydros sería cordial.

Lawler se dio cuenta de que estaba solo en la cubierta. La mayoría de los otros, o quizá todos, debían de haberse marchado a la isla; una visita de despedida, supuso. ¿Pero dónde estaba Sundria?

Gritó su nombre.

No hubo respuesta. Durante un terrible momento se preguntó si se habría ido con los demás. Luego la vio a popa, sobre el puente de la grúa. Kinverson estaba con ella y ambos parecían totalmente sumidos en una conversación.

Lawler avanzó silenciosamente por la cubierta hacia ellos.

Oyó que Kinverson le decía a Sundria:

—Resulta imposible comprender cómo es hasta que va uno mismo. Es tan diferente de ser un ser humano común como lo es el estar vivo del estar muerto.

—Yo, ahora, me siento muy viva.

—Tú no sabes lo que es. No puedes imaginártelo. Ven ahora conmigo, Sundria. Sólo es un momento, y luego todo se abre para ti. Yo no soy el mismo hombre que era antes, ¿verdad?

—Ni remotamente.

—Pero lo soy, aunque encima lo soy mucho más. Ven conmigo.

—Por favor, Gabe.

—Tú quieres ir. Yo sé que lo quieres. Te quedas aquí sólo por Lawler.

—Me quedo por mí —lo contradijo Sundria.

—No es así. Yo lo sé. Sientes lástima por ese despreciable bastardo. No quieres dejarlo solo.

—No, Gabe.

—Luego me darás las gracias.

—No. —Ven conmigo.

—Gabe... por favor...

Hubo una repentina nota de duda en la voz de ella que golpeó a Lawler con la fuerza de un martillazo. Saltó sobre el puente de la grúa y se irguió junto a ellos. Sundria jadeó a causa de la sorpresa y retrocedió. Kinverson se quedó donde estaba, mirando a Lawler tranquilamente.

Los arpones estaban en su soporte correspondiente. Lawler se apoderó de uno y lo sostuvo en el aire, prácticamente en el rostro de Kinverson.

—Déjala en paz.

El hombre corpulento miró la afilada herramienta con expresión divertida, o quizá con desdén.

—No estoy haciéndole nada, doctor.

—Estás intentando seducirla.

Kinverson se echó a reír.

—Ella no necesita que la seduzcan mucho, ¿no crees?

En los oídos de Lawler resonó un rugiente grito de furia; era todo lo que podía hacer para contenerse y no clavar el arpón en la garganta de Kinverson.

—Val, por favor —dijo Sundria—. Sólo estábamos hablando.

—Ya oí de qué estabais hablando. Él está intentando convencerte de que vayas a la Faz, ¿no es cierto?

—No lo niego —dijo Kinverson despreocupadamente.

Lawler blandió el arpón, aunque era consciente de lo cómica que debía de resultarle su ira a Kinverson, cuan petulante, cuan estúpida. Kinverson se erguía por encima de él, todavía amenazador a pesar de su recién encontrada dulzura, invulnerable, invencible.

Pero Lawler tenía que hacer aquello. Con voz tensa, dijo:

—No quiero que vuelvas a hablar con ella antes de que nos marchemos.

Kinverson sonrió amablemente. —Yo no estaba intentando hacerle mal ninguno —repitió Kinverson.

—Ya sé lo que estabas intentando hacer. No voy a permitirte.

—Eso ¿no debería decidirlo ella, doctor? .w Lawler miró a Sundria.

—Todo va bien, Val —dijo ella suavemente—. Puedo cuidar de mí misma.

—Sí. Sí, por supuesto.

—Dame ese arpón, doctor —dijo Kinversion—. Podrías lastimarte.

—¡No te acerques!

—Es mi arpón, ya lo sabes. No tienes derecho a andar blandiéndolo por ahí.

—Cuidado —advirtió Lawler—. Apártate. ¡Lárgate de este barco! Vamos, vuelve a la Faz. Vamos, Gabe. Este no es tu sitio. El de ninguno de vosotros. Este barco es para seres humanos.

—Val —dijo Sundria.

Lawler cogió firmemente el arpón, como si fuera un escalpelo, y avanzó uno o dos pasos hacia Kinversion. El pesado cuerpo del pescador se erguía muy alto. Lawler respiró profundamente.

—Vamos —repitió—. Vuelve a la Faz. Salta, Gabe. Por aquí, por encima de la borda.

—Doctor, doctor, doctor...

Lawler lanzó el brazo con el arpón en una estocada fuerte, hacia abajo y adelante, al diafragma de Kinversion. Tendría que haber penetrado directamente en el corazón del hombre; pero un brazo de Kinversion se movió con increíble rapidez. Su mano cogió la vara del arpón y lo retorció, y el dolor subió por todo el brazo de Lawler. Un momento después el arpón estaba en la mano de Kinversion.

Automáticamente, Lawler cruzó los brazos sobre la parte central de su cuerpo para protegerla de la estocada que sabía que iba a asestarle el otro.

Kinversion lo estudió como si estuviera midiéndolo con esa finalidad. Acaba de una vez, maldito seas, pensó Lawler. Ahora. Rápido. Casi podía sentir ya la feroz penetración, los tejidos que se rompían, la punta afilada que le buscaba el corazón a través de las costillas.

Pero no hubo estocada alguna. Kinversion se inclinó tranquilamente hacia delante y dejó el arpón nuevamente en su sitio.

—No deberías hacer el tonto con los aparejos, doctor —dijo amablemente el hombre corpulento—. Discúlpame, ahora. Os dejaré a solas a la señora y a ti.

Se volvió, pasó junto a Lawler y descendió la escalerilla hasta la cubierta principal.

—¿Tenía un aspecto muy estúpido hace un momento? —le preguntó Lawler a Sundria.

Ella sonrió muy débilmente.

—Siempre te ha parecido una amenaza, ¿verdad?

—Estaba intentando convencerte de que fueras a la Faz. ¿Es o no es eso una amenaza?

—Si me hubiera cogido en peso y me hubiera llevado al agua, entonces habría sido una amenaza, Val.

—De acuerdo. De acuerdo.

—Pero comprendo por qué te trastornó tanto, incluso hasta el punto de ir tras él con el arpón, de esa manera.

—Fue una estupidez. Fue algo que haría un adolescente.

—Sí—dijo ella—. Lo fue.

Lawler no había esperado que le diera la razón tan rápidamente. La miró, sobresaltado, y en sus ojos vio algo que lo sorprendió y turbó aún más.

Se había operado un cambio. Entre ellos había ahora una distancia que no había existido en mucho tiempo. —¿Qué pasa, Sundria? ¿Qué está ocurriendo?

—Oh, Val... Val...

—Dímelo.

—No tiene nada que ver con lo que ha dicho Kinver-son. No se me puede convencer de algo tan fácilmente. Se trata de una decisión completamente mía.

—¿Qué es? Por el amor de Dios, ¿de qué estás hablando?

—De la Faz.

—¿Qué?

—Ven allí conmigo, Val.

Fue como ser atravesado por el arpón de Kinver-son.

—Jesús. —Se apartó de ella uno o dos pasos—. Jesús, Sundria, ¿qué estás diciendo?

—Que deberíamos ir.

La observó, sintiendo que se convertía en piedra.

—Es un error tratar de resistirse —dijo ella—. Deberíamos entregarnos a ella como hicieron los otros. Ellos comprendieron. Nosotros estamos ciegos.

—Sundria...

—Lo vi en un solo destello, Val, mientras tú intentabas protegerme de Gabe. Lo estúpido que es intentar preservar nuestras identidades personales, todos nuestros miedos y celos e insignificante valentía. Cuánto mejor no sería despojarse de todo eso, y unirnos a la gran armonía que existe aquí. Con los demás. Con Hydros.

—No. No.

—Ésta es la oportunidad de despojarnos de toda la mierda que nos oprime.

—No creo que seas tú quien está diciendo todo esto, Sundria.

—Pero lo soy. Lo soy.

—Él te ha hipnotizado, ¿verdad? Te ha hechizado. Eso es quien lo ha hecho.

—No —dijo ella con una sonrisa. Le tendió las manos—. Una vez me dijiste que nunca habías sentido que Hydros fuese tu hogar, a pesar de que habías nacido aquí. ¿Te acuerdas de eso, Val?

—Bueno...

—¿Lo recuerdas? Dijiste que los buzos y los peces de carne se sentían en su hogar en este planeta, pero que tú no y que nunca te habías sentido así. Lo recuerdas; puedo ver que lo recuerdas. Muy bien. Aquí tienes la posibilidad de conseguir sentirte en casa, finalmente. De convertirte en parte integrante de Hydros. La Tierra ha desaparecido. Lo que nosotros somos es hydranos, y los hydranos pertenecen a la Faz. Te has mantenido apartado durante bastante tiempo. También yo lo he hecho; pero voy a rendirme, ahora.

De pronto, todo ha adquirido un aspecto totalmente diferente para mí. ¿Vendrás conmigo?

—¡No! Esto es una locura, Sundria. Lo que voy a hacer es llevarte bajo cubierta y atarte hasta que recuperes la sensatez.

—No me toques —dijo ella muy quedamente—. Te lo advierto, Val, no intentes tocarme. —Miró en dirección a los arpones.

—De acuerdo. Ya te he oído.

—Yo me voy. ¿Qué harás tú?

—Ya conoces la respuesta.

—Me prometiste que iríamos juntos o no iríamos.

—No iremos, entonces. Eso está hecho.

—Pero yo quiero ir, Val. Yo quiero ir.

Lo recorrió una ira fría que le coaguló el alma. No había esperado esta traición final.

—Entonces, vete —dijo él con amargura—, si realmente quieres hacerlo.

—Ven conmigo.

—No. No. No. No.

—Tú prometiste...

—Entonces, me desdigo de mi promesa —respondió Lawler—. Nunca tuve intención de ir. Si te prometí que iría contigo si tú ibas, te estaba mintiendo. Nunca iré.

—Lo lamento, Val.

—Yo también.

Nuevamente sintió deseos de cogerla, arrastrarla bajo cubierta, atarla en su camarote hasta que estuvieran a salvo, mar adentro; pero sabía que jamás lo conseguiría. No había nada que pudiera hacer. Absolutamente nada.

—Vete —le dijo—. Deja de hablar de ello y hazlo. Me está provocando náuseas.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó ella una vez más—. Será algo muy rápido.

—Nunca.

—De acuerdo, Val. —Ella sonrió con tristeza—. Te amo; tú lo sabes. No lo olvides jamás. Te lo estoy rogando por amor, y, si no quieres hacerlo, bueno, seguiré amándote después. Y espero que tú me amarás a mí.

—¿Cómo podría hacerlo?

—Hasta pronto, Val. Te veré más tarde.

Lawler la observó, sin creerlo, mientras ella bajaba la escalerilla del puente de la grúa hasta la cubierta principal, avanzaba hasta la borda, subía a la barandilla y se zambullía suave y diestramente en el mar. Comenzó a nadar hacia la orilla; avanzaba rápida y vigorosamente pateando poderosamente con las piernas y los brazos hendiendo el agua oscura. La observó como la había observado una vez antes, millones de años antes, cuando nadaba en las aguas de la bahía de Sorve; pero ahora se volvió, sin deseos de mirarla por más tiempo, cuando todavía estaba a menos de medio camino de la ori-

lla. Bajó a su camarote, cerró la puerta con pasador tras de sí y se sentó sobre la cama en la creciente oscuridad. Aquél hubiera sido un buen momento para tener a mano tintura de alga insensibilizadora, una jarra de ella, una bañera, para bebería toda de un solo trago y dejarle que lavara todo el dolor; pero, por supuesto, no quedaba ni una gota, así que no podía hacer nada más que sentarse en silencio y esperar a que pasara el tiempo. Pasaron lo que podían haber sido horas o años. Después oyó la voz de Delagard en cubierta, que gritaba la orden de poner el barco en camino.

Raras veces había visto el cielo tan limpio, o la Cruz de Hydros tan brillante, como aquella noche. El aire estaba completamente quieto; el mar, en calma. ¿Cómo podía moverse el barco en un mar tan inmóvil en una noche en la que no soplaban viento alguno? Sin embargo, avanzaba, como por arte de magia, deslizándose suavemente a través de la oscuridad. *Hacia*, varias horas que habían emprendido el viaje. La luz de la Faz había menguado hasta convertirse en sólo un destello purpúreo en el horizonte lejano, luego en menos que eso, y ahora apenas podía distinguírsela. Cuando llegara la mañana, estarían muy lejos en el mar Vacío.

Lawler yacía solo, sobre una pila de redes que había a popa.

Nunca en su vida se había sentido tan solo.

Los demás se desplazaban silenciosamente por la cubierta mientras hacían cosas con las velas, las cuerdas, los estayes, las botavaras, la totalidad de los intrincados aparejos de la parafernalia náutica que él nunca había comprendido realmente y ahora se había borrado de su mente. No lo necesitaban para nada; y él no quería tener nada que ver con ellos. Eran máquinas que formaban parte de una máquina de mayor tamaño. Tic. Tac.

Sundria se le había acercado poco después de la partida.

—Todo está bien —le dijo—. Nada ha cambiado.

Él se estremeció y se volvió de espaldas cuando ella se le acercó. No podía mirarla. —Te equivocas —le dijo—. Todo ha cambiado. Ahora tú eres parte de la máquina, y quieres que yo esté en ella contigo. Ella hace tic, tac, y tú danzas a su ritmo.

—No es así, Val. Tú serías la máquina. Serías también el tic, tac. Serías la danza.

—No lo entiendo.

—Por supuesto que no. ¿Cómo ibas a poder entenderlo? —Ella lo tocó amorosamente y él se apartó como si tuviera el poder de transformarlo con su contacto. Ella lo miró con reproche—. Muy bien —dijo—. Como tú quieras.

Eso había ocurrido horas antes. Había bajado a la cocina para unirse con los demás a la hora de la cena, pero no tenía hambre ninguna. Si no volvía a comer, no le importaba. La idea de sentarse a la mesa con ellos le resultaba impensable. Era el único hombre que no había cambiado en aquel barco de zombies... el único hombre real...

Solo, solo, completamente solo,

¡Solo en un ancho, ancho mar!

Y nunca un solo santo se apiadó

De mi agonizante alma.

Palabras. Fragmentos de recuerdo. Un poema perdido del antiguo mundo perdido.

El Sol se sumerge; las estrellas asoman:

A grandes zancadas la noche avanza;

Con suspiros que llegan desde lejos por el mar,

En la lejanía el espectro ladra.

Lawler levantó la vista hacia el frío fuego de las estrellas lejanas. Una tranquilidad inesperada se había apoderado de él. Estaba sorprendido por lo sereno que se sentía, como si hubiera cruzado más allá de cualquier territorio en el que pudieran alcanzarlo las tormentas. Ni siquiera en las épocas en las que tomaba el extracto de alga insensibilizadora para sentirse mejor había alcanzado ni aproximadamente la paz que sentía en aquel momento.

¿Por qué? ¿Había la Faz obrado algún misterio sobre él a larga distancia, como lo había hecho con Sundria?

Lo dudaba. Ni tampoco podía estar afectándolo en ese momento. Sin duda estaba ya fuera de su alcance. No había nada que pudiera influir sobre su mente, aparte de la oscura bóveda celeste, el silencioso mar y la dura y límpida luz de las estrellas. Allí estaba la Cruz, tendida al sur del cielo, el enorme arco doble de soles, miles de millones de ellos, le había dicho alguien. ¡Miles de millones de soles! ¡Decenas de millones de mundos! Su mente se tambaleó ante aquella imagen. Esas multitudes hirvientes de mundos, ciudades, continentes, criaturas de millares y millares y millares de diferentes especies...

Levantó la vista hacia todos ellos, y mientras los miraba creció en su interior una visión nueva, al principio lentamente, sin forma, y que luego se aclaró con un poderoso ímpetu hasta que en su mente no quedó apenas espacio para nada más. Vio las estrellas como una vasta red, una sola e inmensa construcción metafísica encadenada en una misteriosa unidad galáctica, de la misma forma que todas las partículas separadas de aquel mundo acuático se habían reunido unas con otras.

En el vacío palpitaban líneas de energía que corrían por el firmamento como ríos de sangre y lo conectaban todo con todo. Pudo sentir la respiración del Universo; era una entidad viva encendida por una vitalidad inextinguible.

Hydros pertenecía al espacio; y el espacio era una sola cosa ferozmente sensitiva. Si uno entraba en Hydros, pasaba a formar parte del Conjunto. La oferta estaba allí; y sólo él, en todo el Universo, había preferido negarse a entrar en aquella cosa enorme.

Sólo él. Sólo él.

¿Era eso lo que quería de verdad? ¿Esta soledad, esta terrible independencia de espíritu?

La Faz ofrecía la inmortalidad —e incluso la divinidad— dentro de un enorme organismo unido; y sin embargo él había escogido permanecer como Valben Lawler y nada más que Valben Lawler. Le había vuelto orgulloosamente la espalda a lo que se le había ofrecido a aquellos que realizaron el viaje. Dejemos que el pobre atormentado padre Quillan se entregue con contento al dios que ha estado buscando durante toda su

vida; dejemos que el pobre pequeño Dag Tharp encuentre en la Faz el consuelo que pueda; dejemos que el misterioso Gharkid, que ha estado buscando algo más grande que sí mismo, se marche a la Faz. Pero yo, no. Yo no soy como ellos.

Pensó en Kinversion. Incluso ese hombre solitario y áspero se había entregado finalmente a la Faz. Delagard. Sundria.

Bueno, que así sea, se dijo Lawler. Yo soy quien soy, para bien o para mal.

Se tendió sobre la espalda para mirar las estrellas y dejó que el feroz brillo de la Cruz le llenara la mente. Qué tranquilo estaba todo allí. Qué silencioso.

Desperté, y estábamos navegando

En el aire suave y tranquilo.

Era de noche, noche calma, la Luna estaba en lo alto;

Los hombres muertos se hallaban reunidos.

—¿Val? Soy yo.

Miró hacia la voz. A la luz de las estrellas, una sombra le cruzó el rostro. Vio que Sundria estaba cerca de él. —¿Puedo sentarme contigo? —preguntó ella. —Si quieres.

Ella se dejó caer junto a Lawler.

—Te busqué a la hora de la cena. No estabas allí. Deberías haber comido.

—No tenía hambre. Vosotros todavía coméis, ¿no es cierto?, ahora que habéis sido cambiados.

—Por supuesto que comemos. No se trata de ese tipo de cambio.

—Supongo que no. ¿Cómo podría saberlo?

—Cómo podrías, es verdad. —Ella le apoyó una mano ligeramente sobre el brazo. Esta vez, él no retrocedió—. No han cambiado tantas cosas como tú piensas. Todavía te amo, Val. Dije que así lo haría, y es cierto.

El asintió. No había nada que pudiera decir.

¿La amaba él, todavía?, se preguntó. ¿Era posible imaginar siquiera que aún la amaba?

Le pasó un brazo por los hombros. La piel de ella era suave, fresca, conocida. Agradable. Ella se acurrucó contra él. Podrían haber sido las únicas personas del mundo. Ella aún le parecía humana. Él se inclinó y la besó suavemente en el hueco que quedaba entre la cabeza y el hombro, y ella se echó a reír.

—Val —dijo—. Oh, Val.

Eso fue todo; sólo su nombre. ¿Qué era lo que estaba pensando y no había dicho? ¿Que deseaba que él hubiera ido a la Faz con ella? ¿Que todavía esperaba que lo hiciera? ¿Que imploraba para que él fuera a hablar con Delagard y le rogara que hiciera dar media vuelta al barco y regresara a la isla para que él pudiera también pasar por aquella transformación?

¿Debía de haber ido con ella?

¿Ha sido un error el negarme?

Durante un momento se pensó a sí mismo dentro de la máquina, como parte de ella, parte del Todo... rindiéndose por fin, danzando con todo el resto. No. No. No. No.

Yo soy quien soy. Yo he hecho lo que he hecho porque soy quien soy.

Se tendió de espaldas, con Sundria acurrucada contra él, y volvió a mirar las estrellas; y otra visión creció en su interior: la Tierra que una vez había existido. La Tierra que se había extinguido para siempre.

Su gran fantasía romántica de la vieja Tierra perdida, el planeta azul y brillante, el destrozado planeta madre de la Humanidad, lo llenó completamente: lo vio como él quería que hubiese sido, un planeta pacífico y armonioso lleno de seres humanos cariñosos, un paraíso, una entidad perfecta. ¿Habría sido alguna vez realmente así? Probablemente no, pensó. Casi con seguridad que no. Había sido un lugar como cualquier otro en el que el mal se mezclaba con el bien, con imperfecciones, con defectos. Y en todo caso aquel mundo había desaparecido del Universo, barrido por un hado maligno.

Y aquí estamos. Aquí yacemos. Descansemos en paz.

Lawler miró noche adentro, y se imaginó que miraba hacia el sitio del espacio en el que había estado aquel mundo; pero sabía que, para los supervivientes de la Tierra desparramados por el Universo, no había esperanza alguna de recuperar su hogar ancestral. Tenían que continuar adelante, encontrar un nuevo mundo para vivir en aquel vasto Universo al que habían sido arrojados como exilados. Tenían que transformarse.

Tenían que transformarse.

Tenían que transformarse.

Se sentó como sacudido por un rayo de luz abrasadora. De pronto todo estuvo maravillosamente claro en su cabeza. La gente a la que había conocido que vivía su vida de día en día, como si la Tierra no hubiese existido jamás, estaban en lo correcto; y él, que soñaba desesperadamente con lo que una vez había sido, hacía mucho tiempo y a mucha distancia de allí, estaba equivocado. La Tierra no regresaría jamás. Para los terrícolas de Hydros sólo existía Hydros, ahora y para siempre. El mantenerse apartado, desesperadamente aferrado a la identidad terrícola ancestral en medio de las formas de vida nativas del planeta de adopción, era una estupidez. Sea el que sea el mundo en el que uno se encuentre viviendo, tiene el deber de convertirse plenamente en parte de ese mundo. De lo contrario, uno será siempre un forastero, un alienígena y alguien ajeno.

Y es verdad. Aquí estoy yo. Más solo de lo que jamás había estado antes.

Hydros se había ofrecido a adoptarlo, pero él había respondido con un no y había convertido la negativa en un arma, y ahora era ya demasiado tarde.

Cerró los ojos y vio una vez más la Tierra, brillante y hermosa en los cielos. La visión de la Tierra que había llevado en la mente durante tanto tiempo, relumbraba más vivamente que nunca. La azul Tierra, adorable y extraña, con sus masas continentales verde-doradas que brillaban a la luz de un sol que él jamás había visto. Mientras la miraba, los enormes mares azules comenzaron a hervir. De ellos se levantaba vapor. Los continentes fueron barridos por las llamas. Las inmensidades verde-doradas se secaron y ennegrecieron. En sus anchas superficies se abrieron profundas grietas de dentados bordes, más negras que la noche.

Y pasadas las llamas, el hielo, la muerte. La oscuridad.

A través del espacio caía una lluvia de cosas muertas. Una moneda, una estatuilla, un trozo de cerámica, un mapa, un arma oxidada, un trozo de piedra. Caían dando vueltas y más vueltas, precipitándose a través de los desiertos sin viento de la galaxia. Los siguió con la mirada mientras caían.

Todo se ha acabado, pensó. Deja que todo desaparezca. Olvídalo. Comienza una vida nueva. Aquel pensamiento repentino lo dejó perplejo.

«¿Qué ha sido eso?», se preguntó. «¿Qué estás diciendo?»

¿Rendirse? ¿Unirse? ¿Era eso lo que había querido decir? Lawler comenzó a temblar. El sudor comenzó a manarle por todos los poros. Se sentó y miró hacia el mar, en dirección a la Faz.

Le parecía que podía sentir su poder, a pesar de todo; un poder que llegaba hasta él incluso a través de aquella gran distancia, que se infiltraba en su mente, que le envolvía el alma con sus tentáculos, que tiraba de él, que lo arrastraba.

Peleó contra ello. Frenética y furiosamente, luchó con aquella *fuera*, cortó con un impulso desesperado las hebras de aquel poder alienígena que parecía invadirlo. Trabajó en ello durante un largo momento silencioso, tratando ferozmente de limpiarse de aquellas energías intrusas. Le vino a la mente la imagen de Gospo Struvin al principio del viaje, el cual batallaba contra el enredo de fibras amarillas húmedas que salió del mar y lo atrapó. Struvin pateando en el aire, sacudiendo el pie, intentando en vano desenredarse de aquella cosa pegajosa y persistente que lo envolvía. Ahora le ocurría algo parecido a él. Lawler sabía que estaba luchando por su vida, al igual que había hecho Gospo; y Gospo había perdido.

Apártate... de... mí...

Reunió todas sus energías para asestar una poderosa estocada limpiadora, y las lanzó.

Contra nada. No había nada. Ninguna red le aprisionaba. Ninguna fuerza misteriosa le enredaba en su trama. Lawler lo comprendió así y no le cupo duda alguna; estaba luchando contra sombras, estaba luchando contra sí mismo, realmente, sólo contra sí mismo, contra nadie más que él mismo.

¿Así que quieres ir allí?, se preguntó con indiferencia. *A pesar de todo, ¿quieres ir de verdad? ¿Tú también? ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué es lo que quieres, en todo caso?*

Una vez más vio la Tierra azul brillando en su mente como la había visto antes, y una vez más comenzó a hervir y ennegrecerse, y contempló una vez más el hielo, la muerte, la oscuridad, y los pequeños objetos que caían.

Y le llegó la respuesta: *No quiero continuar estando solo. Dios me ayude, no quiero ser el último terrícola cuando ya no existe la Tierra.*

Sundria se agitó, cálida, contra su cuerpo.

—¿En qué estás pensando, Val?

—En que te amo —respondió él.

—¿De verdad? ¿Amas lo que soy ahora?

Él respiró profundamente, más profundamente que nunca, llenando sus pulmones con el aire de Hydros.

—Sí —dijo.

En el sitio de su mente que antes había ocupado la Tierra, había ahora una perfecta esfera de aguas brillantes. Los pequeños objetos que habían caído del planeta moribundo permanecieron en suspenso durante un momento sobre la superficie del agua del gigantesco mar, cayeron luego al interior y desaparecieron sin dejar rastro.

Él sintió un gran alivio, un repentino derretirse. Algo se deshacía en su interior como un carámbano al final del invierno. Se deshacía, corría, fluía. Fluía.

Se sentó y se volvió hacia ella para contarle lo que había ocurrido. Pero no era necesario. Ella estaba sonriendo. Lo sabía; y él pudo sentir que el barco describía un amplio arco debajo de él; ya estaba dando la vuelta para desandar el camino por el mar luminoso hacia la Faz de las Aguas.